


Presentado por Kiko Amat y Billy Childish



John
Fante
Bandini

Camino de Los Ángeles · Espera a la primavera, Bandini
Pregúntale al polvo · Sueños de Bunker Hill



Lectulandia

El cuarteto de novelas protagonizadas por Arturo Bandini —áster ego de John Fante— es una de las cumbres de la literatura norteamericana. Su creación no fue un camino de rosas: el primer título, escrito en 1936, fue rechazado y permaneció inédito hasta que la viuda del autor lo recuperó póstumamente; el segundo y el tercero, publicados en 1938 y 1939, pasaron entonces sin pena ni gloria; el último se lo dictó a su esposa, ya anciano y ciego, y apareció un año antes de su muerte. En medio, el redescubrimiento de Fante gracias a un rendido admirador que le recomendó a su editor que lo rescatase del olvido: Charles Bukowski.

El antihéroe Bandini lo reconocemos durante su infancia y adolescencia en el Colorado de la Gran Depresión, hijo de una familia de emigrantes italianos pobres; lo reencontramos en Los Ángeles, con dieciocho años, haciendo trabajos mal pagados y soñando con ser un escritor. Un sueño por el que lucha entre penurias económicas mientras trabaja como guionista en Hollywood y vive experiencias sexuales y amoríos: con una prostituta, con una camarera mexicana, con su casera, que podría ser su madre.

Lectulandia

John Fante

Bandini

**Camino de Los Ángeles - Espera a la primavera, Bandini -
Pregúntale al polvo - Sueños de Bunker Hill**

Arturo Bandini - 5

ePub r1.0

Titivillus 03.06.2019

Título original: *Bandini*

John Fante, 2016

Traducción: Antonio-Prometeo Moya

Títulos de las ediciones originales: *The Road to Los Angeles*, 1985; *Wait until Spring*,
Bandini, 1938; *Ask the Dust*, 1939; *Dreams from Bunker Hill*, 1982

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN: ¡BANDINISTA!

Billy Childish y Kiko Amat conversan en exclusiva sobre John Fante y familia, la tetralogía Bandini, lo «engañosamente simple» de su prosa, el tú-también-puedes-hacerlo y la «idiotez del ego»; deuda, tradición e influencias de blasón.

Esto va a ir a tres bandas, como el popular juego de las bolas y el tapete. John Fante, tal vez lo sepan ya, fue un semimaldito escritor americano de bullente sangre italiana, de talante más mordedor que ladrador. Vivió de 1909 a 1983 y publicó sólo seis novelas, un par de novelitas y un libro de cuentos. El resto del tiempo lo derrochó en Hollywood, forrándose y odiándose a la vez. Charles Bukowski, su fan número uno y confeso discípulo, le salvó del completo ostracismo prologando la reedición de *Pregúntale al polvo*, y gracias a él leemos a Fante hoy. Su personaje emblemático es Arturo Bandini, una suerte de álter ego con el histrionismo subido y la llorera de bandera, que campa, asqueado y delirante, por las cuatro novelas que van a leer, y que Fante escribió a lo largo de toda su vida: *Camino de Los Ángeles*, *Espera a la primavera*, *Bandini*, *Pregúntale al polvo* y *Sueños de Bunker Hill*. Esta última publicada post mórtem.

Billy Childish, su turno ahora, es otro discípulo formal y espiritual de Fante. Childish reúne muchas medallas en un solo bigotudo estajanovista: poeta disléxico, punk-rocker incorruptible, pintor figurativo, narrador confesional, esteta asceta, ex bebedor y ex follador de caniches, fabricante de juguetes raros, amante de la sombrerería y el *look* Primera Guerra Mundial, grabador de grabados, homenajeador de padres y mentores (Kinks, Kurt Schwitters, Bo Diddley, Van Gogh, The Downliners Sect), hijo de padre violento (a quien terminó zurrando) y padre de una caterva de grupos tan asombrosos que sólo nombrarlos ya quita el aliento: The Milkshakes, Thee Mighty Caesars y Thee Headcoats, por mentar sólo tres. Childish es desafío original, es hacer lo que te piden las entrañas, es dar crédito constante a tus héroes (Fante entre ellos), es odiar la mentira e ir a favor de la tradición (se describe a sí mismo como «*radical traditionalist*») y el entusiasmo, contra el arte conceptual y el monetarismo. Childish es (de veras) uno de los artistas

más influyentes del mundo. Mudhoney y REM y Beck y un tal Kurt Cobain eran fans. El fulano aquel de los White Stripes era fan también, pero luego le odió, cuando reparó en que la reciprocidad iba a permanecer ausente en su relación. Incluso Kylie Minogue lo citó una vez (por razones que somos incapaces de comprender ahora mismo).

En modesto último lugar, si bien formando parte del mismo linaje y tradición que apuntábamos, está quien firma esto, el energúmeno inquisidor Kiko Amat, cuatro veces novelista autoflipado, ex mod y ex muerto de asco, ex pueblerino también, antideportista, cascarrabias mayor, chisgarabís flatulento, admirador de la pelirrojez y amante de sus propios frenesíes y anglofilias. Que conversa con Billy Childish vía Skype (los dos somos filoluditas y pro antiguallas, pero no gilipollas; *sabemos* cómo utilizar estos cachivaches) sobre un alud de cosas. Pero todas se amontonan sobre el autor predilecto de ambos: John Fante.

Lo primero que me gustaría que me contaras, Billy, es cómo entraste en el mundo de John Fante y a través de quién.

Veamos. Por aquel entonces yo estudiaba en la St. Martins School of Art, en Londres, en el año 1980. Peter Doig, un amigo pintor que estaba en mi mismo curso, y yo teníamos gustos muy parecidos en todo: pintura, libros, rock'n'roll... Este mismo amigo, que ahora es un artista muy famoso, me pasó un libro de un tal Charles Bukowski que me gustó bastante, así que fui a una pequeña librería alternativa que había en Covent Garden y empecé a buscar más libros del mismo autor. Tenían un par de ejemplares de libros suyos de Black Sparrow Press, y también un ejemplar de *Pregúntale al polvo*, de un tal John Fante, que, como ya sabes, llevaba la famosa introducción de Bukowski. Lo que yo solía hacer en aquella época para decidir qué me gustaba y qué no, era ir pasando alfabéticamente por la sección de narrativa, coger libros al azar y leer el primer párrafo a ver qué tal, para luego devolverlos a la estantería si no me acababan de convencer. Ocasionalmente leía más de un párrafo y acababa comprándolos. Eso fue lo que sucedió con *Pregúntale al polvo*. Creo que me lo leí casi entero en la bañera, una vez hube llegado a casa.

¿Qué edad tenías cuando sucedió todo eso?

Diecinueve o veinte años. En 1977 tenía diecisiete, así que en 1980 ya habría cumplido los veinte. Soy disléxico, y siempre he tenido problemas con la lectura y la escritura. En aquella época yo trataba de escribir poesía, pero

Pregúntale al polvo fue el libro que me hizo pensar que quizás también podría intentar escribir prosa, ya puestos. A lo mejor era un delirio mío [ríe], pero sentí que sí, que podía hacerlo. Para decirlo de un modo clásico: Fante me inspiró a escribir piezas de prosa. Lo que me encantaba del trabajo de Fante era sobre todo el aspecto cómico. Al poco tiempo leí también *Espera a la primavera*, Bandini. Bukowski me había inspirado, no lo niego, especialmente en cuanto a la poesía: me había mostrado cómo expresar cosas que yo no tenía ni idea de cómo expresar. Lo malo de Bukowski era que siempre daba la impresión de ser la estrella de una película de serie B. Había leído demasiado a Hemingway, está claro. Ese postureo de tipo duro es lo que menos me gustaba de él, incluso hoy, y creo que lo mismo le sucede a otra gente. Les causa rechazo su palabreo fardón. No me gustaba esa pose de Marlowe que se llevaba. ¿Quién escribió lo del Marlowe ese? ¿El detective duro de las novelas?

Raymond Chandler.

Ése. Veo ahora que Bukowski se fijaba mucho en Raymond Chandler, además de en otros autores del mismo estilo. *Hard-boiled*. Se nota en ese rollo serie B que te comentaba. Asimismo, nunca vi nada de eso en Fante. Leías sobre Arturo Bandini y te parecía estar mirando una película de Laurel y Hardy. Fante te está describiendo la clase de idiota que es ese fulano, Bandini, y la estupidez que está a punto de realizar, y tú como lector quieres que no la haga, del mismo modo que quieres que Laurel y Hardy no se metan en líos. Bukowski, por el contrario, te va a decir que todo el mundo es idiota, pero que él es un tío listo. Él es quien mola, quien sabe de qué va todo. Ésa es una gran diferencia entre los dos autores, Fante y Bukowski, que alguna gente no ve. Por eso me parece tan interesante que Bukowski, quien supuestamente era un gran fan de Fante, no pillase la increíble fragilidad que desprenden los escritos del segundo, la que pone en boca de Bandini. Un chico con muchos defectos, Bandini, bombástico y bocazas, presuntuoso, muy ambicioso también, aunque a la vez siempre parece quedarse corto a la hora de realizar esas ambiciones. Creo que todo eso es encantador, hace de él alguien muy cercano. Dicho esto, con los años trabé amistad con Dan Fante, el hijo, y me contó que John no era así ni por asomo [carcajada]. Que el tío era un completo gilipollas. Me dijo: «John era un miserable, Billy».

Yo con el tiempo me he hecho una idea de Fante como persona harto distinta de Bandini, sí. Más cercana a Bukowski, quizás. Más duro que

Bukowski, incluso.

No estoy tan seguro de eso. Sé lo que quieres decir, pero no lo creo; no creo que fuese como Bukowski. Creo que a quien John se parecía de verdad era a su padre, Nick Fante, por mucho que se negara a admitirlo. Dan me contó muchas cosas de su abuelo, Nick Fante, y se ve que John era muy parecido a él. Dan era un chico majo, pero de vez en cuando también le notabas una cierta actitud, la misma que debía de tener su padre. A la defensiva. Dan es, en mi opinión, una versión amable de John. Y John, a su vez, era una versión menos mala de Nick. Nick era una puta pesadilla, según se ve. Dan me contó que, cuando él era joven, se celebró algún tipo de reunión familiar en un bar, piensa que Nick ya era un hombre mayor por aquel entonces, y el abuelo se enzarzó en una pelea a navajazos con alguien [*carcajada*].

¡Dios santo!

Sí. Creo que lo que también sucedía era que los Fante eran hombres muy bajitos con complejos enormes. Podríamos resumirlo así: los Fante, complejo de bajitos.

Fornidos y tapones. Como cajas de madera.

Sí, Dan era como un cubo. Pero también bastante menudo. Quizás « menudo » no sea la palabra. Pequeño, pues. Pequeños y cabreados, los Fante.

Volviendo al espíritu de sus libros, concretamente de la tetralogía Bandini, a mí me conmueve la forma en que Fante pinta a los seres humanos. Como cosas patéticas, pero a quienes trata con el máximo cariño y humor, sin condescendencia o melodrama.

Ya. Yo no diría « patéticos », quizás. Diría que los describe como defectuosos, esencialmente. Y cuando se permite hablar de algunos sentimientos que se negaba a la hora de tratar en persona con su familia e hijos, uno percibe un gran amor en sus palabras. Y a la vez notas un gran amor por la literatura, por la escritura. Hay muchas cosas sagradas en Fante, y ése es para mí uno de sus grandes encantos. Cómo habla de las cosas que le son preciosas, cómo las cuida y mima, cómo las eleva. Dan me dijo que su madre editaba a John (ella siempre revisaba todas y cada una de las páginas del manuscrito que le pasaba su marido), y se ve que era un autor que casi nunca reescribía. Era un escritor muy fluido y natural. Esto es algo que

Bukowski recuerda en su prólogo, tal y como lo recuerdo de haberlo leído hace un montón de años, lo de la facilidad y la simplicidad de cada línea.

Lo limpias que son, ¿no? Allí no sobra ni falta nada. No se permite ningún exceso. Admiro esa contención casi perfecta.

Sí. Sus frases son limpias y simples. En algunas secciones puedes detectar de dónde surge esa pulcritud y contención de Fante. Leí a Sherwood Anderson porque John le mencionaba en algunos libros. Creo que Fante toma esa simplicidad de Anderson. Así como de otros escritores americanos modernos, claro. John nunca se cree maravilloso, nunca alardea. Cuando hace que algunos de sus personajes alardeen de algo o se creen superiores es porque va a gastarles alguna broma pesada. John nunca es tosco, la verdad; nunca deja de ser elegante. Cada vez que se acerca al cliché, o tú crees que la historia va a terminar en cliché, escapa de ello de forma muy astuta. Escribe increíblemente sencillo, elegante... La expresión que suele utilizarse al describir la obra de Fante es «engañosamente simple». Cuando lees a John Fante sientes como si una persona te estuviese hablando directamente a ti. Y a la vez te hace pensar que tú también puedes hacerlo, pues en sus manos da la impresión de que es algo fácil. La mejor escritura a menudo parece carecer de complejidad, porque nunca te carga o te cansa. Uno de mis libros favoritos es *Hambre*, de Knut Hamsun, y Dan me contó que era también el libro favorito de John Fante, como quizás ya sepas. Por supuesto, cuando lees *Hambre* te das cuenta de que Fante sacó de allí la idea de lo ridículo del ego, y la voz de su primera persona, de Arturo Bandini. Porque *Hambre* es pura tragicomedia. Es uno de los libros más increíbles que he leído. No me sorprende que Fante tomara tanto de allí, porque es un libro que te cambia por completo. Es como un compendio digerible de lo mejor de Dostoievski.

Me gusta mucho que Fante no temiera mostrar la influencia patente que Knut Hamsun había tenido en él. Eso es algo que también haces tú siempre con tus músicos y artistas favoritos: llevarlos de blasón.

Sí. Eso es muy interesante. Verás: quizás yo parezca alguien muy raro en mi generación, por la forma en que concibo mi música y mi arte, y es porque vengo de una generación que *oculta* sus influencias. Pero en la época victoriana, o en el periodo modernista —especialmente en el caso de sus pintores—, las influencias se llevaban de emblema, se expresaban con orgullo. Y creo que eso es algo que siempre hizo John Fante, con lo que siempre dio ejemplo. Identificarse con sus héroes, unirse a sus héroes, H. L.

Mencken o Hamsun o quien fuera. En mi opinión ésa es la forma correcta de entender los conceptos de deuda y tradición. Por desgracia, en el mundo en que vivimos eso se considera poco *cool*. Lo que hace todo dios es simular que se han inventado a sí mismos. Pero eso es una puta mentira. Y te diré algo más: es muy mal karma. Para mí es algo perfectamente obvio: tienes que cantar las alabanzas de aquellos que te ayudaron. Que te señalaron la dirección. Porque es un testigo que se te entregó. Y los verdaderos artistas admiten la existencia de ese testigo, no fingen que no les ha influido nadie. Alguna gente aduce que soy un tipo orgulloso porque siempre digo que soy un verdadero artista. No parecen comprender que soy un verdadero artista *precisamente* porque reconozco a todos aquellos que estaban antes que yo y que deben ser reconocidos. Así que tal vez sea arrogancia artística, pero está templada por la humildad de saber que no has inventado nada. Uno tiene que ser generoso con estas cosas. Yo siempre he nombrado a Fante. Recomendé a muchos amigos americanos que lo leyeran. Uno de ellos se empeñó en que alguien de la familia Fante le firmase *Espera a la primavera, Bandini*, y se lo mandó a la viuda de John, y el libro llegó a manos de su hijo, Dan Fante, que aunque había escrito varios libros no encontraba editorial. Esto llegó a mis oídos. Se dio el caso de que yo sí conocía una editorial americana que acababa de publicar allí una de mis novelas, así que intercedí para que publicaran la primera novela de Dan. Aquello fue grande: su padre hizo que yo escribiese novelas y yo pude ayudar a que su hijo publicase las suyas. Fue un caso de retribución pura.

Karma, como decías, es la palabra perfecta. Devolverles el favor a tus héroes. Equilibrar las cosas.

Sí. No quiero que suene a gran favor ni nada. Era sólo una carta de recomendación, y Dan Fante habría acabado publicando sus libros de un modo u otro. El mérito es de Dan Fante, no puedo colgarme ninguna medalla por eso. Pero me enorgullece poder decir que ayudé a cerrar el círculo. Que colaboré en el desarrollo de una tradición de la que John Fante formaba parte.

No sé qué hubiese hecho John Fante con un artista que tomara de lo suyo y no lo admitiese. O tú mismo. ¿Qué se hace con alguien que toma de nuestra tradición pero no devuelve nada ni da las gracias?

A mí me pasa continuamente. Pero no odio a nadie. Lo encuentro hiriente respecto a mi ego, pero tampoco invierto demasiado tiempo en solucionarlo. Me digo a mí mismo que soy un bebé, que no me gusta eso por la misma

razón que un bebé se enfadaría por algo que se realiza contra su voluntad, y sí, a veces me molesta; pero no le dedico ninguna energía. Lo cierto es que me sucede tan a menudo que se ha convertido en habitual. Te diré otra cosa que hace mucha gente: como soy un tío que siempre señala las cosas que le gustan, y quién le influye, y a quién disfruta, alguna gente que viene a mí en busca de ayuda para escribir o hacer música o pintar se va con recomendaciones de buenos artistas; les sugiero un camino, que lean a John Fante, o admiren la pintura de Kurt Schwitters, diversas influencias... Lo que hace alguna gente entonces es reivindicar esas influencias como su influencia, y luego me borran de la ecuación [*carcajada*]. Supongo que así creen que quedarán más sofisticados, porque se supondrá que han hallado esas fuentes ellos mismos. Eso es una locura. ¿Por qué querría alguien esconder la ayuda de otro? Me doy cuenta de que no se están haciendo ningún favor, porque eso demuestra que no han entendido nada. Que no han entendido el valor del respeto. El problema es que si mientes entras en un conflicto. Si mientes, estás en conflicto con tu verdad. Y eso representa una distorsión en tu mente. Porque, naturalmente, alguna de esa gente tiene que haber hecho un esfuerzo enorme para eliminar o negar lo que en realidad sucedió, y eso envenena su alma. El único dañado de todo este proceso es el que miente, por no darse cuenta de que ser influido por alguien es un gran honor. Para mí, admitir que John Fante me influyó a la hora de escribir es como aguantarle la puerta a alguien. Soy muy educado y me paso el día aguantando puertas. Aguanto puertas para dejar pasar a gente, pero a la vez ellos me están haciendo un gran regalo: la posibilidad de eliminar mi ego e involucrarme en el mundo de una forma verdadera. No ser el capullo egoísta que soy. Me da otra perspectiva. Por eso cuando ayudo a alguien y me dan las gracias, yo siempre respondo «ha sido un placer» o «el placer es mío». Porque el placer es mío. Es el placer de no haber sido un imbécil. El placer de que alguien te influya.

De darte la posibilidad de actuar con bondad.

Bueno, creo que eso te libera, en realidad. No sé si te convierte en alguien mejor, pero sí en alguien más libre. Mentir te ata. Tienes que hacer concesiones en tu relación contigo mismo. Por tanto, alguien que miente sobre sus influencias quizás no sea mal tipo, pero desde luego sí está siendo ignorante. Porque no ha comprendido el valor de la influencia. Yo nunca he fingido que John Fante no ha sido una influencia en mi escritura. Lo ha sido, y he tomado cosas de él.

Hablando de mostrar la influencia de John Fante, acabo de recordar que en tu sello (Hangman Records) sacaste un single de una banda, Ye Ascoyne D'Ascoynes, que llevaba una foto de John Fante en portada. Compré ese disco en 1993, cuando no había leído a Fante aún.

Es increíble que menciones eso [*sonríe*]. Qué coincidencia más extraordinaria. Los Ascoyne D'Ascoynes eran una banda local, de Chatham; uno de ellos, Ian Smith, era el batería original de The Dentists, y también tocaba la batería en los Ascoynes. Pues bien (esto es buenísimo, es exactamente de lo que estábamos hablando), resulta que este Ian era el tipo de individuo que hace cosas como las que te decía antes. Yo soy un enorme fan de Kurt Schwitters desde los diecisiete años, cuando iba a la escuela de arte. Ian debe de tener seis o siete años menos que yo. Le conozco desde que él era aún un niño y yo ya había formado The Milkshakes. Yo le hablé de Kurt Schwitters, y en la época, como no paraba de leer a John Fante, le regalé un ejemplar de *Pregúntale al polvo*. Él me contestó que no era lo suyo, que no le había gustado. Tres años más tarde vino un día y me dijo: «Eh, Billy, deberías leer a un escritor que he descubierto, se llama John Fante» [*ríe*]. Yo le dije: «Claro, es el libro que te regalé, tío.» A partir de aquello Ian era el tío que había descubierto a John Fante, y luego también a Kurt Schwitters. Para colmo, la portada del single que mencionas, y que yo les produje, es un collage a lo Kurt Schwitters, y lleva la cara de John Fante [*carcajada*]. He ahí a un tío en completa fase de negación. Pero yo les produje el disco y dejé que siguiera diciendo lo de sus «descubrimientos». Era su decisión.

Hay una cosa que me chifla de Arturo Bandini: que llora un montón. Y viniendo como yo de una cultura de clase obrera, una cultura que desprecia a los hombres que lloran, ése es un atributo que me parece admirable. A mí me mostró un mundo de hombres en el que era aceptable llorar.

[*Ríe*] Ya. Me pregunto si eso era tan común en los personajes de otros libros de la misma época, y me parece que no. Que era una cosa muy rara. No olvides que Bandini, además, llora muchas veces con intenciones manipuladoras. Lloro para salirse con la suya. Y para ligar con mujeres [*sonríe*]. ¿Te acuerdas?

Sí. Pero otras veces no puede impedirlo. Está angustiado de verdad. De una forma muy italiana e histérica.

De nuevo, es imposible preguntarse si eso era algo que hacía John Fante. Es una idea interesante, ¿no? Es imposible saber cuáles de los rasgos de Bandini son cercanos a los del autor. Otra hipótesis es que eso viene de que alguien como John, desde un punto de vista psicológico, podría ser considerado un niño de mamá. Piensa que su padre era un completo gilipollas, y que al chico no le quedó otro remedio que decantarse hacia su madre, y cuidar de ella en algunas épocas. En todos los libros se palpa esa calidez hacia la madre. También hacia el idiota del padre, pero es un amor mezclado con temor y respeto. Así que sí: quizás Fante era un niño de mamá.

Por otro lado, las lágrimas de Bandini tienen un inmenso componente de pura rabia. De resentimiento y odio contra un mundo que le pisotea.

Es posible. No lo recuerdo con tanto detalle. Habré leído *Pregúntale al polvo* unas seis o siete veces en total, y lo mismo puedo decir de la mayoría de los libros de Fante. Los he releído todos. Mi favorito posiblemente sea *Espera a la primavera, Bandini*. En todas las novelas de Bandini el personaje es muy emocional e intenso, lo que de nuevo me lleva al protagonista de *Hambre*, un tipo con respuestas emocionales muy intensas. A todo. Y eso de nuevo nos lleva al Raskólnikov de *Crimen y castigo*, que es de donde yo creo que Hamsun sacó algunos aspectos para *Hambre*. El joven artístico, intenso, en combate contra el mundo. Lo verdaderamente asombroso de todo esto es que ninguno de los libros de John Fante (y, por extensión, tampoco los de Hamsun o Dostoievski) son libros para jóvenes. Considera, por ejemplo... ¿Quién escribió *El guardián entre el centeno*?

J. D. Salinger.

Salinger, eso. Si piensas en *El guardián entre el centeno*, ése es un libro que uno tiene que leer cuando es bastante joven. Máximo a los veinte. Si lo lees a los treinta o cuarenta, ya no funciona; ese tío ya no te interesa. Para mí, su protagonista no es ni la mitad de convincente de lo que lo sería para alguien mucho más joven. Es un libro para jóvenes. No creo que ése sea el caso de Fante. Él trasciende la barrera de la edad, y creo que lo consigue a base de humor. Creo que la ridiculez y la comicidad son dos rasgos que hacen que Bandini funcione. Le quita toda esa solemnidad que tiene el protagonista de Salinger. El Bandini de Fante te gusta a los cincuenta porque aún reconoces a ese idiota risible que lo protagoniza. Cuando lees a Salinger a los veinte aún no puedes reconocer a un idiota; sólo la madurez puede ayudarte a reconocer la idiotez. Y de adulto ese protagonista sólo te parece un chico más

bien repelente. Así que los libros de Fante son libros muy maduros y precoces. Tiene visiones diáfanas de la idiotez del ego. Y eso lo hace atemporal y *muy* potente.

También me gusta que Bandini sea un mierda, a veces. Que Fante no lo pinte como a un tío dañado pero benigno, sino alguien envidioso, resentido, hipócrita, incluso racista. Hay calidez en su corazón, pero también mucha bilis. Su lado peor lo humaniza.

Estoy completamente de acuerdo. En ese sentido Fante es muy realista. Bukowski, de nuevo, es la estrella de alguna película de acción de bajo presupuesto, pero Bandini es claramente el protagonista de una tragicomedia. No es un detective encallecido por la vida. Arturo va de que es más listo que el resto del mundo, pero luego va y la caga, y te das cuenta de que no es ni más ni menos listo que nadie. Arturo no encaja, está en desacuerdo con el mundo. Bukowski tampoco encaja, pero se pinta como un héroe. Arturo Bandini, por el contrario, es el perfecto antihéroe.

Sí. También procede analizar el germen de su rabia. Incluso cuando lanza insultos racistas contra sus colegas filipinos nos recuerda que a él los anglosajones le llamaban espaguetini, pelograsiento, guinea. Lo humillaron, y por eso humilla a otros a su vez. Es realismo puro.

Ésa es la grandeza y el encanto de Fante. Su personaje es completamente tridimensional, tiene todas esas contradicciones y daños. Puede ser un capullo y un tipo encantador. Bandini es así. Y huelga decir que así es como somos la mayoría de los seres humanos.

¿Cuál dirías que es tu Fante predilecto, después de todos estos años?

Espera a la primavera, Bandini. Y uno de mis fragmentos favoritos de todos sus libros es de *La hermandad de la uva*. Cuando su hermano está tratando de convencerle de que vuele de visita al pueblo, porque su padre la está liando y está a punto de divorciarse de la madre y todo eso. Y él llega, y el hermano ni siquiera va a buscarle al aeropuerto, todos lo tratan como si no comprendiesen qué hace allí y aplican al pobre tipo una presión emocional terrible. Es un fragmento que explica de una forma perfecta las dinámicas familiares y la forma absurda en que interactúan los seres humanos. Toda la mierda que se acumula, y la mentira. Pero el libro que más me gusta es *Espera a la primavera, Bandini*, y también *Pregúntale al polvo*. Ni siquiera

recuerdo *Un año pésimo*, sólo lo leí dos veces. Acabo de recordar algo más sobre los Fante que quizás deberías saber.

Cuenta, cuenta.

Dan me contó que su hermano, Nick Fante, había sido uno de los que diseñó, o ayudó a diseñar con algún tipo de trabajo de ingeniería, la primera cápsula espacial que aterrizó en la luna. Una parte, al menos. Las patas, si no recuerdo mal. Creo que es un detalle bonito, aunque no sé si dudar de la veracidad de la historia. ¡Los Fante contribuyeron a la conquista de la luna! [ríe]. Dan tenía un espíritu muy generoso. Su único problema es que no se creía merecedor de todos los elogios. Se menospreciaba.

Los Fante tenían una relación compleja con la familia. Con los lazos de sangre. John Fante la pinta como algo dañino pero indispensable a la vez. Hay mucho amor en sus palabras, incluso cuando maldice a Svevo de forma terrible.

Sí. Creo que eso también es muy italiano [ríe]. Asimismo, él despreciaría mi comentario, por venir de un puto *limey*, de un inglés. Diría que no entiendo nada. Se ve que John era un tipo que golpeaba siempre primero. Dan siempre contaba que cuando John conocía a alguien siempre empezaba siendo un cabrón grosero, para quedar por encima. Para empezar con ventaja. Se ve que era de ataque rápido [ríe]. Debía de ser un buen hijo de puta.

Camino de Los Ángeles

NOTA DEL EDITOR NORTEAMERICANO (1985)

En 1933 John Fante vivía en un ático de Long Beach y trabajaba en su primera novela, *Camino de Los Ángeles*. «Tengo siete meses y 450 pavos para escribirla. En mi opinión es sensacional», dijo a Carey McWilliams en una carta fechada en 23 de febrero de 1933. Fante había firmado un contrato con Knopf y cobrado un adelanto. Sin embargo, no terminó la novela a los siete meses. En 1936 reescribió las primeras cien páginas, redujo el argumento y le puso punto final. En una carta sin fecha (escrita hacia 1936), dirigida a McWilliams, Fante dice que «*Camino de Los Ángeles* está terminada y yo estoy encantado, chico... Espero enviártela el viernes. Parte del contenido pondría de punta los pelos del culo de un lobo. Puede que sea demasiado fuerte; quiero decir que carece de “buen gusto”. Pero no me importa». La novela no se publicó, probablemente porque el argumento, a mediados de los años treinta, se consideró demasiado atrevido.

Esta novela presenta al álgter ego de Fante, Arturo Bandini, que reaparece en *Espera a la primavera*, *Bandini* (1938), *Pregúntale al polvo* (1939) y *Sueños de Bunker Hill* (1982). El manuscrito, perdido entre sus papeles después de su fallecimiento, en mayo de 1983, lo encontró Joyce, su viuda, y hoy podría incluirse en esa breve y distinguida lista de primeras novelas importantes de autores norteamericanos.

J. C.

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Como podrá comprobar el lector adicto, en esta novela, la primera que escribió John Fante protagonizada por su álgter ego Arturo Bandini, hay aspectos biográficos de Bandini, su ámbito familiar, que difieren de aquellos de *Espera a la primavera*, *Bandini*, *Pregúntale al polvo* y *Sueños de Bunker Hill*. Sin embargo, persisten las mismas obsesiones: el sexo y la vocación de convertirse en un gran escritor.

Hice muchos trabajos en el puerto de Los Ángeles, porque nuestra familia era pobre y mi padre había muerto. El primero, poco después de terminar el bachillerato, consistió en cavar zanjas. El dolor de espalda me impedía dormir por la noche. Cavábamos en un solar vacío, no había ni una sombra, el sol caía a plomo desde un cielo sin nubes y yo estaba allí con dos grandullones que picaban con gusto, siempre riendo y contándose chistes, riendo y fumando tabaco pestilente.

Yo empecé con mucho ímpetu y ellos se rieron y dijeron que ya aprendería al cabo de un tiempo. El pico y la pala no tardaron en pesarme. Me chupaba las ampollas reventadas y detestaba a aquellos hombres. Un mediodía quedé agotado, me senté y me miré las manos. Me dije: ¿por qué no dejas este trabajo antes de que te mate?

Me levanté y clavé la pala en el suelo.

—Muchachos —dije—, me voy de aquí. Me han ofrecido un empleo en la Comisión Administrativa del Puerto.

Luego fui friegaplatos. Todos los días miraba por un agujero de una ventana y todos los días veía montones de basura rodeados de nubes de moscas, y era como un ama de casa ante un fregadero atestado de platos, las manos se me sublevaban cuando los veía flotando como pescado muerto en el agua azulada. El jefe era un cocinero gordo. Me animaba a trabajar golpeando las cacerolas. Me ponía contento cuando una mosca aterrizaba en su amplio carrillo y se negaba a marcharse. Estuve allí cuatro semanas. Arturo, me dije, este empleo tiene poco futuro, ¿por qué no te vas esta noche? ¿Por qué no mandas al cocinero a tomar por culo?

No pude esperar a la noche. En mitad de aquella tarde de agosto, con una montaña de platos sucios ante mí, me quité el delantal. Se me escapó una sonrisa.

—¿Dónde está lo gracioso? —dijo el cocinero.

—He terminado. Se acabó. Eso es lo gracioso.

Salí por la puerta trasera, con el tintineo de la campanilla. Se quedó rascándose la cabeza, en medio de la basura y de los platos sucios. Cuando pensaba en aquellos platos me reía; la situación me ha parecido siempre muy graciosa.

Fui ayudante de camionero. Lo único que hacíamos era llevar cajas de papel higiénico del almacén a las tiendas portuarias de San Pedro y Wilmington. Cajas grandes, de un metro de arista y veinticinco kilos de peso. Por la noche me quedaba dando vueltas en la cama, meditando.

El jefe era el camionero. Tenía los brazos cubiertos de tatuajes. Vestía polos amarillos muy ceñidos. Le sobresalían los músculos. Los trataba como una chica a su cabello. Me habría gustado decirle cosas que le fastidiaran. Las cajas estaban en el almacén, en montones de quince metros de altura. El jefe se cruzaba de brazos y me hacía llevar las cajas hasta el camión. Él las ordenaba. Arturo, me dije, tienes que tomar una decisión; tiene pinta de bruto, pero ¿qué más te da?

Aquel día me caí de espaldas con una caja en el estómago. El jefe gruñó y cabeceó. Me hizo pensar en un jugador de rugby y me pregunté por qué no llevaba un emblema en el pecho. Me levanté sonriendo. Engullí despacio la comida del mediodía, con el estómago dolorido. Hacía fresco debajo del camión y me había recostado allí. La hora de la comida pasó rápidamente. El jefe salió del almacén y vio el bocadillo que tenía entre los dientes y, a mi lado, el intacto melocotón del postre.

—No te pago para que te tumbes a la sombra —dijo.

Salí arrastrándome y me puse en pie. Las palabras estaban allí, listas.

—Me voy —dije—. Tú y tus ridículos músculos os podéis ir a la mierda. Esto se acabó.

—Bien —dijo—. Eso espero.

—Se acabó.

—Gracias a Dios.

—Hay otra cosa.

—¿Sí?

—Desde mi punto de vista, eres un hijo de puta.

No consiguió pillarme.

Después me pregunté qué habría sido del melocotón. ¿Lo habría aplastado con el pie? Al cabo de tres días fui a averiguarlo. El melocotón seguía intacto junto a la calzada, cubierto por un centenar de hormigas.

Luego entré a trabajar en una tienda de comestibles. El propietario era un italiano con una barriga que parecía un tonel. Cuando Tony Romero no tenía nada que hacer, se acodaba en el cajón de los quesos y los desmigajaba con

las manos. Tenía un buen negocio. Los del puerto acudían a su tienda cuando querían comida de importación.

Una mañana entró pisando huevos y me vio con el papel y el lápiz. Estaba haciendo el inventario.

—Inventario —dijo—. ¿Y eso qué es?

Se lo dije, pero no le gustó. Miró a su alrededor.

—Ponte a trabajar —dijo—. Creo haberte dicho que barras todas las mañanas, nada más llegar.

—¿He de entender que no quiere que haga el inventario?

—No. A trabajar. Nada de inventarios.

Todos los días a las tres había aglomeración de clientes. Era demasiado trabajo para un solo hombre. Tony Romero trabajaba duro, pero andaba pisando huevos, el cuello se le cubría de sudor y la clientela se iba porque no podía perder el tiempo esperando. Tony no me encontraba. Corrió a la trastienda y aporreó la puerta del cuarto de baño. Yo estaba leyendo a Nietzsche, memorizando un largo pasaje sobre la voluptuosidad. Oí los golpes, pero no hice caso. Acercó un cajón y se subió a él. Su prominente mandíbula apareció por encima de la puerta y al bajar la vista me vio.

—*Mannaggia Jesu Christi!* —gritó—. ¡Sal de ahí!

Respondí que saldría inmediatamente. Se fue gruñendo. Pero no me despidió.

Una noche estaba en la caja registradora, repasando las ventas del día. Era tarde, casi las nueve. Yo quería ir a la biblioteca antes de que cerraran. Maldijo entre dientes y me llamó. Me acerqué.

—Faltan diez dólares.

—Qué raro —dije.

—No están aquí.

Comprobé las cantidades atentamente, tres veces. En efecto, habían desaparecido los diez pavos. Buscamos en el suelo, apartando el serrín con los pies. Miramos otra vez en el cajón de la caja registradora y finalmente lo sacamos para inspeccionar el hueco. No los encontramos. Le dije que a lo mejor se los había dado de más a un cliente, sin darse cuenta. Él estaba convencido de que no. Se pasó los dedos por los bolsillos de la camisa, por dentro y por fuera. Eran como perritos calientes. Se palpó los bolsillos.

—Dame un cigarrillo.

Saqué el paquete del bolsillo trasero del pantalón y con él salió el billete de diez dólares. Lo había metido dentro de la cajetilla, pero se las había arreglado para salirse. Cayó al suelo, entre él y yo. Tony apretó el lápiz hasta

que lo partió. Se puso morado mientras sus mejillas se hinchaban y deshinchaban. Echó atrás el cuello y me escupió en la cara:

—¡Rata asquerosa! ¡Vete de aquí!

—De acuerdo —dije—. Allá usted.

Cogí el libro de Nietzsche de debajo del mostrador y eché a andar hacia la puerta. ¡Nietzsche! ¿Qué sabía él de Friedrich Nietzsche? Recogió el billete de diez dólares y me lo tiró.

—El sueldo de tres días, ¡so ladrón!

Me encogí de hombros. ¡Nietzsche en un lugar como aquél!

—Ya me voy —dije—. No se altere.

—¡Fuera de aquí!

Estaba ya a unos buenos quince metros de él.

—Escuche —dije—, irme de aquí me llena de alborozo. Estoy harto de su babeante hipocresía de elefante. Hace una semana que deseo alejarme de este aberrante trabajo. ¡Así que váyase de cabeza a la mierda, farsante macarroni!

Dejé de correr al llegar a la biblioteca. Era una dependencia de la Biblioteca Pública de Los Ángeles. Era el turno de la señorita Hopkins. Tenía el cabello rubio y largo, y lo llevaba recogido y tirante. Siempre me entraban ganas de hundir la cara en él, para olerlo. Me habría gustado sentirlo entre los dedos. Pero era tan hermosa que apenas me atrevía a dirigirle la palabra. Sonrió. Yo estaba sin aliento y miré el reloj.

—Creí que no llegaba a tiempo —dije.

Me dijo que aún faltaban unos minutos. Me alegré al ver que llevaba un vestido holgado. Si la hacía cruzar la sala con algún pretexto, con un poco de suerte le vería las piernas a través del tejido. Siempre me preguntaba cómo serían sus piernas con un brillante par de medias. No estaba ocupada. Sólo había dos personas mayores, leyendo periódicos. Anotó la devolución del Nietzsche mientras yo recuperaba el aliento.

—¿Podría decirme dónde está la sección de Historia? —pregunté.

Dijo que sí sonriendo y la seguí. Me llevé una desilusión. El vestido no era el más indicado, de color azul claro; la luz no lo traspasaba. Observé la curva de sus talones. Me entraron ganas de besarlos. Al llegar a la sección de Historia se volvió y se dio cuenta de que estaba pensando en ella intensamente. Sentí la ola de frío que la envolvió. Volvió a la mesa. Saqué unos libros y los volví a colocar. Ella seguía intuyendo mis pensamientos, pero yo no quería pensar en otra cosa. Vi sus piernas cruzadas bajo la mesa. Eran maravillosas. Me entraron ganas de abrazarlas.

Nuestras miradas se cruzaron y sonrió, con una sonrisa que decía: adelante, mira si quieres; no puedo hacer nada al respecto, aunque me gustaría darte una bofetada. Yo quería hablar con ella. Podía citarle algunos pasajes estupendos de Nietzsche; aquel pasaje de Zaratustra sobre la voluptuosidad. ¡Ah! Pero nunca podría recitárselo.

A las nueve sonó el timbre. Fui a toda prisa a Filosofía y me llevé lo primero que pillé. Era otro Nietzsche, *Hombre y superhombre*. Sabía que la impresionaría. Antes de ponerle el sello pasó unas páginas.

—¡Caramba! —dijo—. ¡Qué libros lees!

—¡Bah! —dije—. No tiene importancia. Yo no leo morralla.

Me sonrió a modo de despedida y dije:

—Es una noche esplendorosa, mágica y esplendorosa.

—¿En serio? —dijo.

Me dirigió una mirada extraña, con la punta del lápiz en el pelo. Salí reculando, crucé la puerta y me contuve. Me sentí peor en la calle, porque la noche no era esplendorosa, sino fría y con una niebla que apagaba la luz de las farolas. Junto a la acera había un coche con el motor en marcha y un hombre al volante. Esperaba a la señorita Hopkins, para llevarla a Los Ángeles. Tenía cara de subnormal. ¿Había leído a Spengler? ¿Sabía que Occidente estaba en decadencia? ¿Qué hacía al respecto? ¡Nada! Era un zopenco, un nuevo rico sin educación. Que se fuera a la porra.

La niebla me envolvía y me calaba mientras seguía mi camino con un cigarrillo en los labios. Entré en Jim's Place, en Anaheim. Había un hombre comiendo en el mostrador. Lo había visto muchas veces en los muelles. Era un estibador llamado Hayes. Me senté a su lado y pedí de cenar. Mientras lo preparaban fui al expositor de libros, a echar un vistazo. Eran ediciones de bolsillo baratas. Elegí cinco. Luego fui al expositor de revistas y hojeé *Artists and Models*. Busqué los dos números donde las mujeres llevaran menos ropa y cuando Jim me sirvió la cena le dije que me lo envolviera todo. Vio el Nietzsche que llevaba bajo el brazo: *Hombre y superhombre*.

—No —dije—. Éste lo llevaré así.

Lo puse en el mostrador con un golpe. Hayes bajó los ojos y leyó el título: *Hombre y superhombre*. Me miró por el espejo. Yo daba cuenta del filete. Jim me observaba las mandíbulas para averiguar si el filete estaba tierno. Hayes tenía los ojos fijos en el libro.

—Jim —dije—, este pábulo es verdaderamente antediluviano.

Jim preguntó qué quería decir y Hayes dejó de comer para escuchar.

—El filete —dije—. Es arcaico, primigenio, paleoantrópico y de tiempos antiguos. En resumen, senil y provectoro.

Jim sonrió para indicar que no entendía y el estibador dejó de masticar para señalar lo interesado que estaba.

—¿Y qué es todo eso? —dijo Jim.

—La comida, amigo mío. La comida. Este pábulo que tengo ante mí. Está más duro que el pie de Cristo.

Miré a Hayes y éste agachó la cabeza rápidamente. Jim estaba afectado por lo del filete y se inclinó sobre el mostrador para susurrarme que con mucho gusto me prepararía otro.

—Dios nos asista —dije—. Olvídalo, hombre. Eso está fuera del alcance de mis más osadas ambiciones.

Hayes me miraba fijamente por el espejo. Cuando no me miraba a mí, miraba el libro. *Hombre y superhombre*. Comí mirando al frente, sin prestarle la menor atención. No me quitó los ojos de encima mientras comía. Luego estuvo un rato mirando el libro. *Hombre y superhombre*.

Cuando terminó de comer, se dirigió a la parte delantera para pagar. Jim y él hablaron entre susurros junto a la caja registradora. Hayes asintió con la cabeza. Jim sonrió y siguieron susurrando. Hayes sonrió, se despidió y me echó la última mirada por encima del hombro. Jim volvió.

—Ese tío quería saberlo todo acerca de ti —dijo.

—Naturalmente.

—Dice que hablas como un tío culto.

—Naturalmente. ¿Y quién es él, y a qué se dedica?

Jim dijo que era Joe Hayes, el estibador.

—Gallinácea profesión —dije—. Infestada de asnos y zopencos. Vivimos en un mundo de comadreja y antropoides.

Saqué el billete de diez dólares. Volvió con el cambio. Le ofrecí veinticinco centavos de propina, pero no quiso aceptarla.

—Es un detalle improvisado —dije—. Un sencillo símbolo de camaradería. Me gusta tu forma de hacer las cosas, Jim. Despierta un impulso de reconocimiento.

—Procuró contentar a todos.

—Bueno, como habría dicho Chéjov, yo no tengo nada que objetar.

—¿Qué tabaco fumas?

Se lo dije y me dio dos paquetes.

—De mi parte —dijo.

Me los guardé en el bolsillo.

Pero no aceptó la propina.

—¡Tómala! —dije—. Es sólo un detalle.

Se negó. Nos despedimos. Él se fue a la cocina con los platos sucios y yo hacia la salida. En la puerta cogí dos barras de caramelo del expositor y me las metí debajo de la camisa. La niebla me tragó. Me comí los caramelos mientras volvía andando a casa. Estaba contento por la niebla porque así el señor Hutching no me vería. Estaba en la puerta de su pequeña tienda de aparatos de radio. Me andaba al acecho. Le debía cuatro plazos de la radio que le habíamos comprado. Si hubiera estirado el brazo habría podido tocarme, pero no me vio.

Vivíamos en una casa de vecindad, al lado de un lugar lleno de filipinos. La circulación de filipinos variaba con las estaciones. Venían al sur durante la temporada de pesca y volvían al norte para la recolección de frutas y lechugas en los alrededores de Salinas. En nuestro edificio había una familia de filipinos, exactamente debajo de nosotros. El edificio tenía dos plantas de paredes estucadas de color rosa de las que los terremotos habían desprendido grandes láminas de enlucido. Todas las noches el yeso absorbía la niebla como un papel secante. Por la mañana, las paredes ya no eran de color rosa, sino de un rojo húmedo. A mí me gustaba más el rojo.

Las escaleras chillaban como un nido de ratones. Nuestro piso era el último de la planta superior. En cuanto toqué el pomo de la puerta me deprimí. El hogar me producía siempre el mismo efecto. Ni siquiera me gustaba cuando mi padre estaba vivo y teníamos una casa de verdad. Siempre quería alejarme de ella o cambiarla. Solía preguntarme cómo me gustaría que fuese mi casa si fuera diferente, pero nunca sabía qué hacer para que fuera diferente.

Abrí la puerta. Estaba oscuro y la oscuridad olía a hogar, al lugar en el que vivía. Encendí la luz. Mi madre estaba echada en el sofá y la luz la despertó. Se frotó los ojos y se apoyó en el codo. Siempre que la veía medio despierta recordaba la época en que yo era niño y me acercaba a su cama por las mañanas para olerla mientras dormía, hasta que me hice mayor y dejé de acercarme a ella por las mañanas porque recordaba demasiado bien que era mi madre. Era un olor salobre y grasiento. No podía imaginármela envejeciendo. Me encendía la sangre. Se sentó y me sonrió, con el pelo revuelto de dormir. Todo lo que hacía me recordaba la época en que vivíamos en una casa de verdad.

—Pensaba que no llegarías nunca —dijo.

—¿Dónde está Mona? —dije.

Dijo que estaba en la iglesia y yo exclamé:

—¡Mi propia hermana hundida en la superstición de la plegaria! Carne de mi carne y sangre de mi sangre. ¡Una monja, la novia de un dios! ¡Cuánta barbarie!

—No empieces —dijo—. Sólo eres un muchacho que ha leído demasiados libros.

—Eso es lo que tú te crees —dije—. Es notorio y evidente que tienes un complejo de fijación.

Se puso pálida.

—¿Un qué?

—Olvídalo —dije—. No tiene sentido hablar con catetos, patanes y retrasados. El hombre inteligente tiene derecho a ciertas reservas a la hora de elegir a sus interlocutores.

Se apartó el pelo con unos dedos largos como los de la señorita Hopkins, aunque los de ésta no tenían sabañones ni grietas en los nudillos, y mi madre llevaba anillo de casada.

—¿Eres consciente del hecho —dije— de que un anillo de casada no es sólo un objeto vulgarmente fálico sino también un vestigio residual de un primitivismo salvaje, anómalo en esta época de presunto saber y progreso?

—¿Qué? —dijo.

—No importa. La mente femenina no lo asimilaría aunque se lo explicara.

Le dije que se riera si tenía ganas, pero que algún día cambiarían las tornas, y me fui con los libros y las revistas a mi estudio privado, que era el cuarto ropero. No había allí luz eléctrica y utilizaba velas. Flotaba en el aire la impresión de que alguien o algo había estado en el estudio en mi ausencia. Miré a mi alrededor y vi que estaba en lo cierto, porque el jersey rosa de mi hermana colgaba de una percha.

Lo descolgué de la percha y le dije:

—¿Con qué objeto estás aquí? ¿Con qué autoridad? ¿No te das cuenta de que has profanado la santidad de la casa del amor? —Abrí la puerta y tiré el jersey sobre el sofá—. ¡No se admite ropa en este ropero!

Mi madre llegó corriendo. Cerré la puerta y eché el pestillo. Oí sus pisadas. El pomo de la puerta vibró. Me puse a abrir el paquete. Las fotos de *Artists and Models* eran pura miel. Elegí una favorita. Estaba recostada en una alfombra blanca, con una rosa roja en la mejilla. Puse la foto entre las velas del suelo y me arrodillé.

—Cloe —dije—, os venero. Vuestros dientes son como un rebaño de ovejas del monte Galaad, y vuestras mejillas son exquisitas. Soy vuestro humilde servidor y os amaré eternamente.

—¡Arturo! —dijo mi madre—. Abre.

—¿Qué quieres?

—¿Qué estás haciendo?

—Leer. ¡Instruirme! ¿Incluso eso se me niega en mi propia casa?

Frotó la puerta con los botones del jersey.

—No sé dónde poner esto —dijo—. Tienes que dejarme utilizar el ropero.

—Imposible.

—¿Qué haces?

—Leer.

—¿Qué lees?

—¡Literatura!

No se fue. Le veía los tobillos por la ranura inferior de la puerta. No podía hablarle a la chica si ella estaba al otro lado. Aparté la revista y esperé a que se fuera. Pero no se iba. Ni siquiera se movió. Pasaron cinco minutos. La vela chisporroteó. El ropero se estaba llenando de humo otra vez. Mi madre no se había movido ni un centímetro. Finalmente puse la revista en el suelo y la tapé con una caja. Tenía ganas de gritarle a mi madre. Que se moviera al menos, que hiciera ruido, levantara un pie, silbara. Cogí una novela e introduje el dedo entre las páginas, como para señalar por dónde iba. Cuando abrí la puerta me fulminó con la mirada. Tenía la sensación de que lo sabía todo sobre mí. Puso los brazos en jarras y olfateó el aire. Sus ojos lo inspeccionaron todo, los rincones, el techo, el suelo.

—¿Qué haces ahí?

—¡Leer! Perfeccionar mi intelecto. ¿También eso me lo vas a prohibir?

—Hay algo muy extraño en todo esto —dijo—. ¿Estás mirando otra vez esas asquerosas revistas de fotos?

—Nunca habrá metodistas, mojígatitos ni concupiscencia en mi casa. Estoy harto de esta pudibundez de comadreja. La espantosa verdad es que mi propia madre es una rastreadora de inmundicia de la peor clase.

—Me dan asco —dijo.

—No eches la culpa a las fotos —dije—. Eres cristiana, de las Juventudes Metodistas, de la región del Fundamentalismo Bíblico. Tu propio cristianismo de salón te ha frustrado. En el fondo eres desvergonzada y burra, descarada e imbécil.

Me apartó de un empujón y entró en el ropero. Dentro había olor a cera quemada y breves pasiones derramadas en el suelo. Mi madre sabía lo que ocultaba la oscuridad. Salió corriendo.

—¡Por Dios bendito! —dijo—. Quiero salir de aquí.

Me hizo a un lado y cerró la puerta de golpe. La oí trastear en la cocina con cazos y cacerolas. La puerta de la cocina se cerró con violencia. Eché otra vez el pestillo y volví con las fotos y a encender las velas. Al cabo de un rato

llamó mi madre y me dijo que la cena estaba lista. Le dije que ya había cenado. Se quedó a la espera. Otra vez empezaba a enfadarse. Lo notaba. Había una silla cerca de la puerta. La oí moverla y sentarse. Sabía que estaba con los brazos cruzados, mirándose los zapatos, con los pies paralelos, tal como solía hacer cuando se sentaba a esperar. Cerré la revista y aguardé. Si ella podía soportarlo, yo también. Se puso a golpear la alfombra con la punta del pie. La silla crujió. Se aceleró el golpeteo. Entonces se levantó de un salto y se puso a aporrear la puerta. La abrí a toda prisa.

—¡Sal de ahí! —gritó.

Salí lo más rápidamente que pude. Sonrió, cansada pero ya más tranquila. Tenía los dientes pequeños. Uno de abajo estaba fuera de sitio y parecía un soldado que desfilara con el paso cambiado. No llegaba al metro sesenta, pero parecía alta cuando se ponía zapatos de tacón. La edad se le notaba más en la piel. Tenía cuarenta y cinco años. La piel le colgaba ligeramente debajo de las orejas. Me alegraba que no tuviera el pelo gris. Siempre le buscaba canas, pero nunca las encontraba. La empujé, le hice cosquillas, rió y se desplomó en la silla. Fui al sofá, me estiré y dormí un rato.

Me despertó mi hermana cuando llegó. Me dolía la cabeza y sentía una molestia en la espalda, como si tuviera algún músculo lesionado, y yo sabía por qué; por pensar demasiado en mujeres desnudas. El reloj de la radio marcaba las once. Mi hermana se quitó el abrigo y se dirigió al cuarto ropero. Le dije que no se acercara allí o la mataría. Sonrió con desdén y se fue con el abrigo al dormitorio. Giré en redondo y apoyé los pies en el suelo. Le pregunté dónde había estado, pero no respondió. Me sacaba de quicio porque apenas me prestaba atención. No la odiaba, aunque a veces lo deseaba. Era guapa, dieciséis años. Algo más alta que yo, con el pelo y los ojos negros. Una vez ganó un concurso en el instituto por tener la mejor dentadura. Tenía el trasero como un pan italiano, redondo y perfecto. Los tíos solían mirárselo y yo sabía que les ponía calientes. Pero era una estirada, y engañaba con su forma de andar. No le gustaba que los hombres la mirasen. Pensaba que era pecado; al menos eso decía. Decía que era sucio y vergonzoso.

Yo la espiaba cuando se dejaba abierta la puerta del dormitorio y a veces miraba por el ojo de la cerradura o me escondía debajo de la cama. Ella se quedaba de pie, de espaldas al espejo, y se inspeccionaba el culo, se pasaba las manos por encima y se tiraba del vestido para resaltarlo. No se ponía un vestido si no le ceñía la cintura y las caderas, y siempre limpiaba la silla antes de sentarse. Luego tomaba asiento con actitud remilgada, pero con frialdad. Yo trataba de aficionarla al tabaco, pero no quería. También procuraba darle consejos sobre la vida y la sexualidad, pero ella pensaba que estaba loco. Era como mi padre, muy limpia y muy trabajadora en casa y en la escuela. Mandaba en mi madre. Era más lista que mi madre, pero en mi opinión jamás alcanzaría el deslumbrante nivel de mi cerebro. Era una sargenta con todo el mundo menos conmigo. Después de la muerte de mi padre trató de darme órdenes a mí también. A mí no me cabía en la cabeza, mi propia hermana, así que llegó a la conclusión de que no valía la pena darme órdenes. De vez en cuando le permitía que me diera alguna, pero sólo para hacer gala de mi flexible personalidad. Era pura como el hielo. Nos llevábamos como el perro y el gato.

Había algo en mí que no le gustaba. Que la repelía. Creo que sospechaba lo de las mujeres del ropero. De vez en cuando le tocaba el culo para

cabrearla. Se ponía como un basilisco. Una vez empuñó un cuchillo de carnicero y me persiguió por toda la casa. No me habló durante dos semanas y le dijo a mi madre que no volvería a hablarme nunca, ni a comer conmigo en la misma mesa. Al final depuso su actitud, pero hasta hoy no he olvidado lo furiosa que se puso. Si me hubiera dado alcance me habría descuartizado.

Tenía una cualidad que era de mi padre, pero que no teníamos ni mi madre ni yo. Me refiero a la limpieza. De niño vi una serpiente de cascabel peleando con tres perros. La apartaron de unas piedras donde estaba tomando el sol y la hicieron trizas. La serpiente se defendió con valentía, sin rendirse, sabía que estaba acabada y en la boca de cada perro había un trozo goteante de reptil. Sólo dejaron la cola y tres cascabeles, y esa parte aún se movía. Incluso después de troceada pensé que era un prodigio. Me acerqué a las piedras, que estaban manchadas de sangre. Pasé el dedo por la sangre y me lo chupé. Lloré como un niño. Nunca la olvidaría. Y eso que si hubiera estado viva, ni me habría acercado a ella. Con mi hermana y mi padre me pasaba algo parecido.

Durante mucho tiempo pensé que como mi hermana era tan guapa y marimandona, estaba destinada a ser una esposa estupenda. Pero era demasiado fría y religiosa. Siempre que venía un hombre a nuestra casa para salir con ella, ella decía que no. Se quedaba en la puerta y ni siquiera lo invitaba a pasar. Quería ser monja, he ahí el problema. Pero se lo impedía mi madre. Esperaba a que transcurrieran unos años. Decía que el único hombre al que amaba era el Hijo del Hombre y que su único novio era Jesucristo. Sonaba a sermón de monja. Mona era incapaz de pensar cosas así sin ayuda exterior.

Hizo la primera enseñanza con las monjas de San Pedro. Cuando terminó, como mi padre no podía pagarle un instituto católico, la matriculó en el de Wilmington. Concluido el bachillerato, volvió por San Pedro para visitar a las monjas. Se quedaba todo el día, ayudándolas a corregir exámenes, dando clases de parvulario y cosas así. Al atardecer iba a la iglesia que había en Wilmington, en el tramo del puerto, y decoraba los altares con toda clase de flores. Aquella noche había estado allí.

Salió del dormitorio en bata.

—¿Qué tal está Jehová esta noche? —dije—. ¿Qué piensa de la teoría cuántica?

Entró en la cocina y se puso a hablar con mi madre a propósito de la iglesia. Discutieron por las flores, por cuáles eran mejores para el altar, las rosas rojas o las rosas blancas.

—Yavé —dije—. La próxima vez que veas a Yavé, dile que quiero hacerle unas cuantas preguntas.

Siguieron hablando.

—Oh, Santo Señor Jehová, contempla a tus pies a Mona, tu cursi adoratriz, babeando mongólicas sandeces. Oh, Jesús, es una mujer santa. Dulce y saltarín Jesucristo, es una mujer sagrada.

—Arturo, para ya —dijo mi madre—. Tu hermana está cansada.

—Oh, Espíritu Santo, oh triple personalidad santamente inflada, líbranos de la Depresión. Elige a Roosevelt. Mantennos en el patrón oro. ¡Echa a Francia, pero, por los clavos de Cristo, mantennos a nosotros!

—Arturo, para ya.

—Oh, Jehová, con tu mutabilidad infinita a ver si puedes arañar alguna moneda para la familia Bandini.

—Es vergonzoso, Arturo —dijo mi madre—. Vergonzoso.

Me subí al sofá y grité:

—¡Rechazo la hipótesis de Dios! ¡Abajo la decadencia del cristianismo fraudulento! ¡La religión es el opio del pueblo! ¡Todo lo que somos o esperamos ser se lo debemos al diablo y a su contrabando de manzanas!

Mi madre se lanzó sobre mí escoba en mano. Casi tropezó con ella al amenazarme con el extremo de la paja en la cara. Di un manotazo a la escoba y salté al suelo. Me quité la camisa delante de ella y me quedé desnudo de cintura para arriba. Bajé la cabeza.

—Da rienda suelta a tu intolerancia —dije—. ¡Acúsame! ¡Ponme en el potro de tortura! ¡Expresa tu cristianismo! ¡Que la Iglesia militante enseñe su espíritu sanguinario! ¡Ahórcame! Hunde en mis ojos atizadores al rojo vivo. ¡Conducidme a la hoguera, perros cristianos!

Mona salió con un vaso de agua. Le quitó la escoba a mi madre y le dio el vaso. Mi madre bebió y se calmó un poco. Luego tosió y escupió dentro del vaso, lista para llorar.

—¡Mamá! —dijo Mona—. No llores. Está loco.

Me miró con cara de haba, sin expresión. Di media vuelta y fui a la ventana. Cuando me volví, seguía mirándome.

—Perros cristianos —dije—. ¡Canalones bucólicos! ¡Burrus Americanus! Chacales, comadrejas, sabandijas, asnos..., eso sois toda la peña. Yo soy el único de toda la familia que ha nacido libre del estigma del cretinismo.

—No seas bobo —dijo.

Se metieron en el dormitorio.

—No me llames bobo —dije—. ¡So neurosis! ¡Frustrada, inhibida, deficiente, babosa, medio monja!

—¿Oyes lo que dice? —dijo mi madre—. ¡Es espantoso!

Se fueron a dormir. Yo tenía el sofá y ellas el dormitorio. Cuando cerraron la puerta, saqué las revistas y las puse encima del sofá. Estaba contento porque podía mirar a las chicas con la luz de la habitación grande. Era mucho mejor que aquel ropero maloliente. Les hablé cerca de una hora, fui a la montaña con Elaine y a los Mares del Sur con Rosa y, finalmente, reunidos en asamblea colectiva y rodeado por todas, les dije que no prefería a ninguna y que todas tendrían su oportunidad cuando les llegara el turno. Pero al poco rato ya me aburría soberanamente, tenía la creciente sensación de estar haciendo el imbécil, hasta que empecé a detestar el hecho de que fueran sólo fotos, planas y unidimensionales, lo mismo que el color y la sonrisa. Y todas sonreían como unas guarras. Todo se me volvió detestable, y pensé: ¡Mírate! Sentado ahí y hablando con un puñado de rameras. ¡Valiente superhombre estás hecho! ¡Si Nietzsche levantara la cabeza! Y Schopenhauer... ¿Qué pensaría Schopenhauer? ¡Y Spengler! ¡Oh, Spengler se reiría de ti a carcajadas! ¡Imbécil, idiota, cerdo, animal irracional, rata, cerdo sucio, despreciable y asqueroso! Cogí todas las fotos, las rompí en pedazos y las tiré a la taza del váter. Volví despacio al sofá y aparté las frazadas con el pie. Me odiaba tanto que me senté pensando las peores cosas de mí. Finalmente me sentí tan despreciable que lo único que podía hacer era echarme a dormir. Tardé horas en coger el sueño. La niebla se estaba levantando por el este, y el oeste era negro y gris. Debían de ser las tres. Oía los suaves ronquidos de mi madre en el dormitorio. Por entonces ya estaba dispuesto a suicidarme, y mientras lo pensaba me quedé dormido.

Mi madre me despertó a las seis. No tenía ganas de levantarme y me di la vuelta. Cogió las frazadas y las apartó. Quedé desnudo encima de la sábana, ya que no me ponía nada para dormir. No pasaba nada, pero era por la mañana y no estaba preparado, ella podía entenderlo, y no me importaba que me viera desnudo, pero no tal como está un hombre a veces por la mañana. Me tapé el punto con la mano para que no lo viera, pero lo vio de todos modos. Parecía que buscaba algo adrede para ponerme en evidencia..., mi propia madre, por añadidura.

—Qué vergüenza, tan temprano —dijo.

—¿Vergüenza? —dije—. ¿Por qué?

—Vergüenza para ti.

—¡Ay, Señor! ¿Qué será lo próximo que penséis los cristianos? ¡Ahora es vergonzoso incluso estar dormido!

—Sabes a qué me refiero —dijo—. Qué vergüenza para un chico de tu edad. Una vergüenza para ti. Vergüenza. Vergüenza.

—Bueno, una vergüenza para ti también. Y para el cristianismo.

Volvió a la cama.

—Qué vergüenza —dijo a Mona.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Qué vergüenza.

—¿Qué ha hecho?

—Nada, pero de todos modos es una vergüenza. Una vergüenza.

Me quedé dormido. Al poco rato volvió a llamarme a gritos.

—Esta mañana no voy a trabajar —dije.

—¿Por qué?

—Porque he perdido el empleo.

Silencio. Mona y ella se incorporaron en la cama. Mi trabajo lo era todo. Teníamos al tío Frank, pero preferían apurar antes mi sueldo. Tenía que inventar algo bueno, porque ambas sabían que era un mentiroso. Podía engañar a mi madre, pero Mona no me creería, ni siquiera si le contaba la verdad.

—El sobrino del señor Romero acaba de llegar de la madre patria —dije—. Se ha quedado con mi puesto.

—¡No esperarás que nos creamos eso! —dijo Mona.

—Mis esperanzas no suelen afectar a los imbéciles —dije.

Mi madre se acercó al sofá. La historia no era muy convincente, pero estaba dispuesta a darle crédito. Si Mona no hubiera estado presente habría sido pan comido. Mamá le dijo que esperase a oír el resto. Mona lo enredaba todo con su cháchara. Le dije a gritos que se callara.

—¿Estás diciendo la verdad? —dijo mi madre.

Me puse la mano sobre el corazón, cerré los ojos y dije:

—Ante Dios Todopoderoso y su corte celestial, juro solemnemente que no estoy mintiendo ni inventando nada. Si no es así, caiga yo muerto antes de un minuto. Mira el reloj.

Cogió el reloj de la radio. Mi madre creía en milagros, de la clase que fueran. Cerré los ojos y me sentí los latidos del corazón. Contuve el aliento. Los segundos pasaban. Al cabo de un minuto dejé escapar el aire de los pulmones. Mi madre sonrió y me besó en la frente. Pero se puso a echar la culpa a Romero.

—No puede hacerte esto —dijo—. No se lo permitiré. Iré a verlo y le diré cuatro verdades.

Salté de la cama. Estaba desnudo, pero no me importaba.

—¡Dios Todopoderoso! —dije—. ¿Acaso no tienes orgullo, ni sentido de la dignidad humana? ¿Por qué tienes que verlo cuando me ha tratado con tan mediterránea bellaquería? ¿Es que también quieres deshonar el nombre de la familia?

Estaba vistiéndose en el dormitorio. Mona se echó a reír y se toqueteó el cabello. Entré, agarré las medias de mi madre y las llené de nudos antes de que pudiera impedírmelo. Mona cabeceó y rió por lo bajo. Le puse el puño bajo la nariz y le advertí por última vez que no se entrometiera. Mi madre ya no sabía qué hacer. Le puse las manos en los hombros y la miré a los ojos.

—Soy un hombre muy orgulloso —dije—. ¿No despiertan mis palabras un impulso de reconocimiento en tu sentido del juicio? ¡Orgullo! Mi primera y última palabra se eleva desde el alma de ese estrato que llamo Orgullo. Sin él, mi vida es una lozana desilusión. En resumen, te estoy dando un ultimátum. Si vas a ver a Romero, me mataré.

Aquello la asustó de veras, pero Mona se tronchó de risa. No dije nada más, volví al sofá y enseguida me quedé dormido.

Cuando desperté era cerca de mediodía y las dos habían salido. Saqué la foto de una antigua amiga a la que llamaba Marcella y fuimos a Egipto, y nos amamos en el Nilo, en una barca tripulada por esclavos. Bebí vino de sus

sandalias y leche de sus pechos, y luego ordenamos a los esclavos que remaran hasta la orilla, y la invité a comer corazones de colibrí macerados en leche de paloma edulcorada. Cuando terminé me sentía una mierda. Tenía ganas de golpearme la nariz, de dejarme inconsciente a golpes. Quería cortármela, espachurrarme los huesos. Rompí la foto de Marcella y tiré los pedazos, fui al botiquín, saqué una hoja de afeitar y cuando me di cuenta ya me había hecho un corte en el antebrazo, por encima de la muñeca, y no muy profundo, para que sangrara pero no doliera. Me chupé el corte, pero seguía sin sentir dolor, así que cogí un poco de sal, froté con ella la herida y sentí que me escocía, que me dolía, me sacaba de aquello y me resucitaba, y froté hasta que no pude soportarlo. Luego me vendé el brazo.

Me habían dejado una nota en la mesa. Decía que habían ido a ver al tío Frank y que en la despensa encontraría algo para desayunar. Decidí comer en Jim's Place, porque todavía tenía algún dinero. Crucé el patio de la escuela del otro lado de la calle y entré en el establecimiento de Jim. Pedí huevos con jamón. Mientras yo comía, Jim hablaba.

—Lees mucho —dijo—. ¿Has probado a escribir alguna vez?

Ya estaba. En lo sucesivo sería escritor.

—Ya estoy escribiendo un libro —dije.

Quiso saber qué clase de libro.

—Mi prosa no está en venta —dije—. Escribo para la posteridad.

—No lo sabía —dijo—. ¿Qué escribes? ¿Cuentos o novelas?

—Las dos cosas. Soy ambidextro.

—Ah. No lo sabía.

Fui al otro extremo del local y compré un lápiz y un cuaderno. Quiso saber qué estaba escribiendo.

—Nada —dije—. Sólo tomo notas al azar para un trabajo futuro sobre el comercio exterior. Siento curiosidad por el tema, es una especie de afición dinámica que he adquirido.

Cuando salí me miraba con la boca abierta. Anduve tranquilamente hacia el puerto. Era el mes de junio, la mejor época. La caballa llegaba de la costa sur y las fábricas de conservas trabajaban sin parar, y siempre, en aquella época del año, el aire olía a putrefacción y a grasa de pescado. Unos decían que era apestoso y otros vomitaban sólo con olerlo, pero a mí no me resultaba apestoso, exceptuando el olor del pescado cuando era malo, y que a mí me parecía fantástico. Me gustaba ir allí. No había un solo olor, sino muchos yendo y viniendo, así que cada paso que daba percibía un olor diferente. Me ponía soñador y pensaba mucho en lugares lejanos, en el misterio de lo que

contenía el fondo del mar, y todos los libros que había leído cobraban vida de repente, y veía a los mejores personajes de los libros, Philip Carey, Eugene Witla y los inventados por Dreiser.

Me gustaba el olor a sentina de los viejos petroleros, el olor a petróleo de los barriles destinados a lugares remotos, el olor del crudo que tornaba el agua viscosa, amarilla y dorada, el olor de la madera podrida y los residuos del mar ennegrecidos por la grasa y el alquitrán, el de la fruta descompuesta, el de los pequeños barcos pesqueros japoneses, el de las barcasas de plátanos y las maromas viejas, el de los remolcadores, el de la chatarra, y el misterioso olor del mar durante la marea baja.

Me detuve en el puente blanco que cruzaba el canal hasta el flanco izquierdo de Industrias Pesqueras Pacific Coast, en la parte de Wilmington. Un petrolero descargaba en los muelles de la gasolina. Más allá, los pescadores nipones reparaban sus redes en la orilla y había tantos que abarcaban varias manzanas de casas. En el muelle hawaiano los estibadores cargaban un barco rumbo a Honolulu. Trabajaban con el torso desnudo. Eran ideales para escribir sobre ellos. Apoyé en el pretil el cuaderno recién comprado, humedecí el lápiz con la lengua y me puse a escribir un tratado sobre el estibador: «Interpretación psicológica del estibador de hoy y de ayer, por Arturo Gabriel Bandini».

Resultó ser un tema difícil. Lo intenté cuatro o cinco veces y desistí. De todas formas, el tema exigía años de investigación; no había ninguna necesidad de escribir nada todavía. Lo primero que había que hacer era reunir todos los datos. Tardaría dos años, tres, incluso cuatro; de hecho, era el trabajo de toda una vida, un opus mágnam. Era demasiado difícil. Lo dejé. Supuse que la filosofía sería más fácil.

«Disertación moral y filosófica sobre el hombre y la mujer, por Arturo Gabriel Bandini». El mal es para los débiles, entonces ¿por qué ser débil? Es mejor ser fuerte que ser débil, pues ser débil es carecer de fuerza. Sed fuertes, hermanos míos, pues en verdad os digo que si no sois fuertes, las fuerzas del mal prevalecerán sobre vosotros. Toda fuerza es una forma de poder. Toda falta de fuerza es una forma de mal. Todo mal es una forma de debilidad. Sed fuertes para no ser débiles. Evitad la debilidad y seréis fuertes. La debilidad devora el corazón de la mujer. La fuerza alimenta el corazón del hombre. ¿Deseáis convertirlos en hembras? Sí. Pues sed débiles. ¿Deseáis convertirlos en hombres? Sí, sí. Pues sed fuertes. ¡Abajo el Mal! ¡Viva la Fuerza! ¡Oh, Zaratustra, dota a tus mujeres de debilidad en abundancia! ¡Oh, Zaratustra, dota a tus hombres de fuerza en abundancia! ¡Abajo la mujer! ¡Heil, Hombre!

Pero me cansé de toda aquella historia. Pensé que quizás no era escritor, sino pintor. Quizás mi genio estaba en el arte. Pasé una página del cuaderno y me imaginé haciendo un bosquejo, para practicar, pero no veía nada que valiera la pena dibujar, sólo barcos, estibadores y muelles, y no me interesaban. Dibujé soldaditos, caras, triángulos y cuadrados. Entonces se me ocurrió que yo no era pintor ni escritor, sino arquitecto, porque mi padre había sido carpintero y es posible que el ramo de la construcción estuviera más en consonancia con mi herencia. Dibujé unas cuantas casas. Eran muy parecidas, casas cuadradas con una chimenea de la que salía humo. Dejé a un lado el cuaderno.

Hacía calor en el puente y me picaba el cuello. Pasé entre los barrotes del pretil hasta unas rocas irregulares que despuntaban en la orilla. Eran rocas grandes, negras como el carbón a causa de las mareas, algunas tan grandes como una casa. Estaban esparcidas bajo el puente en confuso desorden, como un campo de icebergs, y aun así parecían contentas y tranquilas.

Me arrastré bajo el puente y tuve la sensación de que jamás había hecho nadie lo que yo hacía en aquel momento. Las pequeñas olas del puerto lamían las piedras y dejaban pequeños charcos de agua verde aquí y allá. Unas piedras estaban cubiertas de musgo y otras de goterones de caca de pájaro. Percibí el denso olor del agua. Bajo las vigas hacía frío y estaba tan oscuro que no podía ver mucho. Oía el tráfico de arriba, las bocinas, los hombres gritando y los grandes camiones sacudiendo los travesaños de madera. Era un ruido tan horroroso que me atronaba los oídos, y cuando gritaba, mi voz se adelantaba unos metros y volvía corriendo como si estuviera atada a una goma. Me arrastré por las piedras hasta que salí de la zona bañada por el sol. Era un lugar extraño. Tuve miedo durante un momento. Algo más lejos había una piedra grande, un pedrusco mayor que los demás, con la cresta cubierta de excremento blanco de gaviota. Era la reina de las piedras, con corona blanca. Fui hacia ella.

De repente todo empezó a moverse bajo mis pies. Un movimiento rápido y viscoso de seres que reptaban. Contuve el aliento, me sujeté y agucé la vista. ¡Eran cangrejos! Las piedras, totalmente cubiertas, parecían vivas. Estaba tan asustado que no podía moverme y el ruido de arriba no era nada comparado con el estruendo de mi corazón.

Me apoyé en una piedra y me cubrí la cara con las manos hasta que se me pasó el miedo. Cuando aparté las manos, podía ver en la oscuridad, y todo era gris y frío, como un mundo subterráneo, un lugar gris y solitario. Por fin podía ver con claridad los seres vivos que tenía debajo. Los cangrejos grandes

eran del tamaño de un ladrillo, y avanzaban con silenciosa crueldad por la cima de los pedruscos, moviendo sensualmente las amenazadoras antenas como los brazos de una bailarina hawaiana, los ojillos vulgares y feos. Les superaban en número los cangrejos pequeños, del tamaño de mi mano, apelotonados alrededor de los pequeños charcos negros que había al pie de las piedras, subiéndose unos sobre otros, empujándose hacia la batiente oscuridad mientras buscaban un lugar en las piedras. Se lo estaban pasando bien.

A mis pies había un nido de cangrejos aún más pequeños, del tamaño de un dólar, una olla de patas retorciéndose. Uno se me enganchó en el dobladillo del pantalón. Lo cogí y lo sostuve mientras pataleaba con desesperación, tratando de picarme. Pero lo tenía bien sujeto y él estaba indefenso. Eché atrás el brazo y arrojé el cangrejo contra una piedra. Reventó produciendo un chasquido, quedó un momento inmóvil en la piedra y luego cayó rezumando sangre y agua. Recogí el machacado caparazón y probé el fluido amarillo que soltaba; estaba salado, como el agua del mar, y no me gustó. Lo lancé hacia aguas más profundas. Flotó hasta que un pejerrey se puso a trazar círculos a su alrededor, lo inspeccionó, empezó a morderlo ferozmente y al final se lo llevó fuera de mi vista. Yo tenía las manos llenas de sangre, pegajosas e impregnadas de olor a mar. De súbito creció en mi interior la necesidad de matar a aquellos cangrejos, a todos.

Los pequeños no me interesaban, era a los grandes a los que quería destruir. Los grandes eran fuertes y feroces, con pinzas poderosas. Eran adversarios dignos del gran Bandini, de Arturo el conquistador. Miré a mi alrededor, pero no vi ningún palo. En la orilla, pegado al hormigón, había un montón de piedras. Me subí las mangas y empecé a tirárselas al cangrejo más grande, uno que dormía en una roca, a unos seis metros de mí. Las piedras aterrizaban junto a él, a unos centímetros del blanco, saltaban chispas y esquirlas, pero el cangrejo ni siquiera abrió los ojos para ver qué pasaba. Casi le había tirado ya veinte piedras cuando le di. Fue un triunfo. La piedra le aplastó la espalda, que crujió como una galleta. Lo atravesó limpiamente, clavándolo a la roca. Luego cayó al agua, y la verde y burbujeante espuma de la orilla se lo tragó. Lo vi hundirse y le enseñé el puño, que agité con furia para despedirlo mientras caía hacia el fondo. ¡Adiós, adiós! Seguramente nos encontraremos en otro mundo; no me olvidarás, Cangrejo. ¡Recordarás por los siglos de los siglos que te he vencido yo!

Matarlos a pedradas no era fácil. Las piedras estaban tan afiladas que al arrojarlas me cortaban los dedos. Me limpié la sangre y el barro de las manos

y volví a la orilla. Subí al puente y recorrí tres manzanas hasta llegar al establecimiento de un proveedor de buques donde vendían armas y munición.

Le dije al dependiente de rostro pálido que quería comprar una escopeta de aire comprimido. Me enseñó una muy potente, puse el dinero en el mostrador y la compré sin hacer preguntas. Lo que sobró de los diez dólares lo invertí en munición, balines de 3 mm. Estaba deseando volver al campo de batalla, así que le dije al rostro pálido que no envolviera los balines, sino que me los diera como estaban. Le pareció extraño y me miró fijamente mientras yo recogía los plomos del mostrador y salía de la tienda rápidamente, pero sin correr. Ya en la calle, eché a correr, pero me dio la sensación de que me espiaban y miré a mi alrededor, y cómo no, el rostro pálido estaba en la puerta y me observaba bajo el aire tórrido de la tarde. Reduje la velocidad y anduve a paso rápido hasta que llegué a la esquina, y entonces eché a correr otra vez.

Estuve matando cangrejos toda la tarde, hasta que me dolieron el hombro de tanto apoyar la culata y los ojos de tanto afinar la puntería. Yo era Bandini el Dictador, el Hombre de Hierro de Cangrejilandia. Y aquello era otra Purga de Sangre por el bien de la Patria. Habían querido derrocarme, aquellos malditos cangrejos habían tenido el valor de promover una revolución y me estaba desquitando. Sólo pensarlo me sacaba de quicio. ¡Aquellos condenados cangrejos habían cuestionado el poder del Superhombre Bandini! ¿Qué les había pasado para ser tan presuntuosos? Bueno, les estaba dando una lección que no olvidarían nunca. Por Cristo que sería la última revolución que intentarían. Me rechinaban los dientes al pensarlo..., un pueblo de cangrejos levantiscos. ¡Qué huevos! Dios mío, era intolerable.

Estuve disparando hasta que se me quejó el hombro y me salió una ampolla en el dedo con que le daba al gatillo. Maté más de quinientos y dejé heridos el doble. Eran conscientes del ataque y rabiaban enloquecidos de miedo mientras los caídos desaparecían de sus filas. El asedio surtió efecto. Corrieron en masa hacia mí. Salieron otros del mar, y otros de detrás de las piedras, y avanzaban en vastas formaciones por las superficies lisas de los pedruscos hacia la muerte que les aguardaba en una roca alta, fuera de su alcance.

Puse a unos cuantos heridos en un charco, celebramos una conferencia militar y decidí formarles consejo de guerra. Los saqué del charco de uno en uno, los puse en la boca del cañón y apreté el gatillo. Un cangrejo, de brillantes colores y lleno de vida, me recordó a una mujer: sin duda una princesa entre aquellos renegados, una valiente cangreja gravemente herida, pues había perdido una pata y un brazo le colgaba lastimosamente. Me partió

el corazón. Celebramos otra conferencia y decidí que, debido a la extrema urgencia de la situación, no podía haber distinción de sexos. Incluso la princesa tenía que morir. Era desagradable, pero necesario.

Con el corazón triste, me arrodillé entre los muertos y agonizantes y recé a Dios para rogarle que me perdonara por cometer el crimen más bárbaro que podía cometer un superhombre: ejecutar a una mujer. Pero el deber era el deber, el viejo orden debía mantenerse, la revolución aplastarse, el régimen continuar y los renegados perecer. Durante un rato hablé con la princesa en privado, para presentarle formalmente las disculpas del gobierno Bandini y concederle su última voluntad (oír «La paloma»). Se la silbé con tal sentimiento que acabé llorando. Apunté con la escopeta a su bello rostro y apreté el gatillo. Murió instantáneamente, gloriosamente, llameante masa de caparazón y sangre amarillenta.

Admirado y lleno de auténtica veneración, mandé poner una lápida donde había caído aquella cautivadora heroína de otra de las inolvidables revoluciones del mundo, que había dado su vida durante los sangrientos días de junio del gobierno Bandini. Aquel día pasaría a la historia. Hice la señal de la cruz sobre la piedra, la besé con reverencia, incluso con un rasgo de pasión, y mantuve la cabeza gacha durante aquella momentánea tregua. Fue un instante irónico. Porque de repente me di cuenta de que había amado a aquella mujer. ¡Pero ánimo, Bandini! El ataque se reanudó. Al poco rato abatí a otra mujer. No estaba gravemente herida, pero le había dado. La hice prisionera, me ofreció su cuerpo sin reservas. Me suplicó que la dejara vivir. Sonreí diabólicamente. Era una criatura exquisita, roja y rosa, y sólo una conclusión previsible en cuanto a mi destino me hizo aceptar su conmovedora oferta. Allí, bajo el puente, en la oscuridad, la gocé salvajemente mientras pedía misericordia. Sin dejar de reír, la aparté de mí y la reventé de un tiro, disculpándome por mi brutalidad.

La matanza cesó por fin cuando empezó a dolerme también la cabeza, a causa de la tensión de los ojos. Antes de irme eché una última mirada a mi alrededor. Los acantilados en miniatura chorreaban sangre. Fue un triunfo, una gran victoria. Anduve entre los muertos y les dirigí palabras de consuelo, pues, aunque eran mis enemigos, yo era a pesar de todo un espíritu noble, y los respetaba y admiraba por la valerosa resistencia que habían opuesto a mis legiones.

—La muerte os ha llegado —dije—. Adiós, queridos enemigos. Fuisteis valientes en el combate y más valientes aún en la muerte, y el Führer Bandini no lo ha olvidado. Él os elogia sin reservas, incluso muertos.

A otros les dije:

—Adiós, cobardes. Os escupo con asco. Vuestra cobardía repugna al Führer. Él detesta a los cobardes tanto como a la peste. No condescenderá. Que las mareas borren vuestros cobardes crímenes de la faz de la tierra, bellacos.

Subí en el momento en que daban las seis de la tarde y me fui a casa. Había unos chicos jugando al fútbol en un solar de la calle, y les cambié la escopeta y la munición por una navaja que según un muchacho valía tres dólares, pero no me engañó, porque yo sabía que no valía más de cincuenta centavos. Pero como quería deshacerme de la escopeta, acepté el trato. Los chicos me tomaron por tonto, pero allá ellos.

El piso olía a carne cocida y en la cocina se oían voces. Era el tío Frank. Me asomé, dije hola y ellos dijeron lo mismo. Estaba sentado con mi hermana en el rincón del desayuno. Mi madre estaba en el fogón. Era el hermano de mi madre, un hombre de cuarenta y cinco años, con las sienes grises, ojos grandes y pelillos que le salían de las fosas nasales. Tenía una dentadura perfecta. Era amable. Vivía solo en una pequeña casa de una planta, al otro lado del municipio. Estaba muy encariñado con Mona y siempre quería hacer cosas por ella, pero Mona raramente aceptaba. Siempre nos daba dinero y prácticamente nos había mantenido durante meses al morir mi padre. Quería que fuéramos a vivir con él, pero yo estaba en contra porque a veces era muy mandón. Cuando murió mi padre, pagó el entierro e incluso compró una lápida para la tumba, cosa extraña, porque nunca le había gustado mi padre como cuñado.

La cocina estaba a rebosar de comida. En el suelo había una cesta con comestibles y el mármol del fregadero estaba lleno de verduras. Cenamos opíparamente. Los demás pusieron la charla. Yo tenía cangrejos por todo el cuerpo, incluso en el plato. Pensé en los cangrejos que habían quedado vivos bajo el puente, buscando a tientas a sus muertos en medio de la oscuridad. Estaba aquel cangrejo, Goliat. Había sido un gran combatiente. Recordaba su extraordinaria personalidad; sin duda había sido el líder de los suyos. Ahora estaba muerto. Me pregunté si sus padres buscarían su cadáver en las tinieblas y pensé en la tristeza de su amada, y en si también habría muerto. Goliat había luchado con el odio reflejado en sus ojos. Había gastado muchos balines para matarlo. Era un gran cangrejo, el más grande entre sus contemporáneos, incluida la Princesa. El Pueblo Cangrejo tendría que levantarle un monumento. Pero ¿era más grande que yo? No, señor. Yo le había vencido. ¡Imagináoslo! Un poderoso cangrejo, héroe de su pueblo, y yo era su vencedor. Y el de la Princesa, la cangreja más cautivadora que se haya conocido, y también a ella la había matado. Aquellos cangrejos no me olvidarían durante mucho tiempo. Si escribieran historia, me dedicarían un gran espacio en sus crónicas. Puede que incluso me llamaran el Asesino Negro de la Costa del Pacífico. Los cangrejitos oirían hablar de mí a sus mayores y mi nombre infestaría de terror sus recuerdos. Con el miedo

gobernaría, aunque no estuviera presente, y cambiaría el curso de sus existencias. Algún día sería leyenda en su mundo. Y podría haber incluso cangrejas fascinadas por mi cruel ejecución de la Princesa. Me convertirían en dios, y algunas me adorarían en secreto y se apasionarían por mí.

El tío Frank, mi madre y Mona seguían hablando. Parecía una conjura. Mona me miró en cierto momento y su mirada decía: Te damos de lado deliberadamente porque queremos que estés incómodo; además, estarás entretenidísimo con el tío Frank después de la cena. Entonces el tío Frank me dirigió una sonrisa titubeante. Significaba problemas.

Después del postre las mujeres se levantaron y salieron. Mi madre cerró la puerta. Todo parecía premeditado. El tío Frank fue al grano encendiendo la pipa, apartando unos platos y apoyando los codos en la mesa. Se quitó la pipa de la boca y agitó la cazoleta bajo mi nariz.

—Mira, pequeño hijoputa —dijo—; no sabía que también fueras un ladrón. Sabía que eras un vago, pero por Dios bendito que no sabía que fueras un ratero.

—Tampoco soy un hijoputa —dije.

—He hablado con Romero —dijo—. Sé lo que hiciste.

—Te lo advierto —dije—. Con vocablos inequívocos te advierto que no vuelvas a llamarme hijoputa.

—Le robaste diez dólares a Romero.

—Tienes una osadía colosal, una presunción inusitada. No alcanzo a entender por qué te permites la libertad de ofenderme llamándome hijoputa.

—¡Robar a tu jefe! —dijo—. Te parecerá bonito.

—Te digo otra vez, y con toda sinceridad, que, a pesar de tu mayor edad y de nuestro parentesco, te prohíbo terminantemente que utilices apelativos ignominiosos como hijoputa para referirte a mí.

—¡Un sobrino vago y ladrón! Es asqueroso.

—Advierte, por favor, querido tío, que puesto que prefieres vilipendiarme llamándome hijoputa, no me queda otra alternativa que hacer hincapié en tu propia infamia. En resumen, si yo soy un hijoputa, resulta que tú eres el hermano de la puta. Chúpate ésa.

—Romero podría haber hecho que te detuvieran. Siento que no lo hiciese.

—Romero es un monstruo, un gigantesco impostor, un gusano que impone. Sus acusaciones de piratería me dan risa. No me inmutan sus estériles imputaciones. Pero he de recordarte una vez más que pongas freno a tu catálogo de obscenidades. No estoy acostumbrado a que me ofendan, ni siquiera los parientes.

—¡Cierra el pico, niño! —dijo—. Estoy hablando de otra cosa. ¿Qué harás ahora?

—Hay miríadas de posibilidades.

—¡Miríadas de posibilidades! —dijo con desdén—. ¡Ésta sí que es buena! ¿De qué demontres estás hablando? ¡Miríadas de posibilidades!

Di unas chupadas al cigarrillo y dije:

—Supongo que abordaré la profesión literaria ahora que he terminado con la variedad proletaria de Romero.

—¿Que abordarás qué?

—Mis proyectos literarios. Mi prosa. Quiero proseguir mis experimentos literarios. Soy escritor, ¿sabes?

—¡Escritor! ¿Desde cuándo eres escritor? Eso es nuevo para mí. Sigue, ésta no la conocía.

—El instinto de escribir siempre ha estado latente en mí —dije—. Ahora está en proceso de metamorfosis. El periodo de transición ha terminado. Estoy en el umbral de la expresión.

—Manda cojones —dijo.

Saqué el cuaderno del bolsillo y pasé las páginas con el pulgar. Las pasé tan aprisa que no pudo leer nada, pero sí ver que había algo escrito.

—Son notas —dije—. Notas ambientales. Estoy escribiendo un simposio socrático sobre el puerto de Los Ángeles desde la época de la conquista española.

—Veámoslo —dijo.

—Ni hablar. Cuando esté publicado.

—¿Cuando esté publicado? Lo que hay que oír.

Me guardé el cuaderno en el bolsillo. Olía a cangrejo.

—¿Por qué no te animas a ser un hombre? —añadió—. Harías feliz a tu padre, allá arriba.

—¿Dónde? —dije.

—En la otra vida.

Lo había estado esperando.

—No existe la otra vida —dije—. La hipótesis celestial es mera propaganda inventada por los ricos para engañar a los pobres. Niego la inmortalidad del alma. Es la eterna ilusión de una humanidad engañada. Rechazo categóricamente la hipótesis de Dios. La religión es el opio del pueblo. Las iglesias deberían transformarse en hospitales y servicios públicos. Todo lo que somos o esperamos ser se lo debemos al diablo y a su contrabando de manzanas. Hay setenta y ocho mil contradicciones en la

Biblia. ¿Es la palabra de Dios? ¡No! ¡Niego a Dios! ¡Lo acuso con coléricas e incontenibles imprecaciones! Acepto el universo ateo. ¡Soy monista!

—¡Lo que eres es un chiflado! —dijo—. Un obseso.

—No me entiendes —dije sonriendo—. Pero no pasa nada. Ya había supuesto que no lo entenderías; y esperaba los peores hostigamientos en el ínterin. No pasa nada.

Vació la pipa y agitó el dedo bajo mi nariz.

—Lo que tienes que hacer es dejar de leer esos dichosos libros, no robar, hacerte un hombre y trabajar.

Apagué el cigarrillo.

—¡Libros! —dije—. ¡Qué sabrás tú de libros! ¡Tú! Un ignaro, un Burrus Americanus, un zoquete, un torpe cobarde con menos sentido común que una comadreja.

Se quedó callado y llenó la pipa. No añadí nada porque era su turno. Me observó mientras pensaba la respuesta.

—Tengo un trabajo para ti —dijo.

—¿De qué?

—No lo sé aún. Ya veremos.

—Tiene que amoldarse a mis facultades. No olvides que soy escritor. Me he metamorfoseado.

—No me importa lo que te haya pasado. Vas a trabajar. Quizás en las fábricas de conservas.

—No sé nada sobre fábricas de conservas.

—Bueno —dijo—. Cuanto menos sepas, mejor. Sólo se necesita una espalda fuerte y una mente débil. Tú tienes las dos cosas.

—No me interesa el empleo —dije—. Prefiero escribir prosa.

—Prosa..., ¿qué es prosa?

—Eres un burgués conformista. Nunca conocerás la buena prosa por mucho que vivas.

—Debería romperte la crisma.

—Prueba.

—Pequeño cabrón.

—Analfabeto americano.

Se levantó y abandonó la mesa echando chispas por los ojos. Se dirigió a la habitación contigua y habló con mamá y con Mona, diciéndoles que habíamos llegado a un acuerdo y que iba a empezar una nueva vida. Les dio algún dinero y le dijo a mi madre que no se preocupara por nada. Fui a la puerta y cuando se fue le hice una seña de despedida con la cabeza. Mi madre

y Mona me miraron a los ojos. Se figuraban que saldría de la cocina con las mejillas arrasadas de lágrimas. Mi madre me puso las manos en los hombros. Habló con suavidad y dulzura, pensando que tras la charla con el tío Frank me sentiría muy infeliz.

—Ha herido tus sentimientos —dijo—. ¿Verdad, pobrecito mío?

Le aparté los brazos.

—¿Quién? —dije—. ¿Ese cretino? ¡Por todos los diablos, no!

—Tienes cara de haber llorado.

Entré en el dormitorio y me miré los ojos en el espejo. Estaban tan secos como siempre. Mi madre se acercó y se puso a enjugármelos con el pañuelo. Hay que joderse, me dije.

—¿Puedo preguntar qué haces?

—¡Pobrecito mío! No pasa nada. Estás avergonzado. Lo entiendo. Las madres lo entienden todo.

—¡Pero si no estoy llorando!

Se fue decepcionada.

Es por la mañana, hora de levantarse, así que levántate, Arturo, y busca trabajo. Sal de aquí y busca lo que nunca encontrarás. Eres un ladrón, un maticangrejos, un amante de mujeres en cuartos roperos. ¡Nunca encontrarás trabajo!

Todas las mañanas me levantaba pensando lo mismo. Tengo que encontrar un trabajo ya, maldita sea. Desayunaba, me ponía un libro bajo el brazo, los lápices en el bolsillo y salía. Bajaba las escaleras y echaba a andar por la calle, unos días con frío, otros con calor, unos con niebla, otros despejados. No importaba, con el libro en la axila, a buscar trabajo.

¿Qué trabajo, Arturo? ¡Ja, ja! ¿Un trabajo para ti? ¡Piensa en lo que eres, chaval! Un maticangrejos. Un ladrón. Miras mujeres desnudas en los cuartos roperos. ¡Y esperas encontrar un trabajo! ¡Qué gracia! Pero allá va él, el idiota, con un libro gordo. ¿Dónde narices vas, Arturo? ¿Por qué por esta calle y no por aquélla? ¿Por qué hacia el este y no hacia el oeste? ¡Responde, so ladrón! ¿Quién va a darte un trabajo, so tirado, quién? Pero hay un parque al otro lado del municipio, Arturo. Se llama Banning Park. Hay allí muchos hermosos eucaliptos, y verde césped. ¡Qué lugar para leer! Ve allí, Arturo. Lee a Nietzsche. Lee a Schopenhauer. Entra en contacto con los poderosos. ¿Un trabajo? ¡Bah! Siéntate al pie de un eucalipto y lee un libro mientras buscas trabajo.

Y no obstante, a veces buscaba trabajo. Estaba la tienda de todo a quince centavos. Pasé mucho tiempo delante del escaparate, mirando una montaña de cacahuetes garapiñados. Y entré.

—El gerente, por favor.

—Está abajo —dijo la chica.

Lo conocía. Se llamaba Tracey. Bajé por la escalera metálica, preguntándome por qué sería metálica, y al final vi al señor Tracey. Un gusto admirable. Preciosa corbata, zapatos blancos, camisa azul. Un hombre elegante, un privilegio trabajar para un hombre así. Tenía algo, tenía *élan vital*. ¡Ah, Bergson! Bergson era otro gran escritor.

—Buenas, señor Tracey.

—Buenas, ¿qué quieres?

—Iba a pedirle...

—Tenemos solicitudes para eso. Pero no te servirán. Estamos al completo.

Subí las escaleras metálicas. ¡Qué escaleras tan curiosas! ¡Tan metálicas, tan precisas! Posiblemente una idea nueva en la fabricación de escaleras. ¡Ah, la humanidad! ¿Qué será lo próximo que se le ocurra? Progreso. Creo en la realidad del Progreso. Aquel Tracey... ¡Aquél arrastrado, piojoso e inútil hijo de puta! Él y su ridícula corbata amarilla, mirándose al espejo como un mono de mierda, burgués conformista y solapado. ¡Una corbata amarilla! Imagínate. ¡Ah!, pero no me engañó. Yo sabía un par de cosas de él. Una noche que yo estaba en el puerto lo vi por allí. No dije nada, pero juraría que estaba en su coche, apoltronado como un cerdo, con una chica al lado. Vi sus dientes sebosos a la luz de la luna. Allí estaba con su panza, un gordo cabrón, conformista y subnormal de treinta dólares semanales, con la barriga colgando y una chica al lado, una guarra, una golfa, una puta a su lado, una hembra despreciable. Sostenía la mano de la chica con sus dedos gordezuelos. Parecía inflamado a su porcina manera, aquel gordo cabrón, aquel apestoso, aquella nauseabunda rata subnormal de treinta dólares semanales, sus dientes sebosos realzados por la luz de la luna, la voluminosa tripa aplastada contra el volante, sus repugnantes ojos engrasados e inflamados por la grasienta idea de un grasiento lío amoroso. No me engañaba; nunca podría engañarme. Puede que engañara a aquella chica, pero no a Arturo Bandini, y en ninguna circunstancia consentiría Arturo Bandini trabajar para él. Ya ajustaríamos cuentas algún día. Suplicaría, arrastrando su corbata amarilla por el polvo, suplicaría a Arturo Bandini, rogaría al gran Arturo que aceptara un empleo, y Arturo Bandini le daría un digno puntapié en la barriga y lo vería retorcerse en el polvo. ¡Ya me las pagaría, ya!

Fui a la planta de la Ford. ¿Y por qué no? La Ford necesita hombres. Bandini en la Ford Motor Company. Una semana en un departamento, tres semanas en otro, un mes en otro, seis meses en otro. Dos años y sería director jefe de la División Occidental.

La calzada serpenteaba entre la arena blanca, una avenida nueva y cargada de monóxido. En la arena había hierbajos pardos y saltamontes. Fragmentos de conchas marinas espolvoreaban los hierbajos. Era terreno hecho por el hombre, plano y en desorden, casuchas sin pintar, montones de troncos, montones de latas, torres de perforación, puestos de perritos calientes, puestos de fruta y viejos vendiendo palomitas a ambos lados de la calzada. En lo alto, los gruesos cables del teléfono emitían un sonido zumbante que se oía cada vez que decrecía el ruido del tráfico. Del cenagoso canal llegaba un intenso hedor a petróleo, a porquería y a cargamentos extraños.

Anduve con otros por la avenida. Enseñaban el pulgar a los vehículos para que los llevaran. Eran mendigos de pulgar espasmódico y sonrisa lastimera que pedían migajas de transporte. Sin orgullo. Pero yo no..., no Arturo Bandini, con sus poderosas piernas. Él no era de los que gorroneaban. ¡Que me adelanten! Que vayan a ciento cuarenta por hora y me llenen la nariz de humo de motor. Algún día cambiaría todo. Lo pagaréis, todos vosotros, todos los conductores que van por esta avenida. No subiría a vuestros vehículos aunque os apearaís para pedírmelo de rodillas y me dierais el coche gratis y sin compromiso. Antes moriría en el camino. Pero llegará mi hora y entonces veréis mi nombre en el cielo. ¡Entonces lo comprenderéis, todos y cada uno de vosotros! Yo no hago señas con el pulgar como los demás, así que no os detengáis. ¡Nunca! Pero de todos modos me las pagaréis.

Nadie quería llevarme. Ese tipo que va por ahí ha matado cangrejos. ¿Por qué lo vamos a llevar? Le gustan las señoras de papel en los cuartos roperos. ¡Imagínate! Así que no invitéis a subir a ese Frankenstein, a ese sapo que va por la avenida, a esa araña negra, serpiente, perro, rata, imbécil, monstruo, majadero. No querían llevarme; muy bien... ¡¿y qué?! ¡Mirad cuánto me importa! ¡A la porra todos! Voy muy a gusto así. Me encanta andar con estas piernas que Dios me ha dado, y por Dios que andaré. Como Nietzsche. Como Kant. Immanuel Kant. ¿Qué sabéis vosotros de Immanuel Kant? ¡Palurdos con Chevrolet y V-8!

Cuando llegué a la planta me puse con los demás. Avanzaban en espeso grumo por delante de una plataforma verde. Rostros herméticos, rostros imperturbables. Entonces salió un hombre. Hoy no hay trabajo, chicos. Aunque hay un par de faenas, si sabéis pintar, si entendéis de transmisiones, si tenéis experiencia, si habéis trabajado en la planta de Detroit.

Pero no había trabajo para Arturo Bandini. Lo vi al momento, así que no les dejé que me rechazaran. Me hacía gracia. Aquel espectáculo, aquella escena con hombres delante de una plataforma me hacía gracia. Yo estoy aquí por una razón especial, señor: una misión confidencial, si puedo llamarla así, únicamente comprobar las condiciones de mi informe. Me ha enviado el presidente de la nación. Franklin Delano Roosevelt, él me ha enviado. Frank y yo..., ¡porque somos uña y carne! Averigua cómo están las cosas en la Costa del Pacífico, Arturo; envíame datos y cifras de primera mano; explícame con tus propias palabras qué piensan por allí las masas.

Por lo tanto yo era un espectador. La vida es teatro. Y aquí hay drama, Franklin, querido Niño, querido Amiguete, viejo Caletín; un crudo drama en el corazón de los hombres. Lo notificaré inmediatamente a la Casa Blanca.

Un telegrama en clave para Franklin. Frank: descontento en la Costa del Pacífico. Aconsejo envíes veinte mil hombres armados. Población aterrorizada. Situación peligrosa. Planta Ford en ruinas. Yo en persona tomaré el mando. Mi palabra es ley aquí. Tu viejo compinche, Arturo.

Había un anciano apoyado en la pared. De la nariz le resbalaba un goteo que le caía limpiamente en la punta de la barbilla, pero estaba en Babia y no se daba cuenta. Me hizo gracia. Qué gracia aquel anciano. Lo recordaré para comentárselo a Franklin, le gustan las anécdotas. Querido Frank: ¡te habrías tronchado si hubieras visto a aquel viejo! Seguro que le gusta y que lo repetirá ante los miembros de su gabinete ahogando las carcajadas. Eh, chicos, ¿sabéis lo último de mi amigo Arturo, el de la Costa del Pacífico? Anduve de un lado para otro, estudioso de la humanidad, filósofo, pasé ante el anciano de nariz incontinente. El filósofo de Occidente contempla la escena humana.

El anciano me sonrió a su manera y yo a él a la mía. Lo miré y me miró. Sonrisa. Evidentemente, no sabía quién era yo. Sin duda me confundía con el resto del rebaño. Era muy divertido, un gran deporte viajar de incógnito. Dos filósofos sonriéndose con añoranza por el destino del hombre. Estaba gracioso de verdad, la anciana nariz goteando y unos ojos azules que chispeaban con risa silenciosa. El mono azul lo cubría de pies a cabeza. Sobre las caderas llevaba un cinturón sin ninguna finalidad, un apéndice inútil, un cinturón que no sujetaba nada, ni siquiera la barriga, ya que era delgado. Posiblemente un capricho, algo con lo que bromear mientras se vestía por la mañana.

El viejo dilató la sonrisa, invitándome a acercarme y a darle mi opinión; éramos almas gemelas, y era indudable que había visto a través de mi disfraz y había reconocido a una persona de profundidad e importancia, que estaba fuera del rebaño.

—No hay mucho hoy —dije—. La situación, tal como yo la veo, es cada día más grave.

Cabeceó complacido, la vieja nariz goteando bobaliconamente, un Platón resfriado. Un hombre muy viejo, quizás de ochenta años, con dentadura postiza, la piel como un zapato viejo, un cinturón sin sentido y una sonrisa filosófica. La oscura masa de hombres se movía a nuestro alrededor.

—¡Borregos! —dije—. ¡Son borregos, ay de mí! Víctimas de la santa inquisición americana y del sistema americano, hijos de puta esclavos de los especuladores capitalistas. ¡Esclavos, se lo digo yo! ¡No aceptaría un empleo en esta planta aunque me lo ofrecieran en bandeja de plata! Trabaja para este sistema y perderás el alma. No, gracias. ¿Y de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?

Asintió, sonrió, concedió, cabeceó para que siguiera. Me animé. Mi tema favorito. Las condiciones laborales en la era de las máquinas, un asunto para una obra futura.

—¡Lo que yo digo, borregos! ¡Un hatajo de borregos sin agallas!

Los ojos le brillaron. Sacó una pipa y la encendió. La pipa apestaba. Cuando se la quitó de la boca, el reguero de la nariz fue tras ella. Lo quitó con el pulgar y luego se limpió el dedo en el pantalón. No se molestó en sonarse. No hay tiempo para eso cuando Bandini habla.

—Me hace gracia —dije—. El espectáculo no tiene precio. Borregos con el alma trasquilada. Un espectáculo digno de Rabelais. Tengo que reírme. — Y reí a más no poder. Él también rió, golpeándose los muslos y chillando con una nota aguda hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas. He allí un hombre con el que me identificaba, un hombre de humores universales, sin duda un hombre instruido a pesar del mono y del cinturón inútil. Sacó cuaderno y lápiz del bolsillo y escribió en el primero. Por fin lo sabía: ¡él también era escritor, naturalmente! El secreto se había desvelado. Terminó de escribir y me dio la nota.

Decía: Por favor, escríbelo. Estoy sordo como una tapia.

No, no había trabajo para Arturo Bandini. Me fui sintiéndome mejor, contento por ello. Volví deseando tener un aeroplano, un millón de dólares, deseando que las conchas marinas fueran diamantes. Iría al parque. Todavía no soy un borrego. Lee a Nietzsche. Sé un superhombre. *Así habló Zaratustra*. ¡Ah, Nietzsche! No seas un borrego, Bandini. Defiende la santidad de tu espíritu. Ve al parque y lee al maestro al pie de los eucaliptos.

Una mañana desperté con una idea. Una buena idea, grande como una casa. La idea más grande que había tenido, una obra maestra. Trabajaría de recepcionista nocturno en un hotel..., ésa era la idea. Me permitiría leer y trabajar al mismo tiempo. Salté de la cama, engullí el desayuno y bajé los escalones de seis en seis. Una vez en la acera, me detuve un momento a meditar la idea. El sol calcinaba la calle y me despejó quemándome los ojos. Curioso. Ahora que estaba totalmente despierto la idea no me parecía tan buena, una de esas que se nos ocurren adormilados. Un sueño, un simple sueño, una trivialidad. No podía trabajar de recepcionista nocturno en aquel municipio portuario por la sencilla razón de que ningún hotel del municipio tenía recepcionistas nocturnos. Una deducción matemática y bastante sencilla. Volví a casa y me senté.

—¿Por qué corrías tanto? —preguntó mi madre.

—Para hacer ejercicio. Por las piernas.

Los días pasaban envueltos en niebla. Las noches eran noches y nada más. Los días eran iguales, el sol dorado se encendía y se apagaba. Siempre estaba solo. Costaba recordar tanta monotonía. Los días no parecían avanzar. Estaban inmóviles como lápidas. El tiempo discurría lentamente. Dos meses pasaron a duras penas.

Siempre quedaba el parque. Leí un centenar de libros. De Nietzsche, de Schopenhauer, Kant, Spengler, Strachey y otros. ¡Ah, Spengler! ¡Vaya libro! ¡Vaya peso! Como la guía telefónica de Los Ángeles. Lo leía día tras día, sin entender ni jota, y sin importarme tampoco, pero leyéndolo porque me gustaba aquel rugiente encadenamiento de palabras que recorría las páginas con sombrío y misterioso estruendo. ¡Y Schopenhauer! ¡Qué escritor! Lo leí durante días y se me fue quedando un poco de aquí y otro poco de allá. ¡Y qué cosas sobre las mujeres! Yo estaba de acuerdo. Era exactamente mi propio sentir sobre la materia. ¡Qué escritor, oiga!

Cierta vez estaba leyendo en el parque. Tumbado en el césped. Había hormiguitas negras entre las hojas de hierba. Me miraban, se subían a las páginas, unas preguntándose qué estaría haciendo, otras indiferentes y

pasando de largo. Se me subieron por la pierna, se enredaron en la jungla de vello castaño, me alcé la pernera y las aplasté con el pulgar. Hicieron cuanto pudieron por escapar, entrando y saliendo frenéticamente de las matas, deteniéndose en ocasiones como para engañarme con su inmovilidad, pero a pesar de todas sus artimañas no pudieron eludir mi dedo. ¡Qué hormigas más necias! ¡Qué burguesas! ¡Querer engañar a uno cuya mente vive del pan de Spengler, Schopenhauer y los grandes! Era su sino, la Decadencia de la Civilización Hormiguera. Así que seguí leyendo y matando hormigas.

Era un libro titulado *Judíos sin dinero*. ¡Vaya libro! ¡La madre que...! Alcé los ojos de la madre que aparecía en sus páginas y vi a una mujer ante mí, en el césped, con los zapatos rotos y una cesta en los brazos.

Era una jorobada de dulce sonrisa. Sonreía dulcemente a todo; no podía evitarlo; a los árboles, a mí, a la hierba, a todo. La cesta tiraba de ella, arrastrándola hacia el suelo. Era muy delgada y tenía la cara escocida, como abofeteada desde siempre. Llevaba un sombrero viejo y curioso, un sombrero absurdo, un sombrero enloquecedor, un sombrero para hacerme llorar, un sombrero con frambuesas resacas en el ala. Hela allí, sonriéndole a todo, cruzando fatigosamente la hierba, con una cesta llena de Dios sabría qué, llevando un sombrero de plumas y frambuesas.

Me levanté. Era muy misterioso. Heme allí levantado como por arte de magia, con los dos pies en el suelo y los ojos anegados.

—Permítame ayudarla —dije.

Sonrió otra vez y me dio la cesta. Echamos a andar. Ella abría la marcha. Al otro lado de los árboles el calor era de muerte. Y sonreía. Su sonrisa era tan dulce que yo casi perdía la cabeza. Y hablaba, me contaba cosas que nunca recordaría. No importaba. En un sueño me abrazaba, en un sueño la seguía bajo el sol cegador. Seguimos adelante manzana tras manzana. Deseaba que no acabase nunca. Siempre hablaba con una vocecita hecha de música humana. ¡Qué palabras! ¡Qué cosas decía! Yo no me enteraba de nada. Me limitaba a ser feliz. Aunque por dentro me moría. Debería haber sido así. Bajamos de tantas aceras que me pregunté por qué no se sentaba en un bordillo y me rodeaba la cabeza mientras yo me perdía. Era la oportunidad que nunca volvería a presentarse.

¡La anciana de la espalda encorvada! Anciana, con cuánta alegría siento tu dolor. ¡Pídeme un favor, oh, anciana, oh! Cualquier cosa. Morir es fácil. Sea de ese modo. Llorar es fácil, levántate la falda y permíteme llorar, y que mis lágrimas rieguen tus pies para que sepas que comprendo lo que la vida ha sido para ti, porque mi espalda también está encorvada, aunque mi corazón está

íntegro, mis lágrimas están riquísimas y mi amor es tuyo, para darte alegría donde Dios no pudo. Morir es muy fácil y puedes tener mi vida si lo deseas, oh, anciana, me haces sufrir tanto, me has hecho sufrir tanto que haré cualquier cosa por ti, morir por ti, la sangre de mis dieciocho años fluyendo hacia las alcantarillas de Wilmington y hasta el mar por ti, por ti, para que puedas tener tanta alegría como yo ahora y ponerte erguida, libre del horror de ese meandro.

Dejé a la anciana ante su puerta.

Los árboles resplandecían. Las nubes reían. El cielo azul me elevaba. ¿Dónde estoy? ¿Es esto Wilmington, California? ¿No he estado antes aquí? Una melodía movió mis pies. El aire se elevaba con Arturo, exhalándolo y aspirándolo, convirtiéndolo en algo y en nada. Mi corazón no paraba de reír. ¡Adiós a Nietzsche, a Schopenhauer, a todos vosotros, so tarados, yo soy mucho más grande! Por mis venas corre música de sangre. ¿Duraría? No podía durar. He de ir aprisa. Pero ¿adónde? Y corrí hacia mi casa. Ya estoy en mi casa. He dejado el libro en el parque. Al infierno con él. Se acabaron los libros para mí. Besé a mi madre. La abracé con pasión. Me postré de rodillas, le besé los pies y me abracé a sus tobillos hasta que por lo visto le hice daño, pasmada de que fuera yo.

—Perdóname —dije—. Perdóname, perdóname.

—¿A ti? —dijo—. Pues claro, pero ¿por qué?

¡Aj! ¡Pero qué cretina! ¿Cómo iba a saber por qué? ¡Aj! Vaya madre. La extrañeza había desaparecido. Me puse en pie. Me sentía idiota. Un chorro de sangre fría me coloreó las mejillas. ¿Qué era aquello? No lo sabía. La silla. La vi en un extremo de la sala y me senté. Las manos. Estaban en lo suyo; ¡ridículas manos! ¡Malditas manos! Hice algo con ellas, apartarlas de lo suyo. La respiración. Silbaba de horror y miedo a algo. El corazón. Ya no me rompía el pecho, sino que se apagaba, se escondía en mi interior más profundo y oscuro. Mi madre. Me observaba aterrorizada, temerosa de hablar, pensando que estaba loco.

—¿Qué pasa? ¡Arturo! ¿Qué está pasando?

—Nada que te importe.

—¿Llamo a un médico?

—Jamás.

—Te comportas de una manera muy extraña. ¿Estás herido?

—No me hables. Estoy pensando.

—Pero ¿qué te pasa?

—No querrías saberlo. Eres una mujer.

Pasaban los días. Transcurrió una semana. La señorita Hopkins estaba en la biblioteca todas las tardes, flotando con las blancas piernas entre los pliegues de sus vestidos anchos, en una atmósfera de libros y serenos pensamientos. Yo la observaba. Era como un halcón. No se me escapaba nada de lo que hacía.

Entonces llegó un gran día. ¡Menudo día fue!

La observaba desde las sombras de los oscuros estantes. Ella sostenía un libro, estaba de pie tras el escritorio igual que un soldado, con los hombros cuadrados, leyendo con faz seria y relajada, recorriendo con sus ojos grises el transitado sendero de los renglones. Mis ojos estaban tan ansiosos y hambrientos que la sobresaltaron. Levantó la mirada con brusquedad, pálida por la conmoción de tener cerca algo temible. Vi cómo se le humedecían los labios y me volví. Al poco rato la miré de nuevo. Era cosa de magia. Sufrió otra sacudida, miró inquieta a su alrededor, se llevó los largos dedos al cuello, suspiró y reanudó la lectura. Unos momentos y volví a mirar. Aún sostenía el libro. ¿Y qué libro era? No lo sabía, pero tenía que saberlo para que mis ojos recorrieran el mismo sendero que los suyos.

Caía la tarde y el sol pintaba el suelo de oro. Con las blancas piernas silenciosas como fantasmas se dirigió a las ventanas y subió las persianas. El libro oscilaba en su mano derecha, le frotaba el vestido mientras ella andaba, en sus propias manos, las inmortales manos blancas de la señorita Hopkins, sujeto por la blanca y cálida suavidad de sus dedos.

¡Qué libro! ¡Tenía que conseguirlo! Lo quería, Señor, para abrazarlo, para besarlo, para estrujar contra mi pecho aquel libro recién tocado por sus dedos, quizás con la huella de sus cálidos dedos aún en las cubiertas. ¿Quién sabe? Quizás le suden los dedos mientras lee. ¡Maravilloso! En tal caso es seguro que sus huellas siguen en él. He de tenerlo. Esperaré una eternidad si es necesario. Esperé hasta las siete en punto, fijándome en cómo lo sostenía, en la posición exacta de sus maravillosos dedos, tan delgados, tan blancos, enmarcando la contraportada, a unos centímetros del borde inferior, impregnando quizás de perfume las páginas, perfumándomelas.

Hasta que lo terminó. Se acercó con él a los estantes y lo puso en una sección de biografías. Me acerqué tranquilamente buscando un libro para leer,

algo que me estimulara la mente, en la línea de la biografía moderna, la vida de alguna gran figura, para inspirarme, para hacer sublime mi vida.

Ja, allí estaba. El libro más bello que había visto en mi vida, más grande que los demás del estante, un libro entre los libros, la mismísima reina de las biografías, la princesa de la literatura, el libro de cubierta azul. *Catalina de Aragón*. ¡Así que era aquél! Una reina aprende de otra reina..., lo más natural. Y sus ojos grises habían recorrido el sendero de aquellos renglones... Lo mismo harían los míos.

Tengo que tenerlo, pero no hoy. Mañana vendré, mañana. Estará de servicio la otra bibliotecaria, la gorda y fea. Entonces será mío, todo mío. Y así, en espera del día siguiente, escondí el libro entre los otros para que nadie pudiera llevárselo en mi ausencia.

Me presenté a primera hora de la mañana, a las nueve en punto. Catalina de Aragón: maravillosa mujer, reina de Inglaterra, compañera de cama de Enrique VIII..., todo esto ya lo sabía. Era indudable que la señorita Hopkins había leído en aquel libro las páginas dedicadas a la intimidad de Catalina y Enrique. ¿Habían deleitado a la señorita Hopkins las partes que trataban del amor? ¿Había sentido escalofríos en la espalda? ¿Había sentido más trabajosa la respiración, más turgente el seno y un misterioso hormigueo en los dedos? Sí, ¿y quién sabe? Puede que incluso gritara de júbilo y sintiera una misteriosa agitación dentro de sí, la voz de la feminidad. Ciertamente, no cabía la menor duda al respecto. Y era maravilloso también. Una entidad de gran belleza, un pensamiento sobre el que reflexionar. Así que saqué el libro y ya estaba entre mis manos. ¡Imaginaos! La víspera lo había tenido ella junto a sí, calentándolo con los dedos, y ya era mío. Maravilloso. Un acto del destino. Un milagro de la sucesión. Cuando nos casáramos se lo contaría. Estaríamos desnudos en la cama, la besaría en los labios, reiría suave y triunfalmente y le contaría que el auténtico comienzo de mi amor había sido cuando cierto día la había visto leyendo determinado libro. Y volvería a reír, mis blancos dientes destellando, y mis ojos negros y románticos radiantes mientras le contaba por fin la auténtica verdad de mi amor estimulante y eterno. Ella se pegaría a mí, sus hermosos senos blancos aplastados contra mí, y por sus mejillas correrían las lágrimas mientras yo la transportaba por el interminable oleaje del éxtasis. ¡Qué día!

Acerqué el libro a los ojos, buscando algún rastro de dedos blancos a un par de centímetros del borde inferior. Había huellas de dedos, sí. No importaba que pertenecieran a otras personas, porque a pesar de todo pertenecían sólo a la señorita Hopkins. Camino del parque las besé, y las besé

tanto que al final desaparecieron del todo y sólo quedó una húmeda mancha azul en el libro y en mi boca el dulce sabor de la tintura azul. Fui a mi lugar favorito del parque y me puse a leer.

Estaba cerca del puente y con ramitas y hierba construí un santuario. Era el trono de la señorita Hopkins. ¡Ah, si al menos llegara a conocerlo! Pero en aquel momento estaba en su casa de Los Ángeles, muy lejos de la escena de sus ceremonias y sin pensar en absoluto en ellas.

Me acerqué a gatas a la orilla del estanque de los lirios, a un lugar lleno de bichos y grillos, y cacé un grillo. Un grillo negro, gordo y fornido, con energía eléctrica en el cuerpo. Y allí estaba, el grillo en mi mano, y era yo, el grillo aquel era yo, Arturo Bandini, negro e indigno de la hermosa princesa blanca; me tendí boca abajo y lo vi arrastrarse por los lugares que habían tocado los sagrados dedos blancos de la señorita Hopkins y vi que disfrutaba igualmente cuando pasó por el dulce sabor de la tintura azul. Luego quiso escapar. Dio un salto y se puso en marcha. Tuve que romperle las patas. No hubo más remedio.

—Bandini —le dije—, lo siento. Pero el deber me obliga. La reina lo desea, nuestra amada reina.

Reptaba lastimosamente, pasmado por lo que había sucedido. ¡Oh, hermosa y blanca señorita Hopkins, observad! Oh, reina de los cielos y de la tierra. ¡Observad! Me arrastro a vuestros pies, un vulgar grillo negro, un bribón de siete suelas que no merece llamarse humano. Aquí estoy con las patas rotas, un mísero grillo negro, dispuesto a morir por vos; sí, acercándose ya a la muerte. ¡Ah! ¡Reducidme a cenizas! ¡Dadme una nueva forma! ¡Hacedme hombre! ¡Acabad con mi vida por la gloria del amor eterno y el encanto de vuestras blancas piernas!

Y maté al grillo negro, aplastándolo tras las despedidas de rigor entre las páginas de *Catalina de Aragón*, y el pobre, desdichado e indigno cuerpo negro crujió y reventó de éxtasis y amor en aquel sagrado y pequeño santuario de la señorita Hopkins.

Y he aquí que se produjo un milagro: de la muerte surgió la vida perdurable. La resurrección de la vida. El grillo había desaparecido, pues el poder del amor se había consumado y yo volvía a ser yo y no un grillo, era Arturo Bandini, y el olmo de más allá era la señorita Hopkins, y me puse de rodillas y rodeé el árbol con mis brazos, besándolo con amor perdurable, arrancando la corteza con los dientes y escupiéndola en el césped.

Di media vuelta e hice una reverencia a las matas de la orilla del estanque. Aplaudieron jubilosamente, balanceándose al unísono, manifestando con

abucheos su complacencia y satisfacción por la escena, incluso exigiendo que llevara en hombros a la señorita Hopkins. Me negué, y con pícaros guiños y movimientos sugerentes les dije el motivo, porque la hermosa reina blanca no quería que la transportaran, por favor, prefería que la pusieran en posición horizontal, y al oír aquello todos rieron y pensaron que yo era el amante y el héroe más grande que visitaría su hermoso país.

—Entendedlo, amigos. La reina y yo preferimos estar solos. Hay muchos asuntos pendientes entre nosotros..., si sabéis a lo que me refiero.

Risas y salvas de aplausos en los arbustos.

Una noche vino mi tío por casa. Le dio algo de dinero a mi madre. Sólo podía quedarse un momento. Dijo que tenía una buena noticia para mí. Quise saber a qué se refería. Un trabajo, dijo. Por fin me había encontrado un trabajo. Le dije que aquello no era necesariamente una buena noticia, porque no sabía qué trabajo me había conseguido. Dijo que me callara y me habló del trabajo.

—Lleva esto y dile que te envió yo —dijo.

Me dio una nota que ya había escrito.

—He hablado hoy con él —añadió—. Está todo arreglado. Haz lo que te digan, ten cerrada esa boca de idiota y te pondrá en plantilla.

—Tendrá que hacerlo —dije—. Cualquier paranoico puede trabajar en una fábrica de conservas.

—Ya lo veremos —dijo mi tío.

A la mañana siguiente tomé el autobús que iba al puerto. Estaba sólo a siete manzanas de casa, pero dado que iba a trabajar, pensé que sería mejor no cansarme andando demasiado. Industrias Pesqueras Soyo resaltaba en el canal como una ballena muerta. Brotaba vapor de las tuberías y ventanas.

Había una chica en la oficina de recepción. Era una oficina extraña. La chica estaba sentada ante una mesa sin papeles ni lápices. Era fea, tenía la nariz ganchuda y llevaba gafas y una falda amarilla. No hacía absolutamente nada, sin teléfono, sin ni siquiera un lápiz ante sí.

—Hola —dije.

—Eso no es necesario —dijo—. ¿A quién buscas?

Le dije que quería ver a un hombre llamado Bajito Naylor. Tenía una carta para él. Quiso saber qué decía la carta. Se la di y la leyó.

—Por el amor de Dios —dijo. Me indicó que esperase un momento. Se levantó y salió. Ya en la puerta, se volvió y dijo—: No toques nada, por favor. —Le dije que no tocaría nada. Pero cuando miré a mi alrededor no vi nada que tocar. En un rincón del suelo había una lata de sardinas sin abrir. Era el único objeto que había en la habitación, exceptuando el escritorio y la silla. Es una maníaca, me dije; un caso de demencia precoz.

Mientras esperaba percibí algo. Un olor nauseabundo que de repente empezó a succionarme el estómago. Tiraba de él hacia la garganta. Al

echarme hacia atrás sentí la succión. Empecé a tener miedo. Era como ir en un ascensor que bajara demasiado rápido.

Entonces volvió la chica. Venía sola. Pues no..., no venía sola. Detrás de ella, invisible hasta que la chica se apartó, había un hombrecillo. Aquel hombre era Bajito Naylor. Era mucho más bajo que yo. Era muy delgado. Las clavículas le sobresalían. No tenía dientes que valiera la pena mencionar, sólo un par, que era peor que ninguno. Sus ojos eran como ostras añejas en papel de periódico. En las comisuras de la boca tenía unos pegotes de tabaco de mascar que parecían de chocolate seco. Tenía expresión de rata a la espera. Su cara era tan gris que parecía que nunca le había dado el sol. No me miró a la cara, sino a la barriga. ¿Qué vería allí? Me miré. No había nada, sólo una barriga, del tamaño de siempre y sin nada digno de ser mirado. Cogió el papel que le entregué. Tenía las uñas medio comidas. Leyó la nota con dolor, con mucho fastidio, la arrugó y se la guardó en el bolsillo.

—El sueldo son veinticinco centavos la hora —dijo.

—Eso es irrisorio e inicuo.

—Pues es lo que hay.

La chica se había sentado encima del escritorio y nos miraba. Sonreía a Bajito. Como si hubiera por medio alguna broma. Yo no veía nada gracioso. Erguí los hombros. Bajito se dispuso a salir por la puerta por la que había entrado.

—El sueldo no es lo relevante —dije—. Pero las circunstancias aportan una singularidad al caso. Soy escritor. Interpreto la escena americana. El objeto que me trae aquí no es la acumulación de dinero, sino de material para mi próximo libro sobre las industrias pesqueras californianas. Mis ingresos, por supuesto, son muy superiores a lo que yo pueda ganar aquí. Pero no creo que sea ése un tema de mucha importancia en estos momentos.

—No —dijo—. El sueldo son veinticinco centavos la hora.

—No importa. Cinco centavos o veinticinco. Dadas las circunstancias, no importa lo más mínimo. No importa en absoluto. Soy escritor, como ya le he dicho. Un intérprete de la escena americana. Estoy aquí con objeto de reunir material para mi próxima obra.

—¡Madre mía! —dijo la chica dándome la espalda—. Por el amor de Dios, llévatelo de aquí.

—No me gusta tener americanos entre el personal —dijo Bajito—. No trabajan con ganas como los demás muchachos.

—Ah —dije—. Ahí se equivoca, señor. Mi patriotismo es universal. No soy leal a ninguna bandera.

—Ostras —dijo la chica.

Pero era fea. Nada de lo que dijera llegaría a molestarme. Era demasiado fea.

—Los americanos no aguantan el ritmo —dijo Bajito—. En cuanto tienen la barriga llena, se van.

—Interesante, señor Naylor. —Me crucé de brazos y apoyé los talones con firmeza—. Extremadamente interesante lo que dice. Un fascinante aspecto sociológico de la situación de la industria conservera. Mi libro profundizará en el tema con gran detalle y notas a pie de página. Citaré sus palabras. Desde luego que sí.

La chica dijo algo impublicable. Bajito quitó la pelusa de una pastilla de tabaco y le dio un mordisco. Fue un bocado grande que le llenó la boca. Apenas me escuchaba, lo habría jurado por la escrupulosa manera con que masticaba el tabaco. La chica se había sentado en la silla y apoyaba los codos en la mesa. Nos volvimos para mirarnos. Se cogió la nariz con los dedos y apretó. Pero no me molestó el gesto. Era demasiado fea.

—¿Quieres el empleo? —dijo Bajito.

—Sí, dadas las circunstancias. Sí.

—Recuerda: el trabajo es duro y tampoco esperes favores de mi parte. Si no fuera por tu tío, no te contrataría, pero ahí se acaba todo. Los americanos no me gustáis. Sois unos vagos. Cuando os cansáis, os despedís. Y alborotáis demasiado.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, señor Naylor. Total y absolutamente de acuerdo. La pereza, si se me permite un inciso, la pereza es la característica más destacada de la escena americana. ¿Me sigue usted?

—No tienes que llamarme señor. Llámame Bajito. Me llamo así.

—¡Naturalmente, caballero! ¡No faltaba más, naturalmente! Quisiera decirle que Bajito es un sobrenombre muy vistoso..., un americanismo típico. Los escritores nos lo encontramos constantemente.

Ni le gustó ni le impresionó. Curvó el labio. La chica del escritorio murmuró no sé qué.

—Tampoco me llames caballero —dijo Bajito—. No me gustan esas mierdas de buen tono.

—Llévatelo de aquí —dijo la chica.

Pero a mí no me turbaban las observaciones de aquel espantapájaros. Me hacían gracia. ¡Qué cara más fea tenía! Me hacía demasiada gracia para expresarlo con palabras. Me reí y di a Bajito unos golpecitos en la espalda. Yo era bajo, pero más alto que aquel enano. Me sentía grande, un gigante.

—Muy gracioso, Bajito. Me encanta su innato sentido del humor. Muy gracioso. Realmente gracioso. —Y volví a reírme—. Muy gracioso. Ja, ja, ja. Qué graciosísimo.

—Yo no veo nada gracioso —dijo.

—¡Pues lo es! Si es que me sigue usted.

—A tomar por saco. Sígueme tú a mí.

—Oh, ya lo sigo, no se apure. Lo sigo.

—No —dijo—. Quiero decir que me acompañes. Te voy a poner con los del etiquetado.

La chica se volvió para mirarnos cuando cruzamos la puerta del fondo.

—¡Y no vuelvas por aquí! —dijo. Pero no le hice el menor caso. Era demasiado fea.

Entramos en la fábrica. El edificio, de hierro ondulado, parecía una mazmorra oscura y tórrida. De las vigas goteaba agua. En el aire flotaban nubecillas de vapor pardo y blanco. El verde suelo estaba resbaladizo de tanta grasa. Cruzamos una larga nave con mesas ante las que las obreras mexicanas y japonesas destripaban caballas con un cuchillo. Iban enfundadas en recios impermeables y calzaban botas de goma hundidas hasta el tobillo en tripas de pescado.

El hedor era excesivo. Sentí náuseas enseguida, esas náuseas que saben a agua caliente con mostaza. Diez pasos más y sentí que se me subía el desayuno, y me doblé para arrojarlo. Todo lo que llevaba dentro salió a chorro y a la vez. Bajito se echó a reír. Me dio un manotazo en la espalda y se rió a carcajadas. Entonces empezaron ellas. El jefe se estaba riendo de lo que fuese y ellas hicieron lo mismo. Maldije la situación. Las trabajadoras levantaban los ojos de la faena, miraban y se reían. ¡Qué gracia! Y encima en horas de trabajo. ¡Ved al jefe riéndose! Seguro que pasa algo. Entonces también nos reiremos nosotras. El trabajo se había detenido en la nave de vaciado. Todos se reían. Todos menos Arturo Bandini.

Arturo Bandini no se reía. Estaba vaciando las tripas en el suelo. Los maldije a todos y cada uno, y juré venganza, me alejé tambaleándome, deseo de esconderme donde fuera. Bajito me cogió del brazo y me llevó hacia otra puerta. Me apoyé en la pared para recuperar el aliento. Pero el hedor volvió a la carga. Las paredes daban vueltas, las mujeres se reían y Bajito se reía, y Arturo Bandini, el gran escritor, vomitaba otra vez. ¡Cómo vomitaba! Las mujeres llegarían a casa por la noche y lo contarían. ¡El nuevo! ¡Tendríaís que haberlo visto! Y las odié, incluso dejé de vomitar un instante

para saborear el hecho de que era el odio más fuerte que había sentido en mi vida.

—¿Te encuentras mejor? —dijo Bajito.

—Desde luego —dije—. No ha sido nada. Veleidades de un estómago artístico. Una nadería. Algo que habré comido, por así decirlo.

—Eso es verdad.

Entramos en la nave contigua. Las mujeres seguían riéndose en horas de trabajo. Bajito Naylor se volvió en la puerta y torció el gesto. Nada más. Se limitó a torcer el gesto. Todas dejaron de reír. El espectáculo había terminado. Volvieron al trabajo.

Estábamos en la nave donde etiquetaban las latas. El personal estaba compuesto por muchachos mexicanos y filipinos. Alimentaban las máquinas con cintas transportadoras. Los veinte individuos, de mi edad y mayores, se detuvieron para ver quién era yo y comprendieron que había otro hombre a punto de ponerse a trabajar.

—Estate quieto y mira —dijo Bajito—. Ponte a ello cuando entiendas cómo lo hacen.

—Parece muy sencillo —dije—. Ya estoy preparado.

—No. Espera unos minutos.

Y se fue.

Me quedé mirando. Era muy sencillo. Pero mi estómago no se guiaba por la misma lógica. Al poco rato estaba vomitando otra vez. De nuevo las carcajadas. Pero aquellos chicos no eran como las mujeres. Ellos creían realmente que era gracioso ver a Arturo Bandini pasarlas moradas.

Aquella primera mañana no tuvo principio ni fin. Entre un vómito y otro me quedaba junto al vertedor de latas, presa de convulsiones. Y les dije quién era. Arturo Bandini, el escritor. ¿No habéis oído hablar de mí? ¡Ya oiréis! Tranquilos. ¡Ya oiréis! Mi libro sobre las industrias pesqueras californianas. Será un clásico sobre el tema. Hablaba deprisa, entre una vomitona y otra.

—No estoy aquí para quedarme. Estoy reuniendo material para un libro sobre las industrias pesqueras californianas. Soy Bandini, el escritor. No necesito este trabajo. A lo mejor doy mi sueldo para obras de caridad: al Ejército de Salvación.

Y vomitaba otra vez. Ya no me quedaba nada en el estómago, salvo lo que nunca sale. Me doblaba y tosía, un famoso escritor con los antebrazos pegados a la cintura, retorciéndose y tosiendo. Pero no salía nada. Uno dejó de reír el tiempo suficiente para gritarme que bebiera agua. ¡Eh, escritor! ¡Tú bebe agua! Así que busqué un grifo y bebí agua. Me salió a chorro mientras

corría hacia la puerta. Y no dejaban de reír. ¡Ah, el escritor! ¡Vaya un escritor! ¡Mirad cómo escribe!

—Ya pasará —dijeron riendo.

—Tú vete casa —dijeron—. Tú vete escribir libro. Escritor. Demasiado bueno para fábrica. Tú vete casa y escribe libro de vómitos.

Carcajadas.

Salí y me estiré en un montón de redes de pescar caldeadas por el sol, entre dos edificios, lejos de la avenida que bordeaba el canal. Los oía reír por encima del zumbido de las máquinas. No me importaba, en absoluto. Tenía ganas de dormir. Pero las redes estaban en mal estado, apestaban a caballa y a sal. Las moscas me descubrieron enseguida. Aquello empeoró las cosas. No tardaron en saber de mí todas las moscas del puerto de Los Ángeles. Me alejé a gatas de las redes y me tendí en la arena. Fue maravilloso. Estiré los brazos y busqué con los dedos los puntos más frescos de la arena. Era lo mejor que había encontrado en toda mi vida. Incluso los granos de arena que inhalaba al respirar me dejaban un rastro de dulzura en la nariz y en la boca. Una cochinilla se detuvo en un montículo para observar la perturbación. Normalmente la habría matado sin vacilar. Me miró a los ojos, se detuvo y siguió avanzando. Empezó a subirme por la barbilla.

—Adelante —dije—. No me importa. Puedes colarte en mi boca si quieres.

Remontó la barbilla y sentí un cosquilleo en los labios. Tuve que ponerme bizco para verla.

—Adelante —dije—. No voy a hacerte daño. Hoy es fiesta.

Subió hacia mis fosas nasales. Entonces me puse a dormir.

Me despertó una sirena. Eran las doce en punto, mediodía. Los obreros salían de los edificios, mexicanos, filipinos y japoneses. Los japoneses estaban demasiado ocupados mirando al frente para volver la cabeza. Iban a toda prisa. Pero los mexicanos y los filipinos me vieron tirado y volvieron a reírse, pues allí estaba yo, el gran escritor, tirado como un borracho.

Por toda la fábrica había corrido ya el rumor de que entre ellos había una gran personalidad, nada menos que el inmortal Arturo Bandini, el escritor, y allí estaba él, sin duda discurriendo algo para la historia, el gran escritor que se había especializado en el pescado, que trabajaba por veinticinco miserables centavos la hora a causa de su espíritu democrático, el gran escritor. Era tan verdaderamente grande que..., bueno, que estaba allí al sol, tirado boca abajo, vomitando las entrañas, demasiado mareado para soportar el olor sobre el que iba a escribir un libro. ¡Un libro sobre las industrias pesqueras californianas!

¡Ah, qué escritor! ¡Un libro sobre el vómito californiano! ¡Ah, menudo escritor es!

Risas.

Pasaron treinta minutos. La sirena sonó de nuevo. Se alejaron de los mostradores donde comían. Me di la vuelta y los vi pasar, formas borrosas, un sueño hepático. El sol me estaba mareando. Me cubrí la cara con el brazo. Aún se reían, pero no tanto como antes, porque el gran escritor empezaba a aburrirles. Levanté la cabeza y los miré con ojos legañosos mientras pasaban. Comían manzanas, chupaban polos, masticaban caramelos rellenos que sacaban de ruidosas envolturas. Volví a sentir náuseas. Mi estómago gruñó, pataleó, se rebeló.

¡Eh, escritor! ¡Eh, escritor! ¡Eh, escritor!

Oí que se concentraban a mi alrededor las risas y los comentarios. ¡Eh, escritor! Las voces eran ecos astillados. El polvo se elevaba de sus pies en nubes perezosas. De pronto una boca en mi oído, mucho más fuerte que antes, un grito. ¡Eeeeh, escritor! Me asieron unos brazos, me levantaron y me dieron la vuelta. Sabía lo que iban a hacer. Era la idea que tenían de la diversión. Iban a meterme un pescado por dentro del pantalón. Lo supe incluso sin ver el pescado. Yo estaba boca arriba. El sol del mediodía me daba en la cara. Sentí unos dedos en la camisa, la rasgadura del tejido. ¡Naturalmente! ¡Lo que había supuesto! No había visto ningún pescado hasta entonces, pero era evidente que iban a metérmelo por dentro del pantalón. Mantuve los ojos cerrados. Sobre mi pecho cayó algo frío y pegajoso que se movió hacia mi cinturón: ¡el pescado! Los muy idiotas. Desde el principio mismo había adivinado sus intenciones. Supe que iban a hacerlo y punto. Pero no quería que me afectase. Un pescado más o menos ya no tenía importancia.

Pasó el tiempo. Quizás media hora. Me metí la mano bajo la camisa y sentí el pescado contra mi piel. Le pasé los dedos por la superficie, buscando las aletas y la cola. Me sentía mejor. Saqué el pescado, lo levanté y lo miré. Una caballa de treinta centímetros. Contuve el aliento para no olerla. Me la metí en la boca y le arranqué la cabeza de un bocado. Lástima que ya estuviera muerta. La tiré a un lado y me puse en pie. Tenía moscas revoloteándome por la cara y por la mancha que el pescado me había dejado en la camisa. Una más atrevida me aterrizó en el brazo y se negó en redondo a moverse, y eso que le hice una advertencia agitando el brazo. Su terquedad me enfureció. La aplasté de un manotazo. Pero seguía tan furioso con ella que me la metí en la boca, la trituré con los dientes y la escupí. Luego recogí la caballa, la puse en un espacio llano y salté sobre ella hasta que reventó. Sentía la palidez de mi cara, la sentía como si fuera yeso. Cada vez que me movía se dispersaba un centenar de moscas. Qué subnormales eran. Me quedé inmóvil, matando una tras otra, pero ni siquiera las muertas enseñaban nada a las supervivientes. Seguían empeñadas en molestarme. Durante un rato estuve inmóvil, pacientemente inmóvil, sin respirar apenas, acechando el movimiento de las moscas hacia su lugar de ejecución.

Las náuseas habían pasado. Ya había olvidado esa parte del episodio. Pero no soportaba las risas, ni las moscas, ni la caballa muerta. Volví a desear que la caballa hubiera estado viva. Le habría dado una lección de las que no se olvidan. No sabía qué iba a suceder a continuación. Tenía que vengarme. Bandini nunca perdona. Encontraría la manera. Me las pagaréis, todos me las pagaréis.

Los servicios estaban al otro lado del camino. Me dirigí allí. Dos moscas insolentes me siguieron. Me detuve en seco, echando chispas, y me quedé inmóvil como una estatua, esperando a que las moscas aterrizaran. Al final atrapé a una. La otra escapó. Le arranqué las alas y la tiré al suelo. Se arrastró por el suelo de tierra, moviéndose como un pez, pensando que escaparía de mí de aquella manera. Ridícula criatura. Durante un rato dejé que se confiara. Entonces salté sobre ella con ambos pies y la aplasté contra el suelo. Levanté un montículo encima y escupí en él.

Ya en los servicios empecé a sacudirme como una mecedora, preguntándome cuál sería el paso siguiente, tratando de serenarme. Había demasiados trabajadores en la fábrica de conservas para enfrentarme a todos. Ya les había ajustado las cuentas a las moscas y a la caballa muerta, pero faltaban aún los obreros de la fábrica de conservas. No se pueden matar obreros de una fábrica de conservas del mismo modo que se matan moscas. Tenía que haber otra solución, alguna clase de pelea sin puños. Me remojé la cara con agua fría y medité.

Entró un filipino de tez oscura. Era uno de los muchachos del personal de etiquetado. Se plantó ante el mingitorio, que abarcaba toda la pared, forcejeando impacientemente con los botones y frunciendo el entrecejo. Resolvió lo de los botones y meó, sonriendo todo el tiempo y sacudiéndose un poco para facilitar la operación. Ya se sentía mucho mejor. Me incliné sobre el lavabo de la pared de enfrente y puse la cabeza bajo el grifo para que el agua me corriera hasta el cuello. El filipino se dio la vuelta y repitió lo de los botones. Encendió un cigarrillo y se quedó apoyado en la pared, mirándome. Lo hizo con intención, mirándome para que yo supiera que me estaba mirando a mí y solamente a mí. Pero no le tenía miedo. En ningún momento le tuve miedo. En California nadie tenía miedo jamás de un filipino. Sonrió para que supiera que él tampoco tenía un gran concepto de mí, ni de mi débil estómago. Me erguí con el agua resbalándome por la cara. El agua me cayó hasta los polvorientos zapatos, produciendo círculos brillantes en la superficie. El filipino pensaba cada vez peor de mí. Ya no me miraba sonriente, sino con una mueca de desdén.

—¿Cómo estás? —dijo.

—¿Te importa mucho?

Era delgado, por encima de la estatura media. Yo no era tan fornido como él, aunque probablemente pesábamos lo mismo. Lo miré de reojo y de arriba abajo. Incluso adelanté la barbilla y tensé el labio inferior para expresar el máximo desprecio. Él también me miró, pero de una forma diferente, sin sacar la barbilla. No tenía el menor miedo de mí. Si no sucedía nada para ponerle fin, su valor acabaría siendo tan grande que me ofendería.

Su piel era color castaño oscuro. Lo noté porque sus dientes eran muy blancos. Eran unos dientes brillantes, como una fila de perlas. Cuando vi lo negro que era, supe de repente qué decirle. Era algo que podía decirse a todos. Cada vez que lo dijera sería una humillación. Lo sabía porque también a mí me había humillado algo parecido. En primera enseñanza, los chicos solían hostigarme llamándome espagueti y macarroni. Y siempre me dolía.

Era una sensación de infelicidad. Solía hacer que me sintiera despreciable e indigno. Y sabía que al filipino también le haría daño. Era tan fácil de hacer y estaba tan a mano que me reí en silencio de él, y me invadió una sensación de confianza y frescura, de gran tranquilidad. No podía salirme mal. Me aproximé a él y acerqué mi cara a la suya, sonriendo como él sonreía. Se dio cuenta de que iba a pasar algo. Su expresión cambió inmediatamente. Se quedó a la espera.

—Dame un cigarrillo —dije—, negrito.

Le dio de lleno. Ah, y cómo le dolió el pepinazo. Inmediatamente se produjo un cambio, una mutación de sentimientos, el paso de la ofensiva a la defensiva. La sonrisa se le congeló en la cara y la cara se le petrificó: quiso mantener la sonrisa, pero no pudo. Ahora me odiaba. Su mirada se intensificó. Era una sensación maravillosa. Cabía la posibilidad de que disimulara la vergüenza. Estaba al alcance de todo el mundo. A mí me había pasado lo mismo. Cierta día una niña me llamó macarroni en una tienda. Yo sólo tenía diez años, pero al instante odié a la niña del mismo modo que el filipino a mí en aquellos momentos. Había querido invitarla a un helado de cucurucho. No aceptó, alegando: mi madre me ha dicho que no me junte contigo porque eres macarroni. Y resolví repetírselo al filipino.

—La verdad es que no eres un negrito —dije—. Eres un maldito filipino, que es peor.

Pero ya no tenía la cara ni castaña ni negra. La tenía morada.

—Un filipino amarillo. ¡Un maldito extranjero oriental! ¿No te resulta inquietante tener blancos cerca?

No quería hablar de aquello. Negó rápidamente con la cabeza.

—La leche —dije—. ¡Mírate la cara! Eres amarillo como un canario.

Y me eché a reír. Me doblé por la cintura dando aullidos. Le señalé la cara con el dedo y chillé hasta que ya no pude fingir que la risa era auténtica. Tenía la cara petrificada de dolor y humillación, la boca abatida por la impotencia, como una boca empalada, insegura y dolorida.

—¡Caray, chico! —dije—. Casi me la pegas. Desde el primer momento pensé que eras un negrito. Y ahora resulta que eres amarillo.

Entonces se relajó. Aflojó el atasco de la cara. Esbozó una débil sonrisa de gelatina y agua. Los colores desfilaban por su cara. Se miró la camisa y se quitó una mota de ceniza de cigarrillo. Levantó la mirada.

—¿Mejor ya? —preguntó.

—¿Y a ti qué te importa? —dije—. Tú eres filipino. Los filipinos no os mareáis porque estáis acostumbrados a esta guarrería. Yo soy escritor,

hombre. Un escritor americano, hombre. No un escritor filipino. Yo no nací en las Filipinas. Nací aquí, en la buena tierra americana, al pie de las barras y las estrellas.

Se encogió de hombros, probablemente sin entender mucho de lo que le decía.

—Yo no escritor —dijo sonriendo—. No, no, no. Yo nací Honolulu.

—Ahí lo tienes —dije—. Ésa es la diferencia. ¡Yo escribo libros, hombre! ¿Qué esperáis los orientales? Yo escribo libros en mi lengua materna, el inglés. No soy un oriental pringoso.

—¿Mejor ya? —repitió.

—Pero ¿qué esperáis? —dije—. ¡Yo escribo libros, so panoli! ¡Mamotretos! No nací en Honolulu. He nacido aquí, en la buena y querida California Sur.

Arrojó el cigarrillo hacia el mingitorio de enfrente. Dio en la pared y saltaron chispas, pero no aterrizó en el mingitorio, sino en el suelo.

—Me voy —dijo—. Tú vienes pronto, ¿no?

—Dame un cigarrillo.

—No cigarrillo. —Se dirigió a la puerta—. No hay más. El último.

Pero del bolsillo de la camisa le sobresalía un paquete.

—Filipino amarillo y mentiroso —dije—. ¿Qué es eso?

Sonrió como un bendito, sacó el paquete y me ofreció uno. Era una marca barata, de diez centavos. Aparté el paquete con la mano.

—Tabaco filipino. No, gracias. Yo no pruebo esas cosas.

Le pareció estupendo.

—Yo veo después a ti —dijo.

—No si te veo yo antes.

Se fue. Oí sus pasos alejándose por el sendero de grava. Ya estaba solo. La colilla que había tirado el filipino seguía en el suelo. Le arranqué la parte mojada y me la fumé hasta que me quemó los dedos. Cuando ya no pude sujetarla, la aplasté con el pie. ¡Toma ya! Y la trituré hasta reducirla a un pegote marrón. No me había sabido como los cigarrillos normales; en cierto modo, sabía más a filipino que a tabaco.

Se estaba fresco en los servicios con tanta agua cayendo por el mingitorio. Fui a la ventana y me relajé, con la cara en las manos, viendo cómo el sol de la tarde proyectaba una columna de plata entre el polvo. Había una rejilla en la ventana, con agujeros de un par de centímetros. Pensé en el Agujero Negro de Calcuta. Los soldados ingleses habían muerto en un recinto no mayor que los servicios. Pero los servicios estaban en un recinto muy diferente. Había

más ventilación. Todas estas reflexiones eran fruto del momento. No tenían que ver con nada. Todas las habitaciones pequeñas me recordaban el Agujero Negro de Calcuta, y aquello me hizo pensar en Macaulay. Y allí estaba yo, en la ventana y pensando en Macaulay. El hedor era ya más soportable; era desagradable, pero ya me había acostumbrado. Tenía hambre sin apetito, pero no podía pensar en comida. Aún tenía que vérmelas con los muchachos del etiquetado. Miré a mi alrededor en busca de otra colilla, pero no encontré ninguna. Salí.

Por el sendero venían tres mexicanas, hacia los servicios. Acababan de salir de la nave de vaciado. Yo doblé la esquina del edificio, que estaba rota, como si contra ella se hubiera estrellado un camión. Las obreras me vieron a mí y yo a ellas. Estaban a mitad de trayecto. Juntaron las cabezas. Estaban diciendo que ya estaba otra vez allí el escritor, o algo por el estilo.

Avancé hacia ellas. La de las botas me hizo una seña con la cabeza. Al acercarme sonrieron las tres. Les devolví la sonrisa. Estábamos a tres metros de distancia. Percibía la presencia física de la obrera de las botas. Era por la turgencia de sus pechos, que inesperadamente me excitaron mucho, pero no fue nada, sólo un relumbrón, algo para meditar más tarde. Me detuve. Abrí las piernas y les impedí el paso. Asustadas, las chicas redujeron el avance; el escritor se proponía algo. La que llevaba gorra de la empresa habló indignada con la de las botas.

—Volvamos —dijo la de las botas.

La percibí de nuevo, y me hice el firme propósito de dedicarle muchas meditaciones en otro momento. La tercera chica, la que fumaba un cigarrillo, dijo algo en un español rápido y cortante. Las tres irguieron la cabeza con arrogancia y avanzaron hacia mí. Me dirigí a la de las botas. Era la más guapa. Con las otras no valía la pena hablar, ya que eran muy inferiores en aspecto a la de las botas.

—Bien, bien, bien —dije—. ¡Buenos días tengan las tres guapas filipinas!

No eran filipinas en absoluto, ni mucho menos, yo lo sabía y ellas sabían que yo lo sabía. Pasaron por mi lado con desdén, nariz en alto. Tuve que apartarme para que no me arrollaran. La de las botas tenía los brazos blancos, con unas curvas tan suaves como las de una botella de leche. Pero al tenerla cerca vi que era espantosa, con granitos morados y una mancha de polvo en el cuello. Me llevé una desilusión. Se volvió y me sacó la rosada lengua mientras arrugaba la nariz.

Aquello no me lo esperaba y sentí júbilo, porque era un experto en hacer muecas horribles. Me tiré de los párpados, enseñé los dientes y me chupé las

mejillas. Mi mueca era mucho más horrorosa que la suya. Ella se puso a andar de espaldas, dándome la cara, con la rosada lengua fuera, haciendo toda clase de muecas, pero todas variaciones del tema de sacar la lengua. Las mías eran mucho mejores. Las otras dos siguieron mirando al frente. Las botas le venían grandes a la obrera de las botas; se arrastraban por el polvo mientras andaba. Me gustaba cómo le golpeaba las piernas el dobladillo del vestido, el polvo ascendía abriéndose a su alrededor como una flor gris.

—¡Esas cosas no las hace una filipina! —dije.

Aquello la enfureció.

—¡No somos filipinas! —gritó—. ¡El filipino lo serás tú! ¡Filipino! ¡Filipino!

Las otras dos se volvieron. Se incorporaron al estribillo. Las tres siguieron andando de espaldas, cogidas del brazo y canturreando con voz chillona:

—¡Filipino! ¡Filipino! ¡Filipino!

Me hicieron más muecas, y burla con el pulgar en la nariz. La distancia entre nosotros aumentó. Levanté el brazo para que se detuvieran un momento. Ellas habían llevado la voz cantante todo el tiempo. Yo apenas había dicho nada todavía. Pero siguieron con el sonsonete. Agité los brazos y me puse el dedo en la boca para pedir silencio. Al rato consintieron en callarse para escuchar. Por fin tenía la palabra. Estaban tan lejos y había tanto ruido en las naves que tuve que hacer bocina con las manos y gritar.

—¡Os pido perdón! —grité—. ¡Disculpadme por el error que he cometido! ¡Estoy arrepentido de veras! ¡Pensaba que erais filipinas! Pero no lo sois. ¡Es mucho peor! ¡Sois mexicanas! ¡Sois indias! ¡Sois unas guarras hispanas! ¡Guarras hispanas! ¡Guarras hispanas!

Aunque estaba a treinta metros, advertí su súbita apatía. Cayó sobre las tres desgarrándolas, hiriéndolas silenciosamente, las tres demasiado avergonzadas para desnudar su dolor ante las otras y no obstante comunicando la secreta humillación, precisamente por callarla. También a mí me había sucedido aquello. Una vez le di una paliza a un muchacho. Me sentí estupendamente hasta que me alejé. El chico se levantó y corrió hacia su casa llamándome macarroni a gritos. Había otros chicos por allí. Los gritos del que huía me produjeron entonces el mismo efecto que sentían ahora las mexicanas. Sonreí a las mexicanas. Levanté la cara a los cielos y me eché a reír, sin bajar la mirada ni una sola vez, pero riendo muy fuerte para que me oyeran. Entré.

—¡Bu, bu, bu! —dije—. ¡Bla, bla, bla!

Pero me sentía como una mona haciendo aquello. Y ellas pensaron que estaba como una mona. Se miraron confundidas y luego me miraron a mí. No se daban cuenta de que me estaba burlando de ellas. No, por su forma de cabecear, estaban convencidas de que era un chiflado.

Y ahora, a por los pollos de la sala de etiquetado. Iba a ser lo más difícil. Entré dando zancadas rápidas e intencionadas, silbando todo el rato, y respirando hondo para demostrarles que el hedor no me hacía ningún efecto. Incluso me froté el pecho diciendo ¡ah! Los muchachos estaban apelonados alrededor del vertedor de latas, ordenando las que caían, inclinados sobre la grasienta cinta que las transportaba hasta las máquinas. Estaban hombro con hombro, alrededor de la cuadrada boca de vertido de tres metros de lado. En la nave había tanto estrépito como hedor, ya que flotaban en ella todos los matices posibles del olor a pescado muerto. Había tanto ruido que no se dieron cuenta de mi llegada. Traté de meterme entre dos mexicanos fornidos que hablaban mientras trabajaban. Me doblé y me puse entre ambos con muchas voces y gesticulaciones. Bajaron los ojos y me vieron en medio. Aquello les molestó. No comprendieron lo que quería hacer hasta que los separé con los codos y liberé por fin los brazos.

—¡A un lado, indios! —grité.

—¡Bah! —dijo el mexicano más fornido—. Ni caso, Joe. Pequeño hijoputa está chiflado.

Me puse a trabajar, enderezando latas para que fueran como es debido en las cintas transportadoras. Desde luego no me hacían caso, y me daban toda la libertad del mundo. Nadie hablaba. Me sentí solo. Me sentí como un cadáver, y pensé que si estaba allí era únicamente porque no me lo impedían.

Cayó la tarde.

Sólo en dos ocasiones interrumpí la faena. Una para echar un trago de agua y otra para tomar unas notas en el cuaderno. Todos dejaron de trabajar para observarme cuando me aparté de la plataforma e hice los apuntes destinados a mi libro. Aquello fue para hacerles comprender por encima de toda duda que no los había engañado, que entre ellos había realmente un escritor, uno de verdad y no un fantasma. Los miré fijamente a la cara y me rasqué la oreja con el lápiz. Luego miré al vacío durante un segundo. Finalmente chasqué los dedos para darles a entender que la idea había conseguido abrirse paso. Apoyé el cuaderno en la rodilla y escribí.

Escribí: ¡Amigos, romanos y compatriotas! La Galia se divide en tres partes. ¿Buscas a la mujer? No olvides el látigo. El tiempo y las mareas no esperan a nadie. Al pie del frondoso castaño está el herrero del pueblo. Firmé

con un ringorrango. Arturo G. Bandini. No se me ocurría nada más. Me miraban con los ojos como platos. Llegué a la conclusión de que tenía que seguir cavilando. Pero aquello fue todo. La mente me había dejado de funcionar. No me venía a la cabeza ninguna otra idea, ni siquiera una palabra, ni siquiera mi nombre.

Me guardé el cuaderno en el bolsillo y volví al vertedor de latas. Nadie dijo una palabra. Todas sus dudas se habían despejado ya. ¿No había dejado de trabajar para escribir unas líneas? Me habían juzgado con demasiada rapidez. Esperaba que alguien me preguntara qué había escrito. Le diría inmediatamente que no era nada importante, un simple apunte referente a las condiciones laborales de los extranjeros para el informe que remitía periódicamente a la Comisión Parlamentaria para el Control de los Métodos Fiscales; nada que tú pudieras entender, amable pollo; es demasiado profundo para explicártelo ahora; en otro momento; algún día a la hora del bocadillo.

Se pusieron a hablar otra vez. Luego rieron a coro. Pero todo me sonaba a español y no entendí nada.

El muchacho al que llamaban Jugo se apartó de la línea tal como yo había hecho y también se sacó un cuaderno del bolsillo. Fue corriendo hacia el lugar donde había estado yo con mi cuaderno. Durante un segundo pensé seriamente que también él era escritor y que había observado algo interesante. Adoptó la misma postura que yo. Se rascó la oreja de la misma forma que yo. Miró al vacío del mismo modo que yo. Y se puso a escribir. Carcajadas por doquier.

—¡Yo también escritor! —dijo—. ¡Mirad!

Levantó el cuaderno para que lo vieran todos. Había dibujado una vaca. La cara de la vaca estaba cubierta de puntos que parecían pecas. Se trataba indudablemente de una burla, ya que yo tenía la cara cubierta de pecas. Debajo de la vaca había puesto: «Escritor». Paseó el cuaderno alrededor del vertedor de latas.

—Muy gracioso —dije—. Humor indio.

Los odiaba tanto que tenía ganas de vomitar. Odiaba a todos y cada uno de ellos, la ropa que llevaban y todo lo referente a ellos. Trabajamos hasta las seis. Bajito Naylor no apareció en toda la tarde. Cuando sonó la sirena, los muchachos lo dejaron todo y se alejaron corriendo de la plataforma. Me quedé unos minutos, recogiendo las latas que habían caído al suelo. Esperaba que Bajito entrara en aquel momento. Trabajé durante diez minutos, pero no apareció nadie para verlo, así que me fui asqueado, no sin tirar antes al suelo todas las latas.

A las seis y cuarto me dirigí a casa. El sol peinaba la parte trasera de los grandes almacenes portuarios y las largas sombras barrían el suelo. ¡Qué día! ¡Qué mierda de día! Mientras andaba hablé conmigo mismo sobre el asunto, para comentarlo. Lo hacía siempre, hablar conmigo mismo en voz alta, murmurando con vehemencia. Normalmente era una gozada, porque siempre tenía a punto las mejores respuestas. Pero aquella noche no. Detestaba el murmullo que tenía lugar dentro de mi boca. Parecía el zumbido de un abejorro atrapado. La parte de mí que respondía a mis preguntas no dejaba de repetir: ¡Ah, cretino! ¡Disparatado embustero! ¡So imbécil! ¡So acémila! ¿Por qué no dices la verdad aunque sólo sea de vez en cuando? La culpa es tuya, así que deja de echársela a los demás.

Crucé el patio de la escuela. Cerca de la verja había una palmera solitaria. Se había removido la tierra hacía poco alrededor de las raíces, era un árbol joven que no había visto antes en aquel lugar. Me detuve a mirarlo. Había una placa de bronce en el suelo. Decía: Plantado por los niños de Banning High en el Día de la Madre.

Cogí una rama y la sacudí como si estrechara una mano.

—Qué tal —dije—. Tú no estabas allí, ¿pero quién dirías que tuvo la culpa?

Era un árbol pequeño, no más alto que yo, y que no tendría más de un año. Me respondió con el suave rumor del denso follaje.

—Las mujeres —dije—. ¿Crees que tienen algo que ver con el asunto?

Ni una palabra.

—Sí. La culpa la tienen las mujeres. Se han apoderado de mi espíritu. Ellas son las únicas responsables de lo que ha pasado hoy.

El árbol se balanceó ligeramente.

—Hay que aniquilar a las mujeres. Aniquilarlas radicalmente. Tengo que echarlas de mi cabeza para siempre. Ellas y sólo ellas me han hecho tal como soy en la actualidad.

»Esta noche mueren. Es hora de tomar decisiones. Ha llegado el momento. Mi destino aparece diáfano ante mí. Es la muerte, la muerte, la muerte para las mujeres esta noche. He dicho.

Volví a dar un apretón de manos al árbol y crucé la calle. Conmigo iba el hedor del pescado, una sombra que no se veía pero se olía. Subió conmigo la escalera de casa. Nada más entrar, el olor se esparció por todos los rincones del piso. Llegó como una flecha a la nariz de Mona. Salió del dormitorio con una lima de uñas en la mano y una expresión interrogante en los ojos.

—¡Puf! —dijo—. ¿Qué es?

—Yo. El olor del trabajo honrado. ¿Qué pasa? —Se puso un pañuelo en la nariz—. Tal vez sea demasiado sutil para el olfato de una monja consagrada.

Mi madre estaba en la cocina. Oyó nuestras voces. Se abrió la puerta de golpe y entró en la sala. El olor se lanzó sobre ella. Le dio en toda la cara, como un pastel de crema en una película cómica de dos rollos. Se detuvo en seco. Nada más olisquear se le tensaron los músculos de la cara. Retrocedió.

—¡Es él! —dijo Mona.

—Me ha parecido oler *no sé qué* —dijo mi madre.

—Soy yo. El olor del trabajo honrado. Olor a hombre. No es para amanerados y diletantes. Es pescado.

—Es asqueroso —dijo Mona.

—Bobadas —dije—. ¿Quién eres tú para someter a crítica un olor? Eres una monja. Una hembra. Una simple mujer. Y ni siquiera eres mujer porque eres monja. Sólo eres una mujer a medias.

—Arturo —dijo mi madre—. A ver si dejamos de hablar de esa manera.

—A una monja debería gustarle el olor del pescado.

—Naturalmente. Es lo que vengo diciéndote desde hace media hora.

Mi madre elevó las manos al cielo, los dedos temblorosos. Era el gesto que precedía a las lágrimas. La voz se le quebró, perdió el control y brotaron las lágrimas.

—¡Gracias a Dios! ¡Oh, gracias a Dios!

—Sí, mucho ha intervenido él en esto. Soy yo quien ha conseguido el trabajo. Soy ateo. Niego la hipótesis de Dios.

Mona adoptó un aire desdeñoso.

—¡Qué forma de hablar! Tú no conseguirías un empleo ni aunque te fuera la vida en ello. Te lo consiguió el tío Frank.

—Eso es mentira, una cochina mentira. Rompí la nota del tío Frank.

—Eso me lo creo.

—No me importa lo que creas. Todo el que dé crédito a lo del parto de una virgen y a lo de la resurrección es un completo idiota que tiene convicciones sospechosas.

Silencio.

—Ahora soy un obrero —dije—. Pertenezco al proletariado. Soy un obrero escritor.

Mona sonrió.

—Olerías mucho mejor si sólo fueras escritor.

—Amo este olor —dije—. Amo todas y cada una de sus connotaciones y ramificaciones; todas sus variaciones e implicaciones me fascinan. Pertenezco al pueblo.

Mona frunció la boca.

—¡Mamá, escúchale! Habla sin saber lo que dice.

No podía tolerar una observación de aquella índole. Me quemó hasta la médula. Podía burlarse de mis convicciones y someterme a persecución a causa de mi filosofía. Pero nadie podía burlarse de mi lenguaje. Me lancé sobre ella.

—¡No me ofendas! Puedo soportar tus muchas bobadas y majaderías, pero en nombre del Jehová que adoras, ¡no me ofendas!

Agité el puño ante su cara y la empujé con el pecho.

—Puedo soportar tus muchas imbecilidades, pero en nombre de tu monstruoso Yavé, so mozigata, pedazo monjil de sacerdotisa idólatra y pagana de la escoria más arrastrada que hay en el mundo, ¡no me ofendas! Me opongo. ¡Me opongo enérgicamente!

Levantó la barbilla y me apartó con la punta de los dedos.

—Por favor, aléjate. Date un baño. Hueles mal.

Me froté las yemas de los dedos delante de su cara. Apretó los dientes y golpeó el suelo con ambos pies.

—¡Idiota, idiota!

Mi madre, como siempre, llegó tarde. Se puso en medio de los dos.

—¡Vamos, vamos! ¿Qué pasa aquí?

Me subí los pantalones de un tirón y miré a Mona con desdén.

—Ya es hora de que cene. Eso es lo que pasa aquí. Mientras mantenga a dos parásitas creo que tengo derecho a comer algo de vez en cuando.

Me quité la hedionda camisa y la tiré sobre una silla del rincón. Mona la recogió, la llevó a la ventana, abrió la ventana y tiró la camisa. Se dio la vuelta y me desafió a que hiciera algo al respecto. No dije nada y me limité a mirarla fríamente, para que se enterase de la profundidad de mi desprecio. Mi madre se había quedado estupefacta, incapaz de entender lo que ocurría; ni en un millón de años se le habría ocurrido tirar una camisa sólo porque oliera mal. Sin decir palabra, corrí escaleras abajo y alrededor del edificio. La camisa colgaba de una higuera que había bajo nuestra ventana. Me la puse y

volví a subir. Me situé en el lugar exacto en el que había estado antes. Me crucé de brazos con el desprecio brotándome a chorros de la cara.

—Vamos —dije—. Hazlo otra vez. ¡Atrévete!

—Pero qué idiota eres —dijo Mona—. El tío Frank tiene razón. Tú no estás bien.

—Ja. ¡Él! El Giliburrus Americanus.

Mi madre estaba horrorizada. Cada vez que yo decía algo que no entendía, pensaba que tenía que ver con la sexualidad o con mujeres desnudas.

—¡Arturo! ¡Cómo se te ocurre! ¡Tu propio tío!

—Tío o no. Me niego en redondo a retirar la acusación. Es y será siempre un Burrus Americanus.

—¡Pero es tu tío! ¡De tu misma sangre!

—Mi actitud es inamovible. Se mantiene la acusación.

Sirvieron la cena en el rincón del desayuno. No me lavé. Estaba demasiado hambriento. Entré en la cocina y me senté. Mi madre llegó con una toalla limpia. Dijo que debería lavarme. Cogí la toalla y me la puse al lado. Mona entró a regañadientes. Tomó asiento y se esforzó por soportar mi proximidad. Desplegó la servilleta y mi madre entró con la soper. Pero el olor era excesivo para Mona. Ver la sopa le dio náuseas. Se apretó la boca del estómago, tiró la servilleta y dejó la mesa.

—No puedo. ¡Es que no puedo!

—¡Bah! Alfeñiques. Hembras. ¡Venga la comida!

Mi madre también salió. Comí solo. Cuando terminé, encendí un cigarrillo y me repantigué para reflexionar un rato sobre las mujeres. Mi intención era encontrar la mejor manera posible de destruirlas. No albergaba la menor duda: había que exterminarlas. Podía quemarlas, trocearlas o ahogarlas. Al final pensé que lo mejor era ahogarlas. Podía hacerlo cómodamente mientras me bañaba. Luego tiraría los restos por el desagüe. La corriente los llevaría hasta el mar, con los cangrejos muertos. Las almas de las mujeres muertas hablarían con las almas de los cangrejos muertos, y sólo hablarían de mí. Mi fama crecería. Cangrejos y mujeres llegarían a una conclusión inevitable: que yo era el terror, el Asesino Negro de la Costa del Pacífico, aunque un terror respetado por todos, por cangrejos y mujeres por igual: un héroe cruel, pero un héroe.

Después de cenar llené la bañera. Estaba satisfecho de la comida y de excelente humor para la ejecución. El agua caliente lo haría aún más interesante. Mientras la bañera se llenaba, entré en mi estudio y eché el pestillo de la puerta. Encendí la vela y aparté la caja que ocultaba a mis mujeres. Allí estaban amontonadas, todas mis mujeres, mis favoritas, treinta mujeres escogidas entre las páginas de las revistas de arte, mujeres irreales pero aprovechables, mujeres que me pertenecían más de lo que ninguna mujer de carne y hueso me pertenecería nunca. Hice un rollo con las páginas y me lo metí por dentro de la camisa. Tenía que hacerlo. Mona y mi madre estaban en la sala y yo tenía que pasar por delante de ellas para entrar en el cuarto de baño.

¡Así que allí se acababa todo! ¡El destino me había llevado a aquella situación! ¡Ni pensar en ello podía! Miré a mi alrededor dentro del ropero y traté de ponerme sentimental. Pero no era tan triste: estaba demasiado deseoso de proceder a la ejecución para estar triste. No obstante, y para cumplir con las formalidades, guardé silencio y bajé la cabeza como regalo de despedida. Luego apagué la vela de un soplo y pasé a la sala. Dejé abierta la puerta del ropero. Era la primera vez que la dejaba abierta. En la sala estaba Mona, sentada y cosiendo. Eché a andar con el ligero bulto bajo la cintura. Mona levantó los ojos y vio la puerta abierta. Se quedó muy sorprendida.

—Te has dejado el «estudio» abierto —dijo con desdén.

—Sé lo que hago, si no te importa. Y cerraré esa puerta cuando me dé la real gana.

—¿Y qué hay de Nietzsche, o como se llame?

—Deja en paz a Nietzsche, pelandusca inquisitorial.

La bañera estaba lista. Me desnudé y me senté dentro. Las fotos estaban boca abajo en la alfombrilla, al alcance de la mano.

Cogí la foto de encima.

Ignoraba el motivo, pero sabía que iba a ser Helen. Un débil instinto me lo decía. Y era Helen. ¡Helen, querida Helen! ¡Helen y su pelo castaño claro! Hacía mucho que no la veía, casi tres semanas. Había algo extraño en Helen, la más extraña de las mujeres: si me interesó fue únicamente por sus largas uñas, tan afiladas y exquisitamente vivas. Pero el resto de su cuerpo no me

importaba en absoluto, aunque era hermosa, por todas partes. Estaba sentada y desnuda, con un ligero velo sobre los hombros; cada uno de sus milímetros cuadrados era un portento, aunque a mí no me resultaba interesante, exceptuando aquellas hermosas uñas.

—Adiós, Helen —dije—. Adiós, amada mía. Nunca te olvidaré. Hasta el día de mi muerte no dejaré de recordar las muchas ocasiones en que nos adentramos en los trigales del libro de Anderson y yo me quedaba dormido con tus dedos en mi boca. ¡Qué sabrosos eran! ¡Qué dulcemente dormía! Pero hemos de romper, querida Helen, dulce Helen. Adiós, adiós.

Rompí la foto y dejé caer los pedazos en el agua.

Volví a alargar el brazo. Era Avellana. La había llamado así por los ojos que tenía en una foto en color y sin retocar. Tampoco me importaba Avellana. Sólo me importaban sus caderas..., qué tiernecitas y qué blancas. ¡Qué ratos habíamos pasado Avellana y yo! ¡Qué hermosa era en verdad! Antes de destruirla, me recosté en la bañera y recordé las muchas ocasiones en que nos habíamos encontrado en una habitación llena de misterio y de deslumbrante luz diurna, una habitación blanquísima con una alfombra verde en el suelo, una habitación que sólo a ella debía su existencia. En un rincón, apoyado en la pared y por ningún motivo comprensible, pero siempre allí, había un largo y delgado bastón de paseo con empuñadura de plata y diamantes que reflejaban la luz del sol. Y de detrás de una cortina que nunca veía bien por culpa de la nebulosidad, y cuya existencia sin embargo no podía negarse, salía Avellana con melancolía y avanzaba hasta el centro de la habitación, donde me encontraba yo admirando la belleza esférica de sus caderas, de rodillas ante ella, con los dedos deshaciéndose de ganas de tocarla, y a pesar de todo nunca hablaba con la querida Avellana, sino con sus caderas, como si fueran almas vivas, y les decía lo hermosas que eran, lo inútil que era la vida sin ellas, mientras las asía con las manos y las atraía hacia mí. También rompí aquella foto y estuve contemplando los pedazos mientras se empapaban de agua. Querida Avellana...

Luego apareció Tanya. Solía encontrarme con Tanya por la noche en una cueva que los niños habíamos construido hacía muchos veranos en las peñas de Palos Verdes, cerca de San Pedro. Estaba al lado del mar y se percibía el extasiante aroma de los limeros que crecían por los alrededores. La cueva siempre estaba llena de revistas y periódicos. En un rincón había una sartén que había cogido de la cocina de mi casa y en otro ardía una vela chisporroteante. La verdad es que cuando se llevaba un rato allí resultaba una cueva pequeña y mugrienta, y muy fría, porque el agua goteaba por las

paredes. Y allí conocí a Tanya. Pero no era a Tanya a quien amaba. Era la forma de llevar el chal negro de la foto. Y tampoco era el chal. Aquella estaba incompleta sin éste, y sólo Tanya sabía llevarlo así. Cada vez que nos encontrábamos acababa arrastrándome por la entrada de la cueva hacia el centro de la cueva y quitándole el chal mientras el largo cabello le caía rodeándola de manera natural, y entonces me acercaba el chal a la cara y enterraba los labios en él, admirando su brillo negro, y daba las gracias a Tanya sin parar por haberlo usado para mí. Y Tanya contestaba siempre:

—Pero si no es nada, tontito. Lo hago con mucho gusto. Qué tonto eres.

Y yo decía:

—Te quiero, Tanya.

He allí a Marie. ¡Oh, Marie! ¡Oh, tú, Marie! ¡Con tu risa exquisita y tu intenso perfume! Amaba sus dientes y su boca, y el aroma de su carne. Solíamos encontrarnos en una habitación sombría con muchos libros y telarañas en las paredes. Había un sillón de cuero al lado de la chimenea, y debía de haber sido una casa inmensa, un castillo o una villa francesa, porque al otro lado de la habitación, grande y macizo, estaba el escritorio de Émile Zola tal como lo había visto en un libro. Yo estaba sentado allí, leyendo las últimas páginas de *Nana*, el pasaje de la muerte de Nana, y Marie se levantaba como la niebla de entre las páginas y se ponía desnuda ante mí, riendo sin parar con su hermosa boca y un aroma embriagador, hasta que no tenía más remedio que cerrar el libro, y ella se acercaba y también ponía las manos en el libro, y negaba con la cabeza con una sonrisa intensa, y sentía su calidez recorriéndome los dedos como si fuera electricidad.

—¿Quién eres?

—Soy Nana.

—¿De verdad eres Nana?

—De verdad.

—¿La chica que muere aquí?

—No estoy muerta. Te pertenezco.

Y caía en mis brazos.

Luego llegó Ruby. Era una mujer imprevisible, muy diferente de las otras y también mucho mayor. Siempre me la encontraba mientras ella cruzaba corriendo un llano seco y caluroso que hay al otro lado de la sierra del Funeral, en el Valle de la Muerte, California. Era porque había estado allí en primavera y no había olvidado la belleza de aquella llanura, y era allí donde tan a menudo vería después a la imprevisible Ruby, una mujer de treinta y cinco años, corriendo desnuda por la arena; yo la perseguía hasta que al final

la capturaba al lado de una piscina de aguas azules de la que siempre manaba vapor rojo en el momento en que la arrastraba por la arena y enterraba la boca en su cuello, que era muy cálido pero menos atractivo, porque Ruby se estaba haciendo mayor y le sobresalían los tendones, pero su cuello me volvía loco, y me gustaba el tacto de sus tendones tensándose y relajándose mientras jadeaba en el punto exacto en que la había capturado y derribado en el suelo.

¡Y Jean! ¡Cuánto me gustaba el cabello de Jean! Era tan dorado como la paja, y siempre la veía secándose las largas mechas al pie de un bananero que crecía en una loma, entre los montes de Palos Verdes. Yo la observaba mientras se peinaba las espesas mechas. Adormilada y enroscada a sus pies había una serpiente semejante a la que pisaba la Virgen María. Siempre me acercaba a Jean de puntillas, para no despertar a la serpiente, que suspiraba complacida cuando mis pies se hundían en ella, sintiendo un placer inenarrable por todo el cuerpo que se reflejaba en los sorprendidos ojos de Jean, y entonces deslizaba las manos suave y cautelosamente por la mágica calidez del pelo dorado, y Jean reía y me decía que sabía que iba a ocurrir de aquel modo, y se desplomaba en mis brazos como un velo que cae.

Pero ¿y Nina? ¿Por qué había amado a aquella muchacha? ¿Y por qué estaba lisiada? ¿Y qué había dentro de mi corazón para amarla tan salvajemente sólo porque estaba tullida sin remedio? Y sin embargo así era, y mi pobre Nina estaba lisiada. No en la foto, oh, no, en la foto no lo estaba, pero cuando la conocí tenía un pie más pequeño que el otro, un pie de muñeca, el otro de tamaño normal. Nos conocimos en la iglesia católica de mi infancia, la de Santo Tomás de Wilmington, ante cuyo altar mayor me encontraba ataviado con vestiduras de sacerdote y empuñando un cetro. A mi alrededor, de rodillas, estaban los pecadores, llorando y cumpliendo la penitencia que les había impuesto, y ninguno se atrevía a levantar la cabeza porque mis ojos brillaban con una santidad demente, con un odio feroz al pecado. Entonces apareció ella, la tullida, por el fondo de la iglesia, sonriendo, sabiendo que iba a arrancarme de mi sagrado trono y a obligarme a pecar con ella delante de los demás, para que se burlaran y rieran de mí, del santo, del hipócrita, delante de todo el mundo. Llegaba cojeando, quitándose prendas cada lastimoso paso que daba, en los labios húmedos una sonrisa de triunfo, y yo con una voz de rey destronado gritándole que se fuera, que era una diablesa que me embrujaba y me dejaba indefenso. Pero ella seguía avanzando inexorablemente, la multitud estaba paralizada de horror, y ella me rodeaba las rodillas con los brazos y me estrechaba contra sí, ocultando el piececillo tullido, hasta que yo ya no podía más y caía sobre ella dando un

grito, y admitía alborozado mi flaqueza mientras a mi alrededor se elevaban murmullos de multitudes que gradualmente se perdían en un desolado olvido.

Y así fue. Así fue como las cogí, una por una, y las recordé, les di un beso de despedida y las rompí en pedazos. Algunas eran reacias a la destrucción y me imploraban con voces lastimeras desde las brumosas profundidades de los vastos lugares en que nos habíamos amado en extrañas duermevelas, los ecos de sus súplicas perdidos en la sombría oscuridad de lo que era Arturo Bandini cómodamente sentado en una fresca bañera, paladeando la partida de entes que antaño existieron, y que sin embargo nunca existieron, en la realidad.

Pero había una en particular que me resistía a destruir. Sólo ella me hizo dudar. Era la que yo llamaba la Niña. Al parecer fue siempre la mujer de cierto caso de asesinato en San Diego; había matado a su marido a cuchilladas y confesó el crimen a la policía sin dejar de reír. Solía encontrármela en la cruda miseria del antiguo Los Ángeles, antes de la Fiebre del Oro. Era muy cínica para su edad, y muy cruel. La foto, que había recortado de la revista de historias policiacas, no rendía justicia a su carácter. Pero en realidad no era una niña. Yo la había bautizado así. Era una mujer que no podía verme ni tocarme, pero me encontraba irresistible, y, aunque me cubría de insultos, me amaba de un modo fabuloso. Y yo la veía en una oscura cabaña de techumbre de paja y barro, de ventanas tapadas, y hacía tanto calor en la ciudad que los lugareños dormían para que ni un alma turbara las calles en aquella primitiva época de Los Ángeles, y ella estaba recostada en un camastro, jadeando e insultándome mientras mis pasos resonaban por la calle vacía y por último ante su puerta. El cuchillo que empuñaba me hacía gracia, me hacía sonreír, lo mismo que sus alaridos espeluznantes. Qué poder tan diabólico el mío. Mi sonrisa la desarmaba, la mano que empuñaba el cuchillo se abría, el cuchillo caía al suelo, ella se estremecía de horror y odio, y ardía de pasión. Así era la Niña, la que siempre preferí a las demás. Lamentaba destruirla. Dudé un rato, porque sabía que se alegraría de librarse de mí cuando la hubiera destruido, porque ya no podría pincharla como un demonio, ni poseerla con risas despreciables. Pero la suerte de la Niña estaba echada. No podía tener favoritas. Rompí la Niña en pedazos, como las demás.

Cuando hube destruido la última, los pedazos alfombraban la superficie del agua, y el agua era invisible debajo. La removí con tristeza. El agua tenía el color negruzco de la tinta disuelta. Se había acabado. El espectáculo había concluido. Estaba contento por haber dado aquel paso audaz y haberlas tirado todas a la vez. Me felicité por tener tanta fuerza de voluntad, tal habilidad para cumplir una misión hasta sus últimas consecuencias. Había seguido

adelante despiadadamente, contra todo sentimentalismo. Era un héroe y mi hazaña no era para desdeñarse. Me levanté y las miré antes de quitar el tapón. Fragmentos de amor pretérito. ¡Al desagüe los romances de Arturo Bandini! ¡Corred hacia el mar! Iniciad vuestro oscuro viaje por las alcantarillas, hasta el país de los cangrejos muertos. Bandini había hablado. ¡Tira del tapón!

Y así se hizo. Me puse en pie, chorreando por todas partes, y saludé.

—Adiós —dije—. Que os vaya bien, oh, mujeres. Hoy se han reído de mí en la fábrica y ha sido por culpa vuestra, porque me habéis emponzoñado el espíritu y dejado indefenso ante los golpes de la vida. Ahora estáis muertas. Adiós, adiós para siempre. Aquel que tomare el pelo a Arturo Bandini, fuere hombre o mujer, tendrá una muerte prematura. He dicho. Amén.

Dormido o despierto, daba lo mismo, detestaba la fábrica de conservas y siempre olía a desperdicios. Nunca me abandonaba aquella peste a caballo muerto en la cuneta. Me seguía por las calles. Entraba conmigo en los edificios. Cuando me acostaba por la noche, allí estaba, como una manta, cubriéndome por entero. Y en mis sueños había pescado pescado pescado, caballas nadando en una charca negra, y yo estaba atado a un palo y me bajaban hasta meterme en la charca. Lo tenía en la comida y en la ropa, incluso en el cepillo de dientes. A Mona y a mi madre les pasaba lo mismo. Al final era tan desagradable que incluso comíamos carne el viernes. Mi madre no soportaba el pescado, aunque fuera pecado no comerlo los viernes.

Desde la niñez detestaba también el jabón. No creía que pudiera acostumbrarme a aquella sustancia grasienta y viscosa, con su olor afeminado y pastoso. Pero ahora lo utilizaba para combatir el hedor del pescado. Me bañaba como nunca en mi vida. Hubo un sábado en que me bañé dos veces, una después del trabajo y otra antes de irme a dormir. Todas las noches me metía en la bañera y leía hasta que el agua se enfriaba y parecía agua de fregar del día anterior. Me frotaba con jabón hasta que la piel me brillaba como una manzana. Pero no tenía ningún sentido, porque era una pérdida de tiempo. La única manera de librarme de aquel olor era dejar la fábrica. Cuando terminaba de bañarme quedaban en la bañera dos tufos mezclados: a jabón y a caballa muerta.

Todo el mundo sabía quién era yo y lo que hacía cuando olisqueaban mi proximidad. Ser escritor no bastaba para consolarme. En el autobús me reconocían al instante y en el cine también. Es de la fábrica de conservas. Dios Santo, ¿no lo hueles? Yo llevaba aquel olor identificador.

Una noche fui al cine a ver una película. Me senté solo, completamente solo en un rincón, yo y el olor. Pero la distancia era un obstáculo sin importancia para aquella porquería. Se despegó de mí, vagó de aquí para allá y volvió como algo muerto pegado a una goma. Al poco rato las cabezas empezaron a volverse. Evidentemente había por allí un obrero de la fábrica de conservas. Los entrecejos se arrugaron, las narices olisquearon. Luego murmullos y rumores de pies. Todos los que estaban cerca de mí se levantaron para cambiarse de sitio. No os acerquéis a él, es de la fábrica de

conservas. Así que dejé de ir al cine. Pero no me importó. Era un pasatiempo para la plebe.

Por la noche me quedaba en casa leyendo.

No me atrevía a ir a la biblioteca.

—Tráeme libros de Nietzsche —dije a Mona—. Tráeme al poderoso Spengler. Tráeme a Auguste Comte y a Immanuel Kant. Tráeme libros que la plebe no pueda leer.

Mona me los trajo. Los leí todos, la mayoría era de comprensión difícil, unos tan aburridos que tenía que fingir que eran fascinantes, otros tan horribles que para terminarlos tenía que leerlos en voz alta, como un actor. Pero por lo general estaba demasiado cansado para leer. Un ratito en la bañera era suficiente. Las palabras impresas flotaban ante mis ojos como hebras en el viento. Me dormía. Al día siguiente despertaba desnudo en la cama, con el despertador sonando y yo preguntándome cómo se las habría arreglado mi madre para no despertarme. Y mientras me vestía pensaba en los libros que había leído la noche anterior. Sólo podía recordar frases sueltas y la constancia de que lo había olvidado absolutamente todo.

Incluso leí un libro de poesía. Aquel libro me puso enfermo, y dije que nunca volvería a leer otro. Aquella poetisa me cayó fatal. Me habría gustado verla unas semanas trabajando en una fábrica de conservas. Seguro que la experiencia le cambiaba el estilo.

Pero sobre todo pensaba en el dinero. Siempre había tenido poco. Nunca había visto más de cincuenta dólares juntos. Solía enrollar papeles y fingir que eran billetes de mil. Me ponía delante de un espejo y los repartía entre los sastres, los vendedores de automóviles y las putas. A una puta le di una propina de mil dólares. Se ofreció a estar conmigo gratis el siguiente semestre. Me conmovió tanto que aparté otro billete de mil y se lo di por aquello del sentimentalismo. Al ver el detalle prometió dejar la mala vida. Le dije vamos, vamos, querida, y le di el resto del rollo: setenta mil dólares.

A una manzana de nuestra casa estaba el Banco de California. Por la noche solía mirar por la ventana y veía su insolente mole destacando en la esquina. Al final se me ocurrió un método para atracarlo sin que me detuvieran. Al lado del banco había una lavandería. La idea era abrir un túnel desde la lavandería hasta la caja fuerte del banco. En la parte trasera esperaba un coche listo para huir. México estaba sólo a ciento cincuenta kilómetros.

Si no soñaba con pescado, soñaba con dinero. Me despertaba con la mano cerrada, creyendo que tenía dinero en ella, una moneda de oro, y no quería abrirla porque sabía que mi mente me la estaba jugando y que no tenía ni un

centavo en la mano. Juré que si alguna vez conseguía dinero suficiente, compraría Industrias Pesqueras Soyo, lo celebraría organizando una fiesta que durase toda la noche, como el Cuatro de Julio, y por la mañana quemaría la fábrica hasta los cimientos.

El trabajo era duro. Por las tardes se despejaba la niebla y el sol pegaba con fuerza. Los rayos se reflejaban en la bahía azul y entraban en el tazón que formaban los montes de Palos Verdes, y aquello era un horno. En la fábrica de conservas era peor. No había aire fresco ni para llenar una fosa nasal. Todas las ventanas estaban aseguradas con clavos oxidados y los cristales llenos de telarañas y grasa de muchos años. El tejado de hierro ondulado quemaba como una antorcha, aumentando la temperatura de abajo. De los tubos de esterilización y de los hornos brotaba vapor caliente. Salía más vapor de los grandes tanques de fertilizante. Las dos vaharadas coincidían encima de nosotros, podía verse el encontronazo, y nosotros estábamos en el centro, sudando entre el estrépito del vertedor de latas.

Es cierto, mi tío tenía razón en lo del trabajo. Era trabajo que se hacía sin pensar. Para desempeñarlo no hacía falta sacar el cerebro de casa. Lo único que hacíamos todo el santo día era estar allí de pie, moviendo brazos y piernas. De vez en cuando cambiábamos de postura y nos apoyábamos en el otro pie. Quien quisiera moverse de verdad tenía que apartarse de la plataforma e ir al grifo del agua o a los lavabos. Teníamos un plan: hacíamos turnos; cada uno podía estar hasta diez minutos en los lavabos. No hacía falta ningún jefe con aquellas máquinas en marcha. Por la mañana, cuando comenzaba el etiquetado, Bajito Naylor le daba al interruptor y salía de la nave. Él conocía aquellas máquinas. No nos gustaba que nos adelantasen. Cuando ocurría, nos sentíamos vagamente dolidos. No era un dolor como si nos estuvieran pinchando las posaderas con un alfiler, sino una melancolía que a la larga empeoraba. Cuando nos librábamos, siempre había alguno en la fila que no podía. Éste daba un grito. En la parte delantera acelerábamos el ritmo para llenar el hueco en la cinta transportadora y sacarlo del aprieto. A nadie le gustaba aquella máquina. No importaba que fueras filipino, italiano o mexicano. Nos fastidiaba a todos. Y necesitaba muchos cuidados. Era como una criatura. En cuanto se estropeaba, cundía el pánico por toda la fábrica. Todo se paralizaba al instante. Cuando las máquinas estaban en silencio, parecía otro lugar. Ya no era una fábrica de conservas sino un hospital. Esperábamos por allí, hablando entre susurros hasta que los mecánicos la reparaban.

Yo trabajaba mucho porque tenía que trabajar mucho, y no me quejaba porque no había tiempo para quejarse. Pasaba casi toda la jornada alimentando la máquina y pensando en dinero y mujeres. El tiempo pasaba mejor con tales pensamientos. Nunca había tenido un empleo así: cuanto menos pensaba en el trabajo, más cómodo era. Acabé engolfándome mucho en mis fantasías sobre mujeres. Era porque la plataforma no hacía más que dar sacudidas. Pasaba de una fantasía a otra, y así discurrían las horas, yo pegado a la máquina y procurando concentrarme en la faena para que los demás no supieran en qué estaba pensando.

A través de la cortina de vapor veía la puerta del otro extremo de la nave. Allí estaba la bahía azul, peinada por centenares de gaviotas sucias y perezosas. Al otro lado de la bahía estaba el Muelle Catalina. Todas las mañanas zarpaban de allí barcos e hidroaviones sin parar, rumbo a Isla Catalina, que se alzaba a treinta kilómetros de la costa. A través del vapor y de la puerta veía los flotadores rojos de los aviones cuando se elevaban del agua. Los barcos de vapor sólo zarpaban por la mañana, pero durante todo el día no paraban de despegar los hidroaviones hacia aquel islote que se alzaba a treinta kilómetros. Los flotadores rojos y chorreantes destellaban a la luz del sol, asustando a las gaviotas. Desde donde yo estaba sólo podía ver los flotadores. Sólo los flotadores. Nunca las alas ni el fuselaje.

Aquello me afectó desde el primer día. Yo quería ver el avión entero. Había visto los aviones muchas veces camino del trabajo. Me quedaba en el puente, observaba a los pilotos mientras hacían comprobaciones y conocía cada avión de la flota. Pero ver por la puerta sólo los flotadores me roía el cerebro como un gusano. Se me ocurrían las ideas más disparatadas. Imaginaba que ocurrían cosas en las partes invisibles del avión, que había polizones en las alas. Quería correr a la puerta para asegurarme. Siempre tenía presentimientos. Deseaba que ocurrieran tragedias. Quería ver estallar los aviones y ahogarse a los pasajeros en la bahía. Algunas mañanas iba al trabajo con un solo deseo en la cabeza, que se matara alguien en la bahía. Y llegaba convencido de que iba a ser así. El siguiente avión, me decía, el siguiente no llegará a Catalina: se estrellará al despegar; la gente gritará, mujeres y niños se ahogarán en la bahía; Bajito Naylor le dará al interruptor y todos iremos a ver sacar los cadáveres del agua. Tiene que suceder. Es inevitable. E imaginaba que era adivino. Y todo el santo día despegaban hidroaviones. Pero estando donde estaba sólo veía los flotadores. Los huesos me dolían como si fueran a romperse. El *siguiente* seguro que se estrellaba. Hacía ruidos con la garganta, me mordía los labios y esperaba enfebrecido al siguiente avión.

Entonces oía el rugido de motores, débilmente a causa del estruendo de la fábrica, y contaba. ¡Por fin la muerte! ¡Ahora morirán! Cuando llegaba el momento, dejaba de trabajar y miraba, deseoso de presenciar la escena. Pero cuando despegaban, la trayectoria de los aviones no variaba ni un centímetro. El paisaje encuadrado por la puerta no cambiaba nunca. Bueno, ¿quién sabe? Quizás se estrelle detrás del faro, en la punta del rompeolas. Lo sabré en menos de un minuto. Sonarán las sirenas de la guardia costera. Pero las sirenas no sonaban. Otro avión que se salvaba.

Quince minutos más tarde oí el rugido de otro avión. En teoría teníamos que quedarnos en nuestro sitio. Pero a la porra las órdenes. Bajé de un salto del vertedor de latas y corrí hacia la puerta. El hidroavión panzudo y rojo despegó. Lo vi entero, hasta el último centímetro, y mis ojos se dieron un pequeño banquete antes de la tragedia. Allí, en alguna parte, acechaba la muerte. Se haría notar en cualquier momento. El avión cruzó la bahía, se elevó en el aire y se dirigió hacia el faro de San Pedro. Pequeño, cada vez más pequeño. Otro que escapaba. Lo amenacé agitando el puño.

—¡Ya te llegará la hora! —grité.

Los del vertedor de latas me miraban estupefactos. Me sentía como un tonto. Di media vuelta y volví. Sus ojos eran acusadores, como si hubiera corrido a la puerta para matar un hermoso pajarillo.

De repente cambió la concepción que tenía de ellos. Qué idiotas eran. Se dejaban la piel trabajando. Con mujeres que alimentar, un enjambre de niños con la cara sucia, preocupaciones por la factura de la luz y la de la tienda de comestibles, qué lejos estaban ellos, qué distantes, desnudos bajo el sucio mono, con su necia cara mexicana picada de viruela, saturados de imbecilidad, viéndome volver, creyéndome loco, produciéndome escalofríos. Eran gargajos espesos y cachazudos, pegotes pringosos y abotargados, y en cierto modo como el pegamento, pegajosos, estancados, indefensos y sin esperanza, con los ojos tristes de los pobres y apaleados animales del campo. Me creían loco porque yo no parecía un pobre y apaleado animal del campo. ¡Que me crean loco! ¡Claro que estoy loco! ¡Patanes, voceras, alcornos! Me trae sin cuidado lo que penséis. Me daba asco tener que estar tan cerca de ellos. Quería darles una paliza, de uno en uno, pegarles hasta que fueran una masa de heridas y sangre. Quería gritarles que apartaran de mí aquellos malditos ojos deprimentes y melancólicos de apaleado, porque levantaban una losa negra en mi corazón, un lugar abierto, una tumba, un agujero, una llaga de la que salían en doliente procesión sus difuntos a la cabeza de otros difuntos y por la que desfilaba el sufrimiento y la amargura de su vida.

La máquina vibraba y resonaba. Volví a mi sitio al lado de Eusebio y seguí trabajando, la misma rutina, darle latas a la máquina, resignado a no ser vidente y a que las tragedias sobrevinieran sólo por la espalda, como los cobardes. Los muchachos me vieron reanudar la faena, luego la reanudaron ellos también, tomándome por un obseso. No se dijo nada. Los minutos pasaban. Ya era una hora más tarde.

Eusebio me dio un codazo.

—¿Para por qué tú corres de ese modo?

—El piloto. Es un viejo amigo. El coronel Buckingham. Quería saludarlo. Cabeceó.

—Chorradas, Arturo. Tú muchas chorradas.

Desde el vertedor de latas también veía el California Yacht Club. Al fondo estaban las primeras ondulaciones verdes de los montes de Palos Verdes. Era una escena digna de la Italia que había visto en los libros. En los mástiles de los yates flameaban gallardetes de colores. Más allá estaban los penachos blancos de las grandes olas que batían contra el malecón. En la cubierta de los yates había hombres y mujeres con indumentaria informal blanca. Gente de fábula. Pertenecían a la colonia del cine y a los círculos financieros de Los Ángeles. Eran riquísimos y aquellas embarcaciones eran sus juguetes. Cuando les apetecía, dejaban el trabajo de la ciudad y bajaban al puerto a jugar con ellas, y se llevaban a sus mujeres.

¡Y qué mujeres! Me quitaba el aliento sólo el verlas pasar en aquellos cochazos, tan desenvueltas, tan hermosas, tan familiarizadas con toda aquella riqueza, fumando elegantes cigarrillos con filtro, los dientes esmaltados y relucientes, vestidas de un modo irresistibles, con una ropa que les quedaba divinamente, que ocultaba sus defectos corporales y convertía su encanto en perfección. A mediodía, cuando pasaban rugiendo los cochazos por delante de la fábrica y nosotros estábamos comiendo fuera de las naves, las miraba como un ladrón que acecha unas joyas. Pero parecían tan lejanas que las detestaba, y detestarlas hacía que estuviesen más próximas. Algún día serían mías. Las poseería a ellas y los coches que las transportaban. Cuando llegara la revolución serían mías, súbditas del comisario Bandini del sóviet de San Pedro.

Pero recuerdo a una mujer en un yate. Estaba a doscientos metros. A semejante distancia no podía verle la cara. Sólo que se movía con sencillez por la cubierta, como una reina pirata con un flamante bañador blanco. Paseaba por la cubierta de un yate que se estiraba como un gato desperezándose en el agua azul. Era sólo un recuerdo, una impresión recibida estando junto al vertedor de latas, mirando por la puerta. Sólo un recuerdo, pero me enamoré de ella, la primera mujer de carne y hueso que amaba en mi vida. De vez en cuando se detenía en la borda para mirar el mar. Luego reanudaba el paseo moviendo adelante y atrás sus muslos de lujo. En cierta ocasión se volvió y se quedó mirando la fábrica de conservas. La estuvo mirando unos minutos. No podía verme, pero miraba directamente hacia

donde yo estaba. En aquel momento me enamoré de ella. Tenía que ser amor, aunque también podía ser su bañador blanco. Lo enfoqué desde todos los puntos de vista y al final admití que era amor. Después de mirarme, se volvió y siguió paseando. Estoy enamorado, me dije. ¡Así que esto es el amor! Pensé en ella todo el día. Al día siguiente el yate se había ido. Me preguntaba por ella y, aunque en ningún momento me pareció importante, estaba convencido de que estaba enamorado. Al cabo de un tiempo dejé de pensar en ella, se convirtió en recuerdo, un mero recuerdo para matar las horas en el vertedor de latas. Pero la había amado; ella nunca me vio y yo nunca le vi la cara, pero había sido amor a pesar de todo. Por otra parte, no podía imaginar que la hubiera amado, pero llegué a la conclusión de que por una vez me equivocaba y de que la había amado.

Cierta vez entró una hermosa rubia en la nave de etiquetado. Iba con un hombre de bigote elegante y calzado con botines. Más tarde averigüé que se llamaba Hugo. Era propietario de nuestra fábrica de conservas, de otra que había en Terminal Island y de otra de Monterrey. Nadie sabía quién era la chica. Iba sujeta al brazo del hombre, mareada por el olor. Me di cuenta de que no le gustaba el lugar. No tendría más de veinte años. Llevaba un abrigo verde. Tenía la espalda totalmente arqueada, como una duela de barril, y calzaba zapatos blancos de tacón alto. Hugo observaba el lugar fríamente, con talante crítico. La chica le susurró algo. Hugo sonrió y le dio unas palmaditas en el brazo. Se fueron juntos. La chica se volvió en la puerta a mirarnos. Agaché la cabeza; no quería que un ser tan encantador me viera entre mexicanos y filipinos.

Eusebio estaba conmigo en el vertedor de latas.

Me dio un codazo y dijo:

—¿Tú gusta, Arturo?

—No seas tonto —dije—. Es una golfa, lisa y llanamente, una golfa capitalista. Sus días acabarán cuando estalle la revolución.

Pero nunca he podido olvidar a aquella criatura de abrigo verde y zapatos blancos de aguja. Estaba seguro de que volvería a encontrármela algún día. Quizás cuando fuera rico y famoso. Incluso entonces seguiría ignorando su nombre, pero contrataría detectives para que siguieran a Hugo y dieran con el apartamento donde la retenía, prácticamente prisionera de su ridícula riqueza. Los detectives vendrían a mí con la dirección. Yo me presentaría, le daría mi tarjeta.

—Probablemente no me recordará usted —diría sonriendo.

—Pues no. Me temo que no.

Ah, entonces le hablaría de la visita que había hecho años antes a Industrias Pesqueras Soyo. Que yo, un pobre muchacho blanco rodeado de una cuadrilla de mexicanos y filipinos ignorantes, me había sentido tan turbado por su belleza que no me había atrevido a dar la cara. Y me echaría a reír.

—Pero está claro que usted ya sabe quién soy.

La llevaría hacia el estante de los libros, donde se encontrarían los míos entre el puñado de los indispensables, como la Biblia y el diccionario de la lengua, y cogería *Colosos del destino*, la obra por la que me habrían concedido el Premio Nobel.

—¿Quiere que se lo dedique?

Entonces, ahogando una exclamación, la mujer caería en la cuenta.

—¡Cielos, usted es Bandini, el famoso Arturo Bandini!

Ja. Y volvería a reír.

—¡El mismo que viste y calza!

¡Qué día! ¡Qué triunfo!

Pasó un mes, con cuatro pagas. Quince dólares por semana.

Nunca llegué a acostumbrarme a Bajito Naylor. Para el caso, tampoco Bajito Naylor llegó a acostumbrarse a mí. Yo no podía hablar con él, pero él tampoco podía hablar conmigo. No era de los que decían: Hola, ¿qué tal? Se limitaba a saludar con la cabeza. Y no era hombre con el que se pudiera hablar de la situación de la industria conservera ni de política internacional. Era demasiado frío. Guardaba las distancias. Hacía que me sintiera un empleado. Yo ya sabía que era un empleado. No entendía la necesidad de que me lo pasaran por las narices.

La temporada de la caballa estaba a punto de terminar. Cierta tarde acabamos de etiquetar un lote de doscientas toneladas. Bajito Naylor apareció con un lápiz y un cuaderno. La caballa estaba enlatada, etiquetada y lista para partir. En los muelles había un carguero esperando para transportarla a Alemania, a los almacenes de un mayorista de Berlín.

Bajito ordenó que lleváramos el cargamento a los muelles. Me sequé el sudor de la cara mientras la máquina se detenía, y con buena disposición y paciencia me acerqué a Bajito y le di una palmada en la espalda.

—¿Qué tal la situación de la industria conservera, Naylor? —dije—. ¿Qué nivel de competencia representan los noruegos?

Me apartó la mano de su hombro.

—Agénciate un volquete de mano y ponte a trabajar.

—Un patrón riguroso —dije—. Es usted un patrón riguroso, Naylor.

Me alejé una docena de pasos y me llamó por mi nombre. Deshice lo andado.

—¿Sabes cómo se lleva un volquete de mano?

No tenía la menor idea. Ni siquiera sabía que las vagonetas de mano se llamaran así. Desde luego que no sabía cómo se llevaba un volquete de mano. Yo era escritor. Desde luego que no lo sabía. Me eché a reír y me subí los pantalones.

—¡Qué gracia! ¡Que si sé cómo se lleva un volquete de mano! ¡Y usted me lo pregunta! Ja. ¡Que si sé cómo se lleva un volquete de mano!

—Si no lo sabes, dilo. No tienes por qué engañarme.

Cabeceé y miré al suelo.

—¡Que si sé cómo se lleva un volquete de mano! ¡Y usted me lo pregunta!

—Bueno, ¿sabes o no?

—Salta a la vista que es evidente que es una pregunta absurda. ¡Que si sé cómo se lleva un volquete de mano! Claro que sé cómo se lleva un volquete de mano. ¡Naturalmente!

El labio se le curvó como el rabo de una rata.

—¿Y dónde has aprendido a llevar un volquete de mano?

Hablé dirigiéndome a todos.

—¡Ahora quiere saber dónde aprendí a llevar un volquete de mano! ¿Os lo imagináis? Quiere saber dónde aprendí a llevar un volquete de mano.

—Oye, estamos perdiendo el tiempo. ¿Dónde fue? Te pregunto que dónde fue.

Mi respuesta fue como un disparo de fusil.

—En los muelles. En los muelles de la gasolina. Trabajando de estibador.

Me miró de arriba abajo y en su labio se dibujaron varias curvas de hastío, de hombre que vomita desprecio.

—¡Tú estibador!

Se echó a reír.

Cuánto lo odié. El muy cretino. Imbécil, perro, rata, comadreja. Rata con cara de comadreja. ¿Qué sabía él? Era mentira, cierto. Pero ¿qué sabía él? Aquella rata sin pizca de cultura, que probablemente no había leído un libro en su vida. ¡Dios mío! ¿Qué sabía él de nada? Y otra cosa. Tampoco era tan eficaz, con aquella boca mellada, pegotes de tabaco en las comisuras y ojos de rata borracha.

—Bien —dije—. He estado observándolo, Saylor, Taylor, Naylor, o como rábanos lo llamen en este apestoso agujero, porque me trae completamente sin cuidado; y a menos que mi perspectiva sea completamente aberrante, no me parece usted un hombre que dé la talla, Saylor, Baylor, Taylor, Naylor o como rábanos se llame.

Una palabra soez, demasiado soez para repetirla, rezumó de su cara. Garabateó algo en el cuaderno que llevaba, con una finalidad que no comprendí del todo, pero adoptando claramente una actitud hipócrita con aquella treta urdida en lo más profundo de su alma vil; garabateaba como una rata, una rata inculta, y lo odié tanto que le habría arrancado un dedo de un bocado para escupírselo a la cara. ¡Qué pinta! Aquella rata que daba zarpacitos ratescos al papel con sus zarpitas ratescas como si fuera un trozo de queso, el muy roedor, el muy cerdo, rata de callejón, rata portuaria. Pero ¿por

qué no decía nada? Ja. Porque por fin había encontrado la horma de su zapato, porque se sentía desarmado ante sus superiores.

Señalé el montón de cajas de latas.

—Entiendo que ese material va rumbo a Alemania.

—¿Te estás quedando conmigo? —dijo sin dejar de garabatear.

No me inmutaron sus voluntariosos esfuerzos por ser sarcástico. Su agudeza no obtuvo de mí lo que se proponía. Antes bien, me sumí en serio silencio.

—Y dígame, Naylor, o Baylor, o como sea..., ¿qué opina usted de la moderna Alemania? ¿Está de acuerdo con la Weltanschauung de Hitler?

No hubo respuesta. Ni una palabra, sólo el garabateo. ¿Y por qué no? ¡Porque Weltanschauung era excesivo para él! Demasiado para cualquier rata. Lo dejaba confuso, pasmado. Era la primera y última vez en toda su vida que oiría aquella palabra. Se guardó el lápiz en el bolsillo y miró por encima de mi hombro. Tuvo que ponerse de puntillas, el alfeñique enano y ridículo.

—¡Manuel! —dijo—. ¡Tú, Manuel! Ven un momento.

Manuel llegó desconcertado y con miedo, ya que no era normal que Bajito se dirigiera a nadie por su nombre, a menos que fuera a despedirlo. Manuel andaba por los treinta años, tenía cara de hambre y unos pómulos saltones que parecían huevos. Trabajaba enfrente de mí, al otro lado del vertedor de latas. Yo lo miraba mucho porque tenía los dientes muy grandes. Eran blancos como la leche, pero demasiado grandes para aquella cara, y el labio superior no era lo bastante largo para cubrirlos. Me hacía pensar en dientes, en nada más.

—Manuel, enséñale a éste cómo se lleva un volquete.

Le interrumpí.

—No será necesario, Manuel. Pero en las circunstancias actuales es él quien da las órdenes aquí, y como suele decirse, una orden es una orden.

Pero Manuel estaba de parte de Bajito.

—Ven —dijo—. Yo te enseño.

Fui tras él mientras de la boca de Bajito brotaban más palabras soeces, audibles y comprensibles.

—Qué gracia me hace esto —dije—. Es divertido, de verdad. Me dan ganas de reír. El muy cobarde.

—Yo te enseño. Ven. Órdenes del jefe.

—El jefe es un tarado. Un demente precoz.

—¡No, no! Órdenes del jefe. Ven.

—Es gracioso a su macabra manera..., puro Krafft-Ebing.

—Órdenes del jefe. No puedo hacer nada.

Fuimos a la nave donde se guardaban y cogimos un volquete cada uno. Manuel salió al pasillo con el suyo. Hice lo mismo. Era muy fácil. Así que ahora se llamaban volquetes de mano. Cuando yo era pequeño se llamaban carretillas. Cualquiera que tuviera dos manos podía llevar un volquete de mano. El cogote de Manuel era como el pellejo de un gato negro afeitado con un cuchillo de carnicero oxidado. El estilo era tipo acantilado: un corte de pelo doméstico. En la culera del mono llevaba un remiendo de lona blanca. Estaba muy mal cosido, como si hubiera utilizado una horquilla del pelo y un cordel. Tenía los tacones totalmente gastados, a ras del húmedo suelo, y se había puesto suelas nuevas, de fibra mojada, sujetas con grandes clavos. Parecía tan pobre que me ponía enfermo. Conocía a muchos pobres, pero Manuel no tenía que ser *tan* pobre.

—Oye —dije—, ¿cuánto ganas, hombre de Dios?

Lo mismo que yo. Veinticinco centavos la hora.

Me miró directamente a los ojos, un hombre alto y enjuto que tenía que bajar la mirada, listo para desmoronarse, con profundos y honrados ojos negros, pero muy recelosos. Tenían aquel aire de apaleado, aquel aire melancólico que tenían en la mirada casi todos los peones mexicanos.

—¿A ti gusta trabajar en fábrica? —dijo.

—Me divierte. Tiene sus ratos.

—A mí gusta. Gusta mucho.

—¿Por qué no te compras otros zapatos?

—No puedo.

—¿Estás casado?

Asintió con la cabeza, inmediatamente y con energía, contento de estar casado.

—¿Tienes hijos?

También estaba contento de aquello. Tenía tres hijos, porque levantó tres dedos encorvados y sonrió.

—¿Y cómo diantres sobrevivís con veinticinco centavos la hora?

No lo sabía. Cielos, no lo sabía, pero salía adelante. Se puso la mano en la frente e hizo un gesto de desesperanza. Vivían, no era mucho, pero los días se sucedían y estaban vivos para verlo.

—¿Por qué no pides un aumento?

Negó enérgicamente con la cabeza.

—Quizás yo despedido.

—¿Sabes lo que eres? —dije.

No. No lo sabía.

—Eres un idiota. Un simple, impenitente y maldito idiota. ¡Mírate! Perteneces a la dinastía de los esclavos. Con la bota de la clase dominante en la entropierna. ¿Por qué no eres hombre y vas a la huelga?

—No huelga. No, no. Despedido.

—Eres un idiota. Un maldito idiota. ¡Mírate! Ni siquiera tienes unos zapatos decentes. ¡Y mírate el mono! Por Dios bendito, si hasta pareces hambriento. ¿Tienes hambre?

No dijo nada.

—¡Responde, idiota! ¿Tienes hambre?

—No hambre.

—Sucio embustero.

Bajó los ojos mientras se alejaba arrastrando los pies. Estaba observándose los zapatos. Luego miró los míos, que eran mejores que los suyos en todos los sentidos. Pareció alegrarse de que yo llevase unos zapatos mejores. Me miró a la cara y sonrió. Me puso furioso. ¿Qué sentido tenía estar contento por aquello? Quería darle un puñetazo.

—Muy buenos —dijo—. ¿Cuánto costaron?

—Cierra la boca.

Salimos de allí, él en cabeza. De repente me dio tal ataque que no pude morderme la lengua.

—¡Idiota! ¡Idiota librecambista! ¿Por qué no destrozas la fábrica y exiges tus derechos? ¡Exige zapatos! ¡Exige leche! ¡Mírate! ¡Pareces un bobo, un presidiario! ¿Dónde está la leche? ¿Por qué no la exiges a gritos?

Apretó con fuerza las varas de la carretilla. Su oscuro cuello vibró de rabia. Pensé que había ido demasiado lejos. Quizás tuviéramos pelea. Pero no era por aquello.

—¡No hables! —dijo—. ¡O nos despiden!

Pero el lugar era muy ruidoso, ruedas que chirriaban, golpes de cajas, Bajito Naylor a treinta metros de allí, en la puerta, comprobando cifras y sin poder oírnos. Al verme tan seguro, me dije que la cosa no había terminado aún.

—¿Y tu mujer y tus hijos? ¿Tus queridas criaturas? ¡Exige leche! ¡Imagínatelos muriendo de hambre mientras los niños de los ricos nadan en litros de leche! ¡Litros! ¿Y por qué ha de ser así? ¿No eres un hombre como los demás hombres? ¿O eres un idiota, un subnormal, una monstruosa burla a esa dignidad que es el antecedente primordial del hombre? ¿Me escuchas? ¿O prefieres taparte los oídos porque la verdad duele y eres demasiado débil y

cobarde para ser otra cosa que un ablativo absoluto, una dinastía de esclavos? ¡Dinastía de esclavos! ¡Dinastía de esclavos! ¡Quieres ser una dinastía de esclavos! ¡Te gusta el imperativo categórico! ¡No quieres leche, quieres hipocondría! ¡Eres una puta, una ramera, un macarra, una puta del capitalismo moderno! Me das tanto asco que voy a vomitar.

—Sí —dijo—. Tú vomitas muy bien. Tú no escritor. Tú sólo vomitas.

—Estoy escribiendo constantemente. Mi mente bulle en una transvalorada fantasmagoría de frases.

—¡Bah! Yo también vomito por ti.

—¡Que te zurzan! ¡Zopenco mastodóntico!

Empezó a amontonar cajas para cargarlas. Soltaba un gruñido con cada una, ya que estaban muy altas y costaba alcanzarlas. En principio me estaba enseñando. ¿No había dicho el jefe que me fijara? Pues yo me fijaba. ¿No era Bajito el jefe? Pues yo obedecía las órdenes recibidas. Sus ojos echaban chispas.

—¡Vamos! ¡Trabaja!

—No me dirijas la palabra, burgués proletario capitalista.

Las cajas pesaban veinticinco kilos cada una. Las agrupaba de diez en diez, una encima de otra. Luego metía la pala de la carretilla por debajo del montón y sujetaba la caja inferior con unos cepos que había en la base. Nunca había visto una carretilla así. Había visto carretillas, pero no carretillas con cepos.

—El Progreso vuelve a levantar su imparcial cabeza. La nueva técnica se hace valer incluso en el humilde volquete de mano.

—Calla y fíjate.

De un tirón levantó la carga del suelo y la equilibró sobre las ruedas, con las varas a la altura de los hombros. Aquello tenía truco. Supe que no podría hacerlo. Se alejó con la carga. Sin embargo, si podía hacerlo él, un mexicano, un hombre que indudablemente no había leído un libro en su vida, que ni siquiera había oído hablar de la transvaloración de los valores, entonces yo también. Él, un simple siervo, había transportado diez cajas.

¿Y tú, Arturo? ¿Vas a permitir que te gane? ¡No, mil veces no! Diez cajas. Muy bien. Pues yo cargaré doce. Fui por mi carretilla. Manuel volvía ya por otra carga.

—Demasiadas —dijo.

—Cállate.

Empujé la carretilla hacia el montón de cajas y abrí los cepos. Tenía que ocurrir. Demasiado difícil. Sabía que tenía que ocurrir. No tenía sentido tratar

de superarlo, lo sabía desde el principio, y aun así lo hice. Se oyó un crujido y un reventón. El montón de cajas cayó como si fuera una torre. Aterrizaron por todas partes. La caja de arriba se abrió al estrellarse. Las latas saltaron y sus estructuras ovales corrieron por el suelo como cachorros asustados.

—¡Demasiadas! —gritó Manuel—. Te lo digo antes. ¡Demasiadas, joder!

Me volví y grité:

—¿Cerrarás esa maldita boca india, pedazo de mexicano capitalista proletario burgués y lameculos?

Las cajas caídas estorbaban a los otros volqueteros. Las rodearon, apartando a puntapiés las latas que les impedían avanzar. Me arrodillé y las recogí. Era nauseabundo, yo, un hombre blanco, de rodillas, recogiendo latas de pescado y rodeado de inmigrantes de pie.

Bajito Naylor se enteró inmediatamente de lo ocurrido. Llegó corriendo.

—Creía que sabías manejar un volquete de mano.

Me puse en pie.

—No son volquetes de mano. Son volquetes con cepos.

—No discutas. Recoge todo este destrozo.

—Los accidentes existen, Naylor. No se construyó Roma en una hora. Hay un viejo proverbio en *Así habló Zaratustra*...

Agitó las manos.

—¡Por el amor de Dios, eso me trae sin cuidado! Prueba otra vez. Pero esta vez no cargues tantas. Prueba con cinco cajas hasta que le cojas el tranquillo.

Me encogí de hombros. En fin, ¿qué se podía hacer en aquel semillero de estupidez? Lo único que quedaba era ser valiente, tener fe en la decencia intrínseca del hombre y aferrarse a la realidad del progreso.

—Usted es el jefe —dije—. Yo soy escritor, ya lo sabe. Sin cualificación, yo...

—¡Que me trae sin cuidado! ¡Ya sé todo eso! Todo el mundo sabe que eres escritor, todo el mundo. Pero hazme un favor, ¿quieres? —casi suplicaba—. Prueba a cargar cinco cajas, ¿quieres? Sólo cinco. Ni seis ni siete. Cinco. ¿Harás eso por mí? Tómatelo con calma. No te desriñones. Sólo cinco a la vez.

Se alejó murmurando entre dientes obscenidades dirigidas a mí. ¡Así que era eso! Le hice burla con el dedo en la nariz. Lo despreciaba, individuo vil, cretino de vocabulario limitado, incapaz de expresar sus pensamientos aunque fueran sucios, salvo cuando recurría al lenguaje soez. Una rata. Era una rata.

Era una rata asquerosa y malhablada que no sabía nada de la Weltanschauung de Hitler.

¡Una mierda para él!

Reanudé la labor de recoger las latas caídas. Cuando acabé, decidí ir a por otro volquete. En un rincón vi uno distinto de los demás, con cuatro ruedas, una especie de vagoneta con una pala de hierro. Era muy ligero, con una superficie ancha y plana. Lo llevé donde estaban los chicos cargando sus volquetes. Causó sensación. Lo miraban como si no lo hubieran visto nunca, lanzando exclamaciones en español. Manuel se rascó la cabeza con fastidio.

—¿Qué haces?

Puse el volquete en posición.

—No te gustaría saberlo, so instrumento de la burguesía.

Y cargué. No cinco cajas. Ni diez. Ni tampoco doce. Mientras seguía cargando, me di cuenta de las posibilidades de aquel volquete. Cuando me detuve había cargado treinta y cuatro cajas.

¿Treinta y cuatro por veinticinco? ¿Cuánto era? Saqué el cuaderno y el lápiz y lo calculé. Ochocientos cincuenta kilos. Y ochocientos cincuenta por diez eran ocho mil quinientos. Ocho mil quinientos kilos eran ocho toneladas y media. Ocho toneladas y media por hora eran ochenta y cinco toneladas por día. Ochenta y cinco toneladas por día eran quinientas noventa y cinco toneladas por semana. Quinientas noventa y cinco toneladas por semana eran treinta mil novecientos cuarenta toneladas en un año. A este ritmo transportaría trescientas nueve mil cuatrocientas toneladas en diez años. ¡Imaginaos! Y los demás sólo cargaban doscientos cincuenta kilos por viaje.

—¡Paso!

Se hicieron a un lado y empecé a tirar. La carga se movió con lentitud. Tiraba retrocediendo de espaldas, de cara a la carga. Avanzaba despacio porque mis pies resbalaban en el suelo mojado. La carga estaba en medio de todo, obstaculizando el paso de los otros carretilleros, lo que causó una ligera confusión, aunque no mucha, tanto para salir como para entrar. Al final se interrumpió toda actividad. Todos los volquetes estaban atascados en medio de la nave, como en un embotellamiento de tráfico en el centro de la ciudad. Bajito Naylor llegó corriendo. Yo tiraba con fuerza, gruñendo y resbalando, perdiendo más terreno del que ganaba. Pero la culpa no era mía. Era del suelo, que estaba demasiado resbaladizo.

—¿Qué coño pasa aquí? —gritó Bajito.

Me relajé mientras me tomaba un respiro. Bajito se golpeó la frente con la mano y sacudió la cabeza.

—Pero ¿qué haces?
—Llevar cajas.
—¡Quítate de en medio! ¿No ves que has interrumpido la faena?
—¡Pero mire el tamaño de esta carga! ¡Ochocientos cincuenta kilos!
—¡Quítate de en medio!
—Es más del triple...
—¡He dicho que te quites de en medio!
El muy imbécil. Pero no podía impedirlo. Todo estaba en contra mía.

El resto de la tarde transporté las cajas de cinco en cinco en una carretilla de dos ruedas. Fue muy desagradable. El único blanco, el único americano, y sólo transportaba la mitad que los extranjeros. Tenía que hacer algo al respecto. Los muchachos no decían nada, pero todos sonreían cuando se cruzaban con mi mísera carga de cinco cajas.

Al final encontré una solución. Orquiza, un trabajador, bajó una caja que estaba en lo alto del montón, aflojando la presión de toda la pared de cajas. Con un grito de alarma corrí hacia la pared y la empujé con la espalda. No era necesario, pero me apreté contra las cajas, con la cara amoratada, como si la pared estuviera a punto de desmoronarse sobre mí. Los muchachos deshicieron la pared inmediatamente. Me apreté el hombro, gimiendo y rechinando los dientes. Me alejé tambaleándome, incapaz de andar.

—¿Estás bien? —preguntaron.

—No es nada —dije sonriendo—. No os preocupéis, compañeros. Creo que me he dislocado el hombro, pero no pasa nada. No debéis preocuparos en absoluto.

Con el hombro dislocado ya no había razón para que sonrieran ante mis cinco cajas.

Aquella tarde trabajamos hasta las siete. La niebla nos envolvía. Me quedé cinco minutos más, para hacer tiempo. Quería ver a Bajito Naylor a solas. Quería tratar con él un par de asuntos. Cuando se hubieron ido los otros y la fábrica quedó vacía, una extraña y agradable soledad se cernió sobre ella. Fui al despacho de Bajito Naylor. La puerta estaba abierta. Se estaba lavando las manos con ese corrosivo jabón en polvo que es mitad lejía. Podía olerlo. Parecía formar parte de la extraña y vasta soledad de la fábrica, era suyo, como las vigas del techo. Durante unos instantes me pareció triste y frágil, un hombre con muchos problemas, una persona como yo, como cualquier otra. A aquella hora tardía, abandonado a la vasta soledad del edificio, pensé que

después de todo era un buen hombre. Pero yo estaba decidido. Llamé a la puerta. Se volvió.

—Qué hay. ¿Te pasa algo?

—Nada en absoluto —dije—. Sólo quería saber su opinión sobre un asunto.

—Bueno, suéltalo ya. ¿Qué es?

—Un asuntillo que ya he tratado de resolver con usted esta tarde.

Se estaba secando las manos con una toalla negra.

—No recuerdo. ¿Qué era?

—Ha sido usted muy impolítico entonces —dije—. Quizás no le apetezca sacarlo a relucir.

—Bueno —dijo con una sonrisa—, ya sabes lo que pasa cuando un hombre está ocupado. Claro que podemos hablar del asunto. ¿Cuál es el problema?

—La Weltanschauung de Hitler. Qué opina usted de la Weltanschauung de Hitler.

—¿Y eso qué es?

—La Weltanschauung de Hitler.

—¿La qué de Hitler? ¿Weltan... qué?

—Weltanschauung de Hitler.

—¿Y eso qué es? ¿Qué es Weltanschauung? Me has pillado, chico. Ni siquiera sé qué significa.

Silbé y retrocedí.

—¡Dios mío! —dije—. ¡No me diga que ni siquiera sabe lo que significa!

Negó con la cabeza y sonrió. Para él no era muy importante; no tanto como secarse las manos, por ejemplo. No estaba en absoluto avergonzado de su ignorancia..., ni asombrado lo más mínimo. En realidad parecía más bien satisfecho. Chasqué la lengua y salí retrocediendo por la puerta, sonriendo con desesperanza. Aquello casi era demasiado para mí. ¿Qué podía hacer yo con un cebollino semejante?

—Bueno, si no lo conoce, bueno, creo que no lo conoce, y creo que no tiene sentido ponerse a hablar del tema, si no lo conoce, y, bueno, parece que no lo conoce, así que, bueno, adiós, si no lo conoce. Buenas noches. Hasta mañana.

Estaba tan sorprendido que se olvidó de seguir secándose las manos. De súbito gritó.

—¡Eh! ¿De qué va todo esto?

Pero yo ya estaba lejos, recorriendo a buen paso la oscuridad del vasto almacén, y sólo alcanzaba a oír el eco de su voz. Atravesé la húmeda nave donde los barcos pesqueros descargaban la caballa. Pero aquella tarde no había caballa, la temporada había terminado, y en su lugar había atunes, los primeros atunes auténticos que había visto en tanta cantidad, el suelo estaba cubierto, miles de atunes desparramados sobre una capa de hielo sucio, con la blanca y cadavérica panza brillando en la semioscuridad.

Algunos todavía estaban vivos. Se podía oír el esporádico golpeteo de las colas. Delante de mí se movió uno que estaba más vivo que muerto. Lo saqué del hielo. Estaba medio congelado y aún coleaba. Lo transporté lo mejor que pude, arrastrándolo a veces, hasta que lo puse sobre la mesa de vaciado, en la que las mujeres lo destriparían y trocearían al día siguiente. Era enorme, pesaba casi cincuenta kilos, un monstruo de otro mundo, con mucha fuerza todavía y un reguero de sangre saliéndole del ojo, por donde lo habían enganchado. Fuerte como un hombre, me odió y trató de huir de la mesa de vaciado. Cogí un cuchillo y lo puse bajo sus blancas y palpitantes agallas.

—¡Monstruo! —dije—. ¡Monstruo negro! ¡Deletrea Weltanschauung! ¡Vamos..., deletréalo!

Pero era un pez de otro mundo; no podía deletrear nada. Lo único que podía hacer era luchar por seguir viviendo, y ya estaba demasiado cansado para eso. Pero aun así estuvo a punto de escaparse. Lo golpeé con el puño. Luego le puse el cuchillo bajo las agallas, gozando con sus impotentes jadeos, y le corté la cabeza.

—¡Cuando digo que deletrees Weltanschauung lo digo en serio!

Volví a ponerlo entre sus compañeros, encima del hielo.

—La desobediencia es la muerte.

No hubo más respuesta que la débil agitación de una cola en alguna parte de la oscuridad. Me limpié las manos en un saco y me fui a casa andando.

Veinticuatro horas después de destruir a las mujeres deseaba no haberlas destruido. Cuando estaba ocupado y cansado no pensaba en ellas, pero el domingo era día de descanso, las habría mirado para matar el tiempo, y Helen, Marie, Ruby y la Niña me susurraban frenéticamente, preguntándome por qué me había dado tanta prisa en destruirlas, preguntándome si no lo lamentaba ya. Y lo lamentaba.

Ahora tenía que conformarme con los recuerdos. Pero los recuerdos tenían poca fuerza. Se me escapaban. No eran como la realidad. No podía cogerlos y mirarlos como hacía con las fotos. Ahora no hacía más que desear no haberlas destruido, y por haberlo hecho me acusaba de cristiano sucio y hediondo. Pensé en empezar otra colección, pero no era tan fácil. Había tardado mucho tiempo en reunir a las otras. No se encontraban a voluntad mujeres a la altura de la Niña, y probablemente no volvería a haber en mi vida otra mujer como Marie. Eran ejemplares irrepetibles. Había otra cosa que me impedía empezar otra colección. Estaba demasiado cansado. Me sentaba con un libro de Spengler o de Schopenhauer y, mientras leía, no dejaba de llamarme impostor y cretino, porque lo que realmente quería era a aquellas mujeres que ya no existían.

El ropero ya no era el mismo, estaba lleno de vestidos de Mona y del nauseabundo olor a desinfectante. Algunas noches creía que no podría resistirlo. Me paseaba por la sala, pateando la alfombra gris, pensando en lo feas que eran las alfombras grises y mordiéndome las uñas. Era incapaz de leer nada. No tenía ganas de leer libros de grandes hombres, y me preguntaba si después de todo serían tan grandes. ¿Eran tan grandes como Hazel o Marie, o como la Niña? ¿Podía Nietzsche compararse con el cabello dorado de Jean? Algunas noches estaba completamente convencido de que no. ¿Era Spengler tan grande como las uñas de Hazel? Unas veces sí, otras no. Hay un momento y un lugar para todo, pero yo personalmente prefería la belleza de las uñas de Hazel a diez millones de volúmenes de Oswald Spengler.

Quería recuperar la intimidad de mi estudio. Me quedaba mirando la puerta del ropero, diciéndome que era una lápida que nunca más podría abrir. ¡Los vestidos de Mona! Me ponía enfermo. Y sin embargo no podía decir a mi madre o a Mona que por favor se llevaran los vestidos a otra parte. No

podía acercarme a mi madre y decirle: «Por favor, llévate esos vestidos.» No tendría palabras. Era odioso. Me estaba volviendo un conformista, un cobarde moral.

Cierta noche que mi madre y Mona estaban ausentes decidí hacer una visita a mi estudio para recordar los viejos tiempos. Un pequeño viaje sentimental al país del ayer. Cerré la puerta y me quedé en la oscuridad, y pensé en las muchas veces que aquel cuartito había sido sólo mío, sin zonas invadidas por mi hermana. Pero ya nunca volvería a ser el mismo.

Alargué el brazo en la oscuridad y palpé los vestidos que colgaban de las perchas. Eran como mortajas de fantasma, como hábitos de millones y millones de monjas fallecidas desde el comienzo del mundo. Parecían desafiarme: parecían estar allí sólo para fastidiarme y destruir la pacífica fantasía de mujeres que nunca habían existido. Me venció el resentimiento, incluso recordar las anteriores ocasiones me resultaba doloroso. A aquellas alturas casi había olvidado ya los detalles.

Hundí el puño en un vestido para no gritar. El ropero tenía ahora un inconfundible olor a rosarios e incienso, a lirios blancos de velatorio, a las alfombras de las iglesias de mi infancia, a cera y a ventanas altas y oscuras, a ancianas de negro arrodilladas en misa.

Era la oscuridad del confesionario, un crío de doce años llamado Arturo Bandini arrodillado ante el sacerdote y diciéndole que había hecho algo espantoso, y el sacerdote diciéndole que nada era tan espantoso como para no contarle en el confesionario, y el crío diciendo que no estaba seguro de que fuera pecado aquello que había hecho, pero que no obstante estaba convencido de que nadie había hecho nunca nada parecido, porque, padre, es ciertamente extraño, o sea que no sé cómo contárselo; y el sacerdote finalmente sonsacándose, sonsacándole aquel primer pecado de amor, y advirtiéndole que nunca más volviera a hacerlo.

Quería lanzarme de cabeza contra la pared del ropero, hacerme mucho daño y perder el sentido. ¿Por qué no tiraba aquella ropa? ¿Por qué aquellos vestidos tenían que recordarme a la hermana Mary Justin, a la hermana Mary Leo, a la hermana Mary Corita? Supongo que era el precio que tenía que pagar por aquel apartamento; supongo que habría podido tirarlos. Y no podía entender por qué. Algo me lo impedía.

Me sentía más débil que nunca, porque con fuerzas no habría dudado un momento; habría hecho un fardo con los vestidos, los habría tirado por la ventana y les habría escupido encima. Pero el deseo se había esfumado. Era

una insensatez enfadarse y ponerse a tirar vestidos. El deseo estaba muerto y se alejaba por el horizonte.

Allí estaba cuando me di cuenta de que tenía el pulgar en la boca. Era increíble que estuviera en aquella posición. Figúrate. ¡Yo, con dieciocho años, y todavía chupándome el dedo! Entonces me dije: si eres tan valiente e intrépido, ¿por qué no te lo *muerdes*? ¡Te desafío a que te lo muerdas! Cobarde si no lo haces. Y me dije: ah, ¿conque ésas tenemos? Pues tampoco soy un cobarde. ¡Y lo demostraré!

Me mordí el pulgar hasta que noté sabor a sangre. Sentí contra la flexible piel los dientes, que se negaban a traspasarla, y giré lentamente el dedo hasta que los dientes la cortaron. El dolor titiló, me llegó a los nudillos, me subió por el brazo y luego a los hombros y los ojos.

Cogí el primer vestido que tenía delante y lo rompí en pedazos. ¡Mira lo fuerte que eres! ¡Rómpelo en pedazos! ¡Desgárralo hasta que no quede nada! Y lo desgarré con las manos y los dientes, gruñendo como un perro rabioso, cayendo al suelo, poniéndome el vestido cruzado en las rodillas y dándole tirones furiosos, manchándolo con la sangre del dedo, insultándolo y riéndome de él conforme cedía ante mi fuerza y se rasgaba.

Entonces me eché a llorar. El dolor del pulgar no me afectaba. Era la soledad lo que realmente dolía. Quería rezar. No había murmurado una oración desde hacía dos años..., desde el día en que dejé el instituto y empecé a empaparme de lecturas. Pero ahora quería volver a rezar, estaba seguro de que me ayudaría, de que haría que me sintiera mejor, porque cuando era pequeño rezar me producía esa sensación.

Me puse de rodillas, cerré los ojos y traté de recordar las palabras piadosas. Las palabras piadosas no eran como las demás palabras. No me había dado cuenta hasta aquel preciso momento. Entonces comprendí la diferencia.

Pero no había palabras. Tenía que rezar, que decir algo; había una oración dentro de mí, como un huevo. Pero no había palabras.

¡Desde luego que no se trataba de las oraciones de antaño!

No el padrenuestro, lo de Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino... ya no creía en aquello. No existía ningún lugar llamado cielo; puede que hubiera un infierno, era muy posible, pero no había ningún cielo.

Ni el acto de contrición, lo de Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, me pesa de todo corazón haberos ofendido y me propongo firmemente nunca más pecar, porque lo único que me pesaba de todo corazón

era la pérdida de mis mujeres, y eso era algo a lo que Dios se oponía categóricamente. ¿O no? Seguro que tenía que estar en contra. Si yo fuera Dios, desde luego que estaría en contra. Dios no podía estar a favor de mis mujeres. No. Por consiguiente estaba en contra.

Pero tenía a Nietzsche. A Friedrich Nietzsche.

Probé con él.

Recé:

—¡Oh, querido y amado Friedrich!

No colaba. Sonaba a cosa de homosexuales.

Lo intenté de nuevo.

—¡Oh, estimado señor Nietzsche!

Peor. Porque me puse a pensar en las fotos de Nietzsche que aparecían en las portadillas de sus libros. Parecía un buscador de oro de la vieja California, con aquel bigote revuelto, y yo detestaba a los buscadores de oro de la vieja California.

Además, Nietzsche estaba muerto. Hacía años que había muerto. Era un escritor inmortal y sus palabras ardían en las páginas de sus libros, y había influido mucho en el espíritu moderno, pero a pesar de todo estaba muerto y yo lo sabía.

Entonces probé con Spengler.

Dije:

—Apreciado Spengler.

Espantoso.

Dije:

—Qué tal, Spengler.

Espantoso.

Dije:

—¡Escucha, Spengler!

Peor.

Dije:

—Bueno, Oswald, como iba diciendo...

Puf. Peor todavía.

Y tenía a mis mujeres. También estaban muertas; quizás encontrara algo en ellas. Lo intenté con todas, pero fue un desastre, porque en cuanto pensaba en ellas, la sangre me hervía de pasión. ¿Cómo podía un hombre rezar y estar caliente? Era escandaloso.

Después de pensar en tanta gente sin resultado, harto ya de todo el asunto y a punto de olvidarme de él, tuve una idea, y la idea era que no tenía que

rezar a Dios ni a ningún otro, sino a mí mismo.

—Arturo, compañero. Mi amado Arturo. Parece que sufres mucho y muy injustamente. Pero eres valiente, Arturo. Me recuerdas a un guerrero poderoso, con las cicatrices de un millón de conquistas. ¡Qué valor el tuyo! ¡Qué nobleza! ¡Qué belleza! ¡Oh, Arturo, en verdad eres hermoso! Cuánto te quiero, Arturo mío, mi grande y poderoso dios. Gime pues, Arturo. Que tus lágrimas corran, pues la tuya es una vida de lucha, una encarnizada batalla hasta el final, y nadie lo sabe excepto tú, nadie sino tú, un bello guerrero que lucha solo, inquebrantable, un gran héroe de los que el mundo no ha oído hablar nunca.

Me senté en los talones y lloré hasta que me dolieron los costados. Abrí la boca, gemí, y ¡oh!, qué agradable era, qué dulce llorar, tanto que pronto estuve riendo de placer, riendo y llorando, las lágrimas corriéndome por las mejillas, humedeciéndome las manos. Habría estado así durante horas.

Los pasos que sonaron en la sala me interrumpieron. Los pasos eran de Mona. Me puse en pie y me enjuagué los ojos, aunque sabía que estarían enrojecidos. Tras guardarme el vestido roto bajo la camisa, salí del ropero. Tosí un poco, para aclararme la garganta, para dar a entender que estaba en paz con todo.

Mona pensaba que no había nadie en casa. Las luces estaban apagadas y supuso que estaba vacía. Me miró sorprendida, como si no me hubiera visto nunca. Di unos pasos, de aquí para allá, tosiendo y tarareando una canción, pero seguía mirándome, sin decir nada y sin quitarme los ojos de encima.

—Bueno —dije—. So crítica de la vida..., di algo.

Ahora me miraba la mano.

—El dedo. Está...

—El dedo es mío —dije—. Monja borracha de Dios.

Eché el pestillo del cuarto de baño y tiré el vestido roto por el ventanuco de ventilación. Luego me vendé el dedo. Me puse delante del espejo y me miré. Amaba mi cara. Me dije que era una persona muy atractiva. Tenía una hermosa nariz recta y una boca maravillosa, con unos labios más rojos que los de una mujer, con toda la pintura y demás potingues. Los ojos eran grandes y claros, la mandíbula prominente, una mandíbula fuerte, una mandíbula que denotaba carácter y autodisciplina. Sí, era una cara estupenda. Un hombre con criterio habría encontrado muchas cosas interesantes en ella.

Vi el anillo de boda de mi madre en el botiquín, donde solía dejarlo para lavarse las manos. Lo sostuve en la palma y lo miré con asombro. ¡Y pensar que aquel anillo, aquel sencillito trozo de metal, había refrendado el vínculo

connubial que había acabado produciéndome! Era increíble. Qué poco sabía mi padre, cuando compró aquel anillo, que simbolizaría la unión del hombre y la mujer de los que saldría uno de los hombres más grandes del mundo. ¡Qué extraño era estar en aquel cuarto de baño y darse cuenta de aquellas cosas! Qué poca conciencia de su importancia en aquel trozo de ridículo metal. Y no obstante, algún día llegaría a ser un objeto de coleccionista de valor incalculable. Ya veía el museo, los visitantes agrupados alrededor de las reliquias de Bandini, los gritos del subastador, y finalmente a un Morgan o un Rockefeller del futuro pujando hasta doce millones de dólares por el anillo, sólo porque lo había llevado la madre de Arturo Bandini, el mayor escritor que había conocido el mundo.

Pasó media hora. Yo leía en el sofá. El dedo vendado se me veía claramente. Pero Mona no volvió a mencionarlo. Estaba al otro lado de la sala, leyendo también, y comiéndose una manzana. Se abrió la puerta. Era mi madre, que volvía de casa del tío Frank. Lo primero que vio fue el dedo vendado.

—Dios mío —dijo—. ¿Qué ha pasado?

—¿Cuánto dinero has conseguido? —dije.

—¡El dedo! ¿Qué te ha pasado?

—¿Cuánto dinero has conseguido?

Se puso a manosear el raído bolso sin dejar de mirarme el dedo vendado. Estaba demasiado nerviosa, demasiado asustada para abrir el bolso. Cayó al suelo. Lo recogió, le crujieron las rodillas, tanteó en todos los sentidos buscando el cierre del bolso. Mona se levantó y se lo quitó de las manos. Completamente agotada, y pese a todo preocupada por mi dedo, mi madre se dejó caer en una silla. El corazón tenía que irle como una locomotora. Cuando recuperó el aliento, volvió a preguntar por el dedo vendado. Pero yo estaba leyendo. No le respondí.

Repitió la pregunta.

—Me he lastimado.

—¿Cómo?

—¿Cuánto dinero has conseguido?

Mona lo contó, sujetando la manzana con los dientes.

—Tres dólares y algo de calderilla —murmuró.

—¿Cuánta calderilla? —dije—. Especifica, por favor. Me gustan las respuestas exactas.

—¡Arturo! —dijo mi madre—. ¿Qué ha sido? ¿Cómo te has lastimado?

—Quince centavos —respondió Mona.

—¡El dedo! —dijo mi madre.

—Dame los quince centavos —dije.

—Ven y cógelos —dijo Mona.

—¡Pero Arturo! —dijo mi madre.

—¡Dámelos! —dije.

—No estás lisiado —dijo Mona.

—¡Sí que está lisiado! —dijo mi madre—. ¡Mírale el dedo!

—¡El dedo es *mío*! ¡Y dame los quince centavos..., ya!

—Si los quieres, ven a por ellos.

Mi madre se levantó de un salto y se sentó junto a mí. Se puso a apartarme el pelo de los ojos. Tenía los dedos calientes y se había echado tantos polvos de talco que olía a bebé, a bebé anciano. Me levanté inmediatamente. Alargó el brazo hacia mí.

—¡Pobre dedo! Déjame verlo.

Fui donde estaba Mona.

—Dame los quince centavos.

No quería. Estaban encima de la mesa, pero se negaba a dármelos en la mano.

—Ahí están. Cógelos si quieres.

—Quiero que me los des tú.

Dio un bufido de asco.

—¡Eres un cretino! —dijo.

Me guardé las monedas en el bolsillo.

—Lo lamentarás —dije—. Como hay Dios que te arrepentirás de esta insolencia.

—Muy bien —dijo.

—Ya me estoy cansando de ser la acémila de un par de parásitas. Os aseguro que estoy a punto de llegar al apogeo de mi fortaleza. Me propongo abandonar este cautiverio en cualquier momento.

—Bu, bu, bu —dijo Mona con desdén—. ¿Por qué no lo abandonas ahora..., esta misma noche? Todo el mundo se alegraría.

Mi madre siguió con lo suyo. Absorta, meciéndose, no consiguió enterarse de lo que le había sucedido al dedo. Toda la noche oí su voz como una música de fondo.

—Siete semanas en la fábrica. Ya estoy hartito.

—¿Cómo te has lastimado? —dijo mi madre—. A lo mejor se te ha infectado la sangre.

¡A lo mejor! Por un momento pensé que era posible. Trabajando en las condiciones antihigiénicas de la fábrica, cualquier cosa era posible. Así que quizás estuviera infectado. Yo, un pobre muchacho que trabajaba en aquel agujero hediondo, y aquélla era mi recompensa: ¡sangre infectada! Yo, un pobre muchacho que trabajaba para mantener a dos mujeres porque tenía que hacerlo. Yo, un pobre muchacho que nunca se quejaba; y ahora iba a morir a causa de una infección producida por las condiciones del lugar donde ganaba el pan que ellas se comían. Quería romper a llorar. Di media vuelta y grité:

—¿Que cómo me he lastimado? ¡Yo te diré cómo me he lastimado! Vas a conocer la verdad. Ahora puede contarse. Vas a saber la diabólica verdad del asunto. ¡Me he lastimado con una máquina! ¡Me he lastimado por trabajar como un animal en esa carnática plantación de yute! Me he lastimado porque las fúngicas bocas de dos parásitas dependen de mí. Me he lastimado por culpa de las arbitrariedades de la inteligencia natural. Me he lastimado en razón de un martirio incipiente. ¡Me he lastimado porque mi destino no me niega ningún dogmatismo! ¡Me he lastimado porque el metabolismo de mis jornadas no me niega ningún recrudescimiento! ¡Me he lastimado porque mis intenciones son de una nobleza brobdingnagiana!

Mi madre estaba avergonzada, sin entender nada de lo que le decía, pero intuyendo lo que trataba de decirle, los ojos gachos, haciendo pucheros con la boca, mirándose con inocencia las manos. Mona había reanudado la lectura, masticando la manzana y sin prestarme atención. Me volví hacia ella.

—¡Intenciones nobles! —grité—. ¡Intenciones nobles! ¿Me has oído, monja? ¡Intenciones nobles! Pero ya estoy cansado de tanta nobleza. Me sublevo. Veo un nuevo día para América, para mí y para los compañeros de la plantación de yute. Veo una tierra de leche y miel. La visualizo y digo: ¡Salve, nueva América! Salve. ¡Salve! ¿Me oyes, monja? ¡Digo salve! ¡Salve! ¡Salve!

—Bu, bu, bu —dijo Mona.

—¡No te burles..., monstruo irrisorio!

Hizo un ruido de desprecio con la garganta, levantó el libro y me dio la espalda. Entonces, por primera vez, me fijé en el libro que leía. Era un libro de cubierta roja y brillante, recién sacado de la biblioteca.

—¿Qué estás leyendo?

No hubo respuesta.

—Yo alimento tu cuerpo. Supongo que tengo derecho a saber quién alimenta tu cerebro.

No hubo respuesta.

—Conque no quieres hablar, ¿eh?

Me lancé sobre ella y le quité el libro de las manos. Era una novela de Kathleen Norris. Me quedé boquiabierto y ahogué una exclamación mientras se ponía de manifiesto lo escandaloso de la situación. ¡De modo que así estaban las cosas en mi propia casa! Mientras yo sudaba sangre y me dejaba la piel en la fábrica para nutrir su cuerpo, su cerebro se nutría con aquello, ¡con aquello! Con Kathleen Norris. ¡Así era la moderna América! ¡Así se explicaba la decadencia de Occidente! Así se explicaba la angustia del mundo

moderno. ¡Conque ésas teníamos! ¡Yo, un pobre chico que se rompía las manos trabajando, que ponía todo su empeño en darles una vida familiar decente, y así se lo pagaban, así, así! Me tambaleé, medí la distancia que había hasta la pared, me arrastré medio muerto, me dejé caer de espaldas contra la pared y me desplomé jadeando.

—Dios mío —gemí—. Dios mío.

—¿Qué pasa? —dijo mi madre.

—¡Pasar! ¡Pasar! Te diré lo que pasa. ¡Fíjate en lo que lee! ¡Oh, Dios todopoderoso! ¡Señor, ten piedad de su alma! Y pensar que me mato trabajando, yo, un pobre chico que se deja la piel en la fábrica, y ella se dedica a leer este nauseabundo vómito porcino. ¡Oh, Señor, dame fuerzas! ¡Dame más fortaleza! ¡No permitas que la estrangule!

Hice trizas el libro. Los trozos cayeron en la alfombra. Los machaqué con los tacones. Escupí, babeé sobre ellos, me aclaré la garganta y descargué la tos encima. Luego los recogí, los llevé a la cocina y los eché al cubo de la basura.

—Bueno —dije—. Vuelve a intentarlo.

—Es de la biblioteca —dijo Mona sonriendo—. Tendrás que pagarlo.

—Antes me pudro en la cárcel.

—¡Vamos, vamos! —dijo mi madre—. ¿A qué viene esto?

—¿Dónde están los quince centavos?

—Deja que te mire el dedo.

—He dicho que dónde están los quince centavos.

—En tu bolsillo —dijo Mona—. Subnormal.

Y me fui.

Crucé el patio de la escuela, camino de Jim's Place. En el bolsillo me tintineaban los quince centavos. El patio estaba cubierto de grava y mis pies producían crujidos. He ahí una buena idea, pensé, patios de grava en todas las prisiones, una buena idea; algo que merece la pena recordar; si yo estuviera prisionero de mi madre y de mi hermana, qué fútil sería querer huir con este ruido; una buena idea, un tema sobre el que reflexionar.

Jim estaba al fondo del establecimiento, leyendo un boleto de carreras. Acababa de poner otro estante para licores. Me detuve a mirar las botellas. Algunas eran bonitas y conseguían que su contenido pareciera más apetecible.

Jim dejó a un lado el boleto de carreras y se acercó. Siempre impersonal, esperaba a que el otro hablara primero. Se estaba comiendo una barra de caramelo. Era de lo más insólito. La primera vez que lo veía con algo en la boca. Tampoco me gustaba su expresión. Golpeé con el dedo la vitrina de los licores.

—Quiero una botella de alcohol.

—Hola —dijo—. ¿Qué tal el trabajo en la fábrica?

—Muy bien, supongo. Pero esta noche creo que me voy a emborrachar. No quiero hablar de la industria pesquera.

Vi un botellín de whisky, un frasco de ciento cincuenta mililitros cuyo contenido parecía oro líquido. Quería diez centavos por el botellín. Parecía bastante razonable. Le pregunté si era un buen whisky. Dijo que era un buen whisky.

—El mejor —dijo.

—Adjudicado. Creeré en tu palabra y lo compraré sin más comentarios.

Le di los quince centavos.

—No —dijo—, sólo diez.

—Quédate el cambio. Es una propina, un gesto de compañerismo y buena voluntad personal.

Esbozó una sonrisa, pero no la cogió. Yo seguí alargándosela, pero me enseñó la palma de la mano y negó con la cabeza. No alcanzaba a comprender por qué rechazaba siempre mis propinas. Y no es que no se las diera a menudo; al contrario, se las daba siempre; en realidad, era la única persona a la que había dado propina en mi vida.

—No empecemos con lo mismo —dije—. Te digo que siempre deajo propina. Es una especie de principio personal. Soy como Hemingway. Me sale automáticamente.

Con un gruñido, cogió la moneda y se la guardó en los vaqueros.

—Jim, eres un hombre extraño; un personaje quijotesco investido de excelentes cualidades. Estás por encima de lo mejor que puede dar la masa. Me caes bien porque tu mente tiene horizontes.

Se puso nervioso. Prefería hablar de otras cosas. Se apartó el pelo de la frente y se pasó la mano por la nuca, apretándosela mientras se esforzaba por decir algo. Desenrosqué el tapón del frasco y brindé:

—*Saluti!* —Y tomé un trago. No sabía por qué había elegido aquel licor. Era la primera vez en mi vida que invertía dinero en algo parecido. Detestaba el sabor del whisky. Me sorprendió tenerlo en la boca, pero allí estaba, y antes de que me diera cuenta surtió efecto, como arena entre los dientes, bajando ya por la garganta, manoteando y dando zarpazos como un gato furioso. Sabía a rayos, a pelo quemado. Lo sentí bajar, hacerme cosas extrañas en el estómago. Me relamí.

—¡Maravilloso! Tenías razón. ¡Es maravilloso!

Lo tenía en la boca del estómago, dando vueltas y más vueltas, buscando un lugar donde asentarse, y me froté con fuerza, para que el ardor externo se igualara con el interno.

—¡Fabuloso! ¡Soberbio! ¡Extraordinario!

Entró una mujer. La observé por el rabillo del ojo mientras se dirigía al mostrador del tabaco. Luego me volví y la miré de frente. Tenía unos treinta años, quizás más. La edad me traía sin cuidado: estaba allí y eso era lo importante. No había nada llamativo en ella. Tenía un aspecto muy vulgar, pero yo percibía a la mujer. Su presencia cruzó de un salto el local y me arrebató el aliento. Fue como un diluvio de electricidad. Mi carne tembló de emoción. Sentía la falta de aire y el fluir de la sangre roja. Vestía un viejo abrigo morado, descolorido, con cuello de piel. No se había fijado en mí. No parecía consciente de sí misma. Miró hacia donde yo estaba, se volvió y se puso de cara al mostrador. Durante un segundo vi su blanca faz. Desapareció tras el cuello de piel y nunca más volví a verla.

Pero me bastaba con una mirada. Nunca olvidaría aquella faz. Era de un blanco enfermizo, como las fotos que hace la policía a los delincuentes. Sus ojos eran desamparados, grises, grandes, fascinantes. Su pelo no era de ningún color concreto. Castaño y negro, claro y oscuro: no me acuerdo. Pidió un paquete de tabaco golpeando el mostrador con una moneda. No habló. Jim

le dio el paquete. Ni siquiera se había percatado de su presencia. Para él sólo era un cliente más.

Yo seguía mirándola. Sabía que no debía mirarla tanto. Pero no me importaba. Sabía que si me miraba a la cara no tendría nada que objetar. La piel era ardilla de imitación. El abrigo era viejo y tenía deshilachados los dobladillos, que le llegaban hasta las rodillas. Le quedaba estrecho y la estrechez la elevaba hacia mí. Las medias eran de color cañón de pistola, con carreras. Los zapatos eran azules, con los tacones torcidos y las suelas gastadas. Sonreí y la miré con fijeza y confianza, porque no le tenía miedo. Una mujer como la señorita Hopkins me ponía nervioso y me hacía sentirme ridículo, pero no las mujeres de las fotos, por ejemplo, ni una mujer como aquélla. Era muy fácil sonreír, insolentemente fácil; tanto más divertido sentirse obsceno. Quería decirle algo sucio, algo sugerente, como ¡uf!, ofrezcas lo que ofrezcas, te lo acepto, mala puta. Pero no me vio. Sin volverse en ningún momento, pagó el tabaco, salió del establecimiento y dobló por Avalon Boulevard en dirección al mar.

Jim registró la venta en la caja y volvió donde yo estaba. Fue a decir algo. Me marché sin despedirme. Salí sin más del establecimiento y eché a andar por la calle, en pos de la mujer. Estaba a unos quince pasos de mí y se dirigía al puerto con alguna prisa. Yo en realidad no me daba cuenta de que la estuviera siguiendo. Cuando me percaté, me detuve y chasqué los dedos. ¡Ah! ¡Así que ahora eres un pervertido! ¡Un pervertido sexual! Vaya, vaya, vaya, Bandini, quién iba a pensar que llegarías a esto; ¡estoy atónito! Vacilé, mordiéndome la uña del pulgar y escupiendo los pedazos. Pero no quería pensar en aquello. Prefería pensar en ella.

Le faltaba gracia. Su paso era perseverante, de animal; andaba con arrogancia, como diciendo ¡atrévete a detenerme! Además, avanzaba zigzagueando; iba de un lado a otro, unas veces hasta el bordillo de la acera, otras casi estrellándose contra los escaparates de los edificios. Pero no me importaba la forma de andar de aquella figura que se agitaba y encogía bajo el viejo abrigo morado. Andaba con pesadez, a zancadas. Mantuve la distancia inicial que ella misma había puesto entre ambos.

Estaba frenético; contento hasta el delirio y la inverosimilitud. Percibía el olor del mar, la limpia dulzura salada del aire, la fría y práctica indiferencia de las estrellas, la intimidad repentina y riente de las calles, la descarada riqueza de luz en la oscuridad, la brillante languidez del cuarto creciente. Lo amaba todo. Tenía ganas de gritar, de hacer ruidos raros, ruidos nuevos con la

garganta. Era como pasear desnudo por un valle poblado de hermosas muchachas.

Había recorrido media manzana cuando de súbito me acordé de Jim. Miré atrás, por si había salido a la puerta para averiguar por qué me había ido corriendo. Era un sentimiento horrible, de culpa. Pero no estaba allí. La puerta del endomingado y pequeño establecimiento estaba vacía. No se veía el menor rastro de vida en todo Avalon Boulevard. Miré las estrellas. Parecían tan azules, tan frías, tan insolentes y lejanas, tan profundamente desdeñosas y engreídas... Las brillantes farolas ponían una luz crepuscular en la avenida.

Crucé la primera bocacalle en el momento en que ella pasaba por delante del cine de la otra manzana. Estaba ganando distancia, pero se lo permití. No escaparás, oh, hermosa señora, te voy pisando los talones y no tendrás oportunidad de esquivarme. Pero ¿adónde vas, Arturo? ¿Te das cuenta de que estás siguiendo a una desconocida? Nunca habías hecho nada parecido. ¿Qué es lo que te mueve? Empezaba ya a asustarme. Pensé en los coches patrulla. Pero ella me arrastraba. Ah, de eso se trataba, yo era su prisionero. Me sentía culpable, pero también pensaba que no estaba haciendo nada malo. A fin de cuentas, he salido a estirar las piernas, a tomar el aire de la noche; estoy dando un paseo antes de irme a dormir, agente. Vivo ahí al lado, agente. Vivo ahí desde hace un año, agente. Mi tío Frank. ¿Lo conoce, agente? ¿Frank Scarpi? ¡Pues claro, agente! Todo el mundo conoce a mi tío Frank. Un hombre excelente. Él le dirá que soy su sobrino. No hay por qué ponerme una multa, dadas las circunstancias.

Mientras seguía andando me di con el dedo vendado contra el muslo. Bajé los ojos y allí estaba, aquella horrible venda blanca, ondeando a cada paso, moviéndose con la oscilación del brazo, un bulto blanco y feo, tan blanco y deslumbrante como si cada farola de la calle lo conociera y supiese por qué estaba allí. Me sentía indignado. ¿Os lo imagináis? ¡Se hizo sangre mordiéndose el dedo! ¿Imagináis a un hombre cuerdo haciendo algo así? Le digo que está loco, señor. Ha hecho algunas cosas extrañas, señor. ¿Le he contado lo de los cangrejos que mató? Creo que ese sujeto está loco, señor. Le sugiero que lo encerremos y le miremos la cabeza. Me quité la venda y la tiré por una alcantarilla y no quise volver a pensar en ella.

La mujer seguía aumentando la distancia que nos separaba. Estaba ya a media manzana. Yo no podía ir más aprisa. Andaba despacio y me decía que me apresurara un poco, pero al pensar en los patrulleros reducía la velocidad. La policía del puerto pertenecía a la jefatura de Los Ángeles; eran polis endurecidos, con una ronda difícil, y primero te detenían y luego te decían por

qué te habían detenido, y siempre surgían de la nada, no a pie, sino en un Buick rápido y silencioso.

—Arturo —dije—, estás metiéndote de lleno en un problema. ¡Te van a detener por degenerado!

¿Degenerado? ¡Qué tontería! ¿Es que no puedo dar un paseo si me apetece? ¿Esa mujer de ahí delante? No sé nada de ella. Por el amor de Dios, estamos en un país libre. ¿Acaso puedo evitar que vaya en la misma dirección que yo? Si no le gusta, que vaya por otra calle, agente. Ésta es mi calle favorita, agente. Frank Scarpi es mi tío, agente. Él dará fe de que siempre doy un paseo por esta calle antes de irme a dormir. Después de todo, estamos en un país libre, agente.

En el cruce con la siguiente bocacalle se detuvo para rascar una cerilla en la pared del banco. Encendió un cigarrillo. El humo flotó en el aire con sosiego, como globos azules deformados. Eché a correr. Cuando llegué a las nubes inmóviles, me puse de puntillas y las aspiré. ¡Humo de *su* cigarrillo! Aaaah.

Sabía dónde había caído la cerilla. Unos pasos más y la recogí. Allí estaba, en la palma de mi mano. Una cerilla extraordinaria. A pesar de que no se diferenciaba perceptiblemente de otras cerillas, era una cerilla extraordinaria. Estaba quemada hasta la mitad, tenía un olor dulzón, a pino, y era muy hermosa, como una pieza de un oro poco común. La besé.

—Cerilla —dije—, te amo. Te llamas Henrietta. Te amo con toda mi alma.

Me la metí en la boca y empecé a masticarla. El carbón estaba exquisito, sabía a pino agridulce, crujiente y succulento. Delicioso, cautivador. La mismísima cerilla que ella había tenido en los dedos. Henrietta. La mejor cerilla que he comido en mi vida, señora. Permítame felicitarla.

Andaba ahora más aprisa, dejando tras de sí una estela de nubecillas de humo. Yo las aspiraba a bocanadas. Aaaah. El movimiento de sus caderas era como un baile de serpientes. Lo sentía en el pecho y en la punta de los dedos.

Avanzábamos hacia los cafés y billares del puerto. En el aire nocturno resonaban voces masculinas y lejanos impactos de bolas de billar. En la puerta del Acme aparecieron unos estibadores con el taco de billar en la mano. Debían de haber oído el taconeo de la mujer en la acera, porque salieron de repente, y ahora estaban en la puerta, esperando.

La mujer recorrió el pasillo de ojos silenciosos. La siguieron con la mirada y una lenta rotación de cuello, cinco hombres perdiendo el tiempo en la puerta. Yo estaba a quince metros. Me cayeron gordos. Uno, un monstruo

con un garfio en el bolsillo, se quitó el cigarrillo de la boca y silbó suavemente. Sonrió a los otros, carraspeó y escupió una cinta plateada en la acera. Detesté a aquel rufián. ¿Es que no sabía que las ordenanzas municipales prohibían escupir en las aceras? ¿No conocía las leyes de la sociedad decente? ¿O es que no era sino un monstruo humano analfabeto que escupía por pura animalidad, porque una repugnante y depravada necesidad física lo obligaba a vomitar su infame cólera cuando le daba la gana? ¡Si al menos hubiera sabido su nombre! Lo habría entregado a los del Ministerio de Sanidad para que lo juzgaran.

Llegué a la puerta del Acme. También me miraron a mí, sin saber qué hacer, buscando algo en que fijarse. La mujer se había internado en un sector en el que todos los edificios estaban apagados y vacíos, un ancho pasillo de negros escaparates vaciados por la depresión. Se detuvo ante un escaparate. Al cabo de unos instantes reanudó el camino. Algo había atraído su mirada hacia el escaparate y había hecho que se detuviera.

Cuando llegué al escaparate entendí la causa. Era el escaparate del único establecimiento activo en aquella parte de la calle. Una tienda de viejo, una casa de empeños. Hacía ya mucho que había terminado el horario comercial, la tienda estaba cerrada y los escaparates llenos de joyas, instrumentos, máquinas de escribir, maletas y cámaras fotográficas. Un rótulo que había en el escaparate decía: Compro Oro Antiguo Al Mejor Precio. Como sabía que ella había leído el rótulo, lo leí varias veces. Compro Oro Antiguo Al Mejor Precio. ¡Compro Oro Antiguo Al Mejor Precio! Ya lo habíamos leído los dos, ella y yo... Arturo Bandini y su mujer. ¡Maravilloso! ¿Y no había escrutado ella el fondo de la tienda? Pues Bandini también, porque Bandini obraría como obrase la mujer de Bandini. Al fondo había una lucecita encendida, encima de una caja de caudales pequeña y baja. El local estaba atestado de artículos de segunda mano. En un rincón había una jaula de metal y tras ella una mesa. Los ojos de mi mujer habían visto todo aquello, y yo no lo olvidaría.

Reanudé el seguimiento. En el cruce siguiente bajó del bordillo en el momento en que el semáforo se ponía verde. Apreté el paso para cruzar también, pero cuando llegué el semáforo se puso rojo. Al diablo con el rojo. El amor no sabe de barreras. Bandini debe superarlas. ¡Por la victoria! Y crucé la calzada. La tenía sólo a seis metros por delante, dominado por el curvilíneo misterio de su forma. Pronto estaría a su altura. Era imposible que aquello me estuviera ocurriendo a mí.

Y bien, Bandini, ¿ahora qué?

Bandini no titubea. Bandini sabe qué hacer, ¿verdad, Bandini? ¡Naturalmente que lo sé! Voy a decirle palabras dulces. Voy a decirle hola, amada mía. Qué noche más hermosa tenemos; ¿te opondrías si te acompañara un rato? Conozco algunas poesías estupendas, como el Cantar de los Cantares y esa tan larga de Nietzsche sobre la voluptuosidad... ¿Cuál prefieres? ¿Sabes que soy escritor? ¡Sí, de verdad! Escribo para la Posteridad. Acerquémonos paseando a la orilla del agua mientras te hablo de mi obra, de la prosa para la Posteridad.

Pero cuando la alcancé sucedió algo extraño.

Estábamos a la misma altura. Tosí y carraspeé. Estaba a punto de decirle hola, mujer extraordinaria. Pero se me metió algo en la garganta. No pude hacer nada. Ni siquiera pude mirarla, porque mi cabeza se negaba a girar. Mi valor había desaparecido. Pensé que iba a desmayarme. Desfallezco, me dije; estoy al borde del colapso. Y entonces sucedió lo extraño: salí corriendo. Afirmé los pies, eché atrás la cabeza y corrí como un idiota. Aleteando con los codos y llenándome las fosas nasales de aire salado, corrí como un deportista olímpico, un corredor de los ochocientos metros lisos que acelera en la recta final de la victoria.

¿Qué haces ahora, Bandini? ¿Por qué corres?

Tengo ganas de correr. ¿Pasa algo? Supongo que puedo correr si tengo ganas, ¿no?

Mis pasos resonaban en la calle desierta. Gané velocidad. Puertas y escaparates corrían a mi encuentro con un estilo pasmoso. Hasta entonces no me había dado cuenta de que podía correr tan aprisa. Al llegar a Longshoremen's Hall tracé una amplia curva para entrar en Front Street. Los grandes almacenes proyectaban sombras negras en la calzada y entre ellos palpitaba el rápido eco de mis pasos. Estaba ya en los muelles, con el mar al otro lado de la calzada, detrás de los almacenes.

Yo era ni más ni menos que Arturo Bandini, el mayor corredor de los ochocientos metros lisos de la historia del atletismo americano. Gooch, el pujante campeón holandés, Sylvester Gooch, el genio de la velocidad del país de los molinos de viento y de los zuecos, estaba quince metros por delante de mí, y el pujante holandés estaba dándome la carrera de mi vida. ¿Ganaría yo? Los millares de espectadores de las gradas se lo preguntaban, sobre todo las mujeres, pues los periodistas deportivos decían en son de broma que yo era un «corredor de mujeres», dado que era tremendamente popular entre las aficionadas al deporte. En las gradas vitoreaban con frenesí. Las mujeres alargaban los brazos y me suplicaban que ganase... por América. ¡Vamos,

Bandini! ¡Vamos, Bandini! ¡Oh, Bandini! ¡Cuánto te amamos! Y las mujeres estaban preocupadas. Pero no había motivo para preocuparse. La situación estaba controlada y yo lo sabía. Sylvester Gooch se estaba cansando; no podía mantener la velocidad. Y yo me reservaba para los últimos cincuenta metros. Sabía que podía derrotarlo. ¡No temáis, señoras que me amáis, no temáis! El honor de América depende de mi victoria, lo sé, y cuando América me necesita, ahí me tenéis, en el fragor de la lucha, deseoso de dar mi sangre. Aceleré con orgullosas y bellas zancadas al llegar a la marca de los cincuenta metros. ¡Dios mío, cómo corre ese hombre! Gritos de júbilo en millares de gargantas femeninas. A tres metros de la cinta me lancé de cabeza y la toqué un cuarto de segundo antes que el pujante holandés. El estadio se vino abajo. Los cámaras de los noticiarios cinematográficos se arremolinaron a mi alrededor, suplicándome unas palabras. ¡Por favor, Bandini, *por favor!* Me apoyé jadeando en un almacén del muelle hawaiano y sonriendo accedí a hacer unas declaraciones a los muchachos. Todos eran buenos tipos.

—Quisiera mandarle un saludo a mi madre —dije sin aliento—. ¿Estás ahí, mamá? Te mando un saludo. ¿Saben una cosa, caballeros? Cuando era pequeño repartía periódicos después de la escuela, allá en California. En aquella época mi madre se encontraba en el hospital. Todas las noches estaba al borde de la muerte. Y así fue como aprendí a correr. Con la horrible certeza de que podía perder a mi madre antes de terminar de repartir las *Gazettes* en Wilmington, corría como un loco, terminaba el reparto y me iba como un bólido al hospital, que estaba a ocho kilómetros. Y aquella fue mi pista de entrenamiento. Os quiero dar las gracias a todos, y mandar otro saludo a mi madre, allá en California. ¡Te mando otro saludo, mamá! ¿Cómo están Billy y Ted? ¿Se encuentra bien el perro?

Risas. Murmullos sobre mi sencilla e innata humildad. Felicitaciones.

Pero aunque fue una gran victoria, derrotar a Gooch no me produjo mucha satisfacción. Estaba sin aliento y cansado de ser corredor olímpico.

Era por aquella mujer del abrigo morado. ¿Dónde estaría ya? Volví corriendo a Avalon Boulevard. No la vi. Exceptuando a los estibadores de la otra manzana y a las mariposas que revoloteaban alrededor de las farolas, el boulevard estaba desierto.

¡Serás cretino! La has perdido. Se ha ido para siempre.

Empecé a rodear la manzana, buscándola. A lo lejos oí el ladrido de un perro policía. Era Herman. Lo sabía todo sobre Herman. Era el perro del lechero. Era un perro sincero: ladraba y además mordía. Una vez me persiguió un par de manzanas y me desgarró los calcetines a la altura de los

tobillos. Decidí abandonar la búsqueda. Además, se estaba haciendo tarde. Ya la buscaría otra noche. Tenía que levantarme temprano para ir a trabajar. Así que me fui a mi casa por Avalon.

Volví a ver el rótulo: Compro Oro Antiguo Al Mejor Precio. Me conmovió, porque lo había leído ella, la mujer del abrigo morado. Había visto y sentido todo aquello...: la tienda, el vidrio, el escaparate, los trastos de dentro. Había caminado por aquella calle. Aquella misma acera había sentido su dulce peso. Ella había respirado aquel aire y olido aquel mar. El humo de su cigarrillo se había mezclado con él. ¡Ah, esto es demasiado, demasiado!

Al llegar al banco toqué el punto en el que había rascado la cerilla. Allí..., en la punta de mis dedos. Maravillosa. Una pequeña señal negra. Oh, señal, te llamas Claudia. Oh, Claudia, te amo. Te besaré para probarte mi devoción. Miré a mi alrededor. No se veía a nadie en las dos manzanas más próximas. Me incliné y besé la rayita negra.

Te amo, Claudia. Te suplico que te cases conmigo. Es lo único que me importa en la vida. Mis escritos, esos volúmenes para la posteridad, no son nada sin ti. Cásate conmigo o iré al muelle y me tiraré de cabeza. Y volví a besar la señal negra.

Entonces advertí con horror que toda la fachada del banco estaba cubierta de señales, rayas y arañazos de millares de cerillas. Escupí con asco.

Su rascadura tenía que ser una rascadura única; algo como ella, sencillo y a la vez misterioso, una rascadura de cerilla sin igual en la historia del mundo. La encontraría aunque tuviera que buscar toda la vida. ¿Oís? Toda la vida, eternamente. Estaré aquí hasta que me haga viejo, buscando sin descanso la misteriosa rascadura de mi amor. Nadie me hará desistir. Comienzo ya: un minuto o toda una vida, ¿qué importa?

La encontré antes de que transcurrieran dos minutos. Estaba seguro de que era aquella. Una pequeña señal, tan débil que casi era invisible. Sólo ella podía haberla hecho. Maravillosa. Una rayita de nada con un amago de adorno en el remate, un pequeño rasgo artístico, una figurilla como de serpiente a punto de atacar.

Pero alguien se acercaba. Oí pasos en la acera.

Era un hombre muy viejo, con barba blanca. Llevaba bastón y un libro, y parecía sumido en profunda meditación. Tenía que apoyarse en el bastón para andar. Sus ojos eran muy brillantes y pequeños. Me escondí bajo el arco de la entrada hasta que pasó. Salí y cubrí la rascadura de besos salvajes. De nuevo te imploro que te cases conmigo. Ningún hombre sentirá por ti un amor tan

grande como el mío. El tiempo y las mareas no esperan a nadie. Más vale un toma que dos te daré. Agua pasada no mueve molino. ¡Cásate conmigo!

Una tos débil rasgó de súbito la noche. Era el viejo. Había recorrido unos cincuenta metros y dado media vuelta. Y allí estaba, apoyado en el bastón y mirándome fijamente.

Temblando de vergüenza, eché a correr por la calle. Me volví al llegar al final de la manzana. El viejo se había acercado a la pared para inspeccionarla. En aquellos momentos me miraba. Me estremecí al pensarlo. Una manzana más y me volví otra vez. El maldito viejo seguía ante la pared del banco. No paré de correr hasta que llegué a casa.

Mona y mi madre estaban ya acostadas. Mi madre roncaba suavemente. El sofá de la sala estaba abierto, la cama hecha y la almohada ahuecada. Me desnudé y me acosté. Pasaron los minutos. No podía dormir. Me puse boca arriba y luego de lado. Luego probé boca abajo. Pasaron más minutos. Los oía en el tictac del reloj que tenía mi madre en el dormitorio. Pasó media hora. Seguía totalmente despierto. Me di la vuelta y noté un dolor en el alma. Algo iba mal. Pasó una hora. Me irritaba ya aquello de no poder dormir, y empecé a sudar. Aparté las frazadas a puntapiés y me quedé acostado, tratando de pensar algo. Tenía que levantarme temprano. No rendiría en la fábrica si no descansaba debidamente. Pero tenía los ojos pegajosos y me picaban cuando los cerraba.

Era por aquella mujer. Era por el bamboleo de su forma avanzando por la calle, la entrevista blancura de su tez enfermiza. La cama se me hizo insoportable. Di la luz y encendí un cigarrillo. Me quemó la garganta. Lo tiré y resolví dejar de fumar para siempre.

Otra vez a dormir. Di más vueltas. Aquella mujer. ¡Cuánto la amaba! Su encogimiento, el desamparo de sus ojos atormentados, la piel de su cuello, la carrera de su media, el sentimiento en mi pecho, el color de su abrigo, la fugacidad de su cara entrevista, el hormiguelo de mis dedos, la estela que dejaba andando por la calle, la frialdad de las titilantes estrellas, la calidez del cuarto creciente, el sabor de la cerilla, el olor del mar, la suavidad de la noche, los estibadores, el impacto de las bolas de billar, las ráfagas de música, su encogimiento, la música de su taconeo, su andar perseverante, el viejo con el libro, la mujer, la mujer, la mujer.

Tuve una idea. Aparté las frazadas y salté de la cama. ¡Qué idea! Me cayó encima como un alud, como una casa que se derrumba, como un vidrio que se rompe. Estaba ardiendo y desquiciado. Había papel y lápices en el cajón. Los saqué y corrí a la cocina. En la cocina hacía frío. Encendí la estufa y abrí la trampilla. Sentado y desnudo, me puse a escribir.

Amor perdurable
o
La mujer que el hombre ama
o

Amor Omnia Vincit

por

Arturo Gabriel Bandini

Tres títulos.

¡Maravilloso! Un comienzo soberbio. ¡Tres títulos, ahí es nada!
¡Sorprendente! ¡Increíble! ¡Un genio! ¡Realmente un genio!

Y qué nombre. Ah, sonaba magnífico.

Arturo Gabriel Bandini.

Un nombre que habría que incluir entre los inmortales: un nombre para la eternidad. Arturo Gabriel Bandini. Un nombre que sonaba mejor que Dante Gabriel Rossetti. Y también él era italiano. De mi raza.

Escribí: «Arthur Banning, el multimillonario magnate del petróleo, tour de force, prima facie, petit maître, table d'hôte y gran amante de las fascinantes, hermosas, exóticas, empalagosas y consteladas mujeres de todas las partes del mundo, de todos los rincones del planeta, mujeres de Bombay, allá en la India, país del Taj Mahal, de Gandhi y Buda; mujeres de Nápoles, tierra del arte italiano y de la fantasía italiana; mujeres de la Costa Azul; mujeres del lago Banff; mujeres del lago Louise; de los Alpes suizos; del Ambassador Coconut Grove de Los Ángeles, California; mujeres del famoso Pons Asinorum de Europa; este mismo Arthur Banning, descendiente de una antigua familia de Virginia, tierra de George Washington y de grandes tradiciones americanas; el mismo Arthur Banning, atractivo y alto, un metro ochenta en calcetines, distinguido, con dientes como perlas, y cierta cualidad bribona y bohemia a la que no podía resistirse ninguna mujer, este mismo Arthur Banning estaba junto a la borda de su poderoso, mundialmente famoso y deseadísimos yate americano, el *Larchmont VIII*, y contemplaba con ojos deletéreos, ojos masculinos, viriles y potentes, la inmersión de los rayos carmíneos, rojos y hermosos del Astro Rey, más conocido con el nombre de sol, en las sombrías, fantasmagóricas y negras aguas del océano Mediterráneo, en alguna parte del sur de Europa, en el año del Señor de mil novecientos treinta y cinco. Y allí estaba él, descendiente de una rica, famosa, poderosa y grandilocuente familia, un hombre gallardo, con el mundo a sus pies y la grande, poderosa, sorprendente fortuna de los Banning a su disposición; y no obstante; pero algo preocupaba a Arthur Banning, alto, ensombrecido, atractivo, bronceado por los rayos del Astro Rey: y, lo que le preocupaba, era que, aunque había recorrido muchos mares y tierras, y ríos, también, y aunque copulaba, y, tenía líos amorosos, todo el mundo sabía, gracias al medio de la prensa, la poderosa e insobornable prensa, que él,

Arthur Banning, el descendiente, era infeliz, y aunque rico, famoso, poderoso, se hallaba solo y, prisionero del, amor. Y mientras estaba tan incisivamente allí, en la cubierta del *Larchmont VIII*, el mejor, más bello, más poderoso yate, que se había construido, se preguntaba si a la chica de sus sueños, la encontraría pronto, si ella, la chica, de sus sueños, se parecería algo a la chica, de sus sueños adolescentes, de cuando él era adolescente, y fantaseaba a orillas del río Potomac, en la fabulosa, rica, poderosa finca de su padre, o si sería una muchacha pobre.

»Arthur Banning encendió su cara, hermosa, pipa, de brezo, y llamó a uno de sus subordinados, un simple segundo oficial, y, le pidió a este subordinado una cerilla. Este ilustre varón, un famoso, reconocido, y, experto, personaje, en el mundo de los barcos, y en el mundo naval, un hombre de reputación internacional, en el mundo de los barcos, y, del lacre, no impugnó la orden, sino que le profirió la cerilla con una respetuosa reverencia de obsequiosidad, y, el joven Banning, atractivo, alto, le dio las gracias con educación, si bien es cierto que con una pizca de alicaimiento, y, a continuación, reanudó su quijotesco fantaseo sobre la afortunada muchacha que algún día sería su prometida y la mujer de sus fantasías más delirantes.

»¡En aquel momento, un momento de silencio, estalló un grito repentino, agudo, espantoso, procedente del espantoso laberinto del salobre mar, un grito que se fundió con el golpeteo de las frías olas contra la proa del orgulloso, caro, famoso, *Larchmont VIII*, un grito de angustia, un grito de mujer! ¡Un grito de mujer! Un suplicante grito de amargo sufrimiento e inmortalidad. ¡Un grito de socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! Con una rápida mirada a las aguas agitadas por la tormenta, el joven Arthur Banning, sufrió una intensa fotosíntesis disciplinaria, sus ojos, penetrantes, perfectos, atractivos, azules, traspasaron las aguas mientras se despojaba de su costoso frac, un frac de cien dólares, y dejó ver su juvenil esplendor, su cuerpo, joven, atractivo, atlético, curtido en los encuentros de rugby de Yale y, de fútbol, de Oxford, Inglaterra, y semejante a un dios griego su perfil se dibujó contra los rojos rayos del Astro Rey, al sumergirse en las aguas del azul Mediterráneo. ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!, decía aquel angustioso grito de mujer indefensa, una pobre, mujer, medio desnuda, desnutrida, víctima de la miseria, vestida con ropa barata, prisionera del helado dogal de la cruda, trágica, muerte. ¿Moriría sin ayuda? Era un crisol y, sans cérémonie, y, de facto, el atractivo Arthur Banning se zambulló».

Lo escribí de un tirón. Las ideas me venían tan aprisa que no tenía tiempo de poner los palos de las tes ni los puntos de las íes. Era el momento de

descansar un poco y de leerlo desde el principio. Eso hice.

¡Aaaah!

¡Un material estupendo! ¡Soberbio! En la vida había leído nada igual. Pasmoso. Me levanté, me escupí en las manos y me las froté.

¡Vamos! ¿Quién quiere pelear conmigo? Lucharé con todos los cretinos que hay en esta sala. Puedo darle una paliza al mundo entero. Era una sensación como ninguna otra en la tierra. Yo era un fantasma. Flotaba, me elevaba, reía y flotaba. Era demasiado. ¿Quién lo habría imaginado? Que yo fuera capaz de escribir así... ¡Dios mío! ¡Pasmoso!

Fui a la ventana. Se estaba levantando la niebla. Qué niebla tan hermosa. Fijaos en la hermosa niebla. Le lancé besos. La acaricié con las manos. Querida Niebla, eres una joven vestida de blanco y yo soy una cuchara en el alféizar de la ventana. Ha sido un día caluroso, y yo estoy caliente de arriba abajo, así que por favor bésame, querida niebla. Quería saltar, quería vivir, quería morir, quería, quería dormir totalmente despierto en un sueño sin sueños. Qué cosas tan maravillosas. Qué claridad tan maravillosa. Yo era un agonizante, era los muertos y los siemprevivos. Era y no era el cielo. Había demasiado que decir y no había manera de decirlo.

Oh, fijaos en la estufa. ¡Quién lo hubiera dicho! Una estufa. Imagináoslo. Hermosa estufa. Te amo, oh estufa. En lo sucesivo te seré fiel y derramaré mi amor sobre ti a todas horas. Pégame, oh estufa. Dame un puñetazo en el ojo. Qué hermoso es tu cabello, oh estufa. Quiero mearme en él, porque te amo con locura, cariño, estufa inmortal. Y mi mano. Ahí está. Mi mano. La mano que ha escrito. Oh Señor, una mano. Y qué mano. La mano que ha escrito. Yo, tú, mi mano y Keats. John Keats, Arturo Bandini y mi mano, la mano de John Keats Bandini. Maravilloso. Oh mano grano llano piano vano grano.

Sí, yo lo escribí.

Señoras y caballeros de la comisión, de la comisión tetuda, de la comisión peluda y concienzuda, lo escribí yo, señoras y caballeros, lo escribí yo. De verdad que sí. No lo negaré: una tímida propuesta, si se me permite decirlo, una nadería. Pero gracias por sus amables palabras. Sí, los quiero a todos. Sinceramente. Amo a todos y cada uno de ustedes, anís, parchís, París, ¡achís! Amo especialmente a las mujeres, a la fémina, la fe y la mina. Que se desvistan y se adelanten. De una en una, por favor. Tú, despampanante golfista rubia. A ti te tendré la primera. Aprisa, por favor, tengo el tiempo justo. Tengo mucho que hacer. Hay poco tiempo. Soy escritor, ya sabes, mis libros, ya sabes, la inmortalidad, ya sabes, la fama, ya sabes, ya conoces la Fama, ¿no? Fama, la conoces, ¿no? La fama y todo eso, bah, bah, un simple

incidente en el tiempo del hombre. Yo me limito a sentarme en esa mesita de ahí. Con un lápiz, sí. Un regalo de Dios..., ni la menor duda al respecto. Sí, creo en Dios. Desde luego. Dios. Mi querido amigo Dios. Ah, gracias, gracias. ¿La mesita? Desde luego. ¿Para el museo? Desde luego. No, no. No es necesario cobrar entrada. Los niños: que pasen gratis, sin pagar. Quiero que todos los niños la toquen. Oh, gracias. Gracias. Sí, acepto el regalo. Gracias, gracias a todos. Ahora me voy a Europa y a las Repúblicas Soviéticas. La gente de Europa me espera. Gente maravillosa, esos europeos, maravillosa. Y los rusos, los quiero, mis amigos, los rusos. Adiós, adiós. Sí, os quiero a todos. Mi obra, ya sabéis. La totalidad: mi opus, mis libros, mis volúmenes. Adiós, adiós.

Me puse a escribir otra vez. El lápiz corría por la página. La página se llenó. Le di la vuelta. El lápiz siguió su trayecto. Otra página. De arriba abajo. Las páginas se amontonaron. Por la ventana entraba la niebla, tímida y fría. Pronto se llenó la habitación. Seguí escribiendo. Página once. Página doce.

Levanté la vista. Era de día. La niebla invadía la habitación. La estufa estaba apagada. Tenía las manos entumecidas. En el dedo en que se apoyaba el lápiz me había salido una ampolla. Me picaban los ojos. Me dolía la espalda. Apenas podía moverme a causa del frío. Pero nunca me había sentido mejor.

Aquel día no di pie con bola en la fábrica. Me pillé un dedo en el vertedor de latas. Pero gracias a Dios no tuvo consecuencias. La mano de escribir salió ilesa. Fue la otra mano, la mano izquierda; de todos modos, la izquierda no me sirve, así que te la puedes llevar si quieres. Al mediodía me quedé dormido en el muelle. Cuando desperté tenía miedo de abrir los ojos. ¿Estaba ciego? ¿Me había vuelto invidente nada más empezar la vida profesional? Pero abrí los ojos y, gracias a Dios, veía. La tarde avanzó como la lava. Alguien dejó caer una caja y me golpeó en la rodilla. No me importó. Cualquier parte del cuerpo, caballeros, pero respetad mis ojos y mi mano derecha.

Al terminar la jornada salí corriendo hacia mi casa. Tomé el autobús. Era la única moneda que tenía. En el autobús me quedé dormido. Me había equivocado de autobús. Tuve que recorrer andando ocho kilómetros. Una vez cenado, escribí. Una cena malísima: hamburguesa. No pasa nada, mamá. Ni se te ocurra molestarte por mí. Adoro las hamburguesas. Después de cenar escribí. Página veintitrés, página veinticuatro. Se fueron acumulando. A medianoche me quedé dormido en la cocina. Me caí de la silla y me di en la cabeza con una pata de la estufa. Bah, bah, vieja estufa, olvídalos. Mi mano está bien y mis ojos también; lo demás no importa. Golpéame otra vez si quieres, en el estómago. Mi madre me quitó la ropa y me llevó a la cama.

La noche siguiente volví a escribir hasta el amanecer. Dormí cuatro horas. Aquel día llevé papel y lápiz al trabajo. Una abeja me picó en el cogote mientras iba en el autobús que pasaba por la fábrica. ¡Qué absurdo! Una abeja picando al genio. ¡Abeja idiota! Anda, sigue tu camino. Deberías avergonzarte. ¿Y si me hubieras picado en la mano izquierda? Es ridículo. Volví a quedarme dormido en el autobús. Cuando desperté, el autobús había llegado al final del trayecto, que estaba en el lado de San Pedro del puerto de Los Ángeles, a diez kilómetros de la fábrica. Volví en el transbordador. Luego tomé otro autobús. Eran las diez cuando llegué a la fábrica de conservas.

Bajito Naylor estaba hurgándose los dientes con una cerilla.

—¿Y bien?

—Mi madre está enferma. Se la han llevado al hospital.

—Pues qué pena —dijo, y no añadió nada más.

Aquella mañana me fui a hurtadillas a los lavabos. Allí escribí. Las moscas eran incontables. Zumbaban a mi alrededor, me correteaban por las manos y el papel. Muy inteligentes los insectos. Sin duda estaban leyendo lo que escribía. En cierto momento me quedé totalmente inmóvil, para que se desplazaran libremente por el cuaderno y examinaran a conciencia todas las palabras. Eran las moscas más encantadoras que había conocido en mi vida.

Al mediodía escribí en el bar. Estaba abarrotado de gente y olía a grasa y a caldo fuerte. Apenas me di cuenta. Cuando sonó la sirena, vi mi plato en la mesa. Estaba intacto.

Por la tarde volví a esconderme en los lavabos. Escribí media hora. Entonces llegó Manuel. Oculté el cuaderno y el lápiz.

—El jefe busca a ti.

Fui a ver al jefe.

—¿Dónde estabas?

—Mi madre. Está peor. Estaba hablando por teléfono, con el hospital.

Se frotó la cara.

—Pues qué pena.

—Es muy serio.

Chascó la lengua.

—Lástima. ¿Saldrá de ésta?

—Lo dudo. Dicen que es sólo cuestión de tiempo.

—Rediós. Cuánto lo siento.

—Ha sido una madre sensacional. Perfecta. No sé qué voy a hacer si se me muere. Creo que me suicidaré. Es la única amiga que tengo en el mundo.

—¿Qué tiene?

—Trombosis pulmonar.

Silbó.

—¡Rediós! Es terrible.

—Pero eso no es todo.

—¿No es todo?

—También tiene arteriosclerosis.

—Dios nos asista.

Se me humedecieron los ojos y sorbí por la nariz. De repente me di cuenta de que era verdad aquello que había dicho, que mi madre era la única amiga que tenía en el mundo. Y sorbía por la nariz porque todo lo que había dicho estaba dentro de lo posible, porque yo sólo era un pobre chico que se rompía la espalda en aquella fábrica; y mi madre se moría y yo sólo era un pobre

chico sin esperanza ni dinero que trabajaba como un animal mientras su madre expiraba, y sus últimos pensamientos eran para él, para el pobre chico que se mataba trabajando en la fábrica de conservas. La imagen era desgarradora. Me deshice en lágrimas.

—Ha sido una madre maravillosa —dije sollozando—. Ha sacrificado toda su vida en aras de mi triunfo. Tengo el alma inflamada.

—Es duro —dijo Bajito—. Creo que sé cómo te sientes.

Abatí la cabeza. Me alejé medio arrastrándome, con las lágrimas corriéndome por las mejillas. No dejaba de sorprenderme que una mentira tan descarada me hiciera sufrir tanto.

—No. Usted no lo entiende. ¡No puede entenderlo! Nadie entiende lo que siento.

Bajito corrió tras de mí.

—Escucha —dijo sonriendo—. Obra con sensatez y tómate el día libre. ¡Ve al hospital! ¡Quédate con tu madre! ¡Anímalala! ¡Quédate unos días..., una semana! No te preocupes por el trabajo. Te doy todo el tiempo que quieras. Sé cómo te sientes. Joder, yo también he tenido madre.

Apreté los dientes y negué con la cabeza.

—No. No puedo. No quiero. Mi deber está aquí, con el resto de los compañeros. No quiero que me haga favores. Mi madre también lo querría así. Aunque fuera entregando su último aliento, sé que estaría de acuerdo conmigo.

Me cogió por los hombros y me sacudió.

—¡No! —dije—. No quiero hacerlo.

—¡Escucha! ¿Quién es aquí el jefe? Harás lo que yo te diga. ¡Saldrás de aquí e irás al hospital, y te quedarás allí hasta que tu madre se ponga bien!

Al final busqué su mano.

—Dios mío, ¡es usted extraordinario! ¡Gracias! Oh, Señor, nunca olvidaré esto.

Me dio unas palmadas en el hombro.

—Olvídalo. Comprendo estas cosas. Yo también he tenido madre.

Sacó una foto de la cartera.

—Mira —dijo sonriendo.

Cogí la fotografía descolorida y me la acerqué a los ojos empañados. Era una mujer robusta y cuadrada, con un vestido de novia que le colgaba como un juego de sábanas caído del cielo y se le amontonaba en los pies. Detrás de la señora había un paisaje artificial, árboles y arbustos, manzanos en flor y rosas abiertas, y unos agujeros en el lienzo pintado para ver por ellos.

—Mi madre —dijo—. La foto tiene cincuenta años.

Era la mujer más fea que había visto en mi vida. Su mandíbula era tan cuadrada como la de un policía. Las flores que empuñaba, como si fueran una mano de mortero, estaban mustias. Llevaba el velo torcido, como si colgara de una barra de cortina rota. Estiraba hacia arriba las comisuras de la boca, dibujando una sonrisa insólitamente falsa. Parecía como si despreciara profundamente haberse puesto de punta en blanco para casarse con un Naylor de mierda.

—Qué hermosa es..., demasiado hermosa para expresarlo con palabras.

—También era una maravilla.

—Lo parece. Hay algo tierno en ella..., como una colina al atardecer, como una nube a lo lejos, algo dulce y espiritual; mis metáforas no son adecuadas, pero usted me comprende.

—Sí. Murió de una pulmonía.

—Dios mío —dije—. ¡Lo que son las cosas! ¡Una mujer maravillosa como ella! ¡Las limitaciones de la llamada ciencia! Y todo empezaría también por un sencillo resfriado, ¿verdad?

—Sí. Eso es lo que pasó, sí.

—¡Nosotros los modernos! ¡Qué necios somos! Olvidamos la belleza ultraterrena de las cosas antiguas, las preciosas cosas..., como esa foto. Dios mío, es una mujer maravillosa.

—Sí. Señor, Señor.

Aquella tarde escribí en un merendero del parque. El sol desapareció y la oscuridad avanzó por el este. Escribí a media luz. Cuando el viento húmedo se levantó del mar, lo dejé y me fui a casa. Mona y mi madre no sabían nada; pensaron que llegaba del trabajo.

Después de la cena empecé de nuevo. Por lo visto no iba a ser un cuento. Tenía treinta y tres mil quinientas sesenta palabras, sin contar los artículos indeterminados. Una novela, una novela completa. Tenía doscientos veinticuatro párrafos y tres mil quinientas ochenta frases. Había una frase de cuatrocientas treinta y ocho palabras, la frase más larga que había visto en mi vida. Estaba orgulloso de ella y sabía que dejaría estupefactos a los críticos. No todo el mundo podía alargarse tanto.

Y seguí escribiendo, siempre que podía, un par de renglones por la mañana, jornada completa en el parque durante tres días, y páginas por la noche. Los días y las noches desfilaban bajo el lápiz como niños que corretean. Llené tres cuadernos, y luego otro. Una semana más tarde había terminado. Cinco cuadernos. 69 009 palabras.

Era la historia de los apasionados romances de Arthur Banning. Iba con el yate de país en país buscando a la mujer de sus sueños. Tenía aventuras con mujeres de todas las razas y países del mundo. Consulté la enciclopedia para comprobar los países y vi que no me había dejado ninguno. Había sesenta, y un romance apasionado en cada uno.

Pero Arthur Banning no encontraba a la mujer de sus sueños.

A las tres y media del viernes 7 de agosto terminé la historia. La última palabra de la última página era exactamente la que había deseado.

«Muerte».

Mi protagonista se volaba la cabeza de un tiro.

Se ponía la pistola en la sien y hablaba.

—No he podido encontrar a la mujer de mis sueños —decía—. Estoy preparado para la Muerte. Ah, dulce misterio de la Muerte.

No puse que apretaba el gatillo. Bastaba con insinuarlo y esto demostraba mi habilidad para usar la economía en un desenlace apoteósico.

Y así terminaba.

Cuando llegué a casa la tarde siguiente vi a Mona leyendo el manuscrito. Los cuadernos estaban amontonados en la mesa y estaba leyendo las últimas palabras de la última página, con su extraordinario desenlace. Parecía entusiasmada con la lectura. Me quité la cazadora y me froté las manos.

—¡Ja! —dije—. Veo que estás absorta. ¿Verdad que no te deja respirar?

Levantó los ojos y puso cara de asco.

—Es idiota —dijo—. Idiota con ganas. Y es cierto que no me deja respirar, porque apesta.

—Ah —dije—. ¡Ésas tenemos! —Entré en la sala—. Pero ¿quién te has creído que eres?

—Es idiota. Me daba risa y me lo he saltado casi todo. Ni siquiera he llegado a leer tres cuadernos.

Agité el puño ante su nariz.

—¿Y si te machacase la cara y te la convirtiera en una pasta chorreante y sanguinolenta?

—Es muy pedante. Todo lleno de palabras difíciles.

Le quité los cuadernos.

—¡Ignara católica! ¡Sucia inquisidora! ¡Nauseabunda, vomitiva, virgen palurda!

Le rocié de baba la cara y el pelo. Se pasó el pañuelo por el cuello y me quitó de delante. Sonrió.

—¿Por qué el protagonista espera a la última página para suicidarse y no se mata en la primera? La historia quedaría mucho mejor.

La atenacé por el cuello.

—Ten mucho cuidado con lo que dices, meretriz papista. Te lo advierto...: mucho, muchísimo cuidado.

Se soltó y me arañó el brazo.

—Es el peor libro que he leído en mi vida.

Volví a atenazarla. Se levantó de un salto y forcejeó salvajemente, arañándose la cara con las uñas. Retrocedí gritando.

—Mojigata, pedazo nauseabundo, monjil, putiférico y vomitivo de monja de ralea católica y hortera de monos abyectos y subnormales.

En la mesa había un jarrón. Lo miró de reojo, se acercó a la mesa y lo cogió. Jugó con él, acariciándolo, sonriendo, comprobando su peso, sonriéndome amenazadoramente. Lo levantó como si fuera a arrojármelo a la cabeza.

—¡Ja! —dije—. ¡Muy bien! ¡Arrójame!

Me abrí la camisa de un tirón, los botones volaron por todas partes y le enseñé el pecho desnudo. Me puse de rodillas ante ella, sacando el pecho. Me lo golpeé, martilleando con ambos puños, hasta que se me puso rojo y me dolió.

—¡Pega! —grité—. ¡Quiero experimentarlo! Resucita la Inquisición. ¡Mátame! Comete fratricidio. ¡Que este suelo enrojezca con la sangre rica y pura de un genio que tuvo valor!

—Eres idiota. No sabes escribir. No sabes escribir nada de nada.

—¡Guarra! ¡La Meretriz Papista que te parió, monjiguarra!

Sonrió con resentimiento.

—Llámame todo lo que quieras. Pero no me pongas las manos encima.

—Deja el jarrón.

Meditó un momento, se encogió de hombros y lo dejó. Me puse en pie. Dejamos de mirarnos. Fue como si no hubiera pasado nada. Se agachó sobre la alfombra y recogió los botones de mi camisa. Estuve un rato sin hacer nada salvo quedarme allí, pensando en lo que Mona había dicho sobre el libro. Entró en el dormitorio. Oí el susurro del peine deslizándose por su cabello.

—¿Qué le pasa a la historia? —pregunté.

—Es idiota. No me ha gustado.

—¿Por qué?

—Porque es idiota.

—¡Maldita sea! ¡Analízala! ¡No digas que es idiota! ¡Analízala! ¿Qué tiene de malo? ¿Por qué es idiota?

Se acercó a la puerta.

—Porque es idiota. Es lo único que puedo decir.

La inmovilicé contra la pared. Estaba furioso. Le inmovilicé los brazos contra los costados, la sujeté firmemente con las piernas y la miré a la cara. Estaba muda de cólera. Le castañeteaban los dientes, palideció y le aparecieron manchas rojizas en la cara. Pero ahora que la tenía sujeta me daba miedo soltarla. No había olvidado el cuchillo de carnicero.

—¡Es el libro más disparatado que he leído en mi vida! —gritó—. ¡El más horroroso, el más bajo, disparatado y ridículo del mundo! Es tan malo que ni siquiera he podido leerlo.

Resolví adoptar una actitud indiferente. La solté y chasqué los dedos bajo su nariz.

—¡Bah! A freír espárragos. Tu opinión me deja completamente tibio.

Me puse en el centro de la habitación. Desde allí me dirigí a las paredes en general.

—No pueden inmutarnos. ¡No..., no pueden! Hemos puesto a la Iglesia en fuga. Dante, Copérnico, Galileo... y ahora yo, Arturo Bandini, hijo de un humilde carpintero. Seguimos adelante. Estamos por encima de ellos. Trascendemos incluso su ridículo paraíso.

Mona se frotó los brazos doloridos. Me acerqué a ella y levanté la mano hacia el techo.

—Pueden ahorcarnos, y quemarnos, pero seguimos adelante, nosotros, los que decimos sí; los desterrados; los eternos; los que decimos sí hasta el fin de los tiempos.

Mona me tiró el jarrón antes de que pudiera agacharme. Su puntería fue perfecta a una distancia tan corta. El jarrón me alcanzó en el momento en que volvía la cabeza. Me dio detrás de la oreja y se hizo añicos. Durante un momento creí que me había roto el cráneo. Pero era un jarrón pequeño, fino. Me palpé buscando en vano la sangre. Se había roto sin hacerme un arañazo. Los añicos se desparramaron por la habitación. Ni rastro de sangre, y ni siquiera me había despeinado.

¡Un milagro!

Sosegado e ileso, me volví. Hablé con el dedo señalando el techo, como un apóstol.

—Incluso Dios Todopoderoso está de nuestra parte. Pues en verdad os digo que aunque os rompieren un jarrón en la cabeza, no padeceréis lesión ni descalabrada.

Mona estaba contenta y yo indemne. Se fue riendo al dormitorio. Se tendió en la cama y la oí reír sin parar. Me acerqué a la puerta y la vi retorcer una almohada con placer.

—Ríe —dije—. Adelante. Pues en verdad te digo que reirá mejor quien ría el último, y no obstante digo sí, sí una y otra vez, así habló Zaratustra.

Mi madre llegó a casa cargada de paquetes. Me levanté del sofá y la seguí hasta la cocina. Dejó los paquetes y se volvió hacia mí. Estaba sin aliento, con la cara enrojecida por el esfuerzo, ya que las escaleras siempre podían con ella.

—¿Has leído la novela?

—Sí —dijo jadeando—. Claro que la he leído.

La cogí por los hombros, apretando con fuerza.

—Es una gran historia..., ¿verdad? ¡Responde!

Juntó las manos, se meció y cerró los ojos.

—¡Pues claro que sí!

No la creí.

—No me mientas, por favor. Sabes muy bien que detesto toda forma de fingimiento. No soy un pretencioso. Siempre quiero la verdad.

Mona se levantó, vino a la cocina y se quedó en la puerta. Se inclinó con las manos en la espalda y sonrió como Mona Lisa.

—Díselo a Mona —dije.

Mi madre se volvió a Mona.

—La he leído..., ¿verdad, Mona?

Mona no se inmutó.

—¿Lo ves? —dijo mi madre con aire triunfal—. Mona sabe que la he leído, ¿verdad, Mona?

Se volvió de nuevo hacia Mona.

—Y le dije que me gustaba, ¿verdad, Mona?

Mona siguió impertérrita.

—¿Lo ves? Mona sabe que me gustó..., ¿verdad, Mona?

Empecé a golpearme el pecho.

—¡Buen Dios! —grité—. ¡Dirígete a mí! ¡A mí! ¡A mí! ¡A mí! ¡No a Mona! ¡A mí! ¡A mí! ¡A mí!

Mi madre alzó las manos con desesperación. Por lo que fuese, estaba tensa y parecía dudar de sí misma.

—¡Pero si acabo de decirte que me parece excelente!

—No me mientas. No se admiten triquiñuelas.

Suspiró y volvió a decirlo con resolución.

—Es excelente. Por tercera vez te digo que es excelente. Excelente.

—Deja de mentir.

Bajó la mirada, la elevó al techo. Quería gritar, llorar. Se apretó las sienes y se esforzó por encontrar otra manera de decirlo.

—Pero ¿qué quieres que diga?

—Si no te importa, quiero la verdad. Sólo la verdad.

—Muy bien. La verdad es que es excelente.

—Deja de mentir. Lo menos que puedo esperar de la mujer que me dio la vida es cierta semblanza de verdad.

Me apretó la mano y acercó la cara a la mía.

—Arturo —suplicó—. Te juro que me gusta. Te lo juro.

Lo decía en serio.

Bueno, por fin habíamos llegado a algo. He allí una mujer que me entendía. Delante de mí, aquella mujer, mi madre. Me entendía. Sangre de mi sangre, carne de mi carne, era capaz de apreciar mi prosa. Podía plantarse ante el mundo y declararla excelente. He allí una mujer para la eternidad, una mujer que era una esteta a pesar de sus aires vulgares, una crítica intuitiva. Algo se ablandó en mi interior.

—Mamá —susurré—. Mamá querida. Querida, dulce y amada madre. Cuánto te quiero. La vida es muy injusta contigo, querida y amada madre.

La besé y percibí la textura salada de su cuello. Parecía muy cansada, fatigada por el trabajo. ¿Qué justicia había en este mundo para que una mujer como ella sufriese sin quejarse? ¿Había un Dios en el cielo para juzgarla y ponerla entre los elegidos? ¡Pues debería haberlo! ¡Debería haberlo!

—Querida mamá. Te voy a dedicar el libro. A ti..., a mi madre. A mi madre, con gratitud y reconocimiento. A mi madre, sin la cual esta gran obra no habría sido posible. A mi madre, con la gratitud y el reconocimiento de un hijo que no la olvidará.

Mona se volvió dando un alarido y regresó al dormitorio.

—¡Ríe! —grité—. ¡Ríe! ¡Zopenca! Querida mamá. Mamá querida. ¡Ríe! ¡Subnormal profunda! ¡Ríe! Querida madrecita. Para ti, mi madre: un beso.

Y la besé.

—El protagonista me recuerda a ti —dijo sonriendo.

—Querida mamá.

Tosió, titubeó. Algo la preocupaba. Quería decirme alguna cosa.

—Lo que pasa es que..., ¿por qué el protagonista se acuesta con la negra? ¿Con la surafricana?

Me reí y la abracé. Era delicioso. La besé y le acaricié la mejilla. Ja, ja, era como una criatura, como una criaturita pequeñita.

—Mamaíta querida. Ya veo que el escrito te ha calado hondo. Ha conmovido hasta los cimientos de tu alma pura, querida mamaíta mía. Ja, ja.

—Y tampoco me gusta lo de la muchacha china.

—Querida mamá. Mi mamá pequeñita.

—Y tampoco me gusta lo de la esquimal. Me pareció horrible. Me dio asco.

Agité el dedo ante ella.

—Vamos, vamos. Eliminemos el puritanismo. Olvidemos la mojigatería. Seamos lógicos y filosóficos.

Se mordisqueó el labio y frunció el entrecejo. En el interior de aquella cabeza suya le mordisqueaba otra cosa. Meditó un momento y me miró a los ojos. Sabía lo que le pasaba: tenía miedo de mencionarlo, fuera lo que fuese.

—Bueno —dije—. Habla. Suéltalo. ¿Qué más?

—Cuando se acuesta con las chicas del coro. Tampoco me gusta. ¡Veinte coristas! Me pareció terrible. No me gustó ni pizca.

—¿Por qué?

—Creo que no debería acostarse con tantas mujeres.

—Ah, crees que no, ¿eh? ¿Y por qué no?

—Pues porque no... y basta.

—¿Por qué no? No te andes con rodeos. Da tu opinión, si es que tienes alguna. Y si no, cállate. ¡Mujeres!

—Debería conocer a una chica católica, buena y limpia, sentar cabeza y casarse con ella.

¡Conque era aquello! Al fin salía a relucir la verdad. La cogí por los hombros y le di la vuelta hasta que mi cara estuvo cerca de la suya, mis ojos al mismo nivel que los suyos.

—Mírame —dije—. Dices que eres mi madre. ¡Pues mírame! ¿Acaso parezco una persona que venda su alma por unas monedas? ¿Crees que me importa la opinión pública? ¡Responde!

Retrocedió.

Me aporreé el pecho.

—¡Respóndeme! No te quedes ahí como una mujer, como una idiota, como una buscamierda católico-burguesa e inquisitorial. ¡Exijo una respuesta!

De pronto me plantó cara.

—El protagonista es un guarro. Comete adulterio en casi todas las páginas. ¡Mujeres, mujeres, mujeres! Es impuro desde el principio. Me

revuelve el estómago.

—¡Ja! —dije—. ¡Por fin ha salido! ¡Por fin sale a la superficie la dolorosa verdad! ¡El papismo vuelve! ¡Otra vez la mentalidad católica! ¡El Papa de Roma agita la bandera de la indecencia!

Al pasar a la sala dije unas palabras a la puerta.

—Lo tienes ahí todo. El misterio del universo. La transvaloración de valores ya transvalorados. El clero. La ignorancia de la plebe. El papismo. ¡La Meretriz de Roma con todo su horror espectacular! El vaticanismo. ¡Sí, verdaderamente os digo que quien no aprenda a decir sí se condenará! ¡Así habló Zaratustra!

Después de cenar llevé el manuscrito a la cocina. Desparramé los cuadernos sobre la mesa y encendí un cigarrillo.

—Vamos a ver si es idiota o no.

Al ponerme a leer oí cantar a Mona.

—¡Silencio!

Me acomodé y leí las diez primeras líneas. Al llegar a la décima, dejé caer el cuaderno como si fuera una serpiente muerta y me levanté. Me puse a pasear por la cocina. ¡Imposible! ¡No podía ser verdad!

—Aquí pasa algo. Hace demasiado calor. No me sienta bien. Necesito espacio, aire en abundancia.

Abrí la ventana y miré afuera un momento. Detrás de mí estaba el cuaderno. Bueno..., vuelve y léelo, Bandini. No te quedes en la ventana. El libro no está aquí; está detrás, detrás de ti, en la mesa. Vuelve y léelo.

Cerré la boca con fuerza, me senté y leí otras cinco líneas. La sangre me subió a la cara. El corazón me martilleaba como un batán.

—Sí que es extraño; a decir verdad, muy extraño.

Volví a oír a Mona. Estaba cantando. Un himno. Señor, un himno en una época como aquélla. Abrí la puerta y asomé la cabeza.

—Deja de cantar eso o te enseñaré algo realmente idiota.

—Yo canto cuando quiero.

—Nada de himnos. Prohíbo los himnos.

—Y canto himnos también.

—Canta un himno y eres mujer muerta. Elige.

—¿Quién ha muerto? —dijo mi madre.

—Nadie —dije—. Todavía.

Volví al libro. Otras diez líneas. Me incorporé de un salto y me mordí las uñas. Se me desprendió un padraastro del pulgar. Sentí un ramalazo de dolor. Cerré los ojos, así el padraastro con los dientes y lo arranqué. Bajo la uña apareció una pequeña mancha de sangre roja.

—¡Sangra! ¡Muere desangrado!

La ropa se me pegaba al cuerpo. Detestaba aquella cocina. Miré por la ventana el tráfico que bajaba por Avalon Boulevard. Nunca había oído tanto ruido. Nunca había sentido tanto dolor como el que sentía en el dedo. Dolor y

ruido. Todas las bocinas del mundo se habían congregado en aquella calle. El estruendo me estaba volviendo loco. No podía vivir en un sitio como aquél y escribir. Del piso de abajo llegó el gorgoteante murmullo de una bañera llenándose. ¿Quién se estaba dando un baño a aquellas horas? ¿Qué ser sin entrañas? A lo mejor estaban estropeadas las cañerías. Recorrí la casa, entré en el cuarto de baño y abrí el grifo. Funcionaba bien..., pero haciendo ruido, tanto ruido que me pregunté por qué no me había dado cuenta antes.

—¿Qué sucede? —dijo mi madre.

—Hay demasiado ruido aquí. No puedo crear con este barullo. Te aseguro que me estoy hartando de esta casa de locos.

—Pues yo creo que esta noche está todo muy tranquilo.

—No me llesves la contraria, mujer.

Volví a la cocina. Era imposible escribir en aquel lugar. No me extrañaba. No me extrañaba. ¿Qué no me extrañaba? Bueno, no me extrañaba que no se pudiera escribir en aquel lugar. ¿No me extrañaba? ¿De qué estás hablando? ¿Qué era lo que no me extrañaba? La cocina era un estorbo. El barrio era un estorbo. La ciudad era un estorbo. Me chupé la herida del dedo. El dolor me hacía ver las estrellas. Oí a mi madre hablando con Mona.

—¿Qué le pasa ahora?

—Es un cretino —dijo Mona.

Entré en la sala como una exhalación.

—¡Te he oído! —grité—. ¡Y te aconsejo que te calles! Ya te enseñaré yo quién es aquí el idiota.

—Yo no dije que tú fueras idiota —dijo Mona—. Dije que tu novela era idiota. No que el idiota fueras tú —sonrió—. De ti sólo he dicho que eres un cretino. La idiota es la novela.

—¡Ten cuidado! Como hay Dios que estás advertida.

—Pero ¿qué os pasa a vosotros dos? —dijo mi madre.

—Ella lo sabe —dije—. Pregúntaselo.

Me armé de valor para la dura prueba que me esperaba, apreté los dientes y volví al libro. Me puse el cuaderno delante de la cara y cerré los ojos. Tenía miedo de leer. No se podía escribir en aquel manicomio. No podía brotar ningún arte de tanto caos y tanta necedad. La bella prosa necesitaba silencio, un ambiente apacible. Quizás incluso música suave. ¡No me extrañaba! ¡No me extrañaba!

Abrí los ojos y me esforcé por leer. No resultaba. No podía leer. Lo intenté en voz alta. No resultaba. El libro no resultaba. Era algo verboso; contenía demasiadas palabras. Era un poco pesado. Tenía fallos. Era muy

malo. Era peor que eso. Era una guarrería. Era apestoso. Era el peor de los peores que había visto en mi vida. Era ridículo; era cómico; era idiota; oh, es idiota, idiota, idiota, idiota, idiota. Avergüénzate, oh, idiota, de haber escrito una idiotez así. Mona tiene razón. Es idiota.

Es por culpa de las mujeres. Me han emponzoñado el espíritu. Siento su llegada..., la locura en estado puro. Los escritos de un maníaco. Demencia. ¡Ja! ¡Mira! ¡Está loco! ¡Fíjate en él! ¡Desciende de una familia de tarados! ¡Locura furiosa en estado puro! Se puso así por darse atracones con mujeres en privado, señor. Lo siento muchísimo por él. Un caso patético, señor. Antes era un muchacho bueno y católico. Iba a la iglesia y todas esas cosas. Era muy devoto, señor. Un chico modelo. Educado por las monjas, un buen chaval, eso era. Ahora es un caso patético, señor. Dan ganas de llorar. Cambió de repente. Sí. A ese sujeto le pasó algo. Empezó a ir por mal camino cuando murió su padre, y mire lo que ha pasado.

Tenía ideas. Tenía todas aquellas mujeres de mentira. Siempre hubo algo ligeramente anormal en el individuo, pero hicieron falta aquellas mujeres para que se le manifestase. Yo solía verlo por aquí, paseando solo. Vivía con su madre y con su hermana en esa casa de fachada enlucida que hay enfrente de la escuela. Solía ir por Jim's Place. Pregúntele a Jim. Jim lo conocía bien. Trabajaba en la fábrica de conservas. Tuvo muchos trabajos por ahí. Aunque no pudo conservar ninguno..., demasiado irregular. Un tornillo suelto, un zumbado. Zumbado, se lo digo yo, totalmente zumbado. Sí..., demasiadas mujeres, de las malas. Debería haber oído su cháchara. Como un lunático. El mentirosísimo más contumaz del condado de Los Ángeles. Tenía alucinaciones. Delirios de grandeza. Una amenaza para la sociedad. Seguía a las mujeres por las calles. Se enfurecía con las moscas y se las comía. Fueron las mujeres. También mató muchos cangrejos. Los mató todos en una tarde. Un auténtico anormal. El más anormal del condado de Los Ángeles. Me alegro de que lo hayan encerrado. ¿Dice que lo encontraron vagando por los muelles, totalmente ido? Bueno, así es él. Seguro que andaba buscando más cangrejos para matarlos. Le digo que es peligroso. Su sitio está tras los barrotes. Hay que vigilarlo muy de cerca. Tenerlo allí el resto de su vida. Me siento más seguro con el lunático en la loquería a la que pertenece. Aunque es un caso triste. Lo siento más por su madre y por su hermana. Rezan por él todas las noches. ¿Se lo imagina? ¡Sí! Puede que también ellas estén chifladas.

Me tiré en la mesa y lloré. Quería rezar otra vez. Lo quería más que nada en el mundo.

¡Ja! ¡El loco quiere rezar!

¡Un loco que reza! Quizás sea su pasado religioso. A lo mejor era muy piadoso de pequeño. Qué curioso es este tipo. Muy curioso. Me mordí los nudillos. Clavé las uñas en la mesa. Mis dientes encontraron la raíz del padraastro del pulgar. La mastiqué. Los cuadernos estaban desparramados ante mí, en la mesa. ¡Vaya escritor! ¡Un libro sobre las industrias pesqueras californianas! ¡Un libro sobre el vómito californiano!

Risas.

Las oí en la habitación contigua, a mi madre y a Mona. Hablaban de dinero. Mi madre se quejaba con amargura. Decía que nunca saldríamos adelante con lo que yo ganaba en la fábrica. Decía que tendríamos que irnos a vivir a la casa del tío Frank. Él nos cuidaría bien. Yo conocía la causa de aquellos comentarios. Las palabras del tío Frank. Había vuelto a hablar con mi madre. Lo sabía. Y sabía que ella no estaba repitiendo todo lo que él había dicho: que yo era un inútil del que no se podía depender, que de mí sólo cabía esperar lo peor. Y mi madre era la única que hablaba, sin obtener respuesta por parte de Mona. ¿Por qué Mona no le respondía? ¿Por qué tenía que ser tan maleducada? ¿Tan insensible?

Me incorporé y entré en la sala.

—¡Responde a tu madre cuando te habla!

En cuanto Mona me vio fue presa del pánico. Era la primera vez en mi vida que veía aquella expresión de miedo en sus ojos. Me puse en acción. Era lo que yo siempre había querido. Me dirigí hacia ella.

—¡Ten cuidado! —dijo.

Contuvo la respiración, pegada al respaldo de la silla.

—¡Arturo! —dijo mi madre.

Mona entró en el dormitorio y cerró de un portazo. Se apoyó en la puerta por el otro lado. Gritó a mi madre que me alejara de allí. Abrí la puerta de una embestida. Mona retrocedió hasta la cama y cayó de espaldas en ella. Jadeaba.

—¡Ten cuidado!

—¡So monja!

—¡Arturo! —dijo mi madre.

—¡Monja! Conque es idiota, ¿eh? Conque te da risa, ¿eh? Conque es el peor libro que has leído en tu vida, ¿eh?

Levanté el puño y lo descargué. Le di en la boca. Se llevó la mano a los labios y se desplomó sobre las almohadas. Mi madre llegó gritando. Había sangre entre los dedos de Mona.

—Conque te has reído de ella, ¿eh? ¡Te has burlado! Del trabajo de un genio. ¡Tú! ¡De Arturo Bandini! Ahora Bandini devuelve el golpe. ¡Castiga en nombre de la libertad!

Mi madre la protegió con el cuerpo y los brazos. Quise apartarla. Me arañó como una gata.

—¡Fuera de aquí! —dijo.

Recogí la cazadora y me fui a la calle. Allí quedó mi madre balbuciendo. Mona gemía. Tenía la sensación de que no volvería a verlas nunca. Estaba contento.

Una vez en la calle no supe adónde ir. El municipio tenía dos direcciones fundamentales: el este y el oeste. Al este estaba Los Ángeles. Al oeste, a un kilómetro, estaba el mar. Anduve hacia el mar. Estábamos en verano, pero la noche era muy fría. La niebla había empezado a levantarse. El viento la empujaba de aquí para allá en deshilachados mechones blancos. Oí las bocinas del canal, mugiendo como un cargamento de bueyes. Encendí un cigarrillo. Tenía sangre en los dedos..., sangre de Mona. Me la limpié en la pernera del pantalón. No se iba. Levanté la mano para que la niebla la humedeciese con un beso frío. Me volví a limpiar. Pero no se iba. Entonces me froté los nudillos en el polvo del borde de la acera hasta que la sangre desapareció, pero frotando me desgarré la piel y salió más sangre.

—Bien. Sangra... ¡Sangra!

Crucé el patio de la escuela y fui por Avalon a buen paso. ¿Adónde vas, Arturo? El cigarrillo era abominable, como un puñado de pelo. Lo escupí al suelo y lo pisé a conciencia con el tacón. Lo miré por encima del hombro. Me quedé de piedra. Todavía estaba encendido, una hebra de humo culebreaba en la niebla. Recorrí una manzana pensando en aquel cigarrillo. Seguía con vida. Me dolió que siguiera encendido. ¿Por qué tenía que seguir encendido? ¿Por qué no se había apagado? Un mal augurio, tal vez. ¿Por qué tenía que impedirle a aquel cigarrillo la entrada en el mundo de los espíritus del tabaco? ¿Por qué dejarlo encendido y sufriendo tristemente? ¿A esto había llegado? ¿Era yo un monstruo tan terrible que negaba a un cigarrillo su derecho a fenecer?

Corrí hacia el cigarrillo.

Allí estaba.

Lo pisé hasta convertirlo en una lámina marrón.

—Adiós, querido cigarrillo. Volveremos a estar juntos en el Paraíso.

Seguí andando. La niebla me lamía con sus múltiples lenguas heladas. Me abroché la cazadora hasta arriba, todos los botones menos el último.

¿Por qué no me abrochaba también el último botón?

Aquello me irritó. ¿Debía abrochármelo o dejarlo desabrochado, el hazmerreír del mundo botonero, el botón inútil?

Lo dejaré sin abrochar.

No, lo abrocharé.

Sí, lo llevaré desabrochado.

No hice ninguna de las dos cosas, dado que tomé una decisión magistral. Arranqué el botón y lo tiré al suelo.

—Lo siento, botón. Hemos sido amigos durante mucho tiempo. A menudo te he acariciado con los dedos y tú me has dado calor en las noches frías. Perdóname por lo que he hecho. Volveremos a estar juntos en el Paraíso.

Me detuve ante el banco y miré las marcas de cerillas de la pared. El limbo de las rascaduras de cerilla, su lugar de castigo por no tener alma. Sólo una rascadura tenía alma, sólo una, la hecha por la mujer del abrigo morado. ¿Me acercaba a saludarla? ¿O seguía andando?

Me acercaré.

No, seguiré.

Sí, me acercaré.

No, no quiero.

Sí y no.

Sí y no.

Me acerqué.

Encontré la señal que había dejado ella, la mujer del abrigo morado. ¡Qué hermosa era! ¡Qué arte había en aquella rascadura! ¡Qué expresividad! Encendí una cerilla, una rascadura larga y firme. Apreté la ardiente punta de azufre contra la rascadura femenina. Se prendió a la pared, en ángulo con ésta.

—Te estoy seduciendo. Te amo y te entrego públicamente mi amor. ¡Qué afortunada eres!

Siguió prendida a la artística raspadura. Cayó cuando el azufre empezó a enfriarse. Seguí andando, a poderosas zancadas militares, un conquistador que había violado el alma excepcional de una raspadura de cerilla.

Pero ¿por qué la cerilla se había enfriado y caído? La incógnita me intranquilizaba. Me entró el pánico. ¿Por qué había sucedido? ¿Qué había hecho yo para merecer aquello? Yo era Bandini, el escritor. ¿Por qué me había fallado la cerilla?

Volví hecho una furia. Encontré la cerilla en el lugar en que había caído, fría, apagada, y en la acera, para que la viera todo el mundo. La recogí.

—¿Por qué has caído? ¿Por qué me has abandonado en esta hora de triunfo? Soy Arturo Bandini, el tremendo escritor. ¿Qué me has hecho?

No respondió.

—¡Habla! Exijo una explicación.

No respondió.

—Muy bien. No tengo elección. He de destruirte.

La partí en dos y la tiré al arroyo. Cayó al lado de otra cerilla, una que no estaba rota, una cerilla muy atractiva con un toque de fósforo azul alrededor del cuello, una cerilla muy mundana y sofisticada. Y allí estaba la mía, humillada, con la columna rota.

—Me pones en evidencia. Ahora sí que sufrirás de lo lindo. Te dejo para que seas pasto de las burlas del reino cerillero. Ahora todas las cerillas te verán y harán comentarios despectivos. Así sea. Ha hablado Bandini. Bandini, el poderoso señor de la pluma.

Pero al cabo de media manzana me pareció muy injusto. ¡La pobre cerilla! ¡La desdichada compañera! Qué innecesario era todo aquello. Ella había cumplido de la mejor manera posible. Sabía lo mal que se sentiría. Volví y la recogí. Me la metí en la boca y la mastiqué hasta que quedó hecha una pasta.

Las demás cerillas ya no la reconocerían. La escupí en mi mano. Allí estaba, deshecha y machacada, en estado de descomposición. ¡Estupendo! ¡Maravilloso! Un milagro de la decadencia. ¡Bandini, te felicito! Acabas de hacer un milagro. Has acelerado las leyes eternas y apresurado el retorno al origen. ¡Bien hecho, Bandini! Estupendo trabajo. Potente. Un auténtico dios, un superhombre tremendo; señor de la vida y de las letras.

Dejé atrás los billares Acme y me acerqué a la casa de artículos de segunda mano. Aquella noche estaba abierta. El escaparate era el mismo que el de la noche de hacía tres semanas, la noche que ella, la mujer del abrigo morado, se había fijado en él. Y allí estaba el rótulo: Compro Oro Antiguo Al Mejor Precio.

Todo igual que aquella lejanísima noche, la noche que había derrotado a Gooch en los ochocientos metros lisos y dado a América la gloriosa victoria. ¿Y dónde estaba ahora Gooch, Sylvester Gooch, el pujante holandés? ¡El bueno de Gooch! Tardaría en olvidar a Bandini. Y era un gran corredor, casi tanto como Bandini. ¡Qué de anécdotas podría contar a sus nietos! Cuando volvamos a encontrarnos en otro lugar hablaremos de los viejos tiempos, Gooch y yo. Pero ¿dónde estaría ahora aquella centella holandesa? Sin duda en Holanda, entreteniéndose con sus molinos de viento, sus tulipanes y sus zuecos, aquel pujante atleta, casi igual a Bandini, esperando la muerte entre dulces recuerdos, esperando a Bandini.

¿Y dónde estaría ella, la mujer que había sido mía aquella noche esplendorosa? Oh, niebla, llévame hasta ella. Tengo mucho que olvidar. Hazme semejante a ti, agua flotante, difusa como el alma, y condúceme a los

brazos de la mujer de blanca faz. Compro Oro Antiguo Al Mejor Precio. Aquellas palabras habían penetrado en sus ojos, en sus nervios, en su cerebro, en lo profundo de las tinieblas del cerebro que tenía tras la blanca faz. Habían dejado allí una incisión, una rascadura de recuerdo, una imagen entrevista que iría con ella hasta la tumba, una huella. ¡Maravilloso, maravilloso, Bandini, con qué profundidad ves! Qué misteriosa es tu aproximación a la piedad. Palabras así, palabras preciosas, la belleza del lenguaje, en el interior del templo de su espíritu.

Te estoy viendo, mujer de aquella noche; te veo en la santidad de algún mugriento albergue del puerto, con la niebla fuera, y tú tendida con las piernas abiertas y el frío de los besos mortales de la niebla, y con olor a sangre en el cabello, un olor dulce como la sangre, tus medias descosidas y rotas colgando en una silla desvencijada bajo la fría luz amarilla de una bombilla solitaria y sucia, en el aire flota olor a polvo y a piel húmeda, tus destrozados zapatos azules yacen tristemente a los pies de la cama, surcan tu cara las arrugas de la fatigosa infelicidad de un desfloramiento chabacano y la embrutecedora pobreza, tus labios de golfa y no obstante suaves, hermosos y melancólicos me gritan que vaya, vaya, vaya a ese desdichado cuartucho para cebarme en el putrefacto éxtasis de tu forma, para darte una belleza tortuosa a cambio del infortunio y una belleza tortuosa a cambio de la ordinariez, mi belleza a cambio de la tuya, la luz ennegreciéndose mientras gritamos nuestro triste amor y adiós al enrevesado parpadeo de un amanecer gris que se negaba a comenzar en serio y que en realidad nunca habría llegado a tener fin.

Compro Oro Antiguo Al Mejor Precio.

¡Una Idea! La solución de todos mis problemas. La fuga de Arturo Bandini.

Entré.

—¿Hasta cuándo tienen abierto?

El judío que estaba al otro lado de la reja no levantó la vista de sus cuentas.

—Una hora más.

—Volveré.

Cuando llegué a casa se habían marchado. Había una nota sin firmar en la mesa. La había escrito mi madre.

«Hemos ido a pasar la noche a casa del tío Frank. Ven inmediatamente».

La colcha de la cama estaba hecha jirones, al igual que la funda de almohada. Estaban en el suelo, con manchas de sangre. En el tocador había vendas y un frasco azul de desinfectante. En la silla vi un cazo con agua

teñida de rojo. Al lado estaba el anillo de mi madre. Me lo guardé en el bolsillo.

Saqué el baúl de debajo de la cama. Contenía muchas cosas, recuerdos de nuestra infancia que mi madre había guardado amorosamente. Los cogí uno por uno. Una despedida sentimental, una mirada al tiempo perdido antes de la partida de Bandini. El mechón de pelo rubio en el librito blanco de oraciones: era pelo mío, de cuando era niño; el libro de oraciones era un regalo de la Primera Comuni3n.

Recortes del periódico de San Pedro de cuando terminé la primera enseñanza; otros recortes de cuando salí del instituto. Recortes sobre Mona. Una foto de periódico con Mona vestida de Primera Comuni3n. Su foto y la mía durante la Confirmaci3n. Otra foto com3n de un Domingo de Pascua. Otra de cuando los dos cantábamos en el coro. Los dos juntos el día de la Inmaculada. Una lista de palabras de un concurso de ortografía de cuando hacía primera enseñanza; el máximo de puntuaci3n.

Recortes sobre obras de teatro escolares. Todas mis calificaciones desde el principio. Todas las de Mona. Yo no era un muchacho despierto, pero siempre aprobaba. Miré una lista de notas: Aritmética 70; Historia 80; Geografía 70; Ortografía 80; Religión 99; Lengua 97. Arturo Bandini nunca tuvo problemas con la religi3n ni con la lengua. Miré otra de Mona: Aritmética 96; Historia 95; Geografía 97; Ortografía 94; Religión 90; Lengua 90.

Me ganaría en otras cosas, pero nunca en Lengua ni en Religión. ¡Ja! Qué divertido. Una buena anécdota para los biógrafos de Arturo Bandini. El peor enemigo de Dios sacando en religi3n mejores notas que la mejor amiga de Dios, y ambos de la misma familia. Qué ironía. ¡Menuda biografía iba a ser! ¡Ah, Señor, vivir para leerla!

En el fondo del baúl encontré lo que buscaba. Eran joyas familiares envueltas en un chal con estampados. Dos anillos de oro macizo, una cadena y un reloj de oro, unos gemelos de oro, unos pendientes de oro, un broche de oro, unos cuantos alfileres de oro, un camafeo de oro, una cadena de oro, unos cuantos chismes de oro..., joyas que mi padre había comprado a lo largo de su vida.

—¿Cuánto? —dije.

El judío puso cara de vinagre.

—Es todo chatarra. No puedo venderlo.

—Pero ¿cuánto? ¿Qué hay de ese rótulo, Compro Oro Antiguo Al Mejor Precio?

—Quizás cien dólares, pero no podré colocarlo. Hay poco oro. Es casi todo plata.

—Deme doscientos y quédese con todo.

Sonrió con desdén, los ojos negros apretados entre párpados de rana.

—Nunca. Ni en un millón de años.

—Dejémoslo en ciento setenta y cinco.

Cerramos el trato por ciento diez. Me dio los billetes de uno en uno. Era más dinero del que había tenido en toda mi vida. Pensé que iba a desmayarme. Pero no dejé que se diera cuenta.

—Esto es piratería —dije—. Un robo.

—Di mejor caridad. Prácticamente te estoy regalando cincuenta dólares.

—Monstruoso —dije—. Indignante.

Cinco minutos después subía por la calle hacia Jim's Place. Estaba detrás del mostrador, sacando brillo a los vasos. Siempre me saludaba del mismo modo.

—Hola. ¿Qué tal el trabajo en la fábrica?

Me senté, saqué el fajo de billetes y los conté de nuevo.

—Vaya fajo tienes ahí —sonrió.

—¿Cuánto te debo?

—Pues... nada.

—¿Estás seguro?

—No me debes ni un centavo.

—Me voy de aquí —dije—. A la sede central. Pensaba que te debía unos dólares. Estoy saldando todas mis deudas.

Sonrió al dinero.

—Ya me gustaría que me debieras la mitad de todo lo que llevas.

—No todo es mío. Una parte es del partido. Me lo han dado para los gastos del viaje.

—Ah. Un viaje deportivo.

—No es esa clase de partido. Me refiero al Partido Comunista.

—¿A los rusos?

—Llámalos así si quieres. Me lo mandó el comisario Demetriev. Dinero para gastos.

Puso los ojos como platos. Silbó y dejó de limpiar con la bayeta.

—¿Eres rojo? —Se le trabó tanto la lengua que en vez de rojo dijo cojo.

Me levanté, fui hasta la puerta y miré a ambos lados de la calle. Volví y señalé con un gesto la parte trasera del establecimiento.

Susurré:

—¿Hay alguien al fondo?

Negó con la cabeza. Me senté. Nos miramos en silencio. Me humedecí los labios. Miró hacia la calle y luego otra vez a mí. Los ojos se le salían de las órbitas. Me aclaré la garganta.

—¿Puedes mantener la boca cerrada? Pareces hombre en el que puedo confiar.

Tragó saliva y se inclinó hacia delante.

—Guarda el secreto —dije—. Sí. Soy rojo.

—¿Ruso?

—En principio... sí. Dame un batido de chocolate.

Era como si le hubiesen clavado un puñal en las costillas. Le daba miedo apartar los ojos de mí. Incluso me miró por encima del hombro cuando se volvió para llenar la batidora. Reí entre dientes y encendí un cigarrillo.

—Somos totalmente inofensivos —dije riendo—. Sí, totalmente.

No dijo una palabra.

Me tomé el batido con lentitud, deteniéndome de vez en cuando para reír por lo bajo. Por la garganta me subían intrépidas y alegres burbujas de risa.

—¡De verdad! Somos totalmente humanos. ¡Totalmente!

Me miró como si estuviese ante un atracador.

Volví a reírme, con alegría, con soltura, con gorgoritos.

—Demetriev tiene que saber esto. En mi próximo informe se lo contaré. El viejo Demetriev rugirá con su negra barba. ¡Y cómo ruge ese lobo negro ruso! Pero en realidad somos totalmente inofensivos, totalmente. Te lo aseguro, totalmente. De verdad, Jim. ¿No lo sabías? De verdad...

—No lo sabía.

Gorjeé de nuevo.

—¡Pues claro! ¡Y seguro que tú ya lo sabías!

Me levanté y reí humanamente.

—Sí..., el viejo Demetriev tiene que saberlo. ¡Y cómo rugirá con su negra barba, ese lobo negro ruso!

Me acerqué al expositor de las revistas.

—¿Y qué leen los burgueses esta noche?

No dijo nada. Su abierta hostilidad era como un alambre tirante tendido entre ambos, y sacaba brillo a los vasos con furia, uno tras otro.

—Me debes la bebida —dijo.

Le di un billete de diez dólares.

La caja registradora tintineó. Sacó el cambio y lo dejó en el mostrador con un golpetazo.

—¡Ahí tienes! ¿Algo más?

Lo cogí todo menos un cuarto de dólar. Era mi propina habitual.

—Te has dejado el cuarto —dijo.

—Oh, no —dije sonriendo—. Es para ti..., la propina.

—No la quiero. Guárdate tu dinero.

Sin decir palabra, pero con una sonrisa de seguridad y añoranza, me guardé la moneda.

—Viejo Demetriev..., cómo rugirá el lobo negro.

—¿Quieres algo más?

Cogí los cinco números de *Artists and Models* que había en el expositor. Nada más tocar las revistas supe por qué había ido a Jim's Place con tanto dinero.

—Éstas, me llevo éstas.

Se inclinó sobre el mostrador.

—¿Cuántas hay?

—Cinco.

—Sólo te puedo vender dos. Las otras se las he prometido a otra persona.

Sabía que estaba mintiendo.

—Pues entonces me llevaré dos, compañero.

Salí a la calle con sus ojos clavados en mi espalda. Crucé el patio de la escuela. Las ventanas de nuestra casa estaban a oscuras. ¡Ah, otra vez las mujeres! Aquí llega Bandini con sus mujeres. Tenían que estar conmigo durante mi última noche. De súbito volví a sentir el antiguo aborrecimiento.

No. Bandini no sucumbirá. ¡Nunca más!

Junté las revistas y las tiré. Aterrizaron en la acera, ondeando en la niebla, las oscuras fotografías destacando como flores negras. Fui a por ellas y me detuve. ¡No, Bandini! Un superhombre no flaquea. El hombre fuerte permite que se le acerque la tentación para resistirla. Di unos pasos hacia ellas. ¡Valor, Bandini! ¡Lucha hasta el final! Haciendo un esfuerzo supremo me alejé de las revistas y anduve en línea recta hacia mi casa. Ya en la puerta, miré atrás. Eran invisibles entre la niebla.

Unas piernas entristecidas me izaron por los crujientes escalones. Abrí la puerta y encendí la luz. Estaba solo. La soledad acariciaba, inflamaba. No. Aquella última noche no. Por una vez partiría como vencedor.

Me acosté. Me levanté de un salto. Me acosté. Me levanté de un salto. Me puse a buscar. En la cocina, en el dormitorio. En el cuarto ropero. Fui a la puerta y sonreí. Fui a la mesa, a la ventana. Las mujeres ondeaban en la

niebla. Busqué en la sala. Es tu última batalla. Estás venciendo. Sigue luchando.

Pero ya iba hacia la puerta. Y bajaba las escaleras. Estás perdiendo; ¡lucha como un superhombre! Me tragó la refunfuñante niebla. Esta noche no, Bandini. No seas un borrego necio y sin voluntad. ¡Sé un héroe en la pelea!

Pero ya volvía a casa con las revistas en la mano. Por ahí va arrastrándose el pelele. Otra vez ha caído.

Vedlo avanzar furtivamente entre la niebla con sus mujeres inertes. Siempre irá furtivamente por la vida con mujeres inertes de revistas y libros. Cuando esto termine lo encontrarán, como si todavía estuviera en ese país de sueños inocentes, manoseando su propia niebla.

Una tragedia, señor. Una gran tragedia. Una vida fluida e invertebrada, señor. Y el cadáver, señor. Lo encontramos en el muelle. Sí, señor. Una bala en el corazón, señor. Sí, un suicidio, señor. ¿Y qué hacemos con el cadáver, señor? Para la ciencia..., muy buena idea, señor. El Instituto Rockefeller, nada menos. Él lo habría querido así, señor. Su último deseo terrenal. Un gran amante de la ciencia, señor..., de la ciencia y de las mujeres inertes.

Me senté en el sofá y pasé las páginas. Ah, las mujeres, las mujeres.

De repente chasqué los dedos.

¡Idea!

Tiré las revistas y corrí en busca de un lápiz. ¡Una novela! ¡Otra novela! ¡Qué idea! ¡Dios Santo, qué idea! La primera salió mal, sí. Pero ésta no. ¡Aquí había una idea! En esta nueva idea, Arthur Banning no sería fabulosamente rico; ¡sería fabulosamente pobre! No iría por el mundo en un yate caro, buscando a la mujer de sus sueños. ¡No! Sería al revés. ¡La mujer lo buscaría a él! ¡Guau! ¡Qué idea! La mujer representaría la felicidad, la simbolizaría, y Arthur Banning simbolizaría a todos los hombres. ¡Qué idea!

Me puse a escribir. Pero a los pocos minutos estaba asqueado. Me cambié de ropa y preparé una maleta. Necesitaba un cambio de ambiente. Un gran escritor necesitaba variedad. Cuando terminé de hacer la maleta, me senté y escribí una nota de despedida para mi madre.

Apreciada Mujer Que Me Dio La Vida:

Las acerbas vejaciones y perturbaciones de esta noche han cristalizado ulteriormente en un estado que obliga a Arturo Bandini a tomar una decisión mastodóntica y pantagruélica. Comunícotelo en términos inequívocos. Ergo os dejo, a ti y a tu siempre encantadora hija (mi querida hermana Mona), para perquirir los fabulosos usufructos de mi incipiente carrera en recóndita soledad. Es decir que esta noche partiré para la metrópoli del este, nuestra propia Los Ángeles, ciudad de ángeles. Te confío a la clemente generosidad de tu hermano, Frank Scarpi, que es, como suele decirse, un buen hombre de familia (¡sic!). Estoy sin blanca, pero te insto en términos inequívocos a que desistas de angustiarte cerebralmente por mi porvenir, pues en verdad está en la palma de los dioses inmortales. He llegado a la lamentable conclusión, tras un periodo de

años, de que vivir contigo y con Mona es deletéreo para la elevada y magnánima finalidad del Arte, y te repito en términos inequívocos que soy un artista, un creador indubitable. Per se, las zozobrantés invectivas de la cogitación y el intelecto hallan poca fruición en la corrompida y distorsionada hegemonía que los pobres mortales, a falta de una terminología mejor y más concisa, llamamos hogar. En términos inequívocos te doy mi amor y mi bendición, y te juro con toda sinceridad que cuando digo en términos inequívocos que te perdono no sólo es por lo que compungidamente ha tenido lugar esta noche, sino también por todas las demás noches. Ergo supongo en términos inequívocos que me corresponderás de parecida manera. ¿Puedo decir a guisa de colofón que tengo mucho que agradecerte, oh, mujer que insufló el aliento de la vida en el cerebro de mi destino? Sí, así es, así es.

Firmado: Arturo Gabriel Bandini

Con la maleta en la mano, me fui andando a la estación. Faltaban diez minutos para que saliera el tren nocturno de Los Ángeles. Me senté y me puse a pensar en la próxima novela.

Espera a la primavera, Bandini

Dedico este libro a mi madre, Mary Fante, con amor y devoción; y a mi padre, Nick Fante, con amor y admiración.

PREFACIO

Ahora que ya soy viejo no puedo evocar este libro sin que su rastro se me pierda en el pasado. A veces, cuando estoy en la cama por la noche, una frase, un párrafo o un personaje de esta obra temprana se apoderan de mí y en un estado semionírico me entretejen el melodioso recuerdo de un antiguo dormitorio de Colorado, o de mi madre, o de mi padre, o de mis hermanos y mi hermana. No creo que lo que escribí hace tanto tiempo me reporte la paz de estas fantasías, pero tampoco tengo ánimo suficiente para mirar atrás, para abrir esta novela primeriza y leerla otra vez. Tengo miedo, no soporto que mi propia obra me desnude. Estoy seguro de que nunca volveré a leerla. También estoy seguro de otra cosa: todas las personas de mi vida literaria, todos mis personajes se encuentran en esta obra de juventud. En ella no queda ya nada de mí mismo, sólo un recuerdo de antiguos dormitorios y el rumor de las zapatillas de mi madre al dirigirse a la cocina.

JOHN FANTE

Avanzaba dando puntapiés a la espesa capa de nieve. Hombre asqueado a la vista. Se llamaba Svevo Bandini y vivía en aquella misma calle, tres manzanas más abajo. Tenía frío y agujeros en los zapatos. Por la mañana había tapado los agujeros por dentro con el cartón de una caja de macarrones. Los macarrones no los había pagado. Se había acordado mientras metía en los zapatos los trozos de cartón.

Detestaba la nieve. Era albañil y la nieve congelaba la argamasa que ponía entre los ladrillos. Se dirigía a su casa, pero no sabía por qué. Cuando era pequeño y vivía en Italia, en los Abruzos, tampoco le gustaba la nieve. No había sol, no había trabajo. Ahora vivía en los Estados Unidos, en Colorado, en un lugar llamado Rocklin. Acababa de salir de los Billares Imperial. En Italia también había montañas, por supuesto, iguales que los montes blancos que se alzaban a unos kilómetros hacia occidente. Los montes eran gigantescas túnicas blancas que caían a plomo hacia la tierra. Veinte años antes, cuando tenía veinte años de edad, había pasado hambre durante toda una semana entre los pliegues de aquella túnica despiadada y blanca. Había estado construyendo una chimenea en un refugio de montaña. Era peligroso subir allí en invierno. Había dicho a la porra el peligro, porque sólo tenía veinte años entonces, y una novia en Rocklin, y necesitaba dinero. Pero el techo del refugio había cedido bajo la nieve aplastante.

No había momento en que aquella nieve hermosa no le torturase. No comprendía aún por qué no había emigrado a California. Pero permanecía en Colorado, entre las nieves profundas, porque ya era demasiado tarde. La nieve blanca y hermosa era como la mujer blanca y hermosa de Svevo Bandini, muy blanca, muy fértil, que yacía en la cama blanca de una casa situada calle arriba. Walnut Street número 456, Rocklin, Colorado.

El aire frío le humedeció los ojos. Eran castaños, eran dulces, eran ojos de mujer. Le había quitado los ojos a su madre al nacer, ya que después del nacimiento de Svevo Bandini la madre no había sido la misma, achacosa siempre, siempre con expresión de enferma después del parto, hasta que murió, y a Svevo le tocó tener ojos castaños y dulces.

Setenta kilos pesaba Svevo Bandini y tenía un hijo llamado Arturo que disfrutaba acariciándole los hombros musculosos y palpándole las culebras

que le corrían por dentro. Era hombre apuesto Svevo Bandini, todo músculo, y su mujer, que se llamaba Maria, en cuanto pensaba en los músculos de los riñones del marido, el cuerpo y el espíritu se le derretían cual nieve de primavera. Era muy blanca esta Maria y mirarla era verla a través de una finísima capa de aceite de oliva.

Dio cane. Dio cane. Quiere decir que Dios es un perro y Svevo se lo decía a la nieve. ¿Por qué habría perdido diez dólares aquella noche en una partida de póquer en los Billares Imperial? Era muy pobre y tenía tres hijos, y no había pagado los macarrones, ni la casa en que estaban los tres hijos y los macarrones. Dios es un perro.

Svevo Bandini tenía una esposa que no decía nunca: dame dinero para dar de comer a los niños, pero tenía una esposa de ojos grandes y negros que el amor encendía hasta el empalago, unos ojos muy suyos que le escrutaban furtivamente la boca, las orejas, el estómago y los bolsillos. La astucia de aquellos ojos era triste, pues siempre sabían cuándo le había ido bien en los Billares Imperial. ¡Vaya ojos para una esposa! Veían todo lo que él era y esperaba ser, pero su alma jamás.

Lo cual era extraño, porque Maria Bandini era una mujer para quien todos eran almas, tanto los vivos como los muertos. Maria sabía lo que era un alma. Un alma era algo inmortal que ella conocía. Un alma era algo inmortal sobre lo que no discutía. Un alma era algo inmortal. Bueno, fuera lo que fuese, el alma era inmortal.

Poseía un rosario blanco, tan blanco que si se cayera en la nieve no se encontraría nunca, y Maria rezaba por el alma de Svevo Bandini y de sus hijos. Y como le faltaba tiempo, esperaba que en algún lugar del mundo, alguien, una monja de algún silencioso convento, alguien, cualquiera, tuviese tiempo para rezar por el alma de Maria Bandini.

A Svevo le aguardaba un lecho blanco en que su mujer yacía acostada, cálida e impaciente, y él daba puntapiés a la nieve y pensaba en algo que alguna vez fabricaría. Sólo una idea tenía en la cabeza: un aparato quitanieves. Había construido una maqueta con cajas de puros. Se le había metido en la cabeza. De pronto se estremeció como hombre al que un pedazo de metal frío toca el costado y recordó las veces incontables que había yacido en el lecho cálido con Maria, y que la crucecita fría del rosario femenino le rozaba la carne en las noches invernales como una víbora riente y fría, y que él se retiraba con premura a un rincón del lecho más frío aún, y pensó entonces en el dormitorio, en la casa que no había pagado, en la esposa blanca e incansablemente deseosa de pasión, y ya no pudo resistirlo, y llevado de la

furia se hundió en la nieve más abundante de la calzada para desfogarse en ella. *Dio cane. Dio cane.*

Tenía un hijo que se llamaba Arturo y Arturo tenía catorce años y un trineo. Al entrar en el patio de la casa que no había pagado, sus pies corrieron de pronto hacia la copa de los árboles, había caído de espaldas y el trineo de Arturo seguía en movimiento, deslizándose hacia un lilo de flores vencidas por el peso de la nieve. *Dio cane!* Ya le había dicho al chico, a aquel renacuajo cabrón, que no dejase el trineo en la entrada. Svevo Bandini sentía que el frío de la nieve le perforaba las manos como hormigas rabiosas. Se puso en pie, alzó los ojos al cielo, agitó el puño hacia Dios y a punto estuvo de morir de un ataque de cólera. Arturo, Arturo. ¡Renacuajo cabrón! Sacó el trineo de debajo de las lilas y con maldad deliberada le arrancó las guías. Sólo cuando estuvo hecho el destrozo recordó que el trineo le había costado siete dólares con cincuenta. Se sacudió la nieve de la ropa, notando un calor extraño en los tobillos, por donde la nieve se le había colado en los zapatos. Siete dólares con cincuenta centavos hechos trizas. *Diavolo!* Que el chico se comprara otro trineo. De todos modos prefería uno nuevo.

La casa no se había pagado. Era su enemiga aquella casa. Tenía voz y le hablaba siempre, igual que un loro, cotorreándole lo mismo sin parar. Cada vez que sus pies despertaban crujidos en el suelo del soportal, la casa le decía con insolencia: no eres mi dueño, Svevo Bandini, y nunca seré tuya. Cada vez que rozaba el pomo de la puerta principal era lo mismo. Durante quince años la casa le había importunado y exasperado con su cretina independenciam. Había ocasiones en que la quería dinamitar y reducir a escombros. Cierta vez había sido muy fuerte la provocación, la provocación de aquella casa que, semejante a una mujer, le incitaba a poseerla. Pero al cabo de trece años había acabado por cansarse y renunciar y la arrogancia de la casa había aumentado. A Svevo Bandini ya no le importaba.

El banquero propietario de la casa era uno de sus peores enemigos. El recuerdo de la cara del banquero le aceleró el corazón con ansia abrasadora de violencia. Helmer, el banquero. La hez de la tierra. De vez en cuando había tenido que ir a verle para decirle que no tenía dinero suficiente para alimentar a la familia. Helmer, pelo gris pulcramente peinado con raya, manos blandas, ojos de banquero que parecían ostras cuando Svevo Bandini le decía que no tenía dinero para pagarle el plazo de la casa. Había tenido que hacerlo muchas veces y las manos blandas de Helmer le enervaban. No podía hablar con un

hombre así. Detestaba a Helmer. Le habría gustado romperle el cuello a Helmer, arrancarle el corazón y pisoteárselo con los dos pies. Pensaba en Helmer y murmuraba: Ya te cogeré, ¡ya te cogeré! No era su casa y no tenía más que rozar el pomo de la puerta para acordarse de que no era suya.

Se llamaba Maria y la tiniebla era luz ante sus ojos negros. Anduvo él de puntillas hasta el rincón y la silla que allí había, al lado de la ventana con la persiana verde echada. Al tomar asiento le crujieron ambas rodillas. Para Maria era como el tintineo de dos campanillas y se le ocurrió que era una locura que una esposa amara tanto a un marido. Hacía mucho frío en la habitación. Por entre los labios jadeantes le brotaban chorros cónicos de vaho. Gruñó mientras forcejeaba como un pugilista con los cordones de los zapatos. Siempre los dichosos cordones. *Diavolo!* ¿Se moriría de viejo sin haber aprendido a atarse los cordones de los zapatos como los demás hombres?

—¿Svevo?

—Sí.

—No los rompas, Svevo. Enciende la luz y yo te los desataré. No te enfades, no vayas a romperlos.

¡Dios del cielo! ¡Santísima Virgen María! ¿Era aquello una mujer? ¿Enfadarse? ¿Por qué había de enfadarse? ¡La madre que...! ¡Con qué ganas habría roto la ventana de un puñetazo! Arañó con las uñas el nudo de los cordones. ¡Cordones, cordones! ¿Por qué existirían los cordones de zapatos? Ay, ay, ay.

—Svevo.

—¿Qué?

—Ya lo hago yo. Enciende la luz.

Cuando el frío ha agarrotado los dedos, el nudo de un cordón es tan terco como el alambre espinoso. Arrimó brazo y hombro para desahogar la impaciencia. El cordón se rompió con chasquido seco y a punto estuvo Svevo Bandini de caerse de la silla. Suspiró, suspiró la esposa.

—Ay, Svevo, otra vez los has roto.

—Es igual —dijo él—. ¿O querías que me metiera en la cama con los zapatos puestos?

Dormía desnudo, despreciaba la ropa interior, aunque una vez al año, con las primeras nieves, en la silla del rincón le esperaban siempre los calzoncillos largos que le habían preparado. Cierta vez se había reído de aquella salvaguardia: fue el año en que casi había muerto de gripe y pulmonía; fue el invierno en que se había levantado de un lecho de moribundo, delirando a causa de la fiebre, asqueado de las pastillas y los jarabes, se había tambaleado

hasta la despensa, se había metido hasta el galillo media docena de cabezas de ajos y había vuelto a la cama para sudar hasta la bilis. Maria creyó que lo habían curado sus oraciones y a partir de entonces el ajo fue la religión curativa de Bandini, pero Maria sostenía que el ajo procedía de Dios, argumento demasiado absurdo para que Svevo Bandini discutiera.

Era un hombre y no soportaba verse con calzoncillos largos. Ella era Maria y cada mancha de la ropa interior del marido, cada botón y cada hebra, cada olor y cada roce hacía que los pezones le doliesen con un júbilo que brotaba del centro de la tierra. Llevaban casados quince años, y él tenía lengua, sabía moverla, y con frecuencia hablaba de cuanto se le ocurría, pero muy pocas veces le había dicho te quiero. Ella era su mujer, y hablaba en contadísimas ocasiones, pero a él le aburría que sólo supiera decir te quiero.

Se acercó al lecho, metió las manos bajo las mantas y buscó a tientas el rosario errabundo. Acto seguido se introdujo entre las sábanas y se abrazó a ella con desesperación, enroscando los brazos alrededor de los de ella, atenazando las piernas de la mujer con las suyas. No era pasión, sólo el frío de una noche de invierno y ella era una mujercilla-estufa que desde el principio le había atraído por su calidez y su melancolía. Quince inviernos, noche tras noche, y un cuerpo cálido de mujer que acogía unos pies como témpanos, unas manos y unos brazos como témpanos; pensó él en aquella clase de amor y lanzó un suspiro.

Y hacía nada, los Billares Imperial se habían quedado con los diez dólares que le quedaban. Si aquella mujer tuviese por lo menos algún defecto que compensara un tanto sus debilidades... Fíjate en Teresa de Renzo. Se habría casado con Teresa de Renzo, pero era una mujer extravagante, hablaba demasiado, la boca le olía a perro muerto y, hembra fuerte y musculosa, fingía derretirse además entre sus brazos. ¡Casi nada! ¡Y era más alta que él! El caso es que con una esposa como Teresa habría perdido a gusto diez dólares en los Billares Imperial en una partida de póquer. Habría pensado en su aliento, en aquel pico que no paraba, y habría dado gracias a Dios por presentársele la ocasión de tirar un dinero que había ganado con el sudor de su frente. Pero con Maria no.

—Arturo ha roto la ventana de la cocina —dijo ésta.

—¿Que la ha roto? ¿Cómo?

—Tiró a Federico de cabeza contra ella.

—El muy hijo de puta.

—Fue sin intención. Sólo estaba jugando.

—¿Y qué hiciste tú? Nada, imagino.

—Le puse yodo a Federico. Se hizo un corte pequeño en la cabeza. Pero nada serio.

—¡Nada serio! ¿Qué coño significa nada serio? ¿Qué le hiciste a Arturo?

—Estaba furioso. Quería ir al cine.

—Y fue, como si lo viera.

—A los chicos les gusta.

—El muy requetecabronazo.

—¿Por qué hablas así de él, Svevo? Es tu hijo.

—Tú lo has echado a perder. Has echado a perder a todos.

—Es igual que tú. Tú también eras malo de pequeño.

—¿Que yo...? Yo no estampé nunca a mi hermano contra una ventana.

—Porque no tuviste hermanos. Pero a tu padre lo tiraste escaleras abajo y le rompiste un brazo.

—¿Qué culpa tenía yo de que mi padre...? Bah, dejémoslo.

Se le acercó serpeando y hundió la cara entre las trenzas de la mujer. Desde el nacimiento de August, el hijo mediano, el oído derecho de su mujer despedía cierto olor a cloroformo. Se le había pegado en el hospital y hacía ya diez años que lo tenía encima: ¿o eran imaginaciones suyas? Durante años se había peleado por ello con su mujer, pero ella negaba que el oído derecho le oliera a cloroformo. Hasta los chicos habían acercado la nariz para ver si era cierto, pero no habían olido nada. Sin embargo, el olor estaba allí, siempre allí, igual que aquella noche en la sala del hospital, cuando se había inclinado para besarla después de superar aquel mal trago, tan a las puertas de la muerte y sin embargo viva.

—¿Y qué pasa si tiré a mi padre escaleras abajo? ¿Qué tiene que ver con lo otro?

—¿Te echaste a perder por eso? ¿Eh? ¿Te echaste a perder?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Pues no señor, no te echaste a perder —respondió Maria con firmeza.

Pero ¿qué sarta de bobadas estaba diciendo? ¡Pues claro que era un perdido! Teresa de Renzo le había dicho siempre que era un malvado, un egoísta y un perdido. A él le divertía. Y la chica aquella... cómo se llamaba... Carmela, Carmela Ricci, la amiga de Rocco Saccone, ella pensaba que era un demonio, y era una chica lista, había estudiado, en la Universidad de Colorado, y tenía título, y le había dicho que era un barrabás irresistible, cruel, peligroso, una amenaza para las jóvenes. Pero Maria..., bueno, Maria pensaba que él era un ángel, más bueno que el pan. Bah. ¿Qué sabía ella? No tenía educación ni estudios, ni siquiera había terminado el bachillerato.

Ni siquiera el bachillerato. Se llamaba Maria Bandini, pero antes de casarse con él se llamaba Maria Toscana y no terminó el bachillerato. En su familia eran dos hermanas y un hermano y ella era la menor. Tony y Teresa, los dos habían terminado el bachillerato. ¿Pero Maria? La maldición de la familia había caído sobre ella, la más tonta de los Toscana, la chica que quería vivir como le gustase y que no había terminado el bachillerato. Toscana ignorante. Sólo ella carecía de certificado de estudios secundarios; casi lo había conseguido después de tres años y medio; pero no le habían dado ningún título. Tony y Teresa lo tenían, y Carmela Ricci, la amiga de Rocco, que hasta había estudiado en la Universidad de Colorado. Dios estaba en contra de él. ¿Por qué de todas había ido a enamorarse de la mujer que tenía al lado, de aquella mujer que ni siquiera tenía un título de bachiller?

—Pronto será Navidad, Svevo —dijo ella—. Reza una oración. Pide a Dios que sean unas buenas navidades.

Se llamaba Maria y siempre le contaba cosas que él ya sabía. ¿Es que hacía falta que le dijeran que la Navidad estaba al caer? Y nada menos que el cinco de diciembre por la noche. ¿Es que hay necesidad de que cuando un hombre se va a dormir con su mujer el jueves por la noche le diga ella que el día siguiente será viernes? Y aquel Arturo... ¿por qué le habría tocado en suerte un hijo que jugaba con trineos? *Ah, povera America!* Y tenía que rezar por que fuesen unas buenas navidades. Bah.

—¿No tienes frío, Svevo?

Ya empezaba, siempre queriendo saber si tenía frío o no tenía frío. Levantaba poco más de metro y medio del suelo y él no sabía nunca si estaba dormida o despierta, así era de callada. Un fantasma, eso es lo que era, siempre contenta en su breve mitad de la cama, rezando el rosario y rogando por una feliz Navidad. ¿No era lógico que no hubiese pagado el plazo de la casa, de aquel manicomio habitado por una esposa que tenía metida la religión hasta el tuétano? Lo que un hombre necesitaba era una mujer que le pinchase, que le estimulara, que le hiciera trabajar de firme. ¿Pero Maria? *Ah, povera America!*

La mujer se levantó por su lado del lecho, sus pies, sin equivocarse en medio de la oscuridad, encontraron las zapatillas que estaban en la alfombra, y él supo que iba a ir al lavabo primero, y a ver cómo estaban los chicos después, inspección última antes de volver a la cama para no volver a levantarse durante el resto de la noche. Una esposa que siempre salía de la cama para echar un vistazo a sus tres hijos. ¡Qué asco de vida! *Io sono fregato!*

¿Cómo iba a dormir un hombre en aquella casa, siempre hecha un infierno y con su mujer levantándose siempre de la cama sin decir ni pío? ¡A tomar por saco los Billares Imperial! Un full de reinas y doses y había perdido. *Madonna!* ¡Y encima tenía que rezar por una Navidad alegre! ¡Una suerte de perros y encima ponte a hablar con Dios! *Jesu Christi*, si era verdad que Dios existía, que hablase de una maldita vez.

Volvió a su lado tan silenciosa como se había ido.

—Federico se ha resfriado.

También él estaba resfriado; en el alma. Su hijo Federico soltaba unas lagrimitas y Maria le frotaba el pecho con mentol y se pasaba media noche hablándole de ello, pero Svevo Bandini tenía que padecer solo, y no con dolores corporales, sino peor, con dolor en el alma. ¿Había un dolor más grande que el que se sentía en el alma? ¿Le ayudaba Maria? ¿Le preguntaba alguna vez si se resentía de los momentos difíciles? ¿Le había dicho alguna vez Svevo, cariño, cómo tienes el alma estos días? ¿Estás satisfecho, Svevo? ¿Encontrarás trabajo este invierno, Svevo? *Dio Maledetto!* ¡Y quería una Navidad feliz! ¿Cómo se va a pasar una Navidad feliz cuando teniendo mujer y tres hijos se sigue estando solo? Agujeros en los zapatos, mala suerte con las cartas, sin empleo, el cuello roto por culpa de un trineo de mierda... y encima una Navidad feliz. ¿Es que era millonario? Lo habría sido si se hubiera casado con la mujer que le convenía. Bueno, para el carro: basta ya de decir estupideces.

Se llamaba Maria y él advirtió que el calor del lecho disminuía a sus espaldas, y tuvo que sonreírse porque sabía que ella se le aproximaba, y los labios se le entreabrieron para acogerlos: tres dedos de una mano pequeña que le acariciaban los labios, que lo transportaban a un país cálido en el interior del sol, y sintió en la nariz el aliento ligero de unos labios fruncidos por la zalamería.

—*Cara sposa* —dijo—. Mi mujercita.

Se le habían humedecido los labios a Maria, que los frotó contra los ojos del marido. Éste rió con suavidad.

—Voy a matarte —le murmuró.

Ella se echó a reír, pero se envaró de pronto en actitud de quien escucha, de quien escucha a ver si se han despertado los niños en la habitación contigua.

—*Che sarà, sarà* —dijo—. Sea lo que Dios quiera.

Se llamaba Maria y era muy sufrida, le esperaba, le acariciaba la musculatura de los riñones, muy sufrida, le besaba en todas partes, y a él le

devoraba entonces la llamarada que le gustaba tanto y ella se echaba de espaldas.

—Ay, Svevo. ¡Es maravilloso!

La amó con violencia delicada, muy orgulloso de sí, sin dejar de repetirse: no es tan idiota Maria, sabe lo que es bueno. La burbuja gigantesca que perseguían camino del sol reventó entre ambos y el hombre gruñó con alivio jubiloso, gruñó como hombre contento de haber podido olvidar muchísimas cosas durante unos instantes, y Maria, silenciosa en su breve mitad de la cama, se quedó escuchando los latidos de su propio corazón y se preguntó cuánto habría perdido Svevo en los Billares Imperial. Mucho, sin duda; acaso diez dólares, porque Maria no tendría título de bachiller, pero adivinaba la desdicha de un hombre por el alcance de su pasión.

—Svevo —le murmuró.

Pero él dormía ya como un tronco.

Bandini, enemigo de la nieve. Se levantó a las cinco de aquella misma madrugada, saltó de la cama igual que un cohete, haciéndole muecas al frío, burlándose de él: bah, Colorado, en el quinto pino de la creación, siempre con un frío que pela, mal sitio para un albañil italiano; vaya vida que le había tocado vivir. Anduvo con los pies de canto hacia la silla, cogió los pantalones e introdujo las extremidades en las perneras, pensando que perdía doce dólares al día, el jornal base acordado por el sindicato, ocho horas de trabajo duro, ¡y todo por culpa de aquello! Tiró del cordón de la persiana; ésta subió de golpe crepitando como una ametralladora, y la mañana blanca y pura entró a raudales en el dormitorio, envolviéndole de luz. Gruñó a la mañana. *Sporcaccione*, le dijo: so guarra. *Sporcaccione ubriaca*: guarra borracha.

Maria dormía con el acecho amodorrado de una gata y la persiana la despertó con viveza, los ojos desentumecidos por el pánico.

—Svevo. Es demasiado temprano.

—Sigue durmiendo. Nadie te dice nada. Sigue durmiendo.

—¿Qué hora es?

—Hora de que los hombres se levanten. Hora de que las mujeres sigan durmiendo. Así que a callar.

No se había acostumbrado nunca a levantarse a hora tan temprana. Las siete era su hora de levantarse, salvo cuando estaba en el hospital, y una vez se había quedado en cama hasta las nueve y le había entrado dolor de cabeza, pero aquel hombre con quien se había casado salía de la cama a las cinco en

invierno y a las seis en verano. Conocía sus angustias en el presidio blanco del invierno; sabía que cuando se levantase dos horas después, él habría limpiado ya la nieve de todos los senderos del patio y de sus alrededores en un radio de media manzana, bajo las cuerdas de tender la ropa, hasta el extremo del callejón, amontonándola, removiéndola, perforándola con inquina con la pala.

Así fue. Cuando se levantó e introdujo los pies en las zapatillas, los dedos reventados como flores secas, miró por la ventana de la cocina y vio que estaba allí, metido en el callejón, al otro lado de la valla. Un gigante, un gigante encogido y oculto tras la valla de un metro ochenta, la pala vista y no vista, subiendo y bajando, devolviendo al cielo sus borlas de nieve.

Pero no había encendido la estufa de la cocina. Desde luego que no, jamás encendía la estufa de la cocina. ¿Qué era él para tener que encender el fuego, una mujer? Aunque a veces sí. En cierta ocasión se los había llevado a las montañas para regalarse con una fritada de carne y solamente él había contado con la autoridad suficiente para encender el fuego. ¡Pero en una cocina! ¿Qué era él, una mujer?

Hacía mucho frío aquella mañana, mucho frío. A Maria le castañeteaban los dientes, las mandíbulas se le desbocaban. El linóleo gris oscuro habría podido pasar por una capa de hielo, la misma estufa era una barra de hielo. ¡Valiente estufa!, déspota, incivilizada y con malas pulgas. Siempre la piropeaba, la mimaba, la tranquilizaba, estufa semejante a un oso negro que sufriese brotes de rebeldía, que la desafiara para ver si era capaz de encenderla; estufa quisquillosa que, cuando se calentaba y emitía un calorcillo suave, perdía los estribos de repente, se ponía al rojo blanco y amenazaba con destruir la casa entera. Sólo Maria sabía tratar aquel cacho negro de hierro mohíno y lo hacía alimentándola con una astilla tras otra, acariciando las llamas tímidas, poniendo un tronco a continuación, luego otro, y otro, hasta que ronroneaba gracias a sus atenciones, el hierro se caldeaba, el vientre se le hinchaba, el calor la hacía vibrar, hasta que gruñía y gemía de placer, igual que un idiota. Ella era Maria y la estufa sólo la quería a ella. Si Arturo o August le introducían un pedazo de carbón por la boca ávida, se ponía furiosa ella sola, ennegrecía y agrietaba la pintura de las paredes, adquiría un color amarillo que daba miedo, un fragmento de infierno que protestaba y exigía la presencia de Maria, que llegaba con el ceño fruncido, resuelta, con un trapo en la mano con el que la toqueteaba aquí y allá, le ajustaba las válvulas con experiencia y le revolvió las entrañas hasta que recuperaba la estúpida normalidad. Maria, de manos no mayores que rosas marchitas, pero aquel

demonio negro era su esclavo y ella le profesaba un cariño sincero. La mantenía viva, chisporroteando con perversidad, con la niquelada chapa de la marca sonriéndole con malicia, igual que una boca demasiado orgullosa de su hermosa dentadura.

Cuando al cabo brotaron las llamas y la estufa le dio los buenos días con un gruñido, Maria le puso encima el agua para el café y volvió a la ventana. Svevo estaba aún en el patio trasero, inclinado sobre la pala, jadeando. Las gallinas habían salido del cobertizo y se habían puesto a cloquear nada más verle, nada más ver a aquel hombre capaz de levantar del suelo el blanco cielo desplomado y arrojarlo por encima de la valla. Pero desde la ventana advirtió que las gallinas no se atrevían a acercársele. Ella sabía por qué. Eran sus gallinas; comían de su mano, pero a él lo detestaban; lo recordaban porque algún que otro sábado por la noche se presentaba entre ellas con ánimo de matar. Las cosas como eran; le estaban agradecidas porque había quitado la nieve y ellas podrían escarbar la tierra, apreciaban el detalle, pero jamás confiarían en él como en la mujer que se les acercaba con las manos pequeñas llenas de maíz. Y también con espaguetis en una fuente; la besaban con el pico cada vez que les llevaba espaguetis; pero ojo con el hombre.

Se llamaban Arturo, August y Federico. Se habían despertado ya, castaños los ojos de los tres y bien remojados en el río negro del sueño. Yacían en una misma cama, Arturo con catorce años, August con diez y Federico con ocho. Críos italianos, entreteniéndose con picardías, los tres en la misma cama, emitiendo una risa obscena, precipitada, característica. Arturo sabía muchísimo. En aquellos instantes les contaba lo que sabía, y las palabras le salían de la boca envueltas en un vaho caliente y blanco en el frío de la estancia. Sabía muchísimo. Había visto muchísimo. Sabía muchísimo. No sabéis lo que he visto. Estaba sentada en los escalones del soportal. Estaba casi encima de ella. Se lo vi todo.

Federico, de ocho años.

—¿Qué le viste, Arturo?

—Cierra el pico, enano. No hablamos contigo.

—No contaré nada.

—Venga, cierra el pico. Eres demasiado pequeño.

—Entonces lo contaré.

Unieron sus fuerzas y lo echaron de la cama. Cayó al suelo entre gimoteos. El aire frío le despertó una rabia repentina y le perforó con diez mil agujas. Chilló, quiso meterse otra vez bajo las mantas, pero eran más fuertes

que él, rodeó la cama corriendo y entró en el cuarto de la madre. Ésta se ponía las medias de algodón. El pequeño chillaba con aflicción.

—¡Me han echado a patadas! ¡Arturo! ¡Y August!

—¡Chivato! —gritaron en la habitación contigua.

A ella Federico le parecía hermosísimo; su piel le parecía hermosísima. Lo cogió en brazos y le frotó la espalda, le pellizcó aquella preciosidad de culito, muy fuerte, para hacerle entrar en calor, y él pensó en el olor de su madre, se preguntó qué sería, se dijo que sentaba muy bien por la mañana.

—Acuéstate en la cama de mamá —le dijo ella.

El pequeño se metió en el lecho con presteza y la madre lo envolvió en las mantas, lo zarandeó con alegría, y él contentísimo de estar en el lado materno de la cama, con la cabeza en el hueco que había dejado el pelo de mamá, porque la almohada de papá no le gustaba; olía agrio y fuerte, pero la de mamá estaba perfumada y lo envolvía en una ola de calidez.

—Sé otra cosa —dijo Arturo—. Pero no pienso contártela.

August tenía diez años; no sabía mucho. Por supuesto que sabía más que el mierda de Federico, pero ni la mitad que el hermano que tenía junto a sí, Arturo, que sabía muchísimo de mujeres y esas cosas.

—¿Qué me das si te lo cuento? —le preguntó Arturo.

—Te daré una chapa.

—¡Una chapa! ¡Vaya mierda! ¿Y para qué quiero yo una chapa en invierno?

—Te la daré en verano.

—Ni hablar. ¿Qué me das ahora?

—Todo lo que tengo.

—Eso está mejor. ¿Qué tienes?

—Nada.

—Muy bien. Entonces no te contaré nada.

—No tienes nada que contar.

—¡Un huevo que no!

—Cuéntamelo gratis.

—Eso ni lo sueñes.

—Mientes, por eso no me lo cuentas. Eres un mentiroso.

—¿Mentiroso yo?

—Serás un mentiroso si no me lo cuentas. ¡Mentiroso!

Se llamaba Arturo y tenía catorce años. Era su padre en miniatura, pero sin bigote. El labio superior se le fruncía con idéntica crueldad bondadosa. Las pecas le inundaban la cara como hormigas en un pastel. Era el mayor, se

creía un machote y no iba a consentir que el baboso de su hermano le llamara embustero sin recibir su merecido. Cinco segundos más tarde, August se retorció de dolor. Arturo estaba bajo las mantas a los pies de su hermano.

—¿Te hago una llave en el dedo gordo?

—¡Ay, ay! ¡Suéltame!

—¿Quién es el mentiroso?

—¡Nadie!

La madre se llamaba Maria, pero ellos la llamaban mamá; hela ahora junto a ellos, asustada aún de las responsabilidades maternas, aún insegura al respecto. Fíjate en August; era sencillo ser su madre. Tenía el pelo rubio y cien veces al día, sin saber cómo ni por qué, pensaba en ello, en que su hijo mediano era rubio. Lo besaba en los momentos más inesperados, se inclinaba y le olía el pelo rubio, le pegaba los labios a las mejillas y los ojos. Era un buen chico, de verdad que lo era. Claro que había sufrido mucho por su culpa. Riñones flojos, había dicho el doctor Hewson, pero ya había pasado aquello y el colchón ya no amanecía húmedo. August podía crecer ya y ser un hombre de bien que nunca se mojaba en la cama. Cien noches había pasado de rodillas junto a él mientras el pequeño dormía, las cuentas del rosario tintineando en la oscuridad mientras suplicaba al Señor: ten piedad, Dios bendito, y no permitas que mi hijo vuelva a mojar la cama. Cien, doscientas noches. El médico había dicho que riñones flojos; ella había dicho que la voluntad de Dios; y Svevo Bandini había dicho qué jodida falta de disciplina y fue partidario de que August durmiese en el patio trasero, con pelo rubio o sin pelo rubio. Se había sugerido toda suerte de remedios. El médico no paraba de recetarle medicamentos. Svevo era partidario del jarabe de palo, pero ella se las había apañado siempre para burlar sus intenciones; y la madre de la madre, Donna Toscana, había insinuado que el pequeño se bebiera la propia orina. Pero ella se llamaba Maria, lo mismo que la madre del Salvador, y había hablado con esta otra Maria tras recorrer kilómetros y kilómetros de rosario. Bueno, se había acabado, ¿no? Cuando le deslizó la mano debajo a primera hora de la mañana, ¿no estaba seco y caliente? ¿Y por qué? Maria sabía el porqué. Nadie más podía explicarlo. Bandini había dicho ya era hora, joder; el médico había dicho que lo habían curado las pastillas y Donna Toscana dijo que se habría acabado hacía mucho de haber seguido sus instrucciones. El mismo August estaba sorprendido y complacido cuando al despertar por la mañana se notaba seco y limpio. Recordaba las noches en que despertaba y veía a su madre de rodillas junto a él, la cara pegada a la suya, las cuentas tintineando, el aliento materno en su nariz y el murmullo de frases

cortas, Dios te salve, María, Dios te salve, María, que le resbalaban por la nariz y los ojos, hasta que, preso entre las dos mujeres, experimentó una melancolía irreal, un desamparo que le conmovió y le hizo tomar la resolución de contentar a ambas. Y ya no volvió a mearse en la cama.

Era fácil ser la madre de August. Le acariciaba el pelo rubio siempre que quería porque el muchacho había heredado el elemento milagroso y misterioso de ella. Había hecho mucho por él María. Lo había hecho crecer y desarrollarse. Había hecho que se sintiera todo un hombre y que Arturo dejara de burlarse y de ofenderle a causa de sus riñones flojos. Cuando se le acercaba ella al lecho todas las noches con paso susurrante, nada más sentir él que los dedos cariñosos le acariciaban el pelo, volvía a recordar que gracias a ella y a otra María había dejado de ser un mariquita y se había convertido en un hombre. Era comprensible que ella oliese tan bien. Y María no olvidaba jamás aquel pelo rubio prodigioso. De dónde le venía sólo lo sabía Dios, y estaba muy orgullosa de él.

Desayuno para tres muchachos y un hombre. Se llamaba Arturo, pero no le gustaba y quería llamarse John. Se apellidaba Bandini, pero quería que fuese Jones. Su padre y su madre eran italianos, pero él quería ser norteamericano. Su padre era albañil, pero él quería ser *pitcher* de los Cubs de Chicago. Vivían en Rocklin, un pueblo de Colorado de diez mil habitantes, pero él quería vivir en Denver, que se encontraba a cincuenta kilómetros. Las pecas le cubrían el rostro, pero él lo quería limpio y despejado. Iba a una escuela católica, pero él quería ir a una escuela estatal. Tenía una novia que se llamaba Rosa, pero ella le tenía inquina. Era monaguillo, pero también un demonio que detestaba a los monaguillos. Quería ser un buen chico, pero temía ser un buen chico porque temía que los amigos le llamasen buen chico. Se llamaba Arturo y quería a su padre, pero vivía con el temor de que llegase el día en que pudiese darle una paliza a su padre. Veneraba a su padre, pero su madre le parecía una cobardica y una imbécil.

¿Por qué no era su madre como otras madres? Pero así era y todos los días lo comprobaba. La madre de Jack Hawley le excitaba: le daba rosquillas con tal gracia que el corazón se le ponía tierno. La madre de Jim Toland tenía unas piernas dignas de admirarse. La madre de Carl Molla nunca llevaba nada debajo del vestido de guinga; cuando barría el suelo de la cocina de su casa, él se quedaba en el soportal trasero para contemplar extasiado los movimientos de la señora Molla, devorando con los ojos las oscilaciones de sus caderas. Tenía catorce años entonces y el descubrimiento de que su madre no le

excitaba hizo que la despreciase en secreto. Siempre vigilaba a su madre por el rabillo del ojo. Amaba a su madre, pero la odiaba.

¿Por qué su madre se dejaba tiranizar por Bandini? ¿Por qué le tenía miedo? Cuando estaban en la cama y él permanecía despierto, sudando de furia, ¿por qué dejaba su madre que Bandini le hiciera aquello? Cuando salía ella del lavabo y entraba en el cuarto de los chicos, ¿por qué sonreía en la oscuridad? No le podía ver la sonrisa, pero se la adivinaba en la cara, alegría de la noche cuya ternura realzaban la oscuridad y las luminarias ocultas que le aureolaban el rostro. En aquellos momentos odiaba a los dos, pero el odio que sentía por ella era mayor. Le habría gustado escupirle, y mucho después de que la madre hubiese vuelto a la cama el odio seguía escrito en sus facciones y los músculos de las mejillas le dolían por su causa.

El desayuno estaba listo. Oyó a su padre que pedía el café. ¿Por qué su padre vociferaba continuamente? ¿No sabía hablar en voz baja? Por culpa de aquellos gritos, todos los vecinos sabían lo que ocurría en la casa. Los Morey vivían al lado mismo: pues no se les oía ni estornudar, nunca nunca; gente silenciosa y tranquila los norteamericanos. Pero a su padre no le bastaba con ser italiano, tenía que ser un italiano escandaloso.

—Arturo —exclamó la madre—. A desayunar.

¡Como si no supiera que el desayuno estaba listo! ¡Como si todo Colorado no se hubiese enterado ya de que los Bandini estaban desayunando!

Detestaba el agua y el jabón y no alcanzaba a comprender por qué había que lavarse la cara todas las mañanas. Odiaba el cuarto de baño porque no había bañera. Odiaba los cepillos de dientes. Odiaba el dentífrico que compraba su madre. Odiaba el peine de la familia, engorriado siempre con la argamasa del pelo de su padre, y aborrecía su propio pelo porque siempre se le despeinaba. Pero sobre todo detestaba su cara manchada de pecas y que parecía una alfombra sobre la que hubiesen desparramado diez mil peniques cobrizos. Lo único que le gustaba del cuarto de baño era el madero suelto del rincón. Debajo escondía ejemplares de *Scarlet Crime* y *Terror Tales*.

—¡Arturo! ¡Que se te enfrían los huevos!

Huevos. Dios del universo, cuánto aborrecía los huevos.

Se habían enfriado, bueno, ¿y qué? No eran más fríos que los ojos de su padre, que le observó con atención cuando se sentó a la mesa. Se acordó entonces, una mirada le bastó para saber que su madre se había chivado. ¡Cielos, oh, cielos! ¡Que su propia madre le hubiera delatado! Bandini señaló con la cabeza la ventana de ocho vidrios que había en la otra punta de la estancia, faltaba un cristal y el hueco se había tapado con un trapo de cocina.

—Así que rompiste el cristal con la cabeza de tu hermano, ¿eh?

Fue excesivo para Federico. Volvió a verlo todo otra vez: Arturo cabreado, Arturo que lo empujaba contra la ventana, el ruido del vidrio al romperse. De pronto se echó a llorar. No había llorado por la noche, pero se había acordado ahora: la sangre que le manaba del pelo, su madre que le lavaba la herida y le decía que fuera valiente. Había sido espantoso. ¿Por qué no había llorado por la noche? No se acordaba, pero lloraba ahora y se frotaba los ojos con los nudillos para secarse las lágrimas.

—¡A ver si te callas! —le dijo Bandini.

—Si te tirasen de cabeza contra una ventana —dijo Federico entre sollozos—, verías como también llorabas tú.

Arturo no lo podía ni ver. ¿Por qué tenía que tener un hermano pequeño? ¿Por qué había tenido que ponerse ante la ventana? ¡Vaya gentuza aquellos Macarroni! Fíjate en el padre, anda. Mira cómo espachurra los huevos con el tenedor para que los demás sepan que está cabreado. ¡Mira cómo le chorrea la yema por la barbilla! Y por el bigote. Claro, como era un Espaguetini Macarroni se tenía que dejar bigote, pero ¿hacía falta que se metiese los huevos por las orejas? ¿Es que no sabía dónde tenía la boca? ¡Dios bendito los italianos!

Pero Federico se había callado ya. El martirio de la noche anterior ya no le interesaba; había descubierto una miga de pan en su vaso de leche que le recordaba a un barco que surcase el océano; *ruuuuum*, hacía el motor del barco, *ruuuuum*. Si el mar fuese de leche de verdad..., ¿se podría coger helado en el Polo Norte? *Ruuuum*, *ruuuuum*. De pronto se puso a pensar otra vez en la noche anterior. Los ojos se le inundaron de lágrimas y comenzó a sollozar. ¡Pero la miga de pan se hundía! *Ruuuum*, *ruuuuum*. ¡No te hundas, barquito, no te hundas! Bandini le miraba con fijeza.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó—. ¿Quieres beberte la leche y dejar de hacer el indio?

Mencionar el nombre de Cristo tan a la ligera fue para Maria como un bofetón en la boca. Al casarse con Bandini no se le había ocurrido que fuese dado a las blasfemias. Nunca se había acostumbrado del todo. Aunque Bandini blasfemaba por cualquier cosa. Lo primero que había aprendido a decir en inglés había sido me cago en Dios. Y estaba muy orgulloso de sus blasfemias. Cuando se enfadaba, se desahogaba siempre en dos idiomas.

—Bueno —dijo—, ¿por qué tiraste a tu hermano de cabeza contra la ventana?

—¿Y yo qué sé? —dijo Arturo—. Lo hice y ya está.

Los ojos de Bandini adquirieron un fulgor mortífero.

—¿Ah, sí? ¿Y si yo te arranco la cabeza de un guantazo?

—Svevo —dijo Maria—. Svevo. Por favor.

—¿Qué te pasa a ti?

—Fue sin querer, Svevo —dijo la madre con una sonrisa—. Fue un accidente. Cosa de muchachos.

Soltó la servilleta de un golpe. Los dientes le rechinaron y se cogió el pelo con las dos manos. Y se puso a oscilar en la silla, adelante y atrás, adelante y atrás.

—¡Cosa de muchachos! —exclamó en son de burla—. El jodido cabrón estampa a su hermano contra la ventana ¡y es cosa de muchachos! ¿Y quién va a pagar el cristal? ¿Quién pagará la factura del médico cuando lo tire por un precipicio? ¿Quién pagará al abogado cuando lo metan en la cárcel por matar a su hermano? ¡Tenemos un asesino en la familia! *Dio mio, aiutami!* ¡Ayúdame, Señor!

Maria cabeceó sonriendo. Arturo curvó los labios y esbozó una sonrisa criminal: así que su padre estaba también en contra suya, incluso le acusaba ya de un asesinato. La cabeza de August se bamboleaba con tristeza, aunque estaba contento porque de mayor no sería un asesino como su hermano Arturo; si por él fuera, sería cura; a lo mejor tenía que administrar los últimos sacramentos a Arturo antes de que lo sentaran en la silla eléctrica. En cuanto a Federico, ya se veía muerto a manos de su colérico hermano, ya se veía en el entierro, echado en la caja; todos sus amigos de Santa Catalina estaban presentes, de rodillas y llorando; ¡era un espectáculo espantoso! Los ojos se le volvieron a humedecer y sollozó con amargura, preguntándose si se tomaría otro vaso de leche.

—Para Navidad, yo quiero una lancha motora —dijo.

Bandini se lo quedó mirando, estupefacto.

—Ni más ni menos que lo que esta familia necesita —dijo. Hizo revolotear la lengua con sarcasmo—. ¿Tú quieres una motora de verdad, Federico? ¿Una que haga pat pat pat pat pat?

—¡Sí, sí, quiero una así! —exclamó Federico riéndose—. ¡Una que haga pátiti pátiti pat pat! —Ya estaba en ella, ya la conducía por la mesa de la cocina y por el Lago Azul, allá en lo alto de las montañas. La sonrisa despectiva de Bandini lo obligó a parar el motor y echar el ancla. Se quedó callado e inmóvil. La sonrisa despectiva de Bandini le atravesaba de parte a parte. Federico quiso echarse a llorar otra vez, pero no se atrevió. Bajó los ojos hasta el vaso de leche vacío, vio un par de gotas en el fondo y las apuró

con gran derroche de paciencia mientras dirigía a su padre una mirada furtiva por encima del vaso. He ahí a Svevo Bandini: sonriéndole con desprecio. Federico notó que se le ponía la carne de gallina.

—Va, venga —murmuró acongojado—. Si no he hecho nada.

El silencio quedó roto. Todos se calmaron, hasta Bandini, que había prolongado la escena demasiado. Habló con serenidad.

—Nada de lanchas motoras, ¿entendido? Nada de lanchas motoras.

¿Aquello era todo? Federico suspiró de alegría. Todo el rato había estado convencido de que su padre había descubierto que había sido él quien le había robado la calderilla de los pantalones de faena, quien había roto la farola de la esquina, quien había hecho en la pizarra aquel dibujo de la hermana Mary Constance, quien le había dado en un ojo a Stella Colombo con una bola de nieve y quien había escupido en la pila de agua bendita de la iglesia de Santa Catalina.

Y dijo con gran dulzura:

—No quiero una lancha, papá. Si no quieres que tenga una lancha, yo tampoco la quiero, papá.

Bandini asintió a su mujer con talante de quien se da a sí mismo la razón: así se educaba a los hijos, decía el cabeceo. Cuando quieras que un crío haga algo, mírale con fijeza; así es como se educa a un muchacho. Arturo arrebañó los restos del huevo y esbozó una sonrisita: vaya tarado que tenía por padre. Él sí sabía quién era Federico; él sí sabía lo cerdo y marrullero que era Federico; aquella carita de inocente no le engañaba a él ni por el forro, y de súbito deseó no haberle empotrado en la ventana la cabeza solamente, sino el cuerpo entero, cabeza, pies y todo.

—Cuando yo era pequeño —comenzó Bandini—. Cuando yo era pequeño, allá en el pueblo...

Federico y Arturo abandonaron la cocina en el acto. Estaban hartos de oír la misma historia. Sabían que por enésima vez iba a contar que ganaba cuatro chavos al día por cargarse pedruscos a la espalda, cuando era pequeño, allá en el pueblo, por cargarse pedruscos a la espalda, cuando era pequeño. Svevo Bandini caía en trance cuando contaba la anécdota. Era una especie de fantasía que borraba y confundía a Helmer el banquero, los agujeros de los zapatos, la casa que no había pagado y los hijos que había que alimentar. Cuando yo era pequeño: delirio, fantasía. El paso de los años, la travesía de un océano, la acumulación de bocas que alimentar, el ir de problema en problema, año tras año, era algo de lo que por otra parte se podía alardear, como el acopio de una gran fortuna. Con ello no podía comprarse un par de

zapatos, pero eran cosas que le habían sucedido a él. Cuando yo era pequeño... Maria, atenta una vez más, se preguntó por qué lo decía siempre de aquel modo, aludiendo a los años transcurridos, envejeciéndose él solo.

Llegó una carta de Donna Toscana, la madre de Maria. Donna Toscana, la de la lengua roja y grande, aunque no lo bastante grande para contener el flujo de saliva rabiosa que se le originaba al pensar en el matrimonio de su hija con Svevo Bandini. Maria miró y remiró la carta por todas partes. El cierre chorreaba pegamento por donde la lengua gorda de Donna Toscana lo había empapado. Maria Toscana, Walnut Street 456, Rocklin, Colorado, porque Donna se negaba a utilizar el nombre de casada de la hija. La letra grande y bárbara habría podido confundirse con el rastro del pico ensangrentado de un halcón, con la caligrafía de una campesina que acabase de rebanarle el pescuezo a una cabra. Maria no abrió la carta; conocía el contenido.

Llegó Bandini del patio trasero. Llevaba en las manos un buen pedazo de carbón lustroso. Lo dejó en el cubo del carbón que estaba detrás de la estufa. Tenía las manos cubiertas de polvillo negro. Arrugó la frente; le daba asco transportar carbón; era faena de mujeres. Miró irritado a Maria. Ésta le indicó con la cabeza la carta apoyada en el salero astillado que había sobre el mantel de hule amarillo. La caligrafía gruesa de la suegra se retorció ante sus ojos igual que un reguero de lombrices. Odiaba a Donna Toscana con una violencia que rayaba en el miedo. Cada vez que se veían se peleaban como dos fieras de sexo opuesto. Le gustó asir aquella carta con sus manos ennegrecidas y mugrientas. Disfrutó rasgando el sobre con rabia, sin ningún miramiento para con el contenido. Antes de leer la carta observó a su mujer con ojos penetrantes para que supiera una vez más lo mucho que despreciaba a la mujer que la había traído al mundo. Maria se sintió impotente; aquella enemistad no era asunto suyo, durante toda su vida de casada se había esforzado por no pensar en ella, y habría roto la carta si Bandini no le hubiera prohibido incluso que abriese las misivas de su madre. Svevo Bandini obtenía un placer morboso con las cartas de su suegra que aterraba a Maria totalmente; había algo perverso y nauseabundo en ello, como mirar debajo de una piedra húmeda. Era el placer malsano del mártir, de un hombre que disfrutaba de un modo peregrino crucificando a una suegra que se alegraba de la desdicha de aquél ahora que pasaba una mala época. A Bandini le encantaba aquel acoso porque le suscitaba un deseo violento de estar borracho. Pocas veces bebía demasiado porque le sentaba mal, pero una carta de Donna Toscana le producía un efecto obnubilador. Era una excusa que recomendaba buscar el olvido, porque cuando estaba borracho odiaba a su

madre política hasta babear de histeria, y era capaz de olvidar, era capaz de olvidar la casa que aún no había pagado, las facturas, la aplastante monotonía del matrimonio. Significaba huir: un día, dos días, una semana de trance: y Maria alcanzaba a recordar momentos en que la borrachera había durado dos semanas. No había forma de ocultarle las cartas. Las recibían de uvas a peras, pero sólo significaban una cosa: que Donna Toscana quería pasar con ellos una tarde. Si se presentaba sin haber visto la carta, Bandini sabía que se la había ocultado su mujer. La última vez que había sucedido, Svevo había perdido la paciencia y había dado a Arturo una somanta monstruosa por poner demasiada sal a los macarrones, falta ridícula y que, por supuesto, habría pasado inadvertida en circunstancias normales. Pero se le había ocultado la carta y alguien tenía que pagarlo.

Aquella última misiva llevaba fecha de la víspera, 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción. Mientras Bandini leía el escrito, la carne de la cara se le puso pálida y la sangre le desapareció como el agua del reflujo que chupa la arena. La carta decía:

Querida Maria:

Hoy es la gloriosa festividad de la Bendita Virgen María y he ido a la iglesia para rezar por tus desgracias. No sabes cuánto sufro por ti y por tus pobres hijos, que tienen que padecer la situación trágica en que vives. He pedido a Nuestra Señora que tenga compasión de ti y que lleve un poco de alegría a esos pequeñuelos que no merecen lo que les ha caído encima. Estaré en Rocklin el domingo por la tarde, llegaré en el autobús de las ocho. Todo mi amor y muchos besos cariñosos para ti y los niños.

DONNA TOSCANA

Sin mirar a su mujer, Bandini dejó la carta y comenzó a comerse la uña de un pulgar, ya encolerizado. Se tiró del labio inferior con los dedos. La rabia empezó a concentrarse a cierta distancia de él. Maria la sentía brotar de los rincones de la estancia, de las paredes y el suelo, un husmo que se arremolinaba con independencia absoluta y que nada tenía que ver con ella. Se arregló la blusa para no pensar en aquello. Dijo con voz desmayada:

—Svevo...

Éste se incorporó, le dio unos golpecitos en la barbilla, esbozó una sonrisa de malignidad para decirle que aquella exhibición de afecto no era sincera y salió de la estancia.

—*Ohi Marì* —canturreó con voz exenta de melodía, pues sólo el odio le podía arrancar de la garganta una canción de amor—. *Ohi Marì, Ohi Marì! Quanta suonne aggia perzo pe te! Famme durmì! Ohi Marì, Ohi Marì!* ¡Cuánto sueño perdido por tu causa! ¡Déjame dormir, oh Maria!

No había forma de que callara. Escuchó las delgadas suelas del calzado del marido que chacoloteaban contra el suelo como gotas de agua que cayesen sobre una estufa. Oyó el rumor de su abrigo remendado y zurcido mientras se lo ponía. Después unos segundos de silencio, hasta que oyó la rascadura de una cerilla, y supo que Svevo había encendido un puro. La violencia de Svevo era superior a sus fuerzas. Si se entrometía, Svevo podía sentir la tentación de derribarla de un golpe. Contuvo el aliento cuando los pasos del marido se acercaron a la puerta principal: había un paño de vidrio en aquella puerta principal. Pero no: la cerró con normalidad y se alejó. Momentos después se reuniría con su buen amigo Rocco Saccone, el cantero, el único ser humano al que ella despreciaba de verdad. Rocco Saccone, el amigo de infancia de Svevo Bandini, el soltero chupawhisky que había tratado de impedir el matrimonio de Bandini; Rocco Saccone, que llevaba siempre pantalones blancos de franela y se jactaba de un modo que daba asco de las casadas norteamericanas que seducía los sábados por la noche en los bailes antiguos que se celebraban en el Odd Fellows Hall. En Svevo confiaba. Empinaría el codo hasta que el encéfalo le flotase en un océano de whisky, pero no le sería infiel. Lo sabía. ¿Lo sería ella, no obstante? Con sobresalto reprimido se dejó caer en la silla que había junto a la mesa y se echó a llorar con la cara oculta entre las manos.

Eran las tres menos cuarto en la clase de octavo de Santa Catalina. La hermana Mary Celia, a quien le hacía daño el ojo de vidrio, estaba de un humor muy irritable. El párpado izquierdo, totalmente fuera de control, no hacía más que contraérsele. Los alumnos de octavo curso, once chicos y nueve chicas, contemplaban el párpado contráctil. Las tres menos cuarto: quince minutos para la salida. Nellie Doyle, con la fina tela del vestido capturada por la pinza de los glúteos, recitaba los efectos económicos de la desmotadora de algodón de Eli Whitney, y dos de los chicos que tenía detrás, Jim Lacey y Eddie Holm, se lo pasaban en grande, aunque sin hacer ruido, riéndose a costa del vestido capturado por los glúteos de Nellie. Se les había dicho una y mil veces que vigilasen por si el párpado que cubría el ojo de cristal de la anciana Celia empezaba a sufrir sacudidas, pero era mucho más interesante mirar a Doyle.

—La desmotadora de Eli Whitney provocó una revolución económica sin precedentes en la historia de la industria algodonera —decía Nellie.

La hermana Mary Celia se puso en pie.

—¡Holm y Lacey! —exigió—. ¡Levantaos!

Nellie se sentó sin saber qué sucedía y los dos muchachos se incorporaron. Las rodillas de Lacey crujieron, la clase se rió por lo bajo, Lacey esbozó una sonrisa y acto seguido se ruborizó. Tosió Holm mientras, con la cabeza gacha, observaba los caracteres de la marca de su lápiz. Era la primera vez que leía la inscripción y se quedó más bien sorprendido al advertir que no decía más que Fábrica de Lápices Walter.

—Holm y Lacey —dijo la hermana Celia—. Estoy harta de los tontos que sonrían en mi clase. ¡Sentaos! —Se dirigió entonces a toda la clase, aunque hablaba en realidad para los chicos solamente, ya que las chicas casi nunca le creaban problemas—. Y al próximo sinvergüenza que coja distraído durante la lectura se quedará hasta las seis. Adelante, Nellie.

Nellie volvió a levantarse. Lacey y Holm, asombrados de haberse librado con tanta facilidad, se quedaron con la cabeza vuelta hacia el otro extremo de la clase, temerosos de que les entrara otro ataque de risa si el vestido de Nellie seguía enganchado.

—La desmotadora de Eli Whitney provocó una revolución económica sin precedentes en la historia de la industria algodonera —dijo Nellie.

Lacey habló entre susurros con el alumno que tenía delante.

—Oye, Holm. Mira a ver qué hace el Bandini.

Arturo se encontraba en el otro extremo de la clase, a tres pupitres de la mesa de la monja. Tenía gacha la cabeza, el pecho pegado al pupitre, y apoyado en el tintero había un pequeño espejo de mano en que se miraba mientras se recorría la nariz con la punta de un lápiz. Se estaba contando las pecas. La noche anterior había dormido con la cara cubierta de zumo de limón; se decía que era fabuloso para quitar las pecas. Contaba noventa y tres, noventa y cuatro, noventa y cinco... Le embargaba la sensación de que la vida era inútil. Fíjate, lo más crudo del invierno, el sol que sólo se dejaba ver durante un momento a la caída de la tarde, y el cómputo en torno de la nariz y en las mejillas había añadido otras nueve a unas pecas que en total sumaban ya noventa y cinco. ¿Qué sentido tenía vivir? Y eso que la noche de la víspera se había puesto zumo de limón. ¿Quién era aquella embustera que en las Noticias Locales del *Denver Post* de la víspera había escrito que las pecas «se iban como el viento» con el zumo de limón? Ya era una desgracia ser pecoso, pero, por lo que sabía, él era el único Macarroni pecoso que había en el mundo. ¿De dónde procedían? ¿De qué rama de la familia había heredado aquellas marcas cobrizas de Caín? Malhumorado, se puso a contar alrededor de la oreja izquierda. Oía a lo lejos el tímido informe sobre las repercusiones económicas de la desmotadora de Eli Whitney. Era Josephine Perlotta, que recitaba de memoria: ¿a quién diantres le importaba lo que Perlotta tuviese que decir sobre la desmotadora? Era una espaguetini, ¿qué sabía ella de desmotadoras? En junio, gracias a Dios, saldría de aquella aburrida escuela católica y se matricularía en una escuela estatal de segunda enseñanza, donde los macarronis eran pocos y estaban muy repartidos. Las pecas de la oreja izquierda sumaban diecisiete, dos más que la víspera. ¡Pecas de la hostia! Ahora era otra voz la que hablaba sobre la desmotadora, una voz parecida a un violín delicado que le hizo vibrar la carne y contener el aliento. Dejó el lápiz y abrió la boca. Hela allí ante él, su hermosa Rosa Pinelli, su amor, su novia. ¡Oh, desmotadora de algodón! ¡Oh, benemérito Eli Whitney! Oh, Rosa, qué maravillosa eres. Te amo, Rosa, te amo, te amo, te amo.

Era italiana, por supuesto; pero ¿qué podía hacer ella? ¿No era tan inocente de ello como él? ¡Oh, fíjate en su pelo! ¡Y en los hombros! ¡Y en el bonito vestido verde! ¡Ah, escuchad esa voz! Háblales, Rosa. Háblales de la desmotadora. Sé que me detestas, Rosa. Pero yo te amo, Rosa. Te amo y

algún día me verás de centrocampista con los Yanquis de Nueva York, Rosa. Allí estaré, en el campo central, cariño, y tú serás mi chica y estarás sentada en un asiento de palco junto a la tercera base, y llegaré yo, estaremos en la segunda mitad de la novena vuelta y los Yanquis perderán por tres carreras. ¡Pero no te preocupes, Rosa! Llegaré yo, con tres hombres en base, y te miraré, tú me enviarás un beso y yo reventaré el huevo contra la valla del campo central. Pasaré a la historia, cariño. ¡Me besarás y pasaré a la historia!

—¡*Arturo Bandini!*

Además, ya no tendré pecas por entonces, Rosa. Habrán desaparecido, siempre se van cuando se crece.

—¡*Arturo Bandini!*

También me cambiaré el nombre, Rosa. Me llamarán el Bombardero, el Bambino Bombardero; Art, el Bandido Bateador...

—¡*Arturo Bandini!*

Aquella vez sí lo oyó. El rugido de la multitud que asistía a la final de la liga se desvaneció. Alzó los ojos y vio a la hermana Mary Celia inclinada sobre su mesa, golpeando ésta con el puño y con el ojo izquierdo deshecho en guiños. Le estaban mirando, todos le miraban, hasta su Rosa se reía de él y el estómago se le fue a los tobillos cuando se dio cuenta de que había estado hablando de sus fantasías en voz alta. Que los demás se rieran si querían, pero Rosa... ah, Rosa, y su risa era más punzante que todas las demás, sintió el dolor en las entrañas y la odió: Espaguetina, hija de un minero Macarroni que trabajaba en Louisville, ciudad de Canelonis: un minero de mierda. Salvatore se llamaba; Salvatore Pinelli, tan bajo y arrastrado que tenía que trabajar en una mina de carbón. ¿Acaso sabía construir una pared que durase años y más años, cien, doscientos años? ¡Vamos, hombre! El Caneloni tenía un zapapico y un candil en la gorra, y tenía que descender bajo tierra y ganarse la vida como una asquerosa rata Caneloni. Él se llamaba Arturo Bandini y si alguno de la escuela tenía algo que decir, que abriese la boca y vería lo que es bueno.

—¡*Arturo Bandini!*

—Sí —dijo con voz cansina—. Sí, hermana Celia. La oigo. —Se puso en pie. La clase le observaba. Rosa murmuró algo a la chica que tenía detrás, ocultando la sonrisa con una mano. Arturo vio el movimiento e hizo amago de darle un grito, pensando que había hecho algún comentario sobre sus pecas, o sobre el enorme remiendo de la rodillera de sus pantalones, o sobre el corte de pelo que le hacía falta, o sobre la camisa que a su padre no le quedaba bien y que habían entrado para adaptarla a su talla.

—Bandini —dijo sor Celia—. A mí no me cabe la menor duda de que eres un retrasado mental. Ya te advertí a propósito de distraerte. Una imbecilidad como la tuya merece recompensa. Después de clase te quedarás hasta las seis.

Volvió a sentarse y el timbre de las tres resonó histéricamente por los pasillos.

Estaba solo con la hermana Celia, que corregía deberes en su mesa. La monja trabajaba sin reparar en él, el párpado izquierdo presa de contracciones incontenibles. El sol, pálido y achacoso, apareció por el suroeste, aunque en la tarde invernal parecía más bien una luna fatigada. Apoyaba la barbilla en una mano mientras contemplaba el sol frío. Del otro lado de la ventana, la hilera de abetos parecía más fría aún bajo su triste carga blanquecina. En algún punto de la calle sonó un grito juvenil y luego el rechinar de unas cadenas antinieve. Odiaba el invierno. Pensó en el rombo del campo de béisbol de detrás de la escuela, sepultado por la nieve, la valla que había tras la base del bateador engalanada con una fantástica hinchazón de copos, una escena llena de tristeza y soledad. ¿Qué podía hacerse allí en invierno? Casi le alegraba estar allí, sometido a un castigo que le divertía. A fin de cuentas, encontrarse allí no era peor que encontrarse en cualquier otro sitio.

—¿Quiere que haga algo, hermana? —preguntó.

Sin levantar los ojos de lo que hacía, le respondió la monja:

—Quiero que te estés quieto y callado; si es posible.

El muchacho sonrió y dijo arrastrando las palabras:

—Vale, vale, hermana.

Durante diez minutos seguidos estuvieron quietos y en silencio.

—Hermana —dijo Arturo—, ¿quiere que limpie las pizarras?

—Ya pagamos a un mozo para que lo haga —dijo la monja—. Aunque debiera decir que más que darle un jornal lo tratamos a cuerpo de rey.

—Hermana, ¿le gusta el béisbol?

—Prefiero el rugby —dijo la monja—. No me es simpático el béisbol. Me aburre.

—Eso es porque no entiende los aspectos más sutiles del juego.

—Calla de una vez, Bandini, hazme el favor.

Cambió el muchacho de postura, apoyó la barbilla en los brazos y se quedó mirando a la monja con fijeza. El párpado izquierdo se le contraía sin parar. Se preguntó por qué tendría un ojo de cristal. Siempre había pensado que alguien la había golpeado con una pelota de béisbol; ahora estaba casi

totalmente seguro. La monja había llegado a Santa Catalina procedente de Fort Dodge, Iowa. Se preguntó qué clase de béisbol jugarían en Iowa y si habría allí muchos italianos.

—¿Cómo está tu madre? —le preguntó la monja.

—No lo sé. Bien, supongo.

La monja levantó la cara de lo que hacía por vez primera y se le quedó mirando.

—¿Cómo que lo supones? ¿No lo sabes acaso? Tu madre es una persona muy buena, una persona excelente. Tiene alma de ángel.

Por lo que sabía, él y sus hermanos eran los únicos que estudiaban gratis en aquel colegio católico. Sólo había que abonar dos dólares al mes por alumno, pero ello equivalía a seis dólares mensuales por él y sus hermanos y no se pagaba el recibo. La sensación de que los demás pagaban y él no era una distinción que le atormentaba lo indecible. De tarde en tarde, su madre metía un par de dólares en un sobre y le decía que se los entregara a la hermana superiora, a cuenta. Lo cual era aún más detestable si cabe. Siempre se negaba con irritación. A August, sin embargo, no le importaba entregar aquellos sobres excepcionales; antes bien, esperaba ansioso la ocasión. Odiaba a August por ello, por sacar a relucir su pobreza, por la complacencia que sentía al recordar a las monjas que ellos eran pobres. En cualquier caso nunca había querido ir a un colegio de monjas. Lo único que lo hacía soportable era el béisbol. Cuando la hermana Celia le dijo que su madre era una persona excelente, se dio cuenta de que quería decir que era una persona valiente que se sacrificaba y se privaba del contenido de aquellos pequeños sobres. Aunque, a su modo de ver las cosas, no había ninguna valentía en el gesto. Era más bien algo horrible y odioso que les diferenciaba de los demás a él y a sus hermanos. No sabía muy bien la causa, pero era innegable la existencia de aquella sensación personal de que el detalle les diferenciaba del resto. En cierto modo formaba parte de la misma ley que había decretado que tuviera pecas, que necesitase un corte de pelo, que llevase un remiendo en la rodilla y que fuera italiano.

—¿Va tu padre a misa los domingos, Arturo?

—Claro.

Se le formó un nudo en la garganta. ¿Por qué tenía que mentir? Su padre sólo iba a misa el día de Navidad por la mañana y, a veces, el Domingo de Resurrección. Pero, mentira o no, le gustaba que su padre no se tomara las misas en serio. Ignoraba por qué, pero le complacía. Recordó lo que había dicho su padre. Había dicho Svevo: si Dios está en todas partes, ¿por qué

tengo que ir yo a la iglesia los domingos? ¿Por qué no puedo ir a los Billares Imperial? ¿No está Dios también allí? Su madre siempre se estremecía de horror ante aquella lección de teología y recordaba la contestación insustancial que había dado, la misma contestación que él había leído en su catecismo y que su madre había leído en el mismo catecismo años atrás. Era nuestro deber de cristianos, decía el catecismo. La verdad es que él iba a misa unas veces y otras veces no iba. Las veces que no iba, se apoderaba de él un miedo tremendo, y se sentía asustado y triste hasta que se desahogaba en el confesionario.

A las cuatro y media la hermana Celia acabó de corregir los deberes. Arturo estaba aburrido, cansado y ardía en deseos de hacer cualquier cosa, lo que fuera. El aula estaba ya casi a oscuras. La luna se había asomado entre titubeos por el monótono cielo oriental y resplandecería con toda su blancura si conseguía liberarse. El aula le puso melancólico, sumida en aquella penumbra. Era una clase ideal para que las monjas entraran, calzadas con zapatos gruesos y silenciosos. Los pupitres vacíos hablaban con tristeza de los niños que se habían marchado y hasta el suyo parecía compadecerse porque con cordial intimidad le decía que se fuese a casa para poder estar solo con sus compañeros. Arañado y marcado con sus iniciales, sucio y manchado de tinta, el pupitre estaba tan harto de él como él del pupitre. En el presente casi se odiaban, aunque se daban grandes muestras de tolerancia.

Sor Celia se puso en pie mientras recogía los papeles.

—A las cinco podrás irte —le dijo—. Pero con una condición...

La apatía de Arturo dio paso a un poco de curiosidad por aquella condición. Repantigado y con las piernas abrazadas al pupitre, no tuvo más remedio que tragarse el fastidio que sentía.

—Quiero que cuando salgas a las cinco te arrodilles ante el Santísimo Sacramento y le pidas a la Virgen María que bendiga a tu madre y le conceda toda la felicidad que merece la pobrecita.

Se marchó entonces. La pobrecita. Su madre, la pobrecita. Aquello le produjo tanta rabia que los ojos se le humedecieron. En todas partes era igual, siempre su madre, la pobrecita, siempre pobre, pobre siempre, siempre aquello, aquella palabra, siempre con él y alrededor de él, y de súbito dejó de contenerse en la clase medio a oscuras y se puso a llorar, a exorcizar la pobreza con los sollozos, y lloraba y se ahogaba, aunque no por aquello, no por ella, no por su madre, sino por Svevo Bandini, por su padre, por la cara que tenía siempre su padre, por las manos nudosas de su padre, por las herramientas de su padre, por las paredes que había construido su padre, las

escaleras, las cornisas, las chimeneas y las catedrales, todo sublime y hermoso, pues no le embargaba otra sensación cuando su padre se deshacía en elogios de Italia, de cierto cielo italiano, de cierta bahía de Nápoles.

A las cinco menos cuarto se le había pasado la tristeza. El aula estaba casi totalmente a oscuras. Se pasó la manga por la nariz y experimentó un brote de alegría en el corazón, un sentimiento de bienestar, un sosiego que hizo que los quince minutos que faltaban se pasasen volando. Quiso encender las luces, pero la casa de Rosa estaba junto al descampado del otro lado de la calle y desde el soportal trasero se veían las ventanas de la escuela. La muchacha podía ver la luz encendida y recordar que él se encontraba todavía en el aula.

Rosa, su novia. Ella no le podía ni ver, pero era su novia. ¿Sabía que la amaba? ¿Por eso le odiaba ella? ¿Descifraba los misterios que le corrían a él por dentro y por eso se reía de él? Fue hasta la ventana y vio luz en la cocina de la casa de Rosa. En algún punto, bañada por aquella luz, Rosa se movía y respiraba. Tal vez estuviera estudiando la lección en aquellos momentos, porque Rosa era muy aplicada y obtenía las mejores notas de la clase.

Se apartó de la ventana, se encaminó hacia el pupitre de ella. No había otro igual en el aula: era más limpio, más femenino, la superficie estaba más brillante y mejor barnizada. Se sentó en el asiento de ella y la sensación le produjo un estremecimiento. Palpó la madera, el interior del pequeño anaquel donde ponía ella los libros. Los dedos encontraron un lápiz. Lo observó de cerca: estaba ligeramente señalado por los dientes de Rosa. Lo besó. Besó los libros que había en el pupitre, todos ellos preciosamente forrados con hule blanco y perfumado.

A las cinco en punto, desfallecido de amor y desgranando con los labios un incesante Rosa, Rosa, Rosa, bajó las escaleras y salió al atardecer invernal. La iglesia de Santa Catalina estaba al lado del colegio. ¡Rosa, te amo!

Anduvo en trance por el lóbrego pasillo central, el agua bendita enfriándole aún la punta de los dedos y la frente, los pies despertando rumores en el coro, el aroma del incienso, el aroma de mil entierros y mil bautizos, el olor dulzarrón de la muerte y el olor agrio de los vivos mezclándosele bajo las aletas de la nariz, el resuello apagado de las velas encendidas, su propio eco mientras avanzaba de puntillas por la larga nave, y Rosa en su corazón.

Se arrodilló ante el Santísimo Sacramento y se esforzó por rezar como le habían dicho, pero la cabeza le temblaba y flotaba en el delirio del nombre de la muchacha, y de pronto se dio cuenta de que estaba cometiendo un pecado, un pecado gordo y horrible en presencia del Santísimo Sacramento porque pensaba en Rosa con malas intenciones, pensaba en ella de un modo que

prohibía el catecismo. Cerró los ojos con fuerza y trató de ahuyentar al mal, pero volvió con energía redoblada y en la cabeza se le formó una imagen de pecaminosidad sin precedentes, un pensamiento que no había tenido hasta entonces en toda su vida y abrió la boca no sólo a causa del horror que le producía el encontrarse ante Dios con el alma desnuda, sino también a causa del éxtasis asombroso que le producía la imagen. Era intolerable. Podía morir por ello: Dios podía fulminarle allí mismo en el acto. Se levantó, se santiguó y salió corriendo de la iglesia, aterrado, el pensamiento pecaminoso persiguiéndole como dotado de alas. Cuando llegó a la calle helada se asombró de seguir vivo, porque la fuga por la nave larga por la que tantos muertos habían desfilado se le había antojado infinita. No quedaba rastro en su cabeza del mal pensamiento cuando se encontró en la calle y contempló las primeras estrellas del anochecer. Hacía demasiado frío. Se puso a tiritar inmediatamente, porque aunque llevaba tres jerséis no tenía abrigo ni guantes, y tuvo que dar palmadas para mantener calientes las manos. Había dado un rodeo de una manzana, pero es que quería pasar ante la casa de Rosa. La casa de los Pinelli, de un solo piso, se acurrucaba bajo los álamos a veinticinco metros de la acera. Las persianas de las dos ventanas delanteras estaban echadas. En pie en el sendero que conducía a ella, con los brazos cruzados y las manos en las axilas para mantenerlas calientes, buscó con los ojos algún signo de Rosa, su perfil en el momento de pasar ante alguna ventana. Golpeó el suelo con los pies, de la boca le surgían nubecillas blancas. Ni rastro de Rosa. Entonces acercó la cara helada a los montones de nieve que bordeaban el sendero y observó con atención una huella pequeña de muchacha. Era de Rosa, ¿de quién, si no de Rosa, en aquel patio? Sus dedos helados escarbaron la nieve que rodeaba la huella, la alzó del suelo con ambas manos y se la llevó consigo por la calle...

Al llegar a casa vio que sus dos hermanos estaban cenando en la cocina. Otra vez huevos. Los labios se le arrugaron mientras se calentaba las manos junto a la estufa. La boca de August estaba llena de pan cuando la abrió para hablar.

—Arturo, ya he traído yo la leña. A ti te tocará traer el carbón.

—¿Dónde está mamá?

—En la cama —dijo Federico—. Va a venir la abuela Donna.

—¿Está ya borracho papá?

—No está en casa.

—¿Por qué va a venir la abuela Donna? —dijo Federico—. Papá se emborracha siempre.

—¡Esa vieja pelleja! —dijo Arturo.

A Federico le encantaban las palabras malsonantes. Se echó a reír.

—Vieja pelleja y zorra —dijo.

—Eso es pecado —dijo August—. Dos pecados.

Arturo sonrió con desprecio.

—¿Por qué *dos* pecados?

—Uno por decir palabras feas, otro por no honrar a tu padre y a tu madre.

—La abuela Donna no es mi madre.

—Es tu abuela.

—Pues que le den por el culo.

—Eso también es pecado.

—Cierra la boca de una vez.

Cuando sintió que las manos le hormigueaban, cogió el cubo grande y el cubo pequeño que había detrás de la estufa y abrió la puerta trasera de un puntapié. Balanceando con cuidado los dos cubos, recorrió el trecho breve y seguro que le separaba de la carbonera. Quedaba ya poco carbón. Aquello significaba que su madre recibiría una buena bronca de Bandini, que no comprendía que se pudiera gastar tanto carbón. Estaba al tanto de que la Big 4 Coal Company se había negado a seguir dando crédito a su padre. Llenó los cubos y pensó con admiración en la habilidad que tenía su padre para conseguir cosas sin dinero. No le extrañaba que se emborrachase. También él se emborracharía si estuviese obligado a comprar cosas sin disponer de dinero.

El ruido del carbón al golpear el metal de los cubos despertó a las gallinas de Maria en el cobertizo que había del otro lado del sendero. Se movieron con torpeza soñolienta por el sector húmedo y bañado por la luz de la luna y boquearon hambrientas al muchacho, que seguía inclinado en la puerta de la carbonera. Le saludaron cloqueando, con la testa ridícula empotrada en los agujeros de la tela metálica del gallinero. Las oyó el chico, que se incorporó y se las quedó mirando con desprecio.

—Huevos —dijo—. Huevos para desayunar, huevos para comer, huevos para cenar.

Cogió un pedazo de carbón del tamaño de su puño, se echó atrás y calculó la distancia. El pedazo estuvo a punto de segar la cabeza a la vieja gallina parda que tenía más próxima, pero le rebotó en el cuello y se perdió en la parte de los pollos. El animal se tambaleó, se desplomó, se incorporó con

debilidad y volvió a desplomarse mientras los demás cacareaban de pánico y desaparecían en los penetrales del gallinero. La vieja gallina parda estaba otra vez en pie y bailoteaba aturdida en la parte nevada del corral, trazando un extraño dibujo zigzagueante y rojo en la superficie de la nieve. Murió despacio, arrastrando la cabeza ensangrentada hasta un montón de nieve que subía hacia lo alto de la valla. Contempló la agonía del animal con satisfacción e indiferencia. Cuando aquél se estremeció por vez postrera, Arturo emitió un gruñido y llevó los cubos cargados a la cocina. Un momento después volvía para recoger a la gallina muerta.

—¿Por qué lo has hecho? —dijo August—. Es pecado.

—Cierra el pico —le dijo Arturo, enseñándole el puño.

Maria estaba enferma. Federico y August entraron de puntillas en el oscuro dormitorio en que estaba la madre, congelado por el invierno, caldeado por el perfume de los objetos que había en el tocador, el olor tenue del pelo de la madre inundándolo todo, el olor fuerte de Bandini, de sus ropas, también presente en cierto modo en la habitación. Maria abrió los ojos. Federico estaba a punto de sollozar. August parecía aturdido.

—Tenemos hambre —dijo—. ¿Dónde te duele?

—Me levantaré —dijo la madre.

Oyeron el crujido de sus articulaciones, vieron que la sangre le hacía retroceder la palidez de la cara, sintieron la hedentina que le desprendía la boca y la desdicha que la envolvía a toda ella. August no lo podía soportar. De pronto se dio cuenta de que su propio aliento tenía aquel mismo sabor rancio.

—¿Dónde te duele, mamá?

Dijo Federico:

—Joder, ¿por qué tiene que venir la abuela Donna a esta casa?

La madre se incorporó, vencida por el deseo de vomitar. Apretó los dientes con fuerza para contener una basca repentina. Siempre se había encontrado indispuesta, pero la suya era siempre una enfermedad sin síntomas, un dolor sin sangre ni magulladuras. El cuarto daba vueltas por culpa de la postración de la madre. Los dos hermanos sintieron el mismo deseo de huir a la cocina, donde había luz y calor. Se marcharon con sensación de culpa.

Arturo estaba con los pies apoyados en los troncos que había sobre la estufa. La gallina muerta yacía en un rincón, un reguero rojo le manaba del pico. Cuando entró Maria, la miró sin inmutarse. Arturo observaba a Federico y a August, que observaba a la madre. Les desilusionó que no se hubiera enfadado al ver la gallina muerta.

—Todo el mundo a bañarse después de cenar —dijo la madre—. Mañana viene la abuela.

Los hermanos se deshicieron en quejas y gemidos. No había bañera. Bañarse significaba meterse en una tina de lavar, allí mismo, en la cocina, y

recibir cubos de agua, sinsabor que Arturo contemplaba con odio en aumento, puesto que estaba creciendo y ya no podía moverse en la tina con libertad.

Svevo Bandini no había hecho más que repetir durante más de catorce años que iba a instalar una bañera. Maria recordaba el día en que había entrado por primera vez en aquella casa en compañía del marido. Cuando éste le enseñó lo que hiperbólicamente calificó de cuarto de baño, se cuidó de añadir a continuación que la semana siguiente haría poner una bañera. Seguía diciendo lo mismo después de catorce años.

—La semana que viene —decía— me encargaré de la bañera.

La promesa se había convertido en tradición familiar. Los chicos se divertían con ella. Todos los años le preguntaban Arturo o Federico: «Papá, ¿cuándo tendremos bañera?» y Bandini respondía con resolución tajante: «La semana que viene», o bien: «A principios de semana».

Cuando los muchachos se echaban a reír por oírle decir siempre lo mismo, el padre se les quedaba mirando, ordenaba silencio y exclamaba: «¿Qué coño os hace tanta gracia?» Hasta él gruñía y maldecía a la tina de lavar de la cocina cada vez que se bañaba. Los chicos le oían echar pestes contra la suerte que había tenido en la vida, entre violentas manifestaciones.

—¡La semana que viene, juro por Dios que la semana que viene!

Maria preparaba la gallina para la cena cuando Federico exclamó:

—¡El muslo para mí! —Y desapareció tras la estufa con una navaja. Acuclillado sobre la caja de madera de la hornija, se puso a esculpir barcos con los que jugar mientras se bañaba. Talló y amontonó una docena de barcos, grandes y pequeños, madera de sobra ciertamente para llenar la tina hasta la mitad, por no hablar ya del agua que su cuerpo desplazaría. Pero cuantos más mejor: así podría organizar una batalla naval, aunque tuviera que sentarse encima de algún barco.

August estaba encogido en un rincón, estudiando la liturgia en latín que tenían que saber los monaguillos cuando ayudaban a celebrar misa. El padre Andrew le había regalado el devocionario como premio por la notable piedad que manifestaba durante el Santo Sacrificio, piedad que era un triunfo de la pura resistencia física, porque mientras que Arturo, que también era monago, cambiaba siempre de pierna mientras permanecía arrodillado durante los largos servicios de las misas cantadas, o se rascaba, o bostezaba, o se olvidaba de responder a las palabras del sacerdote, August no caía jamás en tamañas impiedades. A decir verdad, August estaba orgulloso del récord más o menos oficial que ostentaba en la Asociación de Monaguillos. Por ejemplo: podía permanecer arrodillado y erecto con las manos cruzadas con devoción

durante más tiempo que los demás acólitos. Los otros monaguillos admitían sin ambages la superioridad de August en este apartado y ninguno de los cuarenta miembros de la organización estaba interesado en rivalizar con él. Que su resistencia rotuliana, a prueba de reclinatorio, no encontrase con quién contender, incomodaba con frecuencia al campeón.

Aquel fabuloso despliegue de piedad, aquel dominio magistral del arte de ayudar a decir misa, era para Maria una fuente inagotable de satisfacciones. Cada vez que las monjas o los miembros de la parroquia hablaban de la aptitud ceremonial de August, se le inundaba el alma de felicidad. Jamás faltaba a las misas dominicales en que ayudaba August. Arrodillada en el banco delantero, a los pies del altar mayor, la imagen de su hijo mediano con la sotana y la sobrepelliz la hacía temblar de gozo. El revoloteo de las vestiduras cuando se movía, la exactitud de sus ademanes, el silencio de sus pasos sobre la muelle alfombra roja componían un ensueño, un delirio, un paraíso en la tierra. August sería sacerdote algún día; todo lo demás carecía de sentido; ella sufriría y sería una esclava, se moriría una y mil veces, pero su seno habría dado al Señor un sacerdote, un sacerdote que la santificaría a ella, una elegida, madre de un sacerdote, miembro de la gran familia de la Bienaventurada Virgen María...

Bandini pensaba de otro modo. August era muy piadoso y quería ser cura; bueno. Pero *cribbio!* Mierda negra y jodida, ya arreglaría él aquello. El que sus hijos fueran monaguillos le procuraba más diversión que alborozo espiritual. Las raras ocasiones en que iba a misa y los veía, por lo general el día de Navidad por la mañana, cuando la imponente ceremonia católica alcanzaba su cota más compleja, no podía por menos de reírse por lo bajo al ver a sus tres hijos desfilan por la nave central en procesión solemne. No los veía entonces como a niños consagrados, recubiertos de encajes caros y en comunión profunda con el Todopoderoso; aquella indumentaria por el contrario subrayaba el contraste y él se limitaba a verlos con mayor lucidez, como realmente eran, y no sólo a ellos sino también a los demás muchachos: críos irreverentes y salvajes que llevaban aquella pesada sotana entre incomodidades y picores. La facha de Arturo, estrangulado por un ceñido cuello de celuloide que le llegaba hasta las orejas, con su cara rojiza, pecosa e hinchada, y el odio incontenible que sentía por todo el ritual, hacían que Bandini se riera abiertamente. En cuanto al menor, Federico, la cosa no cambiaba, seguía siendo un demonio a pesar de todos aquellos avíos. A pesar de los seráficos suspiros de las mujeres en sentido contrario, Bandini conocía el aturdimiento, la molestia, el fastidio inaguantable de los muchachos.

August quería ser cura; sí, sí; ya arreglaría él aquello. Se haría mayor y se olvidaría de aquellas ocurrencias. Crecería y se haría hombre, o si no, Svevo Bandini le arrancaría la cabezota de cuajo.

Maria cogió la gallina muerta por las patas. Los chicos se taparon la nariz y salieron corriendo de la cocina cuando la madre la abrió para prepararla.

—El muslo para mí —dijo Federico.

—Ya te hemos oído —dijo Arturo.

Estaba de un humor de perros, la conciencia no paraba de hacerle preguntas relativas a la gallina ejecutada. Había cometido un pecado mortal, ¿o era pecado venial matar a una gallina? Echado en el suelo de la salita, con el calor de la estufa barrigona calentándole el costado, reflexionó con espíritu sombrío a propósito de las tres circunstancias que, según su catecismo, hacían que un pecado fuese mortal: 1) materia grave, 2) advertencia plena, 3) perfecto consentimiento.

La cabeza le dio vueltas en torno de lúgubres fantasías. Recordó la historia que les había contado sor Justina acerca de aquel asesino que las veinticuatro horas del día, despierto y dormido, veía ante sí la cara contraída del hombre al que había matado; la aparición se reía de él y le acusaba, hasta que al final el asesino, aterrado, fue a confesarse y rindió cuentas a Dios por el negro crimen que había cometido.

¿Sufriría también él aquella persecución? Ah, gallina alegre y confiada. Una hora antes el animal estaba vivo, en paz con la tierra. Pero ahora estaba muerto, asesinado a sangre fría por su propia mano. ¿Le acosaría la cara de una gallina hasta el fin de su existencia? Miró hacia la pared, parpadeó, tragó saliva. ¡Allí estaba, la gallina muerta le miraba fijamente a la cara mientras cacareaba de un modo maligno! Se puso en pie de un salto, corrió al dormitorio, cerró la puerta con pestillo:

—¡Santísima Virgen María, dame una oportunidad! ¡No quise hacerlo! ¡Juro ante Dios que no sé por qué lo hice! ¡Por favor, gallina bonita! ¡Querida gallina, siento haberte matado!

Y se puso a recitar en tropel avemarías y padrenuestros hasta que las rodillas le dolieron, hasta que, tras hacer un cálculo exacto de los rezos, llegó a la conclusión de que cuarenta y cinco avemarías y diecinueve padrenuestros satisfacían cualquier contrición que se preciara. Pero un temor supersticioso al número diecinueve le obligó a recitar el padrenuestro que completaba la veintena. Acto seguido, con el espíritu inquieto aún por la posibilidad de haber sido mezquino, atacó otras dos avemarías y otros dos padrenuestros para que no quedase la menor duda de que no era supersticioso y de que no

creía en los números, ya que el catecismo hacía hincapié en la reprobación de toda creencia supersticiosa.

Habría podido seguir rezando, pero su madre le llamó para cenar. En el centro de la mesa de la cocina había puesto aquélla una bandeja con los restos fritos de la gallina parda. Federico chillaba y golpeaba el plato con el tenedor. El piadoso August bendecía la mesa con la cabeza gacha. Mantuvo doblada la dolorida nuca hasta un buen rato después de haber acabado la oración, preguntándose por qué su madre no decía nada. Federico dio un codazo a Arturo, se volvió a August y le hizo burla agitando la mano con el pulgar pegado a la nariz. Maria estaba ante la estufa. Se dio la vuelta con la salsera en la mano y vio a August con la dorada testa inclinada con devoción.

—Mi buen August —dijo con una sonrisa—, ¡Dios te bendiga, hijo mío!

August alzó la cabeza y se santiguó. Pero Federico ya se había lanzado al ataque sobre la bandeja y se había hecho con los dos muslos de la gallina. Mordisqueaba uno de ellos; el otro lo tenía escondido entre las piernas. Los ojos de August recorrieron la mesa con irritación. Sospechaba de Arturo, que parecía desganao. Maria tomó asiento entonces. Sin decir palabra, extendió un poco de margarina en una rebanada de pan.

Los labios de Arturo se habían curvado en una mueca mientras observaba a la gallina crujiente y desmembrada. Una hora antes había sido un animal feliz, ignorante del crimen que iba a cometerse. Observó a Federico y la boca que le chorreaba mientras devoraba la carne succulenta. Le dio asco. Maria empujó la bandeja hacia él.

—Arturo, ¿no comes?

La punta del tenedor del muchacho rebuscó con selectividad fingida. Encontró una presa solitaria, una presa desdichada cuyo aspecto empeoró al ponérsela en el plato: era la molleja. Dios mío, por favor, no permitas que vuelva a tratar mal a los animales. Dio un mordisco receloso. No estaba mal. Tenía un sabor delicioso. Dio otro mordisco. Sonrió. Buscó otros pedazos. Comió con fruición y se puso a buscar los fragmentos más blancos. Recordó dónde había escondido Federico el otro muslo. Metió la mano bajo la mesa y sin que nadie se diese cuenta, lo cogió del regazo de Federico. Cuando hubo devorado el muslo, se echó a reír y arrojó el hueso en el plato del hermano menor. Federico se quedó mirando el hueso y se tanteó el regazo con alarma.

—Te juro que me las pagarás, ladrón —le dijo.

August miró con reprobación a su hermano pequeño, sacudiendo la cabeza rubia. Jurar era pecado; sin duda no era pecado mortal; sin duda sólo venial, pero pecado al fin y a la postre. Aquello le entristecía mucho, pero

también se alegraba mucho por no emplear palabras malsonantes como sus hermanos.

No era una gallina grande. La bandeja del centro acabó por vaciarse y cuando no quedaron más que los huesos, Arturo y Federico los abrieron a mordiscos para chuparles la médula.

—Es mejor que papá no haya venido a cenar —dijo Federico—. Habríamos tenido que dejarle una parte.

Maria miró a los tres con una sonrisa; tenían la cara manchada de salsa y en el pelo de Federico había incluso restos de carne. Se los quitó con la mano y les advirtió que no se portasen mal delante de la abuela Donna.

—Si coméis como lo habéis hecho esta noche, no os regalaré nada.

Amenaza inútil. ¡La abuela Donna y sus regalos! Arturo lanzó un gruñido.

—Pero si sólo nos regala pijamas. ¿Para qué quiero yo un pijama?

—Seguro que papá está ya borracho —dijo Federico—. Él y Rocco Saccone.

Maria cerró el puño, que se puso tirante y blanco.

—El muy animal —dijo—. ¡No lo mientes en esta mesa!

Arturo comprendía el odio que sentía su madre hacia Rocco. Maria le tenía mucho miedo, se ponía muy agitada cuando estaba cerca. Era incombustible el desprecio que sentía hacia la amistad vitalicia que le unía a Bandini. De pequeños, cuando aún vivían en los Abruzos, ya eran amigos. Antes de casarse con ella, había compartido con Rocco la amistad de algunas mujeres y cuando éste se presentaba en la casa, los dos bebían y se reían juntos sin motivo aparente, murmuraban unas palabras en un dialecto italiano y estallaban en carcajadas, lenguaje violento de gruñidos y recuerdos, pletórico de alusiones y referencias, aunque insignificante al mismo tiempo y siempre en relación con un mundo desconocido para ella y que jamás podría conocer. Fingía que no le importaba lo que hubiera hecho Bandini antes de casarse, pero aquel Rocco Saccone y la risa obscena que Bandini compartía y con la que disfrutaba componían una suerte de secreto del pasado que ella ansiaba descifrar, poner al descubierto de una vez por todas, pues le parecía que una vez al tanto de los misterios de aquella primera época, el lenguaje privado de Svevo Bandini y Rocco Saccone desaparecería para siempre.

Cuando Bandini estaba fuera, la casa no era la misma. Acabada la cena, los chicos, amodorrados por la comida, se echaron en el suelo de la salita para disfrutar del calor entrañable de la estufa del rincón. Le echó carbón Arturo y se puso a silbar y a canturrear de alegría, a reír dulcemente cuando los muchachos se tendieron, saciada el hambre, a su alrededor.

Maria fregaba los platos en la cocina, consciente de que había un plato y una taza menos. Al devolverla a la despensa, la desportilladísima taza de Bandini, más grande y maciza que las demás, parecía exhibir un orgullo herido por no haberse utilizado en toda la cena. En el cajón donde guardaba los cubiertos, el cuchillo de Bandini, el preferido de Bandini, el más perverso y afilado de todo el juego, emitió un destello luminoso.

La casa perdió entonces su identidad. Una teja suelta susurraba sarcasmos al viento; los cables de la luz rozaban el soportal trasero, produciendo murmullos despectivos. El mundo de los seres inanimados cobraba voz, charlaba con la casa vieja y la casa parloteaba con deleite confabulado acerca de la insatisfacción que reinaba dentro de sus paredes. Los tablones que había bajo sus pies chillaban de placer infeliz.

Bandini no volvería a casa aquella noche.

La apercepción de que no iba a regresar, el saber que sin duda estaría borracho en alguna parte del pueblo, que se ausentaba adrede, era algo aterrador. Todo lo nauseabundo y dañino que había en la tierra parecía estar al tanto del secreto. Se sentía ya rodeada por las fuerzas de las tinieblas y el terror, que marchaban sobre la casa en formación macabra.

Una vez que estuvieron limpios los platos y en su sitio, despejado el fregadero, barrido el suelo, su jornada acabó de repente. No había ya nada que la ocupase. A lo largo de catorce años había cosido y remendado tanto a la luz amarillenta de las bombillas que los ojos se le negaban a seguir haciéndolo cuantas veces volvía a intentarlo; el dolor de cabeza se apoderaba de ella y tenía que dejarlo hasta el día siguiente.

A veces, cuando las encontraba, hojeaba revistas femeninas; revistas vistosas y elegantes que anunciaban a voz en cuello un paraíso norteamericano para las mujeres: muebles hermosos, hermosos vestidos; mujeres bellas y atractivas que vivían historias de amor con la levadura; mujeres elegantes que discutían sobre papel higiénico. Aquellas revistas, aquellas imágenes, venían a simbolizar una categoría inconcreta: «las norteamericanas». Ella siempre hablaba con temor y respeto de lo que hacían «las norteamericanas».

Creía en aquellas imágenes. Se pasaba horas sentada en la mecedora vieja, junto a la ventana de la salita, hojeando siempre revistas femeninas, humedeciéndose sistemáticamente la punta del índice para volver la página. La convicción de que estaba al margen de aquel mundo de «las norteamericanas» acababa actuando sobre ella como un narcótico.

He ahí una faceta suya de la que Bandini se burlaba con resentimiento. Él, por ejemplo, era italiano puro, de una familia campesina atada al terruño desde hacía muchas generaciones. No obstante, ahora que se había nacionalizado, ya no se consideraba italiano. Era norteamericano; a veces le sonaba en la cabeza el timbre de la nostalgia y se ponía a manifestar su orgullo de casta entre alaridos; pero a efectos prácticos era norteamericano y cuando Maria le hablaba de lo que hacían y se ponían «las norteamericanas», cuando sacaba a relucir la actividad de una vecina, «la norteamericana esa que vive más abajo», él se ponía hecho una furia. Porque él era muy sensible a las diferencias de clase y raza, al sufrimiento que comportaban, y estaba resentido con ellas.

Bandini era albañil y para él no había sobre la faz de la tierra una profesión más sagrada. Se podía ser rey, se podía ser conquistador, pero, al margen de lo que se fuese, había que tener una casa; y si se tenía dos dedos de frente, la casa sería de ladrillo; y, como es lógico, construida por un afiliado al sindicato que cobraría el salario mínimo estipulado por el sindicato. Aquello era lo importante.

Pero Maria, sumida en el mundo fantástico de las revistas femeninas, contemplando entre suspiros las planchas eléctricas, las aspiradoras, las lavadoras automáticas y las cocinas eléctricas, no tenía más que cerrar las páginas de aquel mundo quimérico y mirar a su alrededor: sillas incómodas, alfombras raídas, habitaciones heladas. No tenía más que mirarse la palma de la mano, llena de callos por culpa de la tabla de lavar, para darse cuenta de que después de todo ella no era norteamericana. Nada de ella, ni la cara, ni las manos, ni los pies; ni la comida ni los dientes con que la masticaba: nada de ella, nada en absoluto la emparentaba con «las norteamericanas».

En el fondo de su corazón no necesitaba ni libros ni revistas. Tenía su propia manera de huir, su camino particular hacia la satisfacción: el rosario. Aquella ristra de cuentas blancas, con los diminutos engarces rotos en múltiples lugares y atados con fragmentos de hilo blanco que acababan poco a poco por romperse, era, abalorio tras abalorio, su sosegada fuga del mundo. Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo. Y Maria comenzaba a ascender. Abalorio tras abalorio, la vida y los vivos desaparecían. Dios te salve, María, Dios te salve, María. Un sueño sin ensueño la vencía. Una pasión ajena a la carne la arrullaba. Un amor sin muerte entonaba la melodía de la fe. Estaba lejos: era libre; ya no era Maria, ni norteamericana ni italiana, ni pobre ni rica, ni con lavadoras automáticas y aspiradoras ni sin ellas; estaba en el reino de los que ya lo tenían todo. Dios te

salve, Dios te salve, una y otra vez, mil veces y cien mil veces más, oración tras oración, adormecimiento del cuerpo, fuga del espíritu, muerte de la memoria, espita del dolor, fantasía intensa y muda de la fe. Dios te salve, María y Dios te salve. Era su única razón de vivir.

Aquella noche, el tránsito ensartado de la fuga, la alegría que el rosario le procuraba, le bullía en la cabeza mucho antes de apagar la luz de la cocina y entrar en la salita, en cuyo suelo yacían los hijos que roncaban amodorrados. Federico había comido con exceso. Dormía ya como un lirón. Yacía con la cara vuelta, la boca abierta totalmente. August, boca abajo, contemplaba con faz inexpresiva la boca de Federico y pensaba que, cuando le ordenasen sacerdote, obtendría a buen seguro una parroquia con mucho dinero y cenaría pollo todas las noches.

Maria se dejó caer en la mecedora que había junto a la ventana. El conocido crujido de las rodillas maternas hizo que Arturo se encogiese con talante enojado. La madre sacó el rosario del bolsillo del delantal. Cerró los ojos negros y se le movieron los labios cansados, murmullo audible e intenso.

Arturo se dio la vuelta y observó la cara de su madre. La cabeza le iba a toda velocidad. ¿Le interrumpiría para pedirle diez centavos para el cine o ahorraría tiempo y problemas yendo directamente al dormitorio y robándoselos? No había peligro de que le sorprendieran. Una vez que la madre se ponía a rezar el rosario, no abría los ojos hasta que lo acababa. Federico dormía y en cuanto a August, era demasiado beato y memo para enterarse de lo que pasaba en el mundo. Se puso en pie y se desperezó.

—Aoooooh. Voy a buscar un libro.

Ya en la congelada oscuridad del dormitorio materno, levantó el colchón por la parte de los pies. Tanteó las escasas monedas que había en el bolso raído, de un centavo y cinco centavos, pero hasta el momento ninguna de diez. Los dedos se le cerraron entonces alrededor de la parvedad conocida y delgada de una moneda de diez centavos. Puso el bolso en su sitio, entre dos muelles, y escuchó si había ruidos sospechosos. A continuación, silbando a todo meter y pisando fuerte, entró en su cuarto y cogió el primer libro de la cómoda que tuvo al alcance de la mano.

Volvió a la salita y se tumbó en el suelo, al lado de August y Federico. El fastidio se le dibujó en la cara cuando advirtió qué libro había cogido. Era la vida de Santa Teresita del Niño Jesús. Leyó la primera línea de la primera

página. «Cuando vaya al cielo, sólo me dedicaré a hacer el bien en la tierra.» Cerró el libro y se lo pasó a August.

—¡Uf! —exclamó—. No tengo ganas de leer. Me voy a ver si los amigos están patinando en la montaña.

Los ojos de Maria siguieron cerrados, pero curvó los labios un poco para indicar que había oído y que aprobaba el plan. A continuación movió la cabeza despacio, de izquierda a derecha. Era su manera de decir que no volviese tarde.

—De acuerdo —dijo Arturo.

Caliente y lleno de impaciencia bajo los jerséis ajustados, recorrió Walnut Street a la carrera unas veces, al paso otras, cruzó las vías, llegó a la calle Doce, donde atajó por la estación de servicio de la esquina, cruzó el puente, cruzó el parque a todo correr porque el bulto negro de los álamos le daba miedo, y menos de diez minutos más tarde se encontraba jadeando bajo la marquesina del Cine Isis. Como suele suceder en los pueblos pequeños, unos cuantos muchachos de su edad holgazaneaban ante el cine, sin dinero, esperando con mansedumbre a que la bondad del encargado de los acomodadores les permitiera, o no, según el humor con que estuviese, entrar gratis bastante después de comenzada la última película de la noche. También él había estado muchas veces allí, pero aquella noche tenía diez centavos y con una sonrisa campechana dirigida a los pequeños parásitos, sacó la entrada y se coló en el interior.

Eludió al acomodador uniformado que le hizo señas con el dedo y anduvo solo por la oscuridad. Primero se sentó en la última fila. Cinco minutos más tarde avanzó dos filas. Un instante después volvía a mudarse. Poco a poco, a rachas de dos o tres filas, se fue acercando a la pantalla resplandeciente, hasta que por fin estuvo en la mismísima primera fila y no pudo seguir adelante. Y allí se quedó, con el cuello en tensión y la nuez de Adán sobresaliéndole, obligado casi a mirar hacia el techo para ver las andanzas de Gloria Borden y Robert Powell en *Idilio en el río*.

El hechizo de aquella droga de celuloide se apoderó de él en el acto. Estaba convencido de que su cara tenía un notable parecido con la de Robert Powell y no menos seguro de que la faz de Gloria Borden tenía una semejanza sorprendente con la de su maravillosa Rosa, con lo que se sintió totalmente cómodo y a gusto, se reía a mandíbula batiente de los ingeniosos comentarios de Robert Powell y se estremecía de voluptuosidad cada vez que Gloria Borden se ponía melosa y apasionada. Robert Powell perdió poco a poco su identidad y se convirtió en Arturo Bandini y Gloria Borden se

metamorfoseó paulatinamente en Rosa Pinelli. Tras el espantoso accidente de avión en que Rosa acababa en la mesa de operaciones sin que nadie, salvo Arturo Bandini, pudiese llevar a cabo la operación urgente de la que dependía la vida de la joven, el muchacho de la primera fila se echó a temblar. ¡Pobre Rosa! Las lágrimas le corrían por las mejillas y se secó la nariz goteante frotándosela con impaciencia con la manga del jersey.

No obstante, sabía, tenía la intuición de que el joven doctor Arturo Bandini realizaría un milagro médico, que, como era de esperar, ¡oh cielos, se realizó! Antes de enterarse de lo que pasaba, el guapo médico estaba besando a Rosa; era primavera, el mundo era hermoso. De pronto, sin la menor advertencia previa, se acabó la película y Arturo Bandini, llorando y sollozando, permaneció en la primera fila del Cine Isis, turbado hasta lo indecible y angustiado por haberse conducido como un gallina. Todos los usuarios del Isis le miraban. Estaba convencido, ya que era innegable que él y Robert Powell se parecían como dos gotas de agua.

Los efectos del estupor se le fueron pasando poco a poco. Las luces se habían encendido, la realidad había regresado y miró a su alrededor. No había nadie en diez filas a la redonda. Miró atrás, hacia la masa de caras pálidas y exangües del centro y parte trasera del cine. Sintió una descarga eléctrica en el estómago. Contuvo la respiración con pavor espasmódico. En medio de aquel pequeño mar de insulsez, un rostro refulgía igual que un diamante alrededor de unos ojos de belleza cegadora. ¡Era el semblante de Rosa! ¡Y hacía apenas unos momentos que la había salvado en el quirófano! Pero todo era una mentira desconsoladora. Él estaba allí, único espectador de las diez primeras filas de asientos. Agachándose hasta que la frente le quedó casi oculta, se sintió igual que un ladrón, un criminal, mientras echaba miradas furtivas a aquel rostro embriagador. ¡Rosa Pinelli! Estaba sentada entre su padre y su madre, dos italianos gordos como toneles, de papada doble, casi en la última fila del cine. Ella no le podía ver; estaba seguro de que había demasiada distancia para que le reconociese, a pesar de que sus ojos la salvaban sin dificultad y la contemplaban milímetro a milímetro, veían los rizos sueltos que le sobresalían por debajo del sombrero, las cuentas oscuras que le circundaban el cuello, sus dientes tachonados de estrellas. ¡De modo que también ella había visto la película! Los ojos negros y risueños de Rosa lo habían visto todo. ¿Habría advertido el parecido que había entre él y Robert Powell?

No: en realidad no había ningún parecido; en realidad no. No era más que una película, y él estaba en primera fila, tenía calor y se dio cuenta de que

sudaba. Tuvo miedo de tocarse el pelo, miedo de levantar la mano y de echarse el pelo hacia atrás. Sabía que lo tenía erizado y despeinado como la cizaña. La gente lo reconocía siempre porque tenía un pelo rebelde que el peine no doblegaba nunca y porque siempre lo tenía demasiado largo. Puede que Rosa le hubiera descubierto ya. Ah, ¿por qué un pelo que no podía peinarse? ¿Por qué se olvidaba siempre de cosas así? Se fue encogiendo mientras echaba miradas furtivas hacia lo alto para ver si el pelo le sobresalía del respaldo del asiento. Con cuidado, centímetro a centímetro, alzó la mano para alisarse el cabello. Pero no pudo. Tenía miedo de que la muchacha viera la mano.

Cuando las luces volvieron a apagarse, respiró de alivio. Pero al comenzar la segunda película se dio cuenta de que tenía que irse. Se apoderó de él una vergüenza inconcreta, una especie de conciencia de que llevaba jerséis viejos, de que llevaba la ropa que llevaba, el recuerdo de Rosa riéndose de él, el temor de que, a menos que se fuese furtivamente en aquellos momentos, pudiese coincidir con ella en el vestíbulo cuando abandonara el cine con sus padres. No soportaba la idea de encontrarse con éstos. Sus ojos se cernerían sobre él; los ojos de Rosa se agitarían de hilaridad. Rosa lo sabía todo de él; cada pensamiento y hazaña. Rosa sabía que le había robado una moneda de diez centavos a su madre, que tenía necesidad de ella. Rosa le miraría y lo sabría. Tenía que vencer el miedo; o salir de allí; podía suceder cualquier cosa; las luces podían encenderse otra vez y verle ella; tal vez se declarase un incendio; podía suceder cualquier cosa; tenía que levantarse e irse, así de sencillo. Podía estar con Rosa en un aula, o en el patio del colegio; pero aquello era el Cine Isis y él parecía un mísero vagabundo con aquellos harapos que lo diferenciaban de todos los demás, y había robado el dinero: no tenía derecho a estar allí. Si Rosa le veía, leería en su cara que había robado el dinero. Sólo diez centavos, sólo un pecado venial, pero pecado, se mirara como se mirase. Se puso en pie y recorrió el pasillo con pasos largos, rápidos y silenciosos, la cara vuelta hacia un lado, la mano ocultándole la nariz y los ojos. Cuando llegó a la calle, el frío aterrador de la noche le atacó de frente como con un látigo y echó a correr, el viento horadándole la cara, suscitándole pensamientos nuevos y atrevidos.

Al doblar por el camino que conducía al soportal de su casa, el perfil de la madre en la ventana hizo que la tensión que se le había acumulado en el alma saliera con fuerza a la superficie; la piel se le rompió y pulverizó como una ola y en un arrebató se echó a llorar, emergió la culpa, y ésta le inundó y rodeó por todas partes. Abrió la puerta y se encontró en el interior de su

propia casa, en el calor de su casa, que se le antojó intenso y delicioso. Sus hermanos se habían ido a dormir, pero María no se había movido y supo que no había abierto los ojos mientras los dedos, con ciega convicción, daban vueltas a la interminable circunferencia de abalorios. Cielos, qué formidable, qué buen aspecto tenía su madre. ¡Mátame, Señor, porque soy un cerdo, ella una santa y yo debo perecer! Mírame, mamá, porque te he robado los diez centavos y tú sigues rezando. Mátame, mamá, con tus propias manos.

Cayó de rodillas y se abrazó a ella aterrado, jubiloso y culpable. La mecedora se sacudió a instancias de sus sollozos, las cuentas tintinearón en las manos maternas. La madre abrió los ojos y le sonrió, sus dedos delgados le acariciaron el pelo con dulzura y pensó que el muchacho necesitaba ir a la peluquería. Los sollozos filiales satisficieron a la madre como si se tratara de caricias, la inundaron de una ternura que se centró en las cuentas del rosario, de un sentimiento que fundía en una sola unidad las cuentas y los sollozos.

—Mamá —balbuceó el muchacho—. He hecho una cosa.

—No te preocupes —le dijo la madre—. Ya lo sé.

La respuesta le sorprendió. ¿Cómo lo sabía? Había birlado la moneda con pericia de maestro. Había engañado a su madre, y a August, y a todos. Los había engañado a todos.

—Rezabas el rosario y no quise molestarte —mintió el muchacho—. No te quise interrumpir en mitad del rosario.

—¿Cuánto cogiste? —le preguntó ella con una sonrisa.

—Diez centavos. Pude cogerlo todo, pero sólo cogí diez centavos.

—Lo sé.

Se sintió molesto.

—Pero ¿cómo lo sabes? ¿Me viste acaso?

—El agua de la tina está caliente —dijo la madre—. Date un baño.

Arturo se incorporó y comenzó a quitarse los jerséis.

—¿Cómo lo sabías? ¿Me viste? ¿Me espiabas? Creí que cuando rezabas el rosario siempre tenías cerrados los ojos.

—¿Cómo no voy a saberlo? —dijo la madre sin dejar de sonreír—. Siempre me coges monedas de diez centavos del monedero. Eres el único que lo hace. Lo sé siempre. ¡Bueno, me doy cuenta, lo adivino por tu forma de andar!

Se desató los zapatos y se los quitó de una sacudida. Qué lista era su madre a pesar de todo. ¿Y si la próxima vez se quitaba los zapatos y entraba descalzo en el dormitorio? Meditó la nueva táctica con detenimiento al entrar desnudo en la cocina.

Le fastidió que el suelo de la cocina estuviese encharcado y frío. La de Dios habían organizado sus hermanos allí. Sus ropas estaban esparcidas y una tina estaba llena de agua grisácea y jabonosa y de bloques de madera: los acorazados de Federico.

Hacía demasiado frío para bañarse aquella noche. Resolvió fingir que lo hacía. Llenó una tina de agua, cerró la puerta de la cocina, sacó un ejemplar de *Scarlet Crime* y sentado desnudo en la caliente escotilla de la estufa y con los pies chapoteando en la tina, se puso a leer «Un asesinato inútil». Cuando hubo leído lo que le pareció que duraba normalmente un baño de verdad, escondió *Scarlet Crime* en el soportal trasero, se mojó el pelo concienzudamente con la palma de la mano, se frotó la piel seca con una toalla hasta que se le puso de un rosa subido y entró en la salita corriendo y tiritando. Maria le observó mientras se acuclillaba junto a la estufa, se frotaba el pelo con la toalla y gruñía sin parar a propósito de la poca gracia que le hacía bañarse en lo más crudo del invierno. Al dirigirse a la cama se felicitó por la soberbia ejecución de aquella obra maestra del fingimiento. Maria no dejaba de sonreírle. Alrededor del cuello, al cruzar el umbral, le vio la madre un cerco de mugre que le destacaba como un alzacuello negro. Pero no dijo nada. Era cierto que aquella noche hacía demasiado frío para bañarse.

Sola por fin, apagó las luces y siguió rezando. Escuchaba de vez en cuando los ruidos de la casa en medio de sus ensueños. La estufa suspiró, se quejó pidiendo más combustible. Por la calle pasaba un hombre fumando en pipa. Lo observó, sabiendo que no podía verla en la oscuridad. Lo comparó con Bandini; era más alto, pero al andar le faltaba la vehemencia de Svevo. Le llegó del dormitorio la voz de Federico, que hablaba en sueños. Arturo, a continuación, que murmuraba soñoliento: «¡Venga, cállate ya!» Pasó otro hombre por la calle. Gordo, brotándole de la boca un vaho que se esparcía por el aire frío. Svevo era mucho más apuesto que aquel individuo; gracias a Dios, Svevo no era gordo. Pero no tenía que distraerse. Dejar que pensamientos caprichosos le interrumpieran las oraciones era un sacrilegio. Cerró los ojos con fuerza y confeccionó una lista mental de cosas que tenía que consultar con la Bienaventurada Virgen María.

Rezó por Svevo Bandini, rezó por que no se emborrachara demasiado y cayese en manos de la policía, como le había sucedido cierta vez, antes de casarse. Rezó por que se mantuviera apartado de Rocco Saccone y por que Rocco Saccone estuviera lejos de él. Rezó por la aceleración del tiempo, por que la nieve se derritiese y en Colorado fuese primavera muy pronto, por que Svevo tuviera trabajo otra vez. Rezó por una Navidad feliz y por el dinero.

Rezó por Arturo, por que dejase de robar monedas de diez centavos, y por August, por que fuese sacerdote, y por Federico, por que fuera un buen muchacho. Rezó por que todos ellos tuviesen ropa que ponerse, dinero para pagar en la tienda, y por el alma de los muertos, por el alma de los vivos, por el mundo, por los enfermos y moribundos, por los pobres y los ricos, por que se le concediera valor y fuerza para soportarlo todo, y por que se le perdonaran las equivocaciones que cometía.

Rezó una oración larga y ferviente por que la visita de Donna Toscana fuese breve, por que no sembrase demasiada discordia y por que Svevo Bandini y su madre entablasen algún día una relación cordial y pacífica. Esta oración postrera fue casi desesperada y ella lo sabía. Cómo podía disponer la madre de Cristo el cese de las hostilidades entre Svevo Bandini y Donna Toscana era un misterio que sólo el cielo sabía. Siempre la turbaba llamar la atención de la Virgen Santísima respecto de aquel problema. Era como pedir a la luna un broche de plata. Al fin y al cabo, la Virgen Bendita le había concedido ya un marido honrado y trabajador, tres hijos cariñosos y simpáticos, una buena casa, una salud inquebrantable y fe en la misericordia divina. Pero que hubiera paz entre Svevo y su suegra..., bueno, había peticiones que desbordaban incluso la generosidad del Todopoderoso y de la Santísima Virgen María.

Donna Toscana llegó el domingo a mediodía. Maria y los niños estaban en la cocina. La queja que emitieron los tablones del soportal cuando puso el pie encima les reveló que se trataba de la abuela. En la garganta de Maria se formó una bola helada. Donna abrió la puerta sin llamar y asomó la cabeza. Sólo hablaba en italiano.

—¿Está... el cerdo de los Abruzos?

Maria echó a correr y se arrojó en brazos de su madre. Donna Toscana era una mujer voluminosa que vestía siempre de negro desde la muerte del marido. Llevaba enaguas debajo de la seda negra exterior, cuatro enaguas, todas de colores chillones. Sus tobillos hinchados semejaban otros tantos cuellos afectados por el bocio. Sus zapatos diminutos parecían a punto de reventar bajo el peso de sus ciento veinte kilos. En el pecho parecían apretujársele, no dos, sino una docena de senos. Tenía la complexión de una pirámide, exenta de caderas. En los brazos tenía abundancia de carne que colgaba, no hacia abajo, sino en ángulo, y los dedos hinchados le pendían como morcillas. Carecía de cuello prácticamente. Cuando giraba la cabeza, la

carne colgante se movía con la melancolía de la cera derretida. Por entre el ralo pelo canoso se le veía un cuero cabelludo de color rosado. Tenía una nariz delgada y elegante, pero sus ojos parecían dos granos pisoteados de uva bodocal. Cada vez que hablaba, la dentadura postiza, de manera involuntaria, se ponía a chapurrear un idioma privado.

Maria cogió el abrigo y Donna se quedó en mitad de la estancia, la olisqueó y con los temblores de la grasa del cuello dio a entender a la hija y los nietos que el olor que analizaban sus aletas nasales era pestilente y nauseabundo. Los muchachos, recelosos, se pusieron también a olisquear. De pronto, la casa adquirió un olor que no habían advertido nunca. August pensó en las molestias renales que le habían aquejado dos años antes y se preguntó si, al cabo de dos años, el olor seguiría allí.

—Hola, abuela —dijo Federico.

—Tienes los dientes negros —dijo la mujer—. ¿Te los lavaste esta mañana?

Desapareció la sonrisa de Federico y con el dorso de la mano se cubrió los labios al tiempo que bajaba los ojos. Apretó la boca y tomó la resolución de ir al cuarto de baño para mirarse en el espejo en cuanto pudiese. Era curioso que los dientes le supieran en efecto a negrura.

La abuela seguía olisqueando.

—Pero ¿qué peste es ésta? —preguntó—. ¿Seguro que vuestro padre no está en casa?

Los chicos entendían el italiano porque Bandini y Maria lo hablaban con frecuencia.

—No, abuela —dijo Arturo—. No está en casa.

Donna Toscana metió la mano en el laberinto de pechos y sacó el monedero. Lo abrió y con la punta de los dedos sacó una moneda de diez centavos, que mantuvo en alto.

—Vamos a ver —dijo con una sonrisa—. ¿Cuál de mis tres nietos dice menos mentiras? Al que me diga la verdad le daré estos *dieci soldi*. Decidme enseguida: ¿está borracho vuestro padre?

—Ah, *mamma mia* —dijo Maria—. ¿Por qué preguntas esas cosas?

Sin mirarla siquiera, la abuela le replicó:

—Silencio, mujer. Es un juego para los chicos.

Los muchachos se consultaron con la mirada: guardaban silencio, deseosos de traicionar a su padre, aunque no lo suficiente. La abuela era una tacaña, pero sabían que tenía el monedero lleno de monedas de diez centavos y que cada una premiaría un dato informativo sobre papá. ¿Podían hacer caso

omiso de aquella pregunta y esperar a la siguiente, a otra menos infamante para papá, o tenían que contestarlas una tras otra? Porque no era cuestión de decir la verdad: aunque papá no estuviese borracho. La única manera de ganar la moneda de diez centavos era responder como la abuela quería.

Maria se desesperaba. Donna Toscana tenía una lengua de víbora, siempre dispuesta a hacer de las suyas en presencia de los niños: episodios medio olvidados de la infancia y juventud de Maria, cosas que prefería que sus hijos no supieran para que su dignidad no acabase por los suelos: insignificancias que podían utilizar en contra de él. Donna Toscana ya las había sacado a relucir en otras ocasiones. Los muchachos sabían ya que su madre había sido la tonta del colegio porque se lo había contado la abuela. Sabían ya que su madre había jugado a papás y mamás con niños negros y que por ello le habían dado una paliza. Que su madre había vomitado en el coro de Santo Domingo en el curso de una tórrida misa cantada. Que su madre, al igual que August, se había meado en la cama de pequeña, pero que, a diferencia de August, a ella se la obligaba a lavar el camisón. Que su madre se había escapado de casa y que la policía la había encontrado y devuelto (en realidad no se había escapado, sólo se había perdido, pero la abuela insistía en que se había escapado). Y más cosas aún. De pequeña se negaba a trabajar y la encerraban durante horas en la bodega. Nunca fue, nunca sería una buena cocinera. Cuando nacieron sus hijos, chillaba como una hiena. Era una idiota, de lo contrario jamás se habría casado con un sinvergüenza como Svevo Bandini...; además, carecía de amor propio, ¿por qué, si no, vestía siempre con harapos? Sabían que la mamá era una pusilánime que se dejaba dominar por el cerdo de su marido. Que la mamá era una cobarde que debería haber mandado a la cárcel a Svevo Bandini hacía mucho tiempo. Así que más valía no provocar a su madre. Más valía recordar el cuarto mandamiento y respetar a su madre para que sus propios hijos, sin ir más lejos, la respetasen a ella.

—Y bien —repitió la abuela—. ¿Está borracho?

Silencio prolongado.

Federico, en aquel punto:

—Puede que sí, abuela. Pero no lo sabemos.

—*Mamma mia!* —exclamó Maria—. Svevo no está borracho. Está fuera por asuntos de trabajo. Volverá de un momento a otro.

—Oíd, oíd a vuestra madre —dijo Donna—. No limpiaba la taza del retrete ni cuando tenía edad suficiente para saber estas cosas. ¡Y ahora quiere convencerme de que el perdido de vuestro padre no está borracho! ¡Pero lo está! ¡Borracho! ¿Verdad, Arturo? Rápido: por *dieci soldi*.

—No lo sé, abuela. De verdad.

—¡Bah! —le espetó la mujer—. ¡Hijos idiotas de una madre idiota!

Les tiró unas monedas a los pies. Se arrojaron sobre ellas como salvajes, peleándose y revolcándose por el suelo. Maria contemplaba el retorcido revuelo de brazos y piernas. Donna Toscana cabeceó con tristeza.

—Y encima sonríes —dijo—. Se despedazan como animales y su madre se queda tan pancha y sonriendo. ¡Ay, pobre Norteamérica! ¡Ay, Norteamérica, tus hijos se harán pedazos entre sí y morirán como bestias sedientas de sangre!

—Pero *mamma mia*, son sólo unos niños. No se hacen daño.

—¡Ay, pobre Norteamérica! —exclamó Donna—. ¡Pobre e indefensa Norteamérica!

Se puso a husmear por la casa. Maria había preparado el terreno: había limpiado alfombras y suelos, quitado el polvo a los muebles y sacado brillo a las estufas. Pero un trapo del polvo no quita las manchas de un techo con goteras; una escoba no hace desaparecer los puntos raídos de una alfombra; el agua y el jabón no quitan las huellas omnipresentes de los niños: las manchas oscuras en derredor del pomo de las puertas, las manchas de grasa que de pronto aparecen por aquí y por allá; un nombre infantil garabateado con torpeza; dibujos improvisados para jugar al tres en raya; huellas de pies en la parte inferior de las puertas, fotos de calendario que criaban bigote de la noche a la mañana; un zapato que Maria había guardado en el armario no hacía ni diez minutos; un calcetín; una toalla; un trozo de pan con jamón en la mecedora.

Maria había trabajado y hecho advertencias durante horas: así se le pagaba. Donna Toscana iba de cuarto en cuarto con mueca de repugnancia en el rostro. Comprobó la habitación de los niños: la cama hecha con escrupulosidad y rematada con una colcha azul que olía a naftalina; advirtió las cortinas recién planchadas, el reluciente espejo de la cómoda, la alfombra raída junto a la cama, todo en su lugar exacto, todo con la impersonalidad de un monasterio, y debajo de la silla del rincón... unos calzoncillos sucios de Arturo, enviados allí de un puntapié, y extendidos como la sección de un cuerpo infantil que hubiesen partido en dos con una sierra.

La anciana alzó las manos al cielo y se lamentó.

—No tiene remedio —dijo—. ¡Qué mujer! ¡Ay, Norteamérica!

—Bueno, no sé cómo habrán venido a parar aquí —dijo Maria—. Los niños siempre son muy cuidadosos.

Cogió la prenda y se la guardó aprisa bajo el delantal, los ojos fríos de Donna Toscana fijos en ella durante un minuto largo.

—Eres una inútil. Una mujer inútil e indefensa.

Toda la tarde fue lo mismo, el inagotable cinismo de Donna Toscana humillándola y abatiéndola. Los chicos se habían ido con las monedas a la tienda de caramelos. Como había pasado más de una hora y no volvían, Donna se quejó de la escasa autoridad de Maria. Cuando volvieron, la cara de Federico llena de chocolate le hizo poner el grito en el cielo igualmente. Una hora después de que volvieran, se quejó de que hacían demasiado ruido y Maria les dijo que se marcharan. Cuando se hubieron ido, profetizó que, con la nieve que había, cogerían una gripe de muerte. Maria le preparó una taza de té. Donna chascó la lengua y determinó que le había salido flojo. Maria, armada de paciencia, consultó el reloj que pendía sobre la estufa. Al cabo de dos horas, a las siete en punto, se marcharía su madre. El tiempo se detuvo, cojeó, se arrastró con impotencia.

—Pareces enferma —dijo Donna—. ¿Por qué se te han ido los colores de la cara?

Maria se pasó la mano por el pelo.

—Estoy bien —dijo—. Todos estamos bien.

—¿Dónde está? —dijo Donna—. El perdulario ese.

—Trabajando, *mamma mia*. Ha encontrado otro trabajo.

—¿En domingo? —dijo con burla su madre—. ¿Cómo sabes que no está por ahí con alguna *puttana*?

—¿Por qué dices eso? Svevo no es de esa clase de hombres.

—El hombre con quien te casaste es un bruto y un animal. Pero se casó con una imbécil y mucho me temo que no se llevará nunca su merecido. ¡Ay, Norteamérica! Sólo en esta tierra corrupta podían ocurrir tales cosas.

Mientras Maria preparaba la cena, su madre se sentó con los codos en la mesa, la barbilla en las manos. El menú se compondría de espaguetis y albóndigas. Hizo que Maria limpiase la cacerola de la pasta con agua y jabón. Exigió que le enseñase la caja alargada de los espaguetis y la observó con atención, en busca de las señales que dejaban los ratones. No había frigorífico en la casa, la carne se guardaba en el aparador del soportal trasero. Era un filete de tapa, picado para hacer las albóndigas.

—Trae aquí —dijo Donna.

Maria le puso la carne delante. La probó con la punta del dedo.

—Me lo imaginaba —dijo con el ceño fruncido—. Está podrida.

—¡Es imposible! —dijo Maria—. Si la compré anoche mismo...

—Los carniceros reconocen siempre a las imbéciles.

La cena se retrasó media hora porque Donna quiso que Maria lavara y secara los platos que ya estaban limpios. Llegaron los chicos, muertos de hambre. Les ordenó que se lavaran manos y cara, y que se pusieran camisa limpia y corbata. Se pusieron a gruñir y Arturo murmuró «Vieja pelleja» mientras se anudaba una corbata detestable. Cuando por fin estuvo todo listo, la cena se había enfriado. Los chicos se la comieron de todos modos. La anciana comía con indiferencia los escasos espaguetis que tenía delante. No le gustaron y apartó el plato.

—Todo está mal cocinado —dijo—. Los espaguetis saben a estiércol.

Federico se echó a reír.

—Pues a mí me gustan.

—¿Quieres alguna otra cosa, *mamma mia*?

—¡No!

Después de la cena, mandó a Arturo a la estación de servicio para que le pidiera un taxi por teléfono. Después se marchó, discutiendo con el taxista para que le rebajara a veinte centavos los veinticinco que costaba ir a la estación del ferrocarril. Cuando se hubo ido, Arturo se metió una almohada bajo la camisa, se ató un delantal alrededor y anduvo como pisando huevos por la casa, olisqueándolo todo con expresión displicente. Pero no se rió nadie. Nadie se interesó.

Sin Bandini, ni dinero ni comida. Si Bandini estuviera en casa diría: «Póngalo en la cuenta».

Lunes por la tarde, sin Bandini aún, ¡y aquella factura de la tienda! Maria no podía olvidarla en ningún momento. Igual que un fantasma incansable volvía aterradores los días del invierno.

La tienda del señor Craik estaba al lado mismo de la casa de Bandini. Durante la primera época de casado, Bandini había abierto una cuenta en el establecimiento del señor Craik. Al principio pagaba las facturas puntualmente. Pero a medida que los niños crecían y pedían más comida, y a un mal año le seguía un año malo, la cuenta aumentaba hasta alcanzar cifras escandalosas. Desde que contrajera matrimonio, cada año que pasaba le iban peor las cosas a Bandini. ¡Dinero! Después de quince años de casado había acumulado tantas facturas que hasta Federico sabía que no tenía ni intención ni posibilidad de pagarlas.

Pero la cuenta de la tienda le atormentaba. Cuando debía al señor Craik cien dólares, le pagaba cincuenta; si los tenía. Cuando le debía doscientos, le pagaba setenta y cinco; si los tenía. Así se conducía Bandini con todas sus deudas. No había en ellas nada misterioso. No había motivos ocultos, ningún deseo de estafar a nadie. Ningún presupuesto las podía evitar. Ninguna economía planificada podía modificarlas. Era muy sencillo: la familia Bandini gastaba más dinero del que ganaba. Svevo sabía que su única solución era una racha de buena suerte. La incesante seguridad de que esta racha estaba al caer le impedía renunciar del todo y saltarse la tapa de los sesos. Amenazaba continuamente con ambas cosas, pero no hacía ninguna. Maria no sabía amenazar. Era ajeno a su naturaleza.

Pero el señor Craik, el tendero, se quejaba todos los días. Nunca había confiado del todo en Bandini. Si la familia Bandini no hubiera vivido al lado mismo de la tienda, donde podía vigilarla, y si últimamente no hubiera tenido el presentimiento de que iba a percibir por lo menos buena parte del dinero que se le debía, habría dejado de fiarle. Simpatizaba con Maria y se compadecía de ella con esa lástima fría que los pequeños empresarios manifiestan hacia los pobres en general y con la gélida apatía autodefensiva

que ostentan cuando los tratan personalmente, uno por uno. Es que, Dios mío, también él tenía facturas que pagar.

Ahora que subía a tanto la cuenta de Bandini —cada invierno daba unos saltos pavorosos—, injuriaba a Maria, la ofendía incluso. Sabía que ella era honrada hasta llegar a la inocencia infantil, aunque no parecía importarle cuando entraba en el establecimiento para aumentar la cuenta. ¡Como si la tienda fuera suya! Él estaba allí para vender artículos, no para regalarlos. Negociaba con mercancías, no con sentimientos. Se le debía dinero. Y el crédito que concedía a Maria era un crédito extra. Era inútil que exigiera el pago de la deuda. Lo único que podía hacer era acosarla hasta obtenerlo. Dadas las circunstancias, era la mejor actitud que podía adoptar.

Para entrar todos los días en el establecimiento, Maria tenía que hacer de tripas corazón. Bandini no hacía caso de los sufrimientos que pasaba ante el señor Craik.

Cárguelo en la cuenta, señor Craik, cárguelo en la cuenta.

Toda la tarde y hasta una hora antes de la cena, Maria se paseaba por la casa en impaciente espera de la inspiración que tanto necesitaba para dirigirse a la tienda. Iba a la ventana y se quedaba allí con las manos metidas en los bolsillos del delantal, una de ellas apretando el rosario; esperando. Ya lo había hecho antes, dos días antes tan sólo, el sábado, y el día anterior, y todos los días precedentes, en primavera, en verano, en invierno, año tras año. Pero a fuerza de abusar de su propia valentía, ésta se le había dormido y no quería despertar. Ya no podría volver a aquella tienda, a dar la cara a aquel hombre.

Desde la ventana, a la luz pálida del atardecer invernal, vio a Arturo al otro lado de la calzada en compañía de un grupo de chicos del vecindario. Habían entablado una batalla de bolas de nieve en el descampado. Abrió la puerta.

—¡Arturo!

Lo llamaba porque era el mayor. Él la vio en el umbral. Una oscuridad blanca. Sombras densas se deslizaban aprisa por la nieve láctea. Las farolas de la calle brillaban con frialdad, resplandor frío en medio de una neblina más fría aún. Pasó un automóvil con rechinar lúgubre de cadenas antinieve.

—¡Arturo!

Sabía lo que quería su madre. Los dientes le rechinaron de fastidio. *Sabía* que su madre deseaba que fuese a la tienda. Era una cagona, una mierda seca que, temerosa de Craik, le cargaba a él el muerto. Su voz poseía el trémolo característico que le aparecía cuando había que ir a la tienda. Trató de escabullirse fingiendo que no la había oído, pero ella siguió llamándole hasta

que a él se le pusieron los nervios de punta, y los demás chicos, paralizados por el temblor de su voz, dejaron de tirarse bolas de nieve y se lo quedaron mirando como si le rogaran que hiciese algo.

Tiró él la última bola de nieve, la vio reventar y echó a andar con fatiga por la nieve y por la calzada helada. Entonces pudo ver a su madre con claridad. Los dientes le castañeteaban a causa del frío del ocaso. Se abrazaba el cuerpecillo frágil con fuerza y removía los dedos de los pies para mantenerlos en calor.

—¿Qué quieres? —dijo Arturo.

—Hace frío —dijo la madre—. Entra y te lo diré.

—Venga, mamá, ¿qué pasa? Tengo prisa.

—Quiero que vayas a la tienda.

—¿A la tienda? ¡No! Ya sé por qué quieres que vaya yo: porque tú tienes miedo por el dinero que debemos. Pues no pienso ir. Nunca.

—Ve, por favor —dijo la madre—. Eres bastante mayor para entenderlo. Ya conoces al señor Craik.

Y tanto que lo conocía. Detestaba a Craik, a aquel hediondo que no hacía más que preguntarle si su padre estaba borracho o sobrio, y qué hacía con su dinero, y cómo podéis vivir los Macarroni sin un duro, y por qué el viejo no está nunca en casa por la noche, y si se ha liado con alguna tía circunstancial que le vacía los bolsillos. Conocía al señor Craik y no lo aguantaba.

—¿Por qué no va August? —replicó—. Todo tengo que hacerlo yo, joder. ¿Quién va por carbón y por leña? Yo. Siempre. Que vaya August.

—August no irá. Tiene miedo.

—Bobadas. Es un cobarde. ¿De qué hay que tener miedo? ¿Eh? Mira, yo no voy a ir.

Se dio la vuelta y volvió despacio con los chicos. La batalla de bolas de nieve se reanudó. En el bando contrario estaba el hijo del tendero, Bobby Craik. Te voy a dar en toda la cara, so cerdo. Maria volvió a llamarle desde el soportal. Arturo no respondió. Gritaba para que su voz ahogase la de su madre. Ya estaba oscuro y las ventanas del señor Craik resplandecerían en la noche. Arturo desenterró con el pie una piedra hundida en la tierra helada y la metió en una bola de nieve. El pequeño Craik estaba a cinco metros, detrás de un árbol. La arrojó con una violencia que le puso en tensión el cuerpo entero, pero falló: por unos centímetros.

El señor Craik partía con el hacha un hueso en el tajo cuando entró Maria. Alzó los ojos al chirriar la puerta y la vio: una figura pequeña e insignificante enfundada en un abrigo negro y viejo con cuello de piel, de piel tan raída que

en la superficie negra habían aparecido manchas blancas. Un raído sombrero marrón le cubría la cabeza hasta la frente; y debajo, oculta, la cara de una niña muy pequeña y muy vieja. Sus medias de rayón, sin brillo ya, eran de un color crema amarillento que subrayaba la presencia de los huesecillos y la piel blanca que había debajo y hacía que los zapatos viejos que calzaba pareciesen más estropajosos y viejos. Andaba igual que una niña, con temor, de puntillas, abrumada, en aquel establecimiento conocido en que hacía las compras con regularidad invariable, alejándose al máximo del tajo del señor Craik, punto donde el mostrador se encontraba con la pared.

Años atrás solía saludarle. Pero pensaba que a lo mejor el hombre no quería ahora un trato tan familiar y se quedó en silencio en su rincón, en espera de que la atendiese.

Al ver de quién se trataba, el hombre no hizo caso y la mujer se esforzó por ser una espectadora curiosa y sonriente mientras aquél agitaba el hacha. El señor Craik era de estatura media, estaba un poco calvo y llevaba gafas de montura de celuloide: un hombre de cuarenta y cinco años. Llevaba un lápiz grueso detrás de una oreja y un cigarrillo detrás de la otra. El delantal blanco le llegaba hasta los zapatos y lo llevaba atado a la cintura por varias vueltas de cinta azul. Estaba troceando el hueso de una cadera rojiza y jugosa.

—Sólo con mirarlo alimenta, ¿verdad? —dijo Maria.

Golpeó la carne una y otra vez, cortó un pedazo cuadrado del rollo de papel embalador, lo extendió sobre la báscula y le echó la carne encima. Sus dedos rápidos y blandos la envolvieron con pericia. Calculó la mujer que la chuleta valdría casi dos dólares y se preguntó quién la habría comprado: probablemente alguna de las norteamericanas ricas que vivían en University Hill y que eran clientes del señor Craik.

El señor Craik se echó al hombro el resto de la cadera y desapareció en el interior de la cámara frigorífica, cerrando la puerta a sus espaldas. Estuvo un rato muy largo en aquella cámara frigorífica. Reapareció al cabo, fingió sorpresa al ver a Maria, se aclaró la garganta, cerró la puerta de la cámara frigorífica, le puso el candado que le echaba todas las noches y desapareció en la trastienda.

Supuso Maria que había ido al lavabo para lavarse las manos, lo que hizo que se preguntara si aún le quedaba detergente Gold Dust; pero, de manera súbita y repentina, todo lo que le hacía falta para la casa rompió las membranas de la memoria y una flojedad semejante al desmayo se apoderó de ella al pensar en la montaña de jabón, margarina, carne, patatas y muchas otras cosas que se le venía encima.

Reapareció Craik con una escoba y se puso a barrer el serrín que escarchaba los alrededores del tajo. Maria alzó los ojos hasta el reloj: las seis menos diez. ¡Pobre señor Craik! Parecía cansado. Era como todos los hombres, deseoso ya sin duda de un buen plato caliente.

El señor Craik interrumpió la limpieza para encender un cigarrillo. Svevo sólo fumaba puros, pero casi todos los norteamericanos fumaban cigarrillos. El señor Craik la miró, exhaló el humo y siguió barriendo.

—Mal tiempo tenemos estos días —dijo la mujer.

Pero el hombre tosía en aquellos instantes y ella pensó que no la había oído, porque entró en la trastienda y volvió con una caja de cartón y un recogedor. Suspirando al inclinarse, puso el serrín en el recogedor con la escoba y lo vació en la caja de cartón.

—No me gusta que haga tanto frío —dijo la mujer—. Estamos esperando a que llegue la primavera, Svevo sobre todo.

Volvió a carraspear el hombre y antes de que la mujer se diese cuenta ya había desaparecido en el fondo del establecimiento con la caja de cartón. Oyó Maria el chorro del agua corriente. El hombre volvió secándose las manos en el delantal, en aquel bonito delantal blanco. Pulsó aparatosamente el botón de ABRIR CAJA de la caja registradora. Maria cambió de postura, apoyándose en la otra pierna. El reloj de péndulo tictaqueaba. Era uno de aquellos relojes eléctricos que emitían ruidos raros. Ya eran las seis en punto.

El señor Craik cogió a puñados las monedas de la caja y las puso en el mostrador. Rasgó una tira de papel del rollo y cogió el lápiz. Se inclinó y se puso a anotar los ingresos del día. ¿Sería posible que no se hubiese dado cuenta de que Maria se encontraba en el establecimiento? ¡Tenía que haber visto que entraba y que estaba allí! El señor Craik humedeció la punta del lápiz con la lengua rosácea y se puso a sumar las cantidades apuntadas. Arqueó Maria las cejas y se acercó al escaparate para echar un vistazo a las frutas y verduras. Naranjas: sesenta centavos la docena. Espárragos: treinta y cinco centavos el kilo. ¡Ángela María! Un kilo de manzanas: treinta centavos.

—¡Fresas! —exclamó—. ¡Y en invierno! ¿Son de California, señor Craik?

El aludido metió las monedas en una talega de banco y se dirigió a la caja fuerte, ante la que se acuclilló y en la que marcó los números de la combinación. El reloj de péndulo tictaqueaba. Eran las seis y diez cuando el tendero cerró la caja fuerte. Un instante después volvía a perderse en el fondo de la tienda.

Maria no se atrevía ya a mirarle. Humillada, extenuada, le dolían los pies y con las manos enlazadas en el regazo tomó asiento en una caja vacía y se

puso a mirar los escaparates cubiertos de escarcha. El señor Craik se quitó el delantal y lo arrojó sobre el tajo. Se quitó el cigarrillo de los labios, lo dejó caer en el suelo y lo pisó a conciencia. Luego volvió a la trastienda y regresó con el abrigo. Sólo en el momento de subirse el cuello de la prenda, se dirigió a Maria por primera vez.

—Vamos, señora Bandini. No puedo quedarme aquí toda la noche.

Maria perdió el equilibrio al oír la voz del tendero. Sonrió para ocultar la turbación, pero tenía gachos los ojos y la faz enrojecida. Se llevó las manos al cuello.

—Es que yo... —dijo—, ¡le estaba esperando!

—¿Y qué quiere hoy, señora Bandini? ¿Espalda?

No se movió del rincón y frunció los labios. El corazón le iba tan rápido que no se le ocurría nada.

—Quiero... —fue a decir.

—Aprisa, señora Bandini. Dios mío, ya lleva aquí media hora y aún no se ha decidido.

—Pensé que...

—¿Quiere un filete de espalda?

—¿A cuánto está la espalda, señor Craik?

—Igual que siempre. Señora Bandini, por favor. Hace años que me compra. Está al mismo precio. Al mismo precio de siempre.

—Quiero cincuenta centavos.

—¿Y por qué no lo ha dicho antes? —preguntó el tendero—. Ya he guardado toda la carne en la cámara frigorífica.

—Lo siento, señor Craik.

—Por esta vez, pase. Pero en lo sucesivo, si quiere algo de esta tienda, venga más temprano. Dios mío, no sé a qué hora voy a llegar a casa.

Sacó un pedazo de espalda y se puso a afilar el cuchillo.

—Oiga —dijo el hombre—. ¿Qué hace Svevo estos días?

En los quince años y pico que Bandini y el señor Craik se conocían, éste aludía siempre a aquél llamándole por el nombre de pila. Maria había pensado siempre que Craik temía a su marido. Era una convicción que la enorgullecía mucho en privado. Hablaron entonces de Bandini y ella repitió por enésima vez la aburrida historia de las desdichas de un albañil en los inviernos de Colorado.

—Es que lo vi anoche —dijo Craik—. Cerca de la casa de Effie Hildegarde. ¿La conoce?

No; no la conocía.

—Será mejor que vigile al Svevo ese —dijo el tendero con humorismo insinuante—. Que no le quite el ojo de encima. Effie Hildegarde tiene un montón de dinero. Y es viuda, además —añadió, mientras comprobaba la carne que había puesto en el plato de la báscula—. Y propietaria de la compañía de tranvías.

Maria le observó la cara con atención. Envolvió la carne, ató el envoltorio y lo dejó caer en el mostrador, delante de Maria.

—Posee además muchos inmuebles en el pueblo —prosiguió el hombre—. Una mujer imponente, señora Bandini.

¿Inmuebles? Maria suspiró aliviada.

—Bueno, Svevo conoce a mucha gente así. Tal vez piense que ella le puede dar trabajo.

Se mordía la uña del pulgar cuando Craik habló de nuevo.

—¿Qué más, señora Bandini?

Pidió el resto: harina, patatas, jabón, margarina, azúcar.

—¡Ah, me olvidaba! —exclamó—. También quiero fruta, media docena de manzanas de ésas. A los niños les gusta la fruta.

El señor Craik maldijo por lo bajo, abrió una bolsa de una sacudida y metió en ella las manzanas. No le gustaba incrementar la deuda de Bandini con fruta: le parecía ridículo que los pobres se permitieran aquellos lujos. Carne y harina, bueno. Pero ¿por qué tenían que comer fruta cuando debían tanto dinero?

—Señor, Señor —murmuró el hombre—. Esto de vender al fiado tiene que terminarse, señora Bandini. No puede continuar así. Desde septiembre no he recibido a cuenta ni un centavo.

—¡Se lo diré a mi marido! —dijo Maria, retrocediendo—. Se lo diré, señor Craik.

—¡Sí, claro! ¡De mucho va a servir!

Maria recogió los paquetes.

—Se lo diré, señor Craik. Se lo diré esta misma noche.

¡Qué alivio salir a la calle! Y qué cansada estaba. Le dolía todo el cuerpo. Sonrió sin embargo al inhalar el aire frío de la noche y abrazó con afecto los paquetes como si fueran la vida misma.

El señor Craik se equivocaba. Svevo Bandini era hombre hogareño. ¿Y por qué no podía hablar con una mujer que poseía bienes inmuebles?

Arturo Bandini estaba convencido de que cuando muriese no iría al infierno. Para ir al infierno había que cometer un pecado mortal. Él había cometido muchos, lo sabía, pero la confesión le había salvado. Siempre se confesaba a tiempo, es decir, antes de que la muerte se le presentara. Y tocaba madera cada vez que pensaba en ello: que siempre habría tiempo antes de morir. De modo que Arturo estaba archiconvencido de que cuando muriese no iría al infierno. Por dos motivos. Por la confesión y porque era un corredor muy rápido.

El purgatorio, sin embargo, ese lugar intermedio entre el infierno y el cielo, le preocupaba. El catecismo decía con claridad lo que hacía falta para ir al cielo: el alma tenía que estar limpia del todo, sin la menor sombra de pecado. Si el alma, en el momento de la muerte, no estaba lo bastante limpia para ir al cielo ni lo bastante sucia para ir al infierno, se quedaba en la región intermedia, en aquel purgatorio en que ardería y ardería hasta que sus faltas se purgasen.

Había un consuelo en el purgatorio: que, al margen del tiempo que se pasara en él, el cielo estaba asegurado. Pero cuando Arturo se dio cuenta de que la estancia en el purgatorio podía durar setecientos mil millones de billones de trillones de años, ardiendo y ardiendo sin parar, poco consuelo había en que al final se aterrizase en el cielo. A fin de cuentas, cien años era ya mucho tiempo. Ciento cincuenta millones de años era inconcebible.

Sí: Arturo estaba convencido de que jamás iría derecho al cielo. Por más que esta perspectiva le asustase, sabía que la temporada en el purgatorio sería larga. Aunque ¿no se podía hacer nada para reducir la prueba de fuego del purgatorio? La solución de este problema la encontró en el catecismo.

Decía el catecismo que para reducir el espantoso periodo purgativo había que hacer buenas obras, rezar, practicar la abstinencia y el ayuno y acumular indulgencias. De las buenas obras no había ni que hablar, por lo menos en su caso. Jamás había visitado a los enfermos porque no conocía a esta clase de personas. Jamás había vestido a los desnudos porque nunca había visto desnudo a nadie. Jamás había enterrado a los muertos porque para eso estaban los enterradores. Jamás había dado limosna a los pobres porque no tenía nada para dar; por otra parte, la palabra «limosna» le sonaba a rebanada de pan, ¿y

de dónde podía sacar él las rebanadas de pan? Jamás había dado posada al peregrino porque..., bueno, no lo sabía; le parecía más bien propio de quienes vivían en los pueblos costeros y alquilaban habitaciones a los marineros de paso. Jamás había enseñado al que no sabía porque a fin de cuentas también él era un ignorante, de lo contrario no se le obligaría a ir a aquella escuela de mierda. Jamás había redimido al cautivo porque nunca había entendido ese galimatías. Jamás había sufrido con paciencia los defectos del prójimo porque le parecía peligroso y además porque no conocía personalmente a ningún individuo defectuoso: en la puerta de casi todas las casas donde había sujetos con viruela y sarampión podía verse la señal de la cuarentena.

En cuanto a los diez mandamientos, los había quebrantado prácticamente todos, aunque estaba seguro de que no todas las infracciones eran pecado mortal. A veces llevaba consigo una pata de conejo, que era superstición, y por tanto un pecado contra el primer mandamiento. Pero ¿era mortal? Siempre le preocupaba. Un pecado mortal era una ofensa grave. Un pecado venial era una ofensa leve. A veces, cuando jugaba al béisbol, cruzaba el bate con algún compañero de equipo: al parecer aumentaba las posibilidades de conseguir doble base. Y sin embargo sabía que era superstición. ¿Era pecado? ¿Y era pecado mortal o pecado venial? Un domingo había faltado a misa adrede para escuchar por radio la transmisión de la final de la liga y en particular para ver cómo jugaba su ídolo, Jimmy Foxx, del Athletics. Al volver a casa después del partido se le ocurrió de pronto que había desobedecido el tercer mandamiento: santificar las fiestas. Bueno, al no ir a misa había cometido un pecado mortal, pero ¿también era pecado mortal posponer a Dios Todopoderoso y preferir a Jimmy Foxx durante la final de la liga? Había ido a confesarse y entonces se habían complicado las cosas. El padre Andrew le había dicho: «Si tú crees que es pecado mortal, hijo mío, entonces es pecado mortal.» Joder. Al principio había pensado que sólo era pecado venial, pero tenía que admitir que, después de haber meditado la ofensa durante tres días, antes de confesarse, se había convertido ciertamente en pecado mortal.

Segundo mandamiento. Era absurdo detenerse en él porque Arturo decía «Te juro por Dios que...» una media de cuatro veces al día. Y eso sin contar las variantes: rediós, ponerse como un cristo, follar como Dios... Por ello, como se confesaba todas las semanas, después del inútil examen de conciencia se veía obligado a hablar de abstracciones y generalidades. Lo mejor era ir al cura y decirle: «He tomado el nombre de Dios en vano unas sesenta y ocho o setenta veces.» Sesenta y ocho pecados mortales en una sola

semana, y sólo contra el segundo mandamiento. ¡Joder! A veces, arrodillado en la iglesia fría mientras esperaba ante el confesionario, escuchaba con alarma los latidos de su corazón, preguntándose si se detendría y él caería muerto antes de desahogar lo que le oprimía el pecho. Le exasperaba aquel galope cardíaco. Le obligaba a ir al confesionario, no corriendo, sino con frecuencia andando, y muy despacio, para no agotar el órgano y desplomarse muerto en la calle.

«Honrarás a tu padre y a tu madre.» ¡Pues claro que honraba a su padre y a su madre! Claro que sí. Aunque allí había trampa: el catecismo añadía que les deshonoraba cualquier desobediencia filial. Una vez más le fallaba la suerte. Pues aunque honraba de verdad a su padre y a su madre, casi nunca obedecía. ¿Pecados veniales? ¿Pecados mortales? Las calificaciones le fastidiaban. La cantidad de pecados cometidos contra este mandamiento le daba vértigo; cuando analizaba los días hora por hora y los contaba, sumaban centenares. Al final llegó a la conclusión de que sólo eran pecados veniales, no lo bastante serios para merecer el infierno. Aun así, se guardó muchísimo de analizar a fondo esta conclusión.

Nunca había matado a nadie y durante mucho tiempo estuvo convencido de que nunca pecaría contra el quinto mandamiento. Pero cierto día, en la clase de religión, se puso a pensar en el quinto mandamiento y descubrió desazonado que era prácticamente imposible no pecar contra él. Matar a una persona no era lo único: las prohibiciones secundarias del mandamiento en cuestión comprendían la crueldad, hacer daño, pelearse y toda suerte de maldad contra las personas, los pájaros, los mamíferos y también los insectos.

Pero ¿por qué, maldita sea? A él le encantaba matar moscardas. Se lo pasaba cojonudo matando ratas almizcleras y pájaros. Y disfrutaba peleándose. Y no aguantaba a las gallinas. Había tenido muchos perros y los había tratado con dureza y a menudo con crueldad. ¿Y la de perrillos de las praderas, palomos, gallinazas y liebres que había matado? Bueno, sólo cabía sacar el mejor partido de ello. ¿O es que era pecado incluso pensar en matar o en hacer daño a un ser humano? Porque, entonces, su suerte estaba echada. Por más que lo intentase, le era imposible no manifestar el deseo de que ciertas personas sufrieran una muerte violenta: por ejemplo, la hermana Mary Corta, y Craik el tendero, y los de primer año de universidad, que aporreaban a los chicos con palos y les prohibían entrar a ver los partidos de béisbol que se celebraban en el estadio. Se dio cuenta de que, aunque él no era un asesino de verdad, a los ojos de Dios era como si lo fuese.

Un pecado contra el quinto mandamiento que siempre le bullía en la conciencia era un episodio acaecido el verano anterior, cuando él y Paulie Hood, otro chico católico, habían cogido viva una rata y la habían crucificado con tachuelas en una pequeña cruz que habían plantado encima de un hormiguero. Fue una acción espeluznante y horrible que no se le iba nunca de la cabeza. Lo tremebundo del caso era que habían cometido aquella mala acción en Viernes Santo, ¡y minutos después de recitar el vía crucis! Se había confesado lleno de vergüenza, llorando mientras lo contaba, con arrepentimiento sincero, porque sabía que había acumulado muchos años de purgatorio y pasaron casi seis meses sin que se atreviera a matar otra rata.

No cometerás actos impuros; no pensarás en Rosa Pinelli, ni en Joan Crawford, ni en Norma Shearer, ni en Clara Bow. ¡Me cago en diez! ¡Rosa, Rosa, y pecados, pecados y más pecados! Empezó cuando tenía cuatro años, sin cometer pecados entonces porque nada sabía. Empezó cuando cierto día, a los cuatro años, se tumbó en una hamaca y se balanceó hacia aquí, hacia allá, dale que te pego, y al día siguiente volvió a la hamaca colgada entre el ciruelo y el manzano del patio trasero y se balanceó hacia aquí, hacia allá, y dale que te pego.

¿Qué sabía él de fornicaciones, adulterios, pensamientos malos y actos impuros? Nada. Se lo pasaba cojonudamente en la hamaca. Y luego aprendió a leer y lo primero de lo mucho que leyó fueron los diez mandamientos. Cuando tenía ocho años fue a confesarse por primera vez y cuando cumplió nueve tuvo que desglosar los mandamientos para saber qué significaban.

Adulterio. No se hablaba de él en la clase de religión de cuarto curso. La hermana Mary Anna se lo saltaba e invertía casi todo el tiempo en hablar de «Honrarás a tu padre y a tu madre y de no robarás». Así, por inconcretos motivos que nunca alcanzaba a comprender, el adulterio siempre estaba asociado para él con atracar bancos. Entre los ocho y los diez años, cada vez que tenía que confesarse y hacía examen de conciencia, pasaba por alto aquello de «No desearás a la mujer de tu prójimo» porque él nunca había atracado un banco.

Quien le habló acerca del adulterio no fue el padre Andrew, tampoco fue ninguna de las monjas, sino Art Montgomery, que trabajaba en la gasolinera que había en el cruce de la calle Arapahoe con la Doce. Desde aquel día, tenía los riñones como si se los hubiera invadido un millar de avispas zumbantes. Las monjas no hablaban nunca del adulterio. Sólo sabían hablar de malos pensamientos, palabras feas y actos impuros. ¡Caray con el catecismo! Todos sus secretos íntimos y todos sus pensamientos placenteros los conocía aquel

catecismo de antemano. No había manera de darle esquinazo por mucha precaución con que anduviera de puntillas por entre sus definiciones y explicaciones. Ya no podía ir al cine porque él sólo iba al cine para ver las curvas de las actrices. Le gustaban las películas «de amor». Le gustaba ir tras las chicas al subir escaleras. Le gustaban los brazos de las chicas, y las piernas, las manos, los pies, los zapatos, las medias, los vestidos, su olor y su presencia. Al cumplir los doce años, lo único que le importaba en la vida era el béisbol y las chicas, sólo que él las llamaba mujeres. Le gustaba el sonido de esta palabra. Mujeres, mujeres, mujeres. La repetía una y otra vez porque le producía una sensación secreta. Incluso en misa, rodeado de cincuenta o cien especímenes femeninos, se complacía en sus placeres íntimos.

Y todo ello pecado: la historia entera tenía la pegajosa impronta del mal. Hasta el sonido de ciertas palabras era pecado. Pelo. Agujero. Pezón. Las tres pecado. Chupar. Carne. Carmín. Labios. Pecado las cuatro. Cuando rezaba el avemaría. Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. La expresión le sacudía como una descarga eléctrica. El fruto de tu vientre. Otro pecado a la vista.

Todas las semanas, todos los sábados por la tarde, entraba en la iglesia abrumado por los pecados adulterinos. Allí le conducía el miedo, el miedo a morir y a vivir después eternamente entre tormentos eternos. No se atrevía a mentir al confesor. El miedo le arrancaba los pecados de raíz. Se confesaba a toda velocidad, atropellando con sus suciedades, ávido de ser puro. He cometido un acto impuro, o sea, dos actos impuros, he pensado en las piernas de una chica, en tocarla en un sitio prohibido, y he ido al cine y he tenido malos pensamientos, yo iba por la calle y una chica salía de un coche, y fue un pensamiento muy malo, y me han contado un chiste verde y me he reído, y un grupo de chicos nos pusimos a mirar una pareja de perros y yo dije una cosa impura, fue culpa mía, ellos no dijeron nada, fui yo, yo fui el responsable de todo, les hice reír con una intención fea y también he arrancado una foto de una revista, la chica estaba desnuda y yo sabía que no estaba bien, pero lo hice de todos modos. He tenido malos pensamientos sobre la hermana Mary Agnes; yo sabía que mis intenciones eran malas, pero seguí pensándolo. También he tenido malos pensamientos a propósito de unas chicas acostadas en la hierba, una de ellas con la falda levantada hasta arriba, y yo no hacía más que mirar, sabiendo que estaba feo. Pero me arrepiento. Por mi culpa, por mi grandísima culpa, me arrepiento, me arrepiento.

Abandonaba el confesionario, rezaba la penitencia, rechinándole los dientes, los puños apretados, el cuello en tensión, prometiendo con todo su ser mantenerse puro por siempre jamás. Al final le embargaba una sensación de dulzura, el sosiego le arrullaba, le refrescaba una brisa y le acariciaba la ternura. Salía de la iglesia como en un sueño, y como en sueños caminaba, y si no miraba nadie, le daba un beso a un árbol, mordisqueaba una hoja de arbusto, enviaba besos al cielo, rozaba las piedras frías de la iglesia con dedos de mago, con el corazón rebosante de una paz que no podía compararse con nada, salvo con un batido de chocolate, una triple base, una buena ventana que romper, la hipnosis del instante que precede al sueño.

No, no iría al infierno cuando muriese. Era un corredor rápido, siempre llegaba a tiempo al confesionario. Pero le esperaba el purgatorio. Él no era de los que suben disparados hacia la bienaventuranza eterna. Tendría que recorrer el camino de las dificultades, el desvío. Por esta razón era monaguillo. La dosis de piedad que sentía en este mundo le obligaba a reducir las penas del purgatorio.

Era monaguillo por dos razones más. Primera, a pesar de sus gemidos y gritos de protesta, su madre se mantuvo en sus trece. Segunda, todas las navidades las chicas de la Asociación del Santo Nombre festejaban a los monaguillos con un banquete.

Rosa, te amo.

Estaba en el salón de actos con las Jóvenes del Santo Nombre, decorando el árbol para el Banquete de los Monaguillos. Él miraba desde el suelo, celebrando con los ojos el triunfo de los encantos de la muchacha de puntillas. Rosa: papel de plata y barras de chocolate, el olor de un balón nuevo de rugby, los postes de la portería engalanados con banderas, un tanto con todas las bases conquistadas. También yo soy italiano, Rosa. Mira, mis ojos son igual que los tuyos. Rosa, te amo.

La hermana Mary Ethelbert pasó por su lado.

—Vamos, Arturo, no te entretengas.

Estaba a cargo de los monaguillos. Fue tras sus hábitos negros y flotantes hasta el «salón de actos pequeño» donde la esperaban los setenta chicos que componían el estudiantado masculino. Subió al estrado y batió palmas para pedir silencio.

—Bueno, chicos, a vuestros puestos.

Formaron de dos en fondo, treinta y cinco parejas. Los bajos delante, los altos detrás. El compañero de Arturo era Wally O'Brien, el que vendía el *Denver Post* delante del First National Bank. Era el vigésimo quinto empezando por delante, el décimo empezando por detrás. Arturo detestaba esta circunstancia. Él y Wally eran compañeros desde hacía ocho años, desde el parvulario incluso. Cada año que pasaba retrocedían en la formación, y a pesar de todo no lo habían conseguido, no habían crecido lo suficiente para estar en las tres últimas filas, donde se encontraban los mayores y se fomentaba el ingenio. En fin, era el último año que pasaban en aquel colegio de mierda y aún estaban empantanados en la caca de los cagones de sexto y séptimo curso. Ocultaban la humillación tras una dureza exagerada y una fachada blasfema para impresionar a los cagones de sexto curso y obligarles a que respetaran sus salvajes sutilezas.

Pero Wally O'Brien tenía suerte. En la formación no tenía ningún hermano menor que le molestara. Año tras año había visto Arturo con alarma creciente que sus hermanos August y Federico retrocedían de las primeras filas al tiempo que avanzaban hacia él. Federico estaba ya el noveno empezando por delante. Le tranquilizaba saber que el hermano menor no le alcanzaría nunca. En junio, Dios mediante, Arturo terminaría los estudios y dejaría para siempre de ser monaguillo.

La auténtica amenaza la constituía la cabeza rubia que tenía delante, la cabeza de su hermano August. Éste intuía ya una apoteosis inmediata. Cada vez que se llamaba a formar parecía comparar su estatura con la de Arturo con sonrisita de guasa. Pues August, la verdad sea dicha, era tres milímetros más alto, pero Arturo, que por lo general adoptaba posturas cargadas de hombros, solía estirarse lo suficiente para pasar la revista de la hermana Mary Ethelbert. El esfuerzo era agotador. Tenía que estirar el cuello y apoyarse en el pulpejo de los pies, con los talones a más de un centímetro del suelo. En el ínterin, sometía a August propinándole rodillazos de aquí te espero cuando la hermana Mary Ethelbert no miraba.

No vestían la indumentaria religiosa porque sólo era un ensayo. La hermana Mary Ethelbert los sacó del salón de actos pequeño, los condujo por el pasillo y los introdujo en el salón de actos grande, donde Arturo entrevió a Rosa colgando papel de plata en el árbol de Navidad. Dio un rodillazo a August y suspiró.

Tú y yo, Rosa: un matrimonio italiano.

Bajaron por una escalera de tres tramos y cruzaron el patio hasta alcanzar la puerta principal de la iglesia. Las pilas de agua bendita no contenían más

que hielo. Se arrodillaron a la vez; los dedos de Wally O'Brien retorcieron los del chico que tenía delante. Ensayaron durante dos horas, murmurando las respuestas en latín, haciendo genuflexiones, desfilando con devoción militar. *Ad deum qui laetificat iuventutem meam.*

Acabaron a las cinco en punto, aburridos y muertos de cansancio. La hermana Mary Ethelbert los formó para la inspección final. A Arturo le dolían los pies de tanto malabarismo. Agotado, se dejó caer sobre los talones. Fue un momento de descuido que pagó muy caro. El ojo avizor de la hermana Mary Ethelbert descubrió en aquel preciso momento un bache en la hilera que comenzaba y terminaba en la cabeza de Arturo Bandini. Adivinó éste los pensamientos de la monja y se esforzó en vano por auparse con ayuda de los agotados dedos de los pies. Demasiado, demasiado tarde. A una indicación suya, él y August intercambiaron el puesto.

El nuevo compañero era un chico llamado Wilkins, un alumno de cuarto curso que llevaba gafas de montura de plástico y se metía el dedo en la nariz. Detrás de él, santificado victoriosamente, se erguía August, con los labios curvados en una sonrisa implacable y sin que brotara de ellos ni una palabra. Wally O'Brien observaba a su anterior compañero con tristeza alicaída, porque también a él le humillaba la irrupción de aquel advenedizo de sexto curso. Para Arturo era el fin. Murmuró a August por la comisura de la boca:

—So comemierda... Ya nos veremos en la calle y entonces ajustaremos las cuentas.

Arturo le esperó al terminar el ensayo. Se encontraron en la esquina. August mantuvo el paso rápido, como si no hubiese visto a Arturo. Éste aceleró la marcha.

—¿Por qué corres, tío alto?

—No corro, enano.

—Sí, tío alto, eso es lo que eres. ¿Te gustaría que te metiera en la boca un puñado de nieve?

—No me gustaría. Y déjame en paz, enano.

—No voy a hacerte nada, tío alto. Sólo quiero ir a casa contigo.

—No intentes hacerme nada.

—No te pondré la mano encima, tío alto. ¿Por qué crees que quiero hacerlo?

Se acercaban al callejón que discurría entre la Iglesia Metodista y el Hotel Colorado. Una vez que lo rebasaran, August, a la vista de los desocupados que mosconeaban ante la puerta del hotel, estaría a salvo. Echó a correr, pero Arturo lo sujetó por el jersey.

—¿Por qué tienes prisa, tío alto?

—Si me tocas, llamaré a la policía.

—¿Tocarte yo? Ni por el forro.

Pasó un deportivo a marcha lenta. Arturo siguió la dirección de la repentina mirada boquiabierta del hermano y vio a los ocupantes del vehículo, un hombre y una mujer. Era ésta quien conducía mientras el hombre le pasaba un brazo por los hombros.

—¡Mira!

Pero Arturo lo había visto ya. Le entraron ganas de reír. Era asombroso. Quien conducía el coche era Effie Hildegarde y el hombre era Svevo Bandini.

Los dos hermanos se miraron con atención. ¡De modo que por aquello había hecho su madre tantas preguntas sobre Effie Hildegarde! Que si Effie Hildegarde era atractiva. Que si Effie Hildegarde era una «mala» mujer.

A Arturo se le aflojó la boca, pronta a estallar en carcajadas. La situación le complacía. ¡Menudo pájaro tenía por padre! ¡Vaya con el Svevo Bandini! Joder, tú. ¡Y, además, menuda hembra era Effie Hildegarde!

—¿Nos habrá visto?

—No —dijo Arturo con una sonrisa de picardía.

—¿Estás seguro?

—La tenía cogida por los hombros, ¿no?

August frunció el ceño.

—Eso no está bien. Salir con otras mujeres. Lo dice el noveno mandamiento.

Entraron en el callejón. Era un atajo. La oscuridad aumentaba a paso rápido. Los charcos que encontraban estaban congelados bajo la creciente tiniebla. Siguieron andando, Arturo con una sonrisa. August estaba resentido.

—Es un pecado. Mamá es una madre excelente. Es un pecado.

—Cierra el pico.

Salieron del callejón y entraron en la calle Doce. El gentío que infestaba el barrio comercial para hacer las compras navideñas los separaba de vez en cuando, pero siguieron juntos, esperándose cuando uno de los dos quedaba rezagado entre la gente. Se encendieron las farolas de la calle.

—Pobre mamá. Es mucho mejor que esa Effie Hildegarde.

—Cierra el pico.

—Es un pecado.

—¿Qué sabes tú? Cierra el pico.

—Es porque mamá no tiene vestidos bonitos...

—Cierra el pico, August.

—Es un pecado mortal.

—Eres idiota. Y demasiado pequeño. No sabes nada de nada.

—Sé que es un pecado. Mamá no haría una cosa así.

Cómo la tenía cogida su padre por los hombros. Había visto muchas veces a aquella mujer. Se encargaba de las actividades de las chicas durante la celebración del Cuatro de Julio en el parque de la Casa Consistorial. La había visto el verano anterior en las escaleras del ayuntamiento agitando los brazos, llamando a las chicas para el gran desfile. Recordaba su dentadura, su bonita dentadura, la boca roja, el cuerpo rellenito y delicioso. Había dejado a los amigos para esconderse entre la maleza y observarla mientras hablaba con las chicas. Effie Hildegarde. ¡Chico, su padre era cojonudo!

Y él era igual que su padre. Llegaría el día en que él y Rosa Pinelli harían lo mismo. Cojamos el coche, Rosa, y vayamos al campo, Rosa. Tú y yo, Rosa, al campo. Tú conducirás y yo te besaré, Rosa, pero conducirás tú.

—Apuesto a que lo sabe el pueblo entero —dijo August.

—¿Y por qué no pueden hacerlo? Eres como los demás. Sólo porque papá es pobre, sólo porque es italiano.

—Es un pecado —dijo el menor mientras propinaba puntapiés a los pedazos de hielo que encontraba—. Me es igual lo que sea, y su pobreza también. Es un pecado.

—Tú eres idiota. Un tarado que aún no ha salido del cascarón.

August no replicó. Tomaron el sendero que llevaba al puente que salvaba el arroyo. Iban en fila india, la cabeza gacha, con la atención puesta en el sendero abierto en la nieve profunda. Cruzaron el puente de puntillas, de traviesa en traviesa, diez metros por encima del arroyo helado. El ocaso silencioso les hablaba, les susurraba a propósito de un hombre que iba en coche en aquellos mismos instantes con una mujer que no era la suya. Descendieron el terraplén de la vía del tren y anduvieron por un camino sin delimitar que habían trazado y abierto ellos mismos a fuerza de ir y venir de la escuela a lo largo de todo el invierno, que cruzaba el pastizal de Alzi y que estaba bordeado por grandes montones de nieve, intacta desde hacía meses, compacta y cegadora al caer la tarde. La casa estaba aún a cuatrocientos metros, a una manzana de distancia de la cerca que bordeaba el pastizal de Alzi. Habían pasado gran parte de su vida en aquellas tierras que comenzaban donde morían los patios traseros de la última fila de casas del pueblo y que se extendían entre álamos congelados y asfixiados en la agonía interminable de los inviernos largos y un torrente que ya no cantaba. Debajo de la nieve había arena blanca, muy caliente en otra época y estupenda después de un chapuzón

en el arroyo. Había recuerdos en cada uno de los árboles. Cada poste de la cerca contenía un deseo que esperaba cumplirse cada vez que llegaba la primavera. Detrás de aquel montón de piedras, entre aquellos dos álamos elevados, estaba el cementerio donde reposaban sus perros y Suzie, la gata que había odiado a los perros y que ahora yacía a su lado. Prince, atropellado por un automóvil; Jerry, que comió carne envenenada; Pancho, el luchador, que después de su última pelea se alejó arrastrándose y falleció. Allí habían matado serpientes, abatido pájaros, acribillado ranas, cortado cabelleras a los indios, asaltado bancos, terminado guerras, gozado en paz. Pero aquel atardecer su padre estaba por ahí con Effie Hildegarde y la blanca y silenciosa extensión de tierra no era más que un lugar extraño que cruzaban camino de casa.

—Voy a contárselo a mamá —dijo August.

Arturo iba delante, a tres pasos de distancia. Se volvió con rapidez.

—Tendrás la boca cerrada —le dijo—. Ya tiene mamá bastantes problemas.

—Voy a contárselo. Y que le dé su merecido.

—No digas nada.

—Va contra el noveno mandamiento. Mamá es nuestra madre y se lo voy a decir.

Arturo le cortó el paso poniéndose con las piernas abiertas. August quiso dar un rodeo, más de medio metro de nieve a ambos lados del camino. Había agachado la cabeza y tenía contraída la cara por el malestar y el dolor. Arturo lo cogió por las solapas del chaquetón.

—No vas a decir nada.

August se soltó.

—¿Por qué? Es nuestro padre, ¿no? ¿Por qué tiene que hacer esas cosas?

—¿Quieres que mamá se ponga enferma?

—Entonces, ¿por qué lo hace?

—¡Cierra el pico! Y respóndeme. ¿Quieres que mamá se ponga enferma? Porque si se entera, se pondrá muy mal.

—No se pondrá enferma.

—Desde luego que no: porque no vas a contárselo.

—¿Que no?

El dorso de la mano de Arturo golpeó a August a la altura de los ojos.

—Te digo que no se lo vas a decir.

Los labios de August temblaban como un flan.

—Se lo diré.

El puño de Arturo se agitó bajo su nariz.

—¿Lo ves? Pues lo probarás si se lo cuentas.

¿Por qué quería contarle August? ¿Qué pasaba si su padre estaba con otra mujer? ¿Qué importancia tenía mientras no lo supiera su madre? Además, no era otra mujer: era Effie Hildegarde, una de las mujeres más ricas del pueblo. Para su padre, cojonudo; cojonudísimo. Effie no era tan buena persona como su madre, pero este asunto no tenía nada que ver con la cuestión.

—Vamos, pégame. Voy a contárselo.

El fuerte puño ladeó la cara de August, que apartó la cabeza con expresión de desprecio.

—Adelante. Pégame. Voy a contárselo.

—O me prometes que no lo vas a contar o te rompo la cara.

—Bah. Adelante. Voy a contárselo.

Y adelantó la barbilla, en espera del golpe. Aquello enfureció a Arturo. ¿Por qué August tenía que ser tan cretino?

No quería pegarle. En otras ocasiones sí que disfrutaba dándole de tortas, pero en aquellos instantes no tenía ganas. Abrió las manos y, lleno de furia, puso los brazos en jarras.

—Escúchame, August —arguyó—. ¿No comprendes que no vas a solucionar nada contándoselo a mamá? ¿No comprendes que sólo la harás llorar? Y en Navidad, encima. Le harás daño. Le harás muchísimo daño. Y tú no querrás hacerle daño a mamá, tú no querrás hacerle daño a tu propia madre, ¿verdad que no? ¿Quieres hacerme creer que vas a ir a donde tu propia madre para decirle algo que le va a doler muchísimo? ¿No es pecado hacer eso?

Los ojos fríos de August parpadearon para reafirmar su decisión. El vaho que le salió de la boca al responder con brusquedad le dio a Arturo en la cara.

—¿Y qué pasa con él? ¿O es que no ha cometido ningún pecado? ¿Un pecado peor que el que yo pueda cometer?

Arturo apretó los dientes hasta hacerlos crujir. Se quitó la gorra y la arrojó a la nieve. Con ambos puños preparados, hizo una desesperada intentona final.

—¡No vas a contárselo, me cago en ti!

—Sí voy a contárselo.

Derribó a August de un golpe, un izquierdazo en la sien. August retrocedió dando traspiés, resbaló en la nieve y aterrizó de espaldas. Arturo se le echó encima, enterrados los dos en la nieve esponjosa que había bajo la

superficie endurecida. Atenazó con las manos el cuello de August. Apretó con fuerza.

—¿Lo contarás?

Los ojos fríos no se inmutaron.

Yacía inmóvil. Arturo no le había visto nunca en aquella actitud. ¿Qué podía hacer? ¿Pegarle más? Sin aflojar la presa, miró hacia los árboles a cuyos pies yacían sus perros muertos. Se mordió el labio y en vano buscó en su interior la rabia que necesitaba para descargar el golpe.

—Por favor, August —dijo con voz apagada—. No lo cuentes.

—Lo contaré.

Le golpeó, pues. Le dio la sensación de que la sangre brotaba de la nariz de su hermano de manera casi instantánea. Se sintió horrorizado. Estaba a horcajadas sobre August, pisándole los brazos con las rodillas. Verle la cara le resultaba intolerable. Por debajo de la máscara de sangre y nieve, August ostentaba con actitud desafiante una sonrisa enmarcada por el hilo rojizo.

Arturo se apartó y quedó de rodillas junto a él. Se echó a llorar, sollozó con la cabeza en el pecho de August, hundiendo las manos en la nieve y repitiendo: «Por favor, August, ¡por favor! Te daré lo que quieras. Podrás dormir en el lado de la cama que prefieras. Te daré todo el dinero que me den para el cine».

August callaba y sonreía.

Volvió a dominarle la ira. Volvió a golpear, a aplastar el puño con furia en aquellos ojos fríos. Lo lamentó al instante, y comenzó a arrastrarse por la nieve, en derredor de la figura inmóvil y fláccida.

Por fin derrotado, se puso en pie. Se sacudió la ropa para quitarse la nieve, recogió la gorra y se chupó las manos para que le entrasen en calor. August seguía tendido, con la sangre brotándole aún de la nariz: August el vencedor, estirado como un muerto, sangrando todavía, hundido en la nieve, alegres sus ojos fríos por aquella victoria pacífica.

Arturo estaba demasiado cansado. Ya no le importaba.

—Como quieras, August.

August seguía inmóvil.

—Levántate, August.

Se puso en pie solo, rechazando el brazo de Arturo. Se irguió con calma, se limpió la cara con un pañuelo y se sacudió el pelo rubio para quitarse la nieve. No dijo nada. August se tocó con cuidado las hinchazones del rostro. Arturo le observaba.

—¿Estás bien?

Siguió sin responder mientras volvía al sendero y se encaminaba hacia los primeros edificios. Arturo le fue detrás, mudo de vergüenza; de vergüenza y de impotencia. Advirtió a la luz de la luna que su hermano cojeaba. Sin embargo no era tanto una cojera como una caricatura de cojera, semejante al paso dolorido y mortificante del novato que acaba de dar su primer paseo a caballo. Arturo observó aquella cojera con atención. ¿Dónde había visto antes aquello? August parecía sobrellevarla con naturalidad. Entonces lo recordó: era la forma de andar que tenía August hacía dos años, cuando se levantaba de la cama tras haberse mojado por la noche.

—August —dijo—. Si se lo cuentas a mamá, contaré yo a todo el mundo que te meas en la cama.

No había esperado más que una sonrisa de burla, pero, ante su sorpresa, August se volvió en redondo y le miró fijamente a la cara. Se le había pintado en ella una expresión de incredulidad, y un asomo de duda le pasó por unos ojos que habían perdido la frialdad. Arturo dio un brinco impresionante, entusiasmado por su inminente victoria.

—¡Sí, señor! —exclamó—. Se lo diré a todo el mundo. Lo pregonaré por todas las ciudades y países. Se lo contaré a todos los chicos de la escuela. Escribiré cartas a todos los chicos de la escuela. Se lo contaré a todo el que vea. Se lo contaré a todo el pueblo. Diré que August Bandini se mea en la cama. ¡Vaya que sí!

—¡No! —exclamó August con voz ahogada—. ¡No, Arturo! —gritó con todas sus fuerzas.

—¡Escuchadme todos, oh ciudadanos de Rocklin, Colorado! Escuchad lo que tengo que deciros: ¡August Bandini se mea en la cama! Tiene diez años y se mea en la cama. ¿Habéis oído alguna vez nada semejante? ¡Viva, viva! ¡Que todo el mundo me escuche!

—Por favor, Arturo, no grites. No lo contaré. No lo haré, Arturo, te lo digo de verdad. ¡No diré ni una sola palabra! Pero no grites así. Además, ya no me meo en la cama. Antes sí, pero ahora ya no.

—¿Me prometes que no se lo contarás a mamá?

August tragó saliva mientras cruzaba los dedos y los besaba, y se dispuso a esperar la muerte.

—Está bien —dijo Arturo—. Está bien.

Arturo le ayudó a caminar y siguieron andando hacia su casa.

Era innegable que la ausencia de papá tenía sus ventajas. Si estuviese en casa, los huevos revueltos de la cena serían huevos revueltos con cebolla. Si estuviera en casa, no se les dejaría quitar la miga del pan para comerse sólo la corteza. Si estuviera en casa, no tendrían de tanto azúcar.

Aun así lo echaban de menos. Era tan apática Maria... Todo el día en zapatillas, todo el día moviéndose con lentitud. En ocasiones tenían que hablarle dos veces para que les oyera. Tomaba té por las tardes y se quedaba mirando el interior de la taza. Dejaba los platos sin recoger. Una tarde ocurrió algo increíble: apareció una mosca. ¡Una mosca! ¡Y en invierno! La vieron revolotear cerca del techo. Parecía moverse con grandes apuros, como si tuviera congeladas las alas. Federico se subió a una silla y la mató con un periódico doblado. Cayó al suelo. Se pusieron de rodillas y la observaron. Federico la cogió con los dedos. Maria hizo que la soltase de un manotazo. Lo envió al fregadero de la cocina para que se lavase con agua y jabón. Él se negó. Ella lo cogió del pelo y lo enderezó de un tirón.

—¡Harás lo que yo te diga!

Se quedaron estupefactos: mamá no les había puesto la mano encima nunca, nunca les había dicho nada desagradable. Ahora estaba otra vez apática, sumida en el hastío abúlico de una taza de té. Federico se lavó y secó las manos. Hizo entonces algo sorprendente. Arturo y August estaban convencidos de que algo andaba mal, porque Federico hundió la cara en el pelo de su madre y la besó. Maria apenas si se dio cuenta. Sonrió abstraída. Federico se puso de rodillas y apoyó la cabeza en el regazo materno. Los dedos de Maria recorrieron el perfil de la nariz y los labios del muchacho. Sabían sin embargo que casi no advertía la presencia de Federico. Se levantó sin decir palabra y Federico la miró con desilusión mientras la madre se dirigía a la mecedora que había junto a la ventana de la salita. Y allí se quedó, sin moverse ni un instante, con el codo apoyado en el alféizar de la ventana, la barbilla en la mano, mientras contemplaba la calle fría y desierta.

Época extraña. Los platos no se lavaban. A veces se iban a la cama y la cama estaba sin hacer. A ellos no les importaba, pero se pusieron a pensar, a pensar en la madre, pegada a la ventana de la salita. Por la mañana se quedaba acostada y no se levantaba para despedirles cuando se iban al colegio. Se

vestían con inquietud, espiándola desde la puerta del dormitorio. Yacía como una muerta, con el rosario en la mano. Los platos de la cocina se habían lavado en algún momento de la noche. Volvieron a quedar sorprendidos y decepcionados: porque al despertar habían esperado que la cocina estuviera sucia. Aquello cambiaba las cosas. Les había gustado que la cocina, en vez de limpia, hubiese empezado a estar sucia. Pero no, fíjate, otra vez limpia y el desayuno de todos en el horno. Fueron a observarla antes de partir para la escuela. Sólo sus labios se movían.

Época extraña.

Arturo y August se dirigían al colegio.

—Recuerda, August. Recuerda tu promesa.

—Ajá. No tengo que decírselo. Ella lo sabe ya.

—No, no lo sabe.

—¿Por qué se comporta así, entonces?

—Porque lo piensa. Pero en realidad no lo sabe.

—Es lo mismo.

—No lo es.

Época extraña. Navidad al caer, el pueblo lleno de árboles navideños y los Santa Claus del Ejército de Salvación dándole a las campanillas. Sólo faltaban tres días laborables para Navidad. Se quedaban pegados a los escaparates de las tiendas con ojos angustiados por la escasez. Suspiraban y seguían andando. Todos pensaban lo mismo: iban a ser unas navidades de mierda y Arturo detestó la festividad porque podía olvidar que era pobre si los demás no se lo recordaban: todas las navidades igual, siempre insatisfacción, siempre deseando cosas en las que no había pensado antes y que le tenían que negar. Siempre mintiendo a los chicos, diciéndoles que le iban a regalar cosas que era más que probable que no tuviese nunca en realidad. A los niños ricos les daban los regalos el día de Navidad. Así lo contaban ellos y él no tenía más remedio que creerles.

Invierno, época de quedarse junto a los radiadores del guardarropa, para quedarse allí sin más, y contar mentiras. ¡Ojalá fuese primavera! ¡Cuánto daría por oír el golpe del bate, por sentir el escozor del pelotazo en la palma acolchada de los guantes! Invierno, época navideña, época de los niños ricos: ellos tenían botas de agua, bufandas de buen paño y guantes de piel. Pero no le importaba mucho. Su época era la primavera. ¡Nada de botas de agua y bufandas de fantasía en el campo de juego! Si allí se va con una corbata chulísima no se llega ni a la primera base. Pero mentía a los demás. ¿Qué le iban a regalar por Navidad? Oh, un reloj nuevo, un traje nuevo, muchas

camisas y corbatas, una bicicleta y doce pelotas Spalding, de las que se utilizan en el Campeonato Nacional de Béisbol.

Pero ¿y Rosa?

Te amo, Rosa. Era tan así, tan de aquella manera. Era pobre también, hija de un minero, pero los chicos mariposeaban a su alrededor para escucharla, porque no les importaba, y él la envidiaba y se sentía orgulloso de ella, al tiempo que se preguntaba si los que la rodeaban solícitos habían pensado alguna vez que él también era italiano, igual que Rosa Pinelli.

Habla conmigo, Rosa. Mira hacia aquí aunque sólo sea una vez, hacia aquí, Rosa, donde yo te miro.

Tenía que hacerle un regalo, y recorrió las calles, miró los escaparates y le compró joyas y vestidos. No hay de qué, Rosa. Pero mira el anillo que te he comprado. Déjame que te lo ponga yo. Así. Oh, pero si no tiene importancia, Rosa. Es que iba por Pearl Street, vi abierta la joyería Cherry, entré y lo compré. ¿Si me ha costado mucho? Qué vaaaaaa. Trescientos sólo. Tengo mucho dinero, Rosa. ¿No has oído hablar de mi padre? Somos ricos. Un tío de mi padre que vivía en Italia. Nos lo ha dejado todo. Descendemos de gente bien de allá, de Italia. No lo sabíamos, pero acabamos averiguándolo, somos primos segundos del duque de los Abruzos. Parientes lejanos del rey de Italia. Pero no importa. Yo te he amado siempre, Rosa, y el hecho de que por mis venas corra sangre azul no tiene ninguna importancia.

Época extraña. Una noche llegó a casa antes que de costumbre. La encontró vacía, la puerta trasera abierta de par en par. Llamó a su madre, pero no obtuvo respuesta. Entonces advirtió que las dos estufas se habían apagado. Buscó por toda la casa. El abrigo y el sombrero de su madre estaban en el dormitorio. ¿Dónde estaba entonces?

Salió al patio trasero y la llamó.

—¡Mamá! ¡Eh, mamá! ¿Estás aquí?

Volvió a la casa y encendió el fuego en la habitación principal. ¿Dónde estaría, sin sombrero ni abrigo, con aquel tiempo? ¡Así confundiera Dios a su padre! Agitó el puño hacia el sombrero paterno que colgaba en la cocina. ¡Ojalá te pudras! ¿Por qué no vuelves a casa? ¡Mira lo que le has hecho a mamá! La oscuridad se cernió de repente y tuvo miedo. Alcanzaba a percibir el olor de su madre en la casa, en todas las habitaciones, pero ella no estaba. Fue a la puerta trasera y se puso a dar voces otra vez.

—¡Mamá! ¡Eh, mamá! ¿Dónde estás?

El fuego se apagó. Ya no quedaba ni carbón ni leña. Se alegró. Ya tenía un pretexto para salir en busca de combustible. Cogió uno de los cubos del

carbón y enfiló hacia el sendero.

La encontró en la carbonera, sentada en la oscuridad, en el rincón, sobre una artesa de albañil. Dio un salto al verla, estaba muy oscuro y ella estaba muy pálida, aterida de frío, nada más que con un vestido fino, y le miraba a la cara, aunque no decía nada, igual que una muerta, su madre congelada en el rincón. Estaba alejada del pequeño montón de carbón, en la parte del cobertizo donde Bandini guardaba las herramientas, el cemento y los paquetes de cal. Arturo se frotó los ojos para quitarse el deslumbramiento de la nieve, dejó caer el cubo mientras seguía forzando la mirada y veía que el bulto materno adquiría concreción, que su madre estaba sentada en una artesa de albañil en la oscuridad de la carbonera. ¿Se habría vuelto loca? ¿Y qué era lo que tenía en la mano?

—¡Mamá! —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

No obtuvo respuesta, pero se abrió la mano materna y Arturo vio de qué se trataba: era una paleta, una llana de albañil, la de su padre. Un clamor de protesta sacudió todo su ser. Su madre en la oscuridad de la carbonera, con la llana de su padre. Era una intrusión en la intimidad de un recinto que era suyo y de nadie más. Su madre no tenía ningún derecho a estar en aquel sitio. Era como si la hubiera descubierto cometiendo el pecado de los chicos allí mismo, en el sitio exacto en que se escondía él en tales ocasiones; pues allí estaba, provocándole recuerdos irritados, y se enfureció con el hecho, con que estuviera en aquel lugar, con la llana de su padre en la mano. ¿Qué sentido tenía aquello? ¿Por qué tenía su madre que acordarse de él, que revolverle la ropa, tocar su silla? Bueno, la había sorprendido muchas veces mirando su sitio vacío en la mesa; y ahora allí la tenía, con su llana en la mano, metida en la carbonera, pasando un frío de muerte y sin que le importase, como una muerta. Le invadió una rabia desaforada, dio un puntapié al cubo y se puso a gritar.

—¡Mamá! ¿Qué haces? ¿Por qué estás aquí fuera? ¡Te vas a morir aquí, mamá! ¡Te vas a congelar!

Se incorporó la madre y anduvo hacia la puerta con las manos blancas al frente, la cara amoratada de frío, sin gota de sangre en ella, pasó por su lado y accedió a la semioscuridad del anochecer. Ignoraba cuánto tiempo habría estado allí su madre, una hora tal vez, acaso más, pero lo que sí sabía era que tenía que estar medio muerta de frío. Andaba aturdida, mirando a todas partes como si nunca hubiera visto aquel lugar.

Arturo llenó el cubo de carbón. La carbonera tenía el olor agrio de la cal y el cemento. De una viga colgaba un mono de Bandini. Lo cogió y lo rasgó por

la mitad. Que estuviera por ahí de picos pardos con Effie Hildegarde le parecía bien, le parecía cojonudo, pero ¿por qué tenía que sufrir tanto su madre y hacerle sufrir a él? Detestó también a su madre; era una imbécil por querer matarse por aquello, sin pensar en los demás, en él, en August y en Federico. Todos eran unos imbéciles. El único sensato de toda la familia era él.

Maria estaba acostada en la cama cuando volvió a la vivienda. Aunque bien arropada, tiritaba bajo las mantas. La miró con muecas de impaciencia. Bueno, era culpa suya: ¿por qué había querido salir de aquella manera? Creía sin embargo que debía ser amable.

—¿Estás bien, mamá?

—Déjame sola —dijo la boca temblorosa de la madre—. Déjame sola, Arturo.

—¿Quieres la botella de agua caliente?

No contestó. Le miró por el rabillo de los ojos, un vistazo rápido, exasperado. Fue una mirada que Arturo interpretó como de odio, como si quisiera perderle de vista para siempre, como si él tuviese algo que ver con todo aquello. Silbó de sorpresa: joder, qué rara era su madre; se tomaba aquello demasiado en serio.

Salió de puntillas del dormitorio, no porque tuviese miedo de su madre, sino porque temía lo que su presencia pudiese provocarle. Cuando August y Federico llegaron a casa, se levantó e hizo la cena: huevos escalfados, pan tostado, patatas fritas y una manzana por cabeza. Ella no comió nada. Después de cenar la vieron donde siempre, en la ventana que daba a la calle, mirando la calle blanca, con el rosario tintineando al rozar la mecedora.

Época extraña. Era una noche en que sólo se podía vegetar y respirar. Se instalaron en derredor de la estufa y esperaron a ver qué sucedía. Federico se arrastró hasta la mecedora y puso la mano en la rodilla de la madre. Sin dejar de rezar, cabeceó como si estuviese en trance. Era su forma de decirle a Federico que no la interrumpiera, que no la tocara, que la dejara sola.

A la mañana siguiente volvió a ser la de antes, tierna y sonriente durante el desayuno. Los huevos se habían preparado «al estilo de mamá», una receta especial, con la yema cubierta por la clara. ¡Y no había más que mirarla! El pelo bien peinado, los ojos bien abiertos y luminosos. Cuando Federico puso en el café su tercera cucharada de azúcar, le regañó con severidad fingida.

—Así no, Federico. Yo te enseñaré.

Y vació la taza en el fregadero.

—Si quieres una taza de café bien dulce, yo te la prepararé. —Puso el azucarero en el plato de Federico en vez de la taza. El azucarero estaba por la mitad. Lo llenó de café. Hasta August se echó a reír, aunque tuvo que admitir que aquel despilfarro podía ser pecaminoso.

Federico lo probó sin tenerlas todas consigo.

—Súper —dijo—. Pero no ha quedado sitio para la leche.

La madre se echó a reír, con la mano en el cuello, y todos se alegraron de verla contenta, aunque siguió riendo, sacudiendo la silla y doblándose a causa de las carcajadas. Aquello no era tan gracioso; no podía serlo. La contemplaron con tristeza, sin que la risa finalizase aun cuando los tres la miraban fijamente y sin expresión. Vieron sus ojos llenos de lágrimas, la cara que se le hinchaba y amorataba. Se puso en pie, con una mano en la boca, y se acercó al fregadero. Se puso a beber agua hasta que el líquido le chorreó por el cuello y no pudo continuar; acto seguido anduvo despacio hasta el dormitorio, donde se echó en la cama y siguió riendo.

Otra vez estaba callada.

Se levantaron de la mesa y fueron a verla acostada. Estaba rígida, los ojos como puntos oculares de muñeca, de la boca jadeante le brotaban chorros de vaho que se esparcían por el aire frío.

—Vosotros, a la escuela —dijo Arturo—. Yo me quedaré en casa.

Cuando se hubieron ido, corrió junto a la cama.

—¿Quieres que busque a papá?

—Vete, Arturo. Déjame sola.

—¿Llamo al doctor Hastings?

—No. Déjame sola. Vete. Vete a la escuela. Vas a llegar tarde.

—¿Quieres que busque a papá?

—Ni se te ocurra.

Pareció de pronto que aquello era lo que había que hacer.

—Voy a buscarle —dijo—. Es lo que voy a hacer. —Y corrió en busca del chaquetón.

—¡Arturo!

La madre saltó de la cama como un felino. Al volverse Arturo, que estaba ante el armario con un brazo ya dentro de un jersey, se quedó boquiabierto al comprobar que había llegado hasta donde él se encontraba en un abrir y cerrar de ojos.

—¡No vayas a buscar a tu padre! ¿Me oyes? ¡Ni se te ocurra! —Hablabla con la cara tan cerca de la suya que le salpicaron algunas gotas de saliva caliente. Retrocedió hasta el rincón y le dio la espalda, asustado de su madre,

asustado incluso de mirarla. Con una fuerza que le asombró, lo cogió por el hombro y le obligó a darse la vuelta.

—Le has visto, ¿verdad? Está con esa mujer.

—¿Qué mujer? —Se alejó con un ademán y se puso a dar tirones al jersey. La madre le puso las manos en los hombros, clavándole las uñas en la carne.

—¡Mírame, Arturo! Le has visto, ¿verdad?

—No.

Pero sonrió; no porque quisiera atormentarla, sino porque creía que había sabido mentir con convicción. Sonrió demasiado pronto. La boca materna se cerró y la cara se le relajó, vencida. Esbozó una sonrisa ligera, odiando saber pero lejanamente satisfecha de que el hijo hubiera querido ocultarle la noticia.

—Comprendo —dijo—. Comprendo.

—No comprendes nada, no dices más que tonterías.

—¿Cuándo le viste, Arturo?

—Te digo que no le he visto.

La madre se enderezó y echó los hombros atrás.

—Ve al colegio, Arturo. Yo ya me encuentro bien. No necesito compañía.

Se quedó a pesar de todo, vagabundeó por la casa, mantuvo encendidas las estufas, echó algún vistazo ocasional al cuarto materno, donde la madre yacía acostada como siempre, con los ojos fijos en el techo, las cuentas del rosario tintineando. No volvió a decirle que fuera al colegio y Arturo se sintió un poco útil, pensó que se tranquilizaba con su presencia. Un rato más tarde, cogía un ejemplar de *Horror Crimes* del escondite del suelo y se sentaba a leer en la cocina, con los pies apoyados en un tronco incrustado en el horno.

Siempre había querido que su madre fuera guapa, que fuera hermosa. La idea le obsesionó en aquel instante, atravesó las páginas de *Horror Crimes* y se centró en la desdicha de mujer que yacía en la cama. Dejó la revista y comenzó a mordisquearse el labio. Hacía dieciséis años su madre había sido una mujer hermosa, porque la había visto en una foto. ¡Y qué foto! En incontables ocasiones, al volver de la escuela y verla cansada, preocupada y nada hermosa, había corrido al baúl y la había cogido: era la foto de una joven de ojos grandes, tocada con una pamelita, sonriendo y enseñando múltiples dientes pequeños, una auténtica belleza sentada a los pies del manzano del huerto de la abuela Toscana. ¡Oh, mamá, si hubiera podido besarte entonces! Mamá, ¿por qué has cambiado?

Tuvo el deseo súbito de volver a mirar aquella foto. Escondió la revista barata y abrió la puerta del cuarto vacío que estaba junto a la cocina y donde

se guardaba el baúl de su madre. Cerró con pestillo tras de sí. Vaya, pero ¿por qué hacía aquello? Quitó el pestillo. El cuarto parecía una nevera. Fue hasta la ventana donde se encontraba el baúl. Volvió sobre sus pasos y echó el pestillo otra vez. Sentía vagamente que no debería hacer aquello, aunque, por otro lado, a ver por qué no podía hacerlo: ¿es que no podía echar un vistazo a una foto de su madre sin que le embargase la sensación de que hacía algo malo? Bueno, a lo mejor no era su madre en realidad; pero lo había sido; ¿qué importancia tenía, pues?

La encontró debajo de la lencería y los visillos que la madre guardaba hasta que «encontremos una casa mejor», debajo de las cintas y ropa infantil que antaño habían llevado él y sus hermanos. La tuvo en alto y contempló pasmado aquella cara encantadora: he ahí la madre con quien siempre había soñado, aquella chica, de no más de veinte años, cuyos ojos sabía que se parecían a los suyos. No aquella mujer cansada que estaba en la otra punta de la casa, con aquel rostro amargado y consumido y unas manos grandes y huesudas. Haberla conocido entonces, recordarlo todo desde el principio, haberse sentido en la cuna de aquel vientre maravilloso, haber vivido acordándose de todo desde el comienzo; sin embargo no recordaba nada de aquella época y su madre había estado siempre igual que ahora, cansada, con aquella expresión de amargura, sus ojos grandes como si fueran de otra persona, y la boca más flácida, como si hubiera llorado mucho. Recorrió con el dedo el perfil de la cara materna, la besó, suspiró y habló entre murmullos de un pasado que no había conocido nunca.

Al dejar la foto vio algo en un rincón del baúl. Era un joyero pequeño de terciopelo morado. No lo había visto nunca. Le sorprendió su presencia, porque había revuelto ya muchas veces el baúl. La cajita se abrió cuando apretó el cierre. En el interior, engastado en un diminuto cojín de seda, había un camafeo con una cadena dorada. Una frase escrita en una tarjeta que había debajo del cojín diminuto le aclaró lo que era: «Para Maria, en nuestro primer aniversario. Svevo».

Se puso a pensar muy aprisa mientras se metía en el bolsillo la cajita y cerraba el baúl. Rosa, feliz Navidad. Un regalito. Lo he comprado, Rosa. He ahorrado mucho tiempo para comprarlo. Es para ti, Rosa. Feliz Navidad.

A las ocho en punto de la mañana se puso a esperar a Rosa junto a la fuente del patio del colegio. Sólo faltaba un día de clase para las vacaciones navideñas. Sabía que Rosa llegaba siempre temprano al colegio. Él llegaba

por lo general después del último timbrado y las dos últimas manzanas que le faltaban para llegar al colegio las salvaba a la carrera. Estaba convencido de que las monjas que pasaban le miraban con recelo, a pesar de sus sonrisas amables y sus felicitaciones navideñas. En el bolsillo derecho del chaquetón sentía el abrigado y relevante bulto del regalo que iba a darle a Rosa.

Los alumnos comenzaron a llegar a eso de las ocho y cuarto: chicas, como es lógico, pero no Rosa. Consultó el reloj eléctrico de la pared. Las ocho y media y Rosa sin aparecer. Arrugó el entrecejo con disgusto: toda una media hora esperando allí y ¿para qué? Para nada. Sor Celia, con el ojo de cristal más brillante que el sano, apareció por las escaleras, procedente de las dependencias del convento. Al verle allí en actitud de quien espera, a Arturo, que por lo general llegaba tarde, miró el reloj que llevaba en la muñeca.

—¡Dios bendito! ¿Se me habrá parado el reloj?

Comprobó la hora en el reloj eléctrico de la pared.

—¿Has pasado la noche en casa, Arturo?

—Pues claro, hermana Celia.

—¿Quieres decir que has llegado adrede media hora antes esta mañana?

—Para estudiar. Voy atrasado en álgebra.

La monja sonrió dubitativa.

—¿Cuando sólo falta un día para las vacaciones navideñas?

—Pues sí, así es.

Él sabía, no obstante, que aquello carecía de lógica.

—Felices Pascuas, Arturo.

—Igualmente, hermana Celia.

Las nueve menos veinte y Rosa sin aparecer. Todos parecían mirarle, hasta sus hermanos, que se quedaron boquiabiertos como si en realidad estudiara en otro colegio y en otra ciudad.

—¡Pero mira quién está aquí!

—Date el piro, cagón. —Se inclinó sobre la fuente para beber agua fría.

A las nueve menos diez abrió la muchacha el portal de la entrada. Allí la tenía, sombrero rojo, abrigo de pelo de camello, chanclos de cremallera, su rostro, su cuerpo entero encendido por las llamas frías de la mañana invernal. Se fue acercando con los brazos en derredor de un montón enorme de libros. Saludaba a sus amistades con una inclinación de cabeza, su sonrisa semejante a una melodía que sonara en el patio: Rosa, la presidenta de las Jóvenes del Santo Nombre, la amada de todos, se acercaba, se acercaba con los pequeños chanclos golpeando el suelo con júbilo, como si ellos también la amasen.

Apretó con fuerza la mano en que tenía el joyero. Un repentino chorro de sangre le rugió en la garganta. El aleteo vivaz de los ojos femeninos se posó durante un segundo tráfuga en la cara de Arturo, atribulada por el éxtasis y la tortura, en su boca abierta, en aquellos ojos que parecían salirse de las órbitas mientras tragaba saliva para dominar el nerviosismo.

Se había quedado sin habla.

—Rosa..., yo..., mira esto...

La mirada de la joven siguió su curso. El frunce se trocó en sonrisa cuando una compañera llegó corriendo y la arrastró consigo. Entraron en el guardarropa y se pusieron a parlotear con animación. Arturo sentía una opresión en el pecho. Copón. Se acercó a la fuente y se puso a tragar agua fría. Copón. Escupió el agua con asco, doliéndole toda la boca. Copón.

Pasó la mañana escribiendo esquelas a Rosa y rompiéndolas. La hermana Celia había ordenado a la clase que leyera *El cuarto Rey Mago*, de Van Dyke. Pero, acostumbrado como estaba su espíritu a los más saludables relatos de las revistas baratas, se aburría.

Sin embargo, cuando le llegó a Rosa el turno de leer, se puso a escuchar al advertir que la joven pronunciaba las palabras que leía con cierto respeto. Sólo entonces adquirió alguna importancia aquella basura de Van Dyke. Sabía que era pecado, pero no sentía el menor respeto por la historia del nacimiento del Niño Jesús, la huida a Egipto, y lo que le pasó al niño en el pesebre. Pero pensar así era pecado.

La acechó durante el recreo del mediodía; pero nunca estaba sola, siempre con amigas. En cierto momento, rodeada de un grupo de compañeras, miró por encima del hombro de una y le vio, como si hubiera adivinado que la seguían. Desistió entonces, avergonzado, y fingió que paseaba por el patio sin nada que hacer. Sonó el timbre y comenzó la clase vespertina. Mientras la hermana Celia hablaba en tono misterioso de la Inmaculada Concepción, escribió más notas a Rosa, que rompía para redactar otras a continuación. Se dio cuenta entonces de que no iba a ser capaz de entregarle el regalo personalmente. Otro tendría que hacerlo. La nota con la que quedó satisfecho decía así:

*Querida Rosa:
He aquí un regalo navideño
de
Adivina Quién*

Le dolió caer en la cuenta de que la joven no aceptaría el regalo si reconocía la caligrafía. Con paciencia terca reescribió la nota con la izquierda,

con una caligrafía torpe y anormal. Ahora bien, ¿quién le entregaría el regalo? Observó la cara de los compañeros que le rodeaban. Se percató de que ninguno sería capaz de guardar un secreto. Resolvió el problema levantando dos dedos. Con la dulzarrona amabilidad de la temporada navideña, sor Celia le dio permiso para salir del aula. Anduvo de puntillas por el pasillo lateral, camino del guardarropa.

Identificó inmediatamente el abrigo de Rosa, porque lo había visto muchas veces y lo había acariciado y olido en momentos como aquél. Metió la nota en la cajita y dejó la cajita dentro del bolsillo del abrigo. Abrazó la prenda, aspiró su perfume. En el bolsillo lateral encontró un par de guantes pequeños de cabritilla. Estaban muy gastados, había agujeros en los dedos.

Ay, Ángela María, qué agujeritos más monos. Los besó con ternura. Los queridos agujeritos de los dedos. Agujeritos de miel. No lloréis, agujeritos bonitos, sed valientes y tened calientes sus dedos, sus deditos preciosos.

Volvió al aula y recorrió el pasillo lateral hasta llegar a su pupitre, con la mirada apartada de Rosa hasta donde podía, ya que ella no debía saberlo, ni sospechar nunca que había sido él.

Cuando sonó el timbre que anunciaba el final de las clases, fue el primero en salir por el portal principal y echó a correr por la calle. Aquella noche sabría si a ella le importaba, porque aquella noche era el Banquete del Santo Nombre en Honor de los Monaguillos. Mientras recorría el pueblo, mantenía los ojos bien abiertos por si veía a su padre, pero no fue recompensada esta vigilancia. Sabía que habría tenido que quedarse en la escuela para el ensayo de los monaguillos, pero esta obligación se le había vuelto insoportable por tener detrás a su hermano August y al lado, por compañero, a un merluzo desgraciado de cuarto curso.

Al llegar a casa vio con asombro un árbol de Navidad, una pequeña píceca, en el rincón de la ventana de la salita.

La madre, que tomaba té en la cocina, no parecía muy interesada en él.

—No sé quién era —dijo—. Un hombre que conducía un camión.

—¿Qué hombre, mamá?

—Un hombre.

—¿Qué clase de camión?

—Un camión y basta.

—¿Qué ponía en el camión?

—No lo sé. No presté atención.

Sabía que su madre no decía la verdad. La despreció por aceptar la vida que llevaban como si se tratase de una prueba martirial. Habría tenido que

tirarle el árbol a la cara a aquel hombre. ¡Caridad! ¿Qué se creían que era su familia? ¿Unos pobretones? Sospechaba de la familia Bledsoe, que vivía al lado: de la señora Bledsoe, que no dejaba que su Danny y su Phillip jugaran con el joven Bandini porque era 1) italiano, 2) católico, y 3) un chico de malos instintos que capitaneaba una banda de gamberros que le llenaban de basura el soportal delantero cuando llegaba la víspera de Todos los Santos. Bueno, ¿no había mandado a Danny con una cesta de Acción de Gracias en la pasada celebración del día de Acción de Gracias, cuando ninguna falta les hacía, y no había ordenado Bandini a Danny que se la llevara otra vez a su casa?

—¿Era un camión del Ejército de Salvación?

—No lo sé.

—¿Llevaba gorra militar el hombre?

—No me acuerdo.

—Era el Ejército de Salvación, ¿verdad? Apuesto a que lo llamó la señora Bledsoe.

—¿Y qué, si fue así? —La madre habló entre dientes—: Quiero que tu padre vea el árbol. Quiero que lo mire y se dé cuenta de lo que nos ha hecho. Hasta los vecinos lo saben. ¡Que se avergüence, que se avergüence!

—A la mierda los vecinos.

Se acercó al árbol con los puños adelantados en actitud combativa.

—A la mierda los vecinos.

El árbol tenía más o menos su estatura, metro y medio. Se abalanzó sobre su frondosidad erizada de espinas y trató de romperle las ramas. Éstas poseían la resistencia de un sauce tierno, se curvaban y crujían, pero sin romperse. Cuando lo hubo deformado a placer, lo arrojó a la nieve del patio delantero. La madre, con los ojos oscuros y meditabundos fijos siempre en la taza de té, no hizo nada por impedirselo.

—Espero que lo vean los Bledsoe —dijo Arturo—. Así aprenderán.

—Dios le castigará —dijo Maria—. Pagará por lo que ha hecho.

Pero Arturo pensaba en Rosa y en lo que se pondría durante el Banquete de los Monaguillos. Él, August y su padre se peleaban siempre por la corbata gris, Bandini alegando que era demasiado seria para unos chicos, y él y August replicándole que era demasiado juvenil para un adulto. Pese a todo se la llamaba siempre «la corbata de papá» porque poseía un agradable aire paternal, con sus desvaídas motas de color burdeos y aquel olor que recordaba de lejos a los puros Toscanelli. Le encantaba aquella corbata y se resentía siempre que se la tenía que poner después que August, ya que entonces le

desaparecía de algún modo la misteriosa cualidad paterna. También le gustaban los pañuelos de su padre. Eran mucho más grandes que los suyos, y como la madre se los lavaba y planchaba muchas veces, habían adquirido suavidad y fragancia, y la vaga sensación de que había allí algo de su padre y de su madre al mismo tiempo. No eran como la corbata, totalmente paterna, y cuando utilizaba uno de los pañuelos de su padre tenía la oscura impresión de reunir a su padre y a su madre, como si fuera parte de una foto, de un orden general de las cosas.

Durante un buen rato estuvo ante el espejo de su cuarto hablando con Rosa, ensayando el modo de acoger el agradecimiento de la muchacha. Estaba convencido ya de que el regalo, de manera automática, ponía su amor al descubierto. El modo de mirarla aquella mañana, el modo de seguirla durante el descanso del mediodía..., era indudable que Rosa asociaría aquellos preliminares con la alhaja. Estaba contento. Quería que sus sentimientos salieran a la luz. Imaginó que ella le decía: siempre supe que eras tú, Arturo. Sin dejar de mirarse al espejo, respondió el aludido: «Bueno, Rosa, ya sabes cómo son estas cosas, es Navidad, y a uno le gusta hacerle un regalo a su chica».

Ya estaba vestido cuando a las cuatro y media llegaron sus hermanos. No tenía ningún traje completo, pero María siempre le tenía pulcramente planchados los pantalones «nuevos» y la chaqueta «nueva». No casaban, aunque casi casi, porque los pantalones eran de sarga azul y la chaqueta era de corte deportivo, de algodón y color gris.

Al ponerse la ropa «nueva» se transformó en el vivo retrato de la desilusión y la desdicha, sentado ahora en la mecedora, con las manos juntas sobre el vientre. Lo único que hacía cuando se ponía la ropa «nueva», y que siempre le salía mal, era sentarse a esperar que llegara el triste desenlace de la jornada. Faltaban aún cuatro horas para el comienzo del banquete, pero se consolaba un poco pensando que por lo menos aquella noche no comería huevos.

Cuando August y Federico se pusieron a formular un sinfín de preguntas acerca del árbol navideño que yacía roto en el patio de la entrada, la ropa «nueva» le pareció más estrecha que nunca. La noche prometía ser cálida y despejada, por lo que se puso encima de la chaqueta gris un jersey en vez de dos, y se marchó, contento de alejarse de la melancolía de la casa.

Mientras caminaba por la calle de aquel mundo umbrío en blanco y negro, experimentó la serenidad de la cercana victoria: la ansiada sonrisa de Rosa

aquella noche, con el regalo alrededor del cuello mientras atendía a los monaguillos en el salón de actos, todas sus sonrisas para él, solamente para él.

¡Ah, qué noche!

Hablaba consigo mismo mientras andaba, aspirando el aire enrarecido de los montes, recreándose en el disfrute de sus posesiones, mi novia Rosa, Rosa para mí y para nadie más. Sólo una cosa le molestaba, aunque por encima: tenía hambre, pero el vacío del estómago le desaparecía entre el júbilo desbordante que le embargaba. Aquellos Banquetes de los Monaguillos, y había asistido ya a siete en toda su vida, eran auténticos hitos gastronómicos. Ya lo tenía todo ante sí: fuentes inmensas de pollo y pavo frito, bollos calientes, boniatos, salsa de arándanos y todo el helado de chocolate que podía comer, y por encima de todo, Rosa con un camafeo colgado del cuello, su regalo, sonriéndole mientras él se atracaba, sirviéndole con los ojazos negros llenos de luz y con aquellos dientes tan blancos que hacían la boca agua.

¡Qué noche! Se agachó para coger un puñado de nieve, se la metió en la boca para que se derritiera y sintió que el líquido frío le corría garganta abajo. Lo hizo muchas veces, chupar la dulzura de la nieve y disfrutar del frío que le producía en la garganta.

La reacción intestinal al líquido frío que tenía en el estómago fue un ligero ronroneo que se le despertó a la altura del ombligo y que le subía hacia la parte del corazón. Cruzaba el puente, estaba en el centro justo cuando todo se puso negro ante sus ojos. Los pies dejaron de responderle. Se puso a respirar con sacudidas espasmódicas. Sin darse cuenta se encontró tendido en el suelo, de espaldas. Se había desplomado en redondo. En el interior del pecho, el corazón se esforzaba por moverse a puñetazos. Se lo apretó con ambas manos, presa del terror. Se moría: ¡Dios Santo, iba a morir! El puente entero parecía sacudirse con la violencia de los latidos de su corazón.

Pero cinco, diez, veinte segundos más tarde seguía vivo. El terror del instante le oprimía aún el corazón. ¿Qué le había pasado? ¿Por qué se había caído? Se puso en pie y cruzó el puente corriendo, temblando de pavor. ¿Qué había hecho? Porque era el corazón, sabía que el corazón le había dejado de latir y que se había vuelto a poner en marcha, pero ¿por qué?

Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa! El universo misterioso le rodeó por los cuatro costados, se sintió solo en la vía del tren, echó a correr hacia las calles donde pasearan hombres y mujeres, donde no hubiera tanta soledad, y mientras corría le pasó por la cabeza la idea, semejante a un haz de puñales, de que se trataba de un aviso de Dios, de que aquélla era Su forma de

decirle que Dios estaba al tanto de su delito: él, el ladrón, el desvalijador del camafeo de su madre, el infractor del decálogo entero. Ladrón, ladrón, proscrito por Dios, criatura infernal que ostentaba una marca negra en el libro del alma.

Le podía ocurrir otra vez. Ya habían transcurrido cinco minutos. Diez minutos. Dios te salve, María, llena eres de gracia, me arrepiento. No corría ya, sino que iba al paso, caminando con energía, como para dominar la temible sobrecarga del corazón. Adiós a Rosa, adiós a los pensamientos amorosos, adiós, adiós, y bienvenidos sean el pesar y el remordimiento.

¡Ah, la astucia de Dios! ¡Ah, qué bondadoso era con él el Señor, que le daba otra oportunidad, que le advertía que no le iba a quitar la vida por lo pronto!

¡Fijaos! Vedme andar. Respiro. Estoy vivo. Camino hacia Dios. Tengo el alma negra. Dios me la limpiará. Es bondadoso conmigo. Toco el suelo con los pies, uno dos, uno dos. Avisaré al padre Andrew. Tengo que contárselo todo.

Pulsó el timbre que había junto al confesionario. Cinco minutos más tarde aparecía el padre Andrew por la puerta lateral de la iglesia. El sacerdote alto y semicalvo enarcó las cejas, sorprendido de no encontrar más que un alma en aquella iglesia engalanada para la Navidad, y de que dicha alma fuera la de un muchacho, con los ojos cerrados con fuerza, los dientes apretados, los labios agitándose como si musitaran una oración. Sonrió el sacerdote, se quitó el mondadientes de la boca, hizo una genuflexión y se dirigió al confesionario. Arturo abrió los ojos y lo vio avanzar como un bulto de negrura hermosa, seguridad en su presencia y calidez en su sotana negra.

—¿Cómo te va, Arturo? —le preguntó con murmullo agradable.

Puso la mano en el hombro de Arturo. Fue como si le tocara el dedo de Dios. La tensión comenzó a diluirse bajo la superficie. Una paz muy lejana se le fue instaurando por dentro, a diez mil kilómetros de profundidad.

—Quiero confesarme, padre.

—Claro, Arturo.

El padre Andrew se ajustó la faja y entró en el confesionario. Fue tras él, se arrodilló en el apartado de los penitentes, separado del cura por una rejilla de madera. Tras el ritual de rigor, dijo:

—Ayer, padre Andrew, me puse a revolver el baúl de mi madre y encontré un camafeo colgado de una cadena dorada, y lo afané, padre. Me lo guardé en el bolsillo, no era mío, era de mi madre, mi padre se lo dio a ella, y tuvo que costar muchísimo dinero, pero lo robé de todos modos, y hoy se lo

he dado a una chica del colegio. Le di como regalo de Navidad un objeto robado.

—¿Dices que es valioso? —le preguntó el cura.

—Lo parecía —respondió él.

—¿Cuánto?

—Mucho, padre. Estoy muy arrepentido, padre. No volveré a robar mientras viva.

—Escucha, Arturo —le dijo el sacerdote—. Te daré la absolución si me prometes que le dirás a tu madre que le robaste el camafeo. Cuéntaselo como me lo has contado a mí. Si ella lo aprecia y quiere recuperarlo, prométeme que se lo pedirás a la muchacha y que se lo devolverás a tu madre. Ahora bien, si no te atreves, prométeme que le comprarás a tu madre otro igual. ¿No te parece justo, Arturo? Creo que Dios estará de acuerdo si te comprometes a actuar con ecuanimidad.

—Lo devolveré. Haré lo que pueda.

Agachó la cabeza mientras el cura murmuraba los latines de la absolución. Ya estaba. Más sencillo que pegar un sello. Se alejó del confesionario y se arrodilló de cara al altar mayor con las manos unidas sobre el corazón. Éste le latía con sosiego. Estaba salvado. Vivía en un mundo cojonudo a pesar de todo. Estuvo arrodillado un buen rato, disfrutando de la dulzura de haberse librado por los pelos. Eran colegas, él y Dios eran colegas, y Dios era un tío legal. Pero no quiso correr riesgos. Durante dos horas, hasta que el reloj dio las ocho, recitó todas las oraciones que sabía. Todo salía bien. No presentaba ninguna dificultad el consejo del cura. Aquella noche, después del banquete, le contaría a su madre la verdad: que le había robado el camafeo y que se lo había regalado a Rosa. Al principio se quejaría. Pero no durante mucho tiempo. Conocía a su madre y sabía cómo sonsacarles cosas.

Cruzó el patio del colegio y subió las escaleras que conducían al salón de actos. Rosa fue la primera persona que vio en el pasillo. La joven echó a andar directamente hacia él.

—Quiero hablar contigo —le dijo.

—Claro, Rosa.

La siguió escaleras abajo, temeroso de que fuera a ocurrir algo horrendo. Ya al final de las escaleras, esperó a que Arturo abriese la puerta, resuelta la barbilla, envuelta prietamente en el abrigo de pelo de camello.

—Tengo mucha hambre —dijo él.

—¿De veras? —repuso ella con voz fría, desdeñosa.

Se quedaron en el tramo que había del otro lado de la puerta, en el borde del rellano de cemento. La joven alargó la mano.

—Toma —le dijo—. No lo quiero.

Era el camafeo.

—No acepto objetos robados —añadió—. Mi madre dice que seguramente lo robaste.

—¡Mentira! —mintió el joven—. ¡Mentira!

—Cógelo —dijo ella—. No lo quiero.

Arturo se lo metió en el bolsillo. Sin decir palabra, Rosa se dio la vuelta y entró en el edificio.

—¡Pero Rosa!

La interpelada se volvió en la puerta con una sonrisa de dulzura.

—No deberías robar, Arturo.

—¡Yo no he robado! —Se lanzó sobre ella, la apartó de la entrada y le dio un empujón. La muchacha retrocedió hasta el borde del rellano y cayó en la nieve tras agitarse y mover los brazos inútilmente para mantener el equilibrio. En el momento de tocar tierra, abrió la boca y lanzó un grito.

—No soy un ladrón —dijo él, mirándola desde lo alto.

Saltó del descansillo a la acera y echó a correr lo más aprisa que pudo. Observó el camafeo durante un segundo al llegar a la esquina y lo arrojó con todas sus fuerzas sobre el tejado de la casa de dos pisos que flanqueaba la calle. Entonces reanudó la caminata. A la mierda el Banquete de los Monaguillos. Ya no tenía hambre.

Nochebuena. Svevo Bandini volvía a casa, zapatos nuevos en los pies, desafío en la quijada, culpa en el corazón. Bonitos zapatos, Bandini, ¿de dónde los has sacado? No os importa. Tenía dinero en el bolsillo. Lo apretó con fuerza entre los dedos. ¿De dónde has sacado el dinero, Bandini? Jugando al póquer. He estado jugando durante diez días.

¡No me digas!

Claro que eso era lo que contaba él, pero si su mujer no le creía, que se fuera a la porra. Hundía los zapatos negros en la nieve, aplastándola con los tacones nuevos y de bordes afilados.

Le esperaban: sin saber cómo, estaban al tanto de su llegada. La casa misma parecía reflejarlo. Todo estaba en su sitio. Maria rezaba el rosario muy aprisa junto a la ventana, como si no tuviera mucho tiempo: otro puñadito de oraciones antes de que él llegara.

Felices Pascuas. Los chicos habían abierto los regalos. Uno para cada uno. Pijamas de la abuela Toscana. Formaron un círculo alrededor de los pijamas: a la espera. ¿De qué? No saberlo estimulaba: algo iba a suceder. Pijamas azules y verdes. Se los habían puesto porque no tenían otra cosa que hacer. Pero iba a pasar algo. En el silencio de la espera resultaba extraordinario pensar, sin decirlo, que papá iba a volver a casa.

Federico tuvo que estropearlo.

—Apuesto a que papá vuelve esta noche.

El hechizo quedó roto. Era un pensamiento que todos compartían sin decir nada. Silencio. Federico lamentó sus palabras y empezó a preguntarse por qué no le habían respondido.

Pasos en el soportal. Aunque todos los hombres y mujeres del mundo hubieran pisado aquel soportal, nadie lo habría hecho de aquel modo. Se quedaron mirando a Maria. Ésta contuvo el aliento y se puso a rezar otra oración con premura. Se abrió la puerta y entró. Cerró con cuidado, como si desde niño se hubiera dedicado a la ciencia exacta de cerrar puertas.

—Hola.

Él no era un chicuelo a quien hubieran sorprendido robando canicas ni un perro a quien hubieran castigado por romper un zapato. Era Svevo Bandini, un hombre hecho y derecho que tenía mujer y tres hijos.

—¿Dónde está mamá? —preguntó, mirándola directamente a ella, igual que un borracho que quiere demostrar su capacidad para formular preguntas serias. La vio encogida en el rincón, exactamente donde sabía que estaba, ya que al ver su perfil desde la calle había sufrido un sobresalto.

—Pues ahí.

Te odio, se dijo ella. Quiero sacarte los ojos con estos dedos y dejarte ciego para siempre. Eres un animal, me has hecho daño y no descansaré hasta que te lo devuelva.

Papá con zapatos nuevos. Crujían a cada paso que daba como si contuvieran ratoncitos muy pequeños. Cruzó la estancia, camino del cuarto de baño. Ruido extraño: papá en casa otra vez.

Ojalá te mueras. No volverás a tocarme. Te odio, ¡Dios mío, que mi propio marido me haya hecho esto!, te odio.

Al volver se quedó en el centro de la estancia, de espaldas a su mujer. Sacó el dinero del bolsillo. Y dijo a sus hijos:

—Podríamos ir al centro antes de que cerraran las tiendas, vosotros, yo y mamá, todos juntos, a comprar regalos para todos.

—¡Yo quiero una bicicleta! —exclamó Federico.

—Claro, tendrás una bicicleta.

Arturo no sabía lo que quería, ni August tampoco. El mal que había hecho le retorció las entrañas a Bandini, pero sonreía y dijo que ya encontrarían algo para todos. Un buen árbol de Navidad. El mayor de todos.

Lo imagino con la otra en los brazos, la huelo en su ropa, le ha llenado la cara de besos y el pecho de caricias. Me da asco y quiero hacerle daño hasta que se muera.

—¿Y qué le compramos a mamá?

Se volvió para darle la cara, con la mirada puesta en el dinero mientras desenrollaba los billetes.

—¡Cuánto dinero! Será mejor dárselo a mamá, ¿no? Lo ha ganado todo papá jugando a las cartas. Papá es un jugador estupendo.

Alzó los ojos y la miró, la vio con las manos sujetas a los brazos de la mecedora, como dispuesta a saltar sobre él, y se dio cuenta de que la temía, y sonrió, no de alegría, sino de miedo, porque el mal que había hecho le restaba valor. Agitó los billetes como un abanico: había de cinco y de diez, incluso uno de cien, y a semejanza de un condenado que se dirige al lugar del castigo, mantuvo la sonrisita tonta mientras se acercaba y le alargaba los billetes, esforzándose por pensar en las antiguas palabras, las suyas, las de él y ella, su lenguaje común. Maria se aferró horrorizada a la mecedora, luchando por no

apartarse de un salto de la sierpe culpable que configuraban los rasgos nauseabundos de la cara del marido. Se acercó él un poco más y quedó a escasos centímetros del pelo de la mujer, ridículo a más no poder con aquellas muestras de desagravio, hasta que Maria ya no pudo resistirlo, ya no pudo contenerse, y con una brusquedad que también la sorprendió a ella, se abalanzó sobre los ojos del marido con los diez largos dedos por delante y se puso a darle arañazos, fuerza silbante en aquellos diez dedos largos que dibujaron franjas de sangre en la cara del marido, que gritó y dio un paso atrás, en la pechera de la camisa, y en el cuello de carne y en el cuello de la prenda, que recogieron las gotas veloces de color rojizo. ¡Pero sus ojos, Dios mío, mis ojos, mis ojos! Y retrocedió y se los tapó con las manos, pegado a la pared, con la cara contraída de dolor, temeroso de apartar las manos, temeroso de haberse quedado ciego.

—Maria —dijo entre sollozos—. Dios mío, ¿qué me has hecho?

Veía; de manera confusa por entre el velo rojo, veía, y dio unos cuantos pasos sin rumbo fijo.

—Maria, Maria, ¿qué has hecho? ¿Qué has hecho?

Se puso a dar vueltas por la estancia. Oía el llanto de los hijos, las palabras de Arturo: «Joder, joder, joder.» Dio vueltas y más vueltas, sangre y lágrimas en los ojos.

—*Jesu Christi*, ¿qué me ha pasado?

En el suelo estaban los billetes verdes que golpeaba y pisaba con los zapatos nuevos, gotitas rojas sobre la reluciente puntera negra, vueltas y más vueltas, gimiendo y buscando a tientas la puerta, el exterior, la calle, la noche fría, la nieve, hundido en el montón de nieve del patio sin dejar de gemir, cogiendo nieve con ambas manos, como si de agua se tratase, y apretándosela contra la cara que le ardía. La nieve blanca le resbalaba sin cesar de las manos y volvía a la tierra, roja y apelmazada. Los hijos se habían quedado dentro de la casa, petrificados, con los pijamas nuevos puestos, ante la abierta puerta de la calle, la luz cegadora de la estancia impidiéndoles ver a un Svevo Bandini que se enjugaba el rostro con la sábana del firmamento. Maria seguía en la mecedora. No se movía, fijos los ojos en la sangre y el dinero que cubrían el suelo de la habitación.

Me cago en ella, se dijo Arturo. Ojalá se pudra.

Lloraba, herido por la humillación que había sufrido su padre; su padre, aquel hombre siempre firme y poderoso, y le había visto retroceder, sufrir, llorar, a su padre, que nunca lloraba, que jamás retrocedía. Quiso estar con su padre, se puso los zapatos y salió corriendo, hasta donde Bandini yacía

encogido, atragantado y tembloroso. Pero le satisfizo comprobar que decía algo a pesar de que se asfixiaba, que maldecía y daba rienda suelta a la cólera. Se estremeció cuando le oyó decir que juraba vengarse. La mataré, lo juro por Dios, la mataré. Comenzaba a recuperarse. La nieve le había estimulado la circulación sanguínea. Jadeaba, se miraba las ropas manchadas de sangre, las manos goteando perlas carmesí.

—Alguien me las va a pagar —dijo—. *Sangue della Madonna!* ¡Esto no va a quedar así!

—Papá...

—¿Qué quieres?

—Nada.

—Entra en casa entonces. Vete con esa madre loca que tienes.

Aquello fue todo. Echó a andar por la nieve, alcanzó la acera y se alejó por la calle. El muchacho le vio marchar, con la cara levantada hacia la noche. Era su forma de andar, titubeante pese a toda su determinación. Pero no; se volvió tras recorrer unos metros:

—Feliz Navidad para vosotros tres. Coged el dinero, id al centro y compraos lo que os dé la gana.

Siguió andando, la barbilla alta, avanzando en la dirección del viento frío, dándose ánimos a pesar de la herida profunda que ya no sangraba.

Arturo regresó a la casa. El dinero no estaba en el suelo ya. Un vistazo a Federico, que sollozaba con amargura mientras sostenía un fragmento de billete de cinco dólares le explicó lo sucedido. Abrió la estufa. Los restos negros del papel quemado despedían hilos delgados de humo. Cerró la estufa y observó el suelo, limpio salvo por las manchas de sangre que se secaban ya. Miró con odio a su madre. Ésta no se movía, ni siquiera miraba a ningún sitio, aunque los labios se le abrían y cerraban, porque había reanudado el rosario.

—¡Feliz Navidad! —dijo en tono despectivo.

Federico gemía. August estaba demasiado impresionado para hablar.

Sí, una Navidad muy feliz. ¡Ah, papá, papá, dale una paliza! Los dos, papá, tú y yo, porque sé cómo te sientes, porque me ha pasado a mí también, pero debieras haber hecho lo que yo, papá, debieras haberla zurrado de lo lindo, igual que yo, y te sentirías mejor. Porque no puedo soportarlo, papá, tú solo por ahí con la cara ensangrentada, no lo soporto.

Salió al soportal y tomó asiento. Su padre llenaba la noche. Vio las manchas rojas en el lugar donde Bandini se había refugiado y donde se había aplicado nieve a la cara. Sangre de papá, mi sangre. Abandonó el soportal y se

puso a dar patadas a la nieve para limpiar la zona, hasta que la despejó. Nadie lo vería, nadie. Entró entonces en la casa.

Su madre no se había movido. ¡Cuánto la odiaba! Dominado por un impulso, arrebató el rosario de manos de la madre y lo rompió en pedazos. Ella le observó, igual que una mártir. Se puso en pie y siguió hasta el exterior al hijo que aún llevaba el rosario roto en la mano. Arturo lo lanzó a lo lejos, a la nieve, donde se esparció como semillas. La madre se aventuró en la nieve, en pos del rosario.

Sin dar crédito a sus ojos, la vio hundirse hasta las rodillas en la superficie blanca, mientras miraba en derredor como persona aturdida. Encontró algunas cuentas dispersas mientras cogía un puñado de nieve tras otro. Arturo sintió asco. Su madre revolvía el lugar mismo en que la sangre de su padre había coloreado la nieve.

A la mierda con ella. Se marchaba. Quería estar con su padre. Se vistió y anduvo calle abajo. Felices Pascuas. El pueblo se había pintado de verde y blanco con motivo de las fiestas. Cien dólares en la estufa, ¡y que le dieran por el culo a él, y a sus hermanos! Se podía ser persona religiosa e intransigente, pero ¿por qué tenían que sufrir todos? Demasiado Dios había en el espíritu de su madre.

¿Y adónde ir ahora? Lo ignoraba, pero a casa otra vez, con su madre, desde luego que no. Comprendía a su padre. Un hombre tenía que hacer cosas: no tener nunca nada que hacer era demasiado aburrido. Tenía que admitirlo: si él pudiera elegir entre Maria y Effie Hildegarde, escogería siempre a Effie. Cuando las italianas llegaban a cierta edad, las piernas se les adelgazaban, se les hinchaba la barriga, los pechos se les caían y perdían el encanto. Se esforzó por imaginar a Rosa Pinelli con cuarenta años. Las piernas se le adelgazarían como a su madre; el estómago se le pondría como un tonel. Pero fue incapaz de imaginarlo. ¡Rosa, con lo encantadora que era! Sí deseó en cambio que se muriese. Fantaseó con que una enfermedad la consumía hasta que tenía que celebrarse el entierro. Aquello le pondría muy contento. Acudiría junto al lecho de la moribunda y se quedaría allí. Ella, sin fuerzas ya, le cogería la mano entre sus dedos calientes y le diría que se iba a morir, y él respondería qué le vamos a hacer, Rosa; tuviste una oportunidad, pero yo te recordaré siempre, Rosa. A continuación, el entierro, el llanto, y a Rosa la metían bajo tierra. Pero él mantendría una actitud fría ante todo ello, se limitaría a estar y, habida cuenta de sus grandes proyectos, se sonreiría un poco. Años después, en el campo de béisbol de los Yanquis, por encima del griterío de la multitud, recordaría a una joven agonizante que le cogió la mano

y le pidió perdón; sólo se detendría en aquel recuerdo unos segundos, tras lo que se volvería hacia las mujeres de la multitud y les haría una señal con la cabeza, a sus mujeres, ninguna italiana entre ellas; serían rubias, altas y sonrientes, por docenas, como Effie Hildegarde, y ni una sola italiana.

¡Dale pues una somanta, papá! Yo estoy contigo, colega. Algún día lo haré yo también, algún día tendré una novia igual que ella, pero no será de las que me arañen la cara, no será de las que me llamen ladronzuelo.

Aunque, ¿cómo sabía que Rosa no se estaba muriendo? Bueno, en cierto modo sí, igual que todo el mundo, que, cada minuto que pasaba, se acercaba un poco más a la tumba. Pero supongamos, sólo por hacer una puñetera suposición, que Rosa se estuviera muriendo de verdad. ¿Qué le pasó a su amigo Joe Tanner el año anterior? Muerto mientras iba en bicicleta; un día vivo y al otro en el ataúd. ¿Y qué le pasó a Nellie Frazier? Una piedrecilla de nada en el zapato; no se la pudo quitar; infección y, de golpe y porrazo, defunción y entierro.

¿Cómo sabía que a Rosa no la había atropellado un automóvil desde que la viera por última y espantosa vez? Cabía la posibilidad. ¿Cómo sabía que no había muerto electrocutada? Cosas así sucedían continuamente. ¿Por qué no le había podido ocurrir a ella? Como es lógico, en realidad no quería que ella muriese; en el fondo, en el fondo, no; por éstas y que me caiga muerto ahora mismo; pero con todo y con eso, cabía la posibilidad. Pobre Rosa, tan joven y tan guapa... y muerta.

Ya en el centro, se puso a dar vueltas, sin ver nada interesante, sólo gente con prisa y cargada de paquetes. Se encontraba ante los Almacenes Wilkes, contemplando los artículos deportivos del escaparate. Se puso a nevar. Miró hacia las montañas. Estaban cubiertas de nubes negras. Una premonición extraña se apoderó de él: Rosa Pinelli había muerto. Estaba segurísimo de que había muerto. Lo único que tenía que hacer era recorrer tres manzanas por Pearl Street y otras dos hacia el este por la calle Doce, y verlo con sus propios ojos. Podía ir andando hasta allí y comprobar que en la puerta principal de la casa de los Pinelli había una corona fúnebre. Estaba tan seguro que echó a andar en la dirección mencionada sin pensarlo dos veces. Rosa había muerto. Era un profeta, un espíritu capacitado para entender fenómenos anormales. Así pues, había ocurrido al final: lo que deseaba se había hecho realidad y Rosa había muerto.

Vaya, vaya; mundo curioso aquél. Alzó los ojos al cielo, a los millones de ampos que descendían hacia la tierra.

El fin de Rosa Pinelli. Habló en voz alta, dirigiéndose a oyentes imaginarios. Yo estaba delante de los Almacenes Wilkes y de pronto tuve la corazonada. Me dirigí a la casa, y, efectivamente, había una corona en la puerta. Ay, Rosa, dulce criatura. No quería verla muerta. Corrió entonces, la premonición en declive, y aumentó la velocidad para llegar mientras durase aquélla. Lloraba: oh, Rosa, por favor, no te mueras, Rosa. Quiero que estés viva cuando llegue. Ya voy, Rosa, amor mío. Directamente desde el estadio de los Yanquis en un avión especial. Aterricé en los jardines de la casa consistorial, y a punto estuve de cargarme a trescientas personas que estaban allí observándome. Pero lo he conseguido, Rosa. Y aquí estoy, sano y salvo, a la cabecera de tu cama, justo a tiempo, y el médico dice que vivirás y por eso debo irme, para no volver jamás. Vuelvo con los Yanquis, Rosa. A Florida, Rosa. Entrenamiento de primavera. Los Yanquis también me necesitan; pero sabrás donde estoy, Rosa, no tienes más que leer los periódicos y te enterarás.

No había ninguna corona fúnebre en la puerta de los Pinelli. Lo que vio en su lugar, y que le hizo abrir la boca horrorizado hasta que vio mejor por entre la nieve cegadora, fue una corona navideña. Se puso muy contento y se alejó corriendo entre la nevasca. ¡Claro que estoy contento! ¿Cómo voy a desear que se muera nadie? Pero no estaba contento, no estaba contento en absoluto. Él no era ningún campeón que jugase con los Yanquis. No había llegado en avión especial. No se iba a Florida. Era Nochebuena en Rocklin, Colorado. Caían chuzos de punta y su padre vivía con una mujer llamada Effie Hildegarde. Los dedos de su madre habían desgarrado la cara de su padre y sabía que en aquellos instantes su madre rezaba, sus hermanos lloraban y las cenizas que había en la estufa de la salita habían sido hacía muy poco un billete de cien dólares.

¡Felices Pascuas, Arturo!

Una carretera solitaria al oeste de Rocklin, estrecha y menguante, que desaparece bajo la nieve que cae. Ahora sí que nieva de verdad. La carretera discurre hacia el oeste y hacia arriba, es una carretera en pendiente. Más allá se alzan las montañas. ¡La nieve! Sepulta el mundo y delante hay un vacío pálido, nada más que la angosta carretera que se va estrechando a pasos agigantados. Una carretera con trampas, llena de recodos y cuestas para sortear a los pinos encogidos que alargan los blancos brazos hambrientos para atraparla.

Maria, ¿qué le has hecho a Svevo Bandini? ¿Qué me has hecho en la cara?

Un hombre fornido avanza dando traspiés, hombros y brazos cubiertos de nieve. En aquel punto es cuesta arriba; asciende con esfuerzo, la nieve profunda le frena las piernas, hombre que vadea un agua que no se ha derretido.

¿Hacia dónde ahora, Bandini?

Instantes atrás, hacía apenas cuarenta y cinco minutos, había bajado corriendo por aquella carretera, totalmente seguro, ponía a Dios por testigo, de que no volvería nunca. Cuarenta y cinco minutos..., ni siquiera una hora; y habían sucedido demasiadas cosas y ahora volvía por una carretera que había esperado olvidar.

Maria, ¿qué has hecho?

Svevo Bandini, un pañuelo ensangrentado cubriéndole la cara, y la ira del invierno cubriendo a Svevo Bandini mientras subía por la carretera camino de la casa de la viuda Hildegarde, hablaba con los copos de nieve mientras subía. Cuéntaselo a los copos, Bandini; cuéntaselo mientras te sacudes las manos heladas de frío, Bandini sollozó: un adulto, de cuarenta y dos años, lloraba porque era Nochebuena y volvía al pecado, porque preferiría estar con sus hijos.

Maria, ¿qué has hecho?

Escucha, Maria, las cosas han sucedido así: hace diez días, tu madre escribió la carta, me puse hecho un basilisco y me fui de casa porque no soporto a esa mujer. Tenía que irme cuando se presentase. Y me fui. Tengo muchos problemas, Maria. Los niños. La casa. La nieve: mira la nieve esta noche, Maria. ¿Crees que cuando cae puedo poner ladrillos? Además, estoy

preocupado y tu madre va a venir, entonces me digo: oye, me voy al centro a tomar unas copas. Porque tengo problemas. Porque tengo niños.

Ay Maria.

Había ido al centro, a los Billares Imperial, y allí se había encontrado con su amigo Rocco Saccone y Rocco le había dicho que fueran a su cuarto, para tomar una copa, fumarse un cigarro y charlar. Viejos amigos, él y Rocco: dos hombres en una habitación llena de humo de tabaco, que bebían whisky en un día de perros y que charlaban. Navidad: unas copas. Felices Pascuas, Svevo. *Gratia*, Rocco. Una Navidad feliz.

Rocco había mirado a su amigo a la cara y le había preguntado por sus problemas, y Bandini se los había contado: no hay dinero, Rocco, los chicos y la Navidad. Y la suegra, así se pudra. Rocco era también un hombre pobre, aunque no tan pobre como Bandini, y le ofreció diez dólares. ¿Cómo iba Bandini a aceptarlos? Ya le había pedido mucho dinero prestado a su amigo y ahora aquello. No, Rocco, gracias. El licor que bebo es tuyo y ya es suficiente. Así pues, *a la salute!*, por los viejos tiempos...

Un trago y a continuación otro, dos hombres en una habitación con los pies apoyados en el radiador humeante. Entonces sonó el timbre que había sobre la puerta de la habitación de la pensión de Rocco. Una vez y luego otra: el teléfono. Rocco se incorporó de un salto y salió corriendo al pasillo, donde estaba el teléfono. Volvió al cabo de un rato, con la cara relajada y complacida. Rocco recibía muchas llamadas en la pensión, ya que había puesto un anuncio en el *Rocklind Herald*:

Rocco Saccone, albañil y constructor. Reparaciones de toda clase. Especializado en obras de hormigón. Llamar a Pensión M. R.

Es la verdad, Maria. Una mujer llamada Hildegarde había llamado a Rocco y le había dicho que la chimenea no le funcionaba. ¿Podía ir Rocco para arreglarla enseguida?

Rocco, su amigo.

—Ve tú, Svevo —le dijo—. Así tendrás unos dólares antes de que la Navidad se te eche encima.

Fue así como empezó. Con la bolsa de las herramientas de Rocco a la espalda, salió de la pensión, cruzó el pueblo en dirección oeste y tomó aquella misma carretera al caer la tarde hacía ahora diez días. Aquella mismísima carretera, y recordó que bajo aquel árbol de allí, había visto una ardilla que se le había quedado mirando al pasar él. Unos dólares por arreglar una chimenea; una chapuza de tres horas acaso, acaso más: unos cuantos dólares.

¿La viuda Hildegarde? Pues claro que sabía quién era, ¿y quién no en Rocklin? Un pueblo de diez mil habitantes y una mujer que poseía casi toda la tierra: ¿quién de aquellas diez mil personas no la iba a conocer? Pero con la que no tenía trato suficiente para dirigirle el saludo, ésa era la verdad.

Aquella misma carretera, diez días atrás, con un poco de cemento y treinta kilos de herramientas de albañil a la espalda. Fue la primera vez que vio la casa de campo de Effie Hildegarde, lugar célebre en los alrededores de Rocklin por su elegante factura de piedra. Al subir aquella tarde, la casa baja, construida con losas blancas y enclavada entre los altos pinos, se le antojó un sitio de ensueño: un lugar irresistible, como el que tendría algún día si podía permitírselo. Durante un rato largo la estuvo mirando y remirando, con ganas de haber podido intervenir en su edificación, en los placeres de la albañilería, en la colocación de aquellas losas blancas, dóciles en manos de un albañil, pero lo bastante resistentes para sobrevivir a una civilización.

¿Qué piensa un hombre cuando se acerca a la puerta blanca de una casa así y alarga la mano hacia la pulida aldaba de bronce que semeja una cabeza de zorro?

Mal, Maria.

Nunca había dirigido la palabra a aquella mujer hasta el instante en que le abrió la puerta. Una mujer más alta que él, rellena y de amplia humanidad. Fijo: una mujer de buen ver. No como Maria, sino elegante. Pelo negro, ojos azules, una mujer que parecía tener dinero.

La bolsa de las herramientas le pesaba.

Así que era Rocco Saccone, el albañil. ¿Qué tal?

No, pero era amigo de Rocco. Rocco estaba enfermo.

No importaba quién fuera, mientras pudiese arreglar una chimenea. Entre, señor Bandini, la chimenea está allí. Entró pues, el sombrero en una mano, la bolsa de las herramientas en la otra. Una casa hermosa, alfombras indias en el suelo, vigas grandes que cruzaban el techo, ebanistería trabajada con laca amarilla. Le habría costado veinte, tal vez treinta mil dólares.

Hay cosas que un hombre no puede contar a su mujer. ¿Entendería Maria el apocamiento que había sentido al cruzar aquella preciosa estancia, la turbación que le había embargado al tambalearse cuando sus zapatos gastados, húmedos a causa de la nieve, habían resbalado en el reluciente suelo amarillo? ¿Podía contarle a Maria que aquella mujer atractiva se había compadecido de él? Era verdad: aunque le daba la espalda, intuyó el inmediato desconcierto de la viuda por su causa, por su anómala torpeza.

—Está muy resbaladizo, ¿verdad?

La viuda se echó a reír.

—Yo estoy siempre resbalándome.

Aunque aquello fue para ayudarle a disimular su turbación. Una nadería, un gesto amable para que se sintiera cómodo.

A la chimenea no le ocurría nada complicado, unos ladrillos sueltos en el revestimiento del conducto, una chapucilla de una hora. Pero todo oficio tiene su truco y la viuda era rica. Al incorporarse después de inspeccionar el desperfecto, le dijo que la reparación le costaría nada menos que quince dólares, precio del material incluido. La viuda no puso ninguna objeción. A Bandini se le ocurrió entonces con resentimiento que el motivo de la liberalidad femenina era el estado de sus zapatos: le había visto las suelas gastadas al arrodillarse para inspeccionar el hogar. La forma en que le miraba, de arriba abajo, aquella sonrisa de compasión, le hablaron de una comprensión que hizo que el invierno se le concentrara en la carne. No le podía contar aquello a Maria.

—Siéntese, señor Bandini.

El hondo sillón de lectura lo encontró voluptuoso y cómodo, un sillón del mundo de la viuda, y se acomodó en él y observó con detenimiento la bonita habitación, ordenada y llena de libros y objetos de adorno. Una mujer culta que se refugiaba en el lujo de su educación. Ella se había sentado en el diván, las piernas gordezuelas enfundadas en seda pura, piernas ricas que hacían raspar la seda cada vez que se cruzaban ante sus ojos maravillados. Le pidió que tomara asiento y charlase con ella. Él se sentía tan agradecido que no podía articular palabra, sólo balbucir gruñidos de alegría ante cualquier cosa que dijera ella, aquella profunda garganta de lujo de la que fluían palabras adineradas y exactas. Comenzó a hacerse preguntas respecto de ella, con los ojos dilatados por la curiosidad que le despertaba aquel mundo protector, limpio y elegante, como la seda cara que concretaba el lujo gordezuelo de sus bonitas piernas.

Maria se habría burlado de saber qué había dicho la viuda, porque él había sentido un nudo enmudecedor en una garganta demasiado abrumada por la extrañeza del momento: la mujer, allí mismo, la rica señora Hildegarda, una mujer que valía cien, quizás doscientos mil dólares, y a poco más de un metro de distancia: tan cerca que la habría tocado con sólo estirar la mano.

¿Era italiano entonces? Magnífico. Hasta el año pasado no había podido viajar a Italia. Preciosa. Tenía que sentirse muy orgulloso de aquella herencia. ¿Sabía que Italia era la cuna de la civilización occidental? ¿Había visto alguna

vez el Campo Santo, la basílica de San Pedro, los frescos de Miguel Ángel, el Mediterráneo azul? ¿La Riviera italiana?

No, no había visto aquellas cosas. Con palabras sencillas le contó que procedía de los Abruzos, que nunca había estado tan al norte, que nunca había estado en Roma. De pequeño había trabajado duro. No había tiempo para más.

¡Los Abruzos! La viuda lo sabía todo. En tal caso, era probable que hubiese leído las obras de D'Annunzio, que también era de los Abruzos.

No, no había leído a D'Annunzio. Había oído hablar de él, pero nunca había leído nada suyo. Sí, sabía que el gran hombre era de su misma provincia. Le complacía. Y dio las gracias a D'Annunzio. Ya tenían algo en común, aunque advirtió con desaliento que era incapaz de decir nada más al respecto. Durante un minuto entero le observó la viuda, inexpresivos sus ojos azules cuando se concentraron en los labios del hombre. Apartó él la cabeza, confuso, con la mirada fija en las vigas macizas que cruzaban la sala, las cortinas llenas de adornos, las chucherías repartidas con meticulosa profusión por doquier.

Una mujer amable, Maria: una mujer buena que acudía en su ayuda para relajar la conversación. ¿Le gustaba poner ladrillos? ¿Tenía familia? ¿Tres hijos? Maravilloso. También ella había querido tener hijos. ¿Era también italiana su mujer? ¿Hacía mucho que vivía en Rocklin?

El tiempo. La mujer habló del tiempo. Ah. El hombre habló atropelladamente de los agobios del tiempo. Se lamentó casi gimiendo del poco trabajo que tenía, y expuso el odio brutal que sentía hacia aquellos días fríos y nublados. Hasta que, asustada por el parloteo resentido del hombre, consultó ella el reloj y le dijo que volviera al día siguiente por la mañana para la reparación de la chimenea. Ya en la puerta, Bandini esperó, sombrero en mano, las palabras de despedida de la mujer.

—Póngase el sombrero, señor Bandini —le dijo sonriendo—. Se va a resfriar. —Sonriendo él también, con las axilas y el cuello inundados de sudor nervioso, se puso el sombrero, confuso y sin saber qué decir.

Pasó la noche con Rocco. Con Rocco, Maria, no con la viuda. Al día siguiente, tras comprar ladrillos refractarios en el almacén, volvió a la casa de la viuda para reparar la chimenea. Puso un trapo sobre la alfombra, mezcló la argamasa en un cubo, quitó los ladrillos sueltos del revestimiento y colocó los nuevos en su lugar. Resuelto a que la faena le durase una jornada entera, quitó todos los ladrillos refractarios. Habría podido terminar en una hora, habría podido quitar sólo dos o tres, pero a mediodía estaba aún por la mitad.

Apareció entonces la viuda, serena, procedente de una de las habitaciones que olían a perfume. Otra vez el nudo en la garganta. Otra vez sin poder hacer nada salvo sonreír. ¿Cómo le iba el trabajo? Lo había hecho todo a conciencia: ni una gota de argamasa deslucía la cara de los ladrillos que había puesto. Hasta el trapo estaba limpio, los ladrillos viejos apilados con limpieza a un lado. Ella lo advirtió y él se sintió complacido. No le incitó ningún deseo lujurioso cuando ella se inclinó para ver los ladrillos nuevos del interior del hogar y se le destacó el trasero ceñido y apetitoso al ponerse en cuclillas. No, Maria, ni sus tacones altos ni su blusa transparente ni la fragancia de su pelo negro le despertaron la menor intención de serle infiel. Al igual que antes, la contemplaba con asombro y curiosidad: una mujer que tendría cien, tal vez doscientos mil dólares en el banco.

No pudo poner en práctica su plan de bajar a comer al pueblo. En cuanto lo oyó ella, insistió en que se quedara y fuese su invitado. Los ojos del hombre evitaron los fríos ojos azules de la mujer. Bajó la cabeza, removió el trapo del suelo con el pie y se excusó. ¿Comer con la viuda Hildegarde? ¿Sentarse a la mesa de ella y meterse comida en la boca mientras tenía delante a aquella mujer? Apenas pudo pronunciar las palabras de disculpa.

—No, no. Se lo agradezco mucho, señora Hildegarde. Un millón de gracias, pero no, por favor. Gracias.

Pero se quedó, temeroso de ofenderla. Sonriendo mientras alargaba las manos sucias de argamasa, le preguntó si podía lavarse y ella le condujo al cuarto de baño por el pasillo blanco e inmaculado. El cuarto de baño parecía un joyero: relucientes baldosas amarillas, pila amarilla, visillos malva de organdí en la ventana alta, un búcaro de flores moradas en el tocador con espejo, frascos de perfume de color amarillento, un juego amarillo de cepillo y peine. Se volvió con precipitación y a punto estuvo de salir corriendo. No se habría sentido tan impresionado si ella hubiera estado desnuda en aquel instante. Sus manos sucias eran indignas de tocar lo que veía. Prefería el fregadero de la cocina, como hacía en casa. Pero la desenvoltura de la mujer le tranquilizó y entró en el cuarto de baño lleno de pavor, casi de puntillas, y se quedó ante la pila con indecisión angustiada. Abrió el grifo con el codo, temeroso de dejar la huella de sus dedos. El jabón verde y aromático no había ni que tocarlo: se apañó como pudo con agua sola. Cuando terminó, se secó las manos con los faldones de la camisa, haciendo caso omiso de las toallas mullidas y verdes que colgaban de la pared. Tenía miedo de lo que pudiera suceder durante la comida. Antes de salir del cuarto de baño, se puso de rodillas y limpió con la manga de la camisa un par de salpicaduras de agua...

Comida consistente en lechuga, piña y requesón. Sentado a la mesa de la cocina, con una servilleta rosa en las rodillas, se puso a comer, aunque no sin recelar que se trataba de una broma, que la viuda se divertía a su costa. Pero ella también comió, y con tal fruición que a lo mejor era cierto que aquello podía comerse. Si Maria le hubiese puesto aquella comida, se la habría tirado por la ventana. A continuación, la viuda le sirvió té en una delicada taza de porcelana. Había dos pastitas en la bandeja, no mayores que la uña de su pulgar. Té con pastas. *Diavolo!* Siempre había identificado el té con el afeminamiento y la debilidad y no le gustaban los dulces ni las galletas. Pero la viuda, que mordisqueaba la pasta que sujetaba con los dedos, sonreía con gracia inenarrable mientras él se metía las galletas en la boca como quien rechaza un medicamento de mal sabor.

Mucho antes de que la mujer terminase de engullir la segunda pastita, ya estaba él listo, la taza de té sin una gota, y recostado sobre las patas traseras del asiento, con el estómago deshecho en retortijones y protestas por el extraño combustible con que lo había llenado. No habían hablado durante toda la comida, ni una palabra. La circunstancia le hizo advertir que no tenían nada que decirse. Ella sonreía de vez en cuando, en una ocasión por sobre el borde de la taza de té. El hecho le turbó y entristeció: la vida de los ricos, dictaminó, no era para él. En casa habría comido huevos fritos con un cacho de pan, y lo habría regado todo con un vaso de vino.

Al terminar la viuda, y tras rozarse las comisuras de la boca carminácea con la punta de la servilleta, le preguntó si quería algo más. Fue a preguntarle «¿Qué más tiene?», pero lejos de ello se tocó el estómago, y se lo acarició con un bufido.

—No, gracias, señora Hildegarde. Estoy lleno..., lleno hasta las orejas.

La mujer esbozó una sonrisa al oír aquello. Con las manos colgadas del cinturón, permaneció recostado en el asiento, chupándose los dientes y con ganas de fumarse un puro.

Una mujer muy elegante, Maria. Una mujer que adivinaba los deseos de uno.

—¿Fuma usted? —le preguntó la viuda, sacando una cajetilla de cigarrillos del cajón de la mesa. Del bolsillo de la camisa sacó él la retorcida colilla de un puro Toscanelli, le quitó de un mordisco la punta, que escupió al suelo, encendió una cerilla y aspiró una bocanada. La mujer insistió en que se quedase allí, cómodo y a gusto, mientras ella retiraba los platos, con el cigarrillo colgándole de la comisura de la boca. El puro le relajó. Con los brazos cruzados, la observó con más confianza, se fijó en sus caderas

rellenitas y en sus brazos, blancos y suaves. Hasta entonces había conservado la pureza, sin que ninguna sensualidad errabunda le nublaste el entendimiento. Ella era una mujer rica y él estaba junto a ella, sentado en la cocina de ella; le agradecía el trato confianzudo: pero aquello y nada más, ponía a Dios por testigo.

Al terminarse el puro, volvió a la faena. A las cuatro y media había terminado. Tras recoger las herramientas, esperó a que volviese a la sala. A lo largo de toda la tarde la había oído en otra parte de la casa. Esperó un rato, carraspeando fuerte, dejando caer la llana, cantando una melodía con las palabras «he acabado, ya está todo, he acabado, he acabado». El ruido la atrajo por fin al salón. Volvía con un libro en la mano y llevaba puestas unas gafas de leer. Bandini esperaba que le pagase en el acto. Se quedó de una pieza sin embargo cuando ella le dijo que se sentara un momento. Ni siquiera había echado una ojeada al trabajo de albañilería.

—Es usted un trabajador muy escrupuloso, señor Bandini. Muy escrupuloso. Le estoy muy agradecida.

Que Maria se burlase, pero aquellas palabras casi le hicieron derramar lágrimas.

—Lo hago lo mejor que puedo, señora Hildegarde. Lo hago lo mejor que puedo.

Pero no manifestó ella la menor intención de pagarle. Otra vez los ojos azul claro. El palpable examen a que lo sometían le obligó a desviar la mirada hacia la chimenea. Los ojos siguieron clavados en él, observándole por encima, como en trance, como si de pronto se hubiera puesto a fantasear con otras cosas. Se acercó él a la chimenea y recorrió el manto con la mirada, como para medir su inclinación, y frunció los labios con idéntica expresión de cálculo geométrico. Cuando se dio cuenta de que seguir haciendo aquello podía bordear el absurdo, regresó al cómodo sillón y volvió a tomar asiento. La mirada de la viuda le seguía mecánicamente. Bandini quiso hablar, pero ¿qué podía decir?

Por fin rompió ella el silencio: tenía más trabajo para él. Tenía una casa en el pueblo, en Windsor Street. Tampoco le funcionaba la chimenea. ¿Podría ir allí al día siguiente para echarle un vistazo? Se levantó, recorrió la sala hasta llegar al escritorio que había junto a la ventana y apuntó la dirección. Le había dado la espalda, con el tórax vuelto por la cintura, las redondas caderas voluptuosamente destacadas, y aunque Maria le sacase los ojos y escupiese en las órbitas vacías, él estaba dispuesto a jurar por lo más sagrado que ningún

mal pensamiento le había empañado la mirada, que ningún deseo lujurioso se le había introducido en el corazón.

Aquella noche, acostado en la oscuridad junto a Rocco Saccone, los agudos ronquidos del amigo le impidieron dormir, aunque había otro motivo para que Svevo Bandini se hubiera desvelado, y era la promesa del día siguiente. Gorjeaba de alegría en la oscuridad. *Mannaggia*, él no era idiota; era lo bastante listo para darse cuenta de que le había entrado a la viuda Hildegarde por el ojo derecho. Es posible que se compadeciera de él, es posible que le hubiera hecho otro encargo sólo porque pensase que él lo necesitaba, pero, al margen de lo que fuera, era innegable la habilidad de Bandini; le había calificado de trabajador escrupuloso y le premiaba con más faena.

¡Que el invierno impusiera su ley! ¡Que la temperatura se pusiese bajo cero! ¡Que la nieve se acumulase y sepultara el pueblo! No le importaba: al día siguiente tenía trabajo que hacer. Y después de aquél, siempre habría más. Le había caído bien a la viuda Hildegarde; respetaba su destreza. Con el dinero de ella y la destreza de él, habría trabajo suficiente para reírse del invierno.

A las siete en punto de la mañana siguiente entró en la casa de Windsor Street. No vivía nadie; la puerta principal se abrió nada más tocarla. No había muebles: sólo habitaciones vacías. Y no vio ningún desperfecto en la chimenea. No era tan elegante como la de la casa de la viuda, pero sí igual de bien hecha. La argamasa no se había resquebrajado y los ladrillos respondieron con solidez a su martilleo. ¿Qué le pasaba entonces? Encontró leña en el cobertizo de la parte trasera y encendió el fuego. El conducto aspiraba la llama con fuerza. La habitación se caldeó. No le pasaba nada.

A las ocho en punto estaba otra vez en casa de la viuda. La encontró enfundada en una bata azul, fresca y con una sonrisa en los labios. ¡Señor Bandini! No se quede ahí fuera, con el frío que hace. Pase y tome una taza de café. Las excusas se le detuvieron a Bandini en la boca. Se frotó la nieve de los zapatos húmedos y siguió a la flotante bata azul hasta la cocina. Tomó el café apoyado en el fregadero, tras derramarlo en el platito y soplarle para que se enfriase. No miraba a la mujer por debajo de los hombros. No se atrevía. Maria no se lo creería nunca. Nervioso y sin poder hablar, se comportaba como un hombre.

Le dijo que no había visto ningún desperfecto en la chimenea de la casa de Windsor Street. Le satisfizo su propia sinceridad, sobre todo después del exagerado despliegue de actividad del día anterior. La viuda pareció

sorprenderse. Estaba segura de que algo le pasaba a la chimenea de Windsor Street. Le pidió que aguardase mientras ella se vestía. Le llevaría a Windsor Street y le diría dónde estaba el fallo. En aquellos instantes, la mujer le miraba con fijeza los pies húmedos.

—Señor Bandini, usted gasta un cuarenta y cuatro, ¿verdad?

La cara del hombre se cubrió de rubor y escupió en el café. La mujer se disculpó en el acto. Era una pésima costumbre que tenía, aquella obsesión por preguntar a todo el mundo qué número calzaba. Era una especie de juego de suposiciones al que jugaba ella sola. ¿Sería capaz de perdonarla, señor Bandini?

El episodio impresionó mucho a Bandini. Para disimular la vergüenza se sentó inmediatamente a la mesa, los zapatos mojados ocultos por el mueble, fuera de su vista. Pero la viuda seguía sonriendo e insistió. ¿Había dado en el clavo? ¿Calzaba un cuarenta y cuatro?

—Pues sí, señora Hildegarde.

Mientras esperaba a que la mujer se vistiera, Svevo Bandini pensó que por fin comenzaba a tener suerte. A partir de entonces, que se anduvieran con cuidado Helmer el banquero y sus restantes acreedores. Bandini también tenía amigos poderosos.

Pues ¿qué tenía él que ocultar de aquel día? Nada: estaba orgulloso de aquel día. Junto a la viuda, en el coche de ésta, cruzó la población por el centro, por Pearl Street, la viuda al volante y enfundada en un abrigo de piel de foca. Si Maria y los críos le hubieran visto charlando amistosamente con ella, se habrían enorgullecido de él. Habrían alzado con soberbia la barbilla y dicho: ¡Por allí va papá! Pero Maria le había arañado la cara.

¿Qué ocurrió en la casa vacía de Windsor Street? ¿Llevó a la viuda a una habitación vacía y la violó? ¿La besó? Ve entonces a esa casa, Maria. Habla con las habitaciones frías. Quita las telarañas de los rincones y pregúntales; pregunta a los suelos desnudos, pregunta a los cristales empañados de las ventanas; pregúntales si Svevo Bandini hizo algo malo.

La viuda se detuvo ante la chimenea.

—Ya ve —dijo el hombre—. El fuego que encendí tira aún. No le pasa nada. Funciona a la perfección.

Ella no las tenía todas consigo.

Todo aquel hollín, dijo. Quedaba feo en una chimenea. Quería que pareciese limpia y nueva; tenía un inquilino en perspectiva y todo tenía que estar a la perfección.

Pero él era un hombre de honor que no quería estafar a aquella mujer.

—Todas las chimeneas se ponen negras, señora Hildegarde. Es por el humo. Todas se ponen así. Es inevitable.

No, a ella no le convencía.

Él le habló del ácido muriático. Una solución de ácido clorhídrico y agua. Se pasaba con un cepillo: quitaría el hollín. Basta con un par de horas de trabajo...

¿Dos horas? No era suficiente. No, señor Bandini. Ella quería que todos los ladrillos refractarios se quitaran y se pusiesen otros nuevos. Bandini cabeceó ante el capricho.

—Se tardará día y medio, señora Hildegarde. Le costará veinticinco dólares, material incluido.

Se arrebujó en el abrigo, estremeciéndose a causa del frío de la habitación.

—No se preocupe por los costes, señor Bandini —dijo ella—. Tiene que hacerse. Quiero lo mejor para mis inquilinos.

¿Qué podía responder él? ¿Esperaba Maria que rechazara el trabajo, que se negase a hacerlo? Se comportó como un hombre sensato que se alegra de tener una oportunidad de ganar más dinero. La viuda le llevó en coche hasta el almacén.

—Hace mucho frío en esa casa —dijo ella—. Debería tener usted algo para calentarse.

Respondió Bandini con un revoltillo de frases confusas con el que quiso puntualizar que si hay faena hay calor, que cuando un hombre tiene libertad de movimientos, basta con ello, porque la sangre se le calienta entonces. Pero lo que también le calentaba y desconcertaba mientras iba con ella en el coche era aquella preocupación que sentía por él, aquella perfumada presencia suya que le acosaba mientras él no podía por menos de aspirar de manera incansable la fragancia envolvente de su piel y sus prendas. Las enguantadas manos femeninas giraron el volante para detenerse junto al bordillo, delante del Almacén Gage.

El viejo Gage estaba junto a la ventana cuando salió Bandini del vehículo y se despidió de la viuda con una reverencia. Ella le asaeteó con una sonrisa perenne que le hizo temblar las rodillas, aunque se pavoneaba como un gallo de pelea cuando entró en el despacho, dio un portazo con chulería, sacó un puro, encendió una cerilla rascándola en el mostrador, aspiró a conciencia y exhaló una bocanada de humo en la cara del viejo Gage, que parpadeó y desvió los ojos una vez que la implacable mirada de Bandini le hubo perforado el cráneo. Bandini gruñía de satisfacción. ¿Debía algún dinero al Almacén Gage? Pues que el viejo Gage estuviera al tanto de los hechos. Que

recordara que con sus propios ojos había visto a Bandini entre personas poderosas. Encargó cien ladrillos refractarios, un saco de cemento y un metro de arena, y que todo se entregara en la dirección de Windsor Street.

—Y aprisa —dijo por encima del hombro—. Lo necesito dentro de media hora.

Volvió pavoneándose a la casa de Windsor Street, la barbilla apuntando al cielo, el humo fuerte y azul del Toscanelli revoloteándole por encima del hombro. Maria tenía que haber visto la cara de perro apaleado que ponía el viejo Gage, la presteza servicial con que tomó nota del encargo de Bandini.

El material se estaba descargando cuando llegó a la casa vacía, el camión del Almacén Gage había reulado hasta el bordillo. Tras quitarse el abrigo, puso manos a la obra. Se juró que aquél iba a ser uno de los trabajos más elegantes de albañilería menor de todo el estado de Colorado. Cincuenta años después, cien años después, doscientos, la campana de aquella chimenea seguiría en su sitio. Porque cuando Svevo Bandini hacía algo, lo hacía bien.

Canturreó mientras trabajaba una canción primaveral: «Torna a Sorrento». En la casa vacía suspiraba el eco, las habitaciones heladas se llenaban con el timbre de su voz, el golpeteo del martillo, el tintineo de la paleta. Día de fiesta: el tiempo pasó volando. La estancia se caldeó con el calor de su energía, los cristales de las ventanas lloraron de alegría al fundirse la escarcha y alcanzó a verse la calle.

Un camión se acercaba a la casa. Bandini hizo un alto para observar al conductor de chaquetón verde que cogía un objeto brillante y lo llevaba hacia la casa. Un camión rojo de la Ferretería Watson. Bandini dejó la llana en el suelo. No había hecho ningún pedido a la Ferretería Watson. No: jamás encargaría nada a los empleados de Watson. En cierta ocasión habían conseguido que le embargasen la paga por culpa de una factura que no podía abonar. Detestaba la Ferretería Watson, uno de sus peores enemigos.

—¿Se llama usted Bandini?

—¿Le importa?

—A mí no. Firme aquí.

Una estufa de petróleo de parte de la señora Hildegarde para Svevo Bandini. Firmó el papel y se marchó el conductor. Bandini se quedó junto a la estufa como si se tratara de la viuda en persona. Silbó de admiración. Aquello era demasiado para cualquier hombre; demasiado.

—Toda una mujer —dijo, cabeceando—. Una gran mujer.

De pronto se le humedecieron los ojos. La llana se le cayó de la mano al arrodillarse para inspeccionar la estufa cromada y brillante. Es usted la mujer

más exquisita del pueblo, señora Hildegarde, y cuando acabe con la chimenea, estará orgullosísima de ella.

Reanudó el trabajo una vez más, sonriendo a la estufa de tarde en tarde por encima del hombro y hablándole como si le hiciera compañía.

—Ah, hola, señora Hildegarde. ¿Aún está aquí? Mirando como trabajo, ¿eh? Se ha dado cuenta de lo que vale Svevo Bandini, ¿verdad? Porque tiene ante usted al mejor albañil de todo Colorado, señora.

El trabajo fue más rápido de lo que pensaba. No lo abandonó hasta que fue ya demasiado oscuro para ver nada. A eso de las doce del día siguiente estaría terminado. Recogió las herramientas, lavó la llana y se dispuso a salir. Sólo en aquel momento, bañado por la luz sucia de las farolas de la calle, se dio cuenta de que no había encendido la estufa. Las manos le dolían de frío. Puso la estufa en el hogar de la chimenea, la encendió y ajustó la llama al mínimo. Allí estaría bien: ardería toda la noche y evitaría que la argamasa blanda se congelase.

No fue a casa con su mujer y sus hijos. Se quedó con Rocco aquella noche también. Con Rocco, Maria; no con una mujer, sino con Rocco Saccone, un hombre. Y durmió como un bendito; sin soñar que caía en pozos negros y sin fondo o que le perseguían serpientes de ojos glaucos.

Ya podía preguntarle Maria por qué no había ido a casa, porque era asunto suyo. *Dio rospo!* ¿Es que tenía que dar explicaciones por todo?

A las cuatro de la tarde siguiente estaba ante la viuda con la factura de sus servicios. La había escrito en papel timbrado de la Pensión Montañas Rocosas. Su ortografía no era muy buena y lo sabía. Así que se había limitado a poner: Por el Trabajo, 40,00 dólares. Y había firmado. La mitad de esta cifra era por los materiales. Sus beneficios netos ascendían a veinte dólares. La viuda ni siquiera miró la factura. Se quitó las gafas de leer, le hizo pasar y le dijo que se sintiera como en su casa. Él le dio las gracias por la estufa. Estaba contento de encontrarse en su casa. Ya no tenía tan congeladas como antes las articulaciones. Sus pies se habían acostumbrado al suelo resplandeciente. Aún no se había sentado en el mullido diván, pero ya se sentía en él. La viuda desestimó la importancia de la estufa con una sonrisa.

—Esa casa era una nevera, Svevo.

Svevo. Le había llamado por el nombre de pila. Se le escapó una carcajada. No había tenido intención de reírse, pero la excitación de que la boca femenina pronunciara su nombre le había puesto muy nervioso. El fuego de la chimenea despedía un calor agradable. Había acercado los zapatos húmedos. Un olor agrio brotaba de ellos. La viuda estaba a sus espaldas,

haciendo no sé qué; no se atrevió a mirar. Volvía a sentir agarrotada la garganta. Aquel dichoso témpano de la boca: era su lengua; y no pensaba moverse. Aquel latido en las sienes que le producía la sensación de que le ardía el pelo: era su cerebro martilleante; y no pensaba transmitirle ninguna palabra. La guapa viuda de los doscientos mil dólares en el banco le había llamado por su nombre de pila. Los troncos de pino del hogar chisporroteaban con alborozo silbante. Se quedó mirando las llamas con una sonrisa inmóvil en los labios mientras trababa y flexionaba las manos, y los huesos le crujían con alegría. No se movió, agarrotado por la preocupación y el placer, torturado por la pérdida de la voz. Al final se las arregló para decir algo.

—Un buen fuego —dijo—. Muy bueno.

No hubo respuesta. Miró por encima del hombro. Ella no estaba allí, pero la oyó avanzar por el pasillo, se volvió y clavó los ojos brillantes de excitación en las llamas. Llegó la mujer con una bandeja con una botella y un par de vasos. Dejó la bandeja en la repisa de la chimenea y sirvió el licor. Bandini vio el relampagueo de los diamantes en los dedos femeninos. Le observó las caderas firmes, el perfil, la curva del feminísimo trasero, la gracia gordezuela del brazo al servir el vino de la botella gorgoteante.

—Tenga, Svevo. No le molestará que le llame así, ¿verdad?

Cogió el hombre el vaso de licor parduzco y se lo quedó mirando, preguntándose qué sería aquella bebida que tenía el color de sus propios ojos, aquella bebida que las mujeres acaudaladas se echaban al colete. Recordó que ella le había dicho algo acerca de su nombre. La sangre le corría a toda velocidad, bombeándole los tórridos y enrojecidos límites de la cara.

—No, no me importa, señora Hildegarde. Llámeme como le plazca.

Le hizo reír aquello y se sintió contento de haber dicho por fin algo gracioso al estilo norteamericano, aunque de un modo totalmente fortuito. El vino era Málaga, el vino español dulce, fuerte y confortante. Lo saboreó con cuidado y acto seguido se lo echó a la garganta con imperturbable energía de campesino. Se relamió y se pasó por los labios los poderosos músculos del antebrazo.

—Por la Virgen que está estupendo.

La mujer le sirvió otro vaso. Él puso las objeciones de rigor, con los ojos saltándosele de placer mientras el vino caía entre risas en el vaso que alargaba.

—Tengo una sorpresa para usted, Svevo.

Fue al escritorio y volvió con un paquete envuelto en papel navideño. Su sonrisa se trocó en mueca de dolor cuando rompió las cintas rojas con los

dedos enjorados y mientras el hombre miraba con excitación sofocante. Abrió el paquete y el papel de dentro se arrugó como si por él correteasen animales pequeños. Eran un par de zapatos. Se los alargó al hombre, un zapato en cada mano, y contempló el jugueteo de las llamas en los enfurecidos ojos del hombre. Svevo no pudo soportarlo. La boca se le curvó en una mueca de escepticismo atormentado por el hecho de que ella supiese que le hacían falta unos zapatos. Se quejó entre gruñidos, se removi6 en el diván, se pasó por el pelo los dedos nudosos, jadeó con una sonrisa forzada y los ojos le desaparecieron tras una nube de lágrimas. De nuevo alzó el antebrazo, se lo pasó por la cara y se enjugó la humedad de los ojos. Tanteó en el bolsillo, sacó un crujiente pañuelo rojo de lunares y se sonó la nariz con una rápida sucesión de bufidos.

—No sea tonto, Svevo —le dijo ella con una sonrisa—. Pensé que le gustaría.

—No —dijo él—. No, señora Hildegarde. Mis zapatos me los compro yo. Se llevó la mano al corazón.

—Usted me da trabajo —añadió—, pero mis cosas me las compro yo.

Sacudió ella la mano, como si se tratase de un sentimiento absurdo. Contemporizaron con el vaso de vino. Apuró el suyo Bandini, se levantó, lo llenó otra vez y volvió a vaciarlo. La mujer se le acercó y le puso la mano en el brazo. Vio él en su cara la sonrisa de comprensión y de nuevo le brotó de los ojos un torrente de lágrimas que le inundó las mejillas. Le irritaba la autocompasión. ¡Que tuviera que verse en situación tan embarazosa! Volvió a sentarse, las manos aferradas a la barbilla, los ojos cerrados. ¡Que aquello le ocurriera a Svevo Bandini!

No obstante, y sin dejar de llorar, se inclinó para desatarse los zapatos viejos y esponjosos. Se descalzó el derecho con estampido de ventosa, dejando a la vista un calcetín gris con agujeros en los dedos, el pulgar rojizo y desnudo. Lo agitó sin saber por qué. La viuda se echó a reír. La diversión femenina fue su curación. Le desapareció la angustia. Se entregó con entusiasmo a la tarea de quitarse el otro zapato. La viuda tomó un sorbo de vino y se quedó mirándolo.

Los zapatos eran de piel de canguro, le dijo ella, eran muy caros. Bandini se los puso y sintió el alivio de su fresca dulzura. ¡Dios del cielo, vaya zapatos! Se los ató y se puso en pie. Ni que hubiera andado descalzo por una alfombra mullida; así de blandos eran aquellos objetos cariñosos que tenía en los pies. Anduvo por la habitación para probarlos.

—Perfectos —dijo—. ¡Y muy buenos, señora Hildegarde!

Y ahora ¿qué? La mujer le dio la espalda y tomó asiento. Bandini fue hasta la chimenea.

—Se los pagaré, señora Hildegarde. Reste de la factura lo que le hayan costado.

Fue una torpeza. En la cara de la mujer se había pintado una expectación y una desilusión que él no alcanzó a desentrañar.

—Los mejores zapatos que he tenido en toda mi vida —dijo, sentándose y estirando las piernas para contemplarlos. La mujer se trasladó al otro extremo del diván. Con voz cansada pidió al hombre que le sirviera otro vaso de vino. Obedeció el hombre y ella lo cogió sin darle las gracias, sin decir nada mientras sorbía el vino, suspirando con crispación apenas perceptible. Bandini intuyó su incomodidad. Tal vez se había quedado en la casa demasiado rato. Se puso en pie. Percibió por encima el sofocante silencio de la mujer. Tenía los dientes apretados, la boca se le había convertido en una raya delgada. Tal vez se encontraba mal y deseaba estar sola. Cogió Bandini los zapatos viejos y se los puso bajo el brazo.

—Me voy, señora Hildegarde.

La mujer miraba las llamas con fijeza.

—Gracias, señora Hildegarde. Si alguna vez tiene otro trabajo que encargarme...

—Naturalmente, Svevo. —La mujer alzó los ojos y sonrió—. Es usted un trabajador magnífico, Svevo. Estoy muy satisfecha.

—Muchas gracias, señora Hildegarde.

¿Y el pago por el trabajo realizado? Cruzó la habitación y titubeó ante la puerta. Ella no se había vuelto para verle marchar. Aferró el pomo con la mano y lo giró.

—Adiós, señora Hildegarde.

La mujer se incorporó de un salto. Un momento. Había una cosa que ella quería preguntarle. El montón de piedras del patio trasero, se habían quedado allí al construir la casa. ¿Querría echarles un vistazo antes de irse? Podría decirle qué hacer con ellas. Bandini fue tras las caderas rellenas por el pasillo y hasta la galería trasera, desde cuya ventana miró las piedras, las dos toneladas de piedras cubiertas de nieve. Meditó un instante e hizo sugerencias: podía hacer muchas cosas con aquellas piedras: construir una acera, levantar un muro de poca altura en torno del jardín, hacer un reloj de sol y bancos de jardín, una fuente, un incinerador. La cara femenina estaba pálida y asustada cuando él se apartó de la ventana y le rozó la barbilla con el

brazo. La mujer se había inclinado sobre el hombro de él, aunque sin tocarle. Bandini se disculpó. Ella sonrió.

—Hablaremos de ello otro día —dijo—. En primavera.

Y no se movió, obstaculizándole el acceso al pasillo.

—Quiero que todas las faenas que necesite me las haga usted, Svevo.

Recorrió al hombre con los ojos hasta detener la mirada en los zapatos nuevos. Volvió a sonreír.

—¿Cómo le quedan?

—Son los mejores que he tenido.

Aún había otra cosa. ¿Le importaba esperar un momento, mientras ella pensaba? Había otra cosa... otra cosa... otra cosa, chascando los dedos y mordiéndose el labio en actitud reflexiva. Volvieron por el estrecho pasillo. La mujer se detuvo ante la primera puerta. Tanteó el pomo con la mano. Había poca luz en el pasillo. La mujer abrió la puerta.

—Mi cuarto —dijo.

Bandini advirtió la vena que latía en el cuello de la mujer. La cara de ésta se había vuelto grisácea y los ojos le brillaron a causa de la inmediata vergüenza. Con la mano adornada de alhajas se ocultó la agitación del cuello. Bandini vio la habitación por encima del hombro femenino, la cama blanca, el tocador, la cómoda. Entró ella en el dormitorio, encendió la luz y describió una circunferencia en el centro de la alfombra.

—Es agradable, ¿no le parece?

Bandini la miraba a ella, no el dormitorio. La miraba y sus ojos iban de ella a la cama y de la cama a ella. La cabeza se le caldeó, deseó disfrutar de la quintaesencia de la escena: la mujer, el dormitorio. La viuda se dirigió al lecho y los labios se le agitaron igual que un nido de serpientes cuando se dejó caer en la cama y se quedó en ella, haciendo con la mano un ademán vacuo.

—Se está muy bien aquí.

Un gesto fortuito, gratuito como el vino. La fragancia del lugar aceleró el ritmo cardíaco del hombre. Los ojos de la mujer ardían y los labios se le entreabrieron con una expresión angustiada que le hizo enseñar los dientes. Bandini no estaba seguro de sí. Se le torció la vista mientras la miraba. No: era imposible que fuera aquélla su intención. Aquella mujer tenía demasiado dinero. Su riqueza obstaculizaba la fantasía. Eran cosas que no pasaban.

La mujer estaba tendida de cara a él, con la cabeza apoyada en el brazo estirado. La vaga sonrisa tenía que resultar dolorosa, porque parecía esbozarse con inquietud y miedo. La garganta del hombre reaccionó con brusca

afluencia de sangre; tragó saliva y desvió la mirada hacia la puerta que daba al pasillo. Mejor olvidar lo que había pensado. Aquella mujer no se interesaba por un hombre pobre.

—Creo que será mejor que me vaya, señora Hildegarde.

—Tonto —dijo ella, sonriendo.

Sonrió Bandini con confusión, fruto del estado caótico de su circulación sanguínea y su cerebro. El aire nocturno lo despejaría todo. Se dio la vuelta y se dirigió por el pasillo hacia la puerta de la calle.

—¡Idiota! —oyó decir a la mujer—. So patán.

Mannaggia! Y tampoco esta vez le había pagado. Los labios se le curvaron en sonrisa despectiva. Que llamara idiota a Svevo Bandini cuantas veces quisiera. La mujer se levantó de la cama para correr a su encuentro con los brazos abiertos para abrazarle. Un segundo después forcejeaba por apartarse. Se deshacía en muecas de alegría frenética cuando retrocedió el hombre con las manos asidas a los jirones de la blusa de la mujer.

Le había desgarrado la blusa igual que Maria le había desgarrado a él la cara. Al recordarlo después, la noche pasada en el dormitorio de la viuda adquiriría para él un valor inmenso. Ningún otro ser vivo alentaba en la mansión, sólo él y la mujer que se le oponía, que chillaba de dolor y éxtasis, que lloraba suplicándole piedad, el llanto una ficción, una demanda de misericordia. El campesino pobre lanzó una carcajada de triunfo. ¡La viuda! Ella y sus ternezas, muelles y adineradas, ella, víctima y esclava de su propia provocación, sollozando con el jubiloso abandono de la derrota, cada jadeo una victoria del hombre. Hubiera podido matarla si hubiera querido, reducir sus gritos a un susurro, pero se levantó y fue a la sala, donde el hogar llameaba con pereza en la veloz oscuridad del invierno, dejándola en la cama con sus lágrimas e hipidos. También ella se acercó a la chimenea y cayó de rodillas ante el hombre, con la cara húmeda de lágrimas, y Bandini le sonrió y volvió a dejarse llevar por la deliciosa tortura que la viuda proponía. Y cuando la dejó sollozando de satisfacción, bajó él por la carretera embargado de una alegría intensa, resultante de creerse el amo del mundo.

Ya estaba. ¿Contárselo a Maria? Era un asunto que sólo concernía a su propia alma. A decir verdad, había hecho un favor a Maria, ella y sus rosarios y oraciones, sus mandamientos e indulgencias. Si ella le hubiera preguntado, le habría mentado. Pero no había preguntado nada. Al igual que un felino, había dado un salto ante las conclusiones escritas en su cara señalada. No cometerás

adulterio. Bah. La culpa había sido de la viuda. Él había sido una víctima de sus manejos.

Ella sí que lo había cometido. Una víctima voluntaria.

Durante la semana de Navidad estuvo todos los días en su casa. Unas veces silbaba al llamar con la aldaba de cabeza de zorro. Otras guardaba silencio. Siempre se abría la puerta al cabo de unos instantes y sus ojos tropezaban con una sonrisa de bienvenida. No se podía librar de la turbación que le atenazaba. Aquella casa era siempre un lugar ajeno a él, emocionante e inalcanzable. Ella le recibía con vestidos azules, con vestidos rojos, amarillos y verdes. Le compraba puros, marca Chancellor, envueltos en papel de regalo. Y los dejaba en la repisa de la chimenea, donde él pudiese verlos; él sabía que eran para él, pero siempre esperaba a que ella le invitase a coger uno.

Citas extrañas. Sin besos ni abrazos. Cuando él entraba, ella le estrechaba la mano con cordialidad. Estaba muy contenta de verle... ¿No le apetecía sentarse un rato? Él le daba las gracias y recorría la sala, camino de la chimenea. Unas palabras a propósito del tiempo; un interrogatorio conciso y discreto a propósito de la salud del hombre. Silencio al enfrascarse ella otra vez en el libro que leía.

Cinco minutos, diez.

Ningún ruido, salvo el frufú de las páginas. La mujer levantaba los ojos y sonreía. Él se quedaba siempre con los codos en las rodillas, el grueso pescuezo embotado, con los ojos fijos en las llamas, pensando en sus cosas: en su casa, sus hijos, la mujer que tenía al lado, su riqueza, su pasado. La mujer volvía a levantar la vista. ¿Por qué no encendía un puro? Eran suyos: podía cogerlos cuando quisiera. Gracias, señora Hildegarde. Y lo encendía, aspiraba de la hoja perfumada, contemplaba el humo blanco que le brotaba de la boca, pensando en sus cosas.

Era de whisky la botella de la mesita, y junto a ella había vasos y tónica. ¿Le apetecía tomar un trago? Él esperaba entonces, los minutos pasaban, las páginas pasaban, hasta que la mujer volvía a mirarle con una sonrisa que era una muestra de cortesía para darle constancia de que se acordaba de que el hombre estaba allí.

—¿No quiere tomar nada, Svevo?

Excusas, el removerse en el asiento del hombre, la decapitación de la ceniza del puro, el estirón del cuello. No, gracias, señora Hildegarde: él no era lo que se dice un bebedor. De vez en cuando, sí. Pero hoy no. Ella le escuchaba con sonrisa servicial, observándole por encima de las gafas de leer, sin escucharle en realidad.

—Si le apetece, no lo dude.

Pero al cabo se sirvió un vaso pequeño hasta arriba, que vació con gesto profesional. El estómago lo recibió como si fuera éter, secándolo y creándole la necesidad de seguir ingiriéndolo. El hielo se había roto. Se sirvió otro y otro; whisky caro de una botella de Escocia, cuarenta centavos la ración en los Billares Imperial. Pero siempre había un pequeño preámbulo de inquietud, un silbido en las tinieblas, antes de servirse; algún carraspeo, o bien se frotaba él las manos y se levantaba para que ella supiera que iba a tomar otro trago, o bien tarareaba una melodía sin forma ni título. Después, todo era sencillo, el licor le liberaba y se lo zampaba sin ningún empacho. El whisky era para él, como los puros. Cuando se iba, la botella estaba vacía, y cuando volvía, estaba otra vez llena.

Siempre era lo mismo, la espera de las sombras de la noche, la viuda leyendo y él fumando y bebiendo. No podía durar. Nochebuena y se acabaría todo. Había algo en la ocasión y la temporada —la Navidad inminente, el año que moría— que le indicaba que no iba a durar más que unos días, y para él que ella también estaba al tanto.

Se bajaba la colina y en la otra punta del pueblo estaba su familia, su mujer y sus hijos. La Navidad era para estar con la mujer y los hijos. Cuando se fuera, sería para no volver. Y lo haría con los bolsillos llenos de dinero. Mientras tanto, le gustaba estar allí. Le gustaba el buen whisky, los puros aromáticos. Le gustaba aquella sala tan comfortable y la mujer rica que la habitaba. No estaba ella muy lejos, leyendo el libro, y al cabo de muy poco se dirigiría al dormitorio y él iría tras ella. Jadearía y sollozaría y él se iría al anochecer, el triunfo espoleándole las piernas. Lo que más le gustaba era el momento de marcharse. Aquel brote de entusiasmo, aquel oscuro patriotismo que le cuchicheaba que no había en la tierra quien pudiese compararse a los italianos, aquella refocilación en sus orígenes campesinos. La viuda tenía dinero, eso era indudable. Pero ella se quedaba mordiendo el polvo y por Cristo crucificado que Bandini era mejor que ella.

Habría ido a casa todas aquellas noches de haber tenido la sensación de que se había acabado todo. Pero no había tiempo para pensar en la familia. Unos días más y las preocupaciones comenzarían otra vez. Pues a pasar aquellos días en un mundo diferente del suyo. No lo sabía nadie, salvo su amigo Rocco Saccone.

Rocco estaba contento por él, le prestaba camisas y corbatas, dejaba a su disposición todo su amplio surtido de trajes. Acostado en la oscuridad antes de conciliar el sueño, esperaba a que Bandini le contase las anécdotas del día.

Cuando hablaban de otros asuntos lo hacían en inglés, pero de la viuda siempre en italiano, entre susurros íntimos.

—Quiere casarse conmigo —le decía Bandini—. Se puso de rodillas y me suplicó que me divorciara de Maria.

—¡No me digas! —respondía Rocco.

—Y no sólo eso, me ha prometido además cien mil dólares.

—¿Y qué le dijiste?

—Me lo estoy pensando —mentía.

Rocco abrió la boca, se agitó en la oscuridad.

—¡Pensando! *Sangue della madonna!* ¿Has perdido el juicio? ¡Acéptalos! ¡Quédate con cincuenta mil! ¡Con diez mil! Acepta lo que sea..., ¡no importa, hazlo gratis!

No, le decía Bandini, aquella propuesta era inviable.

Cien billetes le solucionarían casi todos los problemas, pero Rocco parecía olvidar que había allí una cuestión de honor y Bandini no tenía ningunas ganas de deshonorar a su mujer y a sus hijos por el vil metal. Rocco gruñía, se tiraba del pelo, murmuraba maldiciones.

—¡Burro! —exclamaba—. Ah, *Dio*, ¡qué burro eres!

Bandini estaba asombrado. ¿Quería decirle Rocco que él vendería en serio su honor por dinero, por cien mil dólares? Rocco, exasperado, dio un manotazo al interruptor de la luz que había sobre la cama. Y se incorporó, con la faz lívida, los ojos saltones, con las manazas rojas aferradas al cuello de su ropa interior invernal.

—¿Quieres saber si yo vendería mi honor por cien mil dólares? —le preguntó—. ¡Mira, mira! —Imprimió un tirón al brazo y la ropa interior se le abrió y desgarró, y los botones saltaron y se esparcieron por el suelo. Empezó a darse puñetazos en el pecho desnudo, a la altura del corazón—. No sólo vendería mi honor —exclamó a voz en cuello—. ¡Me vendería entero, en cuerpo y alma, aunque sólo fuese por mil quinientos dólares!

Fue aquella la noche en que Rocco le pidió a Bandini que le presentase a la viuda Hildegarde. Bandini cabeceó dubitativo.

—No la comprenderías, Rocco. Es una mujer muy culta, con título universitario.

—¡Venga, venga! —dijo Rocco con indignación—. ¿Quién coño te crees que eres tú?

Bandini le contó que la viuda Hildegarde leía un libro tras otro, mientras que Rocco ni siquiera sabía leer y escribir en inglés. Más aún, hablaba el

inglés muy mal. Lo único que haría su intromisión sería perjudicar a los demás italianos.

Rocco esbozó una sonrisa burlona.

—¿Y qué? —dijo—. Hay otras cosas, aparte de leer y escribir. —Cruzó la habitación hasta llegar ante el ropero, que abrió de un tirón—. ¡Leer y escribir! —dijo en tono despectivo—. ¿Qué has sacado tú con ello? ¿Tienes tantos trajes como yo, acaso? ¿Y tantas corbatas? Tengo más ropa que el rector de la Universidad de Colorado; ya me dirás para qué le sirve a él saber leer y escribir.

Le divertía que Rocco razonara de aquella manera, pero en el fondo pensaba que tenía razón. Albañiles y rectores universitarios, todos eran iguales. Todo radicaba en el dónde y el porqué.

—Le hablaré a la viuda de ti —le prometió—. Pero a ella no le interesa la ropa de los hombres. *Dio cane!*, es que es precisamente lo contrario.

Rocco asintió con sabiduría.

—Entonces no tengo por qué preocuparme.

Sus últimas horas con la viuda fueron igual que las primeras. Hola y adiós, y lo mismo de siempre. Eran extraños entre sí, lo único que salvaba el abismo de sus diferencias era la pasión y no hubo pasión aquella tarde.

—Mi amigo Rocco Saccone —le dijo Bandini— también es un buen albañil.

Bajó ella el libro y le miró por encima de las gafas de lectura con montura de oro.

—Estupendo —murmuró.

Bandini jugueteó con el vaso de whisky.

—Es un hombre bueno, en todos los sentidos.

—Estupendo —repitió ella. Siguió leyendo durante cinco minutos. Tal vez no debería haberle dicho él aquello. La palpable insinuación que había habido en sus palabras le asustó.

Caviló a propósito del embrollo en que se había metido, sudando a causa del esfuerzo, y con una sonrisa absurda inmovilizada entre las angustiosas convulsiones del rostro. Más silencio. Bandini miró por la ventana. La noche comenzaba a caer, extendiendo alfombras sombrías sobre la nieve. Se acercaba la hora de marcharse.

Era triste y decepcionante. Si entre él y aquella mujer hubiera algo más que aquel instinto... Si por lo menos pudiese correr el velo que le ponía delante el hecho de que ella fuese rica... Entonces hablaría con ella como con cualquier mujer. Era ella quien le volvía un imbécil. *Jesu Christi!* Él no era un

idiota. Sabía hablar. Tenía una cabeza que pensaba y que tenía que resolver problemas mayores que los de ella. Los libros ya eran otra cuestión. En su vida apaleada y llena de preocupaciones no había habido tiempo para los libros. Pero había leído en el libro de la vida mejor que ella. Y podía hablar de un sinfín de cosas.

Mientras la miraba por última vez, según sus cálculos, se dio cuenta de que no tenía miedo de aquella mujer. De que nunca le había tenido miedo, de que era ella quien le temía a él. La verdad le irritó, el espíritu se le rebeló al pensar en la prostitución a que había sometido su carne. Ella no levantaba la vista del libro. Ella no veía la soberbia obsesiva que se le dibujaba en un lado del rostro. De súbito se sintió contento de que todo fuera a acabarse. Se levantó sin prisas y se dirigió a la ventana.

—Ya oscurece —dijo—. Muy pronto me iré para no volver más.

El libro descendió al instante.

—¿Decía usted algo, Svevo?

—Que muy pronto me iré para no volver más.

—Bueno, ha sido delicioso, ¿no le parece?

—Usted no entiende nada —dijo él—. Nada.

—¿Qué quiere decir?

Él no lo sabía. Creía saberlo, pero se le escapaba. Abrió la boca para decir algo, extendió las manos abiertas.

—Una mujer como usted...

No supo decir más. Si seguía hablando, le saldría de manera torpe y brusca, y estropearía lo que en realidad quería decir. Se encogió de hombros con resignación.

Déjalo correr, Bandini; olvídalo.

La mujer se alegró de ver que el hombre volvía a sentarse, le sonrió satisfecha y volvió al libro. Él la miró con resentimiento. Aquella mujer no pertenecía a la especie humana. Era muy fría, un parásito de su vitalidad. Le ofendían sus buenos modales: todo era una patraña. La despreció a conciencia y con placer, maldijo su buena crianza. Ahora que ya se había acabado todo y él iba a marcharse, podía ella hacer un esfuerzo y dejar el libro para hablar con él. Es posible que no tuviesen nada importante que decirse, pero él quería intentarlo, mientras que ella no.

—Que no me olvide de pagarle —dijo la mujer.

Cien dólares. Bandini los contó y se los guardó en el bolsillo trasero.

—¿Es suficiente? —preguntó ella.

Bandini sonrió.

—Si no me hiciese falta este dinero, ni con un millón de dólares me conformaría.

—O sea que quiere más. ¿Doscientos?

Mejor no discutir. Mejor irse y que se acabara para siempre, sin rencores. Metió las manos en las mangas del chaquetón y masticó la punta del puro.

—Vendrá a visitarme, ¿verdad?

—Claro que sí, señora Hildegarde.

Pero estaba convencido de que no volvería nunca más.

—Adiós, señor Bandini.

—Adiós, señora Hildegarde.

—Felices Pascuas.

—Igualmente, señora Hildegarde.

Adiós y hola otra vez en menos de una hora.

La viuda abrió la puerta al oír su llamada y vio el pañuelo moteado cubriéndole todo salvo los ojos inyectados en sangre. Contuvo el aliento con horror.

—¡Dios Santo!

Bandini se sacudió a patadas la nieve de los pies y se frotó la pechera del chaquetón con la mano. La mujer no veía el placer amargo que había en la sonrisa que ocultaba el pañuelo ni oía las amordazadas maldiciones en italiano. Alguien tenía la culpa de aquello y ese alguien no era Svevo Bandini. Sus ojos la acusaron nada más entrar, la nieve de sus zapatos se derretía y formaba una mancha en la alfombra.

La mujer retrocedió hasta la librería, observándole, sin poder hablar. El calor de la chimenea le mordisqueó el rostro. Con un gruñido de furia corrió hacia el cuarto de baño. Ella le siguió y se quedó junto a la puerta abierta mientras Bandini se echaba agua fría con las manos. Al oír sus jadeos, un sentimiento de lástima comenzó a dibujarse en el rostro. Bandini se miró al espejo, vio su imagen contorsionada y llena de arañazos, sintió asco de sí mismo y cabeceó de derecha a izquierda, con furiosos movimientos de negación.

—¡Ay, pobre Svevo!

¿Qué era aquello? ¿Qué había pasado?

—¿Qué cree usted?

—¿Su esposa?

Se puso unguento en las heridas.

—¡Pero eso es imposible!

—Bah.

La mujer se envaró, alzó la barbilla con soberbia.

—Le digo que es imposible. ¿Quién puede habérselo dicho?

—¿Y cómo quiere que yo lo sepa?

Encontró un botiquín en el armario y se puso a hacer tiras pequeñas con la gasa y el esparadrapo. El esparadrapo era resistente. Se deshizo en un torbellino de maldiciones al comprobar la obstinación de la cinta y la rompió contra la rodilla con tal violencia que retrocedió tambaleándose hacia la bañera. En son de triunfo, se puso ante los ojos la tira de esparadrapo y le dirigió una sonrisa de desprecio.

—¡Conmigo no valen las chulerías! —dijo al esparadrapo.

La mujer hizo ademán de ayudarlo.

—No —gruñó él—. Ningún esparadrapo puede derrotar a Svevo Bandini.

La mujer se alejó. Al volver, Bandini se estaba poniendo la gasa y el esparadrapo. Cuatro tiras largas en ambas mejillas que le iban de la barbilla a los ojos. Al verla, se sobresaltó. Se había vestido para salir: abrigo de piel, bufanda azul, sombrero y chanclos. La serena elegancia de su encanto, la adinerada sencillez del pequeño sombrero ladeado con garbo, la vistosa bufanda de lana que brotaba del exuberante cuello del abrigo, los chanclos grises de bonitas hebillas y los largos guantes grises de conducir, daban una imagen cabal de lo que era: una mujer rica que afirmaba su diferencia de un modo sutil. Bandini estaba impresionado.

—La puerta del final del pasillo corresponde a un cuarto de invitados —dijo ella—. Puede quedarse. Volveré a eso de medianoche.

—¿Va a algún sitio?

—Es Nochebuena. —Lo dijo como si, de haber sido otra fecha, se hubiera quedado en casa.

Se fue, el ruido del coche que bajaba en punto muerto por la carretera de montaña. Un impulso extraño se apoderó de él. Estaba solo en la casa, totalmente solo. Fue al dormitorio de la mujer y se puso a revolver sus pertenencias. Abrió cajones, inspeccionó cartas antiguas y papeles. Levantó el tapón de todos los frascos de perfume que había en el tocador, los olió y los puso exactamente donde estaban antes. Era un deseo que hacía tiempo experimentaba, y que ahora que estaba solo era incapaz de dominar, un deseo de tocar, de oler, de acariciar e inspeccionar a placer todo cuanto pertenecía a la viuda. Acarició su ropa interior, apretó con ambas manos sus frías alhajas. Abrió los incitantes cajoncitos del escritorio, observó las estilográficas y los

lápices, los frascos y cajitas que allí había. Husmeó en los estantes, revolvió baúles, sacó una prenda tras otra, todas las chucherías, todas las joyas, todos los recuerdos, y los inspeccionó con particular cuidado, los evaluó y los dejó en el sitio de donde los había cogido. ¿Era un ladrón en busca de botín? ¿Quería descubrir el secreto del pasado de aquella mujer? No, decididamente no. Tenía ante sí un mundo nuevo y quería conocerlo totalmente. Nada más.

Eran las once pasadas cuando se hundió en la mullida cama de la habitación de los invitados. He ahí una cama como no habían conocido jamás sus huesos. Se le antojó que se hundía a kilómetros de profundidad hasta alcanzar el dulce fondo. Sintió en el cuello el peso cálido y suave de los edredones de raso. Lanzó un suspiro que pareció un sollozo. Por fin habría paz aquella noche. Habló consigo mismo, con calma, en su idioma natal.

—Todo saldrá bien; dentro de unos días, todo se habrá olvidado. Ella me necesita. Mis hijos me necesitan. Se le pasará en unos cuantos días.

Oyó a lo lejos el repicar de las campanas, la llamada a la Misa del Gallo que se celebraba en la iglesia del Sagrado Corazón. Se incorporó apoyándose en el codo y escuchó. La madrugada del día de Navidad. Vio a su mujer en misa, arrodillada, a sus tres hijos desfilando en procesión devota hasta el altar mayor, mientras el coro cantaba «Adeste fideles». Su mujer, su conmovedora Maria. Aquella noche llevaría el sombrero viejo y estropeado, tan antiguo como su matrimonio, y rehecho todos los años para acomodarse al máximo a los nuevos estilos. Sabía él que aquella noche —no, en aquel mismo instante— ella estaría postrada sobre sus rodillas deshechas y rezando con labios trémulos por él y por sus hijos. ¡Oh, estrella de Belén! ¡Oh, natividad del Niño Jesús!

Vio por la ventana los errabundos copos de nieve, Svevo Bandini en la cama de otra mujer mientras su mujer rezaba por su alma inmortal. Permaneció de espaldas, tragándose las lágrimas como puños que le corrían por la cara vendada. Al día siguiente volvería a casa. Tenía que hacerlo. Pediría perdón y paz de rodillas. De rodillas, cuando los hijos se hubieran marchado y su mujer estuviese sola. No lo haría nunca en presencia de los chicos. Se reirían y lo estropearían todo.

A la mañana siguiente, una mirada al espejo echó por tierra la resolución. Ante sí tenía la imagen nauseabunda de su faz destrozada, ahora amoratada e hinchada, con borlas negras bajo los ojos. No podría ver a nadie con aquellas cicatrices delatorias. Sus propios hijos se horrorizarían. Gruñendo y maldiciendo, se dejó caer en un sillón y se tiró del pelo. *Jesu Christi!* No se atrevía ni a salir a la calle. Nadie, al verle, dejaría de leer el idioma de la

violencia grabado a fuego en sus facciones. Por más mentiras que contase — que había resbalado en el hielo, que se había peleado con un hombre durante una partida de cartas—, no cabría la menor duda de que la responsable de las heridas de su cara había sido una mano de mujer.

Se vistió, pasó de puntillas ante la puerta cerrada de la habitación de la viuda y entró en la cocina, donde tomó pan con mantequilla y café solo. Volvió a su habitación después de lavar los platos. Se vio reflejado en el espejo de la cómoda por el rabillo del ojo. El reflejo le enfureció tanto que apretó los puños y tuvo que contenerse para no romper el espejo. Se dejó caer en la cama gimiendo y maldiciendo, cabeceando con furia al darse cuenta de que transcurriría una semana hasta que se le cerrasen las heridas, se le bajara la hinchazón y tuviese la cara lista para afrontar la mirada de la sociedad humana.

Día de Navidad nublado. Había cesado de nevar. Se quedó escuchando el goteo de los témpanos que se derretían. A eso de las doce oyó los golpecitos cautos de los nudillos de la viuda en la puerta. Sabía que era ella, y sin embargo saltó de la cama como un criminal perseguido por la policía.

—¿Está usted ahí? —preguntó la mujer.

El hombre no se atrevía a enfrentarse con ella.

—¡Un momento! —dijo.

Abrió con rapidez el primer cajón de la cómoda, sacó una toalla de manos y se rodeó la cara con ella, cubriéndoselo todo menos los ojos. Sólo entonces abrió la puerta. Si le asustó su aspecto, no lo manifestó. Llevaba el pelo recogido por una redecilla muy fina, el cuerpo gordezuelo enfundado en una bata rosa de volantes.

—Feliz Navidad —le dijo sonriendo.

—La cara —dijo él, excusándose, y señalándosela—. La toalla me la mantiene caliente. Así se pondrá mejor más aprisa.

—¿Ha dormido bien?

—Es la mejor cama que he probado en mi vida. Una cama estupenda, muy blanda.

Entró ella en la habitación y tomó asiento en el borde del lecho, dando pequeños botes para probarlo.

—Vaya —dijo—. Es más blanda que la mía.

—Sí, es una cama muy buena, excelente.

La mujer titubeó y a continuación se puso en pie. Le miró fijamente a los ojos.

—Usted sabe que en esta casa es bien recibido —le dijo—. Espero que se quede.

¿Qué debía decir él? Permaneció en silencio, buscando una respuesta, hasta que dio con la más indicada.

—Le pagaré la cama y la comida —dijo—. Le pagaré lo que usted pida.

—¡Vaya ocurrencia! —exclamó la mujer—. ¡Ni se atreva a sugerir tal cosa! Es usted mi invitado. Esto no es una pensión, es mi casa.

—Es usted una mujer buena, señora Hildegarde. Una mujer extraordinaria.

—¡Tonterías!

De todos modos, él tenía intención de pagarle. Dos o tres días, hasta que la cara se le pusiese bien... Dos dólares diarios... Lo otro, nunca más.

Quedaba algo, no obstante:

—Tendremos que tener mucho cuidado —dijo la mujer—. Ya sabe usted que a la gente le gusta murmurar.

—Sí, lo sé, lo sé —dijo Bandini.

Quedaba otra cosa aún. Metió ella los dedos en el bolsillo de la bata. Sacó una llave con una cadenita de abalorios.

—Es la llave de la puerta trasera —dijo.

La depositó en la palma masculina y el hombre la observó, haciendo como que era un objeto de lo más extraordinario, aunque no era más que una llave que al cabo del rato se guardó en el bolsillo.

Más inconvenientes:

Esperaba que a él no le importase, pero era Navidad e iba a recibir visitas por la tarde. Regalos navideños y cosas así.

—Creo que lo mejor sería...

—Claro —dijo él, interrumpiéndola—. Lo comprendo.

—No hay prisa. Dentro de una hora más o menos.

Se marchó entonces. Bandini se apartó la toalla de la cara, se sentó en el lecho y se frotó la nuca con crispación. Volvió a fijarse en la imagen espantosa que le devolvía el espejo. *Dio Christo!* Si parecía estar peor que antes. ¿Qué haría ahora?

De pronto se vio desde otra perspectiva. Le sublevó la estupidez de la situación. ¿Qué clase de asno era él, que se dejaba tirar del cabestro porque iba a ir gente a la casa? Él no era ningún delincuente; era un hombre, un hombre honrado además. Tenía un oficio. Estaba afiliado al sindicato. Era un ciudadano norteamericano. Era un padre de familia, con hijos. Su casa no estaba muy lejos; es posible que aún no fuera suya, pero era su casa, el techo

que le cobijaba. ¿Qué le había sucedido para que tuviera que escabullirse y esconderse como un asesino? Había obrado mal —*certamente*—, pero ¿había algún hombre en la tierra que no hubiera obrado mal?

Su cara, ¡bah!

Se plantó ante el espejo y sonrió con mueca de desdén. Se quitó las vendas una tras otra. Había cosas más importantes que su cara. Además, en unos días volvería a estar como un reloj. No era ningún cobarde; era Svevo Bandini; por encima de todo, un hombre, un hombre bragado. Y como un hombre, se pondría delante de Maria y le pediría perdón. No suplicaría. No rogaría. Perdóname, le diría. Perdóname. Me he portado mal. No volverá a ocurrir.

La determinación le produjo un escalofrío satisfactorio que le recorrió por entero. Cogió el chaquetón, se caló el sombrero hasta los ojos y salió tranquilamente de la casa sin decir una palabra a la viuda.

¡Navidad! Abrió el pecho al día, tragando profundas bocanadas de aire. ¡Menuda Navidad iba a ser! Era fabuloso tener valor suficiente para poner en práctica las propias convicciones. ¡La gloria de ser un hombre bragado y de honor! Al llegar a la primera calle del pueblo, vio a una mujer con sombrero rojo que se le acercaba. Había llegado la hora de poner a prueba la cara. Echó los hombros atrás, alzó la barbilla. Comprobó con alegría que la mujer ni siquiera le miraba tras echarle un rápido vistazo. Silbó «Adeste fideles» el resto del camino.

¡Aquí estoy, Maria!

No se había quitado la nieve del camino de entrada.

O sea que los críos habían estado haciendo el vago en su ausencia. Bueno, aquello se iba a terminar inmediatamente. A partir de aquel momento, las cosas iban a ser muy distintas. No sólo él, la familia entera iba a emprender una vida nueva a partir de aquel día.

Era extraño, pero la puerta principal estaba cerrada con llave y se habían corrido las cortinas. Bueno, no era tan extraño: recordó que el día de Navidad celebraban cinco misas en la iglesia, la última a mediodía. Los chicos estarían en la iglesia. Maria, sin embargo, siempre iba a la Misa del Gallo de Nochebuena. Tenía que estar en casa, pues. Llamó en vano a la puerta. Rodeó la casa, fue a la puerta trasera y comprobó que también estaba cerrada con llave. Miró por la ventana de la cocina. Una columna de humo que surgía de la tetera, que estaba sobre la estufa, le informó inequívocamente que había alguien en la casa. Volvió a llamar, esta vez con ambos puños. No hubo respuesta.

—Qué leches pasará —murmuró, y siguió rodeando la casa hasta llegar a la ventana de su dormitorio. Aunque se había echado la persiana, la ventana estaba abierta. Tabaleó en ella con las uñas y la llamó por su nombre.

—Maria. Vamos, Maria.

—¿Quién es? —La voz parecía soñolienta y cansada.

—Soy yo, Maria. Abre.

—¿Qué quieres?

Oyó que se levantaba de la cama, y el ruido de una silla, como si hubiese tropezado en la oscuridad. Se abrió un boquete en el lado de la persiana y vio la cara femenina, abotargada de sueño, los ojos vacilantes y en retroceso ante la nieve blanca y cegadora. Bandini se atragantó, emitió una risa breve de alegría y miedo.

—Maria...

—Largo —dijo ella—. No quiero verte.

—Pero, Maria. ¡Escucha!

La voz femenina sonó tensa y crispada.

—No quiero estar cerca de ti. Vete. No soporto tu presencia.

Bandini puso las manos en la celosía y la empujó con la cabeza, en actitud de súplica.

—Maria, por favor. Tengo que decirte una cosa. Abre la puerta, Maria, déjame hablar.

—¡Dios mío! —exclamó la mujer—. ¡Vete, vete! ¡Te odio, te odio!

Algo se estrelló con ruido en la celosía, apartó la cabeza de modo instintivo, el desgarrón de la tela metálica tan cerca de su oreja que creyó que lo habían alcanzado. Oyó dentro los sollozos e hipidos de Maria. Se echó atrás y observó la persiana y la celosía rota. Hundidas hasta el mango en ésta, había unas tijeras largas. Sudaba por todos los poros al volver a la calle y el corazón le latía como una maza. Al meter la mano en el bolsillo para sacar el pañuelo, sus dedos rozaron algo frío y metálico. Era la llave que le había dado la viuda.

De acuerdo. Sea, pues.

Terminaron las vacaciones navideñas y el 6 de enero se volvió a abrir la escuela. Habían sido unas vacaciones desastrosas, llenas de peleas y tristeza. Dos horas antes de que sonara el primer timbrazo, August y Federico estaban sentados en las escaleras de la entrada de Santa Catalina, en espera de que abriese el bedel. No estaba bien pregonarlo a los cuatro vientos, pero estar en el colegio era mucho mejor que estar en casa.

No pensaba Arturo lo mismo.

Cualquier cosa antes que afrontar otra vez a Rosa. Salió de casa minutos antes de que comenzaran las clases, andando despacio y deseoso de llegar tarde para que no hubiera ninguna oportunidad de encontrársela en el vestíbulo. Llegó quince minutos después de sonar el timbre y subió las escaleras casi a rastras, como si se le hubieran roto las dos piernas. Su actitud se metamorfoseó en el instante en que tocó el pomo de la puerta del aula. Despierto y alerta, jadeando como si acabase de correr de lo lindo, giró el pomo, se introdujo en el interior como una flecha y corrió de puntillas hacia el asiento.

La hermana Mary Celia estaba a la pizarra, en el extremo opuesto al pupitre de Rosa. Arturo se alegró, porque aquello le evitaba un encuentro casual con los dulces ojos de Rosa. La hermana Celia explicaba cómo se calculaba el área de un triángulo rectángulo, y no sin violencia, rompiendo la tiza mientras dibujaba con furia figuras grandes e imponentes en la pizarra, repartía la atención visual entre la pizarra y Arturo con el ojo de vidrio más destellante que nunca. Recordó el muchacho el rumor que corría entre los compañeros a propósito de aquel ojo: que, por la noche, cuando la monja dormía y el ojo descansaba en la cómoda, el ojo se ponía más brillante si había ladrones cerca. La monja acabó de dibujar en la pizarra y se sacudió las manos para limpiárselas de tiza.

—Bandini —dijo—. Has empezado el año nuevo con una asombrosa fidelidad a tus antiguas costumbres. Justifica tu proceder, por favor.

Arturo se puso en pie.

—Esto se pone divertido —murmuró alguien.

—Fui a la iglesia a rezar el rosario —dijo Arturo—. Quería pedir a la Santísima Virgen que me concediera un año bueno.

Un argumento así era siempre incontestable.

—Chorradas —murmuró alguien.

—Quiero creerte —dijo la hermana Celia—. Aunque me cuesta. Siéntate.

Se recostó sobre el pupitre, tapándose el lado izquierdo de la cara con las dos manos. Los análisis geométricos continuaron con monotonía. Abrió el libro de texto sin dejar de taparse la cara con las manos. Pero tenía que verla. Abrió los dedos y miró por el resquicio. Entonces se puso recto.

El pupitre de Rosa estaba vacío. Arturo miró a su alrededor. La joven no estaba en el aula. Rosa no estaba en la escuela. Durante diez minutos se esforzó por serenarse y sentirse contento. Entonces vio a la rubia Gertie Williams al otro lado del pasillo. Gertie y Rosa eran amigas.

Psssssst, Gertie.

La chica volvió la cabeza.

—Oye, Gertie, ¿dónde está Rosa?

—No ha venido.

—Ya lo sé, imbécil. ¿Dónde está?

—No lo sé. En su casa, supongo.

Odiaba a Gertie. Siempre le había caído gorda, igual que aquella mandíbula suya, puntiaguda y pálida, que no hacía más que moverse de tanto masticar chicle. Siempre sacaba notable en los exámenes porque Rosa la ayudaba. Gertie era tan transparente que se le podía ver la nuca a través de los ojos pálidos y comprobar así que entre ambos extremos no había nada, nada en absoluto salvo ganas de estar con chicos, aunque no con chicos como él, porque él era de los de uñas sucias, porque Gertie tenía un aire distante que hacía que él advirtiese su desdén.

—¿La has visto últimamente?

—Últimamente no.

—¿Cuándo la viste por última vez?

—Hace ya bastante.

—¿Cuándo, so gilipollas?

—El día de Año Nuevo —dijo Gertie con sonrisa de desprecio.

—¿Se marcha? ¿Cambia de colegio?

—Creo que no.

—¿Cómo puedes ser tan ceporra?

—¿Es que no te gusta?

—¿Tú qué crees?

—Entonces no me dirijas la palabra, Arturo Bandini, porque yo no tengo ningunas ganas de hablar contigo.

Mierda. Ya se le había estropeado el día. Durante todos aquellos años él y Rosa habían estado en la misma clase. Llevaba dos enamorado de ella; día tras día, durante siete años y medio, Rosa había estado en el mismo recinto que él y ahora su pupitre estaba vacío. Lo único que le importaba en el mundo, casi tanto como el béisbol, y había desaparecido, sólo aire enrarecido alrededor del lugar que antaño adornaba su cabellera negra. Sólo aire y un pequeño pupitre rojo con una fina capa de polvo encima.

La voz de la hermana Mary Celia se volvió áspera y odiosa. La clase de geometría engarzó con la de lengua. Sacó el Anuario Spalding de Béisbol y analizó la media de golpes y pelotas recogidas por Wally Ames, tercer base de los Mud Hens de Toledo, de la Federación Norteamericana.

Agnes Hobson, aquella enana chiflada, pelotillera y falsa que tenía los saltones incisivos envueltos en hilo de cobre, leía en voz alta *La dama del lago*, de Walter Scott.

Jo, vaya peñazo. Para combatir el aburrimiento, calculó la media de Wally Ames a lo largo de toda su actividad profesional y la comparó con la de Nick Cullop, incontenible quebrantabarreras de los Crackers de Atlanta, de la Federación Meridional. La media de Cullop, después de una hora de abstrusas operaciones matemáticas que llenaron cinco cuartillas, estaba cinco puntos por encima de la de Wally Ames.

Suspiró de placer. Había en aquel nombre —Nick Cullop— algo que le hacía pensar en trompazos y batacazos y que le gustaba más que el prosaico Wally Ames. Acabó por detestar a Ames y por especular sobre Cullop, sobre su aspecto, sobre sus temas de conversación, sobre lo que haría si Arturo le pidiese un autógrafo por carta. El día terminaba. Le dolía el culo y los ojos se le humedecían a causa del sueño. Bostezaba y sonreía con desprecio y sin excepción ante todo lo que explicaba la hermana Celia. Pasó la tarde lamentando con amargura las cosas que no había hecho, las tentaciones a que se había resistido durante las vacaciones que ya habían pasado y acabado para siempre.

Días intensos, días tristes.

Fue puntual a la mañana siguiente, y calculó la velocidad para que el instante de poner el pie en el umbral coincidiese con el del timbrazo. Subió corriendo las escaleras y se puso a mirar hacia el pupitre de Rosa antes de verlo tras el tabique del guardarropa. El pupitre estaba vacío. La hermana Mary Celia pasaba lista.

Payne. Presente.

Penigle. Presente.

Pinelli.

Silencio.

Vio que la monja ponía una X en la lista. La guardó en el cajón del escritorio y llamó al orden a la clase para rezar las oraciones matutinas. La ordinalía había empezado otra vez.

—Sacad el libro de geometría.

Anda y que te zurzan, dijo Arturo para sí.

Psssst, Gertie.

—¿Has visto a Rosa?

—No.

—¿Está en el pueblo?

—No lo sé.

—Es amiga tuya. ¿Por qué no lo averiguas?

—Puede que sí. Y puede que no.

—Buena chica.

—¿Te gusta mejor así?

—Lo que me gustaría es hacerte tragar el chicle de un puñetazo.

—¡Atrévete, chulo, más que chulo!

A mediodía se dejó caer por el campo de béisbol. No nevaba desde Navidad. El sol pegaba con fuerza, manchaba el cielo de amarillo iracundo, vengándose así de un mundo montañoso que en su ausencia se había quedado dormido y congelado. Bloques de nieve se desplomaban de los álamos desnudos que rodeaban el campo y daban en tierra, donde aún sobrevivían lo que la boca amarilla del cielo tardaba en enviarlos a la región del olvido a lengüetadas. La tierra rezumaba vapor, un vaho neblinoso que manaba de la tierra y se perdía entre esguinces y requiebros. Hacia el oeste, las nubes tormentosas se retiraban con ruidoso galope, renunciando al asalto de las montañas, cuyos picos poderosos e inocentes estiraban los puntiagudos labios hacia el sol en señal de agradecimiento.

Un día cálido, pero demasiado húmedo para jugar a béisbol. Hundió los pies en el barro negro y silbante que rodeaba la zona del *pitcher*. Mañana, tal vez. O pasado. Pero ¿dónde estaba Rosa? Se apoyó en uno de los álamos. Aquél era el territorio de Rosa. Aquél era el árbol de Rosa. Porque lo has mirado, porque tal vez lo hayas tocado. Y aquéllas son las montañas de Rosa, que acaso esté mirando en estos instantes.

Pasó ante su casa, por la acera de enfrente, al salir del colegio. Wiggins el Rumiante, que repartía el *Denver Post*, se acercaba con la bicicleta, arrojando

vespertinos hacia todos los soportales con indiferencia absoluta. Arturo le silbó y se puso a su altura.

—¿Conoces a Rosa Pinelli?

El Rumiante escupió un chorro de saliva atabacada sobre la nieve.

—¿Te refieres a la chavala italiana que vive tres casas más abajo? Pues claro que la conozco, ¿por qué?

—¿La has visto últimamente?

—No.

—¿Cuándo la viste por última vez, Rumiante?

El Rumiante se inclinó sobre el manillar, se limpió el sudor de la cara, volvió a escupir un chorro de saliva atabacada y se entregó a una concienzuda comprobación mental. Arturo aguardó con paciencia, deseoso de oír una buena noticia.

—La última vez que la vi fue hace tres años —dijo por fin el Rumiante—. ¿Por qué?

—Por nada —dijo Arturo—. Olvídalo.

¡Hacía tres años! Y el muy capullo lo había dicho como si tal cosa.

Días intensos, días tristes.

En casa reinaba el caos. Al volver de la escuela, encontraron las puertas abiertas y la casa a merced del atardecer frío. Las estufas estaban apagadas y con el brasero rebosante de ceniza. ¿Dónde está mamá? Y se pusieron a buscarla. Nunca se alejaba mucho, a veces hasta el antiguo establo de piedra del pastizal, donde se sentaba en una caja o se apoyaba en la pared, los labios en movimiento continuo. Una vez la estuvieron buscando hasta bien entrada la noche, recorrieron todo el vecindario, miraron en establos y cobertizos, y rastrearon sus huellas por la orilla del torrente que, de la noche a la mañana, se había metamorfoseado en un fierabrás parduzco y blasfemo que devoraba la tierra y los árboles rugiendo con espíritu de desafío. Se sentaron en la orilla y contemplaron la revuelta corriente. No hablaban. Se separaron y buscaron en ambos sentidos del río. Una hora después volvieron a casa. Arturo encendió el fuego. August y Federico se apelotonaron alrededor.

—Volverá enseguida.

—Claro.

—Puede que esté en la iglesia.

—Puede.

La oyeron bajo sus pies. Allí la encontraron, en la bodega, arrodillada ante la barrica de vino que papá había prometido no abrir hasta que tuviera diez años. No prestó atención a las súplicas de los hijos. Miró con indiferencia los ojos lloriqueantes de August. Los tres eran conscientes del escaso interés que despertaban. Arturo la cogió del brazo con dulzura para ponerla en pie. El dorso de la mano de la madre le cruzó la cara en el acto. Idiota. Se echó a reír, un poco involuntariamente, y se frotó la mejilla enrojecida con la mano.

—Dejadla sola —dijo a los demás—. Quiere estar sola.

Ordenó a Federico que le llevase una manta. El muchacho la cogió de la cama y bajó con ella, la extendió y la puso sobre los hombros de su madre. Ésta se enderezó, la manta resbaló y le cubrió las piernas y los pies. Ya no podía hacerse nada más. Subieron y esperaron.

Apareció al cabo de un buen rato. Estaban sentados a la mesa de la cocina, jugando con los libros, procurando ser aplicados, procurando ser buenos chicos. Vieron el amoratamiento de los labios de la madre. Oyeron su voz opaca.

—¿Habéis cenado?

Claro que habían cenado. Una cena de órdago, además. La habían preparado ellos mismos.

—¿Qué habéis cenado?

Tuvieron miedo de responder.

Hasta que Arturo dijo:

—Pan y mantequilla.

—No hay mantequilla —dijo la madre—. Hace tres semanas que no hay mantequilla en esta casa.

Federico se echó a llorar al oír aquello.

Dormía por la mañana cuando los muchachos se fueron a la escuela. August quiso subir para darle un beso de despedida. Y lo mismo Federico. Le quisieron decir algo a propósito de la comida de los tres, pero dormía, dormía aquella extraña acostada que les trataba con indiferencia.

—Más vale dejarla sola.

Suspiraron y se fueron. A la escuela. August y Federico juntos, y Arturo un instante después, tras reducir el fuego y echar un último vistazo a la casa. ¿Y si la despertaba? No, que durmiera. Llenó un vaso con agua y se lo dejó junto a la cama. A la escuela ya, y se alejó de puntillas.

Psssssst. Gertie.

—¿Qué quieres?

—¿Has visto a Rosa?

—No.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé.

—¿Está enferma?

—Imagino que no.

—Tú eres *incapaz* de imaginar. Eres idiota perdida.

—Pues no me dirijas la palabra.

A mediodía volvió al campo de béisbol. El sol seguía irritado. El terraplén que rodeaba el rombo se había secado y casi toda la nieve se había derretido. En un oscuro rincón pegado a la valla del campo derecho el viento había amontonado la nieve y bordado encima un encaje de porquería. Pero por lo demás estaba bastante seco, y hacía un tiempo ideal para entrenarse. Pasó el resto del descanso del mediodía consultando con los miembros del equipo. ¿Qué os parece si entrenamos esta noche? El terreno está perfecto. Le escucharon con cara de extrañeza, hasta Rodríguez, el *catcher*, el único de todo el colegio a quien el béisbol le entusiasmaba tanto como a él. Espera, le dijeron. Espera a la primavera, Bandini. Discutió con ellos por aquella cuestión. Ganó la disputa. Pero al acabar las clases, tras permanecer sentado y solo durante una hora al pie de los álamos que flanqueaban el campo, supo que los demás no acudirían y se fue a casa despacio, pasando por delante de la casa de Rosa, por el mismo lado de la calle, pegado al borde del césped de la entrada. La hierba estaba tan verde y hermosa que sentía su sabor en la boca. Una mujer salió de la casa de al lado, cogió el periódico, repasó los titulares y se lo quedó mirando con suspicacia. No hago nada: es que pasaba por aquí. Se puso a silbar un himno y siguió andando por la calle.

Días intensos, días tristes.

Su madre había lavado ropa aquel día. Llegó a la casa por el callejón y la vio tendida en las cuerdas. Había oscurecido y se había desatado un frío repentino. La ropa pendía helada y rígida. Fue tocando las prendas rígidas mientras avanzaba por el sendero, pasándoles la mano por encima hasta que llegó al final de las cuerdas. Extraño momento para lavar ropa, porque desde siempre había sido el lunes el día de la colada. Y aquel día era miércoles, jueves tal vez; pero lunes, seguro que no. Una colada extraña, por otra parte. Se detuvo en el soportal trasero para meditar a propósito de aquella extrañeza. Comprendió entonces de qué se trataba: todas las prendas tendidas, rígidas y

limpias, pertenecían a su padre. No había ninguna suya ni de sus hermanos, ni siquiera unos calcetines.

Pollo para cenar. Se detuvo en la puerta y fue retrocediendo a medida que el aroma del pollo asado le atacaba las narices. Pollo, pero ¿de dónde había salido? El único animal que quedaba en el gallinero era Tony, el gallo gigantesco. Su madre no mataría nunca a Tony. Quería al Tony aquel por su cresta airosa y grande y sus plumas hermosas y coquetas. Le había puesto ajorcas rojas de plástico sobre los espolones de las patas y se moría de risa al ver la vanidosa arrogancia de sus movimientos. Pero era Tony: en el escurridor vio las dos ajorcas partidas por la mitad, semejantes a dos uñas rojas.

Lo trocearon en un abrir y cerrar de ojos, aunque la carne estaba dura. Maria no lo probó. Lo único que hizo fue mojar pan en la capa amarillenta de aceite de oliva que había en su plato. Recuerdos de Tony: ¡había sido un gallo colosal! Reflexionaron sobre su largo reinado en el corral, evocaron su época. Maria mojaba el pan en aceite de oliva y miraba al vacío.

—Pasan cosas que no pueden mencionarse —dijo de súbito—. Porque si se tiene fe en Dios, hay que rezar, pero yo no voy por ahí pregonándolo.

Se le detuvieron las mandíbulas y se la quedaron mirando.

Silencio.

—¿Qué dices, mamá?

—No he dicho nada.

Federico y August se miraron y esbozaron una sonrisa forzada. La cara de August se puso blanca como la tiza, se levantó y abandonó la mesa. Federico cogió un trozo de pechuga y fue tras él. Arturo escondió las manos bajo la mesa y se las estrujó hasta que el dolor le contuvo el deseo de llorar.

—¡Cómo estaba el pollo! —exclamó—. Deberías probarlo, mamá. Aunque sólo fuera un bocado.

—Ocurra lo que ocurra, la fe es necesaria —dijo la madre—. No poseo vestidos elegantes y no voy al baile con él, pero tengo fe y ellos no lo saben. Pero Dios sí lo sabe, y la Virgen María, y suceda lo que suceda, lo saben. A veces me quedo aquí todo el día, y lo saben, al margen de lo que ocurra, porque Dios murió en la cruz.

—Pues claro que lo saben —dijo Arturo.

Se levantó, la abrazó y le dio un beso. Le echó un vistazo al pecho: blancos senos colgantes, y pensó en niños pequeños, en la infancia de Federico.

—Pues claro que lo saben —repitió. Pero sentía una vaga inquietud y no podía soportarlo—. Claro que lo saben, mamá.

Echó atrás los hombros y salió de la cocina, rumbo al ropero de su cuarto. Descolgó la bolsa de la ropa sucia del gancho que había detrás de la puerta y se envolvió la cara con ella. Entonces dio rienda suelta a sus emociones y lloró y chilló hasta que le dolieron las costillas. Cuando acabó, seco y limpio por dentro, libre de dolor, excepción hecha del escozor de los ojos, supo, al entrar en la claridad de la salita, que tenía que encontrar a su padre.

—Vigíladla —dijo a sus hermanos. La madre se había sentado de nuevo y la podían ver a través de la puerta abierta, la cara vuelta hacia un lado.

—¿Qué hacemos si se le ocurre hacer cualquier cosa? —preguntó August.

—No hará nada. Estaos quietos y sed amables.

El claro de luna. Luz suficiente para jugar al béisbol. Tomó el atajo del puente. Debajo de él, debajo del puente, un grupo de personas se apelotonaba alrededor de un fuego rojo y amarillo. A medianoche cogerían el veloz mercancías que iba a Denver, a cincuenta kilómetros de distancia. Se puso a inspeccionar la cara de los reunidos por si veía la de su padre. Pero Bandini no estaría allí; el sitio ideal para encontrar a su padre era los Billares Imperial o la habitación de Rocco Saccone. Su padre estaba sindicado. No estaría debajo del puente.

Ni en el salón de jugar a las cartas del Imperial.

Jim el camarero:

—Se fue hace un par de horas con ese Macarroni que trabaja de picapedrero.

—¿Se refiere usted a Rocco Saccone?

—El mismo, ese italiano de pinta así, muy chula.

Encontró a Rocco en su habitación, sentado ante el mueble de la radio, al lado de la ventana, comiendo nueces y escuchando música de jazz. A sus pies había un periódico desplegado para recoger las cáscaras de las nueces. Se quedó en la puerta, la oscuridad dulce de los ojos de Rocco le dio a entender que no era bien recibido. Pero su padre no estaba en el cuarto, ni rastro de él.

—¿Dónde está mi padre, Rocco?

—¿Por qué tengo que saberlo? Es tu padre, no el mío.

Pero Arturo poseía un instinto infantil para la verdad.

—Creí que vivía aquí contigo.

—Tu padre vive solo.

Se dio cuenta de que era mentira.

—¿Dónde?

Rocco agitó las manos.

—No sé. Ya no nos vemos.

Otra mentira.

—Jim el camarero dice que has estado con él esta noche.

Rocco se puso en pie de un salto y agitó el puño.

—Ese Jim, ¡ese mentiroso cabrón! Siempre mete la nariz donde no le llaman. Tu padre es un hombre. Sabe lo que se hace.

Entonces cayó en la cuenta.

—Rocco —le dijo—. ¿Conoces a una mujer que se llama Effie Hildegarde?

Rocco pareció desconcertado.

—¿Effie Hildegarde? —Escrutó el techo—. ¿Quién es esa tía? ¿Para qué quieres saberlo?

—Para nada.

Ahora estaba seguro. Rocco corrió tras él por el pasillo y le gritó desde lo alto de la escalera:

—¡Niño, niño! ¿Adónde vas?

—A mi casa.

—Bien hecho —dijo Rocco—. Los niños tienen que quedarse en casa.

Estaba en tierra prohibida. A mitad de camino de la casa de Effie Hildegarde supo que no se atrevería a mirar a su padre a la cara. Allí no tenía ningún derecho. Su presencia era una intrusión, un atrevimiento. ¿Cómo iba a decirle a su padre que volviese a casa? ¿Y si su padre le replicaba: vete a la mierda? Porque sabía que era exactamente lo que le diría su padre. Lo mejor era dar media vuelta y volver a casa, porque se estaba adentrando en una esfera de experiencias desconocidas para él. Allí arriba estaba su padre con una mujer. En ello radicaba la diferencia. Recordó algo entonces: cierta vez, siendo él más pequeño, fue a buscar a su padre a los billares. El padre se levantó de la mesa y fue tras él hasta el exterior. Allí me atenazó el cuello con los dedos, sin apretar pero con ganas de apretar, y me dijo: no vuelvas a hacerlo.

Tenía miedo a su padre, tenía un miedo pavoroso a su padre. No le había dado más que tres palizas en su vida. Sólo tres, pero muy violentas, aterradoras, de las que no se olvidan.

No, gracias: nunca más.

Se detuvo al socaire de la pinada densa que llegaba hasta el camino curvo de la entrada, a partir del cual se extendía una superficie de césped que

terminaba ante la casa de piedra. Había luz tras las persianas venecianas de las dos ventanas delanteras, pero las persianas cumplían su cometido. La vista de la casa, muy pálida a la luz de la luna y al resplandor de las montañas blancas que descollaban hacia occidente, la vista de aquel lugar tan hermoso hizo que se sintiera muy orgulloso de su padre. Sobraban las palabras: era sencillamente genial. Su padre era un tirado y un mierda y todo lo demás, pero ahora estaba en aquella casa, lo cual demostraba algo sin lugar a dudas. No serás tan tirado cuando eres capaz de agenciarte algo así. Eres un tío de pelo en pecho, papá. Eres fenomenal. Mamá, ya sabes, pero eres cojonudo. Los dos lo somos, tú y yo. Porque algún día lo haré yo también, y ella se llama Rosa Pinelli.

Anduvo de puntillas por el camino de grava hasta una franja de césped empapado que discurría hacia el garaje y el jardín trasero. El montón de pedruscos, tablones, capachos de argamasa y el cedazo de la arena que había en el jardín le informaron que su padre estaba haciendo allí algún trabajo. Lo que construía, fuera lo que fuese, se alzaba semejante a un túmulo negro, cubierto de lona y paja para evitar que la argamasa se helase.

De pronto sintió una desilusión amarga. Era posible que, a fin de cuentas, su padre no viviera allí. Tal vez lo habían contratado como a un albañil vulgar y corriente que se iba por la noche y volvía por la mañana. Alzó la lona. Era un banco de piedra o algo parecido; le daba igual. Todo era una patraña. Su padre no vivía con la mujer más rica del pueblo. Joder, sólo trabajaba para ella. Volvió a la carretera con hastío, por el centro del camino de grava, demasiado decepcionado para preocuparse por los crujidos que sus pies despertaban en la grava.

Al llegar a los pinos, oyó el chasquido de una cerradura. Se echó cuerpo a tierra inmediatamente, hundió la cara en un montón húmedo de agujas de pino y un chorro de luz procedente de la puerta de la casa barrió la oscuridad de la noche. Un hombre salió por la puerta y se quedó al borde del pequeño soportal, la roja punta de un puro encendido y semejante a una canica encarnada en los alrededores de la boca. Era Bandini. Miró al cielo y aspiró el aire frío a bocanadas. Arturo se estremeció de placer. ¡Por los huevos de San Judas, pero si parecía un duque! Llevaba zapatillas de color rojo subido, un pijama azul y una bata roja con borlas blancas en los extremos del cinturón. ¡Por San Judas y los huevos de todos los santos, pero si parecía Helmer el banquero, y el presidente Roosevelt! ¡Y el rey de Inglaterra! ¡Qué tío, oye! Cuando su padre volvió al interior y cerró la puerta tras de sí, se puso a besar la tierra de alegría, a mordisquear las amargas agujas de pino. ¡Y pensar que

había ido para llevarse a casa a su padre! Qué idiota. Por nada del mundo alteraría la imagen de su padre rodeado del esplendor de aquel mundo nuevo. Su madre sufriría; él y sus hermanos pasarían hambre. Pero valía la pena. Ah, qué aspecto tan señorial. Mientras corría montaña abajo, dando saltos, arrojando piedras al barranco de tarde en tarde, devoraba con avidez los detalles de la escena que acababa de presenciar.

Pero una mirada a la cara consumida y agotada de la madre, que dormía con el sueño que no descansa, le bastó para volver a sentir odio por su padre.

La zarandeó.

—Le he visto —dijo.

La madre abrió los ojos y se humedeció los labios.

—¿Dónde está?

—Vive en la Pensión Montañas Rocosas. En el mismo cuarto que Rocco, con Rocco solamente.

La madre cerró los ojos y ladeó la cara, apartando el hombro de la leve caricia de la mano filial. Arturo se desnudó, apagó las luces de la casa, se metió en el lecho y se pegó a la espalda caliente de August hasta que se le pasó el frío que le daban las sábanas.

Despertó en cierto momento de la noche, abrió los ojos legañosos y vio a su madre sentada junto a él, sacudiéndole para que se despejara.

—¿Qué te dijo? —preguntó la madre entre susurros.

—¿Quién? —Pero se acordó en el acto y se incorporó—. Dijo que estaba deseando volver a casa. Que no le abandonaras. Dijo que serías capaz de echarle a patadas. Tiene miedo de volver.

Maria se irguió con soberbia.

—Se lo merece —dijo—. No puede hacerme eso a mí.

—Parecía muy triste y abatido. Como si estuviera enfermo.

—¡Ja!

—Quiere volver a casa. Sufre mucho.

—Mejor —dijo Maria, arqueando la espalda—. Así aprenderá lo que significa responsabilizarse de una casa. Que esté por ahí unos días más. Vendrá arrastrándose de rodillas. Lo conozco.

Arturo estaba muy cansado y se quedó dormido mientras escuchaba a su madre.

Días intensos, días tristes.

Cuando despertó a la mañana siguiente, vio que August estaba con los ojos abiertos de par en par y los dos se pusieron a escuchar los ruidos que les habían despertado. Era mamá, que estaba en la salita pasando la aspiradora manual por la alfombra, la aspiradora manual que hacía esquíquidi-bamp, esquíquidi-bamp. El desayuno consistía en pan y café. Mientras se lo tomaban, la madre les preparó los bocadillos con las sobras del pollo de la víspera. Los chicos estaban muy contentos: la madre se había puesto su bonita bata azul y se había peinado a conciencia, más a conciencia que nunca, con un moño en lo alto de la cabeza. Nunca la habían visto con las orejas tan al descubierto. Por lo general llevaba el pelo suelto y éste las ocultaba. Unas orejas bonitas, pequeñas y de color rosa.

Y August que decía:

—Hoy es viernes. Tendremos que comer pescado.

—Cierra la bendita boca —le dijo Arturo.

—No sabía que fuera viernes —dijo Federico—. ¿Por qué has tenido que recordárnoslo, August?

—Porque nació el día de Santa Rosa y nos salió capullo —dijo Arturo.

—No es pecado comer pollo en viernes cuando no se puede comprar pescado —dijo Maria.

Así se habla. Tres hurras por mamá. Todos a-buuuh-buuuuhchearon a August, que emitió un bufido de desprecio.

—Me da igual, hoy no pienso comer pollo.

—Como quieras, capullito.

Pero se mantuvo en sus trece. Maria le preparó un bocadillo de aceite y sal. Su ración de pollo se la repartieron sus dos hermanos.

Viernes. Día de exámenes. Sin Rosa.

Psssst, Gertie. La interpelada hizo una pompa de chicle y se volvió hacia él.

No, no había visto a Rosa.

No, no sabía si Rosa estaba en el pueblo.

No, no había oído nada. Pero aunque se hubiera enterado de algo, no se lo diría. Porque, si había de serle franca, prefería no hablar con él.

—Cabra loca —le dijo—. Que no paras de rumiar.

—¡Macarroni!

Arturo enrojeció y medio se levantó del asiento.

—¡Putta guarra, puta cerda, puta asquerosa!

La muchacha tragó saliva y se tapó el rostro, horrorizada.

Día de exámenes. Hacia las diez y media sabía que le habían cargado la geometría. Cuando sonó el timbre del mediodía aún bregaba con las preguntas de lengua. No quedaba nadie más en el aula, estaba solo con Gertie Williams. Cualquier cosa por terminar antes que Gertie. Hizo caso omiso de las tres últimas preguntas, recogió aprisa las cuartillas y las dobló por la mitad. Ya ante la puerta del guardarropa, miró por encima del hombro y sonrió con burla triunfal a Gertie, su rubio pelo enmarañado, sus dientes de rata mordisqueando con nerviosismo la punta del lápiz. La muchacha le devolvió una mirada de odio inefable con ojos que decían: me las pagarás, Arturo Bandini, me las pagarás.

A las dos en punto de la tarde vengaba la afrenta.

Psssst, Arturo.

La nota que le había escrito la muchacha cayó sobre el manual de historia del joven. La deslumbrante sonrisa de Gertie, la desquiciada expresión de sus ojos y las mandíbulas que habían dejado de moverse aconsejaron a Arturo que no leyese la nota. Pero sentía curiosidad.

Estimado Arturo Bandini:

Hay listos y listos, y también simples extranjeros que no pueden hacer nada por evitarlo. Tú te crees muy listo, pero caes gordo a muchos del colegio, Arturo Bandini. Pero a quien más gordo caes es a Rosa Pinelli. Te desprecia incluso más que yo, y sólo porque yo sé que eres un pobre italiano y no me importa que vayas sucio siempre. Sé que los que no tienen nada suelen acabar dedicándose al robo, así que no me sorprendió que alguien (adivina quién) me dijera que robaste una joya para dársela a su hija. Ella era demasiado honrada para quedársela y creo que al devolverla demostró que tenía carácter. Por favor, Arturo Bandini, no vuelvas a preguntarme nunca más por Rosa Pinelli, porque Rosa Pinelli no te aguanta. Anoche me dijo que le dabas miedo porque eras de la piel del diablo. Yo creo que a lo mejor es porque eres extranjero.

ADIVINA QUIÉN

Sintió que el estómago se le iba flotando y en sus labios trémulos bailoteó una sonrisa triste. Se volvió despacio y se quedó mirando a Gertie con cara de haba y sonrisa triste. En los ojos claros de la joven había una expresión de placer, pesar y horror. Arrugó la nota, se desplomó hasta donde las piernas se lo permitían y se tapó la cara. Salvo por el rugido cardíaco, estaba muerto, no oía, no veía, no sentía absolutamente nada.

Un momento después advertía el rumor general que se despertaba a su alrededor, el cuchicheo creciente y nervioso que se extendía por el aula. Algo había sucedido, se notaba en el aire. La hermana superiora se alejaba y la hermana Celia volvía a la mesa de la tarima.

—Poneos todos en pie y arrodillaos.

Se pusieron en pie y en medio del silencio ninguno apartaba la mirada de los ojos serenos de la monja.

—Acabamos de recibir una noticia trágica del Hospital de la Universidad —dijo—. Tenemos que ser valientes y ponernos a rezar. Nuestra querida compañera, nuestra queridísima Rosa Pinelli, ha muerto a las dos en punto de esta misma tarde a consecuencia de una pulmonía.

Había pescado para cenar porque la abuela Donna había enviado cinco dólares por correo. Una cena tardía: no se sentaron hasta las ocho. Y sin que mediara motivo alguno. El pescado se cocinó y terminó de preparar mucho antes, pero María lo tuvo en el horno. Cuando se reunieron alrededor de la mesa hubo un pequeño revuelo, Federico y August se disputaban un sitio. Entonces vieron de qué se trataba. Mamá había vuelto a poner el cubierto de papá.

—¿Va a venir? —preguntó August.

—Pues claro que va a venir —dijo María—. ¿Dónde quieres que cene, si no?

Curiosa charla. August la observó con atención. Llevaba otra bata limpia, esta vez la verde, y comía con apetito. Federico engulló su vaso de leche y se limpió la boca.

—Oye, Arturo. Se ha muerto tu novia. En clase nos pusieron a rezar.

Arturo no comía, jugueteaba con su ración de pescado con el extremo del tenedor. Durante dos años se había jactado ante sus padres y hermanos de que Rosa era su novia. Ahora tenía que tragarse sus palabras.

—No era mi novia. Era sólo una amiga.

Pero agachó la cabeza al advertir la mirada de su madre, la comprensión que recibía del otro lado de la mesa y que le asfixiaba.

—¿Rosa Pinelli? ¿Ha muerto? —preguntó la madre—. ¿Cuándo?

Y mientras los hermanos la informaban, la comprensión materna, cálida y aplastante, se volcó sobre él y tuvo miedo de alzar los ojos. Corrió la silla atrás y se levantó.

—No tengo hambre.

Mantuvo los ojos alejados de su madre al dirigirse a la cocina y acceder al patio trasero. Quería estar solo para dar rienda suelta a sus emociones, para liberar la opresión del pecho, porque ella me detestaba y yo le daba miedo, pero su madre no le dejaba en paz, ya salía del comedor, oía sus pasos, así que se enderezó y salió corriendo del patio trasero y se internó en el callejón.

—¡Arturo!

Fue andando por el pastizal hasta donde yacían enterrados sus perros, hasta donde no hubiera luz y no pudieran verle, y se echó a llorar con amargura, se sentó con la espalda apoyada en el sauce negro, porque me detestaba, porque fui un ladrón, pero, ¡Rosa, me cago en la leche!, se lo robé a mi madre, así que no fue un robo de verdad, sino un regalo navideño, y además me perdonaron, fui a confesarme y quedé totalmente limpio de pecado.

Oyó a su madre que le llamaba desde el callejón, que le dijese dónde estaba. «Ya voy», dijo él, y se aseguró de que tenía los ojos secos y se lamió los labios para quitarse el sabor de las lágrimas. Saltó la cerca de alambre espinoso que limitaba el pastizal y la madre avanzó hacia él por el centro del callejón, con un chal sobre los hombros y con miradas furtivas hacia la casa. Le dijo inmediatamente que abriese la mano que el hijo tenía cerrada con fuerza.

—Chissst. No digas nada a August ni a Federico.

Arturo abrió la mano y vio en ella una moneda de cincuenta centavos.

—Vete al cine —murmuró la madre—. Cómprate un helado con lo que sobre. Pero, ojo. Ni una palabra a tus hermanos.

Arturo se dio la vuelta con indiferencia, recorrió el callejón, sin hacer caso de la moneda que tenía entre los dedos. Al cabo de unos metros volvió a llamarlo la madre y el hijo se dio la vuelta.

—Tampoco digas nada a tu padre. Y procura volver antes que él.

Fue al drugstore que había enfrente de la estación de servicio y se tomó un batido sin ganas. Entró un pelotón de estudiantes que monopolizó todos los taburetes que había ante el mostrador de los helados y refrescos. Una chica alta, de unos veintitantos años, tomó asiento junto a él. Se aflojó la bufanda y se echó atrás el cuello de la cazadora de cuero. La observó por el espejo que había tras el mostrador de los refrescos y helados, las mejillas sonrosadas, estimuladas a causa del aire frío de la noche, los ojos grises y grandes y llenos de vida. La joven descubrió que él la miraba por el espejo, se volvió y le dedicó una sonrisa que puso al descubierto unos dientes perfectos y de blancura cegadora.

—Qué hay —le dijo la muchacha, su sonrisa de las que se reservan para los chicos muy jóvenes. Él respondió: «Hola», pero ella no le dijo nada más y se dedicó por completo al estudiante que tenía al otro lado, un sujeto ceñudo que ostentaba en el pecho una «C» bordada en oro y plata. La chica poseía un entusiasmo y una vitalidad que le hicieron olvidar la tristeza. Por sobre el olor

etéreo de los medicamentos y productos de droguería percibió la fragancia del perfume de lilas. Le observó las manos largas y afiladas, la fresca gordezuela de los labios firmes que aspiraban la Coca-Cola, el róseo cuello que palpitaba al pasar el líquido. Pagó el batido y se alejó del mostrador de los helados y refrescos. La chica se volvió al ver que se marchaba, la sonrisa estremecedora su modo de decirle adiós. No hubo nada más, pero cuando se encontró fuera del establecimiento estaba convencido de que Rosa Pinelli no había muerto, de que había sido una noticia falsa, de que estaba viva y coleando, y riendo como la universitaria del local, como todas las chicas del mundo.

Cinco minutos más tarde, bajo la farola callejera que había ante la casa a oscuras de Rosa, observó con horror y desdicha el objeto blanco y fantasmal que despuntaba en la noche, las largas cintas de seda agitándose cuando una ráfaga de viento las acariciaba: la señal de los muertos, una corona fúnebre. La boca se le llenó de pronto de saliva arenosa. Se dio la vuelta y anduvo por la calle. ¡Los árboles, los árboles suspirantes! Aceleró el paso. ¡El viento, el viento frío y solitario! Echó a correr. ¡Los muertos, los muertos aterradores! Corrían tras él, caían sobre él procedentes del cielo nocturno, llamándole, quejándose, lanzados en confuso pelotón a la carrera, ávidos por cogerle. Corrió como un rayo, chillando las calles con el eco de sus pies vertiginosos, en el centro de la espalda una viscosidad fría y obsesiva. Tomó el atajo del puente. Tropezó en una traviesa de la vía y cayó con las manos abiertas por delante en el terraplén helado. Volvió a echar a correr antes incluso de recuperar la posición erguida, y tropezó y cayó y volvió a levantarse y a salir de estampía. Cuando llegó a su calle aminoró la velocidad y corrió al trote, y cuando estuvo a unos metros de casa la redujo al paso mientras se sacudía la suciedad de la ropa.

Su casa.

Hela allí, con luz en la salita. Su casa, un lugar donde nunca sucedía nada, donde hacía calor y donde no moraba la muerte.

—Arturo...

Su madre estaba en la puerta. Pasó junto a ella, entró en la salita cálida y la olió, la sintió, se deleitó en ella. August y Federico se habían acostado ya. Se desnudó aprisa, con furia, en la semioscuridad. Luego se apagó la luz de la salita y la casa quedó a oscuras.

—Arturo.

Fue junto a la cama de su madre.

—Sí.

La madre apartó las frazadas y le tiró del brazo.

—Acuéstate, Arturo. A mi lado.

Hasta los dedos se le antojaron disueltos en lágrimas cuando se acostó junto a su madre y se sumergió en el calor dulce de sus brazos.

El rosario por Rosa.

Allí estuvo el domingo por la tarde, arrodillado con sus compañeros de clase ante el altar de la Santísima Virgen. Delante, con la cabeza morena alzada hacia la virgen cerúlea, estaban los familiares de Rosa. Eran muy altos e infinitos los que se estremecían y convulsionaban mientras la voz seca del cura flotaba por la iglesia fría como un pájaro cansado y condenado a batir las alas otra vez en un viaje interminable. Pues no ocurría otra cosa a las personas que morían: algún día moriría él también y en algún lugar de la tierra se repetiría aquel acontecimiento. Él no estaría allí, aunque no era necesario estarlo, pues todo no sería ya más que un recuerdo. Estaría muerto y sin embargo los vivos no le serían desconocidos, pues aquello volvería a suceder, recuerdo de la vida antes de haberlo vivido.

Rosa, Rosa mía, no puedo creer que me odies porque no hay odio donde estás ahora, aquí, entre nosotros, y al mismo tiempo muy lejos. Sólo soy un muchacho, Rosa, y el misterio de donde te encuentras no es tal misterio cuando pienso en la hermosura de tu rostro y el reír de tus chanclos cuando recorrían el pasillo. Porque eras un cielo, Rosa, fuiste una chica estupenda, y yo te quería, y un tipo no puede ser muy malo cuando ama a una chica tan bondadosa como tú. Y si me odias ahora, aunque no puedo creer que ahora me odies, contempla mi dolor y convéncete de que quiero que estés aquí, de que también albergo buenos sentimientos. Sé que no puedes volver, Rosa, mi único amor, pero esta tarde se deja sentir tu presencia en esta iglesia fría, se deja sentir el sosiego de tu perdón, la tristeza de no poder tocarte, porque te amo y te amaré eternamente, y cuando un día vuelvan a reunirse aquí por mi causa, lo sabré antes incluso de que se reúnan, y no nos causará ninguna extrañeza...

Después de la misa estuvieron reunidos un rato en el atrio. La hermana Celia, que sollozaba con un pañuelo diminuto pegado a la nariz, pedía calma y tranquilidad. El ojo de cristal, según advirtieron, se le había movido mucho y apenas se le veía la pupila.

—El entierro será mañana a las nueve —dijo—. Los alumnos de octavo curso tendrán fiesta todo el día.

—¡Jolín, qué suerte!

La monja lo fulminó con el ojo de cristal. Era González, el tonto de la clase. Retrocedió éste hasta la pared, hundió el cuello entre los hombros y sonrió con turbación.

—¡Tú tenías que ser! —dijo la monja—, ¡tú!

El chico sonreía con impotencia.

—Los chicos de octavo que por favor vayan al aula inmediatamente después de que salgamos de la iglesia. Las chicas quedan dispensadas.

Cruzaron en silencio el patio exterior, Rodríguez, Morgan, Kilroy, Heilman, Bandini, O'Brien, O'Leary, Harrington y los demás. Nadie habló mientras subían las escaleras y se dirigían a los pupitres respectivos del primer piso. Contemplaron en silencio el pupitre de Rosa, cubierto de polvo, los libros aún en el estante. Entró entonces la hermana Celia.

—Los padres de Rosa han solicitado que seáis sus compañeros de clase quienes llevéis mañana el ataúd. Los que queráis hacerlo, por favor, levantad la mano.

Siete manos buscaron el cielo. La monja tuvo a los siete en cuenta y los llamó por su nombre para que se adelantaran. Harrington, Kilroy, O'Brien, O'Leary, Bandini. Arturo se colocó entre los escogidos, entre Harrington y Kilroy. La monja reconsideró la presencia de Arturo Bandini.

—No, Arturo —dijo—. Creo que no eres lo bastante fuerte.

—¡Sí lo soy! —replicó Arturo, mirando a Kilroy, a O'Brien, a Heilman. ¡Bastante fuerte! Los demás le sacaban una cabeza, pero les había zurrado a todos, en una ocasión u otra. Hasta en parejas les podía sacudir, en cualquier momento, de día o de noche.

—No, Arturo. Siéntate, por favor. Morgan, ven aquí, por favor.

Tomó asiento con una sonrisa que se burlaba de la ironía del episodio. ¡Ah, Rosa! La habría llevado lo largo de miles de kilómetros, sólo con la ayuda de sus brazos, hasta un centenar de tumbas, ida y vuelta; pero a los ojos de la hermana Celia no era lo bastante fuerte. ¡Monjas! Tan bondadosas, tan amables... y tan cretinas. Todas eran igual que la hermana Celia: veían por un solo ojo y el otro no les servía para nada. Sabía que en aquellos momentos no tenía que odiar a nadie, pero no podía remediarlo: detestaba a sor Celia.

Lleno de asco y cinismo bajó las escaleras de la entrada y accedió a la tarde invernal cuyo frío iba en aumento. Emprendió el camino de casa con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos. Al llegar a la esquina alzó los ojos

y vio a Gertie Williams en la acera de enfrente, las paletillas diminutas de la muchacha agitándose bajo el abrigo rojo de lana. Avanzaba despacio, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo que le perfilaba las caderas lisas. Arturo apretó los dientes con fuerza al acordarse de la nota de Gertie. Rosa te odia y le das miedo. Gertie le oyó al poner el pie en el bordillo de la acera. Le vio y aceleró el paso. Arturo no tenía ganas de hablar con ella ni de seguirla, pero en cuanto la vio apretar el paso se apoderó de él el deseo de ir tras ella y también él aceleró la marcha. De repente, en algún punto situado entre los omóplatos de Gertie vio la verdad. Rosa no había dicho aquello. Rosa no lo habría dicho. De nadie. Era mentira. Gertie había escrito que había visto a Rosa el día anterior. Pero era imposible porque aquel día Rosa estaba muy enferma y había muerto en el hospital durante la tarde del día siguiente.

Echó a correr y Gertie hizo lo mismo, pero no pudo hacer nada frente a la velocidad del muchacho. Cuando éste la alcanzó y se puso ante ella con los brazos abiertos para evitar que se le escabullera por un costado, la chica se detuvo en el centro de la acera con los brazos en jarras y desafío en sus ojos claros.

—No te atrevas a tocarme, Arturo Bandini, de lo contrario gritaré.

—Gertie —dijo él—, si no me dices la verdad sobre aquella nota, te arranco la quijada de un guantazo.

—¡Sí, sí! —le replicó la joven con altanería—. ¡De eso sí sabes tú mucho, de eso!

—Gertie —dijo Arturo—. Rosa no dijo nunca que me odiase y tú sabes que es verdad.

Gertie le dio un manotazo en el brazo para que la dejara pasar, los bucles rubios se le agitaron en el aire, y dijo:

—Bueno, pero si no lo dijo, estoy segura de que lo pensaba.

Arturo se quedó inmóvil y la vio alejarse dignamente por la acera, sacudiendo la testa como un pony de las Islas Shetland. Entonces se echó a reír.

El entierro del lunes por la mañana era un epílogo. No tenía ganas de ir; ya tenía suficientes sinsabores. Cuando August y Federico se fueron a la escuela, se sentó en los peldaños del soportal delantero y se dejó acariciar por el sol cálido de enero. Un poco más y sería primavera: dos o tres semanas más y los equipos más importantes se dirigirían al sur para los entrenamientos de primavera. Se quitó la camisa y se puso boca abajo en el césped seco y oscuro. Nada como un buen bronceado, nada como broncearse antes que los demás chicos del pueblo.

Bonito día, un día como una chica. Rodó de costado para ponerse boca arriba y contempló las nubes que avanzaban hacia el sur. Allá en lo alto soplaba el ventarrón; había oído que procedía directamente de Alaska, de Rusia, pero las altas montañas protegían el pueblo. Pensó en los libros de Rosa, en que estaban forrados con hule azul, un azul igual que el color que tenía el cielo aquella mañana. Día tranquilo, dos perros que iban de aquí para allá y que se detenían brevemente en todos los árboles. Pegó el oído a la tierra. En la zona septentrional del pueblo, en el Cementerio Alto, metían a Rosa en la tumba. Le echó el aliento a la tierra, la besó, la probó con la punta de la lengua. Algún día encargaría a su padre que tallara una lápida para la tumba de Rosa.

El cartero salió del soportal de los Gleason, que vivían enfrente, y se dirigió hacia la casa de los Bandini. Arturo se puso en pie y cogió la carta que le entregó el hombre. Era de la abuela Toscana. La llevó dentro y observó a su madre cuando la abrió. Contenía una esquela y un billete de cinco dólares. La madre se guardó el billete en el bolsillo y quemó la esquela. Arturo volvió al césped y se tumbó otra vez.

Un instante más tarde salió Maria de la casa con el monedero de ir al centro. Arturo no alzó la mejilla del césped reseco ni dijo nada cuando la madre le comentó que volvería al cabo de una hora. Uno de los perros se le acercó por el césped y le olisqueó el pelo. Era negro y canela, con patas grandes y blancas. Sonrió cuando la lengua enorme y caliente le lamió las orejas. Dobló el brazo y el perro apoyó la cabeza en el codo de Arturo. El animal se quedó dormido en un periquete. Arturo acercó el oído al pecho peludo del animal y le contó los latidos del corazón. El perro abrió un ojo, se

puso en pie de un salto y le lamió la cara con cariño desbordante. Aparecieron otros dos perros, muy aprisa, muy ocupados a lo largo de la fila de árboles que flanqueaba la calle. El canela y negro enderezó las orejas, se presentó con un ladrido prudencial y corrió tras ellos. Los otros se detuvieron, le gruñeron, le ordenaron que les dejara en paz. El canela y negro volvió con tristeza al lado de Arturo. Éste se compadeció del animal.

—Quédate conmigo —le dijo—. Serás mi perro. Y te llamarás Jumbo. Mi buen Jumbo.

Jumbo retozó con alegría y se le abalanzó a la cara otra vez.

Bañaba a Jumbo en el fregadero de la cocina cuando volvió Maria del centro. Dio un chillido, dejó caer los bultos y entró corriendo en el dormitorio, cerrando la puerta a sus espaldas.

—¡Échalo de aquí! —exclamó gritando—. Llévatelo de aquí.

Jumbo se soltó de una sacudida y salió aterrado de la casa, salpicándolo todo de agua y jabón. Arturo fue tras él, rogándole que volviese. Jumbo se revolcaba en la tierra sin dejar de correr en amplio círculo, poniéndose boca arriba y sacudiéndose la humedad del pelo. Al final desapareció en la carbonera. De la puerta brotó una nube de polvillo negro. Arturo se quedó en el soportal trasero y emitió un gruñido. Los gritos que lanzaba la madre en el dormitorio seguían oyéndose en todas partes. Corrió hasta la puerta y la tranquilizó, pero ella se negó a salir mientras no cerrase las dos puertas, la delantera y la trasera.

—Pero si es Jumbo —dijo Arturo en son apaciguador—. No es más que un perro, Jumbo.

Volvió Maria a la cocina y echó un vistazo furtivo por la ventana. Jumbo, negro a causa del polvo de carbón, seguía corriendo en círculo como un loco, se arrojaba panza arriba, se alejaba corriendo y vuelta a empezar.

—Parece un lobo —dijo Maria.

—Es medio lobo, pero muy cariñoso.

—No lo quiero aquí —dijo Maria.

Aquél, sabía Arturo, era el comienzo de una polémica que duraría por lo menos dos semanas. Siempre sucedía lo mismo con todos sus perros. Y, al final, Jumbo, como todos sus antecesores, la seguiría fielmente por toda la casa, sin hacer caso del resto de la familia.

Arturo se puso a mirar a su madre cuando ésta empezó a desenvolver la compra.

Espaguetis, salsa de tomate, queso italiano. Pero si entre semana no comían nunca espaguetis... Si cenaban espaguetis sólo los domingos por la

noche.

—¿Ocurre algo?

—Es una pequeña sorpresa para tu padre.

—¿Vuelve a casa?

—Hoy volverá.

—¿Cómo lo sabes? ¿Le has visto?

—No hagas preguntas. Sé que vendrá hoy y eso tiene que bastarte.

Arturo cortó un trozo de queso para Jumbo, salió y llamó al perro. Descubrió que Jumbo sabía erguirse sobre las patas traseras. Estaba muy contento: no era aquél un perro vulgar, sino un perro inteligente. Indudablemente se debía a su herencia lobuna. Acompañado de Jumbo, que no dejaba de corretear con la nariz pegada al suelo, olisqueándolo, señalizando todos y cada uno de los árboles de ambas aceras, unas veces adelantándose una manzana, otras rezagándose media, alcanzándole las restantes y ladrándole, anduvo hacia poniente, hacia el pie de las colinas, los picachos blancos descollando en el horizonte.

En los límites del municipio, donde el camino de la casa de la señora Hildegarde describía una curva cerrada hacia el sur, Jumbo aulló como un lobo, inspeccionó los pinos y matorrales que le rodeaban y desapareció en el barranco, su aullido amenazador una advertencia para cuantos animales salvajes le salieran al paso. ¡Un sabueso! Arturo le vio husmear entre los matorrales con el vientre pegado al suelo. ¡Qué animal! Mitad lobo y mitad sabueso.

A cien metros de la cima del cerro oyó un ruido que recordaba con cariño desde su más tierna infancia: el chasquido del mazo de su padre cuando golpeaba el cincel y partía la piedra en dos. Se sintió contento: aquello significaba que su padre vestiría ropa de faena y le gustaba la imagen de su padre en ropa de faena, era más fácil de abordar cuando llevaba la ropa de faena.

Hubo un revuelo en los matorrales de la izquierda y Jumbo volvió corriendo al camino. Llevaba entre las fauces un conejo muerto, muerto hacía semanas, que dejaba tras de sí el rastro nauseabundo de la descomposición. Jumbo trotó por el camino una docena de metros, soltó la presa y se sentó a observarla, con la barbilla pegada al suelo, el trasero en pompa, los ojos oscilando entre el conejo y Arturo. De la garganta le brotó un gruñido salvaje cuando se acercó Arturo... El hedor era repugnante. Tomó carrera y quiso apartar el conejo del camino de un puntapié, pero Jumbo se lo arrebató antes de que el pie encontrara su objetivo y el perro salió disparado, corriendo con

porte triunfal. A pesar del hedor, Arturo lo contempló admirado. ¡Chico, qué perro! Un poco de lobo, otro poco de sabueso y el resto de perdiguero.

Pero se olvidó de Jumbo, se olvidó de todo, olvidó incluso lo que tenía pensado decir cuando la parte superior de su cabeza remontó el montículo y vio a su padre mirándole con el mazo en una mano y el cincel en la otra. Se detuvo en lo alto del montículo y esperó inmóvil. Bandini le miró fijamente a la cara durante un minuto largo. Alzó luego el mazo, equilibró el cincel y volvió a golpear la piedra. Arturo supo que no era bien recibido. Recorrió el sendero de grava hasta llegar al banco macizo en que trabajaba Bandini. Tuvo que esperar un buen rato, parpadeando para eludir las esquivas que saltaban de la piedra, hasta que su padre abrió la boca.

—¿Por qué no estás en el colegio?

—No hay colegio. Ha habido un entierro.

—¿Quién se ha muerto?

—Rosa Pinelli.

—¿La hija de Mike Pinelli?

—Sí.

—No es un buen hombre el Mike Pinelli ese. Se dedica a boicotear las huelgas de los mineros. Es un completo inútil.

Siguió trabajando. Labraba la piedra, la moldeaba para que encajara en el asiento del banco de piedra que había junto al lugar donde trabajaba. Tenía grabadas aún en la cara las señales de Nochebuena, tres cicatrices largas que le recorrían la mejilla como rayas trazadas por un lápiz marrón.

—¿Cómo está Federico? —preguntó.

—Bien.

—¿Y August?

—Bien también.

Silencio, excepción hecha del golpeteo del martillo.

—¿Cómo le va a Federico en la escuela?

—Creo que bien.

—¿Y a August?

—Muy bien.

—¿Y tú? ¿Sacas buenas notas?

—No están mal.

Silencio.

—¿Se porta bien Federico?

—Claro.

—¿Y August?

—Muy bien.

—¿Y tú?

—Creo que sí.

Silencio. Hacia el norte alcanzó a ver las nubes que se concentraban, la niebla que reptaba hacia la cima de los picos elevados. Miró alrededor por si veía a Jumbo, pero no encontró el menor rastro de él.

—¿Va todo bien en casa?

—Todo va fabuloso.

—¿No está malo nadie?

—No. Todos estamos bien.

—¿Duerme bien Federico por la noche?

—Y tanto. Todas las noches.

—¿Y August?

—Lo mismo.

—¿Y tú?

—De miedo.

Al final lo dijo. Tuvo que darle la espalda para ello, darle la espalda, coger una piedra maciza que le exigía toda la fuerza del cuello, la espalda y los brazos, y así le salió como una pregunta rápida y entrecortada.

—¿Cómo está mamá?

—Quiere que vuelvas a casa —dijo Arturo—. Ha preparado espaguetis. Quiere que estés en casa. Me lo ha dicho.

Cogió otra piedra, mayor que la anterior, un esfuerzo sobrehumano, la cara se le amorató. No tardó en estar encima de ella, respirando con dificultad. Se llevó la mano al ojo, el índice apartó una mota junto a la nariz.

—Tengo algo en el ojo —dijo—. Arenilla.

—Ya lo sé. A mí también me ha ocurrido.

—¿Cómo está mamá?

—Bien. Muy bien.

—¿Ya no se porta como una loca?

—Qué va. Quiere que vuelvas a casa. Me lo ha dicho. Hay espaguetis para cenar. No es portarse como una loca.

—No quiero más líos —dijo Bandini.

—No sabe ni siquiera que estás aquí. Cree que vives con Rocco Saccone. Bandini le buscó la cara con los ojos.

—Es que vivo con Rocco —dijo—. He estado en su habitación todo el tiempo, desde que me echó.

Una mentira fría y calculada.

—Lo sé —dijo Arturo—. Se lo dije.

—Se lo dijiste. —Bandini bajó el mazo—. ¿Y cómo lo sabías tú?

—Rocco me lo dijo.

Con suspicacia:

—Entiendo.

—¿Cuándo vas a volver, papá?

Silbó distraído, una canción sin melodía, sólo por silbar lo que fuera.

—Puede que no vuelva nunca —dijo—. ¿Qué piensas tú?

—Mamá quiere que vuelvas. Te espera. Te echa de menos.

Se tiró del cinturón.

—¡Que me echa de menos! ¿Y qué?

Arturo se encogió de hombros.

—Yo sólo sé que quiere que vuelvas a casa.

—Puede que vuelva... y puede que no.

La cara se le contrajo de súbito, las aletas de la nariz se le agitaron. Arturo también lo olía. Jumbo estaba acuclillado a sus espaldas, el animal muerto entre las patas delanteras, la lengua enorme goteando saliva mientras miraba hacia Bandini y Arturo y les daba a entender que quería jugar otra vez a tocar y correr.

—¡Lárgate, Jumbo! —dijo Arturo—. ¡Llévate eso de aquí!

Jumbo enseñó los colmillos, le brotó un rugido de la garganta y apoyó la barbilla en el conejo. Fue un gesto de desafío. Bandini se tapó la nariz.

—¿De quién es el perro? —dijo con voz nasal.

—Mío. Se llama Jumbo.

—Llévatelo de aquí.

Pero Jumbo no quería moverse. Enseñó los largos colmillos cuando se le acercó Arturo y se alzó sobre las patas traseras como dispuesto a saltar, el salvaje gruñido gutural resonándole en la garganta con eco asesino. Arturo contempló fascinado y admirado al animal.

—Ya lo ves —dijo—. No puedo acercarme a él. Me haría pedazos.

Jumbo lo comprendió, según parece. El rugido aumentó de volumen y se prolongó con constancia aterradora. Golpeó el conejo con la pata, lo cogió y se alejó tranquilamente, meneando la cola... Cuando llegó al borde de los pinos, se abrió la puerta trasera y apareció la viuda Hildegarde olisqueando el aire con alarma.

—¡En el nombre del cielo, Svevo! ¿Qué es ese olor tan repugnante?

Jumbo la miró por encima del lomo. Volvió los ojos a la pineda y la miró otra vez. Soltó el conejo, lo sujetó con presa más firme y anduvo

contoneándose por el césped, en dirección a la viuda Hildegarde. Ésta no estaba de humor para travesuras. Cogió una escoba y salió al encuentro del animal. Jumbo encogió los labios, los contrajo hasta que los dientes largos y blancos le relampaguearon al sol, hilillos de saliva chorreándole de las fauces. Lanzó un gruñido, salvaje, escalofriante, una señal que fue al mismo tiempo un silbido y un gruñido. La viuda detuvo la marcha, se calmó, observó la boca del perro y cabeceó con fastidio. Jumbo soltó la presa y sacó satisfecho la lengua larga. Los tenía a todos a raya. Cerró los ojos y fingió dormirse.

—¡Llévate a este bicho de aquí! —dijo Bandini.

—¿Es tuyo? —le preguntó la viuda.

Arturo asintió con orgullo contenido.

La viuda le miró con detenimiento, luego a Bandini.

—¿Quién es este jovencito? —preguntó.

—Es mi hijo mayor —dijo Bandini.

—Pues llévate esa basura de mis tierras —dijo la viuda.

¡Jo! ¡Pues vaya con la señora! ¡Vaya, vaya, vaya con la señora! Resolvió no hacer nada en relación con Jumbo, porque sabía que el perro se limitaba a jugar. Sin embargo, le gustó pensar que Jumbo era tan agresivo como aparentaba. Avanzó hacia el perro, muy despacio, a propósito. Bandini lo detuvo.

—Espera —dijo—. Yo lo arreglaré.

Cogió el martillo y avanzó con prudencia hacia Jumbo, que meneaba la cola y temblaba entre resuellos. Cuando levantó el trasero, alargó la barbilla y comenzó el gruñido de advertencia, Bandini estaba ya a tres metros de él. La expresión de su padre, la determinación de matar por fanfarronería y soberbia, porque la viuda estaba delante, hizo que se pusiera ante Bandini, sujetara con las dos manos el martillo y se lo arrebatara de un tirón. En aquel instante se puso Jumbo en movimiento, dejó la presa y avanzó derecho hacia Bandini, que retrocedió. Arturo se dejó caer de rodillas y contuvo a Jumbo. El perro le lamió la cara, gruñó a Bandini y volvió a lamerle la cara al muchacho. Cada movimiento del brazo de Bandini obtenía por respuesta un gruñido canino. Jumbo no jugaba ya. Estaba listo para el combate.

—Jovencito —dijo la viuda—. O te llevas ese perro de aquí o llamo a la policía y hago que le peguen un tiro aquí mismo.

Aquello le puso furioso.

—¡Ni te atrevas, joder!

Jumbo miró con agresividad a la viuda y le enseñó los dientes.

—¡Arturo! —le recriminó Bandini—. Ésa no es forma de hablar a la señora Hildegarde.

Jumbo se volvió hacia Bandini y de un bufido le hizo cerrar la boca.

—Monstruito despreciable —dijo la viuda—. Svevo Bandini, ¿permitirás que este jovencuelo depravado se salga con la suya?

—¡Arturo! —le chilló Bandini.

—¡Campesinos! —gritó la viuda—. ¡Extranjeros! Sois todos iguales, vosotros y vuestros perros, todos sois iguales.

Svevo avanzó por el césped hacia la viuda Hildegarde. Entreabrió los labios. Llevaba las manos unidas ante sí.

—Señora Hildegarde —dijo—, es mi hijo. Hágame el favor de no hablarle de ese modo. El chico es norteamericano. No es ningún extranjero.

—¡Me refiero también a usted! —dijo la viuda.

—*Brutto animale!* —dijo el hombre—. *Puttana!*

Le salpicó la cara de saliva.

—¡Un animal es lo que es usted! —dijo—. *Animale!*

Se volvió a Arturo.

—Andando —dijo—. Nos vamos a casa.

La viuda se quedó quieta. Hasta Jumbo intuyó su cólera y se alejó, abandonando el repulsivo botín en el césped, delante de la mujer. En el sendero de grava, donde los pinos daban paso al camino que bajaba la colina, Bandini se detuvo para mirar atrás. Tenía la cara morada. Agitó el puño.

—*Animale!* —dijo.

Arturo aguardaba en el camino, a unos metros de distancia. Bajaron juntos por el difícil camino rojizo. No hablaban, Bandini jadeaba aún de cólera. Desde algún punto del barranco gruñó Jumbo, que avanzaba por la espesura entre crujidos. Las nubes se habían acumulado en las cimas y, aunque el sol brillaba, aún se adivinaba la frescura del aire.

—¿Y tus herramientas? —dijo Arturo.

—No son mis herramientas. Son las de Rocco. Que termine él el trabajo. Al fin y al cabo es lo que quería.

Jumbo salió corriendo de la maleza. Llevaba un pájaro muerto en la boca, un pájaro archimuerto, muerto hacía muchos días.

—¡Perro de mierda! —exclamó Bandini.

—Es un buen perro, papá. Es un poco perdiguero.

Bandini miró una mancha azul hacia levante.

—Pronto será primavera —dijo.

—¡Sí, sí!

Aún no había terminado de hablar cuando le cayó algo blando y frío en el dorso de la mano. Vio derretirse el diminuto copo de nieve, semejante a una estrella...

Pregúntale al polvo

Para Joyce, con amor

PRÓLOGO

Yo era joven, pasaba hambre, bebía, quería ser escritor. Casi todos los libros que leía pertenecían a la Biblioteca Municipal del centro de Los Ángeles, pero nada de cuanto me caía en las manos tenía que ver conmigo, con las calles, ni con las personas que me rodeaban. Me daba la sensación de que todos se dedicaban a hacer juegos de prestidigitación con las palabras, que aquellos que no tenían prácticamente nada que decir pasaban por escritores de primera línea. Sus libros eran una mezcla de sutileza, artesanía y formalismo, y era esto lo que se leía, se enseñaba en las escuelas, se digería y se transmitía. Era un invento cómodo, una Logocultura ingeniosa y prudente. Había que volver a los autores anteriores a la Revolución Rusa para encontrar algo de aventura, un poco de pasión. Había excepciones, pero eran tan escasas que se agotaban rápidamente y uno se quedaba sin saber qué hacer ante las filas interminables de libros insípidos. A pesar de todo lo que podía haberse aprendido en los siglos precedentes, los autores modernos no eran lo que se dice muy hábiles.

Cogía de las estanterías un libro tras otro. ¿Por qué nadie decía nada? ¿Por qué no alzaba nadie la voz por encima de la de los demás?

Probé en las distintas secciones de la biblioteca. La sala de religión me pareció un páramo tan vasto como inútil. Fui a la de filosofía. Di con un par de alemanes resentidos que me estimularon una temporada, hasta que los olvidé. Probé con las matemáticas, pero las matemáticas superiores no se diferenciaban de la religión: no me afectaban en absoluto. Lo que yo buscaba no se encontraba al parecer en ninguna parte.

Probé con la geología, y al principio sentí cierta curiosidad, pero a la postre me resultó insustancial.

Descubrí ciertos libros sobre cirugía y me gustaron los libros sobre cirugía: las palabras eran nuevas y maravillosas las ilustraciones. En concreto, me gustaron y memoricé los detalles de las operaciones del mesocolon.

Al final abandoné la cirugía y volví a la gran sala abarrotada de autores de novelas y cuentos. (Cuando tenía tintorro en abundancia no iba por la biblioteca. Una biblioteca era un lugar estupendo para pasar el rato cuando no se tenía nada de comer o de beber y cuando la dueña de la casa le perseguía a uno con los recibos atrasados del alquiler. En la biblioteca, por lo menos, se

podía ir al lavabo sin problemas.) Vi a muchísimos compañeros de vagabundeo allí, y casi todos dormidos sobre el libro abierto.

Seguí recorriendo la sala general de lectura, cogiendo libros de los estantes, leyendo unas cuantas líneas, unas cuantas páginas, y dejándolos en su sitio a continuación.

Pero cierto día cogí un libro, lo abrí y se produjo un descubrimiento. Pasé unos minutos hojeándolo. Y entonces, a semejanza del hombre que ha encontrado oro en los basureros municipales, me llevé el libro a una mesa. Las líneas se encadenaban con soltura a lo largo de las páginas, allí había fluidez. Cada renglón poseía energía propia y lo mismo sucedía con los siguientes. La esencia misma de los renglones daba entidad formal a las páginas, la sensación de que allí se había esculpido algo. He ahí, por fin, un hombre que no se asustaba de los sentimientos. El humor y el sufrimiento se entremezclaban con sencillez soberbia. Comenzar a leer aquel libro fue para mí un milagro tan fenomenal como imprevisto.

Tenía tarjeta de lector. Rellené la hoja del servicio de préstamo, me llevé el libro a casa, me tumbé en la cama, me puse a leerlo y mucho antes de acabarlo supe que había dado con un autor que había encontrado una forma distinta de escribir. El libro se titulaba *Pregúntale al polvo* y el autor se llamaba John Fante. Tendría una influencia vitalicia en mis propios libros. Acabé *Pregúntale al polvo* y busqué más libros de Fante en la biblioteca. Encontré dos: *Dago red* y *Espera a la primavera, Bandini*. La calidad era la misma, se habían escrito con el corazón y las entrañas y no hablaban de otra cosa.

Sí, Fante tuvo sobre mí un efecto poderoso. Poco después de leer los libros que he citado conviví con una mujer. Estaba más alcoholizada que yo, sosteníamos peleas violentas y a menudo le gritaba: «¡No me llames hijo de puta! ¡Yo soy *Bandini*, *Arturo Bandini*!».

Fante fue para mí como un dios, pero yo sabía que a los dioses hay que dejarles en paz, que no hay que llamar a su puerta. Sin embargo, me ponía a hacer conjeturas sobre el punto exacto de *Angel's Flight* en que al parecer había vivido y hasta pensaba que a lo mejor seguía viviendo allí. Casi todos los días pasaba por el lugar y me preguntaba: ¿será ésa la ventana por la que se deslizaba Camila? ¿Es ésa la puerta de la pensión? ¿Es ése el vestíbulo? No lo he sabido nunca.

Treinta y nueve años más tarde he vuelto a leer *Pregúntale al polvo*. Quiero decir que lo he vuelto a leer este año y que todavía se sostiene, al igual que las demás obras de Fante, pero que éste es el libro que prefiero porque

constituyó mi primer encuentro con la magia. Escribió otros libros, además de *Dago red* y *Espera a la primavera*, *Bandini*. Por ejemplo, *Plenitud de vida* y *Hermanos de vino*. En la actualidad está escribiendo otra novela, *Sueños de Bunker Hill*.

Al final, gracias a otras vicisitudes, he conocido al novelista este mismo año. Queda mucho por decir de la vida de John Fante. Una vida con una suerte extraordinaria, con un destino horrible y llena de una valentía tan natural como insólita. Es posible que se cuente algún día, aunque creo que a él no le gustaría que yo la contase aquí. Permítaseme decir, sin embargo, que en su forma de escribir y en su forma de vivir se dan las mismas constantes: fuerza, bondad y comprensión.

Es todo. A partir de este momento, el libro pertenece al lector.

CHARLES BUKOWSKI
5 de junio de 1979

Cierta noche me encontraba sentado en la cama de la habitación de la pensión de Bunker Hill en que me hospedaba, en el centro mismo de Los Ángeles. Era una noche de importancia vital para mí, ya que tenía que tomar una decisión relativa a la pensión. O pagaba o me iba: es lo que decía la nota, la nota que la dueña me había deslizado por debajo de la puerta. Un problema relevante, merecedor de una atención enorme. Lo resolví apagando la luz y echándome a dormir.

Cuando desperté por la mañana, me dije que tenía que hacer más ejercicio y comencé en el acto. Practiqué varias flexiones. Luego me cepillé los dientes, noté el sabor de la sangre, vi una mota sonrosada en el cepillo, me acordé de los anuncios y resolví bajar a la calle y tomar un café.

Fui al restaurante donde siempre iba cuando iba al restaurante, tomé asiento en un taburete que había ante el largo mostrador y pedí un café. Se parecía mucho al café, pero no valía el precio que se pagaba por él. Me fumé allí mismo un par de cigarrillos, leí los resultados de la Liga Americana de béisbol, pasé concienzudamente por alto los resultados de la Liga Nacional y comprobé con satisfacción que Joe DiMaggio seguía siendo un orgullo para Italia, ya que aún encabezaba la lista de los mejores bateadores.

Una máquina de hacer tantos, el DiMaggio. Salí del restaurante, me situé ante un *pitcher* imaginario y largué un pelotazo que se llevó por delante la barrera. Anduve luego por la calle, hacia Angel's Flight, preguntándome qué haría aquel día. Pero no había nada que hacer y por tanto decidí pasear por la ciudad.

Mientras recorría Olive Street, pasé ante una casa de vecindad sucia y amarillenta, todavía húmeda como un secante a causa de la niebla de la noche anterior, y pensé en mis amigos Ethie y Carl, ambos de Detroit, que vivían allí, y recordé la noche en que Carl había pegado a Ethie porque ésta iba a tener un niño y él no quería ningún niño. Pero lo tuvieron y no hubo más que hablar. Y recordé el interior de la casa, que olía a polvo y a ratones, y a las ancianas que se sentaban en el zaguán cuando el calor apretaba por la tarde, y a la anciana de piernas bonitas. También estaba el ascensorista, un individuo de Milwaukee que estaba hecho polvo y que ponía cara de burla cada vez que se le indicaba un piso, como si uno fuera un imbécil por querer ir a ese piso

concreto, el ascensorista, que siempre tenía dentro del ascensor una bandeja con bocadillos y una revista barata.

Seguí bajando la colina por Olive Street y pasé ante las horribles casas de madera que apestaban a crímenes, y sin abandonar Olive, ante el Philharmonic Auditorium, recordé que había estado allí con Helen para oír los coros de los Cosacos del Don, que me había aburrido y que nos habíamos peleado por culpa de aquello, y me acordaba de lo que Helen llevaba puesto aquel día, un vestido blanco, y de que yo sentía mariposas en el estómago cada vez que lo rozaba. Ay, Helen, Helen..., aunque allí no, claro.

Así llegué al cruce de Olive con Fifth Street, donde los tranvías enormes destrozaban los oídos a causa del ruido que producían, donde el olor a gasolina hacía que las palmeras parecieran tristes y donde el asfalto negro seguía húmedo a causa de la niebla de la noche anterior.

Y así llegué también ante el Hotel Biltmore, ante la hilera de taxis amarillos, en cuyo interior dormían los respectivos conductores, salvo el que estaba más cerca de la puerta principal, y pensé con asombro en aquellos sujetos y en su repertorio informativo, y me acordé de cuando Ross y yo hicimos una consulta a uno, que se sonrió con salacidad y nos llevó a Temple Street, precisamente a Temple Street, donde sólo encontramos un par de sitios muy desagradables; y de que Ross estuvo todo el tiempo arriba, mientras yo me quedaba en el salón, poniendo discos en la gramola, asustado y solo.

Pasé ante el portero del Biltmore, que me cayó gordo en el acto, con sus galones amarillos, su metro ochenta de estatura y toda la dignidad de que se rodeaba, y en aquel punto se acercó al bordillo un automóvil negro del que descendió un hombre. Parecía rico; acto seguido descendió una mujer, la mujer era una belleza, la piel que llevaba era de zorro plateado, era una melodía que cruzaba la acera y se colaba por la puerta giratoria, y me dije: Chico, quién pudiera estar un rato con ella, sólo un día y una noche con ella, un sueño, y yo seguí andando y el perfume femenino quedó en el aire húmedo de la mañana.

Luego estuve un rato interminable mirando el escaparate de un estanco y el mundo entero desaparecía salvo el escaparate ante el que me encontraba fumando todo el tabaco que veía, e imaginé que era un autor célebre, y llevaba en la boca una pipa de brezo italiano, muy chula, y en la mano un bastón, y salía de un coche negro imponente, y también ella estaba allí, la señora de la piel de zorro plateado, orgullosísima de mí. Nos inscribíamos, nos íbamos a tomar unos cócteles, luego a bailar, a continuación a tomar más cócteles y yo le recitaba unos versos en sánscrito, y el mundo era fabuloso,

porque no pasaban dos minutos sin que alguna maravillosa mujer se me quedara mirando a mí, al autor célebre, y aunque lo único que pasaba era que le firmaba un autógrafo en la carta, la del zorro plateado se ponía muy celosa.

¡Dame algo tuyo, Los Ángeles! Ven a mí tal y como yo voy hacia ti, con los pies en tus calles, ciudad preciosa a la que tanto amo, flor triste enterrada en la arena, ciudad preciosa.

Un día, el siguiente, la víspera, y la biblioteca con las estanterías llenas de compinches, el viejo Dreiser, el viejo Mencken, todos los muchachos estaban allí e iba a verles, Hola Dreiser, Qué tal Mencken, Hola, Hola: también para mí hay un sitio, comienza por B, en el estante de la B, Arturo Bandini, haced sitio para Arturo Bandini, un hueco para su libro, y me sentaba a la mesa y me quedaba mirando el sitio donde estaría mi libro, muy cerca de Arnold Bennett; no igual que Arnold Bennett, pero algo de lustre sí daría a los que estuvieran en la B, el bueno de Arturo Bandini, otro miembro de la banda, hasta que aparecía por allí una chica, el perfume se esparcía por la sala de libros de ficción y el taconeo de los zapatos interrumpía la monótona constancia de mi gloria. ¡Día de fiesta, delirios de fiesta!

Pero la dueña de la pensión, la canosa dueña de la pensión no hacía más que escribirme notas: era de Bridgeport, Connecticut, su marido había muerto, ella estaba totalmente sola en el mundo y no confiaba en nadie, no podía permitírselo, me lo dijo con estas mismas palabras, y también que yo tenía que pagar. Se acumulaba igual que la deuda nacional, tenía que pagar o marcharme, y pagar hasta el último centavo: cinco semanas a cuenta, veinte dólares, y si no, se quedaría con mis baúles; sólo que yo no tenía baúles, sólo una maleta, de cartón además, sin una maldita correa siquiera, porque la correa la tenía alrededor de la cintura, sujetándome los pantalones, lo que tampoco era demasiado servicio porque apenas tenía pantalones.

—Acaba de escribirme mi agente literario —le dije—. El de Nueva York. Me dice que le han aceptado otro; no me ha dicho dónde, pero me ha dicho que se lo han aceptado. Así que no se preocupe, señora Hargraves, no tenga miedo, le pagaré mañana o pasado.

Pero no podía creer a un embustero como yo. En realidad no era una mentira; era un deseo, no una mentira, y quizás ni siquiera un deseo, tal vez un hecho consumado, y la única manera de saberlo era vigilar la llegada del cartero, observarlo con atención, revisar las cartas cuando las dejaba en la mesa del vestíbulo, preguntarle a bocajarro si había alguna para Bandini. Aunque después de seis meses en aquella pensión no tenía que preguntarle. Me veía llegar y siempre me hacía un ademán afirmativo o negativo con la

cabeza antes de que le hiciera ninguna pregunta: no, tres millones de veces; sí, una vez.

Un día recibí una carta preciosa. Bueno, recibía montones de cartas, pero aquélla fue la única carta hermosa, y la recibí por la mañana, y decía (mi corresponsal me comentaba «El perrito que reía») que había leído «El perrito que reía» y que le había gustado; decía: Señor Bandini, si alguna vez ha habido un genio bajo el sol, ése es usted. Se llamaba Leonardo, un gran crítico italiano, sólo que no tenía ninguna reputación como crítico, no era más que un ciudadano de Virginia Occidental, aunque era grande, era crítico, y se murió. Ya estaba muerto cuando recibió la carta que le había mandado por avión a Virginia Occidental y fue la hermana quien se encargó de devolvérmela. La carta que me escribió la hermana también era preciosa, también ella era una crítica muy buena, me decía que Leonardo había muerto de tuberculosis, pero que fue feliz hasta el final, y que una de las últimas cosas que hizo fue sentarse en el lecho y escribirme sobre «El perrito que reía»: un delirio al margen de la vida, pero muy importante; Leonardo, muerto ya, un santo del cielo comparable a cualquiera de los doce apóstoles.

Todos los de la pensión leyeron «El perrito que reía», absolutamente todos: era una historia que podía provocar un patatús a cada página y por otra parte tampoco trataba sobre ningún perro: una historia inteligente, poesía estupefaciente. Y el genial editor, nada menos que J. C. Hackmuth, que firmaba igual que un chino y que me había dicho en una carta: una historia soberbia y estoy orgulloso de editarla. La señora Hargraves la leyó y desde entonces fui otro hombre para ella. Tenía que quedarme en la pensión, no se me iba a echar al frío de las calles, aunque la temperatura subía a menudo de un modo alarmante, y todo ello a causa de «El perrito que reía». La señora Grainger, de la habitación 345, miembro de la Ciencia Cristiana (caderas estupendas, aunque algo mayorcita), oriunda de Battle Creek, Michigan, que se quedaba en el vestíbulo en espera de la muerte, y «El perrito que reía» la devolvió al mundo de los vivos, y la expresión que se le dibujó en los ojos me hizo comprender que había dado en el clavo, que yo también había dado en el clavo, aunque esperaba que me preguntase por mi situación económica, por cómo me iba, y después pensé por qué no le dices que te preste cinco dólares, pero no lo hice y me alejé chascando los dedos de fastidio.

La pensión se llamaba Alta Loma. Se había construido al revés en la falda de una colina, en lo alto de Bunker Hill, en sentido contrario a la pendiente del cerro, de suerte que la planta baja estaba al nivel de la calle, pero el piso décimo se encontraba diez pisos más abajo. Si se ocupaba la habitación 862,

se entraba en el ascensor y se bajaba ocho pisos, y si se quería bajar al garaje, no había que bajar sino que subir al ático, al piso que estaba encima de la planta baja.

¡Quién pudiera estar con una chica mexicana! Casi siempre pensaba en ella, en mi chica mexicana. Jamás había estado con ninguna, pero las había a cientos en las calles; la Plaza y el barrio chino estaban hasta los topes de chicas mexicanas, y eran más según mi modo de ver las cosas, ésta, aquella y la de más allá, y algún día, cuando recibiera otro cheque, sería un hecho consumado. Se trataba de una aventura gratis en el ínterin y ellas eran princesas aztecas y princesas mayas, las hijas de los peones y mozos de mulas que podían verse por Grand Central Market, en la iglesia de Nuestra Señora, y a las que, por verlas, incluso iba a misa. Era un comportamiento sacrílego, pero preferible a no ir a misa en absoluto, de modo que cuando escribía a mi madre, que vivía en Colorado, no tenía necesidad de mentirle. Mi querida madre: el domingo pasado fui a misa. En Grand Central Market tropezaba casualmente con las princesas a propósito. La situación me daba una oportunidad para hablar con ellas, sonreía y les pedía perdón. Hermosas muchachas, contentísimas cuando uno se conducía como un caballero y cosas así, cuando me limitaba a tocarlas y me llevaba el recuerdo del tacto a la habitación, donde el polvo se acumulaba sobre la máquina de escribir y Pedro el ratón se instalaba en su nido para contemplarme con sus ojos negros durante aquellas horas de ensueño y delirio.

Pedro el ratón, un ratón apacible aunque no domesticado y que no quería mimos ni que lo echaran de casa. Lo vi cuando entré en la habitación por primera vez, en mi periodo más fructífero, cuando «El perrito que reía» apareció en el número de agosto de la revista. Hacía ya cinco meses de aquel día, había llegado a la ciudad en autobús, procedente de Colorado, con ciento cincuenta dólares en el bolsillo y grandes proyectos en la cabeza. En aquella época tenía yo una filosofía. Amaba por igual a personas y animales, y Pedro no fue una excepción; pero el queso era caro, Pedro llamó a todos sus amigos, la habitación se llenó de ratones y yo tuve que desistir y darles pan. Pero no les gustaba el pan. Los había malacostumbrado y se marcharon a otros sitios, todos salvo Pedro el asceta, que se contentaba con roer las páginas de una vieja Biblia editada y distribuida por la Gideon Society.

¡Ah, aquel primer día! La señora Hargraves abrió la puerta de mi cuarto y hela allí, con una alfombra roja en el suelo, cuadros de paisajes ingleses en las

paredes y una ducha empotrada. La habitación era la 678 y estaba en el sexto sótano, casi tocando la colina, de modo que tenía la ventana a la altura de la ladera verde y no me hacía falta llave porque la ventana siempre estaba abierta. Por aquella ventana vi una palmera por primera vez, a dos metros apenas, y como es lógico me acordé del Domingo de Ramos, de Egipto y de Cleopatra, aunque la palmera tenía las ramas negruzcas, sucias a causa del monóxido de carbono que brotaba del paso subterráneo de Third Street, y el tronco escamoso estaba recubierto con el polvo y la arena procedentes de los desiertos de Mojave y Santa Ana.

Mi querida madre, solía decir cuando escribía a Colorado, Mi querida madre, todo marcha viento en popa. Hablé con el director de una revista muy importante, comimos juntos y hemos firmado un contrato para que me publique una serie de cuentos, aunque no quiero aburrirte con los detalles, queridísima mamá, porque sé que no te interesa la literatura, y sé que a papá tampoco, aunque de todos modos se trata de un contrato muy importante, si bien no entrará en vigor hasta pasados dos meses. Mándame pues diez dólares, madre querida, mándame cinco, madre del alma, porque el director de la revista (te diría su nombre, pero sé que estas cosas no te interesan) está dispuesto a lanzarme y a convertirme en figura de un proyecto muy ambicioso.

Mi querida madre y el estimado señor Hackmuth, el director de la importante revista, eran los destinatarios de casi todas las cartas que escribía, prácticamente los únicos destinatarios de mis cartas. El viejo Hackmuth, con su ceño fruncido y peinado con la raya en medio, el gran Hackmuth, cuya pluma era semejante a una espada: tenía su foto en la pared, una foto dedicada y con una firma igual que la de un chino. Hola, Hackmuth, le solía decir. ¡Dios mío, usted sí que sabe escribir! Pero entonces llegaron los días de vacas flacas y Hackmuth comenzó a recibir mis cartas más prolijas. Dios mío, señor Hackmuth, me ha sucedido algo espantoso: se me ha ido la inspiración y ya no sé qué escribir. ¿Cree usted, señor Hackmuth, que tendrá algo que ver con el clima de este lugar? Aconséjeme, por favor. ¿Cree usted, señor Hackmuth, que escribo igual que William Faulkner? Aconséjeme, por favor. ¿Cree usted, señor Hackmuth, que la sexualidad puede tener alguna relación con lo que me pasa?, porque, mire usted, señor Hackmuth, porque, porque, y se lo contaba todo a Hackmuth. Le conté lo de la rubia que conocí en el parque. Le conté cómo me la trabajé y cómo sucumbió. Le conté absolutamente todo, sólo que no era verdad, era una mentira más grande que una casa: pero, en fin, algo es algo. Se trataba de escribir, de mantenerme en contacto con la grandeza, y él

me respondía siempre. ¡Chico, era un tío de primera! Me respondía a vuelta de correo, como un gran hombre que reacciona ante los problemas de un hombre de talento. Nadie recibía tantas cartas de Hackmuth, nadie salvo yo, y solía llevarlas encima, las leía una y otra vez y las besaba. Me detenía ante la foto de Hackmuth con los ojos arrasados de lágrimas y le decía que esta vez había encontrado algo bueno, algo grandioso, un individuo llamado Bandini, Arturo Bandini, yo.

Época difícil y de resolución. Es el término exacto, resolución: Arturo Bandini ante la máquina de escribir durante dos días seguidos, resuelto a ser algo grande; pero no sirvió de nada, el asedio más largo de su vida y con la más firme de las resoluciones, y ni una sola línea, sólo una palabra repetida a lo largo y ancho de la página, la misma palabra siempre: palmera, palmera, palmera, una guerra a muerte entre la palmera y yo, y ganó la palmera: ved cómo se mece en el aire azul, cómo cruje con dulzura en el aire azul. La palmera venció después de dos días de combate y yo salí por la ventana y me senté al pie del árbol. Pasó el tiempo, unos minutos, y me quedé dormido con un reguero de hormigas pardas correteándome entre el vello de las piernas.

Yo tenía entonces veinte años. Joder, me decía, tómate el tiempo que haga falta, Bandini. Tardaste diez años en escribir un libro, así que tómatelo con calma, sal a la calle, aprende de la vida, pasea por ahí. Porque ése es tu problema: que no sabes nada de la vida. Diantre, joder, mira, tú, ¿te das cuenta de que nunca has tenido ninguna experiencia con una mujer? Sí, sí que la he tenido, he tenido muchísimas experiencias. Que no, te digo que no. Necesitas una mujer, necesitas un baño, necesitas una buena sacudida ya, necesitas dinero. Dicen que un dólar, dicen que en los sitios finos dos dólares, pero en la Plaza es un dólar; muy bien, sólo que no tienes un dólar, y algo más, so cobarde, aunque tuvieras un dólar no irías, porque ya tuviste ocasión de ir una vez en Denver y no fuiste. No, cobardica, tenías miedo, y aún lo tienes, y te alegras de no tener un dólar.

¡Miedo de una mujer! ¡Jo, pues vaya gran escritor! ¿Cómo puede escribir sobre mujeres si nunca ha estado con una? Ay, embustero de mierda, estafador, no me extraña que no puedas escribir. No me extraña que no aparezca ninguna mujer en «El perrito que reía». No me extraña que no sea una historia de amor, so cretino, colegial braguetero.

Escribir una historia de amor, aprender de la vida.

Recibí dinero por correo. No era un cheque del supremo Hackmuth, no era que *The Atlantic Monthly* o *The Saturday Evening Post* me hubieran aceptado un cuento. No eran más que diez dólares, toda una fortuna. Me los mandaba mi madre: unas pólizas de seguros de poca monta, Arturo, las había suscrito porque garantizaban dinero en efectivo y esto es lo que te corresponde. Bueno, eran diez dólares; fuera un manuscrito u otro, algo por lo menos se había vendido.

Mételos en el bolsillo, Arturo. Lávate la cara, péinate, ponte cualquier cosa que te haga oler bien mientras te miras en el espejo en busca de canas; porque estás preocupado, Arturo, estás preocupado y la preocupación hace que salgan canas. No había ninguna, sin embargo, ni un pelo. Sí, bueno, pero ¿qué hay del ojo izquierdo? Parece apagado. Cuidado, Arturo Bandini; no fuerces la vista, recuerda lo que le ocurrió a Tarkington, recuerda lo que le pasó a James Joyce.

No está mal, en pie en el centro de la habitación, charlando con la foto de Hackmuth, no está mal, Hackmuth, algo sacarás de todo esto. ¿Qué tal estoy, Hackmuth? ¿No se pregunta usted a veces, Herr Hackmuth, qué aspecto tendré? ¿No se pregunta usted a veces si será guapo y elegante el Bandini ese, el autor del brillante «El perrito que reía»?

Una vez, en Denver, hubo otra noche como ésta, sólo que en Denver yo no era escritor, aunque estaba en una habitación igual que la actual y hacía idénticos planes, y fue desastroso porque allí no hacía más que pensar en la Virgen María y en *No desearás a la mujer de tu prójimo*, y la abnegada muchacha cabeceó con tristeza y tuvo que desistir, pero aquello ocurrió hace mucho y esta noche van a cambiar las cosas.

Salí por la ventana y ascendí por la ladera hasta llegar a la cima de Bunker Hill. Aspirar el perfume de la noche, aspirar el perfume de una orgía, oler las estrellas, oler las flores, oler el desierto y el polvo dormido de la cima de Bunker Hill. La ciudad estaba engalanada como un árbol de Navidad, roja, verde, azul. Salud, casas viejas, hermosas hamburguesas que canturreáis en los bares baratos, Bing Crosby canturreando también. Va a ser una chica dulcísima conmigo. No las chicas de mi infancia, las chicas de mi niñez, las chicas del instituto. Éstas se asustaban de mí, no tenían confianza en sí mismas, me rechazaban; pero mi princesa no, porque ella lo comprenderá. También a ella la han despreciado.

Bandini, sigue andando, no muy alto pero sí fornido, orgulloso de su musculatura, apretando los puños para complacerse con la alegría salvaje de los bíceps, estúpido y temerario Bandini, que no teme nada salvo lo desconocido en un mundo de maravillas y misterios. ¿Resucitan los muertos? Los libros dicen que no, la noche grita que sí. Tengo veinte años, he alcanzado la edad de la razón, estoy a punto de meterme por las calles de abajo, en busca de una mujer. ¿Está ya mancillada mi alma? ¿Doy media vuelta? ¿Me vigila algún ángel? ¿Calman mis temores las plegarias de mi madre? ¿Me turban las plegarias de mi madre?

Diez dólares: pagaré el alquiler de dos semanas y media, me compraré tres pares de zapatos, dos pantalones, o bien un millar de sellos para lo que haya de enviar a las revistas; ¡por supuesto! Pero no tienes nada que enviar, tus dotes son dudosas, tus dotes son de pena, no estás dotado para escribir, y deja ya de mentirte día tras día porque sabes muy bien que «El perrito que reía» no vale nada y que nunca valdrá nada.

Sigue pues andando por Bunker Hill, amenaza al cielo con el puño, sé qué piensas, Bandini. Imágenes de tu padre ante ti, un latigazo en la espalda,

fuego y lava en el cráneo, que la culpa no es tuya: esto es lo que piensas, que naciste pobre, en el seno de una familia de campesinos pobres, obligado por la pobreza, obligado a huir del pueblo de Colorado en que naciste porque eras pobre, vagabundeando por las cloacas de Los Ángeles porque eres pobre, esperando escribir un libro que te haga rico, porque los que te detestaban allá en Colorado dejarán de detestarte si escribes un libro. Eres un cobarde, Bandini, un traidor a tu propia alma, un embustero de pena ante ese Jesucristo tuyo que llora. Por eso escribes, por eso sería mejor que te murieras.

Sí, es verdad. Pero en Bel-Air he visto casas con jardines frescos y alfombrados de césped y piscinas de agua verdosa. He deseado a mujeres cuyos solos zapatos valen cuanto he tenido en toda mi vida. He visto palos de golf en los escaparates de Spalding, en Sixth Street, que me despiertan unas ganas locas de tenerlos en las manos. He llorado por tener una corbata, igual que el hombre piadoso llora por sus pecados. He admirado los sombreros que venden en Robinson del mismo modo que los críticos de arte se quedan boquiabiertos ante las obras de Miguel Ángel.

Bajé los peldaños de Angel's Flight hasta llegar a Hill Street: ciento cuarenta escalones, con los puños apretados, no asustado de ningún hombre, pero sí temeroso del paso subterráneo de Third Street, temeroso de cruzarlo, por claustrofobia. Asustado también de los sitios elevados, y de la sangre, y de los temblores de tierra; por lo demás, ningún temor, salvo el temor de la muerte, de gritar en medio de la multitud, de una apendicitis, de sufrir del corazón, hasta de esto, estar en la propia habitación con un reloj en la mano y los dedos de la otra en la yugular, contando los latidos cardíacos, escuchando los extraños zumbidos y retortijones del estómago. Por lo demás, ningún miedo en absoluto.

He aquí una idea rentable: los escalones, la ciudad abajo, las estrellas al alcance de las uñas: historia de chico-conoce-chica, planteamiento cómodo, idea superrentable. La chica vive en aquella casa de vecinos de color grisáceo, el chico vive a salto de mata. El chico soy yo. La chica es el hambre. La chica rica de Pasadena no quiere saber nada de dinero. Abandona a propósito los millones de Pasadena por fastidio, porque le aburre el dinero. Chica hermosa, alegre. Historia a lo grande, conflicto psicopatológico. Chica con fobia al dinero: planteamiento freudiano. Hay otro tipo que la quiere, un sujeto rico. Yo soy pobre. Conozco al rival. Lo desuello vivo con mi ingenio mordaz y además le doy una paliza con los puños. Chica impresionada, se derrite por mí. Me ofrece millones. Me caso con ella a condición de que siga siendo pobre. Accede. Pero hay final feliz: la chica me engaña el día de la boda

abriéndome una cuenta corriente de aquí te espero. Yo me cabreo pero la perdono porque la amo. Buen argumento, aunque con un fallo: era una historia típica de revista femenina.

Mi querida madre, gracias por los diez dólares. Mi agente literario me informa de que nos han contratado otro cuento, esta vez una revista muy importante de Londres, aunque al parecer no pagan hasta que se publica, o sea que la pequeña cantidad que me has mandado me vendrá bien para solucionar un par de cosillas.

Fui a ver una revista de variedades. Ocupé el mejor asiento disponible, un dólar con diez centavos, al pie mismo de un coro de cuarenta culos manoseados: algún día todos serán míos: me compraré un yate y navegaremos por los Mares del Sur. Las tardes que haga calor bailarán para mí en la cubierta soleada. Pero serán mías las mujeres hermosas, elegidas entre la flor y nata de la sociedad, y que querrán competir con las alegrías y placeres de mi fama. Bien, esto es lo que necesito, esto es la experiencia, estoy aquí por un motivo, son momentos que se traducirán en páginas, el revés de la medalla de la vida.

Entonces apareció Lola Linton, contoneándose como una culebra de raso entre el alboroto que producían los silbidos y pateos, Lola Linton la lujuriosa, enroscándoseme y saqueándome la anatomía, y cuando hubo acabado, me dolían los dientes de tanto apretar las mandíbulas, y maldije a los patanes puercos y rijosos que me rodeaban y que pedían a gritos una parte de la felicidad obscena que me pertenecía en exclusiva.

Si mamá había vendido las pólizas tenía que ser porque al viejo no le iban bien las cosas y yo no debería estar en un sitio como aquél. De pequeño solía ver fotos de muchas Lola Linton y me impacientaba hasta lo indecible porque el tiempo y la niñez avanzaban muy despacio, y suspiraba por que llegase el día, este mismo día, y aquí estoy, no he cambiado ni tengo a ninguna Lola Linton, aunque fantaseaba con ser rico y soy pobre.

Main Street después del espectáculo, medianoche: luces de neón y niebla ligera, antros de mala muerte y cines abiertos toda la noche. Tiendas de artículos de segunda mano, salas de baile para filipinos, cócteles a quince centavos, espectáculos continuos, pero yo ya lo había visto todo, muchas veces, había invertido en ello mucho dinero procedente de Colorado. Hacía que me sintiera solitario, semejante a un hombre sediento que alargase la copa, de modo que me dirigí hacia el barrio mexicano con la sensación de sufrir una enfermedad indolora. Y me encontré ante la iglesia de Nuestra Señora, muy antigua, con los adobes ennegrecidos por el tiempo. Entré por

motivos sentimentales. Sólo por motivos sentimentales. No he leído a Lenin, pero he oído comentar una frase suya, que la religión es el opio del pueblo. Hablando conmigo mismo en la escalinata de la iglesia: el opio del pueblo, pues claro que sí. Yo es que soy ateo: he leído *El Anticristo* y me parece una obra imprescindible. Creo en la transvaloración de los valores, señor mío. La Iglesia debe desaparecer, es el refugio del Mester de Patanería, de los patanes y pelmazos y toda la charlatanería de tres al cuarto.

Abrí la puerta enorme, que produjo un chirrido semejante al llanto. Por encima del altar chisporroteaba la eterna claridad rojo sangre que iluminaba con matices carmesí un silencio de casi dos mil años. Era igual que la muerte, aunque también recordaba a niños que gritaban en el momento del bautismo. Me arrodillé. Era una costumbre, eso de la genuflexión. Me senté. Mejor arrodillarse, porque el agudo pinchazo que se sentía en las rodillas era una distracción en medio de aquel silencio espantoso. Una oración. Claro, una oración: por motivos sentimentales. Dios Todopoderoso, lamento ser ateo ahora, pero ¿has leído a Nietzsche? ¡Un libro estupendo! Dios Todopoderoso, voy a jugar limpio. Voy a hacerte una proposición. Haz que sea un gran escritor y volveré al seno de la Iglesia. Y otro favor, Dios de mi vida: haz que mi madre sea feliz. El viejo no me preocupa; él tiene su vino y su salud a prueba de bomba, pero mi madre me preocupa. Amén.

Cerré la puerta lloriqueante y me quedé en la escalinata, la niebla semejante a un animal blanco e inmenso que lo cubriera todo, la Plaza semejante al ayuntamiento de mi pueblo, prisionera de un silencio níveo. Pero los ruidos se propagaban con rapidez y claridad a través del letargo y el que oía era el taconeo de unos zapatos de mujer. Apareció una joven. Llevaba un abrigo viejo y verde y las facciones se le perfilaban bajo la bufanda roja anudada bajo la barbilla. En la escalinata se encontraba Bandini.

—Hola, cielo —dijo la muchacha con una sonrisa, como si Bandini fuera su marido o su novio. Subió el primer peldaño y alzó los ojos para mirarle—. ¿Te decides, cariño? ¿Quieres que te haga pasar un buen rato?

Bandini el superligón, el superligón sin escrúpulos.

—No —dijo—. Gracias. Esta noche no.

Se marchó corriendo, dejándola con los ojos clavados en él y murmurando palabras que no alcanzó a oír. Recorrió media manzana. Estaba satisfecho. Por lo menos se había dirigido a él. Por lo menos se había dado cuenta de que era un hombre. Se puso a silbar una melodía por el placer de silbarla. La experiencia del hombre de ciudad es universal. Conocido escritor nos habla de sus noches con las mujeres de la calle. Arturo Bandini, el famoso escritor,

revela sus experiencias con una prostituta de Los Ángeles. La crítica afirma que es el mejor libro que se ha escrito.

Bandini (entrevistado a punto de partir para Suecia): Yo daría a todos los escritores jóvenes un consejo muy sencillo. Que no dejen escapar nunca la oportunidad de probar una experiencia nueva. Que vivan la vida en su caldo de cultivo, que se enfrenten a ella con valentía, que la aborden con los puños desnudos.

Periodista: Señor Bandini, ¿cómo se le ocurrió escribir este libro que le ha hecho ganar el Premio Nobel?

Bandini: El libro está basado en una experiencia auténtica que me sucedió en Los Ángeles una noche. Todas y cada una de las palabras del libro son verdaderas. He vivido el libro, es experiencia pura.

Suficiente. Me di cuenta de todo en el acto. Di la vuelta y me dirigí otra vez a la iglesia. La niebla era impenetrable. La chica había desaparecido. Seguí andando: cabía la posibilidad de encontrarla. Volví a verla en la esquina. Hablaba con un mexicano alto. Se pusieron en marcha, cruzaron la calle y entraron en la Plaza. Fui tras ellos. ¡Dios mío, nada menos que un mexicano! Las mujeres así deberían hacer distinciones raciales. Sentí odio por aquel individuo, por aquel hispano, por aquel pellejo aceitoso. Caminaban bajo los plátanos de la Plaza y sus pasos resonaban en medio de la niebla. Oí que el mexicano reía. La muchacha rió a continuación. Cruzaron la calle y se introdujeron por un callejón que penetraba en el barrio chino. Los anuncios orientales de neón coloreaban la niebla de un tono rosado. Entraron en el zaguán de una pensión que había junto a un restaurante chino y subieron por la escalera. Había baile en un piso del otro lado de la calzada. A lo largo de las aceras había sendos regueros de taxis estacionados. Me apoyé en el guardabarros delantero del taxi que se encontraba delante de la pensión y esperé. Encendí un cigarrillo y esperé. Esperaría hasta que el infierno se helase. Esperaría hasta que Dios me fulminase con un rayo.

Pasó media hora. Oí ruido en la escalera. Se abrió la puerta. Apareció el mexicano. Le envolvió la niebla, encendió un cigarrillo y bostezó. Sonrió abstraído, se encogió de hombros y nada más alejarse lo engulló la niebla. Adelante, sonrío. Hispano apestoso, ¿qué motivo tienes para sonreír? Procedes de una raza aplastada y muerta y sólo porque has subido a la habitación con una de nuestras jovencitas blancas te pones a sonreír. ¿Piensas que habrías tenido esta oportunidad si yo hubiera dicho que sí en la escalinata de la iglesia?

Un instante después resonó en la escalera el taconeo de los zapatos de la joven y la chica se adentró en la niebla. La misma chica, el mismo abrigo verde, la misma bufanda. Me vio y sonrió.

—Hola, cariño. ¿Quieres pasar un buen rato?

Ahora lo tienes fácil, Bandini.

—Bueno —dije—, puede que sí y puede que no. ¿Qué sueles hacer?

—Sube y lo verás, cariño.

Deja de sonreír por lo bajo, Arturo. Sé educado y comprensivo.

—Podría subir —dije—. Pero a lo mejor se me quitan las ganas.

—Vamos, cariño, sube de una vez. —Los huesos frágiles de la cara, el olor a vino agrio que le brotaba de la boca, la nauseabunda hipocresía de su dulzura, sed de dinero en los ojos.

Bandini que dice:

—¿Cuánto se cobra actualmente?

Me cogió del brazo y tiró de mí hacia la puerta, aunque con amabilidad.

—Sube, cariño. Ya hablaremos arriba.

—Es que en realidad no estoy muy caliente —dijo Bandini—. Vengo..., vengo directamente de una orgía.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, mientras subo las escaleras, no voy a poder hacerlo. Tengo que salir de ésta. Los pasillos huelen a cucarachas, una bombilla amarilla en el techo, eres demasiado exquisito para soportar estas cosas, la chica que me sujeta por el brazo, algo raro te pasa, Arturo Bandini, eres un misántropo, tu vida entera está condenada al celibato, habrías tenido que ser cura, el padre O’Leary cuando nos habló aquella tarde, cuando nos contó las alegrías de la contención y la renuncia, y con el dinero de mi mismísima madre además, Oh, María, tú, que fuiste concebida sin pecado, ruega por aquellos que recurrimos a ti..., hasta que llegamos al final de las escaleras, recorrimos un pasillo sombrío y mugriento, alcanzamos la habitación del fondo, la chica encendió la luz y entramos.

Un cuarto más reducido que el mío, sin alfombras, sin retratos, una cama, una mesa, una jofaina. Se quitó el abrigo. Llevaba debajo un vestido estampado azul. No llevaba medias. Se quitó la bufanda. No era una rubia de verdad. En las raíces del pelo le despuntaba el color negro. Tenía la nariz un tanto aquilina. Bandini en la cama, instalado como por casualidad, como hombre que supiera sentarse en un lecho.

Bandini:

—Tienes una habitación muy bonita.

Dios mío, tengo que escapar de aquí, es horrible.

La chica se sentó a mi lado, me rodeó con los brazos, apretó el pecho contra el mío, me besó, me recorrió los dientes con una lengua helada. Me puse en pie de un salto. Piensa con rapidez, oh cerebro mío, querido cerebro mío, por favor, sácame de este aprieto y nunca volverá a suceder. Volveré a la Iglesia de mis mayores desde mañana mismo. De ahora en adelante, mi vida discurrirá semejante a un arroyuelo de aguas puras y cristalinas.

La chica se tumbó de espaldas con las manos en la nuca, las dos piernas en la cama. Aspiraré la fragancia de las lilas de Connecticut, lo juro, antes de morir, y veré las iglesias blancas, limpias, pequeñas, silenciosas de mi juventud, las cercas que rompí para escapar.

—Mira —le dije—, quiero hablar contigo.

Cruzó las piernas.

—Soy escritor —dije—. Estoy acumulando material para un libro.

—Ya sabía que eras escritor —me dijo—. O agente de comercio, o algo por el estilo. Respiras espiritualidad, cariño.

—Pues sí, soy escritor. Me gustas y esas cosas. Estás buena y me gustas. Pero antes quisiera hablar contigo.

Se enderezó.

—¿No tienes dinero, cariño?

Dinero, je, je, je. Lo saqué, saqué el fajo de dólares prieto y pequeño. Pues claro que tenía dinero, montañas de dinero, esto no es más que una muestra insignificante, el dinero no es problema, el dinero no significa nada para mí.

—¿Cuánto cobras?

—Dos dólares, cariño.

Dale tres entonces, con desenvoltura, como quien se desprende de la caspa, sonrío y dáselos porque el dinero no es ningún problema, quien me dio éste puede darme mucho más, mi madre, sentada en este preciso segundo junto a la ventana, con el rosario en la mano, esperando a que el viejo vuelva, pero hay dinero, siempre hay dinero.

Cogió el dinero y lo guardó bajo la almohada. Me dio las gracias y su sonrisa se transformó. El escritor quería hablar. ¿Qué tal estaba el trabajo actualmente? ¿Cómo es que a una chica como ella le gustaba aquella clase de vida? Oh, por favor, cariño, basta ya de hablar, empecemos de una vez. No, no, yo quiero que hablemos, es importante, un nuevo libro, materia prima. Lo hago a menudo. ¿Cómo te metiste en el oficio? Joder, cariño, ¿es que también me vas a preguntar eso? Que el dinero no es problema, ya te lo dije. Pero mi tiempo tiene precio, cariño. Toma otros dos dólares. Ya van cinco, Santo Dios, cinco dólares del ala y aún no he salido de aquí, cuánto te odio, basura

inmunda. Aunque eres más pura que yo porque no tienes ninguna inteligencia que vender, sólo la triste envoltura de la carne.

La chica estaba impresionada, dispuesta a cualquier cosa. Habría hecho con ella lo que me hubiera dado la gana, y quiso atraerme hacia sí, pero no, esperemos un rato. Te he dicho que quiero hablar, que el dinero no es problema, toma tres más, ya van ocho, pero no importa. Quédate con los ocho dólares y cómprate algo bonito. De pronto chasqué los dedos como hombre que recuerda algo, algo importante, una cita, un compromiso.

—Eh —dije—, ahora que recuerdo. ¿Qué hora es?

Había hundido la barbilla en mi cuello y me lo acariciaba.

—No te preocupes por la hora, cariño. Puedes quedarte toda la noche.

Un hombre importante, importantísimo, ahora lo recordaba, mi editor, iba a llegar en avión aquella misma noche. En Burbank, iba a aterrizar en Burbank. Tendré que coger un taxi para ir allí, tengo que darme prisa. Adiós, adiós, quédate los ocho pavos, cómprate algo bonito, adiós, adiós, bajando las escaleras a toda velocidad, huyendo, sumergiéndome en la niebla acogedora de la calle, quédate los ocho pavos, oh dulce niebla, te he visto y hacia ti corro, oh aire puro, oh mundo maravilloso, hacia ti voy, adiós, gritando por las escaleras, volveremos a vernos, quédate los ocho dólares y cómprate algo que te guste. Ocho dólares que me hacen llorar sangre, Jesús, acaba conmigo, dame la muerte y envía a casa mi cadáver, dame la muerte, hazme morir como un pagano idiota que no cuenta con sacerdote alguno para absolverle, ni con la extremaunción, ocho dólares, ocho dólares...

Días de penuria, cielo azul donde nunca se ve una nube, mar azul día tras día y el sol que flota en él. Días de abundancia: abundancia de preocupaciones, abundancia de naranjas. Comérselas en la cama, comérselas a la hora de la comida, dejarlas de lado a la hora de la cena. Naranjas, cinco centavos la docena. En el cielo la luz del sol, en mi estómago el zumo del sol. Desde el colmado japonés me vio llegar el japonés sonriente de cara de supositorio y echó mano de una bolsa de papel. Hombre generoso, me daba quince, veinte a veces, por una moneda de cinco centavos.

—¿Gustar plátanos? —Pues claro, y me dio un par de plátanos. Novedad agradable, zumo de naranja con plátano—. ¿Gustar manzanas? —Pues claro, y me dio unas cuantas manzanas. He aquí algo diferente: naranjas y manzanas—. ¿Gustar melocotones? —Naturalmente, y volví con la bolsa marrón a mi cuarto. Una novedad interesante, melocotones con naranjas. Hundí los dientes en la pulpa, el zumo se me escurrió hasta el fondo del estómago y allí se puso a lloriquear. Había mucha tristeza en el fondo de mi estómago. Había mucho llanto y nubes de gas, pequeñas y sombrías, me acorralaban el corazón.

El brete me condujo hasta la máquina de escribir. Tomé asiento ante ella, abrumado de pesar por Arturo Bandini. A veces pasaba flotando una idea inocua por la habitación. Era igual que un pajarillo blanco. Sin ninguna mala intención. Sólo quería ayudarme, el amable pajarillo. Pero yo me lanzaba sobre ella, la aporreaba con las teclas y se me moría entre las manos.

¿Qué me pasaba? Cuando era pequeño, había rezado a Santa Teresa para que me concediera una estilográfica nueva. La oración fue escuchada. El caso es que conseguí una estilográfica nueva. Entonces volví a rezar a Santa Teresa. Por favor, santa amable y bondadosa, concédeme una idea. Pero me ha abandonado, me han abandonado todos los dioses y, al igual que Huysmans, estoy solo, con los puños apretados, con lágrimas en los ojos. Si por lo menos me quisiera alguien, aunque fuera una chinche, aunque fuera un ratón, pero también estas cosas pertenecían al pasado; hasta Pedro me había abandonado al ver que no le podía ofrecer nada mejor que cortezas de naranja.

Pensé en mi casa, en los espaguetis que nadaban en riquísima salsa de tomate, recubiertos de queso parmesano, en las tartas de limón de mamá, en el

cordero asado y el pan tierno, y me sentí tan desdichado que me hundí adrede las uñas en la carne del brazo hasta que brotó una gota de sangre. Me produjo una satisfacción enorme. Yo era la criatura más infeliz del Señor, obligada incluso a torturarse a sí misma. Estaba claro que no había en la tierra un dolor más grande que el mío.

Hackmuth tenía que saberlo, el poderoso Hackmuth, que alentaba a los genios desde las páginas de su revista. Estimado señor Hackmuth, escribí, describiendo el pasado glorioso, estimado señor Hackmuth, página tras página, el sol un globo de fuego en Occidente que se hundía despacio en el blanco de niebla que ascendía de la costa.

Sonó un golpe en la puerta, pero guardé silencio porque podía ser la pesada aquella que andaba tras el maldito alquiler. Se abrió la puerta entonces y apareció una cabeza calva, huesuda y con la cara cubierta de barba. Era el señor Hellfrick, que vivía en el cuarto contiguo. El señor Hellfrick era ateo, militar jubilado, vivía de una pensión exigua con la que apenas podía pagarse el alcohol que bebía, aunque compraba la ginebra más barata del mercado. Andaba siempre con un albornoz gris, exento tanto de cinturón como de botones, y aunque fingía algún recato, en realidad se le daba una higa, llevaba siempre abierto el albornoz y debajo se le veía mucho pelo y muchos huesos. El señor Hellfrick tenía siempre los ojos enrojecidos porque todas las tardes, cuando el sol daba en la parte occidental de la pensión, se ponía a dormir con la cabeza fuera de la ventana y con el tronco y las piernas dentro. El primer día que estuve en la pensión me pidió prestados quince centavos, y aunque había hecho esfuerzos tan denodados como inútiles por recuperarlos, había acabado por renunciar a la esperanza de disponer otra vez de aquel dinero que era mío. Habíamos terminado por distanciarnos a causa del episodio, por lo que fue una sorpresa verle meter la cabeza en mi habitación.

Entornó los ojos con complicidad, se llevó un dedo a los labios y me instó a guardar silencio, aunque yo no había dicho nada aún. Quería que se diese cuenta de mi hostilidad, recordarle que yo no sentía ningún respeto por el hombre que no cumplía su palabra. Cerró la puerta con cuidado y cruzó la estancia con la punta de los pies huesudos, el albornoz abierto de par en par.

—¿Le gusta la leche? —me murmuró.

La verdad es que sí, y se lo dije. Entonces me dio a conocer su plan. El individuo que repartía la leche Alden en Bunker Hill era amigo suyo. Todas las mañanas, a eso de las cuatro, el individuo estacionaba el camión detrás de la pensión y subía por las escaleras de atrás hasta la habitación de Hellfrick para darle un tiento a la ginebra.

—O sea —dijo—, que si le gusta la leche, no tiene más que servirse usted mismo.

Cabeceé.

—Lo que me propone es despreciable, Hellfrick —dije, asombrado de que Hellfrick y el lechero fuesen amigos—. Si es amigo suyo, ¿por qué diablos quiere que le roben la leche? Él se bebe su ginebra. ¿Por qué no le pide la leche a cambio?

—Porque a mí no me gusta la leche —dijo Hellfrick—. Lo hago por usted.

Me pareció una forma de soslayar el pago de la cantidad que me adeudaba. Cabeceé.

—No, gracias, Hellfrick. Prefiero seguir considerándome un hombre honrado.

Se encogió de hombros, se envolvió en el albornoz.

—Como quiera, joven. Sólo trataba de hacerle un favor.

Seguí con la carta a Hackmuth, aunque sentí el sabor de la leche casi al instante. Al cabo de un rato ya no lo podía soportar. Me eché en la cama sumido en la semioscuridad y dejé que la tentación me acorralase. Minutos después había desaparecido toda resistencia y llamaba a la puerta de Hellfrick. La habitación parecía un manicomio, el suelo estaba alfombrado por una pátina de publicaciones baratas con historietas de vaqueros, las sábanas de la cama estaban negras como el carbón, la ropa se encontraba esparcida por todas partes y los ganchos de colgar ropa que había en la pared estaban tan desnudos y abandonados que parecían dientes rotos empotrados en un cráneo. Había platos encima de las sillas, colillas aplastadas en el alféizar de las ventanas. Era un cuarto igual que el mío, sólo que en el suyo había una pequeña estufa de gas en un rincón y disponía de un vasar para sartenes y cacerolas. La dueña de la pensión le cobraba un precio especial porque la habitación se la limpiaba él mismo y él mismo se hacía la cama, aunque en realidad no hacía ninguna de las dos cosas. Hellfrick estaba sentado en una mecedora, enfundado en el albornoz, con los pies rodeados de botellas de ginebra. Bebía de la botella que tenía en la mano. Bebía siempre, de noche y de día, aunque no se emborrachaba nunca.

—He cambiado de idea —le dije.

Se llenó la boca de ginebra, agitó el licor dentro de la boca y se lo tragó con expresión de éxtasis.

—Eso está hecho —dijo. Se puso en pie y cruzó la habitación en busca de los pantalones, que yacían tirados de cualquier manera. Durante unos

segundos pensé que me iba a devolver el dinero que me debía, pero se limitó a rebuscar no sé qué en los bolsillos y volvió a la silla con las manos vacías. Yo seguía inmóvil.

—Ahora que me acuerdo —le dije—. Me preguntaba si me podría devolver el dinero que le presté.

—No he podido reunirlo —dijo.

—¿No me podría devolver una parte, por ejemplo diez centavos?

Negó con la cabeza.

—¿Cinco centavos?

—Estoy en la ruina, pollo.

Tomó otro trago. De una botella nueva, casi llena.

—No le puedo dar nada en metálico, pollo. Pero haré que tenga usted toda la leche que le haga falta. —Y pasó a explicarse. El lechero llegaría a eso de las cuatro. Yo tenía que permanecer despierto y atento a su llamada. Hellfrick entretendría al lechero durante veinte minutos cuando menos. Era un soborno, un medio de eludir el pago de la deuda, pero me moría de hambre.

—Pero hay que pagar lo que se debe, Hellfrick. Si añadiese los intereses, acabaría usted encontrándose en una situación difícil.

—Le pagaré, joven —dijo—. Le pagaré hasta el último centavo en cuanto pueda.

Volví a mi cuarto tras cerrar con furia la puerta de Hellfrick. No quería parecer inhumano, pero la cosa pasaba ya de castaño oscuro. Yo sabía que la garrafa de tres litros y medio de la ginebra que bebía costaba como mínimo treinta centavos. Y yo estaba convencido de que era capaz de contener su alcoholismo el tiempo suficiente para pagar aunque sólo fuera lo que debía.

La noche se cernió con lentitud. Tomé asiento junto a la ventana y me entretuve liando cigarrillos de picadura con pedazos de papel higiénico. En épocas más prósperas, uno de mis caprichos había sido fumar picadura. Había comprado una caja metálica, con la que me habían dado gratis la pipa, que venía sujeta a la lata por una goma. Pero había perdido la pipa. Era un tabaco tan fuerte y basto que apenas tiraba con el papel corriente de fumar, pero liado con papel higiénico de doble hoja quedaba sólido y compacto, y a veces ardía como una antorcha.

La noche se abatió despacio, primero con sus olores frescos y a continuación con su manto de oscuridad. Del otro lado de la ventana se extendía la metrópoli, las farolas callejeras, el rojo, azul y verde de los tubos de neón que refulgían con vitalidad como flores nocturnas incandescentes. No tenía hambre, debajo de la cama había un montón de naranjas y las

misteriosas risitas que me resonaban en la boca del estómago no eran más que nubes densas de humo de tabaco que se habían estancado allí y buscaban con desesperación una forma de salir.

De modo que por fin había sucedido: estaba a punto de convertirme en ladrón, en un afanador de leche de tres al cuarto. En esto se había transformado el genio de genio pasajero, el cuentista de un solo cuento: en ladrón. Me llevé las manos a la cabeza y me puse a mover el tórax adelante y atrás. Virgen Santísima. Titulares de prensa, joven promesa de la literatura sorprendido robando leche, famoso protegido de J. C. Hackmuth acusado de hurto menor, periodistas como moscas a mi alrededor, chisporroteo de cámaras fotográficas, alguna declaración, Bandini, ¿cómo fue? Pues bien, chicos, la cosa sucedió así: veréis, en realidad nado en la abundancia, por los manuscritos que me contratan en condiciones muy ventajosas y cosas por el estilo, pero el caso es que estaba trabajando en un cuento sobre un tipo que roba una botella de leche y yo quería basarme en hechos experimentados directamente por mí, ¿lo comprendéis, muchachos? El cuento aparecerá en el *Post*, se titula «El ladrón de leche». Si me dais vuestra dirección, os enviaré a todos un ejemplar gratis.

Pero no ocurriría de este modo, porque nadie conoce a Arturo Bandini y te caerán seis meses, te meterán en la cárcel, serás un delincuente ¿y qué dirá tu madre? ¿Y qué dirá tu padre? ¿No oyes ya a los tipos aquellos que se dejaban caer por la estación de servicio de Boulder, Colorado? ¿No les oyes burlarse del gran escritor al que han cogido robando una botella de leche? ¡No lo hagas, Arturo! ¡Si aún te queda un gramo de honradez, no lo hagas!

Me levanté de la silla y me puse a pasear. ¡Dame fuerzas, Dios Todopoderoso! ¡Reprímeme este impulso criminal! De pronto, como si de una revelación se tratase, el plan entero se me antojó ridículo y mezquino, pues en aquel instante se me ocurrió algo que añadir a la carta que estaba escribiendo al gran Hackmuth, y escribí durante dos horas, hasta que me dolió la espalda. Cuando miré por la ventana hacia el gran reloj del St. Paul Hotel, las saetas marcaban casi las once. La carta a Hackmuth era muy larga, tenía ya doce folios. La leí. Me pareció una imbecilidad. Sentí que la cara se me enrojecía de vergüenza. Hackmuth pensaría que yo era idiota por escribirle aquellas insensateces infantiles. Junté los folios y los arrojé a la papelera. Mañana sería otro día y tal vez mañana se me ocurriese una idea para escribir un cuento. En el ínterin, me comería un par de naranjas y me iría a dormir.

Daban asco aquellas naranjas. Ya sentado en la cama, hundí las uñas en la fina corteza. La carne me temblaba, se me hacía agua la boca y la vista se me

nublaba sólo de pensar en ellas. Cuando mordí la pulpa amarillenta, me sentó igual que una ducha fría. Oh, Bandini, dirigiéndome al reflejo del espejo de la cómoda, ¡cuántos sacrificios por el arte! Habrías podido ser un rey de la industria, un príncipe del comercio, un gran jugador de béisbol de primera división, el bateador de la Liga Americana, con una media de 415, ¡¡pero no!! Hete aquí viviendo como un gusano día tras día, genio del hambre, fiel a una vocación sagrada. ¡Tu valentía es envidiable!

Me eché en la cama, envuelto por la oscuridad, sin ganas de dormir. El poderoso Hackmuth... ¿qué diría de todo esto? Me elogiaría, su pluma omnipotente me ensalzaría con frases llenas de elegancia y equilibrio. A fin de cuentas, la carta que pensaba enviarle no era tan deplorable. Me levanté, rebusqué en la papelera y la releí. Una carta notable, con un sentido del humor muy discreto. Hackmuth la encontraría divertida. Le impresionaría que la hubiera escrito el mismísimo autor de «El perrito que reía». ¡Ésta sí que era una buena obra! Abrí el cajón lleno de ejemplares del número en que se había publicado el relato. Me eché en la cama, volví a leerlo, y empecé a reírme sin parar a causa del ingenio que revelaba, a murmurar exclamaciones de sorpresa por el hecho de haber sido yo quien lo había escrito. Luego lo leí en voz alta, deshaciéndome en ademanes delante del espejo. Cuando terminé, lágrimas de placer manaban de mis ojos y me planté delante del retrato de Hackmuth, al que di las gracias por haber sabido apreciar mi inteligencia.

Tomé asiento ante la máquina de escribir y reanudé la carta. La noche avanzaba, los folios se acumulaban. Ah, si toda la literatura fuera tan sencilla como una carta a Hackmuth. Las páginas se amontonaban, veinticinco, treinta, hasta que de pronto me miré el ombligo y descubrí un cúmulo de carne. ¡Ironías de la vida! ¡Había engordado, las naranjas me hinchaban! Me puse en pie inmediatamente e hice una serie de flexiones. Me contorsioné, me encogí, di vueltas. Sudaba a chorros y la respiración se me hizo jadeante. Sediento y agotado ya, me eché en la cama. Un buen vaso de leche fresca me sentaría ahora de maravilla.

En aquel instante oí que llamaban a la puerta de Hellfrick. Acto seguido, el gruñido a modo de saludo de Hellfrick al entrar otra persona. Sólo podía tratarse del lechero. Miré el reloj: eran casi las cuatro. Me vestí a toda velocidad: pantalones, zapatos, ningún calcetín, y un jersey. El pasillo estaba vacío, siniestro a la luz roja de una bombilla vieja. Eché a andar con normalidad, sin esconderme, como hombre que se dirige al váter de abajo. Dos tramos de peldaños gimientes e irritables y ya estaba en la planta baja. El camión rojiblanco de la leche Alden se encontraba estacionado junto a la

pared de la pensión, en el callejón bañado por la luna. Tanteé en la caja y así con firmeza por el gollete dos botellas llenas. Me transmitieron a las manos un tacto fresco y delicioso. Segundos más tarde me encontraba de vuelta en la habitación, con las botellas de leche en la cómoda. Parecían llenar el cuarto. Como si fueran personas. Hermosísimas, gordas, succulentas.

¡Oh, Arturo, me dije, oh afortunadísimo! Será por las oraciones de tu madre, o tal vez porque Dios te ama todavía, a pesar de tus coqueteos con el ateísmo, pero el caso es que eres afortunado.

En honor de los viejos tiempos, pensé, y en honor de los viejos tiempos me postré de hinojos y bendije la cómoda tal como solíamos hacer en primera enseñanza, tal como mi madre nos había enseñado en casa: Bendice, Señor, estos alimentos que hemos recibido de Tu divina gracia, por nuestro Señor Jesucristo, Amén. Y dije otra oración por si las moscas. Mucho después de que el lechero abandonase la habitación de Hellfrick aún seguía yo de rodillas, media hora larga de oraciones, hasta que no pude soportar las ganas de probar el sabor de la leche, hasta que las rodillas me dolieron y un dolor sordo me palpitó entre las paletillas.

Al ponerme en pie, anduve tambaleándome a causa de la tensión muscular, pero me dije que iba a valer la pena. Saqué del vaso el cepillo de dientes, abrí una botella y llené el vaso hasta el borde. Me volví para dar la cara al retrato de J. C. Hackmuth.

—¡Por ti, Hackmuth! ¡A tu salud!

Y bebí con ansia hasta que, de súbito, la garganta se me congestionó y contrajo, y la boca se me inundó de un sabor asqueroso. No era leche, era suero de leche, la clase de leche que no soportaba. La escupí toda, me enjuagué con agua la boca y me precipité sobre la otra botella. Era también de suero.

Spring Street, un bar al otro lado de la calle, justo enfrente de la tienda de artículos usados. Fui allí a tomar una taza de café con los últimos cinco centavos que me quedaban. Lugar a la antigua usanza, serrín en el suelo, las paredes manchadas con desnudos dibujados con tosquedad. Era un bar donde se reunían los viejos, donde la cerveza era barata y dominaba un olor agrio, donde el pasado se mantenía incólume.

Me senté a una de las mesas pegadas a la pared. Recuerdo que había apoyado la cabeza en las manos. Oí la voz femenina, pero no alcé los ojos. Recuerdo que dijo: «¿Qué va a ser?», y yo creo que le contesté que un cortado. Permanecí inmóvil hasta que me pusieron la taza delante, mucho tiempo permanecí de aquella suerte, pensando en la irremediabilidad de mi destino.

El café era una bazofia. Al cortarlo con la leche me di cuenta de que la leche no era leche, ya que adquirió un color grisáceo y me supo a trapos hervidos. Eran mis últimos cinco centavos y se me encendió la sangre. Busqué en derredor a la chica que me había servido. Estaba a cinco o seis mesas de distancia, sirviendo las cervezas que llevaba en una bandeja. Me daba la espalda y advertí la morbidez tersa de sus hombros debajo del uniforme blanco, la delicada línea de los músculos del brazo, y el pelo negro, espeso y reluciente, que le caía sobre los hombros.

Se volvió por fin y le hice una seña con la mano. Su interés no pasaba de superficial, ya que se limitó a dilatar los ojos con una expresión de frialdad aburrida. Descontando el perfil de la cara y el brillo de la dentadura, no era una mujer hermosa. Pero en aquel instante se volvió y sonrió a uno de sus maduros clientes y le apreció una raya blanca en el borde del labio. Tenía la nariz maya, chata, de aletas grandes. Llevaba los labios sobrecargados de pintura y poseían el grosor de los labios de las negras. Era un modelo racial y como tal era una mujer hermosa, pero al mismo tiempo me resultaba extraña. Tenía los ojos muy sesgados, la piel oscura aunque no negra, y al andar los pechos se le movían de un modo que revelaba su firmeza.

Dejó de hacerme caso después de aquel primer cruce de miradas. Se acercó a la barra, donde pidió más cerveza y esperó a que se la entregara el camarero delgado. Se puso a silbar mientras aguardaba, me miró

distraídamente y siguió silbando. Yo había dejado de hacerle señas porque había dejado bien claro que quería que se acercase a mi mesa. De súbito, abrió la boca al techo y se echó a reír por el más insondable de los motivos, tanto que hasta el camarero se la quedó mirando con asombro. Entonces se alejó bailoteando, girando la bandeja con gracia, sorteando las mesas hasta que llegó junto a un grupo situado al fondo del local. El barman la seguía con los ojos, sorprendido aún de la risa femenina. Yo, sin embargo, comprendí el motivo. La risa era por mí. Se reía de mí. Algo había en mi aspecto, mi cara, mi postura, algo en el hecho de estar allí sentado que le había hecho gracia, y mientras pensaba en ello, apreté los puños con fuerza y medité sobre mí mismo con rabia y humillación. Me palpé el pelo: iba peinado. Me palpé el cuello de la camisa y la corbata: todo estaba limpio y en su sitio. Me estiré hasta alcanzar la altura del espejo que había detrás de la barra y en él vi, desde luego, una cara enjuta y preocupada, pero nada gracioso, así que me irrité aún más.

Esboqué una sonrisa de desprecio, la miré con fijeza y sonreí con desprecio. No se acercaba a mi mesa ni por asomo. Pasó muy cerca, incluso se aproximó a la mesa contigua, pero no se arriesgó a ir más allá. Cada vez que veía su faz oscura, los grandes ojos negros que relampagueaban de hilaridad, los labios se me curvaban en una mueca que quería ser sonrisa de desprecio. Se convirtió en un juego. El café se puso tibio, luego frío, un grumo de leche afloró a la superficie, pero no me lo tomé. La chica se movía como una bailarina, sus fuertes piernas de seda formaban montoncitos de serrín cuando sus zapatos raídos se deslizaban por el suelo de mármol.

Los zapatos eran sandalias y llevaba las tiras de cuero aseguradas con varias vueltas alrededor de los tobillos. Eran unas sandalias que se caían a pedazos; el cuero trenzado se había deshilachado. Al verlos me puse muy contento porque era un defecto criticable que tenía la chica. Era alta, de espalda muy recta, tendría unos veinte años, impecable a su manera, con excepción de aquellas sandalias que estaban hechas un asco. Así que me puse a mirarlas con fijeza, intensidad y premeditación, e incluso giraba la silla y volvía la cabeza para seguir mirándolas, al tiempo que sonreía con burla y reía para mis adentros. Estaba dejando bien claro que sus sandalias me hacían tanta gracia como a ella mi cara, o lo que fuera. La situación produjo un efecto eficaz en la muchacha. Poco a poco se fueron apagando su bailoteo y sus piruetas, se fue limitando a correr de un lado para otro y al final acabó por servir los pedidos más bien con discreción. Estaba turbada y en cierto momento vi que bajaba los ojos con rapidez, que se miraba el calzado y que al

cabo de unos minutos dejaba de reír; en la cara se le dibujó una mueca de resentimiento y al final no hacía más que mirarme con odio.

Yo no cabía en mí de satisfacción, presa de una alegría extraña. Me sentía relajado. El mundo estaba lleno de gente la mar de divertida. El barman delgado echó una mirada en mi dirección y le hice un guiño de complicidad amistosa. Cabeceó con ademán de comprensión. Lancé un suspiro y me retrepé en la silla, reconciliado con la existencia.

La chica no me había cobrado los cinco centavos del café. Tendría que hacerlo; si no, los dejaría en la mesa y me marcharía. Pero yo no estaba dispuesto a marcharme. Esperé. Transcurrió media hora. Cuando la joven corría a la barra por más cerveza, ya no se quedaba esperando, a la vista de todos, apoyada en el pasamanos. Por el contrario, se colaba detrás del mostrador. Y ya no me miraba, aunque yo sabía que ella sabía que yo la observaba.

Por fin vino a mi mesa directamente. Se acercó con altanería, con la barbilla alzada, con los brazos en los costados. Quise mirarla, pero no podía alzar los ojos. Miré a otra parte, sin dejar de sonreír.

—¿Quiere alguna otra cosa? —me preguntó.

El uniforme blanco le olía a almidón.

—¿A esta mierda le llamáis café? —dije.

Se echó a reír de pronto. Fue un alarido, una carcajada demencial semejante a un tintinear de platos y que terminó con la misma brusquedad con que había comenzado. Volví a mirarle los pies. Intuí señales de retroceso en su interior. Tuve ganas de ofenderla.

—A lo mejor no es café —dije—. A lo mejor es el agua que ha quedado después de hervir en ella esos zapatos tan guarros que calzas. —Alcé la mirada y contemplé sus ojos negros y relampagueantes—. Puede que no sepas hacerlo de otra manera. A lo mejor eres torpe y desmañada por naturaleza. Pero si yo fuera mujer, no me verían con unos zapatos como éstos en una travesía de Main Street.

Jadeaba cuando terminé de hablar. Los gruesos labios le temblaban y los puños que tenía metidos en los bolsillos se retorcían bajo la rigidez del almidón.

—Eres odioso —dijo.

Sentí su odio, lo oí, incluso lo oí brotar de toda ella, pero me limité a sonreírle otra vez con desprecio.

—Ésa era mi intención —le dije—. Porque ganarse tu aborrecimiento es propio de personas de categoría.

Dijo entonces algo muy raro; lo recuerdo con claridad:

—Ojalá te mueras de un ataque al corazón. Ahora mismo, en esa silla.

Aunque me eché a reír, aquello la dejó satisfecha. Se alejó sonriendo. Volvió a acercarse a la barra, en busca de más cerveza, y sus ojos corrieron a posarse en mí, brillantes a causa de la singular maldición, que, aunque no me apagó la risa, me puso incómodo. Volvió a moverse con pasos de baile, a deslizarse de mesa en mesa con la bandeja en la mano, y cada vez que yo la miraba, ella me maldecía con su sonrisa, hasta que la coyuntura me produjo un efecto misterioso y comencé a ser consciente de mi interioridad, de mis órganos, de mis latidos cardíacos y de mis conmociones gástricas. Supe que no iba a volver a mi mesa y recuerdo que el detalle me alegró, y que una inquietud anómala se apoderó de mí, tanto que estaba deseoso de huir de aquel lugar, de huir del alcance de su inmutable sonrisa. Antes de irme hice algo que me gustó muchísimo. Saqué los cinco centavos del bolsillo y los dejé en la mesa. Y derramé encima la mitad del café. La chica tendría que secar el líquido con el paño. La porquería aquella de color marrón se extendió casi por toda la mesa y cuando me puse en pie para marcharme goteaba ya en el suelo. Al llegar a la puerta me detuve para mirarla una vez más. Me sonrió del mismo modo que antes. Hice un gesto con la cabeza hacia el café derramado. Agité los dedos en señal de despedida y salí a la calle. Me sentía a gusto otra vez. Y otra vez me dominaba la sensación de antes, la sensación de que el mundo estaba lleno de detalles divertidos.

No recuerdo lo que hice después de dejar a la chica. Es posible que fuera a la habitación de Benny Cohen, que daba a Grand Central Market. Tenía una pata de palo y una ventanilla en la pata. En su interior escondía cigarrillos de marihuana. Los vendía a quince centavos la unidad. Además vendía periódicos, el *Examiner* y el *Times*. Tenía un cuarto lleno hasta el techo de ejemplares de *The New Masses*. Quizás me pusiera triste Benny, como siempre, porque tenía un concepto muy pesimista del mundo futuro. Quizás me pusiera los dedos sucios bajo la nariz y me acusara de haber traicionado al proletariado del que yo procedía. Quizás, como siempre, me ordenase salir de la habitación, temblando como un flan, y yo bajara las escaleras mugrientas y saliese a la calle engalanada de niebla, ávido de cerrar los dedos alrededor del cuello de un imperialista. Quizás sí, quizás no; no me acuerdo.

Pero sí recuerdo la noche que pasé en mi cuarto, con las luces rojas y verdes del St. Paul Hotel iluminando intermitentemente la cama en que yo dormía, en que tirité y soñé con la cólera de la camarera, con la forma de ir bailoteando de mesa en mesa, y con la luminosidad negra de sus ojos. Lo

recuerdo perfectamente, hasta el punto de olvidar que era pobre y que no se me ocurría nada en absoluto para comenzar un cuento.

Fui a buscarla al día siguiente por la mañana. No bien dieron las ocho cuando ya estaba yo en Spring Street. Llevaba en el bolsillo un ejemplar de «El perrito que reía». Cambiaría la opinión que tenía de mí si leía la historia. Había firmado el ejemplar y lo llevaba en el bolsillo trasero, listo para sacarlo a la menor observación. Pero el local estaba cerrado a hora tan temprana. Se llamaba Columbia Buffet. Pegué la nariz al ventanal y miré el interior. Las sillas estaban amontonadas sobre las mesas y un viejo con botas de goma fregaba el suelo. Anduve un par de manzanas, el aire húmedo, azulado ya a causa de los gases carbónicos. Me pasó por la cabeza una idea genial. Saqué el ejemplar de la revista y borré la firma. En su lugar puse: «A una princesa maya de un gringo insignificante». No estaba mal, era justo lo que convenía. Volví al Columbia Buffet y golpeé el ventanal. El viejo abrió la puerta con las manos mojadas, el pelo chorreándole sudor.

—¿Cómo se llama la chica que trabaja aquí? —le pregunté.

—¿Te refieres a Camila?

—La que estaba trabajando aquí anoche mismo.

—Sí, es ella —dijo—. Camila López.

—¿Querría entregarle esto? —dije—. Personalmente, por favor. Dígale que vino un tipo y que le dijo que se lo diera.

Se secó las manos goteantes en el delantal y cogió la revista.

—Tenga cuidado —dije—. Es de valor.

El viejo cerró la puerta. Por el escaparate le vi volver cojeando donde le esperaban el cubo y el mocho. Dejó la revista en la barra y siguió trabajando. Una brisa ligera agitó las páginas de la revista. Mientras me alejaba tuve miedo de que el viejo se olvidase. Cuando llegué al Civic Center me di cuenta de que había cometido una grave equivocación: una dedicatoria como aquella no impresionaría a una chica así. Volví corriendo al Columbia Buffet y golpeé el ventanal con los nudillos. Oí los gruñidos y maldiciones del viejo mientras trasteaba con la cerradura. Se enjugó el sudor de los ojos ancianos y volvió a tenerme ante sí.

—¿Podría devolverme la revista? —dije—. Quisiera escribir una cosa.

El viejo no entendía nada de nada. Cabeceó, suspiró y me dijo que pasara.

—Cógela tú mismo, coño —dijo—. Yo tengo trabajo.

Abrí la revista encima de la barra y borré la dedicatoria a la princesa maya. En su lugar puse:

Distinguida Zapatos Rotos:

Tal vez no lo sepas, pero anoche ofendiste al autor de esta historia. ¿Sabes leer? De ser así, invierte quince minutos de tu tiempo y permítete el lujo de saborear una obra maestra. Ten cuidado la próxima vez. No todos los que entran en este cuchitril son pordioseros.

Arturo Bandini

Tendí la revista al viejo, pero no apartó los ojos de la faena.

—Désela a la señorita López —dije—. Y procure que llegue directamente a sus manos.

El viejo soltó el mocho, se limpió el sudor de la cara llena de arrugas y señaló con el dedo la puerta principal.

—¡Largo de aquí! —dijo.

Volví a dejar la revista en la barra y me alejé con parsimonia. Al llegar a la puerta me volví y saludé al viejo con la mano.

Mucha hambre no pasaba. Debajo de la cama me quedaban aún algunas naranjas secas. Me comí tres o cuatro al anochecer y cuando estuvo oscuro bajé por Bunker Hill hasta el centro. Me aposté en un zaguán en sombras, enfrente del Columbia Buffet, y me puse a espiar a Camila López. La misma del día anterior y llevaba el mismo uniforme blanco. Nada más verla me eché a temblar y una extraña sensación ardiente me inundó la garganta. Al cabo de unos minutos, sin embargo, desapareció la extrañeza y me quedé en las sombras hasta que me dolieron los pies.

Me alejé al ver que un policía se me acercaba. Era una noche tórrida. El viento arenoso del desierto de Mojave había azotado la ciudad. Cada vez que tocaba algo, diminutos granos pardos de arena se me quedaban pegados a los dedos, y cuando volví a mi cuarto descubrí que la arena se había introducido en el mecanismo de la máquina de escribir nueva. Tenía arena en las orejas y en el pelo. Cayó al suelo como la pólvora cuando me desnudé. Había arena incluso entre las sábanas. Echado en la oscuridad, la luz roja del St. Paul Hotel que bombardeaba la cama de manera intermitente era azulada ahora, tonalidad espectral que invadía la habitación para marcharse al instante.

Al día siguiente ya no podía con las naranjas. Me daba náuseas pensar en ellas. A mediodía, tras un paseo sin objeto por el barrio central, me venció la autocompasión y me sentí incapaz de dominar la tristeza. Al volver a la habitación me eché en la cama y lloré de tal modo que las lágrimas me salían de lo más profundo. Me desahugué por todos los poros y cuando ya no pude llorar más me volví a sentir bien. Me sentí limpio y auténtico. Tomé asiento y escribí a mi madre una carta llena de sinceridad. Le dije que durante semanas le había mentado; y que por favor me enviase dinero porque quería ir a casa.

Mientras escribía la carta entró Hellfrick. Llevaba los pantalones puestos, el albornoz no, y al principio no lo reconocí. Depositó quince centavos en la mesa sin el menor comentario.

—Yo soy un hombre honrado, joven —dijo—. Tan honrado como horas tiene el día. —Y se fue.

Cerré la mano con fuerza alrededor de las monedas, salí pitando por la ventana y fui corriendo al colmado. El pequeño japonés tenía ya preparada la bolsa de papel junto a la caja de las naranjas y se asombró al ver que pasaba

de largo y me dirigía a la sección de artículos de primera necesidad. Me compré dos docenas de rosquillas. Las engullí lo más aprisa que pude, sentado en la cama y regándolas con tragos de agua. Volví a sentirme bien. Tenía el estómago lleno y aún me quedaban cinco centavos. Rompí la carta que pensaba mandar a mi madre y me tumbé en espera de que llegase la noche. Con los cinco centavos podía volver al Columbia Buffet. Aguardé, lleno de comida, lleno de deseo.

Me vio en cuanto entré. Y se alegró de verme; me di cuenta porque los ojos se le dilataron. La cara se le iluminó y a mí se me hizo otro nudo en la garganta. Me sentí muy contento al instante, seguro de mí mismo, limpio y consciente de mi juventud. Tomé asiento ante la misma mesa delantera. Había música en el local aquella noche, piano y violín; dos gordas con cara de macho y pelo corto. Tocaban «Over the waves». Tarará tarará y contemplé el bailoteo de Camila con la bandeja de las cervezas. Tenía el cabello muy negro, muy negro y muy espeso, igual que racimos de uva que le ocultaran el cuello. Aquel lugar era sagrado. Todo estaba impregnado de santidad y bendición allí, las sillas, las mesas, el paño que llevaba en la mano, el serrín que ella pisaba. Era una princesa maya y aquél era su castillo. Observé el deslizamiento de las sandalias estropeadas por el suelo y deseé aquellas sandalias. Me habría gustado dormirme abrazado a ellas. Me habría gustado abrazarme a ellas y aspirar su aroma.

No se acercaba a mi mesa, pero me sentía contento. No vengas enseguida, Camila; deja que esté un rato solo para acostumbrarme a este insólito entusiasmo; permíteme estar solo mientras viajo con la cabeza por el encanto infinito de tu gloria radiante; déjame solo un ratito nada más para desear y soñar con los ojos bien abiertos.

Vino por fin con una taza de café en la bandeja. El mismo café, la misma taza parduzca y desportillada. Se acercó con los ojos más negros y dilatados que nunca, con paso quedo, con sonrisa intrigante, y el corazón se me puso a latir con tanta fuerza que pensé que iba a desmayarme. Cuando estuvo a mi lado, noté el ligero perfume de su sudor junto con el olor penetrante y limpio del uniforme almidonado. El olor me dominó, me volvió idiota y me puse a respirar por la boca para eludirlo. Me sonrió para darme a entender que quitaba importancia al café derramado la noche anterior; más aún, me dio la sensación de que le había gustado el episodio, de que se alegraba y me lo agradecía.

—No sabía que tuvieras pecas —me dijo.

—Te aseguro que no significan nada para mí —le dije.

—Lamento lo del café —dijo—. Todo el mundo pide aquí cerveza. No nos suelen pedir café.

—No me extraña. Es una auténtica porquería. Yo también tomaría cerveza si me lo pudiera permitir.

Me señaló la mano con un lápiz.

—Te muerdes las uñas —dijo—. No deberías hacerlo.

Me metí las manos en los bolsillos.

—¿Quién eres tú para decirme lo que debo hacer?

—¿Te apetece una cerveza? —dijo—. Te la traeré. Yo te invito.

—No tienes por qué invitarme a nada. Me tomaré este café hipotético y me largaré de aquí.

Fue hasta la barra y pidió una cerveza. Vi que la pagaba con un puñado de monedas que sacó del bolsillo del uniforme. Me trajo la cerveza y me la puso bajo la nariz. Aquello me ofendió.

—Llévatela —dije—. No la quiero. He dicho que voy a tomar café, no cerveza.

Alguien que estaba al fondo la llamó por su nombre y la joven se alejó con premura. Le vi las corvas cuando se inclinó sobre la mesa para recoger las jarras de cerveza vacías. Me removí en la silla y con los pies toqué algo que había debajo de la mesa. Era una escupidera. La chica estaba otra vez junto a la barra, me sonrió y cabeceó para animarme a probar la cerveza. Yo me sentía maligno, perverso. Le hice una seña para llamar su atención y vacié la jarra en la escupidera. Se mordió el labio inferior con la blanca fila de dientes y se puso pálida. Los ojos le relampaguearon. Me sentí muy a gusto y satisfecho. Me retrepé en la silla y sonreí con los ojos fijos en el techo.

Desapareció tras un delgado tabique en lo que hacía las veces de cocina. Reapareció con una sonrisa en los labios. Llevaba las manos en la espalda, ocultando algo. El viejo al que había visto por la mañana salió de detrás del tabique. Sonreía con actitud expectante. Camila me hizo una seña con la mano. Estaba a punto de suceder lo peor: lo presentía. La joven enseñó las manos y vi que en ellas llevaba el número de la revista en que se había publicado «El perrito que reía». Agitó la revista en el aire, pero no la veía prácticamente nadie, de manera que su actuación estaba dedicada a mí y al viejo en exclusiva. El viejo observaba con los ojos muy abiertos. Se me secó la boca en cuanto vi que los dedos mojados de la joven pasaban las páginas de la revista y se detenían al llegar a mi cuento. Torció la boca mientras sujetaba

la revista entre las rodillas y arrancaba las páginas. Sin dejar de sonreír, alzó la mano por encima de la cabeza y sacudió las hojas arrancadas. El viejo movió la cabeza en señal de aprobación. La sonrisa de la joven se mudó en determinación en el momento de romper las páginas en pedazos muy pequeños y éstos en otros más pequeños aún. Con ademán de quien acaba una operación, abrió los dedos y los pedacitos de papel cayeron en la escupidera que tenía a los pies. Esbocé una sonrisa forzada. Dio un par de palmadas con aire de aburrimento, como quien se sacude el polvo de las manos. Apoyó entonces una mano en la cadera, alzó un hombro y se alejó con paso cansino. El viejo se quedó quieto durante un minuto. Sólo él la había visto. Terminada la función, se perdió tras el tabique.

Mi sonrisa era una mueca espantosa y por dentro lloraba por «El perrito que reía», por cada una de sus frases redondas, por los pequeños botones poéticos que había en la historia, la primera que había escrito, lo mejor que podía enseñar para justificar mi vida entera. Era el resumen de todo lo bueno que había en mí, aprobado y publicado por el gran J. C. Hackmuth, y ella lo había hecho trizas y arrojado a una escupidera.

Al cabo de un rato eché la silla atrás y me puse en pie con ánimo de marcharme. Ella estaba junto a la barra y me vio ir hacia la puerta. Había compasión en sus facciones, una leve sonrisa de pesar por lo que había hecho, pero mantuve la mirada apartada de ella y salí a la calle, contento porque el estrépito infernal de los tranvías y los ruidos anómalos de la ciudad me rompiesen los tímpanos y me encerraran en una esfera de estampidos y chirridos. Me alejé con las manos en los bolsillos.

Me había alejado unos quince metros cuando oí que alguien me llamaba. Me volví. Era ella, corría sin hacer ruido y en los bolsillos le tintineaban las monedas.

—¡Chico! —exclamó—. ¡Eh, muchacho!

Esperé hasta que llegó a mi altura, sin aliento, hablando con precipitación y amabilidad.

—Lo siento —dijo—. No quise hacerlo..., de verdad.

—Tranquila —dije—. No tiene la menor importancia.

No dejaba de mirar hacia el bar.

—Tengo que volver —dijo—. Hago falta. Vuelve mañana por la noche, ¿quieres? ¡Por favor! También sé ser simpática. Lamento mucho lo de hoy. Por favor, ven mañana. —Me dio un apretón en el brazo—. ¿Vendrás?

—Tal vez.

Sonrió.

—¿Me perdonas?

—Claro.

Me quedé en mitad de la acera y la vi alejarse corriendo. Se volvió a los pocos pasos, me echó un beso con la mano y exclamó:

—¡Mañana por la noche! ¡No te olvides!

—¡Camila! —dije—. Espera. Sólo será un instante.

Corrimos el uno hacia el otro y nos encontramos a mitad de trayecto.

—¡Date prisa! —dijo—. Podrían despedirme.

Le miré los pies. Se dio cuenta de que pasaba algo y advertí su distanciamiento. Me dominó entonces una sensación de bondad, de frescura, de remozamiento, como si me cubriera una piel nueva. Le hablé con mucha calma.

—Las sandalias que calzas, ¿es necesario que las lleves, Camila? ¿Tienes que subrayar hasta ese extremo que siempre has sido y serás una hispana asquerosa y grasienta?

Me miró horrorizada, con la boca abierta. Unió las manos, se las llevó a los labios y entró corriendo en el bar. Alcancé a oír sus quejidos: oh, oh, oh.

Enderecé la espalda y me alejé contoneándome, silbando de satisfacción. En el arroyo de la calle, junto al bordillo, vi una colilla de buen tamaño. No tuve empacho en cogerla, la encendí con un pie metido aún en el arroyo, aspiré el humo y lo expulsé hacia las estrellas. Yo era americano y me sentía orgullosísimo de ello, hasta el tuétano. La gran ciudad en que estaba, el asfalto poderoso que me sostenía y los edificios soberbios que me cobijaban eran la expresión de mi América. De entre la arena y los cactus los americanos habíamos sabido levantar un imperio. La raza de Camila había tenido su oportunidad. Y la había desaprovechado. Los americanos lo habíamos conseguido. Gracias, Dios mío, por la patria que me has dado. Gracias, Dios mío, por haberme hecho nacer en América.

Subí a mi habitación por los polvorientos peldaños de Bunker Hill y pasé ante los edificios forrados de hollín que jalonaban aquella calle en sombras; la arena, el aceite y la grasa asfixiaban las palmeras inútiles, que se erguían cual prisioneros moribundos, encadenados a un mínimo pedazo de tierra y con los pies ocultos por el asfalto negro. Polvo y edificios viejos, viejos asomados a las ventanas, viejos que salían tambaleándose por las puertas, viejos que avanzaban con esfuerzo infinito por la calle en sombras. Viejos procedentes de Indiana, de Iowa, de Illinois, procedentes de Boston, de Kansas City, de Des Moines, viejos que habían vendido la casa y la tienda, que habían llegado en tren y en autobús a la tierra del sol, para morir al sol, apenas con el dinero necesario para vivir hasta que el sol los exterminase, los arrancara de raíz cuando les llegara la hora, lejos de la prosperidad pretenciosa de Kansas City, de Chicago y de Peoria para encontrar un lugar en el sol. Pero cuando llegaron se dieron cuenta de que otros ladrones, más listos que ellos, se habían quedado con todo, que hasta el sol era de los demás; Smith, Jones, Parker, farmacéuticos, banqueros, panaderos, polvo de Chicago, Cincinnati y Cleveland en los zapatos, condenados a morir al sol, unos dólares en el banco, suficientes para suscribirse al *Los Angeles Times*, suficientes para mantener vivo el espejismo de que estaban en el paraíso, de que sus casas de cartón piedra eran castillos. Los desarraigados, los vacíos y melancólicos, los viejos y los jóvenes, gente de mi tierra. Tales eran mis vecinos, tales eran los nuevos californianos. Con sus jerséis deportivos y sus gafas de sol, estaban en el paraíso, estaban en su medio natural.

Pero en la parte baja, en Main Street, Towne y San Pedro, y en los dos últimos kilómetros de Fifth Street, vivían decenas de miles de ciudadanos distintos; no tenían para comprarse gafas de sol ni jerséis deportivos aunque fueran baratos, y se ocultaban durante el día en las callejas y por la noche se metían en pensiones de mala muerte. Ningún policía de Los Ángeles detenía por vagancia a nadie que llevase jersey deportivo y gafas de sol. Pero no dudaba en perseguir al que llevase los zapatos cubiertos de polvo y un jersey grueso como los que se llevan en los países fríos. De modo, chicos, que ya podéis compraros un jersey deportivo, unas gafas oscuras y unos zapatos blancos; si podéis. Integraos en algún club o sociedad. De todos modos no

tenéis escapatoria. Al cabo de un tiempo, tras ingerir dosis masivas del *Times* y el *Examiner*, también vosotros la querréis correr en el soleado sur. Comeréis hamburguesas año tras año y viviréis en pisos y hoteles polvorientos e infestados de bichos, pero todas las mañanas veréis el sol maravilloso, el sempiterno azul del cielo, y las calles estarán llenas de mujeres provocativas que no poseeréis jamás, y las tórridas noches cuasitropicales os hablarán de historias de amor que no viviréis nunca; pero no os preocupéis, muchachos, seguiréis estando en el paraíso, en la tierra del sol.

En cuanto a los del mismo lugar que vosotros, les podéis mentir, porque no soportan la verdad, no querrán aceptarla y antes o después también ellos querrán mudarse al paraíso. A los del mismo lugar que vosotros no les podéis engañar. Saben lo que es la Baja California. Leen los periódicos, leen las revistas ilustradas que se venden en todos los quioscos y librerías de América. Han visto fotos de las casas que tienen los astros y estrellas de la pantalla. No les podéis contar nada nuevo sobre California.

Tumbado en la cama me puse a pensar en ellos mientras contemplaba el ir y venir de las luces rojas y parpadeantes del St. Paul Hotel, y me sentí muy mal, porque aquella noche me había comportado como ellos. Como Smith, como Parker, como Jones, aunque nunca había pertenecido a su misma clase. ¡Ah, Camila! De niño, allá en Colorado, eran Smith, Parker y Jones los que me ofendían con sus motes despectivos, los que me llamaban macarroni, espaguetini y aceitoso, y sus hijos me insultaban como yo te he insultado esta noche. Me hicieron tanto daño que jamás podría ser como ellos, me obligaron a encerrarme en los libros, a encerrarme en mí mismo, a huir de aquel pueblo de Colorado, y a veces, Camila, cuando les veo la cara vuelvo a experimentar la misma humillación, el mismo desprecio de entonces, y a veces me alegro de que estén aquí, pudriéndose al sol, desarraigados, engañados por su propia inhumanidad, las mismas caras, las mismas bocas rígidas y endurecidas, caras de mi pueblo, deseosas de llenar su vacío existencial con un sol abrasador.

Los veo en el vestíbulo de los hoteles, los veo tomando el sol en los parques, salir renqueando de las iglesias pequeñas y feas, con una cara tan volcada sobre sus dioses extraños que sólo refleja pesimismo, en el Templo de Aimée, la predicadora radiofónica, en la iglesia de Yo Soy El Que Soy.

Los he visto salir haciendo eses de sus palacios de cine, entornar sus ojos vacíos ante la realidad de todos los días, volver a casa tambaleándose para leer el *Times*, para saber qué pasa en el mundo. He vomitado al leer su prensa, he leído sus libros, observado sus costumbres, comido su comida, deseado a sus mujeres, abierto la boca ante el arte que producen. Pero soy pobre, mi

apellido termina en vocal, me odian a mí y odian a mi padre, y al padre de mi padre, y si por ellos fuera, me sacarían la sangre, me sacrificarían, pero ya son viejos, agonizan al sol y en el polvo tórrido del camino, y yo soy joven y estoy lleno de esperanzas y de amor por mi patria y mi época, y cuando te llamo hispana y aceitosa, no te lo digo con el corazón, sino por el resabio de una antigua herida, y siento vergüenza por el daño que te he hecho.

Pienso en la Pensión Alta Loma, me acuerdo de las personas que vivían allí. Recuerdo el primer día que pasé en ella. Recuerdo que entré en el vestíbulo oscuro, cargado con dos maletas, una de ellas atiborrada de ejemplares de «El perrito que reía». Fue hace mucho, pero me acuerdo como si fuera ayer. Había llegado en autobús, lleno de polvo hasta las cejas, con el polvo de Wyoming, de Utah y de Nevada en el pelo y en los oídos.

—Quiero una habitación barata —dijo.

La propietaria tenía el pelo blanco. En torno al cuello lucía una gorguera ajustada como un corsé. Era una mujer alta, de setenta y tantos años, y realizaba su estatura poniéndose de puntillas y mirándome por encima de las gafas.

—¿Tiene trabajo? —dijo.

—Soy escritor —dije—. Espere, puedo demostrárselo.

Abrí la maleta y saqué un ejemplar.

—Lo he escrito yo —le dije. En aquella época yo era muy impaciente, muy soberbio—. Se lo voy a regalar —añadí—. Se lo dedicaré.

Cogí la pluma del escritorio, pero estaba seca y tuve que mojarla en el tintero; removí la lengua mientras pensaba en algo simpático que ponerle.

—¿Cómo se llama usted? —le pregunté.

—Soy la señora Hargraves —me dijo sin el menor entusiasmo—. ¿Por qué?

Como le estaba haciendo un favor, no tenía tiempo de responder a ninguna pregunta, así que escribí en la parte superior de la página donde comenzaba el relato: «Para una dama de encanto inefable, de maravillosos ojos azules y sonrisa generosa, del autor, Arturo Bandini».

La verdad es que tenía una sonrisa que le destrozaba la cara, ya que le acentuaba el mapa de arrugas que le agrietaba la piel reseca de la boca y las mejillas.

—No aguanto las historias sobre perros —dijo, escondiendo la revista. Me miró por encima de las gafas desde una atalaya más elevada aún.

—¿Es usted mexicano, joven? —dijo.

Me señalé con el dedo y rompí a reír.

—¿Mexicano yo? —Negué con la cabeza—. Soy americano, señora Hargraves. Además, tampoco es un cuento sobre perros. Es sobre un hombre y está muy bien. No sale ni un solo perro en toda la historia.

—En esta pensión no admitimos a los mexicanos —dijo.

—Que no soy mexicano. Y el título del cuento lo saqué de la fábula. Ya sabe: «Y el perrito rió al ver una cosa tan rara».

—Ni a los judíos.

Me inscribí. Mi firma era de antología en aquella época, compleja, exótica, ilegible, con una rúbrica soberbia de no te menees: una firma más inextricable incluso que la del gran Hackmuth. Después de la firma puse: «Boulder, Colorado».

Analizó mis garabatos con minuciosidad.

—Pero ¿cómo se llama usted, joven? —con frialdad.

Me sentí desilusionado porque ya se había olvidado del autor de «El perrito que reía» y de que su nombre figuraba impreso en mayúsculas en la revista. Le dije cómo me llamaba. Lo anotó con cuidado encima de la firma. Acto seguido se fijó en lo escrito en el otro extremo de la hoja.

—Señor Bandini —dijo mirándome con frialdad—. Boulder no está en Colorado.

—¿Cómo que no? —dije—. Pero si vengo de allí. Salí del pueblo hace dos días.

Se mostró inflexible y resuelta.

—Boulder está en Nebraska. Hace treinta años, mientras veníamos aquí, mi marido y yo pasamos por Boulder, Nebraska. De modo que hágame el favor de rectificar.

—¡Le digo que Boulder está en Colorado! Allí viven mi madre y mi padre. Y allí fui yo a la escuela.

Metió la mano bajo el tablero de la escribanía y sacó la revista. Me la alargó.

—Joven, en esta pensión no hay lugar para usted. Aquí sólo se hospedan personas respetables, personas decentes.

No cogí la revista. El viaje en autobús me había dejado molido, hecho fosfatina.

—Muy bien —dije—. Está en Nebraska. —Y lo apunté, taché Colorado y escribí Nebraska encima.

La propietaria quedó satisfecha y complacida, me sonrió y hojeó la revista.

—¡Así que es usted escritor! —dijo—. Es extraordinario. —Volvió a guardar la revista—. Bienvenido a California —añadió—. Le gustará esto.

¡Vaya con la señora Hargraves! Estaba sola, muy confusa, pero mantenía la dignidad. Una tarde me condujo a las habitaciones que ocupaba en el último piso. Fue como adentrarse en una cripta llena de polvo. Su marido había muerto, pero treinta años atrás había sido propietario de un almacén de herramientas en Bridgeport, Connecticut. Había un retrato suyo en la pared. Un hombre magnífico que ni fumaba ni bebía y que había fallecido de un ataque al corazón; con una cara delgada y seria, realzada por el marco grueso y recargado, y que aún manifestaba desprecio por el tabaco y la bebida. Vi la cama en que había muerto, alta, de caoba, con dosel; vi sus ropas en el armario y sus zapatos en el suelo, con la puntera levantada a causa del tiempo transcurrido. En la repisa de la chimenea se conservaba la jabonera con que se afeitaba, siempre se afeitaba en casa, se llamaba Bert. ¡Ay, Bert! Bert, solía decir ella, ¿por qué no vas a la barbería?, y Bert se echaba a reír porque sabía que era mejor barbero que los barberos normales.

Bert se levantaba siempre a las cinco de la mañana. Procedía de una familia de quince hijos. Era muy mañoso. Durante años se había encargado de reparar todos los desperfectos menores de la pensión. En tres semanas había pintado el exterior del edificio. Solía decir que era mejor pintor que los pintores normales. Durante dos horas me habló de Bert y, ¡Señor, Señor!, cómo había amado a aquel hombre, hasta en la muerte; sólo que no había muerto; estaba en aquellas habitaciones, velando por ella, protegiéndola, desafiándome a que la ofendiera. Bert acabó por darme miedo y me entraron ganas de salir disparado. Tomamos té. El té estaba rancio. El azúcar se había humedecido y apelmazado. Las tazas de té estaban cubiertas de una película de polvo y no sé por qué, pero el té me supo a rancio y las galletitas resacas me supieron a muerte. Cuando me levanté y me fui, Bert me siguió por el pasillo, desafiándome a que pensara en él con cinismo. Durante dos noches me acosó, me amenazó, incluso me quiso camelar en la cuestión del tabaco.

Recuerdo al chico aquel de Memphis. Nunca le pregunté su nombre y él no me preguntó nunca el mío. Nos limitamos a decirnos «Hola». No llevaba mucho tiempo allí, unas semanas. Tenía la cara llena de granos y siempre se la cubría con las manos cuando tomaba asiento en el soportal delantero de la pensión: siempre estaba allí a última hora de la noche; las doce, la una, las dos, y cuando volvía me lo encontraba meciéndose en la mecedora de

mimbre, con los dedos nerviosos toqueteándose la cara, recorriéndose el pelo negro y largo. «Hola», le decía yo. «Hola», me respondía.

El polvo incesante de Los Ángeles le elevaba la temperatura. Era un buscador de aventuras más empedernido que yo y andaba todo el día por los parques en busca de amores retorcidos. Pero era tan feo que no satisfacía nunca sus ambiciones y las noches cálidas de estrellas bajas y luna amarilla le obligaban a salir de su cuarto con desasosiego hasta que despuntaba el amanecer. Una noche, sin embargo, se puso a hablar conmigo y yo me sentí asqueado e infeliz cuando me contó sus recuerdos de Memphis, Tennessee, donde las personas eran personas de verdad y donde los amigos eran amigos. Algún día se marcharía de esta ciudad despreciable, algún día volvería allí donde la amistad tenía importancia, y la verdad es que se marchó y me mandó desde Forth Worth, Texas, una postal firmada por «El chico de Memphis».

También vivía allí Heilman, que estaba suscrito al Club del Libro del Mes. Un gigante de brazos como vigas y extremidades inferiores que no le cabían en el pantalón. Trabajaba de cajero en un banco. Tenía a la mujer en Moline, Illinois, y un hijo en la Universidad de Chicago. Detestaba el suroeste, el odio le brotaba a chorros de la caraza, pero tenía mala salud y estaba condenado a quedarse o perecer. Se burlaba de todo lo de la costa occidental. Se ponía enfermo cada vez que en un partido de rugby resultaba derrotado un equipo de la Costa Este. Cuando se mencionaba al equipo de los Troyanos, escupía. Odiaba el sol, maldecía la niebla, insultaba a la lluvia, soñaba siempre con las nieves del Medio Oeste. Recibía en el buzón un paquete grande una vez al mes. Solía verle en el vestíbulo, leyendo siempre. Nunca me prestó ningún libro.

—Cuestión de principios —decía.

Pero me regalaba el *Boletín del Club del Libro del Mes*, una revistilla que comentaba los últimos libros que aparecían. Todos los meses me la dejaba en el buzón.

Y la pelirroja de San Luis que siempre preguntaba por los filipinos. Dónde vivían. Cuántos había. Si conocía yo a alguno. Una pelirroja macilenta, con pecas de color café del escote para abajo, procedente de San Luis. Siempre vestía de verde, la cabeza cobriza demasiado llamativa para ser bella, los ojos demasiado grises para la cara que tenía. Trabajó en una lavandería, pero el jornal era tan exiguo que se despidió. También ella recorría las calles caldeadas. Una vez me prestó veinticinco centavos, otra vez me prestó sellos. Hablaba sin parar de los filipinos, le daban lástima, creía que no se arredraban ante los prejuicios raciales. Un día se marchó y otro día la vi de nuevo,

paseando por la calle, con la cabeza aureolada de sol, con un filipino bajito del brazo. El filipino estaba orgullosísimo de ella. Su traje de hombreras anchas y cintura ceñida era el último grito de la moda macarra, pero a pesar de los tacones gruesos que llevaba, era treinta centímetros más bajo que ella.

De todos ellos, sólo uno leyó «El perrito que reía». En aquellos días primerizos firmé muchos ejemplares que dejé en la sala de espera. Cinco o seis ejemplares, y los dejé en sitios muy visibles, en la mesa de lectura, en el sofá, incluso en los sillones hondos de cuero, para los que tuvieran que coger al sentarse. No los leyó nadie, ni Dios, salvo una persona. Durante una semana estuvieron rodando por allí, aunque apenas se tocaban. Cuando el mozo japonés limpiaba el salón, ni siquiera se tomaba la molestia de cambiarlos de sitio. Al atardecer se jugaba allí al bridge y un grupo de huéspedes veteranos se reunía para charlar y entretenerse. Me colé en el salón, busqué asiento y me puse a observar. Fue desalentador. Una señora gorda que ocupaba uno de los sillones se había sentado encima de un ejemplar sin preocuparse siquiera de apartarlo. Hasta que llegó el día en que el mozo japonés recogió todos los ejemplares y los puso en un pulcro montón en la mesa de lectura. Comenzaron a criar polvo. De tarde en tarde, cada tantos días, les pasaba el pañuelo por encima y volvía a distribuirlos. Siempre volvían intactos al pulcro rintero de la mesa de lectura. Tal vez supieran que yo era el autor del relato e hiciesen adrede caso omiso de él. Tal vez se tratase, sencillamente, de que les importaba un comino. Ni siquiera Heilman lo tocó, a pesar de lo mucho que leía. Ni siquiera la propietaria de la pensión. Y yo sacudía la cabeza y me decía: todos son unos cretinos. El cuento hablaba del mismo Medio Oeste del que ellos procedían, hablaba de Colorado y de una ventisca, y sin embargo allí estaban, con el alma sin raíces y la cara bronceada por el sol, agonizando en un desierto calcinado, con la patria chica al alcance de los dedos, exactamente entre las páginas de aquellos ejemplares. Y yo me decía: bueno, siempre ha sido así: Poe, Whitman, Heine, Dreiser y ahora Bandini; y al pensar de esta manera me sentía menos herido, menos solo.

La persona que leyó el cuento se llamaba Judy y se apellidaba Palmer. Llamó a mi puerta aquella tarde, abrí y la vi. Llevaba en la mano un ejemplar de la revista. No tenía más que catorce años, un flequillo de pelo castaño y una cinta roja atada con lazo en lo alto de la frente.

—¿Es usted el señor Bandini? —dijo.

Por su mirada comprendí que había leído «El perrito que reía». Lo supe inmediatamente.

—Has leído el cuento, ¿verdad? —dijo—. ¿Qué te ha parecido?

Estrechó la revista contra el pecho y me sonrió.

—Me parece maravilloso —dijo—. ¡Superior, de veras! La señora Hargraves me dijo que lo había escrito usted. Me dijo también que usted a lo mejor me regalaba un ejemplar.

El pecho se me dilató de alegría.

—¡Pasa, pasa! —dijo—. ¡Bienvenida seas! ¡Siéntate! ¿Cómo te llamas? Naturalmente que te puedo regalar un ejemplar. ¡Naturalmente! Pero pasa, por favor.

Crucé corriendo la habitación y le ofrecí la mejor silla que tenía. Se sentó con gran delicadeza, el vestido infantil que llevaba ni siquiera le ocultaba las rodillas.

—¿Te apetece un vaso de agua? —dijo—. Hoy hace mucho calor. ¿No tienes sed?

No tenía sed. Sólo tenía nerviosismo. Me di cuenta de que yo la asustaba. Procuré ser más simpático, ya que no la quería espantar. Era una primera época en que aún tenía algo de dinero.

—¿Te apetece un helado? —añadí—. ¿Quieres que vaya a buscarte un batido o alguna otra cosa?

—No puedo quedarme —dijo—. Mamá se enfadaría.

—¿Vives aquí? —dijo—. ¿Ha leído también tu madre el cuento? ¿Cómo te llamas? —Sonreí con orgullo—. Mi nombre ya lo sabes, por supuesto —añadí—. Soy Arturo Bandini.

—Claro que lo sé, claro que lo sé —dijo jadeando, y los ojos se le dilataron con tal admiración que deseé arrojarme a sus pies y ponerme a llorar. Notaba en la garganta el cosquilleo que precede al llanto.

—¿Seguro que no quieres un helado?

Tenía unos modales deliciosos, levantada la barbilla de color de rosa, las manos pequeñas estrujando la revista.

—No, gracias, señor Bandini.

—¿Y una Coca-Cola? —dijo.

—Gracias —dijo con una sonrisa—. No.

—¿Y una limonada?

—No. Gracias.

—¿Cómo te llamas? Yo soy... —pero me detuve a tiempo.

—Judy —dijo.

—¡Judy! —dijo, y me puse a repetirlo—. Judy. Judy. ¡Es maravilloso! —exclamé—. Suena a nombre de estrella. Es el nombre más hermoso que

conozco.

—Gracias —dijo.

Abrí el cajón de la cómoda donde guardaba los ejemplares de la revista. Estaba bien surtido, quedarían unos quince.

—Voy a regalarte un ejemplar totalmente nuevo —le dije—. Y te lo firmaré. Te pondré algo bonito, algo muy especial.

La cara se le arboló de placer. No bromeaba la jovencita; estaba emocionada de verdad y su alegría era como agua fría que me cayera en la cara.

—Te daré dos ejemplares —añadí—. ¡Y te firmaré los dos!

—Es usted muy amable —dijo. Me observó mientras yo abría el tintero—. Lo sé por el cuento que ha escrito.

—No tienes que tratarme de usted, Judy —dije—. No soy mucho mayor que tú. —No quería parecer mayor ante ella. Me reduje la edad todo lo que pude—. Sólo tengo dieciocho años —mentí.

—¿Sólo dieciocho? —dijo asombrada.

—Cumpliré los diecinueve dentro de un par de meses.

Le puse una dedicatoria especial en los dos ejemplares. No recuerdo los términos exactos, pero estaba muy bien, me salió del corazón porque lo sentía desbordar de gratitud. Yo quería más, no obstante, seguir oyendo su voz dulce y apagada, retenerla en mi cuarto lo más que pudiese.

—Me harías un gran honor —le dije—, me harías muy feliz, Judy, si me leyeras el cuento en voz alta. No me ha pasado nunca y me gustaría oírlo.

—¡Y a mí me encantaría leérselo! —dijo, y se puso erecta, rígida a causa de la ansiedad. Me eché en la cama, hundí la cara en el almohadón, y la jovencita leyó el cuento con una voz dulcísima que me hizo derramar lágrimas durante las cien primeras palabras. Fue igual que un sueño, como si la voz de un ángel llenara la habitación, y al cabo de un rato también ella lloraba e interrumpía la lectura cada tanto entre pujos, sollozos y quejas—. No puedo seguir leyendo —decía—. No puedo.

Y yo me volvía y le suplicaba:

—Pero has de hacerlo, Judy. ¡Oh, has de hacerlo!

Cuando llegábamos ya al punto culminante de aquel compartido torrente de emociones, una señora alta entró de pronto en la habitación, sin llamar siquiera, con un rictus displicente en la boca. Comprendí que era la madre de Judy. Nos miró con ojos agresivos, primero a mí, luego a Judy. Sin decir palabra, cogió a Judy de la mano y se la llevó. La joven estrechó los ejemplares de la revista contra el magro pecho y por encima del hombro me

dedicó un lloriqueante guiño de despedida. Se había presentado y se había ido con la misma rapidez, y jamás volví a verla. Fue un misterio para la propietaria de la pensión igualmente, porque madre e hija habían llegado aquel día y aquel mismo día se fueron, sin quedarse siquiera una noche.

En mi buzón había una carta de Hackmuth. Sabía que era de Hackmuth. Identificaba las cartas de Hackmuth a una legua de distancia. Intuía las cartas de Hackmuth, era como si un témpano me resbalase por el espinazo. La señora Hargraves me dio la carta. Se la quité de la mano.

—¿Buenas noticias? —dijo, pues le debía mucho dinero atrasado.

—Nunca se sabe —dije—. Pero me la envía un gran hombre. Aunque me mandara unos cuantos folios en blanco, sería para mí igual que una buena noticia.

Pero yo sabía perfectamente que no era ninguna buena noticia en el sentido que la señora Hargraves entendía, ya que no había enviado ningún cuento al poderoso Hackmuth. No era más que la contestación a la larga carta que le había escrito hacía unos días. Respondía inmediatamente el tal Hackmuth. A una velocidad que dejaba boquiabierto a cualquiera. Echaba una carta en el buzón de la esquina y cuando volvía a la pensión ya me aguardaba allí la respuesta. Pero sus cartas, ay, eran muy breves. Yo le escribía cuarenta folios y él me contestaba con un párrafo pequeño. Estaba muy bien a pesar de todo, porque gracias a ello sus respuestas se podían memorizar más fácilmente. Tenía garra el tal Hackmuth; tenía estilo; mucha sabiduría a disposición de quien quisiera aprender, y hasta sus comas y puntos seguían una cadencia rítmica. Yo solía arrancar los sellos de todas sus cartas, los quitaba con mucho cuidado para ver qué había escrito debajo.

Me senté en la cama y abrí la misiva. Era otro comunicado breve, menos de cincuenta palabras. Decía:

Estimado señor Bandini:

Con el permiso de usted, voy a quitar la presentación y la despedida de su larga carta y la voy a publicar en mi revista como si fuera un cuento. A mi juicio le ha quedado muy bien. Creo que «Las colinas de antaño» es un título excelente. Le adjunto el cheque.

Atentamente,

J. C. Hackmuth

La carta se me escapó de las manos y revoloteó hasta el suelo. Me puse en pie y me observé en el espejo. Tenía la boca abierta de par en par. Fui a la pared de enfrente, me detuve ante el retrato de Hackmuth y apoyé los dedos en la faz resuelta que me observaba. Recogí la carta y la volví a leer. Abrí la

ventana, salí al exterior y me tendí en la hierba soleada de la ladera. Cogí un puñado de hierba. Me eché boca abajo, hundí la boca en la tierra y me puse a arrancar la hierba con los dientes. Rompí a llorar entonces. ¡Oh, Dios mío, oh, Hackmuth! ¿Cómo puede existir un hombre tan maravilloso? ¿Cómo es posible? Volví a la habitación y vi el cheque dentro del sobre. Era de ciento setenta y cinco dólares. Otra vez era rico. ¡Ciento setenta y cinco dólares! Arturo Bandini, autor de «El perrito que reía» y de «Las colinas de antaño».

Volví a ponerme ante el espejo, alcé el puño en actitud provocadora. Aquí estoy, chicos. Echad un vistazo al gran escritor. Fijaos en mis ojos. Son los ojos de un escritor grande. Fijaos en mi quijada. Es la quijada de un escritor soberbio. Fijaos en estas manos, muchachos, oh, muchachos. Son las manos que han creado «El perrito que reía» y «Las colinas de antaño». Extendí el índice con fiereza. En cuanto a ti, Camila López, quiero verte esta noche sin falta. Quiero hablar contigo, Camila López. Pero te lo advierto, Camila López, recuerda que estarás nada menos que ante Arturo Bandini, el escritor. Recuérdalo por la cuenta que te trae.

La señora Hargraves me hizo efectivo el cheque. Pagué lo que debía y dos meses por anticipado. Quiso firmarme un recibo por todo. Traté de disuadirla con un gesto.

—Por favor —dije—. No hace falta que se moleste, señora Hargraves. Confío ciegamente en usted. —Pero insistió. Me guardé el recibo en el bolsillo. A continuación puse un billete de cinco dólares sobre la mesa—. Son para usted, señora Hargraves. Por haber sido tan comprensiva.

Se negó a cogerlo y me lo devolvió.

—¡Tonterías! —dijo. Pero no me guardé el billete. Salí, corrió tras de mí y me alcanzó en la calle.

—Señor Bandini, por favor, coja su dinero.

Vamos, vamos, cinco dólares nada más, una fruslería. Negué con la cabeza.

—Señora Hargraves, no quiero cogerlo; se lo digo de una vez por todas. —Insistimos, estábamos en medio de la acera bajo el sol abrasador y discutimos. Estaba totalmente resuelta. Me rogó que me lo quedase. Sonreí con pachorra—. Lo siento, señora Hargraves, pero le digo que no. Y no pienso cambiar de idea.

Se alejó, pálida de rabia, con el billete de cinco dólares entre el índice y el pulgar, como si fuese un ratón muerto. Cabeceé. ¡Cinco dólares! Por lo que respectaba a Arturo Bandini, autor de muchos cuentos publicados por J. C. Hackmuth, calderilla y nada más.

Fui al centro, recorrí las calles tórridas y estrechas hasta llegar al sótano de The May Company, donde me compré la ropa más elegante que había tenido en la vida, un traje marrón a rayas con dos juegos de pantalones. A partir de entonces iría bien vestido cuando quisiera. Me compré también unos zapatos marrones y blancos, camisas, calcetines y un sombrero. Mi primer sombrero, marrón oscuro, fieltro de verdad con forro de seda blanca. Los pantalones necesitaban un pequeño ajuste. Dije que se dieran prisa. Me lo hicieron en un santiamén. Me cambié en un probador, me acicalé con lo recién comprado y encima de todo me puse el sombrero. El empleado metió la ropa vieja en una caja. No quise llevármela. Le dije que llamara al Ejército de Salvación, que la regalara, y que me enviara a la pensión el resto de las compras. Al salir me compré unas gafas de sol. Pasé el resto de la tarde comprando cosas para matar el tiempo. Tabaco, caramelos, fruta confitada. Dos paquetes de quinientos folios de buena calidad, gomas elásticas, clips, cuadernillos de notas, un fichero pequeño y un cacharro para agujerear papel. Me compré también un reloj barato, una lámpara para la mesita de noche, un peine, cepillos de dientes, dentífrico, colonia para el pelo, espuma de afeitar, colonia de baño y un botiquín casero. Entré en una tienda de corbatas y compré corbatas, un cinturón, una cadena de reloj, pañuelos, un albornoz y un par de zapatillas. Cayó la noche y yo ya no podía cargar con más objetos. Paré un taxi y volví a la pensión.

Estaba muerto de cansancio. El sudor me había empapado el traje nuevo, me chorreaba piernas abajo hasta los tobillos. Pero me sentía muy bien. Me bañé, me empapé de colonia y me lavé los dientes con el cepillo y el dentífrico recién comprados. Luego me afeité con la espuma recién adquirida y me eché la colonia en el pelo. Estuve un rato paseándome por la habitación con el albornoz y las zapatillas, desempaqueté los folios y demás artículos, me fumé unos cuantos cigarrillos de los caros y mastiqué algunos caramelos.

El repartidor de The May Company me entregó las compras restantes en una caja grande. La abrí y en ella encontré no sólo la ropa nueva sino también la vieja. Tiré ésta a la papelera. Llegó la hora de vestirse. Me puse calzoncillos nuevos, una camisa nueva, los calcetines y los otros pantalones. Acto seguido me puse una corbata y los zapatos nuevos. Me situé ante el espejo, me eché el sombrero sobre el ojo y me observé. La imagen reflejada sólo me resultaba conocida de un modo lejano. No me gustaba la corbata, me quité la chaqueta y me probé otra. Tampoco esta otra me gustó. De súbito empezó a cabrearme todo. El cuello duro de la camisa me estrangulaba. Los zapatos me apretaban. Los pantalones olían a almacén de confecciones y me

quedaban muy ajustados en la ingle. El sombrero me comprimía el cráneo y las sienes comenzaron a sudarme. Empezó a picarme por todas partes y cada vez que daba un paso me crujía toda la ropa igual que un saco lleno de papeles. Me molestaba el pestazo de las colonias que me había puesto y la cara se me deshacía en muecas. Virgen Santísima, pero ¿qué le había pasado al bueno de Bandini, autor de «El perrito que reía»? ¿Era aquel payaso maniatado el creador de «Las colinas de antaño»? Me lo quité todo, me lavé la cabeza para quitarme el perfume y me embutí en la ropa vieja con entusiasmo. Se alegró mucho de estar otra vez conmigo; me abrazó con placer y serenidad, y mis pies torturados se introdujeron en los zapatos viejos como en la dulzura de la hierba primaveral.

Fui al Columbia Buffet en taxi. El conductor detuvo el vehículo junto a la acera, exactamente ante la puerta abierta. Al salir le di un billete de veinte dólares. No tenía cambio. Me dio mucha alegría porque cuando al final encontré un billete más pequeño vi a Camila en la puerta. Muy pocos taxis se detenían ante el Columbia Buffet. La saludé con indiferencia, entré en el local y me senté a la mesa del principio. Leía la carta de Hackmuth cuando oí su voz.

—¿Es que quieres burlarte de mí? —dijo.

—No, que yo sepa —dije.

Se puso las manos detrás y se miró los pies.

—¿Tengo un aspecto distinto?

Calzaba zapatos nuevos, blancos, descubiertos, de tacón alto.

—Son muy bonitos —dije, y volví a la carta de Hackmuth. Me contempló con la boca fruncida en un puchero. Alcé los ojos y le hice un guiño—. Disculpa —dije—. El trabajo.

—¿Quieres alguna cosa?

—Un puro —dije—. Un habano de los caros.

Me trajo la caja. Cogí uno.

—Son caros —dijo—. Veinticinco centavos.

Sonreí y le di un dólar.

—Quédate con la vuelta.

Rechazó la propina.

—No hace falta —dijo—. Sé que eres pobre.

—Ya no —dije. Encendí el puro y dejé que el humo me saliera de la boca mientras me retrepaba y me quedaba mirando el techo—. No está mal para lo que cuesta —dije.

Las intérpretes del fondo seguían dándole a «Over the Waves». Hice una carantoña a Camila y empujé hacia ella la vuelta del puro.

—Diles que toquen algo de Strauss. Algo vienés.

Cogió una moneda de veinticinco centavos, pero la obligué a cogerlo todo. Las intérpretes se quedaron de piedra. Camila me señaló. Las intérpretes me saludaron con la mano y me sonrieron. Asentí con dignidad. Atacaron los «Cuentos de los bosques de Viena». Los zapatos nuevos de Camila le hacían

daño. Ya no tenía la chispa de antes. Hacía muecas al andar, apretaba los dientes.

—¿Te apetece una cerveza? —me preguntó.

—Me apetece un pelotazo de whisky escocés —dije—. St. James.

Se fue a hablar con el barman y volvió.

—No tenemos St. James. Pero sí Ballantine's. Es caro. Cuarenta centavos. Pedí uno para mí y otro para cada uno de los dos camareros de la barra.

—No deberías tirar el dinero de esa forma —dijo Camila.

Acepté el brindis de los camareros y tomé un sorbo de mi vaso. Arrugué la cara.

—Matarratas —dije.

Camila se metió las manos en los bolsillos.

—Creí que te gustarían los zapatos nuevos —dijo, decepcionada.

Yo había reanudado la lectura de la carta de Hackmuth.

—Están bien —dije.

Se alejó renqueando hasta una mesa que acababa de desocuparse y se puso a recoger las jarras de cerveza vacías. Estaba dolida, malhumorada y triste. Tomé otro sorbo de whisky y seguí leyendo y releendo sin parar la carta de Hackmuth. Volvió junto a mi mesa a los pocos minutos.

—Tú has cambiado —dijo—. Te noto distinto. Me gustabas más antes.

Sonreí y le di una palmadita en la mano. La tenía caliente, suave, oscura, los dedos eran largos.

—Princesita mexicana —dije—. Eres encantadora y muy inocente.

Apartó la mano y comenzó a ponerse pálida.

—¡Yo no soy mexicana! —dijo—. Soy americana.

Cabeceé.

—No —dije—. Para mí serás siempre una obrerita tonta. Una violetera del querido México.

—¡Macarroni hijoputa! —dijo.

Me dio donde más me dolía, pero seguí sonriendo. Se alejó pisando con fuerza, pero el dolor que le causaban los zapatos frenaba el impulso airado de sus piernas. Me moría de rabia por dentro y la sonrisa se me había vuelto rígida, como sujeta con tachuelas. Camila limpiaba una mesa próxima a las intérpretes con movimientos enérgicos, su faz semejante a una llama morena. Cuando se volvió para mirarme, el odio que vomitaba por los ojos cruzó el local como una centella. La carta de Hackmuth no me interesaba ya. Me la guardé en el bolsillo y quedé con la cabeza gacha. Experimentaba una sensación conocida, le seguí el rastro y recordé que era una sensación que

había experimentado al entrar en el bar por primera vez. Camila desapareció tras el tabique. Al reaparecer se movía con garbo, con pies rápidos y seguros. Se había quitado los zapatos blancos y se había puesto las sandalias viejas.

—Lo siento —dijo.

—No —dije—. Es culpa mía, Camila.

—Lo que te dije, lo dije sin intención.

—Hiciste bien. Fue culpa mía.

Le miré los pies.

—Eran muy bonitos, los zapatos blancos. Tienes unas piernas preciosas, y te quedaban soberbios.

Me acarició el pelo con la mano, el calor de su complacencia le pasó a los dedos, me alcanzó, la garganta se me puso seca y una felicidad intensa me recorrió la carne. Fue tras el tabique y al salir llevaba otra vez los zapatos blancos. Los músculos delicados de las mandíbulas se le contraían al andar, pero sonreía con valor. La contemplé mientras trabajaba y su imagen me levantó el ánimo con un optimismo semejante al del aceite que flota en el agua. Al cabo de un rato me preguntó si tenía coche. Le dije que no. Ella dijo que tenía uno, que estaba en el parking de al lado, me describió el vehículo y quedamos en reunirnos en el parking para ir a la playa. Al ponerme en pie para irme, el camarero alto de cara blancuzca me miró de un modo que se me antojó ligerísimamente malicioso.

El coche era un Ford deportivo de 1929, la paja colgaba de los desgarrones del tapizado, los parachoques estaban llenos de abolladuras y carecía de capota. Me acomodé en el asiento y me puse a toquetear los mandos. Eché un vistazo a la cédula fiscal. Estaba extendida a nombre de Camila Lombard, no al de Camila López.

Iba con una persona cuando entró en la zona de estacionamiento, pero no pude ver de quién se trataba porque estaba muy oscuro, no había luna y todo se hallaba envuelto en una delgada película de bruma. Al acercarse advertí que era el camarero alto. Me lo presentó, se llamaba Sammy, se mantuvo callado y no manifestó ningún interés. Lo llevamos a su casa, por Spring Street hasta First Street, luego cruzamos la vía del tren y llegamos a un barrio negro que recogía los ruidos del Ford traqueteante y esparcía el eco por una zona de mugrientas casas de madera y típicas vallas de estacas. El hombre bajó cerca de un falso pimentero moribundo que se había despojado de sus hojas pardas, y cuando echó a andar hacia el soportal le oí pisar las crujientes hojas marchitas.

—¿Quién es? —dije.

Era sólo un amigo, dijo ella, y no quería hablar de él, aunque estaba preocupada al respecto; su cara adoptó esa expresión ansiosa que se adquiere cuando una persona se preocupa por un amigo enfermo. Aquello me preocupó a mi vez, e hizo que me sintiera celoso al mismo tiempo, así que no paré de hacerle preguntas, pero la forma reticente con que me contestó no hizo sino empeorar las cosas. Volvimos a cruzar la vía y el centro urbano. Se saltaba los semáforos en rojo cuando no había coches a la vista, pero si alguno se le cruzaba, pegaba la mano a la chillona bocina y allí la dejaba. Los bocinazos eran como gritos de auxilio que retumbaban en los desfiladeros de casas. Al margen de si era necesario o no, lo hacía continuamente, y le llamé la atención, pero no me hizo caso.

—Soy yo quien conduce —dijo.

Llegamos a Wilshire, donde el tráfico no podía circular a menos de cincuenta por hora. El Ford no podía correr tanto, pero ella se empeñó en circular por el carril del centro y los demás coches, más grandes y más rápidos, nos adelantaban y se nos cruzaban como exhalaciones. Los otros coches la ponían furiosa, y ella los amenazaba con el puño y los insultaba. Al cabo de dos kilómetros se quejó de los pies y me pidió que sostuviera el volante. Lo hice y se inclinó para quitarse los zapatos. Cogió otra vez el volante y sacó una pierna por el costado del Ford. El vestido se le hinchó al instante y le cubrió la cara. Se lo remetió bajo el trasero, pero los muslos oscuros le quedaron tan al descubierto que se le veía la ropa interior rosada. Llamaba mucho la atención. Los coches que iban a adelantarnos reducían la velocidad y las ventanillas se poblaban de cabezas deseosas de contemplar aquella oscura pierna desnuda. La situación la encolerizó. Se puso a gritar a los mirones, a chillarles que se metieran en sus asuntos. Mientras tanto, yo, encogido junto a ella, sin saber dónde meterme, trataba de disfrutar de un cigarrillo que por culpa del viento se consumía demasiado aprisa.

Llegamos a un semáforo importante en el cruce de Western y Wilshire. Era un cruce muy concurrido, la calle estaba llena de peatones que salían de los drugstores, los clubs nocturnos y un cine. No se podía saltar la señal de tráfico porque ante nosotros había una fila compacta de vehículos que esperaba a que cambiaran las luces. Se echó atrás en el asiento, impaciente, nerviosa, sacudiendo la pierna. Las caras empezaron a volverse, las bocinas gritaban de júbilo y un deportivo de campeonato, situado a nuestras espaldas y dotado de un claxon malicioso, nos enviaba incesantes gritos de atención. Camila se volvió con los ojos echando chispas y amenazó con el puño a los

estudiantes del deportivo. Todas las miradas se habían centrado ya en nosotros y todo el mundo sonreía. Di un codazo a Camila.

—Podrías esconder la pierna en los semáforos por lo menos.

—¡Cierra el pico! —exclamó.

Saqué la carta de Hackmuth y busqué refugio en ella. La avenida estaba muy iluminada, lo bastante para leer la carta, pero el Ford coceaba como una mula, temblaba, daba sacudidas, se tiraba pedos. Camila estaba orgullosa del vehículo.

—Tiene un motor estupendo —dijo.

—Parece de confianza —dije, a la expectativa.

—Deberías tener coche propio —dijo.

Le pregunté por el nombre de Camila Lombard que figuraba en la cédula fiscal. Le pregunté si estaba casada.

—No —dijo.

—¿Por qué el Lombard entonces?

—Por diversión —dijo—. A veces lo utilizo profesionalmente.

Yo no entendía nada.

—¿Te gusta a ti tu apellido? —me replicó—. ¿No preferirías que fuese Johnson, o Williams, o algo por el estilo?

Le dije que no, que estaba satisfecho con el que tenía.

—No lo estás —dijo—. Se nota.

—¡Te digo que sí! —dije.

—Y yo te digo que no.

No había niebla del otro lado de Beverly Hills. Las palmeras que flanqueaban la carretera aplastaban su color verde contra la oscuridad azulenta y la raya blanca del asfalto corría ante nosotros como una mecha encendida. Algunas nubes se agitaban y removían, pero no había estrellas. Cruzamos las colinas más bajas. La carretera estaba flanqueada por setos elevados y enredaderas lujuriantes, y había palmeras y cipreses dispersos por todos los sitios.

Llegamos a Palisades en silencio, por la carretera que bordeaba el acantilado. Un viento frío nos azotaba por el flanco. La cafetera oscilaba. De abajo nos llegaba el rugido del mar. Bancos neblinosos lejanos reptaban hacia tierra, en sus entrañas bullía un ejército de fantasmas. Las olas desollaban la tierra con uñas espumosas. Se retiraban y volvían a la carga. Cuando una ola retrocedía, el versátil perímetro del agua esbozaba una sonrisa interminable. Bajamos en segunda por la carretera en espiral, el asfalto negro sudaba,

lenguas de niebla lo lamían. El aire estaba muy limpio. Lo aspirábamos con bocanadas de gratitud. No había polvo en aquel lugar.

Introdujo el coche en un trecho infinito de arena blanca. Nos detuvimos a contemplar el mar. No hacía frío al pie de los acantilados. Me rozó la mano.

—¿Me enseñas a nadar? —dijo.

—Aquí no —dije.

Las olas eran imponentes. Había marea alta y se sucedían con rapidez. Se formaban a cien metros de distancia y crecían a medida que avanzaban. Las veíamos romper contra la orilla, encajes de espuma que reventaban con el rugido del trueno.

—Es mejor aprender en aguas tranquilas —dije.

Se echó a reír y comenzó a desnudarse. Tenía la piel oscura, pero era un moreno natural y no un bronceado. Yo la tenía blanca como la de un resucitado. Me notaba una bola de pesadez en el estómago. Lo encogí para no sentirla. Observó la palidez de mis riñones y piernas y sonrió. Respiré de alivio cuando echó a andar hacia el agua.

La arena era cálida y muelle. Nos sentamos de cara al mar y charlamos sobre el arte de la natación. Le enseñé las primeras normas. Se echó boca abajo, remó con los brazos y sacudió los pies. La arena le salpicaba la cara, me imitaba sin entusiasmo. Se incorporó.

—No me gusta aprender a nadar —dijo.

Nos metimos en el agua cogidos de la mano, la parte delantera tachonada de granos arenosos. Estaba fría, aunque se podía aguantar al cabo del rato. Era la primera vez que me sumergía en el océano. Avancé contra las olas hasta que el agua me cubrió los hombros y entonces me puse a nadar. Las olas me arrastraban. Me puse a bucear bajo las olas que se acercaban. Pasaban por encima de mí sin afectarme. Estaba aprendiendo. Cuando se formaban olas muy grandes, me lanzaba contra la cresta y me arrastraban hacia la playa.

No dejaba de vigilar a Camila. Se metía en el agua hasta la rodilla, veía que se acercaba una ola y corría hacia la orilla arenosa. Y volvía a intentarlo. Gritaba de placer. Una ola la alcanzó por sorpresa, Camila dio un chillido y desapareció. Reapareció al cabo de unos instantes, riéndose y gritando. Le dije que no se arriesgara de aquel modo, pero ella avanzó hacia la cresta blanca de una ola lanzada al galope, la ola la derribó y la perdí de vista. La vi rodar como una cesta de plátanos. Avanzó hacia la orilla con pie inseguro, el cuerpo escarchado de brillos, las manos en el pelo. Nadé hasta que me sentí cansado y salí del agua. Los ojos me escocían a causa de la sal. Me eché de espaldas con la respiración jadeante. Al cabo de unos minutos recuperé las

fuerzas, me incorporé y encendí un cigarrillo. No veía a Camila. Fui al coche, pensando que estaría allí. Pero no estaba. Corrí hacia el borde del agua y escruté la confusión espumosa. La llamé.

En aquel punto la oí gritar. El grito venía de muy lejos, de más allá de donde se formaban las olas, del banco de niebla que flotaba sobre las aguas inquietas a unos cien metros largos. Camila volvió a gritar: «¡Socorro!», me metí en el agua, paré las primeras olas con el hombro y comencé a nadar. Dejé de oírla en medio del fragor de las olas. «¡Ya voy, ya voy!», gritaba yo sin parar, una y otra vez, hasta que tuve que detenerme para recuperar fuerzas. Esquivar las olas grandes era sencillo, buceaba por debajo de ellas, pero las pequeñas me confundían, me golpeaban en la cara y me ahogaban. Por fin llegué a la zona de mar picada. Las olas pequeñas me buscaban la boca. Camila había dejado de gritar. Agité el agua con las manos en espera de oír más gritos. No oí ninguno. Grité a mi vez. La voz me salía débil, como si la emitiera bajo el agua.

De pronto me sentí agotado. Las olas pequeñas me pasaban por encima. Tragué agua, empecé a hundirme. Recé, gruñí, me debatí en el agua, aunque sabía que no tenía que hacerlo. El mar estaba en calma en aquel punto. Muy lejos, en la orilla, oía el estampido de las olas contra los rompientes. La llamé, esperé, volví a llamarla. Ninguna respuesta aparte del rumor de mi braceo y el murmullo de las cabrillas. Me ocurrió algo entonces en la pierna derecha, en los dedos del pie. Estaban paralizados. Cuando agité la pierna, el dolor me subió hasta el muslo. No quería morir. ¡Dios mío, no me lleves ahora! Presa del frenesí, comencé a nadar hacia la orilla.

Volví a encontrarme en la zona de olas grandes, cada vez las oía rugir con más fuerza. Pero me parecía demasiado tarde. No podía seguir nadando, tenía los brazos muertos, la pierna derecha me dolía muchísimo. Lo único que importaba era respirar. La corriente subacuática me empujaba, me zarandeaba, me arrastraba. De modo que así había muerto Camila y así iba a morir Arturo Bandini: no obstante, incluso en aquellos momentos lo estaba escribiendo todo, lo veía escrito en un folio puesto en una máquina de escribir, y mientras lo escribía me dejaba arrastrar por la arena áspera, o sea que estaba convencido de no vivir para contarlo. De pronto me vi con el agua hasta la cintura, cojo y demasiado lejos para hacer nada, bregando con la mente en blanco, con desesperación, tratando de tomar nota de todo, preocupado por el exceso de adjetivos. La ola siguiente me hundió una vez más, me arrastró hasta donde el agua cubría treinta centímetros, y con manos y rodillas salí reptando de aquel agua que cubría treinta centímetros, al tiempo

que me preguntaba si de todo aquello me saldría por lo menos un poema. Pensé en Camila, rompí en sollozos y advertí que mis lágrimas eran más saladas que el agua del mar. Pero no podía quedarme quieto, tenía que encontrar ayuda donde fuera, me puse en pie y avancé dando traspiés hasta el coche. Tenía mucho frío y los dientes me castañeteaban.

Me volví para mirar el mar. A menos de cincuenta metros, Camila avanzaba hacia la orilla con el agua hasta la cintura. Se reía, se ahogaba a causa de la risa, a causa de la broma colosal que me había gastado, y cuando vi que se zambullía ante una ola con la elegancia y perfección de las focas, pensé que la cosa no tenía gracia, ninguna gracia en absoluto. Eché a andar hacia ella, sentía que recuperaba las fuerzas a cada paso que daba, y cuando llegué a su altura, la alcé en brazos sin pensármelo dos veces, me la puse sobre el hombro y no me importó que gritase, ni que me arañase el cuero cabelludo y me tirase del pelo con las manos. La levanté hasta donde mis brazos dieron de sí y la arrojé a un charco de poca profundidad. Aterrizó con un impacto sordo que la dejó sin respiración. Salí del charco, le así el pelo con las dos manos y le hundí la cara y la boca en la arena mojada. Allí la dejé, arrastrándose a cuatro patas, llorando y quejándose, mientras yo volvía al coche. Me había comentado que llevaba unas mantas en el asiento abatible. Las cogí, me abrigué hasta el cuello y me tendí en la arena cálida.

Un instante después la vi avanzar por la arena sólida, donde me encontré envuelto en las mantas. Se detuvo ante mí limpia y chorreante, exhibiéndose, orgullosa de su desnudez, dando vueltas sin parar.

—¿Todavía te gusto?

Yo la miraba de soslayo. Estaba sin habla y asentía y sonreía. Avanzó hasta pisar las mantas y me dijo que me apartara. Le hice un sitio y deslizó el cuerpo frío y reluciente bajo las frazadas. Me dijo que la abrazase y la abracé, y ella me besó con labios fríos y húmedos. Estuvimos así mucho tiempo, y yo estaba preocupado, con miedo y sin deseo. Algo parecido a una flor gris creció entre los dos, un pensamiento que adquiría forma y que daba cuenta del abismo que nos separaba. Yo no sabía lo que era. Advertía la impaciencia de Camila. Le acaricié el vientre y las piernas, pensé en el deseo, traté de estimularme a la fuerza, con los músculos tensos, mientras ella aguardaba, se removía, me tiraba del pelo y me incitaba; fue inútil; no sucedía nada, nada en absoluto; yo sólo pensaba en la carta de Hackmuth y en algunas cosillas que tenía que escribir, pero no sentía lujuria, sólo miedo de Camila, y vergüenza y humillación. Empecé a insultarme y a maldecirme, quería ponerme en pie y

meterme en el agua. Ella advirtió mi enfriamiento. Se incorporó con sonrisa de burla y comenzó a secarse el pelo con la manta.

—Creí que te gustaba —dijo.

No pude responderle. Me encogí de hombros y me levanté. Nos vestimos y volvimos a Los Ángeles. No nos dijimos nada. Ella encendió un cigarrillo y me miró con extrañeza, con los labios fruncidos. Me echó el humo del tabaco a la cara. Le quité el cigarrillo de la boca y lo tiré a la calle. Encendió otro y aspiró el humo con languidez, divertida y despectiva. Sentí odio por ella.

El alba escalaba los montes de levante, chorros dorados de luz que rasgaban el cielo igual que reflectores. Saqué la carta de Hackmuth y volví a leerla. Hackmuth estaría entrando en su despacho en aquellos momentos, allá en Nueva York. En algún lugar de aquel despacho estaría el manuscrito de «Las colinas de antaño». El amor no lo era todo. Las mujeres no lo eran todo. Un escritor tenía que reservarse las energías.

Llegamos a la ciudad. Le dije dónde vivía.

—¿Bunker Hill? —dijo riéndose—. No podías haber elegido mejor.

—Es un lugar perfecto —dije—. No admiten mexicanos en la pensión.

A los dos se nos removió la bilis. Me llevó a la pensión y paró el motor. Me pregunté si quedaba algo que pudiéramos decirnos, pero no quedaba nada. Salí, me despedí con un ademán de la cabeza y eché a andar hacia la pensión. Sentí su mirada entre los omóplatos, igual que un estilete. Llegaba ya a la puerta cuando me llamó. Volví al coche.

—¿No me das un beso de despedida?

La besé.

—Así no.

Me rodeó el cuello con los brazos. Me atrajo la cara hacia sí y me hundió los dientes en el labio inferior. Me hizo daño y forcejeé hasta quedar libre. Se quedó con un brazo sobre el asiento, sonriendo y viendo cómo entraba en la pensión. Saqué el pañuelo y me lo llevé a los labios. Una mancha de sangre tiñó la tela. Recorrí el pasillo en sombras hasta llegar a mi cuarto. Nada más cerrar la puerta me sobrevino todo el deseo que media hora antes había brillado por su ausencia. Me martilleó el cráneo, me cosquilleó los dedos. Me eché en la cama y me puse a romper la almohada con las manos.

Todo lo sucedido aquel día lo tuve dando vueltas en la cabeza. Recordaba su desnudez morena y su beso, el sabor de su boca de frescura marina, y me veía a mí mismo blanco y virginal, encogiendo el estómago hinchado, de pie en la arena y con la mano en los riñones. Me puse a pasear por la habitación. Al anochecer me sentía agotado y la imagen que me devolvía el espejo era insoportable. Me senté ante la máquina y escribí sobre ello, lo escupí tal y como habría tenido que suceder, lo vomité con tanta violencia que la máquina portátil retrocedía, resbalaba en la superficie de la mesa y se alejaba de mí. Terminaba con ella siguiéndome a rastras por la arena, los ojos anegados en lágrimas, suplicándome que tuviera compasión. Genial. Fantástico. Pero al leerlo de corrido se me antojó insulso y chapucero. Rompí los folios y los tiré.

Hellfrick llamó a la puerta. Estaba pálido y tembloroso, con la piel igual que papel mojado. Había dejado de beber; no volvería a probar ni una gota. Se sentó en el borde de la cama y se restregó los dedos huesudos. Habló de comida con nostalgia, de los buenos filetes que se comían allá en Kansas City, de los maravillosos chuletones y costillas de cordero. Pero no en el lugar donde nos encontrábamos, en la tierra del sol perenne, donde el ganado no comía más que hierbajos secos y sol, donde la carne estaba llena de gusanos y había que pintarla para que pareciese sanguinolenta y roja. Y: ¿le podía prestar cincuenta centavos? Le di el dinero y se fue a la carnicería de Olive Street. Al cabo de un rato estaba de vuelta en su habitación y la planta baja de la pensión se llenaba del penetrante perfume del hígado y las cebollas. Fui a su cuarto. Tenía ante sí un plato lleno de carne, la boca hinchada, las frágiles mandíbulas masticando con esfuerzo. Me apuntó con el tenedor.

—Ya arreglaremos cuentas, chico. Te lo devolveré multiplicado por mil.

Me entró hambre. Fui al restaurante que había junto a Angel's Flight y pedí lo mismo. Comí con toda la tranquilidad del mundo. Al margen sin embargo de lo que me entretuviese con el café, yo sabía que al final bajaría por Angel's Flight y me dirigiría al Columbia Buffet. No tenía más que tocarme el bulto del labio para ponerme furioso primero y acto seguido inflamarme de pasión.

Al llegar al Buffet tuve miedo de entrar. Crucé la calle y la observé por las ventanas. No llevaba los zapatos blancos y parecía igual que siempre,

contenta y ocupada con la bandeja de las cervezas.

Se me ocurrió una idea. Eché a andar a todo meter, dos manzanas, hasta la estafeta de telégrafos. Tomé asiento ante el telegrama en blanco, con el corazón latiéndome con fuerza. Llené el impreso de garabatos. Te amo Camila quiero casarme contigo Arturo Bandini. Cuando fui a pagar, el empleado miró la dirección y dijo que lo entregarían al cabo de diez minutos. Volví corriendo a Spring Street y me quedé en el zaguán en sombras en espera de que apareciese el mozo de telégrafos.

Nada más verlo doblar la esquina me di cuenta de que poner aquel telegrama había sido un error garrafal. Crucé corriendo la calle y me puse en su camino. Le dije que el telegrama era mío y que yo no quería que lo entregasen.

—Ha sido una confusión —dije.

Pero no quiso escucharme. Era un individuo alto y con la cara llena de granos. Le ofrecí diez dólares. Negó con la cabeza y sonrió con mueca exagerada. Veinte dólares, treinta.

—Ni por diez millones —dijo.

Volví a las sombras y le vi entregar el telegrama. A Camila le sorprendió recibirlo. La vi señalarse con el índice, con expresión de desconcierto. Aun después de firmar se quedó con el telegrama en la mano, con la mirada fija en el mozo que se marchaba. En cuanto vi que lo abría, cerré los ojos. Al abrirlos vi que lo leía deshecha en carcajadas. Se dirigió a la barra y tendió el telegrama al camarero de faz cetrina, el mismo al que habíamos llevado a casa la noche anterior. Lo leyó sin inmutarse. Acto seguido se lo pasó al otro camarero. También éste permaneció impasible. Les di las gracias de todo corazón. Cuando Camila volvió a leerlo, también por ello sentí una gratitud profunda, pero cuando lo llevó a una mesa ocupada por un grupo de hombres que bebían, la boca se me fue abriendo y creí que me moría. Las carcajadas de aquellos individuos inundaron el local y la calle entera. Me estremecí y me alejé deprisa.

Doblé la esquina al llegar al cruce de Sixth Street y Main Street y bajé por ésta. Anduve sin rumbo fijo entre la muchedumbre de vagabundos y desahuciados codiciosos y hambrientos. En Second Street me detuve ante un salón de baile por horas. La propaganda de las paredes hablaba por todo lo alto de cuarenta bellas señoritas y de la música de ensueño de Lonny Killula y sus Melódicos Hawaianos. Subí un tramo de escalones retumbantes y llegué a la taquilla, donde aboné la entrada. En el interior vi a las cuarenta señoritas, en fila a lo largo de la pared de enfrente, con vestido de gala reluciente y

ceñido, casi todas rubias. No bailaba nadie, ni un alma. En el estrado, la orquesta de cinco miembros atacaba con violencia una canción. Enfrente de las chicas, detrás de una barrera baja de mimbre, había unos cuantos clientes, idénticos a mí. Las chicas nos hacían señas. Supervisé el grupo, encontré una rubia con un vestido que me gustaba y compré unos boletos de baile. Hice una seña a la rubia. Cayó en mis brazos igual que una antigua amante y movimos el esqueleto durante un par de canciones.

Hablaba con dulzura y me llamaba cariño, pero yo sólo pensaba en la chica que estaba a dos calles de distancia, en mí mismo, tendido en la arena con ella y haciendo el ridículo. Fue inútil. Regalé a la rubia empalagosa los boletos de baile, salí al vestíbulo y volví a la calle. Estaba ansioso, y cuando me di cuenta de que no hacía más que mirar los relojes callejeros, supe lo que me pasaba. Esperaba a que fuesen las once, hora en que cerraba el Columbia.

Acudí a las once menos cuarto. Fui al parking y me dirigí al coche de Camila. Me senté a esperar en la tapicería reventada. En un rincón del parking estaba la caseta donde el empleado gestionaba el negocio. Encima de la caseta había un reloj luminoso de color rojizo. Yo no apartaba los ojos del reloj, vigilaba el avance del minutero hacia las once. Entonces me entró miedo de volver a verla, y cuando me revolví y encogí en el asiento, toqué algo blando con la mano. Era un gorro de Camila, negro, de tipo escocés, con una borla en lo alto. Lo palpé con los dedos, me lo llevé a la nariz. El polvo facial que conservaba era como el de ella. Era lo que andaba buscando. Me lo guardé en el bolsillo y salí del parking. Subí las escaleras de Angel's Flight y me dirigí a la pensión. Ya en mi cuarto, lo saqué del bolsillo y lo eché sobre la cama. Me desnudé, apagué la luz y estreché entre mis brazos el gorro.

¡Un nuevo día amanece, oh poesía! Escríbele un poema, explaya tu corazón en dulces rimas; pero yo no sabía escribir poesía. La poesía, para mí, era amor y dolor, rimas tontas, sentimientos cursis. Dios de los cielos, no soy escritor; ni siquiera sé componer una cuarteta, no sirvo para nada en este mundo. Fui a la ventana, agité los brazos al cielo; no sirvo para nada, no soy más que un estafador de tres al cuarto; ni escritor ni amante; ni carne ni pescado.

¿Dónde estaba, pues, el problema?

Desayuné y me dirigí a una pequeña iglesia católica, sita en los límites de Bunker Hill. La rectoría estaba en la parte posterior del templo de madera. Llamé al timbre y apareció una señora con uniforme de enfermera. Llevaba las manos llenas de harina y masa.

—Quiero ver al párroco —dije.

La mujer tenía la barbilla cuadrada y unos ojos grises que miraban con hostilidad.

—El padre Abbot está ocupado —dijo—. ¿Qué quiere?

—Tengo que verle —dije.

—Ya le he dicho que está ocupado.

El sacerdote apareció en la puerta. Era un individuo gordo pero de aspecto muy fuerte, tendría cincuenta y tantos años y fumaba un puro.

—¿Qué pasa? —dijo.

Le dije que quería verle a solas. Que sufría cierta confusión. La mujer bufó con desprecio y desapareció por un pasillo. El cura abrió la puerta del todo y me condujo a su despacho. Era una habitación reducida y llena de libros y revistas. Los ojos se me salieron de las órbitas. En un rincón había un buen montón de números de la revista de Hackmuth. Me dirigí a él al instante y saqué el número que contenía «El perrito que reía». El sacerdote había tomado asiento.

—Una gran revista —le dije—. La más importante de todas.

El cura cruzó las piernas, agitó el puro con la boca.

—Está podrida —dijo—. Podrida hasta el tuétano.

—Protesto —dije—. Da la casualidad de que soy uno de sus principales colaboradores.

—¿Usted? —preguntó el cura—. ¿Y con qué ha colaborado?

Abrí la revista por donde comenzaba «El perrito que reía» y la puse en el escritorio, ante él. La miró un segundo y la apartó con la mano.

—He leído el cuento —dijo—. Es pura bazofia. Y su alusión a la Sagrada Forma es un embuste vil y despreciable. Debería avergonzarse de sí mismo.

Tras retrepase en el sillón, dejó bien claro que no simpatizaba conmigo, con los ojos coléricos concentrados en mi frente, el puro yendo y viniendo de un lado a otro de la boca.

—Bueno —dijo—, ¿para qué deseaba verme?

No me senté. A su manera me había dado a entender que no iba a dejarme utilizar ningún mueble de la estancia parroquial.

—Es a propósito de una chica —dije.

—¿Qué le ha hecho usted? —dijo.

—Nada —dije. Pero me sentía incapaz de seguir hablando. Me había arrancado el corazón de golpe. ¡Pura bazofia! Multitud de matices, diálogos soberbios, un lirismo de fábula y aquel individuo decía que era pura bazofia.

Lo mejor era hacer oídos sordos y marcharse a cualquier lugar donde no se hablara ningún lenguaje humano. ¡Pura bazofia!

—He cambiado de idea —dije—. Ya no quiero hablar del asunto.

Se puso en pie y fue hacia la puerta.

—Muy bien —dijo—. Buenos días.

Salí y el sol tórrido me cegó. El cuento más hermoso de toda la literatura norteamericana y aquel ente, aquel sacerdote, lo calificaba de pura bazofia. Es posible que la tontería aquella de la Sagrada Forma no fuera verdad punto por punto; es posible que no hubiera ocurrido así. ¡Pero qué valores psicológicos, Señor! ¡Y qué prosa! ¡Y qué sentido de la belleza absoluta!

En cuanto llegué a mi habitación me senté ante la máquina y planeé la venganza. Un artículo, una crítica demoledora contra la estupidez de la Iglesia. Escogí el título con pinzas: «La Iglesia católica está sentenciada». Machaqué y vomité con furia, folio tras folio, hasta que llené seis. Hice una pausa para leer lo escrito. Era horrible y ridículo. Lo rompí todo y me tumbé en la cama. Aún no había escrito el poema para Camila. Me vino la inspiración tumbado en la cama. Lo escribí de carrerilla:

Ya he olvidado, Camila, lo que el viento se llevó,
las rosas en el suelo, las rosas del delirio,
y he bailado para no acordarme de tus blancos lirios;
pero más que mi alma podía la antigua pasión,
sí, continuamente, porque el baile era un martirio;
te he sido fiel, Camila, fiel en la imaginación.

Arturo Bandini

Fui a telégrafos, orgulloso de lo que había hecho, contemplé al empleado mientras lo leía, poema genial, mi poema para Camila, una esquirla de inmortalidad de Arturo para Camila, y aboné el importe al telegrafista, volví a mi puesto en el zaguán en sombras y me puse a esperar. El mismo mozo apareció volando en la bicicleta. Le vi entregar el telegrama, vi a Camila leerlo en mitad del local, la vi encogerse de hombros y romperlo en pedazos, vi los pedazos flotar hasta el serrín del suelo. Cabeceé y me fui. Ni la poesía de Ernest Dowson le hubiera causado efecto, ni siquiera la de Dowson.

En fin, Camila, puedes irte a la mierda. Sabré olvidarte. Tengo dinero. Estas calles están llenas de cosas que tú no puedes darme. Así que andando

hacia Main Street, hacia Fifth Street, hacia los bares oscuros de barra infinita, hacia el King Edward Cellar, hasta una chica de pelo amarillo y asco en la sonrisa. Se llamaba Jean, era delgada, de tipo tuberculoso, aunque también dura y firme, deseosa de sacarme el dinero, la boca desmayada junto a mis labios, sus largos dedos en mis pantalones, sus ojos enfermizos y encantadores clavados en cada dólar que le ponían delante.

—Así que te llamas Jean —dije—. Vaya, vaya, vaya, un nombre muy bonito. —Bailemos, Jean. Dejémonos llevar, tú no te das cuenta, oh belleza de vestido azul, pero estás bailando con un farsante, con un desterrado del mundo de los hombres, ni carne ni pescado ni membrillo en conserva. Y bebimos y bailamos y volvimos a beber. Gran muchacho el Bandini, de modo que Jean llamó al jefe.

—El señor Bandini, el señor Schwartz.

Encantado, apretón de manos.

—Un lugar estupendo, Schwartz, chicas preciosas.

Una copa, dos copas, tres copas. ¿Qué bebes, Jean? Lo probé, probé aquel brebaje parduzco, parecía whisky, tenía que ser whisky, ponía una cara la chica, una cara tan dulce y tan contraída. Pero no era whisky, era té, té con té, a cuarenta centavos la ración. Jean, la mentirosilla que quería tomar el pelo al gran autor. No me tomes el pelo, Jean. No a Bandini, enamorado por igual de los hombres y los animales. Anda, toma, cinco dólares, déjalo estar, no te lo bebas, Jean, siéntate, tú quédate sentada y deja que mis ojos te recorran la cara porque tienes el pelo rubio y no moreno, porque no eres como ella, estás enferma y eres de Texas y tienes una madre paralítica a la que mantener, y no ganas mucho, sólo veinte centavos por consumición, con Arturo Bandini sólo has ganado diez dólares esta noche, mi pobre chiquilla, pobre chiquilla que pasa hambre, que tiene ojos de niña y alma de ratera. Vuelve con tus marineros, cariño. Ellos no tienen diez dólares, pero han conseguido lo que no he conseguido yo, yo, Arturo Bandini, ni carne ni pescado ni membrillo en conserva, buenas noches, Jean, buenas noches.

Y después otro local y otra chica. Oh, qué sola se sentía, tan lejos de Minnesota. Y también de buena familia. Claro, cariño. Habla de tu buena familia a estos oídos cansados. Poseían muchísimas hectáreas, pero llegó la depresión. En fin, muy triste, muy trágico. Y ahora trabajas aquí, en un tugurio de Fifth Street, y te llamas Evelyn, mi pobre Evelyn, y tu familia está aquí también, y tienes la hermana más elegante e inteligente del mundo, nada que ver con los pendones que hay por aquí, una niña bien, y me preguntas si quiero conocer a tu hermana. ¿Por qué no? Fue por su hermana. La inocente y

pequeña Evelyn cruzó el local, salvó a la pobrecita Vivian de un grupo de marineros asquerosos y la trajo a nuestra mesa. Qué tal, Vivian, soy Arturo. Qué tal, Arturo, soy Vivian. Pero, Vivian, ¿qué te ha pasado en la boca? ¿Quién te la ha ampliado con el cuchillo? ¿Y qué te ha pasado en esos ojos inyectados en sangre? ¿Y por qué tu aliento, dulce como la miel, huele a cloaca? Pobres criaturas, tan lejos de la gloriosa Minnesota. Oh, no, no son suecas, ¿por qué se me habrá ocurrido una cosa así? Se apellidaban Mortensen, pero no eran suecas, eran americanas de enésima generación, amerrrikanas de purra sepa. Un par de chicas del terruño y nada más.

¿Sabes una cosa? —hablaba Evelyn—. La pobrecita Vivian llevaba trabajando en el local casi seis meses y jamás había conseguido que uno de aquellos hijos de puta la invitase a una botella de champán, y yo allí, ¿sabes?, con mi pinta de tío fino, ¿y es que no era Vivian una señorita elegante?, ¿y no era una vergüenza?, ella, tan inocente, ¿y no la invitaría yo a una botella de champán? La pobre, la dulce Vivian, haber abandonado los campos limpios de Minnesota, y de sueca nada, tampoco, y casi virgen además; de no ser por unos cuantos hombres, virgen del todo. ¿Quién se habría resistido a tantos agasajos? Pues que venga el champán, un champán barato, ¿eh?, una botella de medio litro, nos lo beberemos entre todos, sólo ocho dólares la botella, y, joder, si esto parece vino con gaseosa. Oye, tú, pues en Duluth costaba doce pavos la botella.

Ay, Evelyn, oh, Vivian, os amo a las dos, os amo por la vida triste que os ha tocado vivir, por la desdicha huera del momento de retiraros al amanecer. También vosotras estáis solas, pero no sois como Arturo Bandini, que no es ni carne ni pescado ni membrillo en conserva. Tomaos pues el champagne, porque os amo a las dos, y a ti también, Vivian, aunque parezca que te hayan abierto la boca con una lima y tus ancianos ojos infantiles naden en sangre garabateados cual sonetos con estrambote.

Pero me salió caro. Tranquilo, Arturo, ¿ya te has olvidado de las naranjas? Conté lo que me quedaba. Veinte dólares y un poco de calderilla. Me asusté. Me puse a barajar cifras, sumé todo lo que había gastado. Me quedaban veinte dólares... ¡Imposible! Me habían robado, había perdido alguna cantidad, había un error en alguna parte. Miré por toda la habitación, rebusqué en bolsillos y cajones, y aquí se acabó la historia, y me entró miedo y preocupación y me dije que tenía que ponerme a trabajar, a escribir otra cosilla rápida, porque un cuento escrito deprisa tenía que ser bueno. Me instalé ante la máquina y el vacío profundo, el vacío espantoso descendió sobre mis sesos, y me golpeé la cabeza con los puños, me puse una almohada bajo los glúteos doloridos y emití exclamaciones de sufrimiento. Fue inútil. Tenía que verla y no me importaba el precio.

Fui a esperarla al parking. A las once apareció por la esquina, Sammy el camarero iba con ella. Los dos me vieron de lejos y bajaron la voz, y cuando Camila llegó al coche, Sammy dijo: «Hola», pero ella dijo: «¿Qué quieres?».

—Verte —dije.

—Esta noche no puede ser —dijo ella.

—Más tarde, si te parece.

—No puedo. Tengo cosas que hacer.

—No tienes tantas cosas que hacer. Podríamos vernos si quisieras.

Abrió la portezuela del vehículo para que yo saliera, pero no me moví, y ella dijo:

—Sal, por favor.

—Ni hablar.

Sammy sonrió. La cara femenina se inflamó de cólera.

—¡Sal, maldita sea!

—Me quedo —dije.

—Vamos, Camila —dijo Sammy.

La interpelada trató de sacarme a la fuerza, me cogió del jersey y empezó a tirar.

—¿Por qué te comportas así? —dijo—. ¿No comprendes que no quiero nada contigo?

—Me quedo —dije.

—¡Imbécil! —dijo.

Sammy había echado a andar hacia la calle. Camila le alcanzó y la pareja se alejó, y yo me quedé allí solo, aterrado, sonriéndome con lástima por lo que había hecho. En cuanto desaparecieron de mi vista, salí del coche, subí los escalones de Angel's Flight y me introduje en mi cuarto. No acababa de entender por qué me había comportado de aquel modo. Me senté en la cama y me esforcé por borrar el episodio de la memoria.

Oí que llamaban a la puerta. No tuve tiempo de decir adelante porque se abrió la puerta en aquel punto, me volví y vi en el umbral a una mujer que me miraba con sonrisa extraña. No era alta, no era hermosa, pero se me antojó atractiva y madura, y tenía unos ojos negros y nerviosos. Brillaban como suelen brillar los ojos de las mujeres que ingieren demasiado bourbon, con reflejos cristalinos e insolencia exagerada. Se quedó en la puerta sin moverse ni decir nada. Vestía con discreción: chaquetón negro con guarnición de piel, zapatos negros, falda negra, blusa blanca y bolso pequeño.

—Hola —dije.

—¿Qué haces? —dijo.

—Pues estar aquí.

Me entró miedo. La presencia y proximidad de aquella mujer me paralizaban; quizás fuera la impresión de haberla visto tan de repente, quizás la tristeza que me embargaba en aquel momento, pero su proximidad y el relampagueo vidrioso de sus ojos me incitaban a levantarme del lecho y decirle cuatro cosas, así que tuve que contenerme. La sensación duró sólo unos instantes y desapareció. Avanzó por la habitación con aquellos ojos que me escrutaban con insolencia, y me volví hacia la ventana, preocupado, aunque no por su insolencia, sino por la sensación que acababa de traspasarme como una bala. La habitación se había llenado de un olor aromático, de ese perfume que las mujeres dejan tras de sí en los vestíbulos de los hoteles de lujo, y la situación hizo que me sintiera nervioso e inseguro.

Cuando llegó a mi altura, lejos de levantarme, continué inmóvil, tomé una profunda bocanada de aire y al final la miré otra vez. Tenía la nariz abotonada en la punta, pero no fea, y unos labios más bien gordezuelos, sin carmín, sonrosados en consecuencia; pero lo que me llamaba la atención y me atraía eran los ojos: su brillo, su animalidad, su desfachatez.

Se acercó a la mesa y cogió el folio que había en el carro de la máquina. Yo no sabía a santo de qué venía todo aquello. Seguía sin decir palabra, aunque olía la presencia del licor en su aliento y también el aroma muy

particular pero claro de la decadencia, un aroma dulzarrón y empalagoso, el aroma de la senectud, el aroma de aquella mujer en trance de envejecer.

Se limitó a mirar por encima lo escrito en el folio; irritada al parecer, tiró la hoja por encima del hombro y la hoja cayó al suelo en barrena.

—No vale nada —dijo—. No sabes escribir. No sabes escribir ni palote.

—Muchas gracias —dije.

Fui a preguntarle qué se le ofrecía, pero al parecer no era persona a la que le gustasen las preguntas. Me levanté de la cama de un salto y le presenté la única silla de la estancia. No la aceptó. Miró primero la silla, después a mí, con actitud meditabunda, manifestando con una sonrisa su desinterés por sentarse y nada más. Se puso a recorrer entonces la habitación y a leer los folios que yo había pegado a las paredes. Eran fragmentos mecanografiados de Mencken, de Emerson y de Whitman. Los miró todos con sonrisa de burla. ¡Bah, bah, bah!, entre ademanes con los dedos y un fruncimiento de labios. Tomó asiento en la cama, se bajó el chaquetón hasta los codos, se llevó las manos a la boca y me miró con desprecio intolerable.

Y se puso a recitar con lentitud y dramatismo:

¿Podría ser otra cosa que profetisa y embustera,
con una madre duende y un padre monje?
Acunada bajo el agua y tras echar los dientes en una cruz,
¿podría ser otra cosa que la ahijada del demonio?

Era de Millay, lo identifiqué al instante, pero la mujer continuó sin descanso; conocía a Millay más que la misma Millay, y cuando por fin terminó, alzó la cara, me miró y dijo:

—Esto es literatura. Tú no sabes nada de literatura. ¡Eres un cretino! —El espíritu de los versos se había apoderado de mí y cuando se puso a acusarme con tanta brusquedad volví a sentirme perplejo.

Quise responder, pero me interrumpió y acometió un discurso profundo y trágico, con una entonación típica de Barrymore; dijo entre murmullos que era una lástima, una imbecilidad, un absurdo que un escritor como yo, malo sin remedio, me hubiera enterrado precisamente en una pensión barata de Los Ángeles, California, para escribir trivialidades que el mundo no leería nunca y nunca tendría ocasión de olvidar.

Se tendió de espaldas, cruzó los dedos bajo la nuca y se dirigió al techo con aire soñador:

—Me amarás esta noche, escritor idiota; sí, esta noche me amarás.

—Oiga —dije—, ¿qué pasa aquí?

Me sonrió.

—¿Importa acaso? Tú no eres nadie, es posible que yo haya sido alguien, y el amor es nuestro camino común.

El olor femenino era muy fuerte en aquellos momentos, impregnaba la habitación entera, tanto que parecía su habitación y no la mía, que el extraño fuera yo, y pensé que lo mejor era que saliésemos para que le diera un poco el aire nocturno. Le pregunté si quería dar una vuelta a la manzana.

Se incorporó en el acto.

—¡Escucha! ¡Tengo dinero, dinero! ¡Iremos por ahí a tomar un trago!

—Perfecto —dije—. Una idea excelente.

Me puse el jersey. Cuando me volví se encontraba a mi lado y me puso la punta de los dedos en la boca. El misterioso olor dulzarrón que la envolvía se le notaba tanto en los dedos que me dirigí a la puerta, y la mantuve abierta para que saliese ella primero.

Subimos al vestíbulo. Al llegar a recepción, me alegré de que la propietaria se hubiese ido a dormir; no había ningún motivo para ello, pero no quería que la señora Hargraves me viera con aquella mujer. Le dije que recorriese el vestíbulo de puntillas y siguió la indicación; disfrutaba de lo lindo, como en una aventura de poca monta; y se emocionaba y sus dedos me apretaron el brazo con fuerza.

Había niebla en Bunker Hill, pero no en el centro. Las calles estaban vacías y el ruido de sus tacones en la acera resonaba entre los edificios viejos. Me tiró del brazo y me incliné para escuchar lo que quería murmurarme en el oído.

—¡Vas a estar fenomenal! —me dijo—. ¡Fenomenal!

—Olvidemos eso ahora —dije yo—. Demos un paseo.

Le apetecía un trago. Insistió en tomarlo. Abrió el bolso y agitó un billete de diez dólares.

—¡Mira! ¡Es dinero! ¡Yo tengo mucho dinero!

Anduvimos hasta el Solomon's Bar, que estaba en la esquina, y donde yo solía jugar a la máquina del millón. No había nadie, excepción hecha de Solomon, que estaba con la barbilla apoyada en las manos, preocupado por asuntos laborales. Nos dirigimos a un reservado que daba a la ventana principal y esperé a que ella se sentase, pero insistió en que yo lo hiciera primero. Solomon se nos acercó para ver qué queríamos.

—¡Whisky! —dijo la mujer—. Una piscina de whisky.

Solomon frunció el ceño.

—Para mí una cerveza —dije.

Solomon la miraba con fijeza, con espíritu indagador, arrugada la calva a causa del ceño fruncido. Intuí la consanguinidad y me di cuenta de que también ella era judía. Se alejó Solomon en busca de la bebida y la mujer se quedó con los ojos echando lumbre, las manos unidas sobre la mesa, cruzando y descruzando los dedos. Me puse a pensar en la manera de darle esquinazo.

—Te sentará bien un trago —dije.

Se me echó al cuello antes de que me diese cuenta de lo que sucedía, pero no lo hizo con ninguna brusquedad, y con las largas uñas de los cortos dedos hundidas en mi carne me habló de mi boca, de mi boca maravillosa; Dios mío, qué boca tenía yo.

—¡Bésame! —dijo.

—Claro —dije—. Tomemos un trago antes.

Apretó los dientes.

—¡O sea que también tú has oído hablar de mí! —dijo—. Eres como los demás. Te han hablado de mis heridas, por eso no quieres besarme. ¡Porque te doy asco!

Me dije: está como una cabra; tengo que irme de aquí. Me besó, su boca me supo a salchicha alemana regada con whisky de centeno. Se echó atrás y respiró con alivio. Saqué el pañuelo y me sequé el sudor de la frente. Solomon volvió con las bebidas. Fui a pagar, pero la mujer se me adelantó. Solomon fue por el cambio, pero lo llamé y le di un billete. La mujer se quejó y protestó pataleando y dando golpes con los puños. Solomon alzó las manos para manifestar su impotencia y se quedó con el dinero de la mujer. Nada más darnos la espalda, dije:

—Señora, la fiesta es suya. Tengo que irme. —Me abrazó para retenerme y forcejamos hasta que me dije que era una tontería. Volví a sentarme y me puse a pensar en otra forma de escabullirme.

Solomon volvió con el cambio. Cogí una moneda de cinco centavos del puñado de calderilla y le dije que me gustaría jugar a la máquina del millón. Me levanté, me dejó pasar sin decir nada y fui hasta la máquina. Me miraba con ojos de perro de presa y Solomon la miraba a ella con ojos de asesino. Gané una partida en la máquina y llamé a Solomon para que se acercase y comprobara la puntuación.

—Solomon, ¿quién es esta mujer? —le susurré.

No lo sabía. Había estado en el local aquella misma noche, un poco antes, y había bebido mucho. Le dije que quería escabullirme por la parte de atrás.

—La puerta de la derecha —dijo.

La mujer acabó el whisky y golpeó la mesa con el vaso vacío. Me acerqué, tomé un sorbo de cerveza, le dije que me disculpara un minuto. Señalé con el pulgar el servicio de caballeros. Me palmeó el brazo. Solomon me miraba cuando crucé la puerta que había enfrente de la del lavabo de caballeros. Accedí al almacén, la puerta que daba al callejón trasero estaba a pocos pasos. En cuanto la niebla me frotó la cara me sentí mejor. Quería irme lo más lejos posible. No tenía hambre pero recorrí andando más de kilómetro y medio hasta llegar a un puesto de perritos calientes sito en Eighth Street, donde tomé un café para matar el tiempo. Sabía que la mujer se presentaría otra vez en mi cuarto cuando se diese cuenta de que yo me había largado. Algo me decía que estaba enloquecida, tal vez porque había bebido demasiado, aunque no importaba, yo no quería volver a verla.

Volví a mi cuarto a las dos de la madrugada. La personalidad de la mujer y el misterioso olor a senectud seguían presentes en él, ya no era mi cuarto. Por vez primera se había estropeado su maravilloso sentido de la soledad. Todos los secretos de la habitación parecían haber quedado al descubierto. Abrí las dos ventanas y contemplé la niebla que flotaba en grumos melancólicos e inquietos. Me entró frío y cerré las ventanas, pero aunque el cuarto se había llenado de humedad a causa de la niebla y mis papeles y libros estaban cubiertos de rocío, el perfume seguía presente de manera inconfundible. Tenía el gorro escocés de Camila bajo la almohada. También parecía empapado de aquel olor, y cuando me lo apreté contra la boca, fue como tener la boca hundida en el pelo negro de la mujer. Me senté ante la máquina de escribir y jugué a pulsar algunas teclas.

No bien hube entrado en calor cuando oí pasos en el pasillo y supe que la mujer estaba de vuelta. Apagué las luces a toda velocidad y quedé sumido en las tinieblas, aunque ya era demasiado tarde, porque sin duda había visto la luz por debajo de la puerta. Llamó, no respondí. Volvió a llamar, pero permanecí en silencio y encendí un cigarrillo. Entonces se puso a golpear la puerta con los puños, gritó que la derribaría a puntapiés, que se pasaría la noche dando patadas a la puerta hasta que le abriese. Y comenzó a dar patadas, e hizo un ruido tan espantoso en aquella pensión desvencijada que me precipité sobre la puerta y la abrí.

—¡Cariño! —dijo, y me tendió los brazos.

—Dios mío —murmuré—. ¿No cree usted que ya ha ido demasiado lejos?
¿No se da cuenta de que estoy francamente harto?

—¿Por qué me has abandonado? —preguntó—. ¿Por qué lo has hecho?

—Tenía otra cita.

—Cariño —dijo—. ¿Por qué me mientes?

—Joder.

Cruzó la habitación y volvió a coger el folio que estaba en la máquina de escribir. Estaba lleno de insensateces de todas clases, frases aleatorias, mi nombre repetido hasta la saciedad, hallazgos poéticos. Esta vez, sin embargo, la cara se le iluminó con una sonrisa.

—¡Es fabuloso! —dijo—. ¡Eres un genio! Mi amor es muy inteligente.

—Tengo muchísimo trabajo —dije—. ¿Le importaría marcharse, por favor?

Como si hablase con la pared. Tomó asiento en la cama, se desabrochó el chaquetón y quedó con los pies colgando.

—Te amo —dijo—. Eres mi amor y vas a amarme mucho.

—En otra ocasión —dije—. Esta noche no. Estoy cansado.

El aroma dulzarrón me calaba hasta el tuétano.

—No bromeo —añadí—. Creo que es mejor que se vaya. No quiero verme obligado a echarla.

—Estoy muy sola —dijo.

Hablaba en serio. A aquella mujer le pasaba algo, algo complejo, algo que manaba de ella al mismo tiempo que aquellas palabras y sentí vergüenza por haberme comportado de un modo brusco.

—De acuerdo —dije—. Nos sentaremos y charlaremos un rato.

Acerqué la silla y me senté a horcajadas, con la barbilla apoyada en el respaldo, sin dejar de mirarla mientras se acomodaba en el lecho. No estaba tan borracha como pensaba. Le pasaba algo raro, no se trataba del alcohol, y yo quería averiguarlo.

Me contó las mil y una. Me dijo que se llamaba Vera. Trabajaba de ama de llaves en Long Beach, en la casa de una familia de judíos ricos. Pero estaba cansada de ser ama de llaves. Procedía de Pennsylvania, había huido por todo el país porque su marido le había sido infiel. Había llegado aquel mismo día a Los Ángeles, procedente de Long Beach. Me había visto en el restaurante de la esquina de Olive Street con Second Street. Me había seguido hasta la pensión porque mis ojos «le habían penetrado hasta el alma». Pero yo no recordaba haberla visto allí. Estaba seguro de no haberla visto nunca. Tras averiguar dónde vivía yo, había ido al local de Solomon y se había

emborrachado. Había estado bebiendo todo el día, pero sólo para tener la audacia suficiente para dirigirse a mí.

—Sé que te doy mucho asco —dijo—. Y que conoces mis heridas y el horror que tengo bajo la ropa. Pero tienes que olvidarte de la fealdad de mi cuerpo, porque por dentro soy buena de verdad, muy buena, y merezco algo más que tu desdén.

No supe qué decir.

—¡Olvídate de mi cuerpo! —dijo. Me tendió los brazos, las lágrimas le corrían por las mejillas—. ¡Piensa en mi alma! —dijo—. Mi alma es hermosa, puede darte mucho. No es fea como mi carne.

Lloraba como una histérica, con la cara oculta en la cama, mesándose el pelo negro con las manos, y yo me sentía impotente, no sabía de qué hablaba; ah, mi querida señora, no llore así, no debe usted llorar de ese modo; le cogí la mano caliente y traté de decirle que hablaba dándole vueltas a las cosas; era estupidez pura aquella forma de hablar, era autopersecución, un montón de tonterías, y me puse a hablar del mismo modo, gesticulando con las manos y suplicando con el tono de voz.

—Porque es usted una mujer distinguida, su cuerpo es muy hermoso y todo lo que me cuenta es como una obsesión, una manía infantil, una secuela de las paperas. No debe usted preocuparse pues, ni llorar, porque acabará usted dominándolo. Sé que lo conseguirá.

Pero me conducía con torpeza y la hacía sufrir más aún, ya que se encontraba metida en un infierno inventado por ella misma, tan lejos de mí que el sonido de mi propia voz no hizo más que ensanchar el abismo que nos separaba. Quise hablarle de otras cosas, quise hacerla reír con mis obsesiones. Señora, fíjese en Arturo Bandini, Arturo Bandini sí ha sabido conseguir alguna cosilla. Y de debajo de la almohada saqué el gorro escocés de Camila, adornado con la pequeña borla.

—¿Sabe, señora? Yo también resulto molesto a los demás. ¿Sabe lo que hago? Me voy a la cama con este gorrito negro, me lo pongo muy cerca y le digo: «Oh, te amo, te amo, princesa de ensueño». —Y más cosas que le dije a continuación: yo no era, ay, ningún ángel; mi alma sabía de meandros y laberintos propios; no se sienta usted tan sola, señora, porque tiene usted muchísima compañía, tiene nada menos que a Arturo Bandini, que tiene mucho que contarle. Escuche, escuche: ¿sabe usted lo que hice una noche? Arturo que lo confiesa todo: ¿sabe usted la acción terrible que cometí? Cierta noche, una mujer demasiado hermosa para vivir en este mundo se me acercó en alas del perfume, y yo no pude soportarlo, y quién era jamás lo supe, una

mujer con una piel de zorro y un sombrero muy mono, y Bandini que se lanza tras ella, porque era mejor que las fantasías, y la ve entrar en el Acuario Subterráneo de Bernstein, y como en trance, por una ventana, la ve por entre las ranas y las truchas, y la ve comer sola; y cuando hubo acabado, ¿sabe usted lo que hice, señora? No llore, no llore, que aún no ha oído nada, porque yo soy horrible, señora, y tengo el corazón lleno de tinta negra; yo, Arturo Bandini, entré en el Acuario Subterráneo de Bernstein y me senté en la misma silla en que se había sentado ella, y me estremecí de placer, y manoseé la misma servilleta que ella había utilizado, y vi una colilla manchada con lápiz de labios, ¿y sabe usted lo que hice, señora? Usted y sus divertidos problemitas, pues me comí la colilla, la mastiqué, tabaco, papel y todo, y me la tragué, y me supo a miel pura de abejas, porque era hermosísima, y había una cuchara junto al plato y me la guardé en el bolsillo, y de vez en cuando sacaba del bolsillo la cuchara y la probaba, porque era hermosísima. Amor al detalle, una heroína gratis y de balde, totalmente a merced del negro corazón de Arturo Bandini, que la recordaría a través de una pecera con truchas y ancas de rana. No llore, señora; ahórrese las lágrimas por Arturo Bandini, porque él tiene sus propios problemas, y son problemas de órdago, ni siquiera he empezado a contárselos, porque podría hablarle de una noche en la playa con una princesa morena, de su carne sin objeto, de sus besos semejantes a flores marchitas, flores inodoras del huerto de mi pasión.

No me escuchaba ya, bajó de la cama temblando, cayó de rodillas ante mí y me rogó le dijera que no era una mujer repugnante.

—¡Dímelo! —dijo entre sollozos—. Dime que soy hermosa como otras mujeres.

—¡Pues claro que sí! Usted es muy hermosa, de verdad.

Quise alzarla del suelo, pero se aferró a mí con desesperación y no pude hacer otra cosa que calmarla, pese a que yo era muy torpe y desmañado y ella estaba en el fondo del abismo que nos separaba, pero seguí intentándolo.

Entonces se puso a hablar otra vez de sus heridas, de las heridas espantosas que le habían destrozado la vida, que habían destruido el amor antes de que éste se presentase, que le habían arrebatado un marido y lo habían arrojado en brazos de otra mujer, todo lo cual me resultaba fantástico e incomprensible porque, a su manera, era una mujer hermosa, no era deforme ni tullida, no estaba desfigurada, y muchos eran los hombres que la habrían amado.

Se puso en pie con movimientos indecisos, el pelo le había caído sobre la cara, tenía mechones de pelo pegados a las mejillas húmedas de llanto; tenía

los ojos llenos de motas y su mirada era una mirada de maníaca, una mirada llena de resentimiento.

—¡Te las enseñaré! —exclamó a voz en cuello—. ¡Las verás con tus propios ojos, so embustero, más que embustero!

Con ambas manos se desabrochó la falda negra, que formó un nido a sus pies. Se apartó un paso para desprenderse de ella y me pareció realmente hermosa con la combinación blanca, y se lo dije.

—Pero si es usted preciosa —le dije—. Ya se lo he dicho antes, es usted preciosa.

Comenzó a desabrocharse la blusa sin dejar de sollozar y le dije que no hacía falta que se quitara más prendas; me había convencido totalmente y no había necesidad de seguir haciéndose daño.

—No —dijo—. Tienes que verlas con tus propios ojos.

No se podía desabrochar los corchetes de la blusa, me dio la espalda y me dijo que se los desabrochara yo. Agité la mano.

—Por el amor de Dios, no piense más en ello —le dije—. Me ha convencido. No tiene por qué hacer un striptease.

Sollozó con desconsuelo, se cogió la fina blusa con las dos manos y se la arrancó de un tirón.

Cuando comenzó a alzarse la combinación, me volví de espaldas y me acerqué a la ventana, porque sabía que iba a enseñarme algo desagradable; empezó a reírse de mí, a gritarme, a apuntar con la lengua hacia mi cara de preocupación.

—¡Sí, sí! ¡Tú ya lo sabes todo! ¡No hace falta que te explique nada sobre lo que voy a enseñarte!

Tenía que acabar con aquello de una vez, me di la vuelta, vi que no llevaba encima más que las medias y los zapatos, y entonces le vi las heridas. A la altura de los riñones; se trataba de una marca de nacimiento o algo por el estilo, una quemadura, una zona cauterizada, un punto lamentable, seco, vacío, donde no había carne, donde los glúteos se reducían con brusquedad, se arrugaban y encogían y la carne parecía muerta. Cerré la boca y dije:

—¿Eso es? ¿Es eso todo, nada más que eso? Pero si no es nada, si no es más que una tontería. —Pero se me escurrían las palabras y las tenía que pronunciar a toda prisa para que no se me atragantasen—. Es absurdo —añadí—. Apenas se nota. Es usted preciosa, es usted una maravilla.

Se observó con curiosidad, sin creerme, y volvió a posar los ojos en mí, pero yo seguía mirándola a la cara, con el vómito flotándome en el estómago; aspiré a pleno pulmón el olor empalagoso y denso que despedía su presencia

y volví a decirle que era una mujer hermosa, y el adjetivo se me escapó como un gemido, tan hermosa era, una niña, una criatura virgen, hermosa como pocas, y sin decir palabra, manchada de rubor, cogió la combinación y metió la cabeza en ella con un misterioso murmullo de satisfacción en la garganta.

Al mismo tiempo era muy tímida, y estaba encantadísima, y me reí al comprobar que las palabras me salían ahora con mayor soltura, así que le repetí sin parar que era preciosa y que se había comportado como una ingenua. Pero dilo rápido, Arturo, dilo deprisa porque algo estaba a punto de sucederme por dentro, tenía que salir, así que le dije que tenía que salir al pasillo un instante y que se vistiera mientras tanto. Quedó cubierta por la combinación y sus ojos desbordaban alegría al verme salir. Fui hasta el final del pasillo, hasta el rellano de la escalera de incendios, y allí lo solté todo, llorando e incapaz de contenerme porque Dios era un asesino sin escrúpulos, un animal despreciable, es lo que era por haberle hecho aquello a aquella mujer. Baja de los cielos, Señor, baja y te reventaré la cara contra el área municipal de Los Ángeles, cínico sin perdón. De no ser por ti, esta mujer no sufriría tamaña deformidad, ni el mundo tampoco, y de no ser por ti habría podido joderme a Camila López en la playa. ¡Pero no! Te gusta gastar bromas; mira lo que le has hecho a esta mujer, y al amor de Arturo Bandini por Camila López. En aquel punto, mi tragedia me pareció más negra que la de la mujer y me olvidé de ella.

Cuando volví, se había vestido ya y se peinaba delante del espejo. Se había guardado la blusa rota en el bolsillo del chaquetón. Parecía agotada y serenamente feliz al mismo tiempo, y le dije que la acompañaba hasta la estación, donde podría coger cualquier tren que pasara por Long Beach. Me dijo que no, que no hacía falta. Me apuntó su dirección en un trozo de papel.

—Algún día vendrás a Long Beach —dijo—. Esperaré todo el tiempo que haga falta, porque al final vendrás.

Nos despedimos en la puerta. Me tendió la mano, llena de calidez y de vida.

—Adiós —dijo—. Cuídate.

—Adiós, Vera.

No me quedé solo tras su partida porque no había manera de huir de aquel perfume tan extraño. Me tumbé en el lecho e incluso Camila, almohadón con gorro escocés por cabeza, se me antojó distante, tan distante que no pude evocarla. La melancolía y el deseo se fueron apoderando de mí poco a poco; la pudiste haber poseído, idiota, pudiste haber hecho con ella lo que hubieras querido, igual que con Camila, pero no hiciste nada. Apenas pude dormir por

su culpa. Me despertaba y aspiraba la pesadez dulzona que la mujer había dejado al marcharse, tocaba lo que ella había tocado, pensaba en el poema que me había recitado. Quedé profundamente dormido y se me borró todo recuerdo, pero cuando desperté, a las diez de la mañana, seguía estando cansado, olfateando el aire y pensando continuamente en lo que había sucedido. Le habría podido decir muchas cosas y ella habría sido muy comprensiva. Le habría podido decir: Mire, Vera, la situación está así y asá, ha sucedido esto y aquello, y si usted pudiese hacer esto y lo otro, tal vez no ocurriera de nuevo, porque tal y cual persona piensa de mí que si patatín y que si patatán, y esto tiene que acabarse; moriré en el empeño si es menester, pero tiene que acabarse.

Y así todo el santo día, dándole vueltas; pensando en otros italianos, en Casanova, en Cellini, y pensando a continuación en Arturo Bandini hasta verme obligado a darme un golpetazo en la cabeza. Luego me pongo a pensar en Long Beach y me digo: podría ir de visita por lo menos, podría ver a Vera, podría hablar con ella a propósito de un problema de gran relevancia. Pienso en aquel punto de muerte, en la lesión anatómica que sufre y trato de encontrar las palabras justas, para meterlas en algún manuscrito. A continuación me digo que Vera, pese a todos sus defectos, puede hacer un milagro y que cuando el milagro esté hecho, el Arturo Bandini que se enfrentará al mundo y a Camila López será un Arturo Bandini diferente, un Bandini con dinamita en el cuerpo y fuego volcánico en los ojos, un Bandini que va a ver a Camila López y le dice: Mira, chica, he tenido mucha paciencia contigo, pero ya estoy harto de tu desvergüenza, o sea que te agradecería mucho que te desnudaras. Con estas fantasías me entretengo mientras estoy tumbado y las veo representadas en el techo.

Una tarde digo a la señora Hargraves que voy a estar fuera un día más o menos, en Long Beach, motivos de trabajo, y me voy. Tengo la dirección de Vera en el bolsillo, y me digo: Bandini, prepárate para la gran aventura; ármate de espíritu de conquista. Me encuentro en la esquina con Hellfrick, que está desesperado porque necesita más carne. Le doy dinero y se va como un rayo a la carnicería. Luego voy a la estación y cojo un tren que pasa por Long Beach.

En el buzón ponía Vera Rivken, pues tal era su nombre completo. Vivía junto a Long Beach Pike, el parque de atracciones, enfrente de la noria y de la montaña rusa. En la planta baja unos billares, arriba unas cuantas casas de vecinos. Inconfundible la escalera; estaba impregnada de su olor. La barandilla estaba doblada y torcida y el papel pintado, de color grisáceo, presentaba puntos hinchados que se rompían cuando los aplastaba con el pulgar.

Abrió la puerta ella en persona cuando llamé.

—¿Tan pronto? —me dijo.

Cógela en brazos, Bandini. No acojas sus besos con mueca de asco, apártate con dulzura, con una sonrisa, dile algo.

—Está usted maravillosa —dije.

Sin tiempo apenas para hablar, volvió a lanzarse sobre mí, a pegárseme como una lapa, a buscarme la boca con una lengua semejante a la cabeza de una culebra asustada. ¡Vamos, Superbandini, págale con la misma moneda! ¡Mi niña judía, si por lo menos fueses más comprensiva, si abordaras estos asuntos más despacio! Volví a soltarme pues, me acerqué a la ventana y dije no sé qué a propósito del mar y el panorama que se veía.

—Una vista preciosa —dije.

Pero ella me quitaba ya la chaqueta, me conducía a un sillón del rincón y me sacaba los zapatos.

—Ponte cómodo —dijo.

Se fue entonces y yo apreté los dientes mientras observaba una habitación idéntica a diez millones de habitaciones californianas, un detalle de madera aquí, un colgajito allá, los muebles, telarañas en el techo, polvo en los rincones, su cuarto, el cuarto de cualquiera, en Los Ángeles, en Long Beach, en San Diego, cuatro paredes de yeso y estuco para protegerse del sol.

Había ido a una madriguera blanca que hacía las veces de cocina, a ordenar sartenes y sacudir vasos, y me pregunté por qué me la figuraba de una manera solo en mi habitación y de otra al estar con ella en persona. Rastree el incienso, el aroma dulzarrón, tenía que brotar de algún sitio, pero no había incensario en la estancia, no había más que unos cuantos muebles azules polvorientos y atiborrados de chismes, una mesa con unos libros encima y una

cama empotrada con espejos en las portezuelas. Salió entonces de la cocina con un vaso de leche en la mano.

—Toma —dijo—. Está fresca.

Pero no estaba fresca, casi echaba humo, y en la superficie flotaba una espuma amarillenta, y al tomar un sorbo noté el sabor de sus labios y de los productos fuertes que comía, un sabor a pan de centeno y queso de Camembert.

—Muy buena —dije—. Deliciosa.

Se sentó a mis pies, con las manos en mis rodillas, mirándome con ojos voraces, con unos ojos tremendos y tan grandes que habría podido perderme en ellos. Iba vestida igual que cuando la vi por vez primera, con la misma ropa, y la habitación tenía un aspecto tan desolado que me di cuenta de que no tenía otra, aunque me había presentado sin darle tiempo para empolvase ni pintarse los labios y estaba en situación de advertir el mapa que la vejez le había dibujado bajo los ojos y en los pómulos. Me extrañaba no haber advertido estos detalles la noche aquella y entonces recordé que no se me habían escapado en absoluto, que los había visto por entre el carmín y el colorete, pero habían acabado por desaparecer después de dos días de sueños nocturnos y diurnos, y ahora estaba allí y sabía que no tenía que haber ido.

Hablamos, ella y yo. Me preguntó por mi trabajo, aunque todo era fingimiento, no le interesaba mi trabajo. Y cuando le respondí, fingí a mi vez. Tampoco a mí me interesaba mi trabajo. Sólo una cosa nos interesaba a los dos, y ella lo sabía, porque mi aparición lo había dejado muy claro.

Pero ¿dónde estaban las palabras, las pequeñas voluptuosidades que había llevado conmigo? ¿Y dónde las fantasías, dónde mi deseo, y qué le había sucedido a mi valor, y por qué me reía con tantas ganas de cosas que no tenían gracia ninguna? O sea, Bandini, que adelante: encuentra el deseo profundo, da rienda suelta a la pasión tal y como se describe en las novelas. Dos personas en una habitación; una de ellas, mujer; la otra, Arturo Bandini, ni carne ni pescado ni membrillo en conserva.

Otra pausa prolongada, la cabeza femenina en mis muslos, mis dedos jugueteando con la madeja morena, formando mechones con los cabellos grises. ¡Despierta, Arturo! Ahora tendría que verte Camila, Camila, la de los grandes ojos negros, tu verdadero amor, tu princesa maya. ¡Mierda, Arturo, es que eres increíble! Es posible que escribieras «El perrito que reía», pero nunca escribirás las memorias de Casanova. ¿Y qué haces ahora, aquí sentado? ¿Fantasear con alguna obra maestra de primera magnitud? ¡Ay, Bandini, Bandini!

Alzó los ojos para mirarme, me vio con los ojos cerrados y no se dio cuenta de lo que pensaba. Aunque tal vez sí. Tal vez por ello dijera:

—Estás cansado. Deberías echarte un poco.

Tal vez por ello extendiera la cama empotrada e insistiera en que me acostase, ella junto a mí, con la cabeza entre mis brazos. Tal vez, al escrutarme la cara, me preguntara por ello:

—¿Estás enamorado de otra?

—Estoy enamorado de una chica de Los Ángeles —dije.

Me acarició la cara.

—Ya lo sé —dijo—. Y lo entiendo.

—No, no lo entiendes.

Quise decirle entonces por qué estaba allí, lo tenía en la punta de la lengua, a punto de decirlo, pero sabía que no iba a hablar de ello en aquel instante. Estaba tendida junto a mí y contemplábamos el vacío del techo mientras yo acariciaba el propósito de decírselo.

—Hay otra cosa que quiero que sepas —dije—. Tal vez puedas ayudarme.

Pero en aquello quedó todo. No, no se lo podía decir; aunque esperaba que ella lo descubriera por sí misma, como fuese, y cuando me preguntó qué era lo que me tenía preocupado, supe que la intuición le fallaba, y cabeceé y adopté distintas expresiones de impaciencia.

—Dejémoslo estar —dije—. Es algo que no puedo decirte.

—Háblame de ella.

Yo era incapaz de hacer aquello, estar con una mujer y hablar de las virtudes de otra. Tal vez por ello me preguntase:

—¿Es guapa?

Le respondí que sí. Tal vez por ello me preguntara:

—¿Te quiere?

Le respondí que no. Sentí entonces un nudo en la garganta, porque cada vez se aproximaba más a lo que yo quería que ella me preguntase y esperé mientras Vera me acariciaba la frente.

—¿Y por qué no te quiere?

Por fin. Habría podido responderle y todo habría quedado claro, pero dije:

—Pues porque no me quiere, eso es todo.

—¿Es porque ella quiere a otro?

—No lo sé. Tal vez sí.

Tal vez esto, tal vez aquello, preguntas, preguntas, mujer sabia y herida que tanteas en la oscuridad, que quieres despertar la pasión de Arturo Bandini, una de cal y otra de arena, y Bandini deseoso de contarlo todo.

—¿Cómo se llama?

—Camila —dije.

Se incorporó, me acarició los labios.

—Estoy muy sola —dijo—. Finge que soy ella.

—Sí —dije—. Eso es. Así te llamas tú. Camila.

Abrí los brazos y se pegó a mi pecho con fuerza.

—Soy Camila —dijo.

—Eres hermosa —dije—. Eres una princesa maya.

—Soy la princesa Camila.

—Toda esta tierra y este mar te pertenecen. Toda California. No existe California, no existe Los Ángeles, ni calles llenas de polvo, ni pensiones baratas, ni periódicos hediondos, ni gente desarraigada y moribunda que viene del Este, ni avenidas de ensueño. Estamos en tus dominios, un hermoso país con desiertos, las montañas y el mar. Eres una princesa y lo gobiernas todo.

—Soy la princesa Camila —dijo sollozando—. No existen los americanos, no existe California. Sólo desiertos, las montañas y el mar, y yo lo gobierno todo.

—Entonces aparezco yo.

—Entonces apareces tú.

—Yo soy yo. Arturo Bandini. El escritor más grande de la historia universal.

—Sí, claro —dijo con voz ahogada—. ¡Naturalmente! Arturo Bandini, el genio más grande de la tierra. —Ocultó la cara en mi hombro y sus lágrimas cálidas me gotearon en el cuello. La apreté contra mí—. Bésame, Arturo.

Pero no la besé. No podía. Tenía que ser a mi manera o nada.

—Soy un conquistador —dije—. Igual que Hernán Cortés, sólo que yo soy italiano.

Lo sentí entonces. Auténtico, satisfactorio, un alborozo que me recorría todo el cuerpo, mi techo era el cielo azul que se veía por la ventana y el mundo de los seres vivos era una pelotita inmóvil en mi mano. Me estremecí de placer.

—¡Camila, te quiero tanto!

Desaparecieron las cicatrices y la zona reseca. Era Camila, de arriba abajo, totalmente. Me pertenecía, y lo mismo el mundo. Sus lágrimas me procuraban placer, me conmovían, me estimulaban, y la poseí. Luego caí dormido, serenamente cansado, dándome cuenta apenas, por entre la niebla de la modorra, de que no dejaba de sollozar, pero no me importó. Ya no era

Camila. Era Vera Rivken y yo estaba en su piso, y me levantaría y me marcharía en cuanto durmiese un poco.

No estaba cuando me desperté. La habitación entera hablaba de su ausencia. Una ventana abierta, las cortinas agitándose con suavidad. Un armario con la puerta entornada, una percha en el tirador. El vaso de leche medio vacío donde yo lo había dejado, en el brazo del sillón. Objetos insignificantes que acusaban a Arturo Bandini, pero me sentía despejado después del sueñecito y estaba deseoso de irme para no volver nunca. Oí la música del tiovivo del parque de atracciones. Me acerqué a la ventana. Dos mujeres pasaron por la calle y les observé la cabeza.

Antes de irme me quedé en la ventana y eché una última mirada a la habitación. Fíjate bien, porque aquí es donde ha ocurrido. Ha sido un momento histórico. Me eché a reír. Arturo Bandini, el fino, el elegante; convendría oírle hablar sobre las mujeres. Pero aquel cuarto parecía la materialización cabal de la desdicha, pedía a gritos alegría y calor. Era el cuarto de Vera Rivken. Se había portado bien con Arturo Bandini, pero no tenía un centavo. Saqué el pequeño fajo de billetes del bolsillo, cogí dos de un dólar y los puse sobre la mesa. Bajé por las escaleras a continuación, con los pulmones llenos de aire, extasiados, y con los músculos más fortalecidos que nunca.

Pero había una mancha oscura en el fondo de mi cabeza. Anduve por la calle, dejé atrás la noria y algunos tenderetes y me pareció que se intensificaba; algo que me alteraba la paz, algo vago e indefinido que se me colaba en el cerebro. Me detuve ante un puesto de hamburguesas y pedí café. Se iba apoderando de mí: la inquietud, la soledad. ¿Qué me ocurría? Me tomé el pulso. Era normal. Soplé el café y me lo tomé: estaba bueno. Me escruté, noté que los dedos interiores me palpaban y rebuscaban, pero sin alcanzar del todo lo que me molestaba dentro. De pronto me sobrevino como una tormenta eléctrica, como la muerte y la destrucción. Me levanté del taburete y me alejé del mostrador lleno de miedo y anduve a buen paso por el camino de tablas, cruzándome con personas que se me antojaron extrañas y fantasmagóricas: el mundo me parecía una fábula mítica, un plano transparente, y todos los seres que lo habitaban estaban en él solamente unos instantes; todos nosotros, Bandini, Hackmuth, Camila, Vera, todos nosotros estábamos en él solamente unos instantes, transcurridos los cuales aparecíamos en otro lugar; y no estábamos vivos de manera definitiva, nos acercábamos a la vida, pero no

acabábamos de poseerla. Nos vamos a morir. Todos nos íbamos a morir. Hasta tú, Arturo, hasta tú tienes que morir.

Sabía ya la causa de mi conmoción. Se trataba de una cruz blanca muy grande que me apuntaba al cerebro y me decía que yo era un idiota porque me iba a morir y no podía hacer nada por impedirlo. *Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa*. Un pecado mortal, Arturo. No cometerás actos impuros. Y allí estaba, insistente hasta el final, convenciéndome de que no había forma de escapar de lo que había hecho. Yo era católico. Había cometido un pecado mortal con Vera Rivken.

Al final de la fila de tenderetes comenzaba la arena de la playa. Había dunas al otro lado. Anduve por la arena hasta donde las dunas ocultaban el paseo de tablas. Necesitaba reflexionar sobre lo ocurrido. No me arrodillé; me senté y contemplé las olas que devoraban la orilla. Mal están las cosas, Arturo. Has leído a Nietzsche, has leído a Voltaire, tendrías que saber más que nadie a estas alturas. Pero pensar no serviría de nada. Podría salir del apuro con ayuda de la razón, pero la razón no era la sangre. Y era la sangre que me mantenía con vida, era la sangre que me circulaba por las venas quien me decía que la razón no tenía razón. De modo que me sumergí en mi propia sangre, dejé que me arrastrase y me remontara al piélago profundo de mis orígenes. Vera Rivken, Arturo Bandini. La intención no fue ésa, nunca fue ésa la intención. Estaba equivocado. Había cometido un pecado mortal. Podía aportar explicaciones matemáticas, filosóficas, psicológicas, lo podía explicar de cien maneras distintas, pero me había equivocado, porque no había forma de ocultar el ritmo cálido y uniforme de la culpabilidad.

Con dolor de contrición me esforcé por afrontar la prueba de obtener perdón. Pero ¿de quién? ¿De Dios, de Jesucristo? Dios y Jesús eran mitos en los que había creído antaño, y ahora eran creencias que en mi sentir eran mitos. Tenemos el mar por un lado, a Arturo Bandini por el otro, el mar es auténtico y Arturo cree que es auténtico. Pero si me pongo de espaldas al mar, sólo veo tierra; camino sin parar y el horizonte de la tierra se dilata hasta el infinito. Un año, cinco años, diez años, y sigo sin ver el mar. Y me digo: pero ¿qué le ha ocurrido al mar? Y me respondo: el mar está más allá, en la reserva de la memoria. El mar es un mito. Nunca ha existido el mar. Y sin embargo sí ha existido. Puedo afirmarlo porque nací a orillas del mar. ¡Me he bañado en el agua del mar! Me dio de comer, me proporcionó paz, y sus distancias fabulosas alimentaron mis fantasías. No, Arturo, el mar no ha existido nunca. Tienes fantasías y deseos, pero sigues caminando por el desierto. Nunca volverás a ver el mar. Es un mito en el que creíste antaño. En fin, no puedo

por menos de sonreírme, porque la sal del océano me corre por las venas, y podrá haber diez mil rutas terrestres, pero nunca me confundirán, porque la sangre de mi corazón volverá siempre a sus preciosos orígenes.

¿Qué hacer entonces? ¿Eleva la boca al cielo para parlotear y balbucir con una lengua asustada? ¿Descubrirme el pecho y golpeármelo como un tambor resonante para llamar la atención de mi Salvador? ¿No es más lógico y conveniente justificarme y seguir andando? Pero habría desorientaciones, habría anhelos; habría soledad, no tendría más que lágrimas, pajarillos húmedos del consuelo, aunque también belleza, una belleza semejante al amor de una muchacha difunta. Y risas también, risas contenidas, y silenciosas esperas nocturnas, y un temor subrepticio a la noche, cual si se tratase del beso pródigo y burlón de la muerte. Y llegará la noche, y los dulces oleos de las playas de mi océano que derramaron en mis sentidos los capitanes a quienes abandoné en la fogosidad soñadora de la juventud. Pero todo ello me será perdonado, y otras cosas también, Vera Rivken, el batir incesante de las alas de Voltaire, el haberme detenido a escuchar y contemplar a este pájaro fascinante, todo me será perdonado cuando vuelva a mi patria por mar.

Me levanté y anduve por la arena profunda hasta llegar al sendero de tablas. El ocaso estaba en sazón, el sol era una bola roja y soberbia que se hundía en los confines del mar. Había algo pasmoso en el cielo, una tensión extraña. A lo lejos, hacia el sur, las gaviotas rondaban la costa como una nube negra. Me detuve para vaciar la arena de los zapatos, apoyándome en un banco de piedra.

De pronto oí un retumbo y un estruendo.

El banco de piedra cayó de lado y se desplomó en la arena. Miré hacia la fila de tenderetes: todos se sacudían y se derrumbaban. Miré más allá, hacia Long Beach; los edificios más altos se balanceaban. La arena cedió bajo mis pies; me tambaleé, busqué un apoyo más sólido. El fenómeno se repitió.

Era un terremoto.

Entonces estallaron los gritos. A continuación vino el polvo. Luego los derrumbes y los estrépitos. Di vueltas en círculo. Yo era el causante de aquello. Yo era el causante. Quedé con la boca abierta, agarrotado, mirando en derredor. Corrí unos metros en dirección al mar. Y retrocedí.

Lo has hecho tú, Arturo. Lo hiciste allá, en aquella habitación, en aquella cama.

Las farolas se desplomaban. Los edificios se resquebrajaban como galletas aplastadas. Gritos, hombres que gritaban, mujeres que chillaban. Cientos de personas salían corriendo de las casas, huyendo del peligro. Una mujer caída en la acera daba puñetazos en el suelo. Un niño lloraba. Los vidrios se agrietaban y estallaban. Campanillas de bomberos. Sirenas. Bocinas. Locura.

La sacudida principal había pasado. Sólo había ya temblores ligeros. Las entrañas de la tierra seguían rugiendo. Algunos ladrillos y chimeneas se venían abajo y un polvo gris se aposentaba encima de todo. Continuaban los temblores ligeros. Hombres y mujeres corrían hacia una explanada alejada de los edificios.

Corrí hacia la explanada. Una anciana lloraba rodeada de caras pálidas. Dos hombres transportaban un cadáver. Un perro viejo reptaba sobre el estómago, arrastrando las patas traseras. Cadáveres en el extremo de la explanada, al lado de un cobertizo, cubiertos con sábanas empapadas en sangre. Una ambulancia. Dos alumnas de segunda enseñanza, cogidas del brazo, se tronchaban de risa. Miré hacia el otro lado de la calle. La fachada de las casas se había desplomado. Había camas colgando de las paredes. Cuartos de baño al descubierto. La calle estaba cubierta de un metro de escombros. Los hombres gritaban instrucciones. Tras cada temblor había una nueva caída de escombros. Los hombres retrocedían, esperaban, se lanzaban otra vez al ataque.

Tenía que irme. Fui al cobertizo con la tierra temblándome bajo los pies. Abrí la puerta y creí que me desmayaba. Los cadáveres del interior se habían dispuesto en fila, cubierto con sábanas y la sangre rezumaba a través del tejido. Sangre y muerte. Salí y me senté en el suelo. Continuaban los temblores, uno tras otro.

¿Dónde estaba Vera Rivken? Me levanté y fui hacia la calle. La habían acordonado. Marines con la bayoneta calada vigilaban la zona delimitada. En el otro extremo de la calle descubrí la casa en que vivía Vera. La cama colgaba de la pared, igual que un hombre crucificado. El suelo había desaparecido y sólo un tabique quedaba en pie. Volví a la explanada. Alguien había encendido una hoguera en el centro del terreno. Caras enrojecidas por las llamas. Las observé, no vi a nadie conocido. No encontraba a Vera Rivken. Un grupo de ancianos charlaba. El alto de barba dijo que era el fin del mundo; lo había predicho hacía una semana. Una mujer con el pelo cubierto de tierra se abrió paso entre el grupo.

—Charlie está muerto —dijo. Y se puso a gemir—. Mi pobre Charlie está muerto. No deberíamos haber venido. ¡Le dije que no viniéramos!

Un anciano la cogió por los hombros y la zarandeo.

—Pero ¿qué estás diciendo? —exclamó. La mujer se desmayó en sus brazos.

Me alejé y tomé asiento en el bordillo de la acera. Arrepiéntete, arrepiéntete antes de que sea demasiado tarde. Recé una oración, pero tenía la boca llena de polvo. Nada de oraciones. Pero habría cambios en mi vida. Habría honradez y amabilidad a partir de entonces. Había llegado al momento decisivo. Se trataba de una advertencia para Arturo Bandini.

Los que estaban alrededor de la hoguera cantaban himnos. Formaban un círculo y los dirigía una mujer gorda. Eleva los ojos a Jesús, pues Jesús está al llegar. Todos cantaban. Un chico con un monograma en el jersey me tendió un devocionario. Lo rechacé con brusquedad. La mujer del círculo sacudía los brazos con fervor violento y el cántico ascendía hacia las alturas junto con el humo. Los temblores seguían sucediéndose. Me aparté. ¡Dios mío, vaya con los protestantes! En mi iglesia no cantábamos himnos tan chabacanos. Lo nuestro era Haendel y Palestrina.

La noche caía. Aparecieron algunas estrellas. Los temblores se repetían sin cesar cada tantos segundos. Se desató una brisa procedente del mar y comenzó a hacer frío. La gente se organizaba en grupos. Por todas partes resonaba el ulular de las sirenas. Los aviones zumbaban en el cielo y por las calles patrullaban pelotones de marineros y marines. Los camilleros entraban en los edificios derruidos como una exhalación. Dos ambulancias recularon hacia el cobertizo. Me incorporé y eché a andar. La Cruz Roja había hecho acto de presencia. En un rincón de la explanada se había organizado un centro de urgencia. Los responsables repartían grandes recipientes metálicos con café. Me puse en la cola. El hombre que tenía delante hablaba con no sé quién.

—Ha sido peor en Los Ángeles —dijo—. Miles de muertos.

Miles. Camila entre ellos. El Columbia Buffet habría sido el primer edificio en venirse abajo. Era muy viejo y sus muros de ladrillo eran muy flojos y estaban llenos de grietas. Camila había muerto, no me cabía la menor duda. Trabajaba de cuatro a once. Había sido sorprendida en pleno terremoto. Estaba muerta y yo estaba vivo. Fantástico. Me la imaginé muerta: yacería así, con los ojos cerrados asá, las manos unidas de tal y cual modo. Estaba muerta y yo estaba vivo. No nos entendíamos, pero a su manera había sido muy amable conmigo. La recordaría durante mucho tiempo. Probablemente

era yo el único hombre de la tierra que la recordaría. Había muchas cosas encantadoras, relacionadas con ella, en que poder pensar: las sandalias, la vergüenza de pertenecer a la raza a la que pertenecía, el Ford pequeño y ridículo.

Por la explanada circulaban rumores de todas clases. Se aproximaba una ola gigantesca. No se aproximaba ninguna ola gigantesca. Toda California había sufrido los efectos. Los efectos se habían dejado sentir sólo en Long Beach. Los Ángeles era un montón de escombros. No se había notado en Los Ángeles. Alguien dijo que los muertos se elevaban a cincuenta mil. Había sido el peor terremoto desde el de San Francisco. Había sido mucho peor que el de San Francisco. Todo el mundo mantenía la calma y la disciplina, sin embargo. Todo el mundo estaba muerto de miedo, pero no había cundido el pánico. La gente sonreía de vez en cuando: había valor. Muchos estaban lejos de casa, pero habían llevado el valor consigo. Gente bragada. A nada le tenía miedo.

Los marines instalaron una radio en medio de la explanada, con grandes altavoces que bostezaban en medio del gentío. Los informes se sucedían continuamente y los detalles de la catástrofe se iban perfilando. La voz de barítono impartía instrucciones. Era la ley y todos la aceptaban con alegría. Nadie entraría ni saldría de Long Beach hasta nueva orden. La ciudad estaba bajo la ley marcial. No iba a haber ningún maremoto. El peligro había pasado definitivamente. Nadie debía alarmarse a causa de los temblores, que se repetirían ahora que la tierra volvía a ponerse en su sitio.

La Cruz Roja hacía circular mantas, comida y raciones de café. Toda la noche estuvimos sentados alrededor del altavoz, escuchando el desarrollo de los acontecimientos. En cierto momento se comunicó que los daños sufridos en Los Ángeles eran de menor cuantía. Se transmitió una larga lista de víctimas. Camila López no figuraba en la lista. Pasé toda la noche consumiendo café y cigarrillos, con el oído atento al nombre de las víctimas. No se mencionó a ninguna Camila; tampoco a ningún López.

Volví a Los Ángeles al día siguiente. La ciudad no había cambiado, pero yo tenía miedo. El peligro acechaba en las calles. Los edificios elevados que formaban desfiladeros tenebrosos eran trampas mortales cuando la tierra temblaba. El asfalto podía abrirse. Los tranvías podían volcar. Algo le había sucedido a Arturo Bandini. Paseaba por las calles de casas de un solo piso. Se pegaba al bordillo de la acera, lejos de los anuncios colgantes. Estaba dentro de mí, muy dentro. No podía sacudírmelo. Veía hombres que circulaban por callejones muy estrechos y oscuros. Me asombraba su necesidad. Crucé Hill Street y respiré más tranquilo cuando accedí a Pershing Square. No había edificios altos en esta plaza. Si la tierra temblaba, ningún escombros me aplastaría.

Tomé asiento en la plaza, fumé unos cuantos cigarrillos y sentí que me sudaban las manos. El Columbia Buffet estaba a cinco manzanas de distancia. Sabía que no me dejaría caer por allí. Se había producido un cambio en mi interior. Me sentía cobarde. Me lo dije en voz alta: eres un cobarde. No me importaba. Más valía ser un cobarde vivo que un loco muerto. Las personas salían y entraban en los enormes edificios de hormigón..., debería avisarlas alguien. Sucedería de nuevo; tenía que suceder otra vez, tenía que haber otro seísmo que arrasara la ciudad y la destruyera para siempre. Ocurriría en cualquier momento. Acabaría con muchísimas personas, pero no conmigo. Porque yo me apartaría de aquellas calles y me mantendría alejado de los escombros que cayeran.

Anduve por Bunker Hill hasta llegar a la pensión. Observaba todas las casas. Las de madera podían resistir un terremoto. Se sacudirían y tambalearían, pero no se vendrían abajo. Pero había que tener cuidado con las casas de ladrillo. El seísmo había dejado huellas en muchos lugares; una pared de ladrillo desplomada, una chimenea derruida. Los Ángeles estaba condenada. Una maldición pesaba sobre la ciudad. Aquel terremoto concreto no la había destruido, pero el día menos pensado habría otro que la convertiría en ruinas. A mí no me atraparía, jamás me cogería dentro de una casa de ladrillo. Yo era un cobarde, pero era asunto mío. Por supuesto que soy un cobarde, me dije, por supuesto, pero hazte el valiente, hazte tú el valiente, so tarado, y pásate bajo esos edificios enormes. Ellos acabarán contigo. Hoy,

mañana, la semana próxima, el año que viene, algún día acabarán contigo y conmigo no.

Escuchad al hombre que estuvo en medio del terremoto. Me instalé en el soportal de la pensión Alta Loma y lo conté. Yo vi cómo sucedía. Vi trasladar a los muertos. Vi la sangre, vi a los heridos. Yo estaba en una finca de seis pisos, dormido como un tronco cuando sucedió. Corrí por el pasillo en busca del ascensor. Se había atascado. Una mujer salió corriendo de una de las oficinas y una viga de hierro le cayó en la cabeza. Me abrí paso entre los escombros y llegué a su lado. Me la eché al hombro, había seis pisos hasta la calle, pero lo hice. Toda la noche estuve con los equipos de rescate, rodeado de sangre y desgracias por todas partes. Ayudé a rescatar a una anciana cuya mano sobresalía de los escombros como si fuese un fragmento de estatua. Entré como una tromba por una puerta humeante para rescatar a una joven inconsciente en la bañera. Vendé a los heridos, conduje a pelotones de rescate entre las ruinas, me abrí camino a hachazos para llegar hasta los muertos y los moribundos. Y tanto que estaba asustado, pero había que hacerlo. Era un momento crítico, un momento que pedía acción y no palabras. Vi abrirse la tierra como la boca de un gigante y cerrarse a continuación sobre la calle asfaltada. Un viejo quedó atrapado por el pie. Corrí a su lado, le dije que tuviera valor y me puse a golpear el asfalto con un hacha de bombero. Pero era demasiado tarde. La grieta se cerró y le segó la pierna por la rodilla. Me lo llevé auestas. La pierna sigue allí como un recuerdo ensangrentado que sobresale de la tierra. Vi cómo ocurría, fue espantoso. Tal vez me creyeran, tal vez no. A mí me daba lo mismo.

Bajé a mi habitación y busqué grietas en las paredes. Inspeccioné la habitación de Hellfrick. Éste se encontraba junto a la estufa, friéndose unas hamburguesas en la sartén. Yo vi cómo sucedía, Hellfrick. Estaba en el punto más elevado de la montaña rusa cuando comenzó el terremoto. El coche se quedó atascado en la vía. Tuvimos que bajar con ayuda de las manos y los pies. Una chica y yo. Cincuenta metros de altura, la chica a caballo en mi espalda y la montaña entera sacudiéndose como si tuviera el baile de San Vito. Pero lo hice. Vi a una niña sepultada boca abajo entre los escombros. Vi a una anciana muerta y aplastada por su propio coche volcado, con la mano fuera como para indicar un giro a la derecha. Vi a tres hombres muertos ante una mesa de póquer. Hellfrick lanzó un silbido: ¿De veras? ¿De veras? Malo, malo. ¿Le podía prestar cincuenta centavos? Se los di y me puse a inspeccionar las paredes en busca de grietas. Recorrí los pasillos, fui al garaje y a la lavandería. Había rastros de la catástrofe, nada serios, pero sí

indicativos de la calamidad que de manera inevitable destruiría Los Ángeles. No dormí en mi cuarto aquella noche. No, porque la tierra seguía temblando. Yo no, Hellfrick. Y Hellfrick miraba por la ventana y me veía tumbado en la falda de la colina, envuelto en las mantas. Estaba loco, según Hellfrick. Pero como Hellfrick recordaba que le había prestado dinero, a lo mejor no estaba loco. Tal vez tengas razón, dijo Hellfrick. Apagó la luz y oí cómo su cuerpecillo se tendía en la cama.

El mundo era polvo y en polvo se convertiría. Comencé a ir a misa todas las mañanas. Iba a confesarme. Tomaba la comunión. Elegí una pequeña iglesia de madera, baja y firme, situada cerca del barrio mexicano. Allí rezaba. Un Bandini totalmente distinto. ¡Ay, vida! ¡Tragedia agridulce, puta deslumbrante que me has llevado a la destrucción! Suprimí el tabaco durante unos días. Me compré otro rosario. Depositaba monedas en el cepillo de las limosnas. El mundo me daba lástima.

Mi querida madre allá en Colorado. Oh, personaje amadísimo, la mismísima Virgen María. No me quedaban más que diez dólares, pero le mandé cinco, la primera vez que mandaba dinero a casa. Reza por mí, madre querida. Las vigilias de tus rosarios son lo único que me mantiene la sangre en movimiento. Vivimos días sombríos, madre. El mundo está lleno de horror. Pero he cambiado, la vida ha comenzado de nuevo para mí. Muchas horas paso glorificándote ante el Señor. ¡Ay, madre, ojalá estuvieras conmigo en medio de tantas tristuras! Pero tengo que terminar enseguida esta epístola, madre querida, queridísima madre, porque asisto a una novena y todas las tardes, a las cinco, tengo que postrarme ante la imagen de Nuestro Bendito Salvador para rezar y obtener Su dulce Misericordia. ¡Adiós, madre, adiós! Recuérdame en tus oraciones. Intercede por mí ante Aquel que todo lo da y resplandece en los cielos.

A la calle, pues, para echar la carta de mi madre, para echarla en el buzón y recorrer Olive Street, donde no había casas de ladrillo, cruzar a continuación un descampado, acceder a otra calle sin casas, a una calle señalizada sólo con una valla baja y, una manzana más allá, a un sector urbano donde los edificios gigantescos ascendían hacia la bóveda celeste; porque no había forma de eludir la manzana en cuestión salvo que se cruzara la calle desde los mismos edificios gigantescos, muy deprisa, corriendo en ocasiones. Y al final de la calle se alzaba la pequeña iglesia, donde rezaba y practicaba la novena.

Una hora después salía a la calle, recuperado, en paz, lleno de estímulo. Seguía el mismo camino para volver a casa, pasaba corriendo ante los edificios gigantescos, avanzaba a lo largo de la valla, cruzaba el descampado y advertía las hechuras del Señor en una hilera de palmeras próxima al callejón. Y así hasta Olive Street, después de las parduzcas casas de madera. ¿De qué le sirve al hombre conquistar el mundo si pierde su alma? Y acto seguido aquel poemita que dice: Suma todos los placeres posibles y multiplícalos por la eternidad: un minuto en el paraíso vale más que todos ellos. ¡Cuán cierto era! ¡Cuán cierto! Gracias, luz celestial, por enseñarme el camino.

Un golpe en la ventana. Alguien llamaba a la ventana de aquella mansión ensombrecida por la densa enredadera. Me volví, localicé la ventana, vi una cabeza; los dientes relampagueantes, el pelo negro, la mirada maliciosa, los largos dedos gesticulantes. ¿Qué tempestad se me había desatado en el estómago? ¿Y cómo evitar aquella parálisis del pensamiento, aquella riada de sangre que me aturdiría los sentidos? ¡Pero es esto lo que quiero! ¡Me moriría si no lo tuviera! Hacia ti voy pues, mujer de la ventana; me has hechizado, márame de placer, de espasmos, de alegría, aquí me tienes, sube esos peldaños desvencijados.

¿De qué sirve, pues, arrepentirse? ¿Para qué preocuparse por el bien? ¿Y si a fin de cuentas muero en un terremoto? ¿Para qué diablos preocuparse entonces? Me fui pues al centro, ya me tienes junto a los edificios elevados, que venga el terremoto, que me entierre junto con mis pecados, ¿a quién coño le preocupa? Es exactamente lo mismo para Dios y para el hombre, se ha de morir de una forma o de otra, en un terremoto o en el patíbulo, no importa por qué ni cuándo ni cómo.

Y hete aquí que me viene de pronto, igual que una fantasía. Me brotó de la desesperación misma: una idea, mi primera idea inteligente, la primera de toda mi vida, limpia, poderosa, cabal, renglón a renglón, página a página. Una historia sobre Vera Rivken.

Puse manos a la obra y comenzó bien. Sin pensar, sin reflexionar. Avanzaba por sí sola, brotaba igual que la sangre. Ya la tenía. La tenía por fin. Paso, que voy, que voy con la brocha, me encanta, me encanta, oh Dios mío, te amo, y también a ti, Camila, también a ti, a ti, a ti. Así se hacen las

cosas, qué bien me siento, es una sensación muy dulce, cálida, suave, deliciosa, delirante. Río arriba y hasta el mar, hete ahí, heme aquí, palabrazas solemnes, palabrazas delicaditas, palabritas campanudas, oh, ah, eh.

Sin aliento, ansioso, empresa sin fin, en trance de ser algo grandioso, en marcha, sin parar, dándole y dándole durante horas hasta que poco a poco se me fue apoderando de la carne, se me metió en lo más hondo, me estrujó los huesos, me redujo a pulpa, y ya ni tenía fuerzas ni veía. ¡Camila! Tenía que poseer a Camila. Me puse en pie, salí de la pensión, bajé Bunker Hill y llegué al Columbia Buffet.

—¿Otra vez por aquí?

Como una película transparente sobre los ojos, como una telaraña a mi alrededor.

—¿Y por qué no?

Arturo Bandini, autor de «El perrito que reía», de una pequeña imitación de Ernest Dowson y de cierto telegrama con proposición matrimonial. ¿Era burla lo que había en sus ojos? Olvídalo, anda, y recuerda la carne morena bajo el uniforme. Me tomé una cerveza y la contemplé mientras trabajaba. Esboqué una sonrisa de desprecio cuando coreó la risa de los hombres que había junto al piano. Estallé en carcajadas cuando uno de aquellos hombres le puso la mano en la cadera. ¡Ay, México lindo! ¡Basura, te lo digo yo! Le hice señas. Se acercó cuando estuvo libre, quince minutos después. Sé amable y simpático con ella, Arturo. Finge.

—¿Quieres algo más?

—¿Qué tal estás, Camila?

—Bien. Supongo.

—Me gustaría verte cuando termines.

—Ya he quedado.

Con dulzura:

—¿No lo podrías aplazar? Tengo que verte, es muy importante.

—Lo siento.

—Por favor, Camila. Sólo esta noche. Es muy importante.

—No puedo, Arturo. De verdad, no puedo.

—Ya verás como sí —dije.

Se alejó. Eché atrás la silla. La señalé con el dedo y le dije gritando:

—¡Vas a reunirme conmigo, rata de alcantarilla! ¡Vas a reunirme conmigo!

Por la leche que mamé que iba a ser como yo decía. Porque estaba dispuesto a esperarla. Porque fui al parking y me senté en el estribo del auto y me puse a esperarla. Porque no era una tía tan despampanante como para

despreciar una cita con Arturo Bandini. Porque la entereza de su carácter, ¡Dios mío!, me sacaba de quicio.

Llegó al parking con Sammy, el camarero de la barra. Se detuvo cuando me vio ponerme en pie. Cogió a Sammy por el brazo para retenerlo. Cuchichearon. O sea, que iba a haber un buen jaleo. Estupendo. Vamos, camarero muerto de hambre, acércate, acércate, y te saco la dentadura por la nuca. Y me puse en guardia, con los puños preparados y a la espera. Se acercaron. Sammy no dijo ni una palabra. Dio un rodeo y subió al vehículo. Yo me encontraba junto al asiento del conductor. Camila abrió la portezuela con la vista al frente. Cabeceé.

—Vas a venirte conmigo, mexicana.

La cogí por la muñeca.

—¡Suéltame! —dijo—. ¡Quítame las cochinas manos de encima!

—Vas a venirte conmigo.

Sammy volvió la cabeza.

—Mira, chaval, es posible que ella tenga otros planes.

La tenía sujeta con la diestra. Alcé el puño izquierdo y se lo puse a Sammy en la cara.

—Escucha —le dije—. Me caes gordo. O sea que mantén cerrada la alcantarilla.

—Sé razonable —contestó—. No sé por qué montas tanto cirio por una mujer.

—Va a venirse conmigo.

—No voy a irme contigo.

Quiso entrar en el coche. La cogí por los brazos y la lancé como a una pareja de baile. Se alejó dando vueltas, pero no cayó al suelo. Dio un grito, se abalanzó sobre mí. La sujeté con ambos brazos y la inmovilicé por los codos. Se puso a darme puntapiés, quiso arañarme las piernas. Sammy nos observaba con expresión de asco. Por supuesto que yo estaba en un plan que daba asco, pero era asunto mío. Camila gritaba y forcejeaba, pero tenía los brazos inmovilizados y las piernas le colgaban impotentes. Se cansó al cabo del rato y la solté. Se arregló el vestido mientras mascullaba entre dientes con resentimiento.

—Vas a venirte conmigo —dije.

Sammy salió del coche.

—Vaya historia —dijo. Cogió a Camila del brazo y se la llevó hacia la calle—. Vámonos de aquí, dejémosle con sus bobadas.

Los vi alejarse. Sammy tenía razón. Bandini el bobo, el cretino, el gusano, el gilipollas. Pero no podía remediarlo. Consulté la cédula fiscal del vehículo y tomé nota de la dirección. Estaba cerca del cruce entre la Veinticuatro y Alameda. No podía remediarlo. Fui andando hasta Hill Street y tome un tranvía que pasaba por Alameda. La situación me intrigaba. Se había puesto al descubierto una faceta desconocida de mi carácter, el aspecto animal, el aspecto tenebroso, el fondo ignoto de un Bandini nuevo. Al cabo de unas cuantas manzanas, sin embargo, fui cambiando de humor. Bajé del tranvía cerca del puerto. Estaba a tres kilómetros de Bunker Hill, pero volví andando. Cuando llegué a mi habitación me dije que había terminado para siempre con Camila López. Y lo lamentarás, cretina de mierda, porque voy a ser famoso. Me senté ante la máquina de escribir y estuve trabajando casi toda la noche.

Trabajé con tesón. Estábamos en otoño al parecer, pero yo no me daba cuenta. Había sol todos los días, cielo azul todas las noches. A veces había niebla. Volvía a comer fruta. Los japoneses me fiaban y podía llevarme de la tienda lo que quisiera. Plátanos, naranjas, peras, ciruelas. Comía apio de tarde en tarde. Tenía tabaco en abundancia y una pipa nueva. No tenían café en la tienda, pero no me importaba. Mi último cuento apareció por fin en los quioscos. ¡«Las colinas de antaño»! No era tan emocionante como «El perrito que reía». Apenas miré el ejemplar gratuito que me remitió Hackmuth. Me satisfizo, no obstante. Algún día habría escrito tantos cuentos que ni recordaría dónde se habían publicado. «¡Eh, Bandini! Es genial el cuento que has publicado en el último *Atlantic Monthly*». Bandini desconcertado. «¿En el *Atlantic*, dices? Sí, claro, claro».

Hellfrick el carnívoro, el hombre que nunca pagaba sus deudas. En aquel intervalo de vacas gordas le había prestado mucho capital, pero ahora que volvía a ser pobre se me había vuelto cambalachero. Un impermeable viejo, unas zapatillas, una pastilla de jabón de olor: con objetos por el estilo quería amortizar las deudas. Yo los rechazaba. «Por el cielo, Hellfrick, me hace falta dinero, no artículos de segunda mano.» Su obsesión por la carne había llegado a tal extremo que ya no sabía controlarse. Se pasaba todo el día friéndose filetes de la carne más barata y el olor se me colaba por debajo de la puerta. Y me entraban unos deseos locos de comer carne. Iba a su habitación. «Hellfrick», le decía, «¿por qué no comparte ese filete conmigo?» El filete solía ser tan grande que no cabía en la sartén. Pero Hellfrick me mentía con el mayor descaro. «No pruebo bocado desde hace dos días.» A lo que yo le

replicaba con los epítetos más sonoros; no tardé en perderle hasta el último asomo de respeto. Sacudía la caraza rojiza y abotargada y me miraba con unos ojazos que daban pena. Pero no me dejaba ni las sobras. Yo trabajaba día tras día como un enano y sufría lo indecible cada vez que me llegaba el olorcillo del lomo frito, las chuletas fritas, las chuletas a la plancha, las chuletas rebozadas, el hígado con cebolla y toda suerte de combinaciones cárnicas.

Un día le desapareció la locura carnicera y recuperó la locura ginebrina. Estuvo borracho como una cuba durante dos noches. Le oía dar traspiés, tropezar con las botellas, hablar consigo mismo. Luego se marchó. Estuvo fuera otra noche. Cuando volvió, había gastado el importe mensual de la pensión de la que vivía: sin saber cómo ni dónde, porque no se acordaba, había comprado un automóvil. Fuimos a la parte trasera de la pensión y nos quedamos mirando el coche. Era un Packard grande, de más de veinte años de antigüedad. Parecía un carruaje fúnebre, tenía los neumáticos gastados y la barata pintura negra burbujeaba al sol implacable. Alguien se lo había vendido en Main Street. Estaba pues sin un duro y con un Packard enorme.

—¿Quieres comprarlo? —me dijo.

—No, gracias.

Estaba abatido, la cabeza le hervía a causa de la resaca.

Aquella noche entró en mi cuarto. Se sentó en la cama, los largos brazos colgándole hasta el suelo. Sentía nostalgia del Medio Oeste. Habló de cazar conejos, de pescar, de la época de oro en que era un crío. Acometió el tema de la carne de manera inesperada.

—¿No te apetece un chuletón de los buenos? —dijo con boca flácida. Abrió dos dedos—. Así de gordo. A la brasa. Con toneladas de mantequilla encima. Quemado hasta que pique. ¿Te gustaría? ¿Eh? ¿Te gustaría?

—Me encantaría.

Se puso en pie.

—Vamos por uno entonces.

—¿Tiene usted dinero?

—No necesitamos dinero. Tengo hambre. Y con esto es ya suficiente.

Cogí el jersey y lo seguí por el pasillo hasta el callejón. Se metió en el coche. Titubeé.

—Hellfrick. ¿Adónde vamos?

—Venga, sube —dijo—. Déjalo de mi cuenta.

Me senté junto a él.

—Bueno. Mientras no haya complicaciones...

—¿Complicaciones? —Esbozó una sonrisa de picardía—. Yo sé dónde agenciarnos un buen chuletón.

Fuimos por Wilshire a la luz de la luna, llegamos a Highland y por Highland al puerto de Cahuenga. Al otro lado se extendía la planicie del valle de San Fernando. Dimos con una carretera solitaria y sin asfaltar y fuimos por ella, rodeados de eucaliptos gigantes, hasta un paisaje dominado por los pastizales y algunas granjas diseminadas. Al cabo de kilómetro y medio se terminaba la carretera. Vimos postes y alambre espinoso a la luz de los faros. Hellfrick dio la vuelta al coche con maniobras interminables y lo dejó con la proa orientada hacia la carretera asfaltada de la que nos habíamos desviado. Salió del vehículo, abrió la portezuela trasera y revolvió las herramientas que había debajo del asiento de atrás.

Me incliné sobre el respaldo para ver lo que hacía.

—¿Pasa algo?

Se incorporó con un martillo neumático en la mano.

—Espera aquí.

Se coló por una abertura del alambre espinoso y accedió al pastizal. A cien metros de distancia se alzaba un establo a la luz de la luna. Supe entonces lo que buscaba. Salí del coche de un salto y lo llamé. Me mandó callar con irritación. Vi que se acercaba de puntillas a la puerta del establo. Lo maldije y aguardé con los músculos en tensión. Al cabo de un rato oí el mugido de una vaca. Me dio mucha pena. Entonces oí un golpe sordo y ruido de pezuñas que se agitaban. Hellfrick apareció por la puerta del establo. Llevaba sobre el hombro un bulto oscuro que le hacía andar encorvado. A su lado, mugiendo sin parar, iba una vaca. Hellfrick quería correr, pero el bulto oscuro se lo impedía. La vaca iba tras él, dándole empujones con el hocico. Se volvió, le propinó un puntapié desmañado. La vaca se detuvo, volvió la testa hacia el establo, mugió otra vez.

—¡Maldita sea, Hellfrick! ¿Se ha vuelto loco?

—Ayúdame —dijo.

Alcé el alambre flojo lo suficiente para que pasara con la carga. Era un becerro, la sangre le chorreaba de un boquete abierto entre las orejas. El animal tenía los ojos abiertos como platos. Veía la luna reflejada en ellos. Había sido un asesinato a sangre fría. Estaba horrorizado y asqueado. El estómago se me encogió cuando Hellfrick dejó caer el becerro en el asiento de atrás. Oí el golpe sordo del cuerpo, luego el de la cabeza. Me sentía enfermo, muy enfermo. Había sido un asesinato en toda regla.

Mientras volvíamos, Hellfrick no cabía en sí de entusiasmo, pero el volante se había manchado de sangre pegajosa y en un par de ocasiones me pareció que el becerro coceaba en el asiento de atrás. Me tapé la cara con las manos y traté de olvidar el gemido melancólico de la madre del becerro, la faz dulcísima del becerro muerto. Hellfrick conducía a toda velocidad. En Beverly adelantamos a un coche negro que iba más despacio. Era un coche patrulla. Apreté los dientes y me preparé para lo peor. Pero la policía no nos siguió. Estaba demasiado asqueado para que el detalle me tranquilizara. Una cosa estaba clara: Hellfrick era un asesino y tanto él como yo estábamos sentenciados. Al llegar a Bunker Hill doblamos por nuestro callejón y nos detuvimos en la zona de aparcamiento que había junto a la pensión. Hellfrick salió del auto.

—Voy a darte un cursillo de carnicería.

—Es usted despreciable —dije.

Hice de espectador mientras él envolvía la cabeza del becerro en papel de periódico, se lo cargaba al hombro y recorría aprisa el oscuro pasillo que conducía a su cuarto. Extendí periódicos en el suelo lleno de suciedad y depositó el becerro sobre ellos. Sonrió al verse los pantalones ensangrentados, la camisa ensangrentada, los brazos ensangrentados.

Me quedé mirando al desdichado becerro. Era blanquinegro y de corvejones frágiles. De la boca entreabierta le sobresalía una lengua rosada. Cerré los ojos, salí corriendo de la habitación de Hellfrick y me arrojé al suelo de mi cuarto. Allí me quedé, presa de escalofríos, pensando en la pobre vaca que se había quedado sola en el campo, bañada por la luz de la luna, en la pobre vaca que mugía por su becerro. ¡Un asesinato! Hellfrick y yo estábamos sentenciados. Ya no tendría que devolverme lo que me debía. Sería dinero ensangrentado y no lo quería.

A partir de aquella noche me distancié mucho de Hellfrick. Ya no volví a visitarle. Llamó a mi puerta un par de veces, pero mantuve el cerrojo echado para que no entrase. Cuando coincidíamos en el pasillo, nos limitábamos a saludarnos con un gruñido. Me debía casi tres dólares, pero no se los reclamé.

Buenas noticias de Hackmuth. Otra revista quería publicar «Las colinas de antaño» en versión resumida. Cien dólares. Otra vez era rico. Periodo de expiación, de rectificación del pasado. Mandé cinco dólares a mi madre. Me escribió una carta de agradecimiento y lloré al leerla. Las lágrimas me corrían por las mejillas mientras me apresuraba a contestarle. Le envié otros cinco. Estaba satisfecho de mí mismo. Tenía algunas cualidades buenas. Ya veía a mis biógrafos hablando con mi madre, una señora muy anciana en silla de ruedas; mi Arturo era un buen hijo, me ayudó mucho.

Arturo Bandini, el novelista. Vivía por su cuenta, escribiendo cuentos. Ahora a escribir una novela. Una novela genial. Comentarios entusiastas antes de publicarse. Lo nunca visto desde Joyce. Todos los días me instalaba ante el retrato de Hackmuth y leía lo escrito durante la jornada. Pasaba horas ensayando la dedicatoria: A J. C. Hackmuth, por descubrirme. A J. C. Hackmuth, con admiración. A Hackmuth, hombre inteligente. Ya los veía, veía a los críticos de Nueva York apelotonándose en el club de Hackmuth a su alrededor. Ha sido todo un hallazgo descubrir al joven Bandini, el triunfador de la Costa Oeste, y el mérito es de usted. Una sonrisa de Hackmuth, un parpadeo de Hackmuth.

Seis semanas, unas cuantas horas dulcísimas al día, tres, cuatro y en ocasiones cinco horas deliciosas, mientras los folios se amontonaban y los restantes deseos se mantenían en letargo. Me sentía como un espectro que anduviese por la tierra, un enamorado de los hombres y los animales por igual, y me inundaban olas de ternura embriagadora cuando hablaba con la gente y me mezclaba con ella por la calle. Dios Todopoderoso, Dios de mi vida, sé bueno conmigo, dame una lengua de azúcar para que los tristes y solitarios me escuchen y sean felices. Así pasaban los días. Días soñadores, días de luz, y a veces me inundaba una alegría tan serena y grandiosa que apagaba la luz y me echaba a llorar, y me sobrevénía un deseo extraño de morir.

Así escribía Bandini una novela.

Cierta noche oí que llamaban a la puerta y al abrirla la vi en el umbral.

—¡Camila!

Entró, tomó asiento en la cama, con algo bajo el brazo, un fajo de papeles. Echó un vistazo a la habitación: de modo que allí era donde vivía. Se había preguntado por el lugar en que viviría. Se puso en pie, comenzó a pasearse, miró por la ventana, recorrió la habitación, una chica hermosa y alta, pelo negro y cálido, yo inmóvil y mirándola. Pero ¿por qué estaba allí? Intuyó la pregunta, volvió a sentarse en la cama y me sonrió.

—Arturo —dijo—, ¿por qué nos estamos peleando continuamente?

Yo no lo sabía. Le dije algo acerca del carácter, pero cabeceó, cruzó las piernas y la presencia de sus muslos delicados se me incrustó con júbilo en la cabeza, una sensación gruesa y sofocante, el deseo lascivo y cálido de tenerlos entre las manos. Cada movimiento que hacía, la curva suave del cuello, los pechos grandes que le hinchaban el uniforme, las manos delicadas apoyadas en el lecho, los dedos abiertos, todo me turbaba y una pesadez dulce y dolorosa me hacía caer en trance. Y el sonido de su voz, contenido, bordeando la burla, una voz que hablaba a mi sangre y a mis huesos. Recordé la paz de las últimas semanas y me pareció muy irreal, un estado hipnótico inventado por mí, porque la vida era aquello otro, aquel mirar a los ojos negros de Camila, unos ojos que compaginaban el desprecio, la esperanza y una fruición cínica.

No sólo había ido a verme por verme, estaba allí por otra cosa también. Entonces supe de qué se trataba.

—¿Te acuerdas de Sammy?

Pues claro.

—No te cayó simpático.

—Hizo lo que tenía que hacer.

—Es buena persona, Arturo. Si lo conocieras mejor, te caería bien.

—No digo que no.

—Tú le caes bien.

Lo dudaba después de la escena del parking. Recordé algunos detalles de su relación con Sammy, las sonrisas que le dirigía durante el trabajo, la preocupación que sintió la noche que lo llevamos a su casa.

—Quieres al tío ese, ¿no?

—No exactamente.

Apartó la mirada de mí y la paseó por el cuarto.

—Sí lo quieres.

La aborrecí de pronto por el daño que me había hecho. Porque la chica se las traía. Me había roto el poema dowsonian, el telegrama que le había mandado se lo había enseñado a todos los parroquianos del Columbia Buffet.

Se había burlado de mí en la playa. Dudaba de mi virilidad y, a sus ojos, tanto daba dudar como sentir desprecio. Le observé la cara, los labios, y pensé que sería un placer golpearla, aplastarle la nariz y los labios de un puñetazo.

Volvió al tema de Sammy. Había tenido todas las cochinas oportunidades de este mundo, habría podido ser alguien, pero siempre había estado mal de salud.

—¿Qué le pasa?

—Tuberculosis.

—Joder.

—No vivirá mucho.

Me importaba un rábano.

—Todos tenemos que morirnos algún día.

Me pasó por la cabeza la idea de echarla a la calle, decirle: Si has venido para hablarme del tío ese, ya te puedes ir con viento fresco porque no me interesa. Pensé en lo que disfrutaría diciéndole que se largara, tan fantástica y hermosa a su manera y obligada a irse porque yo se lo decía.

—Sammy ya no trabaja en el local. Se ha marchado.

Estaba lista si creía que me interesaba saber su paradero. Apoyé los pies en la mesa y encendí un cigarrillo.

—¿Qué tal son tus otros amantes? —dije. Me había salido sin pensar y lo lamenté inmediatamente. Sonreí para suavizar el momento. Las comisuras de su boca reaccionaron, aunque de manera forzada.

—No tengo ningún amante —dijo.

—Claro —dije, dando a mis palabras un retintín de sarcasmo—. Claro, lo entiendo. Perdona lo imprudente de la observación.

Guardó silencio durante un rato. Me esforcé por silbar una tonada. En aquel punto dijo:

—¿Por qué eres tan mezquino?

—¿Mezquino? —dije—. Mira, muchacha, yo aprecio por igual a los hombres y a los animales. No hay la menor sombra de animosidad en mi sistema. A fin de cuentas, no se puede ser mezquino y un gran escritor al mismo tiempo.

Me dirigió una mirada de burla.

—¿Eres un gran escritor?

—Eso es algo que no sabrás nunca.

Se mordió el labio inferior, lo retuvo entre dos dientes blancos y afilados y miró hacia la ventana y la puerta igual que un animal atrapado; volvió a sonreír.

—Por eso he venido a verte.

Jugueteó con los sobres grandes que tenía en el regazo y el gesto me excitó: los dedos tocaron la falda, se quedaron en la falda y avanzaron hacia la carne. Los sobres eran dos. Abrió uno. Dentro había un manuscrito. Se lo quité de las manos. Era un cuento de Samuel Wiggins, Lista de Correos, San Juan, California. Se titulaba «Coldwater Gatling» y comenzaba: «Coldwater Gatling no quería problemas, pero nunca se podía estar seguro de los cuatreros de Arizona. El revólver tenía derecho a descansar en la funda, pero no había más remedio que airearlo cuando se ponía delante algún pájaro de cuenta. El problema que planteaban los problemas era que los problemas buscaban a Coldwater Gatling. A los cuatreros no les gustaban los Rangers de Texas, y Coldwater Gatling, en consecuencia, disparaba primero y preguntaba después. Así era la vida en el estado de Lone Star, donde los hombres eran hombres y a las mujeres no les importaba cocinar para los duchos en el revólver y la silla de montar como Coldwater Gatling, el duro más duro que ha habido en aquellas tierras».

Era el primer párrafo.

—Es basura —dije.

—Por favor, ayúdame.

No le quedaba más que un año de vida, dijo. Había dejado Los Ángeles para dirigirse al desierto de Santa Ana; vivía en una cabaña situada en los confines del desierto y en ella escribía continuamente. Había querido dedicarse a la literatura desde siempre. Pero habida cuenta del poco tiempo que le quedaba, le había llegado la hora.

—¿Y qué gano yo con todo ello? —dije.

—Está a punto de morir.

—¿Quién no?

Abrí el otro manuscrito. Era igual que el anterior. Cabeceé.

—Es una mierda.

—Ya lo sé —dijo—. Pero ¿no podrías hacer algo? Te dará la mitad del dinero.

—No me hace falta dinero. Tengo ingresos propios.

Se levantó, se colocó ante mí y me puso las manos en los hombros. Bajó la cara, su aliento cálido y dulce me acarició la nariz, sus grandes ojos reflejaron mi cabeza y empecé a volverme loco de deseo.

—¿Lo harías por mí?

—¿Por ti? —dijo—. Bueno, por ti... sí.

Me besó. Bandini el hombre de paja. Un beso cálido y denso por los servicios que iba a prestar. La aparté con delicadeza.

—No tienes por qué besarme. Haré lo que pueda. —Pero yo pensaba ya en un par de maniobras al respecto y mientras se ponía ante el espejo para pintarse los labios miré la dirección que figuraba en los sobres. San Juan, California—. Le escribiré una carta sobre lo que ha escrito —dije. Me miró por el espejo, el lápiz labial quedó inmóvil en el aire. Me sonrió con gesto burlón.

—No tienes por qué hacerlo —dijo—. Yo misma puedo volver para recogerlos y echarlos al correo.

Eso es lo que dijo, pero a mí no me engañas, Camila, porque leo en tu cara desdeñosa el recuerdo de aquella noche en la playa y te odio, Dios mío, cuánto te detesto.

—Sí —dije—. Creo que es lo mejor. Vuelve mañana por la noche.

Me sonrió con desprecio. Su cara no, sus labios, pero desde el interior.

—¿A qué hora quieres que venga?

—¿A qué hora sales del trabajo?

Se dio la vuelta, cerró el bolso de un golpe y me miró fijamente.

—Ya sabes a qué hora salgo del trabajo —dijo.

Me las pagarás, Camila. Me las pagarás.

—Ven a esa hora —dije.

Se acercó a la puerta, puso la mano en el pomo.

—Buenas noches, Arturo.

—Te acompañaré hasta el vestíbulo.

—No seas tonto —dijo.

Cerró la puerta. Me quedé en el centro de la habitación y escuché sus pasos en la escalera. Sentía la palidez de mi cara, la humillación espantosa, me entró un ataque de furia, me tiré de los pelos, grité a pleno pulmón y comencé a maldecirla, a golpearme con los puños, a pasearme por la habitación con los brazos pegados al pecho, a forcejear con el recuerdo nauseabundo de aquella mujer, a extirpármela de la conciencia, jadeando de rabia.

Pero había distintas maneras de salirme con la mía y aquel enfermo del desierto se iba a llevar también su merecido. Me las pagarás, Sammy. Te voy a hacer picadillo, voy a hacer que te arrepientas de haber vivido tanto. La pluma es más poderosa que la espada, Sammy, pero la pluma de Arturo

Bandini es más poderosa que ninguna. Porque me ha tocado la lotería, chico. Y tú vas a saber lo que es bueno.

Me senté y leí los relatos. Tomé notas a propósito de cada línea, de cada frase, de cada párrafo. El estilo era un desastre, una chapuza de aficionado, torpe, impreciso, desigual, ridículo. Horas estuve sentado, fumando un cigarrillo tras otro y riéndome a mandíbula batiente de los esfuerzos de Sammy, burlándome de ellos, frotándome las manos de placer. Lo iba a dejar a la altura del betún. Me puse en pie de un salto y bailoteé por la habitación, fingiendo un combate de boxeo: encaja éste, Sammy, y este otro, chúpate este gancho de izquierda, ¿qué me dices de este derechazo?, zumba, bumba, plif, plaf, ¡heeeeyy!

Me volví y vi las arrugas de la parte de la cama donde había estado sentada Camila, la depresión sensual que sus muslos y caderas habían formado en la colcha de seda azul. Me olvidé de Sammy y lleno de deseo me postré de hinojos ante el lugar y lo besé con veneración.

—¡Camila, te amo!

Y cuando el ansia se me diluyó en una nada transparente, me incorporé lleno de asco hacia mí mismo, hacia Arturo Bandini el infame, la rata asquerosa.

Tomé asiento y me puse a redactar con pluma implacable el comentario crítico que iba a enviar al amigo de Camila.

Estimado Sammy:

La putilla que tú y yo conocemos ha estado aquí esta noche; ya sabes, la hispana de cuerpo escultórico y seso de mosquito. Me enseñó unos cuentos que, según me dijo, habías escrito tú. Me dijo también que estabas a punto de irte al otro barrio. En circunstancias normales, la situación sería ya horrible de por sí. Pero después de leer la mierda que has escrito, permíteme decir, en nombre del mundo en general, que si desapareces de este valle de lágrimas será una suerte para todos. No sabes escribir, Sammy. Te sugiero que dediques las últimas energías que te quedan a poner en orden tu espíritu de retrasado mental antes de que abandones un mundo que respirará de alivio cuando nos dejes. Me gustaría poder decirte con sinceridad que no quiero que te mueras. También desearía que, al igual que yo, pasaras a la posteridad con algún monumento que recordara el tiempo que pasaste en la tierra. Pero como salta a la vista que ello es imposible, quisiera ayudarte a pasar los pocos días que te quedan sin amargura ni resentimiento. La vida ha sido muy cruel contigo. Al igual que el resto de los mortales, supongo que también tú estarás contento de que todo vaya a acabarse dentro de poco y de que los garabatos con que has pringado la blancura inmaculada del papel no tengan nunca la oportunidad de analizarse desde un punto de vista más intolerante. Cuando te insto a que quemes toda la basura que has producido y a que en lo sucesivo te mantengas al margen de todo sacrilegio literario, lo hago en nombre de todas las personas sensibles y civilizadas. Si tienes máquina de escribir, mi dictamen sigue siendo el mismo; porque mecanografiar tus manuscritos sería una desgracia para la humanidad. No obstante, si persiste tu delictivo deseo de escribir, te ruego me envíes las cagarutas que te dicte la inspiración. Ya sé que no lo haces adrede, pero me río mucho leyéndote. Algo es algo.

Ya estaba: definitiva y demoledora. Doblé los manuscritos, los metí en un sobre grande junto con la nota, cerré el sobre, lo dirigí a Samuel Wiggins, Lista de Correos, San Juan, California, pegué los sellos y me lo guardé en el bolsillo de atrás. Subí al vestíbulo, salí a la calle y fui al buzón de la esquina. Eran las tres y pico de una madrugada incomparable. El blanco y azul de las estrellas y el cielo eran como los colores del desierto, de una dulzura tan conmovedora que tuve que detenerme asombrado de que pudieran ser tan fascinantes. En las palmeras llenas de polvo no se movía ni una hoja. No se oía el menor ruido.

Todo lo bueno que había en mí se me estremeció en el corazón en aquel instante, y con ello todo cuanto esperaba del sentido profundo y misterioso de mi existencia. Me envolvía la complacencia infinita y muda de la naturaleza, indiferente a la gran ciudad; el desierto latía bajo aquellas calles, alrededor de aquellas calles, en espera de que la ciudad feneciese, para cubrirla una vez más con sus arenas sin tiempo. De repente me sentí invadido por una intuición aterradora, relativa al significado y al patético destino de los hombres. El desierto estaría siempre allí, animal blanco y paciente que aguardaba a que los hombres desaparecieran, a que las civilizaciones se tambaleasen y se sumergiesen en las tinieblas. En aquel punto, la raza humana se me antojó una raza valiente y me sentí orgulloso de pertenecer a ella. La maldad del mundo no era maldad, sino un elemento inevitable y benéfico y que formaba parte de la lucha interminable por contener y domeñar el desierto.

Miré hacia el sur, hacia donde titilaban las estrellas mayores, hacia donde se extendía el desierto de Santa Ana; bajo aquellas estrellas mayores, en el interior de una cabaña, vivía un hombre semejante a mí y a quien sin duda engulliría el desierto antes que a mí; en la mano tenía una manifestación de sus afanes, una expresión de su lucha contra el silencio implacable hacia el que se le arrojaba. Asesino, camarero o escritor, importaba poco: su destino era el destino común a todos, su final mi final; y a mi alrededor, aquella noche, en aquella ciudad de ventanas apagadas, alentaban millones como él y como yo: tan indiferenciables como las hojas moribundas de los arbustos. Vivir era ya una empresa hercúlea. Morir era la misión suprema. Y Sammy no tardaría en morir.

Me detuve ante el buzón, apoyé la cabeza en él y lloré por Sammy, por mí mismo y por todos los vivos y los muertos. ¡Perdóname, Sammy! ¡Perdona a este necio! Volví a mi cuarto y durante tres horas pergeñé la crítica más elogiosa que pude concebir. No le decía que tal o cual aspecto de sus escritos

estuviese mal o fuera deficiente. Le decía que, en mi opinión, esto y aquello mejorarían si, etc., etc., etc. Me fui a dormir a eso de las seis, pero fue un sueño gratificante y reparador. ¡Qué persona tan extraordinaria era yo! Un hombre de espíritu grandioso, sereno y generoso, un enamorado de todos los seres, de los hombres y los animales por igual.

No la vi durante una semana. Recibí en el ínterin una carta Sammy en que me agradecía las modificaciones que le había sugerido. Sammy, el verdadero amor de Camila. Me daba además algunos consejos: ¿qué tal me iban las cosas con la mexicanita? No era mala hembra, con la luz apagada no era mala hembra en absoluto, pero su problema, señor Bandini, es que no sabe tratarla. Es demasiado amable con ella. No comprende a las mexicanas. No les gusta que se las trate como a seres humanos. Trátelas con amabilidad y se lo pagarán con desprecio.

Seguí trabajando en el libro y de vez en cuando hacía una pausa para releer su carta. La estaba leyendo la noche en que reapareció. Eran las doce más o menos y entró sin llamar.

—Hola —dijo.

—Hola, imbécil —dije.

—¿Trabajando? —dijo.

—¿A ti qué te parece? —dije.

—¿Cabreado? —dijo.

—No —dije—. Solamente asqueado.

—¿De mí?

—Pues claro —dije—. No hay más que mirarte.

Llevaba el uniforme blanco debajo de la chaqueta. Estaba sucio y lleno de manchas. Llevaba una media caída, arrugada a la altura del tobillo. Parecía cansada y se le había corrido el carmín de los labios. La chaqueta era un muestrario de hilachas y polvo. Calzaba unos zapatos de tacón alto muy horteras.

—Te esfuerzas demasiado por parecer una chica norteamericana —dije—. ¿Por qué lo haces? Échate un vistazo, anda.

Se puso ante el espejo y se observó con atención.

—Estoy cansada —dijo—. Ha habido mucho trabajo esta noche.

—¿Y esos zapatos? —dije—. Deberías ponerte lo que te corresponde, lo que los pies te piden: unas sandalias. Y la pintura con que te embadurnas la cara. Estás horrible, eres una imitación chabacana de las yanquis. Además, apestas. Si yo fuera mexicano, te partiría la cabeza. Eres la vergüenza de los tuyos.

—¿Quién eres tú para hablarme de ese modo? —dijo—. Soy tan americana como tú. Además, tú no eres americano. Mírate la piel. Eres moreno como los italianos. Y los ojos los tienes negros.

—Castaños —dije.

—No. Los tienes negros. Y mírate el pelo. Negro también.

—Castaño —dije.

Se quitó la chaqueta, se echó en la cama y se encajó un cigarrillo en la boca. Se puso a trastear, en busca de una cerilla. En la mesa, junto a mí, había una caja. Esperaba que se la diese yo.

—No estás paralítica —dije—. Ven y cógela tú.

Encendió el cigarrillo y fumó en silencio, con la mirada fija en el techo, echando el humo por la nariz con inquietud callada. Había niebla fuera. A lo lejos se oía la sirena de un coche de la policía.

—¿Pensando en Sammy? —dije.

—Es posible.

—Aquí no tienes por qué pensar en él. La puerta la tienes a dos pasos, ya lo sabes.

Se quitó el cigarrillo de la boca con malestar, lo retorció para destriparle las hebras; lo que dijo estuvo a tono con el ademán.

—No hay quien te aguante, joder. Tienes que estar pasándolo muy mal.

—No sabes lo que dices.

Había cruzado las piernas. Donde terminaba el uniforme blanco podían vérsese las ligas y un par de centímetros de carne morena. El pelo se le había desparramado sobre la almohada igual que un tintero volcado. Yacía de costado y me contemplaba desde las honduras de la almohada. Me sonrió. Alzó la mano y me hizo una seña con el dedo para que me acercase.

—Ven, Arturo —dijo con voz cálida.

Rechacé la invitación con la mano.

—No, gracias. Estoy bien.

Yo miraba la ventana y durante cinco minutos estuvo observándome. Habría podido ponerle la mano encima, estrecharla entre mis brazos; sí, Arturo, bastaba con levantarse de la silla y tumbarse junto a ella, pero no me olvidaba de la noche en la playa, del poema por los suelos ni del telegrama de amor; los recordaba como pesadillas que acechasen desde todos los rincones del cuarto.

—¿Asustado? —dijo.

—¿De ti? —repliqué riéndome.

—Lo estás —dijo.

—No.

Abrió los brazos y toda ella se me antojó una invitación, pero sólo consiguió que me encerrase más en mí mismo con la imagen que de sí me presentaba en aquellos instantes, una imagen de lozanía y dulzura.

—Mira —dije—. Tengo trabajo. ¿Ves? —Di unos golpecitos al montón de páginas manuscritas que había junto a la máquina de escribir.

—Y también tienes miedo.

—¿De qué?

—De mí.

—Bah.

Silencio.

—A ti te pasa algo raro —dijo.

—¿El qué?

—Que eres maricón.

Me levanté y me acerqué a ella.

—Eso es mentira —dije.

Nos revolcamos. Camila forzaba la situación con su desdén, con los besos que me daba, con el frunce crispado de los labios, con el brillo burlón de los ojos, hasta que me volví de corcho y no sentí más que pánico y miedo de ella, que su belleza era excesiva, que era muchísimo más interesante que yo, que tenía los pies en el suelo con más firmeza que yo. Camila hacía que me sintiera extraño ante mí mismo; ella era una mezcla de noches de sosiego, de eucaliptos que se perdían en las alturas, de estrellas del desierto, de aquella tierra y aquel cielo, de la niebla del exterior, territorios a los que yo había llegado sin otro objetivo que ser un simple escritor, ganar dinero, obtener reputación y zarandajas por el estilo. Era mucho más discreta y elegante que yo, muchísimo más sincera, tanto que sentía asco de mí mismo, no podía sostener la mirada de sus ojos tiernos y reprimía los escalofríos que me producían sus brazos morenos alrededor de mi cuello y sus dedos largos en mi cabeza. No la besé. Ella sí me besó, besó al autor de «El perrito que reía». De pronto me cogió la muñeca con ambas manos. Pegó los labios a la palma de la mía. Me la puso entre sus pechos. Volvió los labios hacia mi cara y esperó. Y Arturo Bandini, el gran autor sumergido hasta las amígdalas en sus fantasías vistosas, Arturo Bandini el romántico, el repertorio andante de frases ingeniosas, dijo con dulzura, coquetonamente:

—Hola.

—¿Hola? —dijo ella, convirtiendo la repetición en pregunta—. ¿Hola? —Y se echó a reír—. Bueno, ¿qué tal estás?

¡Ay, Arturo! Qué tío. Una máquina de urdir historias.

—Fabuloso —dijo él.

Bueno, ¿qué más? ¿Dónde estaban el deseo y la pasión? Camila se marcharía al cabo del rato y sería entonces cuando se presentarían. ¡En el nombre del cielo, Arturo! ¡No puedes! Acuérdate de tus ilustres antepasados. Compórtate de acuerdo con tus valores. Sentí el tanteo de sus manos y se las sujeté para contenerlas, para mantenerlas apasionadamente inseguras. Volvió a besarme. Como si hubiera besado un pedazo de jamón de York. Me sentía muy desdichado.

Me apartó.

—Déjame —dijo—. Me voy.

El asco, el terror y la humillación se me retorcieron en las tripas y no me moví. Me pegué a ella, pegué la frialdad de mi boca a la calidez de la suya, forcejeé conmigo para escapar y quedé abrazado a ella, con la cara hundida en su hombro, con vergüenza de que me la viese. Mientras se revolvía me di cuenta de que su desprecio se transformaba en odio, y fue entonces cuando la deseé, la abracé, le supliqué, mi deseo crecía con cada manifestación violenta de su cólera, me sentí contento, tres hurras por Arturo, me dije, placer y violencia, la violencia del placer, la sensación deleitosa del instante, la autosatisfacción extasiante, el júbilo de saber que podía poseerla si quería. Pero no quería, ya había disfrutado de mi dosis de amor. El poder y la gloria de Arturo Bandini me habían deslumbrado. La solté, le quité la mano de la boca y salté de la cama.

En ella quedó Camila, blanco de saliva en las comisuras de la boca, los dientes apretados, tirándose con las manos de las largas mechas de pelo, la cara contraída para no gritar, aunque no me importaba; que gritase si quería, porque Arturo Bandini no era maricón, no había nada anormal en Arturo Bandini; joder, el muchacho tenía la vehemencia sexual de seis hombres, la había sentido emerger a la superficie: un tío cualquiera que, lo que son las cosas, es un escritor genial y un amante de lo más competente; apto para estar en el mundo, apto para la prosa.

Vi que se arreglaba la ropa, vi que se ponía en pie, jadeante y asustada, y que se acercaba al espejo para mirarse, como para estar segura de que no era otra persona.

—No vales nada —dijo.

Me senté y me mordisqueé una uña.

—Creí que eras diferente —dijo—. Detesto los malos modos.

Los malos modos: jua, jua. ¿Qué me importaba a mí lo que ella creyera? Lo fundamental se había probado: había podido poseerla y pensara lo que pensase carecía de importancia. Yo no era sólo un gran escritor: ya no la temía, podía mirarla a la cara como un hombre tiene que mirar a la cara a una mujer. Se marchó sin decir palabra. Me embargó una felicidad de ensueño, una confianza delirante en mí mismo: el mundo era grande y estaba hasta los topes de cosas que yo podía poseer y dominar. ¡Ay, Los Ángeles! Polvo y niebla de tus calles solitarias, ya no me siento solo. Esperad y veréis, fantasmas todos de mi habitación, esperad y veréis, porque aún tiene que ocurrir, y la Camila esa, que se quede en el desierto con su Sammy, con sus cuentos insulsos y su prosa hedionda, aunque espera a que tenga oportunidad de saborearme, porque aún tiene que ocurrir, tan cierto como que hay un Dios.

Ya no me acuerdo. Tal vez pasara una semana, tal vez dos. Sabía que volvería. No la esperaba. Vivía mi vida. Escribía unas páginas. Leía libros. Estaba tranquilo y en paz: Camila volvería. Sucedería de noche. Jamás pensaba en ella en relación con la luz diurna. La había visto muchas veces y ninguna a pleno sol. La esperaba como esperaba que hubiera luna.

Y volvió. Oí un crepitar de piedrecillas en la ventana. La abrí de par en par y la vi en la falda de la colina con un jersey encima del uniforme blanco. Cuando alzó la cabeza para mirarme, se le entreabrió la boca.

—¿Qué haces? —dijo.

—Mira, estar aquí.

—¿Te burlas?

—No. ¿Y tú?

Se echó a reír.

—Un poco.

—¿Por qué?

—Eres un cerdo.

Fuimos a dar un paseo. Me preguntó si entendía de armas de fuego. No entendía. Fuimos a una galería de tiro al blanco de Main Street. Era una tiradora muy hábil. Conocía al propietario, un tipo con cazadora de cuero. Yo no acerté ni un solo disparo, no le daba ni al soporte de la diana. Como había pagado ella, se enfadó conmigo. Ella era capaz de ponerse el revólver bajo la axila y darle a la diana en el centro exacto. Yo hice unos cincuenta disparos y los fallé todos. Quiso enseñarme a sostener el revólver. Se lo quité de las

manos de un tirón y con imprudencia temeraria me puse a hacer cabriolas, apuntando con el arma en todas direcciones. El de la cazadora de cuero se encogió tras el mostrador.

—¡Cuidado! —gritó—. ¡Ojo con lo que hace!

El fastidio de Camila se transformó en humillación. Del bolsillo donde guardaba las propinas sacó una moneda de cincuenta centavos.

—Prueba otra vez —dijo—. Pero como vuelvas a fallar, se te acabó el disparar gratis.

Yo no llevaba dinero encima. Dejé el revólver en el mostrador y me negué a seguir disparando.

—A la mierda —dije.

—¿Qué te parece este mariquita, Tim? —dijo Camila—. Lo único que sabe hacer es escribir poesía.

Tim, como es lógico, sólo simpatizaba con quienes sabían disparar un arma. Me miró con desprecio, pero no dijo nada. Cogí un Winchester automático, apunté y comencé a vomitar plomo. La diana mayor, adosada a un poste, estaba a un metro del suelo y a veinte metros de distancia; no mostraba ninguna señal de impacto. Al parecer sonaba un timbre cuando se acertaba en el centro. No oí ningún timbre. Agoté el contenido de la recámara, olisqueé el olor acre de la pólvora e hice una mueca. Tim y Camila se estaban riendo del mariquita. La gente se había apelonado en la acera. Todos los mirones compartían el fastidio de Camila, porque era algo que se contagiaba, y hasta yo acabé por experimentarlo. Camila se volvió, vio el gentío y se le subieron los colores. Estaba molesta y aturdida y se avergonzaba de mí. Por la comisura de la boca me murmuró que nos fuéramos. Se abrió paso entre el gentío, con rapidez, a dos metros de mí. La seguí con parsimonia. Ja, ja, ja, ¿qué diantres me importaba no saber disparar un arma de fuego? ¿Qué me importaba que aquellos rufianes se rieran? Porque de todos aquellos pelagatos y analfabetos, de todos los patanes sonrientes que se paseaban por Main Street, ¿quién era capaz de escandir un cuento como «Las colinas de antaño»? ¡Ninguno, ni uno solo! ¿Me despreciaban? Pues que les dieran por el culo.

El coche estaba estacionado delante de una casa de comidas. Llegué a él cuando Camila ya había puesto en marcha el motor. Subí, pero no esperó a que me sentara. Con una sonrisa de desprecio bailoteándole todavía en los labios, me dirigió una mirada rápida y quitó el pie del embrague. Salí despedido hacia atrás, contra el asiento, y a continuación contra el parabrisas. Estábamos empotrados entre dos vehículos. Chocamos contra uno, luego contra el otro: fue su forma de decirme que había hecho el idiota. Cuando por

fin abandonamos el bordillo de la acera y nos lanzamos por la calzada a toda velocidad, me acomodé en el asiento con un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios —dije.

—¡Cierra el pico! —dijo.

—Oye —dije—, si te lo vas a tomar así, ¿por qué no dejas que me baje? Puedo ir andando.

Nada más oír aquello pisó el acelerador. Recorrimos las calles del centro a la velocidad del rayo. Me sujeté con ambas manos y me pasó por la cabeza la idea de saltar en marcha. Por fin llegamos a una zona donde había poco tráfico. Estábamos a tres kilómetros de Bunker Hill, en el sector oriental de la urbe, en un barrio lleno de fábricas y destilerías. Aminoró la velocidad y acercó el coche a la acera. Nos encontrábamos junto a una valla negra de poca altura. Al otro lado se alzaba una red de cañerías de acero.

—¿Por qué aquí? —dije.

—Querías andar —dijo—. Baja y camina.

—Me gustaría seguir paseando en el coche.

—Baja —dijo—. Te lo digo en serio. ¡Hasta un ciego dispararía mejor que tú! ¡Vamos, fuera!

Busqué el tabaco, le ofrecí un cigarrillo.

—Podríamos discutirlo —dije.

Me tiró el paquete de tabaco de un golpe, los cigarrillos se diseminaron en el suelo del vehículo y Camila me miró con expresión desafiante.

—Me das asco —dijo—. ¡Dios mío, cuánto asco me das!

Mientras recogía los cigarrillos, la noche y el vacío barrio fabril se echaron a temblar al oír las perrerías que me espetaba Camila. Comprendí lo que pasaba. No despreciaba a Arturo Bandini, en absoluto. Lo que no soportaba era que yo no encajase en las ideas preconcebidas que ella tenía en la cabeza. Quería amarme, pero no sabía hacerlo. Quería que yo fuese como Sammy: tranquilo, taciturno, duro y distante, buen tirador con el fusil, un buen camarero que la aceptaba como se acepta a una camarera y nada más. Bajé del coche sonriendo porque sabía que la sonrisa la ofendería.

—Buenas noches —dije—. Hace una noche espléndida. No me importa caminar.

—Espero que no llegues muy lejos —replicó—. Espero que por la mañana te encuentren muerto en cualquier callejón.

—Se hará lo que se pueda —dije.

Nada más arrancar oí que se le escapaba un sollozo, un grito de dolor. Una cosa estaba clara: Arturo Bandini no estaba hecho para Camila López.

Días afortunados, días fructíferos, páginas y más páginas; días favorables, algo que contar, la historia de Vera Rivken, los folios se amontonaban y me sentía contento. Días maravillosos, no debía ni un día de pensión, tenía cincuenta dólares en la cartera y nada que hacer ni de día ni de noche, salvo escribir y pensar en escribir; ah, días dulcísimos en que lo veía crecer, en que sufría por él, por el libro, por cada palabra que ponía en el libro, por un libro tal vez interesante, tal vez eterno, pero mío al fin y al cabo, mío, del indómito Arturo Bandini, metido ya hasta las cejas en su primera novela.

Hasta que de pronto llega un día, una noche, y pienso qué hago ahora, fresca el alma de tanto baño de palabras, los pies apoyados con firmeza en la tierra, y me digo ¿qué harán los demás, los restantes habitantes del planeta? Voy a dar una vuelta, a ver si la veo, a Camila López.

Dicho y hecho. Como en los viejos tiempos, intercambio continuo de miradas. Pero había cambiado, estaba más delgada, no tenía buen aspecto y en la boca, en ambas comisuras, le había salido una erupción. Sonrisas de cortesía. Le di una propina y me dio las gracias. Eché unas monedas en la gramola automática y puse sus canciones favoritas. Ya no bailoteaba mientras trabajaba ni me miraba ya con la frecuencia que solía. Puede que fuera por Sammy: puede que lo echara de menos.

Le pregunté:

—¿Qué tal está?

—Bien —dijo con un encogimiento de hombros—, creo.

—¿Es que no le ves?

—Sí, claro.

—No tienes buen aspecto.

—Me encuentro bien.

Me levanté.

—Tengo que irme. Sólo he entrado para ver qué tal te iban las cosas.

—Eres muy amable. Muchas gracias.

—De nada. ¿Por qué no vienes a hacerme una visita?

Sonrió.

—Quizás, una noche de éstas.

Al final acudiste, mi querida Camila. Arrojaste unas piedrecillas a la ventana, te cogí de la mano para que entraras en la habitación, noté que el aliento te olía a whisky, y me sentí confuso al ver que, un tanto borracha, te sentabas ante la máquina de escribir y que jugueteabas con las teclas mientras se te escapaba una risa floja. Te volviste entonces para mirarme; te vi la cara con nitidez bajo la lámpara, el labio inferior hinchado, la moradura que te enmarcaba el ojo izquierdo.

—¿Quién te ha pegado? —dije.

—Ha sido un accidente de tráfico —respondiste.

—¿Conducía Sammy el otro coche? —dije.

Y te echaste a llorar, borracha y acongojada. Te acaricié entonces sin que el deseo fuera motivo de preocupación. Me eché a tu lado en la cama, te estreché entre mis brazos y te oí decir que Sammy te despreciaba, que habías ido al desierto al salir del trabajo y que te había golpeado dos veces por despertarle a las tres de la madrugada.

—Pero ¿por qué fuiste a verle? —dije.

—Porque estoy enamorada de él.

Sacaste del bolso un frasco de licor y nos lo bebimos; primero bebiste tú, luego yo. Cuando la botella quedó vacía, bajé al drugstore y compré otra, una botella de las grandes. Toda la noche nos la pasamos llorando y bebiendo, y pude decirte borracho las cosas que me bullían en el corazón, palabras impresionantes, símiles ingeniosos, porque llorabas por otro tipo y no oías nada de lo que te decía, pero yo me oía a mí mismo, y Arturo Bandini estuvo genial aquella noche, porque hablaba con su amor de verdad, que no eras tú, ni Vera Rivken tampoco, sino sólo su amor de verdad. El caso, Camila, es que aquella noche dije cosas impresionantes. Arrodillado junto a ti en la cama, te cogí la mano y te dije:

—¡Oh, Camila! ¡Oh, joven derrotada! ¡Abre tus largos dedos para que yo recupere mi alma exhausta! Bésame con tu boca porque ansío el pan de los cerros mexicanos. Aspira la fragancia de las ciudades malditas con nariz ardiente y déjame morir aquí, con la mano en el delicado perfil de tu cuello blanco que rivaliza en palidez con las playas remotas del meridián. Contempla la nostalgia de estos ojos intranquilos y nutre con ella a las golondrinas solitarias que sobrevuelan en otoño los trigales porque te amo, Camila, Camila, nombre sagrado como el de la valiente princesa que murió sonriendo por un amor que no volvió nunca.

Estaba borracho aquella noche, Camila, borracho de whisky de setenta y ocho centavos, mientras que tú estabas borracha de whisky y pesar. Recuerdo

que al apagar la luz, desnudo, sin nada encima salvo un zapato que no me pude desatar, te estreché entre mis brazos y me dormí, apaciguado por tus sollozos y sin embargo confuso cuando las lágrimas calientes que te manaban de los ojos gotearon hasta mis labios, probé su cualidad salina y pensé en Sammy y en su manuscrito nauseabundo. ¡Que te pegara un sujeto así! ¡Qué canalla! Hasta su ortografía era un desastre.

Cuando despertamos era ya de día, los dos teníamos ganas de vomitar, tu labio hinchado estaba más grotesco que nunca y tu ojo a la funerala se había vuelto de color verde. Te levantaste, anduviste tambaleándote hasta la jofaina y te lavaste la cara. Oí tu gemido. Te vi vestirme. Me besaste en la frente para despedirte y eso también me dio ganas de vomitar. Saliste a continuación por la ventana, te oí subir por la colina, oí el murmullo de la hierba y el crujido de las ramitas que se rompían bajo tus pies inseguros.

Me esfuerzo por recordar los acontecimientos en orden cronológico. Invierno, primavera u otoño, todos los días eran iguales. Menos mal que había noche, suerte que la oscuridad se nos echaba encima, si no, no hubiéramos sabido que terminaba un día y otro comenzaba. Ya había escrito 240 páginas y el final despuntaba en el horizonte. Lo que me faltaba era como navegar en aguas tranquilas. Después, a enviárselo a Hackmuth, tachín tachán... y comenzaría el sufrimiento.

Fue más o menos por entonces cuando Camila y yo fuimos a Terminal Island. Era una isla de fabricación humana, una larga lengua de tierra que apuntaba hacia Santa Catalina. Tierra y fábricas de conservas, olor a pescado, casas marrones llenas de niños japoneses, tramos de arena blanca surcados por anchurosas cintas de asfalto negro, niños japoneses que jugaban al rugby en las calles. Camila estaba irritable, había bebido demasiado y sus ojos tenían la fijeza gallinácea de las ancianas. Estacionamos el coche en la calle ancha y recorrimos los cien metros que nos separaban de la playa. Había rocas al borde del agua, pedruscos irregulares llenos de cangrejos. Los cangrejos lo estaban pasando muy mal porque las gaviotas iban tras ellos y las gaviotas gritaban, se arañaban, se peleaban entre sí. Nos sentamos en la arena y las contemplamos y Camila dijo que las gaviotas eran hermosas.

—Las detesto —dije.

—A ti no te gusta nada —dijo.

—Míralas —dije—. ¿Por qué se meten con los pobres cangrejos? No hacen daño a nadie. ¿Por qué coño les atacan entonces de un modo tan cruel?

—Cangrejos —dijo—. Puaf.

—Me repugnan las gaviotas —dije—. Se lo comen todo, cuanto más podrido mejor.

—Por el amor de Dios, cállate de una vez, para variar. Siempre lo estropeas todo. ¿Qué me importa a mí lo que coman?

Los japonesitos de la calle estaban jugando un partido de rugby. Ninguno tenía más de doce años. Había uno que pasaba el balón estupendamente. Me volví de espaldas al mar y me puse a ver el partido. El de los buenos pases acababa de lanzar la pelota a los brazos de un compañero de equipo. Se me despertó el interés y me incorporé.

—Contempla el mar —dijo Camila—. Las cosas hermosas tienen que suscitarte admiración, ¿no, escritor?

—Sí, el chaval hace unos pases muy hermosos —dije.

La hinchazón le había desaparecido de los labios, pero aún tenía el ojo verdoso.

—Antes venía mucho por aquí —dijo—. Casi todas las noches.

—Con el otro escritor —dije—. Un escritor realmente grande, Sammy el genio.

—Le gustaba este sitio.

—Un escritor por todo lo alto, sí señor. La historia que te escribió en el ojo izquierdo es una obra maestra.

—Pero no habla por los codos como tú. Por lo menos sabe cuándo callarse.

—El muy cretino.

Se gestaba una bronca. Decidí evitarla. Me puse en pie y me acerqué a los chicos que jugaban en la calzada. Camila me preguntó adónde iba.

—Voy a jugar yo también —dije. Se sintió ofendida.

—¿Con ellos? —dijo—. ¿Con los nipones?

Eché a andar por la arena.

—¡Acuérdate de lo que pasó aquella noche! —dijo.

Me volví.

—¿Qué dices?

—¿Recuerdas cómo volviste a casa?

—Me sentó bien —dije—. Los autobuses son más seguros.

Los chicos no me dejaron jugar porque no faltaba ningún jugador en ninguno de los dos equipos, pero me dejaron hacer de árbitro durante un rato. El equipo del que hacía buenos pases se adelantó tanto en el marcador que hubo que hacer cambios y jugué en el equipo rival. Todos los de mi equipo

querían ser delanteros y se organizó un gran alboroto. A mí me pusieron de mediocampista, lo que me sentó muy mal porque no había forma de que me pasaran el balón. El capitán del equipo me preguntó por último si sabía hacer pases y me dejó jugar en la delantera. Yo remataba los pases. El juego se puso divertido después de aquel cambio. Camila se marchó casi al instante. Jugamos hasta que fue de noche y perdimos, aunque por muy poco. Volví a Los Ángeles en autobús.

Era inútil tomar la resolución de no verla otra vez. Todos los días eran iguales para mí. Fue una noche dos días después de que me dejara plantado en Terminal Island. Yo había estado en el cine. Era medianoche pasada cuando bajé las caducas escaleras que conducían a mi cuarto. La puerta estaba cerrada por dentro. Al girar el pomo oí su voz.

—Un minuto, Arturo. Soy yo.

Fue un minuto muy largo, cinco veces más largo que los minutos normales. La oí corretear por la habitación. Oí cerrar de golpe la puerta del ropero, oí abrir la ventana. Trasteé con el tirador de la puerta. Abrió por último y la vi ante mí, sin respiración, con el pecho agitado. Sus ojos eran bolas de fuego negro, tenía las mejillas rojas y parecía animada por una alegría profunda. Me entró un poco de miedo al ver aquel cambio, la velocidad del parpadeo, la sonrisa rápida y húmeda, los dientes al desnudo y recubiertos de una pátina de saliva burbujeante.

—Pero ¿qué pasa? —dije.

Me rodeó con los brazos. Me besó con una pasión que yo sabía que era fingida. Me estaba impidiendo la entrada con aquel brote de deseo. Y, dado que no dejaba de cortarme el paso, algo me ocultaba. Miré por encima de su hombro. Vi la cama y advertí en la almohada la huella de una cabeza. La chaqueta de la muchacha estaba sobre la silla y en la cómoda había un despliegue de peines y pasadores del pelo. Todo normal. Todo parecía en su sitio salvo los dos felpudos rojos que había junto a la cama. Los habían movido, estaba más claro que el agua, porque me gustaba que estuvieran siempre en su sitio, donde los pies los encontrasen al levantarme por la mañana.

Me deshice de su abrazo y miré hacia el ropero. Camila se puso a jadear de súbito y retrocedió hacia la puerta del ropero, se pegó a ella y abrió los brazos para defenderla.

—No lo abras, Arturo —me rogó—. ¡Por favor!

—Pero ¿qué coño pasa aquí? —dije.

Se estremeció. Se humedeció los labios, tragó saliva, los ojos se le llenaron de lágrimas y sonrió y lloró a la vez.

—Te lo explicaré en otro momento —dijo—. Pero, por favor, no lo abras ahora, Arturo. No lo hagas, por favor, no lo hagas.

—¿Quién está ahí?

—Nadie —dijo casi a voz en cuello—. Nadie en absoluto. No se trata de eso, Arturo. No hay nadie dentro. Pero, por favor, por favor, no abras ahora. ¡Por favor!

Se me acercó, al acecho casi, con los brazos abiertos para darme un abrazo que no obstante era una forma de impedir que arremetiese contra la puerta del ropero. Abrió los labios, me besó con deseo extraño, con frialdad apasionada, con indiferencia voluptuosa. No me gustó. Una parte suya delataba a la otra, pero yo no sabía de qué se trataba. Me senté en el lecho y la vi situarse entre la puerta de las narices y yo. Al mismo tiempo se esforzaba con denuedo por ocultar una alegría cínica. Se comportaba como esas personas que se ven obligadas a ocultar su embriaguez, pero la alegría estaba allí y era imposible ocultarla.

—Estás borracha, Camila. No deberías beber tanto.

La celeridad con que admitió que, en efecto, estaba borracha, me hizo sospechar en el acto. Porque no hacía más que mover la cabeza igual que una niña malcriada, con sumisión coqueta y sonriente, con los labios fruncidos, cuando lo cierto era que no estaba borracha de whisky, de ninguna bebida alcohólica, porque tenía el aliento demasiado dulzón. Hice que se sentara en la cama, junto a mí. Los ojos le echaban chispas de alborozo, fogonazos de éxtasis, y me buscó el cuello con la languidez apasionada de los brazos y los dedos. Se puso a canturrear con la boca pegada a mi pelo.

—Ojalá fueras él —murmuró. De pronto lanzó un grito, un alarido penetrante que arañó las paredes de la habitación—. ¡Por qué no eres él! Dios mío, Dios mío, ¿por qué no lo eres? —Comenzó a golpearme con los puños, a darme en la cabeza con ambas manos, a arañarme y a gritar en un estallido de rabia contra la suerte fatal que no hacía que yo fuera Sammy. La sujeté por las muñecas, le grité que se tranquilizara. Le inmovilicé los brazos y pegué la mano a su boca aullante. Me miró con ojos hinchados y saltones mientras forcejeaba para recuperar el aliento.

—No te soltaré hasta que me prometas que te estarás callada —le dije. Asintió con la cabeza y la solté. Me acerqué a la puerta por si oía pasos en el exterior. Camila se tendió en la cama boca abajo y siguió llorando. Me

acerqué de puntillas a la puerta del ropero. Sin duda fue el instinto lo que la alertó. Se volvió con la cara arrasada de lágrimas y los ojos semejantes a uvas aplastadas.

—Si abres esa puerta gritaré —dijo—. Gritaré hasta que me oigan.

Yo no quería llegar a tal extremo. Me encogí de hombros. Volvió a ponerse boca abajo y siguió llorando. No tardaría en dejar de hacerlo; le diría entonces que se fuera. Pero las cosas sucedieron de otro modo. Pasó media hora y seguía llorando. Me incliné sobre ella y le acaricié el pelo.

—Camila, ¿qué quieres?

—A él —dijo sollozando—. Quiero verle.

—¿Esta noche? —dije—. Señor, pero si está a doscientos cincuenta kilómetros.

Por ella, como si hubiera estado a doscientos cincuenta mil kilómetros, a un millón de kilómetros; lo que quería era verle aquella misma noche. Le dije que bueno; que era asunto suyo; que tenía coche y que bastaría con pasarse cinco horas al volante.

—Quiero que me acompañes —dijo entre sollozos—. No le caigo bien. Tú, en cambio, sí le caes bien.

—Ni lo pienses —dije—. Yo me voy a dormir.

Me lo suplicó. Se puso de rodillas ante mí, se abrazó a mis piernas y alzó los ojos para mirarme. Le quería mucho, un gran escritor como yo comprendía sin duda lo que era amar de aquella manera, y sin duda sabía también por qué no podía ir ella sola. En ese momento se tocó el ojo lastimado. Sammy no la despediría con cajas destempladas si me presentaba con ella. Antes bien, le agradecería que me hubiera llevado, y podríamos hablar Sammy y yo, porque era mucho lo que yo podía enseñarle sobre literatura, y nos lo agradecería muchísimo, a mí y a ella. Yo la contemplaba con los dientes apretados y trataba de resistirme a sus argumentaciones; pero al planteármelo de aquel modo no tuve más remedio que ceder y cuando le dije que consentía, me eché a llorar con ella. La ayudé a ponerse en pie, le enjuagué los ojos, le aparté el pelo de la cara y me encargué de que estuviera presentable. Subimos las escaleras de puntillas, accedimos al vestíbulo, salimos a la calle y llegamos a donde tenía aparcado el coche.

Fuimos en dirección sur, un tanto hacia el este, turnándonos al volante. El amanecer nos sorprendió en un terreno desolado y gris, poblado por cactus, yucas y artemisas, un desierto donde la arena escaseaba y cuya dilatada superficie aparecía moteada de cerros y rocas desprendidas. Abandonamos la autopista y tomamos un camino de carros lleno de pedruscos y que al parecer

se utilizaba de uvas a peras. El camino subía y bajaba al ritmo de los cerros amorfos. Ya era de día cuando llegamos a una zona de desfiladeros y cárcavas en pendiente, a treinta kilómetros en el interior del desierto de Mojave. Allí era donde vivía Sammy, a nuestros pies, y Camila me señaló una casucha baja de adobes, situada entre tres colinas agrestes. Se encontraba en el límite mismo en que comenzaba la llanura arenosa. La llanura se extendía por el este hacia el infinito.

Los dos estábamos hechos cisco, muertos de cansancio por culpa del traqueteo del Ford. Hacía mucho frío a aquella hora. Tuvimos que detenernos a doscientos metros de la casa y seguir andando por un sendero empedrado que moría en la puerta. Yo iba delante. Me detuve ante la puerta. Dentro se oía roncar a un hombre. Camila se detuvo a cierta distancia, con los brazos cruzados para protegerse del frío cortante. Llamé y me respondió un gruñido. Volví a llamar y entonces oí la voz de Sammy.

—Como seas tú, mexicana asquerosa, te voy a arrancar la dentadura a patadas.

Abrió la puerta y vi un rostro prisionero de las garras tenaces del sueño, los ojos grises y aturcidos, el pelo desordenado sobre la frente.

—Qué hay, Sammy.

—Vaya —dijo—. Creí que era ella.

—Está aquí —dije.

—Pues dile que se vaya a la mierda. No la quiero por aquí.

Camila se había apartado hasta pegarse a la pared de la casucha, la miré y vi que sonreía de modo forzado para vencer la turbación. Los tres teníamos mucho frío, nuestros dientes nos castañeteaban. Sammy abrió la puerta del todo y exhortó.

—Pasa tú —dijo—. Pero ella no.

Entré. El interior estaba oscuro como boca de lobo y olía a calzoncillos sucios y sopor de enfermo. Por un resquicio de la ventana tapada con un trozo de arpillera se colaba un débil rayo de luz. Sammy echó el cerrojo antes de que pudiera impedirlo.

Llevaba calzoncillos largos y camiseta de manga larga. El suelo era de tierra, seco, arenoso y frío. Quitó la arpillera de la ventana y entró a raudales la luz matutina. De la boca nos salían nubes de vaho que se desvanecían en el aire frío.

—Déjala entrar, Sammy —dije—. Qué carajo.

—No quiero que entre esa puta —dijo.

Llevaba calzoncillos largos y camiseta de manga larga, con las coderas y las rodilleras negras de tierra. Era un sujeto alto, macilento, un cadáver andante y bronceado casi hasta la negrura. Se acercó a una estufa de carbón y se puso a encender el fuego. La voz le cambió, se le suavizó cuando volvió a tomar la palabra.

—La semana pasada escribí otro cuento —dijo—. Creo que esta vez me ha salido algo interesante. Me gustaría que le echaras un vistazo.

—Claro que sí —dije—. Pero, joder, Sammy. Ella es amiga mía.

—Bah —dijo—. No es buena persona. Está como un cencerro. Sólo sabe crear problemas.

—Es igual, déjala que entre. Hace frío fuera.

Abrió la puerta y sacó la cabeza al exterior.

—¡Eh, tú!

Oí sollozar a la muchacha, oí que se esforzaba por calmarse.

—Sí, Sammy.

—No te quedes ahí como una imbécil —dijo—. ¿Vas a entrar o no?

Entró como una gacela asustada cuando Sammy volvió junto a la estufa.

—Creí que te había dicho que no quería verte por aquí nunca más —dijo.

—He venido para traértelo —dijo Camila—. A Arturo. Quería hablar contigo de literatura. ¿Verdad, Arturo?

—Exacto.

Camila ahora me parecía extraña. Era como si toda su belicosidad y gracia se le hubieran ido como sangre de las venas. Estaba como ausente, como una criatura sin espíritu ni voluntad, los omóplatos vencidos, la cabeza gacha como si le resultara demasiado pesada para el cuello.

—Oye —le dijo Sammy—. Trae un poco de leña, anda.

—Yo iré —dije.

—Que vaya ella —dijo Sammy—. Sabe dónde está.

La vi salir por la puerta. Volvió al cabo de un rato con los brazos cargados. Dejó caer la leña en una caja que había junto a la estufa y la fue echando al fuego, pedazo a pedazo, sin decir palabra. Sammy se sentó en una caja al otro lado de la habitación para ponerse los calcetines. Hablaba sin parar de los cuentos que escribía, parecía una máquina de vomitar palabras. Camila permanecía cabizbaja junto a la estufa.

—Tú —dijo Sammy—, prepara café.

Hizo lo que se le había ordenado y nos sirvió el café en sendas tazas metálicas. Sammy, despejado ya todo rastro de sueño, estaba lleno de entusiasmo y curiosidad. Nos sentamos alrededor del fuego, me sentía

cansado y con sueño, y el calor de la estufa jugueteaba con mis párpados. Camila se había puesto a hacer cosas, a nuestras espaldas y alrededor de nosotros. Barrió la casa, hizo la cama, lavó los platos, colgó la ropa desperdigada y se mantuvo en actividad incesante. Por lo que tocaba a Sammy, cuanto más hablaba, más cordial e íntimo se volvía. Le interesaba más el aspecto financiero que la literatura en sí. Cuánto pagaba tal revista, cuánto pagaba tal otra, y estaba convencido de que los cuentos se publicaban sólo por amiguismo. Para que se aceptase un cuento, en la redacción de la revista tenía que trabajar un primo, un hermano o alguien por el estilo. Convencerle de lo contrario era inútil, y no lo intenté siquiera, porque sabía que necesitaba argumentos de aquella clase, habida cuenta de su incapacidad crónica para escribir bien.

Camila nos preparó el desayuno, que tomamos con el plato en las rodillas. Consistió en maíz salteado, tocino y huevos. Sammy comió con la energía típica de los enfermos. Acabado el desayuno, Camila recogió los platos metálicos y los lavó. Acto seguido, se hizo su propio desayuno, se sentó en un rincón apartado y se mantuvo en un silencio roto solamente por el tintineo del tenedor al rozar el plato de aluminio. Sammy habló sin parar durante toda aquella mañana sin fin. En realidad no necesitaba consejos literarios. Por entre la niebla de la modorra le oí hablar vagamente acerca de cómo se debía y no se debía escribir. Yo estaba muy cansado. Le pedí que me excusara. Me condujo al exterior, hasta un emparrado de hojas de palmera. El sol estaba alto y hacía ya un poco de calor. Me eché en la hamaca y me quedé dormido, y lo último que recuerdo es que vi a Camila inclinada sobre una tina llena de agua negra en que flotaban monos y calzoncillos.

Me despertó seis horas después para decirme que ya eran las dos y que teníamos que volver. Tenía que entrar a trabajar a las siete en el Columbia Buffet. Le pregunté si había dormido. Negó con la cabeza. Su rostro era un manuscrito de infelicidad y agotamiento. Bajé de la hamaca y me estiré para aspirar el aire tórrido del desierto. Tenía la ropa húmeda de sudor, pero me sentía descansado y nuevo.

—¿Dónde está el genio? —pregunté.

Señaló la casucha con la cabeza. Me dirigí a la puerta y tuve que agacharme bajo una gruesa cuerda de tender, repleta de prendas secas y limpias.

—¿Has lavado todo esto? —le pregunté.

—Por entretenerme —dijo sonriendo.

De la casucha brotaban ronquidos ruidosos. Eché un vistazo al interior. Sammy yacía en el camastro, medio desnudo, con la boca muy abierta y los brazos y piernas estirados. Me alejé de puntillas.

—Nuestra oportunidad —dije—. Vámonos.

Camila entró en la casucha y se acercó a Sammy en silencio. Desde la puerta la vi inclinarse sobre él, observarle la cara y el cuerpo. Se agachó hasta pegar casi el rostro al de Sammy, como si le fuera a dar un beso. En aquel punto despertó el dormido y se encontraron las miradas de ambos.

—Largo de aquí —dijo Sammy.

Camila se dio la vuelta y salió de la casa. Empezamos el regreso a Los Ángeles en silencio absoluto. Ni siquiera cuando me dejó en la pensión Alta Loma, ni siquiera entonces hablamos, aunque ella me dio las gracias con una sonrisa y yo le manifesté mi simpatía con otra, y se alejó. Había oscurecido ya, hacia occidente titilaban los últimos rescoldos rosáceos del crepúsculo. Bajé a mi cuarto, bostecé y me tendí en la cama. De pronto me acordé del ropero. Me levanté y abrí la puerta. Todo parecía en su sitio, los trajes colgaban de las respectivas perchas, las maletas seguían en el estante de arriba. Como no había luz en el ropero, encendí una cerilla y observé el suelo. En un rincón había una cerilla quemada y unos cuantos granos de color pardo, semejantes a granos de café que se hubieran molido de manera superficial. Cogí uno con el dedo y lo probé con la punta de la lengua. Me di cuenta de lo que era: marihuana. Estaba seguro porque Benny Cohen me la había enseñado una vez para prevenirme en contra. O sea que por aquello estaba Camila en mi habitación. Para fumar marihuana había que estar en un recinto herméticamente cerrado. De ahí que se hubieran movido los felpudos: Camila los había utilizado para tapar el resquicio inferior de la puerta.

La chica era drogadicta. Olfusqué el aire del ropero, pegué la nariz a las prendas colgadas. Oía a espigas quemadas. Camila la drogadicta.

No era asunto mío, pero se trataba de Camila; me había engañado, se había burlado de mí y amaba a otro, pero era hermosísima y me hacía mucha falta, así que decidí que fuera asunto mío. A las once de aquella misma noche me puse a esperarla en su automóvil.

—De modo que te drogas —dije.

—De vez en cuando —dijo—. Cuando estoy agotada.

—Déjalo —dije.

—No estoy enganchada —dijo.

—Es igual, déjalo.

Se encogió de hombros.

—No me hace ningún daño.

—Prométeme que lo dejarás.

Se puso la mano en el pecho.

—Lo prometo y que me muera si no lo cumplo. —Pero se estaba dirigiendo a Arturo, no a Sammy. Yo sabía que no cumpliría la promesa. Puso en marcha el coche y fuimos por Broadway hasta Eighth Street y luego hacia el sur, hacia Central Avenue.

—¿Adónde vamos? —dije.

—Ya lo verás.

Accedimos al cinturón negro de Los Ángeles, Central Avenue, clubs nocturnos, casas de vecinos vacías, establecimientos cerrados por quiebra, la arteria de la desesperación y la pobreza para los negros, de la ostentación y el oropel para los blancos. Nos detuvimos bajo la marquesina de un antro nocturno llamado Club Cuba. Camila conocía al portero, un gigante de uniforme azul con los botones dorados.

—Hierba —dijo la joven. El gigante sonrió, hizo una seña a otro para que ocupara su puesto y se encaramó en el estribo. Me dio la sensación de que era un trámite rutinario, de que ya se había hecho otras veces.

Doblamos la esquina, recorrimos otras dos calles y accedimos a un callejón. Giramos por éste, Camila apagó los faros y se puso a escrutar las tinieblas con atención. Llegamos a una especie de portillo y Camila apagó el motor. El negro gigantesco bajó del estribo, empuñó una linterna y nos hizo señas para que le siguiéramos.

—¿Se me permite preguntar de qué cojones va todo esto? —dije.

Cruzamos una puerta. El negro iba delante. Cogió la mano de Camila y ésta me cogió la mía. Recorrimos un pasillo largo. El suelo era de madera y carecía de alfombra. A lo lejos, como pájaros asustados, el eco de nuestros pasos murmuraba en los pisos superiores. Ascendimos tres tramos de escalones y nos adentramos en otro pasillo largo. Había una puerta al final. El negro la abrió. El interior estaba sumido totalmente en tinieblas. Entramos. La habitación estaba llena de un humo que no se veía, pero que escocía como el colirio. El humo me irritó la garganta, me obturó las narices. Me puse a tragar aire a bocanadas. El negro encendió entonces la linterna.

El rayo de luz barrió la habitación, la pequeña habitación. Había cuerpos humanos por todas partes, cuerpos negros, de hombres y mujeres, una veintena tal vez, echados en el suelo y en una cama que constaba sólo de somier y colchón. Alcanzaba a verles los ojos, grisáceos y dilatados y semejantes a las ostras cuando les daba la luz, y poco a poco me fui

acostumbrando al humo picante, y vi puntitos rojos por doquier, porque todos estaban fumando marihuana, en silencio, en la oscuridad, y el olor picante me irritaba los pulmones. El negro gigantesco despejó la cama de ocupantes, los echó al suelo como si fuesen costales de trigo y a la luz de la linterna le vi sacar un objeto de un agujero del colchón. Era una lata de tabaco Prince Albert. Abrió la puerta y le seguimos escaleras abajo y hasta el coche, tras cruzar la misma zona oscura de antes. El negro entregó la lata a Camila y ésta le dio dos dólares. Lo llevamos de vuelta donde trabajaba de portero y nosotros seguimos por Central Avenue, hacia el centro de la ciudad.

Yo no podía articular palabra. Fuimos a su casa, en Temple Street. El edificio era de madera, estaba medio podrido, se moría por ver un rayo de sol y revolvía las tripas. En uno de aquellos pisos vivía Camila. Vi una cama empotrada, una radio y muebles llenos de polvo y con la tapicería rota. La alfombra estaba cubierta de polvo y migas de pan, y en un rincón, despatarrada como una persona desnuda, había una revista de cine. Por todas partes había muñequitas de plástico, recuerdos de noches escandalosas en hoteles de playa. En el rincón había una bicicleta cuyos neumáticos deshinchados daban testimonio de su prolongado desuso. En otro rincón había una caña de pescar con el sedal y los anzuelos enredados y una escopeta llena de polvo. Debajo del sofá había un bate de béisbol y una Biblia empotrada entre los cojines del sillón despanzurrado. La cama estaba preparada, pero las sábanas no estaban precisamente limpias. En una pared había una reproducción de *El joven azul* y en otra un cartel con un guerrero indio saludando al cielo.

Entré en la cocina, olí la porquería acumulada en el fregadero, vi las sartenes recubiertas de pringue en el fogón. Abrí el frigorífico y vi que no contenía más que una lata de leche condensada y un paquete de mantequilla. La puerta del congelador no cerraba bien, pero aquella era al parecer su condición natural. Eché un vistazo al ropero que había tras la cama empotrada y vi montones de ropa, montones de perchas, pero la ropa estaba en el suelo, salvo un sombrero de paja colgado, ridículo de tan solitario.

¡De modo que era allí donde vivía! Olí el lugar, lo toqué con las manos, lo recorrí con los pies. Era como me lo había imaginado. Era su casa. La habría reconocido con los ojos vendados porque estaba impregnada del olor de la joven, cuya existencia febril y sin rumbo la elevaba a la categoría de parte de un plan sin futuro. Un piso de Temple Street, una casa de Los Ángeles. Camila pertenecía a las colinas onduladas, a los desiertos anchurosos, a los montes elevados, habría destrozado cualquier piso, habría llevado la

destrucción y la ruina a cualquier celda carcelaria del talante de aquélla. Así era, en mi imaginación por lo menos, siempre dentro del concepto que yo tenía de ella. Y aquélla era su casa, su destrucción, su fantasía desarticulada.

Se quitó la chaqueta y se dejó caer en el sofá. Vi que contemplaba la alfombra horripilante con apatía. Sentado a mi vez en el sillón despanzurrado, encendí un cigarrillo y recorrí con la mirada el perfil curvilíneo de su espalda y sus caderas. El pasillo oscuro de aquella pensión de Central Avenue, el negro siniestro, el cuarto sombrío de los drogadictos y ahora la chica que amaba a un hombre que la despreciaba. Todo era harina del mismo costal, perverso, fascinante a causa de su fealdad misma. A medianoche en Temple Street, con una lata de marihuana entre ella y yo. Camila seguía echada, con los largos dedos colgando hacia la alfombra, a la espera, apática, cansada.

—¿La has probado alguna vez? —me preguntó.

—¿Yo? Ni hablar.

—Por una vez no te hará daño.

—¿A mí? Ni hablar.

Se incorporó, rebuscó la lata de la marihuana en el bolso. Sacó un librito de papel de fumar. Cogió uno, lo enrolló, humedeció la goma, comprimió los extremos y me lo pasó. Lo cogí y le dije pese a todo:

—Ni hablar. Yo no.

Lió uno para sí. Se puso en pie entonces, cerró las ventanas y las aseguró con la falleba. Cogió una manta de la cama y la pegó al resquicio inferior de la puerta. Miró a su alrededor con atención escrupulosa. Posó los ojos en mí. Me sonrió.

—Cada cual reacciona a su manera —dijo—. A lo mejor te sientes triste y lloras.

—Yo no.

Encendió el suyo y me alargó la cerilla para encender el mío.

—No debería hacerlo —dije.

—Aspira —dijo—. Retén el humo un rato. Hasta que no puedas más. Entonces lo expulsas.

—No me gusta esto —dije.

Aspiré el humo. Lo retuve un rato, hasta que no pude más. Entonces lo expulsé. Camila se retrepó en el sofá e hizo lo mismo.

—A veces hay que fumarse dos —dijo.

—A mí no me hará ningún efecto —dije.

Los fumamos hasta que la colilla nos quemó las uñas. Lié otros dos. A mitad del segundo comenzó a surtir efecto, impresión de estar flotando, de

estar despegándome de la tierra, júbilo triunfal de estar suspendido en el espacio, sensación impresionante de poder. Me eché a reír y volví a inhalar el humo. Camila seguía echada, la languidez fría de la noche en sus facciones, la pasión cínica. Pero yo no estaba ya en aquella habitación, estaba fuera de los confines de mi carne, flotaba en una tierra de lunas resplandecientes y estrellas parpadeantes. Me sentía invencible. Yo no era yo, jamás había sido aquel individuo de macabra felicidad y extraño valor. Una bombilla en la mesa que había junto a mí, la cogí, la miré, la dejé caer al suelo. Se hizo añicos. Me eché a reír. Camila oyó el ruido, vio el destrozo y se echó a reír también.

—¿Qué te hace gracia? —dije.

Volvió a soltar la carcajada. Me puse en pie, fui hasta ella y la cogí en brazos. Éstos poseían una fortaleza soberbia y Camila jadeó al sentir el apretón de su deseo.

La vi ponerse en pie y desnudarse, y de algún lugar de un pasado terrenal me pareció recordar aquella cara suya, aquella sumisión, aquel miedo, y recordé una casucha, y a Sammy que le decía sal y trae un poco de leña. Era como si yo supiera que por fuerza tenía que ocurrir antes o después. Se acurrucó entre mis brazos y me eché a reír al ver que lloraba.

Cuando terminó todo, el delirio de flotar hacia estrellas que reventaban, y la carne volvió a meter la sangre en sus prosaicos conductos, cuando volvió la habitación, la habitación sucia y sórdida, el techo vacío y absurdo, el mundo deshecho y agotado, no notaba más que un sentimiento de culpa que ya conocía, la sensación de haber cometido un delito, de haber infringido la ley, de haber cometido el pecado de la autodestrucción. Camila seguía echada en el sofá y me senté junto a ella. Miré la alfombra. Vi los cristalitos de la bombilla rota. Y cuando me levanté para andar por la habitación, noté el dolor, el grito agudo de la carne de mis pies aplastados por mi propio peso. Era un dolor reparador. Los pies se me quejaron cuando me puse los zapatos, salí del piso y accedí a la turbación deslumbrante de la noche. Hasta mi cuarto había una caminata larga y la recorrí cojeando. Me repetía que nunca más volvería a ver a Camila López.

Pero se sucedieron grandes acontecimientos y yo no tenía a nadie con quien comentarlos. Llegó el día en que terminé la novela sobre Vera Rivken, los días agradables de la corrección, de la limadura de asperezas, Hackmuth, unos cuantos días más y verá algo grandioso. Terminé de corregir la novela, la envié y comenzó la espera, la esperanza. Volví a practicar la oración. Fui a misa y comulgué. Hice una novena. Encendí velas en el altar de la Bienaventurada Virgen María. Recé por que se produjera un milagro.

El milagro se produjo. Ocurrió del siguiente modo: yo estaba junto a la ventana de mi cuarto, observando a una chinche que correteaba por el alféizar. Eran las tres y cuarto de un jueves por la tarde. Oí que llamaban a la puerta. La abrí y allí estaba, el mozo de la estafeta de telégrafos. Firmé a cambio del telegrama, me senté en el lecho y me pregunté si el vino habría acabado por paralizarle el corazón al viejo. El telegrama decía: Aceptado libro envío contrato hoy. Hackmuth. Nada más. Solté el telegrama, que cayó sobre la alfombra revoloteando. Estaba atónito. Me senté en el suelo y me puse a besar el telegrama. Me metí bajo la cama y me quedé allí. Ya no me hacía falta la luz del sol. Ni la tierra, ni el cielo. Allí me quedé, contento, dispuesto a morir. Ya no podía sucederme nada más. Mi vida había concluido.

¿Llegaría el contrato por avión? Pasé los días que siguieron paseando con nerviosismo por la habitación. Leía la prensa. El correo aéreo era poco práctico, demasiado peligroso. Abajo el correo aéreo. Todos los días se estrellaban aviones, cubrían la tierra de restos metálicos y pilotos muertos: era demasiado inseguro, un riesgo temerario, ¿y dónde coño estaba mi contrato? Llamé a correos. ¿En qué condiciones estaba Sierra Nevada para la navegación aérea? En buenas condiciones. ¿Se encontraban en buen estado todos los aviones? En buen estado. ¿No ha habido accidentes ni averías? Entonces, ¿dónde estaba mi contrato? Pasé mucho tiempo ensayando firmas. Resolví hacer uso de mi segundo nombre, del nombre completo, Arturo Dominic Bandini, A. D. Bandini, Arturo D. Bandini, A. Dominic Bandini. El contrato llegó el lunes por la mañana, correo especial. Con él venía adjunto un cheque de quinientos dólares. ¡Dios mío, quinientos dólares! ¡Ya era de la familia Morgan! Me podía jubilar para el resto de mis días.

Guerra en Europa, un discurso de Hitler, jaleo en Polonia, tales eran los temas de actualidad. ¡Paparruchas! ¡Partidarios de la guerra, carcamales que pobláis el vestíbulo de la pensión Alta Loma, he aquí la verdadera noticia, hela aquí: un papelito con las firmas, endosos y refrendos correspondientes, un sencillo papel, mi libro! A la mierda el Hitler ese, esto es más importante que Hitler, se trata de mi libro. No zarandeará el mundo, no matará ni a una mosca, no disparará ningún fusil, pero lo recordaréis hasta el día en que os muráis, estaréis en la cama, a punto de dar el último suspiro y os sonreiréis al recordar el libro. La historia de Vera Rivken, un fragmento de vida.

No les interesaba. Preferían la guerra de Europa, los pasatiempos del periódico, y a Louella Parsons, a los que sufrían, a los pobres. Yo me sentaba en el vestíbulo de la pensión y cabeceaba con melancolía.

Alguien tenía que saberlo y este alguien era Camila. No la había visto desde hacía tres semanas, desde que fumamos marihuana en Temple Street. Pero ya no trabajaba en el bar. Había otra chica en su puesto. Le pregunté por Camila. La otra chica no respondió. El Columbia Buffet me pareció de pronto una tumba. Pregunté al barman gordo. Hacía dos semanas que Camila no aparecía por allí. ¿La habían despedido? No lo sabía. ¿Estaba enferma? No lo sabía. Tampoco él quería hablar.

Me podía permitir el lujo de tomar un taxi. Me podía permitir el lujo de tomar veinte taxis, de utilizarlos día y noche. Llamé a uno y fuimos a Temple Street, a la casa de Camila. Llamé a la puerta y no respondió nadie. Traté con el tirador. Se abrió la puerta, oscuridad dentro, encendí la luz. La vi en la cama empotrada. Su cara era la cara de una rosa marchita, apesada y puesta a secar entre las páginas de un libro, lívida, sin más vida que la que los ojos manifestaban. La habitación hedía. Las persianas estaban echadas y me costó abrir la puerta hasta que di un puntapié a la alfombra pegada al umbral. Jadeó al verme. Estaba contenta de verme.

—Arturo —murmuró—. Oh, Arturo.

No le conté lo del libro ni lo del contrato. ¿A quién le importaban las novelas, otra novela de mierda? La comezón que sentía en los ojos era por ella porque mis ojos recordaban a la joven extravagante y esbelta que correteaba por la playa al claro de luna, a la joven hermosa que bailoteaba con una bandeja en los brazos redondos. Y allí estaba ahora, hecha una ruina, con un cenicero rebosante de colillas parduzcas al lado. Había dejado de luchar. Quería morir. Tales fueron sus palabras.

—No me importa —dijo.

—Tienes que comer algo —dije, porque la cara se le había reducido a un pellejo lívido y tirante pegado a la calavera. Me senté en la cama, le acaricié los dedos, le palpé los huesos y me sorprendió que los tuviera tan menudos, ella, que había sido alta, bien plantada y llena de curvas.

—Tienes hambre —dije. Pero no quería comer—. Come de todos modos.

Salí a comprar algo. Había un colmado en aquella misma calle, a unos metros de la casa. Pedí un surtido completo. Póngame todo lo de allí, y todo lo de allá, póngame esto, póngame lo otro. Leche, pan, zumos envasados, fruta, mantequilla, verduras, carne, patatas. Tuve que hacer tres viajes para trasladarlo todo a casa de Camila. Cuando lo tuve todo amontonado en la cocina, miré las compras y me rasqué la cabeza, mientras me preguntaba qué le daría.

—No quiero nada —dijo.

Leche. Lavé un vaso y lo llené. Se incorporó, tenía el camisón rosa desgarrado a la altura del hombro, y cuando se movió para incorporarse, el descosido se hizo mayor. Se tapó la nariz y se tomó la leche, tres tragos, boqueó y se echó de espaldas, horrorizada, asqueada.

—Zumos de frutas —dije—. Mosto. Es más dulce, sabe mejor.

Abrí una botella, llené un vaso y se lo tendí. Lo apuró de un trago, se echó de espaldas y se puso a jadear. Sacó la cabeza por el borde de la cama y vomitó. Limpié el vómito. Limpié el piso. Lavé los platos, despejé el fregadero. Le lavé la cara. Bajé corriendo, subí a un taxi y recorrí toda la ciudad en busca de un establecimiento donde comprar un camisón nuevo. Compré también caramelos y un montón de revistas ilustradas, *Look*, *Pic*, *See*, *Sic*, *Sac*, *Whack* y toda la pesca, para que se distrajera, para que se calmara.

Cuando volví, la puerta estaba cerrada por dentro. Sabía lo que aquello significaba. La aporreé con los puños, la pateé con los pies. El alboroto se oía en toda la escalera. Se abrieron algunas puertas del mismo rellano, se asomaron algunas cabezas. Una mujer subía por las escaleras envuelta en un albornoz raído. Era la propietaria; podía identificar a una casera al instante. Se quedó al pie de las escaleras, temerosa de acercarse.

—¿Qué quiere usted? —dijo.

—Está cerrado —dije—. Tengo que entrar.

—Deje en paz a esa pobre chica —dijo—. Conozco a los de su clase. O deja en paz a la pobre chica o llamo a la policía.

—Soy amigo suyo —dije.

Del interior de la casa brotó la risa histérica y eufórica de Camila, el alarido vertiginoso de la negación.

—¡No es amigo mío! ¡No quiero que esté aquí! —Y otra carcajada, aguda, aterrada, como chillido de pájaro, prisionera entre las cuatro paredes de la habitación. El descansillo se había llenado de vecinos a medio vestir. La atmósfera se había vuelto peligrosa y amenazadora. Por el otro extremo del descansillo aparecieron dos hombres en mangas de camisa. El grandote del puro se tiró de los pantalones y dijo:

—Echemos a este tío de aquí.

Me puse en movimiento, me alejé de ellos a buen paso, dejé atrás la sonrisa despectiva de la casera y bajé las escaleras hasta el zaguán. Una vez en la calle, eché a correr. En el cruce de Temple y Broadway vi un taxi estacionado. Subí y dije al conductor que arrancara.

No, no era asunto mío. Pero recordaba, recordaba su mata de pelo negro, el abismo salvaje de sus ojos, el nudo que sentía en la boca del estómago cuando la conocí. Me mantuve alejado del lugar durante dos días, pero después ya no pude soportarlo: quería ayudarla. Quería rescatarla de aquella trampa engañosa, enviarla a algún punto del sur, junto al mar. Podía hacerlo. Tenía dinero a espuestas. Pensé en Sammy, pero la odiaba demasiado. A Camila le haría mucho bien aunque sólo fuera salir de la ciudad. Decidí intentarlo otra vez.

Era mediodía. Hacía mucho calor, demasiado calor en el cuarto de la pensión. Era el calor lo que me impulsaba, el aburrimiento pegajoso, el polvo que pendía sobre la tierra, las ráfagas de viento tórrido que venían del desierto de Mojave. Me dirigí a la parte trasera de la casa de Temple Street. Vi una escalera de madera que llegaba hasta el segundo piso. En un día como aquél tendría la puerta abierta para que corriera el aire que ventilaría el lugar y saldría por la ventana.

Estaba en lo cierto. La puerta estaba abierta, pero Camila no estaba en casa. Sus cosas estaban en medio de la habitación, cajas y maletas con ropa que sobresalía. La cama seguía bajada, pero el colchón carecía de sábanas. El lugar estaba exento de vida. Me llegó entonces cierto olor a desinfectante. Habían fumigado la habitación. Bajé los peldaños de tres en tres hasta que llegué a la puerta de la propietaria del inmueble.

—¡Usted! —exclamó al abrirla—. ¡Usted! —Y me la cerró en las narices.

—Soy amigo suyo —le rogué—. Se lo juro por Dios. Quiero ayudarla. Tiene usted que creerme.

—Váyase o llamo a la policía.

—Estaba enferma —dije—. Necesitaba ayuda. Quiero hacer algo por ella. Tiene usted que creerme.

Se abrió la puerta. La mujer me miró a los ojos. Era de estatura media, corpulenta, de cara ceñuda y carente de emociones.

—Pase —dijo.

Entré en un piso aburrido, lleno de adornos y extrañezas, hasta los topes de cachivaches fantásticos, un piano sobrecargado de fotos grandes, mantones de colores chocarreros, lámparas y vasos de fantasía. Me pidió que tomara asiento, pero no lo hice.

—La joven se ha ido —dijo—. Está loca. Tuve que hacerlo.

—¿Dónde está? ¿Qué ha ocurrido?

—Tuve que hacerlo. Por lo demás, era una buena chica.

Se había visto obligada a llamar a la policía: tal me contó. He aquí lo ocurrido en la noche del día que yo había estado allí. Camila se había vuelto loca, rompía platos, tiraba muebles por la ventana, gritaba y aporreaba las paredes, rasgaba las cortinas con un cuchillo. La casera había llamado a la policía. La policía había acudido, había echado la puerta abajo y la había contenido. Pero los agentes se habían negado a echarla a la calle. La habían contenido y tranquilizado hasta la llegada de la ambulancia. Se la habían llevado entre gemidos y forcejeos. La historia se acababa aquí, aunque el caso era que Camila debía tres semanas de alquiler y había causado daños irreparables en los muebles y el piso. La casera aventuró una cifra y le entregué el dinero. Me dio un recibo y me sonrió con hipocresía zalamera.

—Sabía que era usted un buen muchacho —dijo—. Lo supe en cuanto le vi por primera vez. Pero en esta ciudad no se puede fiar una de los extraños.

Fui al Hospital Provincial en tranvía. La enfermera de recepción consultó un fichero cuando le di el nombre de Camila López.

—Sí, está aquí —dijo—. Pero no puede recibir visitas.

—¿Cómo se encuentra?

—No sabría decirle.

—¿Cuándo la podré ver?

El día de visita era el miércoles. Tenía que esperar otros cuatro días. Salí del vasto edificio y paseé por los alrededores. Miré las ventanas, paseé sin rumbo fijo. Cogí entonces el tranvía de regreso a Hill Street y Bunker Hill. Cuatro días de espera. Los pasé jugando a las máquinas tragaperras y a las máquinas del millón. La suerte no me sonreía. Perdí un montón de dinero, pero maté un montón de tiempo. El martes por la tarde fui al centro y me puse a comprar cosas para Camila. Le compré una radio, una caja de bombones, una bata, y un sinfín de cremas faciales y cosas por el estilo. Fui luego a una floristería y pedí dos docenas de camelias. Apenas podía andar, de cargado

como iba, cuando fui al hospital el miércoles por la tarde. Las camelias se habían marchitado durante la noche porque no se me había ocurrido ponerlas en agua. El sudor me chorreaba por la cara cuando subí la escalinata de entrada. Me notaba las pecas a punto de estallar, casi las sentía burbujeándome en la cara.

La enfermera de recepción era la misma. Dejé los regalos en una silla y pregunté por Camila López. La enfermera consultó el fichero.

—La señorita López ya no está aquí —dijo—. La han trasladado.

Me sentía acalorado y muerto de cansancio.

—¿Dónde está? —dije.

Lancé un gruñido cuando me respondió que no podía decírmelo.

—Soy amigo suyo —dije a la enfermera—. Quiero ayudarla.

—Lo siento —dijo la enfermera.

—¿Quién me lo puede decir?

Exacto: ¿quién me lo podía decir? Recorrí el hospital entero, de arriba abajo. Consulté con médicos y auxiliares, consulté con enfermeras. Esperé en vestíbulos y pasillos, pero nadie sabía decirme nada. Todos echaban mano del pequeño fichero y todos me decían lo mismo: que la habían trasladado. Pero que no había muerto. Todos lo negaban tras abordar el tema con presteza; no, no se había muerto: sólo se la habían llevado a otro sitio. Todo fue inútil. Salí por la puerta principal a la luz cegadora del sol y me dirigí a la parada del tranvía. Al subir a uno me acordé de los regalos. Me los había dejado no sé dónde; no alcanzaba a recordar en qué sala de espera. No me importó y volví desconsolado a Bunker Hill.

Si la habían trasladado, ello quería decir que la habían trasladado a otra institución regional o comarcal, porque Camila no tenía dinero. Dinero. Yo sí lo tenía. Tenía tres bolsillos repletos de dinero y más aún en casa, en los otros pantalones. Podía reunirlo todo y dárselo a quien fuera, pero el caso es que ni siquiera sabían explicarme lo que le había ocurrido. ¿Para qué servía el dinero? Lo iba a gastar de todos modos, y aquellos pasillos, aquellos pasillos que olían a éter, aquellos médicos enigmáticos que hablaban en voz baja, aquellas enfermeras silenciosas y reservadas me habían sumido en la perplejidad. Bajé mareado del tranvía. En mitad de las escaleras de Bunker Hill me senté en un portal y contemplé la ciudad que se extendía a mis pies envuelta en la neblina borrosa y polvorienta del anochecer. El calor venía de la neblina y me entraba por la nariz al respirar. Sobre la ciudad pendía una turbiedad semejante a una cúpula de bruma. Pero no era niebla, era el calor del desierto, las ráfagas turbulentas que venían de los desiertos de Mojave y

Santa Ana, los dedos largos y pálidos de la tierra estéril que reclamaba su presa en aquellas incursiones reiteradas e incesantes.

Averigüé al día siguiente lo que le había sucedido a Camila. Puse una conferencia desde un drugstore del centro y me respondió la centralita del Psiquiátrico Provincial, que estaba en Del Maria. Pregunté a la telefonista por el nombre del médico que estaba a cargo de la institución.

—El doctor Danielson —dijo.

—Póngame con su despacho.

Introdujo la clavija correspondiente y escuché otra voz femenina.

—Despacho del doctor Danielson.

—Aquí el doctor Jones —dije—. Quisiera hablar con el doctor Danielson. Es urgente.

—Un segundo, por favor.

A continuación, una voz masculina.

—Danielson al habla.

—Qué tal —dije—. Soy el doctor Jones, Edmond Jones, de Los Ángeles. Tienen ustedes ahí a una paciente que ingresó procedente del Hospital Provincial, una tal Camila López. ¿Cómo se encuentra?

—Pues no sabría decirle —dijo Danielson—. Aún está en observación. ¿Ha dicho usted Edmond Jones?

Colgué. Por lo menos me había enterado de dónde estaba. Pero saberlo era una cosa y poder verla otra distinta. No había ni que plantárselo. Hablé con gente que estaba al tanto de los procedimientos. Había que ser pariente del enfermo y esto tenía que demostrarse. Había que escribir para solicitar una visita, que se concertaba después de las averiguaciones pertinentes. No se podía escribir cartas a los enfermos ni mandarles regalos. No fui a Del Maria. Me contenté con hacer cuanto estaba en mi mano. Se había vuelto loca y no era asunto mío. Además, estaba enamorada de Sammy.

Pasaron los días, llegaron las lluvias de invierno. Octubre tocaba a su fin cuando recibí las pruebas de imprenta de mi libro. Me compré un coche, un Ford de 1929. No tenía capota, pero corría como el viento, y cuando llegaron los días de cielo despejado emprendí viajes largos, siguiendo la línea azul de la costa, a Ventura y Santa Bárbara por el norte, a San Clemente y San Diego por el sur, siguiendo la raya blanca del asfalto, bajo las estrellas acechantes, con el pie apoyado en la consola de mandos, con la cabeza llena de proyectos para escribir otro libro, una noche, y otra, y otra, noches todas que en conjunto me proporcionaron una serie de días delirantes y visionarios como nunca había conocido, días serenos cuyo sentido temía cuestionarme.

Patrullaba por la ciudad con el Ford: encontraba callejones misteriosos, árboles solitarios, casas antiguas y medio derruidas que procedían de un pasado desaparecido. Vivía en el Ford día y noche y no me detenía más que el tiempo necesario para pedir una hamburguesa y un café en desconocidos restaurantes de carretera. Aquello era vivir, dejarse llevar y detenerse para proseguir inmediatamente después, siguiendo siempre la raya blanca que corría paralela a la accidentada costa, descansar un momento al volante, encender otro cigarrillo y observar como un tonto el cielo abrumador del desierto para preguntarse por el significado de las cosas.

Una noche llegué al punto de Santa Mónica donde Camila y yo nos habíamos bañado en el curso de los primeros días. Me detuve y contemplé las olas espumosas y la calígne llena de incógnitas. La recordé corriendo entre los rugidos coronados de espuma, deleitándose en la libertad salvaje de aquella noche. Camila. Qué criatura.

Y llegó aquella noche de mediados de noviembre en que me puse a pasear por Spring Street para curiosear en las librerías de lance. El Columbia Buffet estaba apenas a una manzana de distancia. «Por la cosa aquella», me dije, «por los viejos tiempos», y entré en el bar y pedí una cerveza. Yo era ya un veterano. Podía mirar a mi alrededor con sonrisa irónica y recordar la época en que el bar había sido un sitio extraordinario. Pero nada más. Nadie me conocía, ni la nueva camarera de la barra, que se llenaba las quijadas de chicle, ni las dos intérpretes que seguían tocando los «Cuentos de los bosques de Viena» con violín y piano.

Pese a todo, el camarero gordo se acordaba de mí. Steve, Vince, o Vinnie, como diablos se llamase.

—Hace tiempo que no te vemos por aquí —dijo.

—Desde lo de Camila —dije.

Chascó la lengua.

—Mala suerte —dijo—. Una buena chica, por lo demás.

Aquello fue todo. Me tomé otra cerveza y luego otra. Me pagó la cuarta y yo le invité a la siguiente ronda. Así transcurrió una hora. De pronto se detuvo ante mí, metió la mano en el bolsillo y sacó un recorte de periódico.

—Supongo que lo verías —dijo. Cogí el recorte. Era una noticia muy breve, con un titular de dos líneas, al final de una página interior.

La policía local ha comenzado hoy la búsqueda de Camila López, de 22 años, de la ciudad de Los Ángeles, cuya desaparición del psiquiátrico de Del Maria fue descubierta anoche por las autoridades.

El recorte era de hacía una semana. Dejé la cerveza en el mostrador y salí corriendo a la calle, colina arriba, hasta llegar a mi habitación. Algo me decía que vendría. Presentía su deseo de volver a mi cuarto. Acerqué una silla, me senté con los pies apoyados en el alféizar de la ventana, las luces encendidas, fumando y a la espera. Intuía desde lo más profundo que acudiría, ya que estaba convencido de que no existía ninguna otra persona a la que pudiera recurrir. Pero no apareció. Me fui a dormir, aunque dejé la luz encendida. Me quedé en la habitación casi todo el día siguiente y toda la noche, en espera del crepitar de las piedrecillas en la ventana. Después de tres noches de espera, comenzó a desvanecerse la convicción de que iba a presentarse. No, no iba a ir a mi casa. Correría en busca de Sammy, en busca de su amor verdadero. La última persona en quien pensaría sería Arturo Bandini. Lo que tampoco me venía mal. Al fin y a la postre, yo era ya novelista, y en cierto modo un poco cuentista también, aunque sea yo el que lo diga.

A la mañana siguiente recibí su primer telegrama a cobro revertido. Era una petición de dinero que había que remitir a Rita Gómez, oficinas de la Western Union, San Francisco. Había firmado «Rita» el telegrama, pero estaba claro de quién se trataba. Le envié veinte dólares y la telegrafí diciéndole que se dirigiera al sur, a Santa Bárbara, donde me reuniría con ella. He aquí su contestación: «Prefiero ir al norte gracias lo siento Rita».

El segundo telegrama procedía de Fresno. Era otra petición de dinero que había que enviar a Rita Gómez, estafeta de telégrafos. Lo recibí dos días después del primero. Fui al centro y le mandé quince dólares. Estuve un buen rato en la estafeta, tratando de escribir el mensaje que había de acompañar al dinero, pero no me pude concentrar. Al final desistí y le mandé el dinero solo. Nada de cuanto yo dijera le importaría nada a Camila López. Aunque algo sí me había quedado claro. Me lo juré mientras regresaba a la pensión: no volvería a sacarme más dinero. Tenía que ser más cuidadoso en lo sucesivo.

El tercer telegrama me llegó el domingo por la noche, con mensaje idéntico, esta vez procedente de Bakersfield. Durante dos horas me aferré a la resolución que había tomado. Luego me la imaginé vagabundeando por ahí, sin un céntimo, probablemente a merced de la lluvia. Le mandé cincuenta dólares con un mensaje que le recomendaba comprarse ropa y resguardarse de la lluvia.

Tres noches más tarde volvía de un paseo en coche y me encontré cerrada por dentro la puerta de la habitación. Sabía lo que aquello significaba. Llamé, pero no obtuve ninguna respuesta. Grité su nombre. Me precipité por el pasillo, camino de la puerta trasera, y subí por la falda de la colina hasta llegar a la altura de mi ventana. Quería cogerla con las manos en la masa. La ventana estaba cerrada y había echado la persiana, pero había un resquicio por el que se podía ver el interior. Una lámpara de mesa me permitía verlo a placer, aunque a ella no la vi por ninguna parte. La puerta del ropero estaba cerrada y caí en la cuenta de que se encontraba allí dentro. Forcé la ventana sin hacer ruido y me colé en el cuarto. No vi en el suelo los felpudos de la cama. Me acerqué de puntillas a la puerta del ropero. La oí moverse como si estuviera sentada en el suelo. Percibí a lo lejos el olor de la marihuana.

Fui a coger el pomo de la puerta, pero de golpe y porrazo se me quitaron las ganas de sorprenderla. La impresión sería tan perjudicial para mí como para ella. Recordé entonces algo que me había sucedido de pequeño. Yo estaba en un ropero semejante a aquél y mi madre lo abrió de repente. Me acordé del terror que me produjo el que me descubrieran, me aparté de puntillas de la puerta y me senté en la silla que había ante la mesa. Al cabo de cinco minutos ya no aguantaba estar en la habitación. No quería que ella lo supiera. Salí por la ventana, la cerré y volví a la puerta trasera de la pensión. Esperé un tiempo prudencial. Cuando supuse acabada la sesión, me acerqué a pasos ruidosos a la puerta del cuarto y entré como si tal cosa.

Estaba en la cama protegiéndose los ojos con su mano delgada.

—¡Camila! —exclamé—. ¡Tú aquí!

Se incorporó y me miró con ojos negros y delirantes, negros y errantes, sumidos en fantasías, con el cuello vuelto y en una tensión que le realizaba los músculos. Nada tenía que decir con los labios, pero sus facciones cadavéricas, el tamaño y blancura excesivos de los dientes, la sonrisa asustada me hablaron con diáfana elocuencia del horror que presidía sus días y sus noches. Me mordí los labios para no llorar. Al acercarme a la cama, alzó las rodillas con miedo para encogerse y adoptar la posición fetal, como si esperase algún golpe.

—Tranquilízate —dije—. Pronto estarás bien. Tienes muy buen aspecto.

—Gracias por el dinero —dijo, y la voz fue la misma, profunda pero nasal. Se había comprado ropa. Eran prendas baratas y de mal gusto: un vestido amarillo chillón de un tejido que imitaba la seda, cinturón negro de terciopelo, zapatos azules y amarillos, y calcetines cortos con franjas verdes y rojas en la parte del elástico. Se había hecho las uñas, que llevaba pintadas de rojo sangre, y en cada muñeca lucía una pulsera de cuentas verdes y amarillas. Todo ello subrayado por la lividez exangüe de la cara y el cuello. Con el uniforme blanco del trabajo había tenido siempre un aspecto inmejorable. No le hice ninguna pregunta. Cuanto quería saber lo llevaba escrito con frases atormentadas en la desolación del rostro. No me parecía que sufriese ninguna clase de locura. Más bien parecía miedo, un terror pánico que me chillaba desde los ojos dilatados y ávidos, en guardia en aquel instante a causa de la droga.

No podía quedarse en Los Ángeles. Necesitaba descansar, tiempo para comer y dormir, beber mucha leche y dar largos paseos. Me puse a hacer planes enseguida. ¡Laguna Beach! Era el lugar que le convenía. Como estábamos en invierno, no sería difícil dar con un sitio barato. Cuidaría de ella y comenzaría otro libro. Se me había ocurrido un nuevo argumento novelesco. No hacía falta que nos casáramos, bastaba con que pasásemos por hermanos. Iríamos a nadar y pasearíamos durante horas por la playa de Balboa. Nos sentaríamos ante el fuego del hogar cuando hubiese mucha niebla. Y cuando el viento encolerizase al mar, nos arroparíamos con mantas muy gruesas para dormir. La idea básica era ésta, pero la adorné y la fui vertiendo en sus oídos como palabras de un libro mágico, la cara se le iluminó y se echó a llorar.

—¡Y un perro! —dije—. Te regalaré un perrito. Un cachorrillo. Un terrier escocés. Y le llamaremos Willie.

Dio un par de palmadas.

—¡Willie! —exclamó—. ¡Aquí, Willie, ven aquí!

—Y un gato —dije—. Un gato siamés. Le llamaremos Chang. Un buen gatazo de ojos dorados.

Sufrió un escalofrío y se tapó la cara con las manos.

—No —dijo—. No soporto los gatos.

—De acuerdo. Nada de gatos. Tampoco yo los soporto.

Lo estaba reproduciendo todo en la imaginación, componiendo un cuadro con el pincel de la fantasía, y el júbilo le brillaba en los ojos con la intensidad del cristal.

—Y también un caballo —dijo—. Cuando ganes mucho dinero, los dos tendremos un caballo.

—Voy a ganar millones —dije.

Me desnudé y me metí en la cama. Durmió mal, sufría una sacudida brusca y despertaba, y cuando estaba dormida se quejaba y murmuraba. Se incorporó en cierto momento de la noche, encendió la luz y se fumó un cigarrillo. Yo mantuve los ojos cerrados, procurando dormir. No tardó en levantarse, se puso mi albornoz sobre los hombros y fue en busca del bolso, que estaba encima de la mesa. Era un bolso de hule blanco y estaba lleno de cosas. La oí arrastrarse con mis zapatillas por el pasillo, camino del lavabo. Estuvo fuera diez minutos. Cuando volvió, había recuperado la calma. Me creyó dormido y me besó en la sien. Percibí el olor de la marihuana. Durmió profundamente el resto de la noche con la paz dibujada en el rostro.

Salimos por la ventana de la pensión a las ocho de la mañana y nos dirigimos a la parte trasera del edificio, donde tenía estacionado el Ford. Estaba descompuesta, con la expresión malhumorada de los que no han dormido. Atravesé la ciudad, llegamos a Crenshaw y de aquí pasamos a Long Beach Boulevard. Camila iba con el ceño fruncido, gacha la cabeza, el viento frío de la mañana peinándole el cabello. En Maywood nos detuvimos para desayunar en un restaurante de carretera. Yo tomé salchichas con huevos, zumo de frutas y café. Ella no quiso tomar nada más que un café solo. Le dio un sorbo y encendió un cigarrillo. Yo quería inspeccionarle el bolso, porque sabía que allí escondía la marihuana, pero se aferraba a él como a la vida misma. Tomamos otro café y volvimos al coche. Se sentía mejor, aunque seguía con un humor de perros. No pronuncié palabra.

Unos tres kilómetros antes de llegar a Long Beach encontramos una granja dedicada a la cría de perros. Entramos en ella, bajamos del coche. Había palmeras y eucaliptos en el patio de entrada. Una docena de perros procedentes de todos los puntos se lanzó sobre nosotros entre ladridos de alegría. Los perros la querían, intuían al instante que Camila era amiga suya, y por primera vez en el curso de aquella mañana la joven sonrió. Había perros pastores, perros policías y terriers. Camila se dejó caer de rodillas para abrazarlos, pero no tardó en sentirse abrumada entre tanto gañido y lengua rosada y colgante. Cogió un terrier en brazos y lo acunó como a un niño, canturreándole con afecto. La cara le resplandecía otra vez, otra vez se le coloreaba; otra vez era la cara de la Camila de siempre.

El propietario de la perrera salió del soportal trasero. Era un anciano de barbita cana que andaba cojeando con ayuda de un bastón. Los perros no me prestaban mucha atención a mí. Se me acercaban, me olisqueaban los zapatos y las piernas y se alejaban con brusquedad, con desprecio manifiesto. No es

que les disgustara, sino que preferían a Camila por su sentimentalismo desbordante y su extraño lenguaje canino. Dije al anciano que queríamos un cachorro y me preguntó de qué clase. Tenía que decidirlo Camila, pero la muchacha no tenía la cabeza para aquellos lances. Inspeccionamos diversas camadas. Todos los ejemplares eran conmovedoramente pequeños, pelotitas peludas que despertaban la ternura de un modo irresistible. Por último vimos un perro que le gustó: un perro pastor totalmente blanco. Aún no tenía seis semanas y ya estaba tan gordo que apenas podía andar. Camila lo puso en el suelo y el animal anduvo tambaleándose entre sus piernas, se alejó un metro, se sentó y se quedó dormido al instante. Fue el cachorro que más le interesó.

Tragué saliva cuando el anciano dijo «Veinticinco dólares», pero nos quedamos con el perro, con sus certificados, y la madre, igualmente blanca, nos siguió hasta el coche, ladrándonos como para decirnos que a ver si lo criábamos bien. Al ponernos en marcha miré por encima del hombro. Vi en el camino a la madre blanca como la nieve, con las preciosas orejas levantadas, la cabeza ladeada, observándonos mientras accedíamos a la autopista.

—Willie —dije—. Se llama Willie.

Lo llevaba Camila en el regazo y el animal se puso a gemir.

—No —dijo ella—. Se llama Blancanieves.

—Pero ése es un nombre femenino.

—No importa.

Me desvié hacia el arcén.

—Sí importa —dije—. O le pones otro nombre o se queda.

—Está bien —transigió—. Se llamará Willie.

Me sentí mejor. No nos habíamos peleado. Willie la estaba ayudando ya. Camila se había vuelto dócil y parecía dispuesta a enfocar las cosas con lógica. La tensión había desaparecido y el relajamiento le dulcificaba la línea de los labios. Willie dormía como un tronco en el regazo femenino, aunque tenía el meñique de Camila en la boca. Ya en la zona sur de Long Beach nos detuvimos ante un drugstore y compramos un biberón y una botella de leche. Cuando Camila metió el biberón en la boca de Willie, el animal abrió los ojos. Se puso a mamar como un bendito. Camila alzó los brazos, se pasó las manos por el pelo y bostezó con satisfacción. Estaba contentísima.

Seguimos la preciosa costa blanquecina, siempre en dirección sur. Conducía despacio. Un día hermoso, el cielo del mismo color que el mar, el mar del mismo color que el cielo. A la izquierda, las colinas doradas, el oro invernal. Un día para no abrir la boca, para admirar los árboles solitarios, las dunas, los montículos de piedras blancas que flanqueaban la carretera. La

tierra de Camila, su patria, el mar y el desierto, la tierra hermosa, el cielo inconmensurable, y muy lejos, hacia el norte, la luna, que no se había movido desde la noche anterior.

Llegamos a Laguna antes de mediodía. Entre que entrábamos y salíamos de las inmobiliarias y visitábamos las casas, tardamos dos horas en dar con lo que queríamos. A Camila le gustaban todas. Willie la absorbía ya por completo. No le importaba el lugar donde tuviese que vivir mientras estuviera con el perro. La casa que me gustó era de techo a dos aguas, estaba rodeada por una valla blanca y se encontraba a menos de cincuenta metros de la costa. El patio trasero era una balsa de arena blanca. Estaba totalmente amueblada, llena de cortinas claras y acuarelas. Fue la que más me gustó porque la habitación del piso superior me convenía. Daba a la playa. Instalaría la máquina de escribir junto a la ventana y podría trabajar. Trabajaría mucho, ay de mí, junto a aquella ventana. Me bastaría con mirar por la ventana para que me viniese la inspiración, y el caso es que sólo con mirar aquel cuarto ya me sentía excitado y veía desfilar las frases por los folios.

Cuando bajé, Camila se había ido con Willie a dar un paseo por la playa. Me quedé en la puerta trasera para observarles, a unos trescientos metros. Vi a Camila inclinarse, batir palmas y echar a correr ante un Willie que la siguió dando traspiés. La verdad es que no veía a Willie a causa de su tamaño reducido y de lo mucho que se confundía con la blancura de la arena. Entré en la casa. Vi el bolso de Camila en la mesa de la cocina. Lo abrí, vacié el contenido del bolso en la mesa. Cayeron dos latas Prince Albert llenas de marihuana. Las vacié en el lavabo y eché las latas a la basura.

Luego salí al soportal y me senté en los peldaños de acceso para tomar el sol y observar a Camila y al perro, que ya emprendían el camino de vuelta. Eran las dos más o menos. Tenía que volver a Los Ángeles, liar los bártulos y pagar la cuenta de la pensión. Tardaría unas cinco horas. Di dinero a Camila para que comprase comida y cuantas cosas hicieran falta en la casa. Cuando me fui, estaba tendida de espaldas, de cara al sol. Willie dormía como un tronco, acurrucado en su estómago. Me despedí, encendí el motor y puse rumbo a la autopista de la costa.

Mientras volvía cargado con la máquina de escribir, los libros y las maletas, se me pinchó una rueda. No tardó en caer la noche. Eran casi las nueve cuando entré en el patio de la casa de la playa. Las luces estaban apagadas. Abrí la puerta principal con la llave y llamé a Camila. No obtuve respuesta.

Encendí todas las luces y miré en todas las habitaciones, en todos los armarios. Había desaparecido. No había ni rastro de ella ni de Willie. Trasladé los bultos del vehículo. Tal vez se hubiera ido con el perro a dar otro paseo. Pero sabía que me engañaba. Se había marchado. A medianoche dudaba ya de que volviera y hacia la una estaba convencido de que no lo haría. Volví a recorrer la casa en busca de una nota, de algún mensaje. No había el menor rastro. Como si jamás hubiera puesto el pie en aquella casa.

Resolví quedarme. Había pagado el alquiler de un mes y quería probar el cuarto de arriba. Dormí allí aquella noche, pero por la mañana empecé a aborrecer el lugar. Con Camila formaba parte de un sueño; sin ella, no era más que una casa. Amontané mis enseres en el asiento abatible y volví a Los Ángeles. Al presentarme otra vez en la pensión, me dijeron que por la noche se había alquilado mi cuarto. Todo salía mal. Me dieron otra habitación, en la planta baja, pero no me gustó. Todo comenzaba a desarticularse. El nuevo cuarto me resultaba extraño, frío y exento de recuerdos. Al mirar por la ventana, vi que el suelo estaba a seis metros de distancia. Ya no volvería a salir por la ventana, ya no habría más piedrecillas contra los vidrios. Puse la máquina de escribir en un sitio, luego en otro. No parecía estar bien en ninguna parte. Algo marchaba mal, todo marchaba mal.

Me fui a la calle a dar un paseo. Dios mío, heme aquí otra vez, pateando la ciudad. Miraba las caras a mi alrededor y sabía que no eran diferentes de la mía. Caras exangües, caras tensas, preocupadas, desorientadas. Caras semejantes a flores arrancadas de cuajo y metidas en floreros bonitos, flores cuyos colores y matices se marchitarían pronto. Tenía que escapar de aquella ciudad.

Mi libro se publicó una semana después. Durante un tiempo fue muy divertido. Entraba en los grandes almacenes y lo veía rodeado de miles de volúmenes como él, mi libro, mis palabras, mi nombre, mi razón de vivir. Pero no me proporcionaba un placer comparable al que me había deparado el ver «El perrito que reía» en la revista de Hackmuth.

Aquella época había desaparecido para siempre. Y no recibía ni una sola carta de Camila, ni un mísero telegrama. Le había dado quince dólares. Sabía que no le durarían más de dos semanas. Pensé que me telegrafiaría en cuanto se quedara sin blanca. Camila y Willie. ¿Qué habría sido de ambos?

Postal de Sammy. Cuando volví por la tarde, la vi en el buzón. Decía:

Estimado Bandini: la mexicana está aquí y ya puedes figurarte cómo me siento con mujeres alrededor. Si es tu novia, será mejor que vengas y te la llesves, porque no quiero tenerla por aquí. Sammy.

La postal era de hacía dos días. Llené el depósito de gasolina, eché un ejemplar de la novela en el asiento delantero y puse rumbo al desierto de Mojave, al domicilio de Sammy.

Llegué después de medianoche. Salía luz de la única ventana de la casucha. Llamé y Sammy me abrió la puerta. Antes de decir nada, miré alrededor. Sammy volvió a una silla pegada a una lámpara de queroseno, cogió una revista barata de historietas de vaqueros y reanudó la lectura. No dijo nada. No había ni rastro de Camila.

—¿Dónde está? —pregunté.

—Que me ahorquen si lo sé. Se ha ido.

—Querrás decir que la echaste.

—No quiero que esté aquí. Estoy enfermo.

—¿Adónde ha ido?

Me indicó el sureste con el pulgar.

—Por allí, a cualquier parte.

—¿Al desierto?

Negó con la cabeza.

—Con el cachorro —dijo—. Con el perrito. Un animalejo más listo que el hambre.

—¿Cuándo se fue?

—El domingo por la noche —dijo.

—¡El domingo! —dije—. ¡Por el amor de Dios, hombre! ¡De eso hace ya tres días! ¿Se llevó algo de comer o de beber?

—Leche —dijo—. Se llevó una botella de leche para el perro.

Salí, me alejé de la casucha y oteé el horizonte del suroeste. Hacía mucho frío, la luna estaba en lo alto y las estrellas se apelotonaban en prietos racimos que tachonaban la bóveda azul del cielo. Por el oeste, el sur y el este no había más que una llanura desolada de matojos, yucas y cerros chatos. Volví corriendo a la cabaña.

—Sal e indícame por dónde se fue —dije.

Sammy dejó la revista y señaló hacia el sureste.

—Por allí —dijo.

Le tiré la revista de un manotazo, lo cogí por la nuca y lo saqué a la noche del exterior. Estaba muy delgado, pesaba poco y perdía el equilibrio con facilidad.

—Indícamelo —dije.

Nos alejamos de la cabaña y me gruñó que estaba enfermo y que yo no tenía ningún derecho a maltratarle. Y comenzó a arreglarse la camisa y a ajustarse el cinturón.

—Dime por dónde se fue la última vez que la viste —le dije.

—Se fue hacia aquellos cerros —me dijo, señalándolos con el dedo.

Lo dejé allí mismo y anduve unos cuatrocientos metros hasta alcanzar la cima de los cerros. Hacía tanto frío que me subí el cuello de la chaqueta. La tierra que pisaban mis pies, lecho de algún mar prehistórico, era un revoltillo de arena oscura y gruesa y piedras pequeñas. Más allá de aquellos cerros había otros cerros idénticos, cientos de cerros que se prolongaban hasta el infinito. La tierra arenosa no revelaba ninguna huella, ninguna señal de que se hubiera pisado. Seguí andando, bregando con el suelo engañoso que cedía un poco y a continuación se nivelaba con grumos de arena gris.

Tras recorrer lo que se me antojó algo más de tres kilómetros, me senté a descansar en una piedra redonda y blanca. Estaba sudando y sin embargo hacía un frío terrible. La luna descendía hacia el norte. Tenían que ser las tres y pico. Había caminado a paso uniforme, pero con lentitud, a paso de viandante, y los cerros y montículos seguían prolongándose sin fin, sin otra vegetación a la vista que cactus, artemisas y matojos de aspecto feo que no sabía distinguir en el oscuro horizonte.

Recordaba los mapas de la zona. No había carreteras, ni pueblos, ni vida humana entre aquel punto y el límite opuesto del desierto, nada salvo tierra estéril a lo largo de ciento cincuenta kilómetros. Me incorporé y seguí andando. Estaba aterido de frío, pero continuaba sudando. El este grisáceo se iluminó, cambió al rosa, luego al rojo y a continuación emergió la gigantesca bola de fuego de entre las montañas ennegrecidas. En toda aquella desolación dominaba una pasividad abrumadora, la rutina desgana del día que sigue a la noche, y no obstante, la intimidad misteriosa de las montañas, su milagro consolador y mudo, convertían la muerte en un acontecimiento de escasa importancia. Moría una persona y el desierto mantenía su muerte en secreto, seguía acosándola hasta cubrir su recuerdo con viento, calor y frío inmemoriales.

Era inútil. ¿Cómo la buscaría? ¿Por qué tenía que buscarla? ¿Qué le podía ofrecer, salvo un retorno a la sociedad bárbara que había acabado con ella? Deshice lo andado a la luz del amanecer, melancólico a la luz del amanecer. Ahora pertenecía a las montañas. ¡Que las montañas la cobijasen! Que volviera a la soledad de aquellas montañas secretas. Que viviera con las piedras y el cielo, con el viento azotándole el cabello hasta el final. Que viviera de aquel modo.

Cuando llegué a la cabaña, el sol estaba alto. Ya hacía calor. Vi a Sammy en la puerta.

—¿La has encontrado? —preguntó.

No le respondí. Estaba cansado. Me observó durante unos instantes y desapareció en la casucha. Oí que echaba el cerrojo a la puerta. Del suelo del desierto se despegaba la lejana neblina temblorosa del calor. Fui sendero arriba hasta llegar al coche. En el asiento estaba el ejemplar de mi novela, mi primera novela. Encontré un lápiz, abrí el libro por la primera página en blanco y escribí:

*Para Camila con amor,
Arturo*

Me adentré con el libro en el desierto un centenar de metros, en dirección sureste. Lo arrojé con todas mis fuerzas por donde se había ido Camila. Luego volví al vehículo, lo puse en marcha y emprendí el regreso a Los Ángeles.

Sueños de Bunker Hill

También para Joyce

Mi primer encontronazo con la fama no fue precisamente memorable. Yo era ayudante de camarero en Marx's Deli. El año era 1934. El local estaba en el centro de Los Ángeles, en el cruce de las calles Tercera y Hill. Tenía veintiún años, vivía en un mundo que limitaba al oeste con el barrio de Bunker Hill, al este con Los Angeles Street, al sur con Pershing Square y al norte con el Civic Center. Yo era un mozo sin parangón, tenía empuje y mucho estilo para el oficio, y aunque el salario era de hambre (un dólar al día más las comidas) llamaba mucho la atención mientras volaba de mesa en mesa, con una bandeja en la mano, ganándome las sonrisas de los clientes. Pero podía ofrecer al jefe algo más que mis dotes de camarero, ya que también era escritor. El hecho se hizo público un día que un fotógrafo borracho de *Los Angeles Times* se sentó a la barra y me hizo varias fotografías mientras yo servía a una clienta que me contemplaba con admiración. Al día siguiente la foto apareció en el *Times* con un artículo. Hablaba de la lucha y el triunfo del joven Arturo Bandini, un muchacho de Colorado, ambicioso y muy trabajador, que había irrumpido en el difícil mundo de las revistas colocando su primer cuento en *The American Phoenix*, que, como todo el mundo sabe, dirigía el personaje más famoso de la literatura americana, nada menos que Heinrich Muller. ¡El bueno de Muller! ¡Cuánto amaba a aquel hombre! Si he de ser franco, mis primeros experimentos literarios fueron las cartas que le escribí pidiéndole consejo, sugiriéndole argumentos para cuentos que yo mismo podía escribir y finalmente enviándole los cuentos ya escritos, muchos cuentos, uno por semana, hasta que el mismísimo Heinrich Muller, viejo gruñón del mundo literario, el amo del cubil, pareció darse por vencido y accedió a enviarme una carta de dos líneas, y luego otra de cuatro líneas, y finalmente otra de dos páginas de veinticuatro líneas, y luego, oh maravilla, un cheque de 150 dólares por la adquisición de mi primer relato.

El día que llegó el cheque yo estaba sumido en la miseria. La ya indescriptible ropa de Colorado estaba hecha jirones y en lo primero que pensé fue en renovar el vestuario. Mi idea era no gastar demasiado pero comprar con buen gusto, así que bajé por Bunker Hill hasta el cruce de la Segunda con Broadway y los almacenes Goodwill. Me dirigí a la sección de más calidad y encontré un excelente traje de calle azul con rayas blancas. Los

pantalones me quedaban largos, lo mismo que las mangas, y todo completo valía diez dólares. Por otro dólar arreglaban el traje y, mientras estaban en ello, di una vuelta por la sección de camisas. Eran de cincuenta centavos la unidad, de excelente calidad y toda clase de estilos. Luego compré unos zapatos, elegantes, de suela gruesa y piel auténtica, zapatos que me llevarían por las calles de Los Ángeles durante los meses siguientes. También compré otras cosas, calzoncillos y camisetas, una docena de calcetines, corbatas y finalmente un irresistible y soberbio sombrero de paseo. Me lo puse airosamente ladeado, salí del probador y pagué la cuenta. Veinte pavos. Era la primera vez en mi vida que me compraba ropa. Mientras me observaba en un espejo de cuerpo entero, recordé que los míos habían sido demasiado pobres para comprarme un simple traje en todos los años que pasé en Colorado, ni siquiera lo tuve para los actos que se celebraron cuando mi curso terminó el bachillerato. En fin, yo había encontrado ya mi camino y nada podía detenerme. Heinrich Muller, el rugiente tigre del mundo literario, me conduciría a la cima. Salí de Goodwill y anduve por la Tercera, un hombre nuevo. Mi jefe, Abe Marx, estaba en la puerta del establecimiento cuando llegué.

—¡Santo Dios, Bandini! —exclamó—. ¿Es que has ido de compras a Goodwill?

—¿A Goodwill? ¡Un cuerno! —exclamé—. Todo esto es de Bullock's, ignorante.

Un par de días después Abe Marx me dio una tarjeta comercial. Decía:

Gustave du Mont, Dr. Phi.
Agente literario Corrección y puesta a punto de libros, obras teatrales, guiones y cuentos.
Revisión editorial experta.
Calle Tercera 513, Los Ángeles.
Curiosos abstenerse.

Me guardé la tarjeta en el bolsillo del traje recién comprado. Tomé el ascensor hasta el cuarto piso. La oficina de Du Mont estaba en mitad del pasillo. Entré.

El vestíbulo daba bandazos como si hubiera un terremoto. Miré a mi alrededor ahogando una exclamación. El lugar estaba lleno de gatos. Gatos en las sillas, en las barras de las cortinas, en la máquina de escribir. Gatos encima de las estanterías, dentro de las estanterías. El hedor era insoportable. Los gatos saltaron al suelo y se arremolinaron a mi alrededor, frotándose las piernas, jugando a recostarse sobre mis zapatos. En el suelo y sobre los muebles había una película de pelo felino que se agitaba como la superficie de

una piscina. Me acerqué a una ventana abierta y eché un vistazo a la escalera de incendios. Había gatos subiendo y bajando por ella. Un animal gordo y grisáceo subió hacia mí con una cabeza de salmón en la boca. Me pasó rozando cuando entró en la habitación de un salto.

El rumor del pellejo gatuno llenaba ya el aire. Se abrió una puerta interior. Y allí estaba Gustave Du Mont, un señor mayor y pequeño, con unos ojos como cerezas. Corrió entre los gatos haciendo aspavientos y gritando:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Largaos todos! ¡Es hora de irse a casa!

Los gatos se limitaron a cambiar de posición sin inmutarse, unos yendo a parar a sus pies, otros dándole inocentes zarpazos en los pantalones. Eran sus amos. Du Mont suspiró, levantó las manos al cielo y dijo:

—¿Qué se le ofrece?

—Vengo del establecimiento de la planta baja. Dejó usted su tarjeta.

—Pase.

Entré en el despacho y cerró la puerta. Nos encontrábamos en una habitación pequeña, con tres gatos tirados en lo alto de una estantería. Eran felinos de élite, persas gordos que se lamían las zarpas con aplomo majestuoso. Los miré con atención. Du Mont pareció entender.

—Mis favoritos —dijo sonriendo. Abrió un cajón de la mesa y sacó una botella de whisky escocés—. ¿Un tentempié, joven?

—No, gracias, doctor Du Mont. ¿Para qué quería verme?

Du Mont abrió la botella, tomó un trago y suspiró con la boca abierta.

—He leído su cuento. Es usted un buen escritor. No debería perder el tiempo. Usted pertenece a un ambiente más sensible. —Tomó otro trago—. ¿Quiere un empleo?

Miré los gatos.

—Quizá. ¿En qué está pensando?

—Necesito un corrector de estilo.

Los gatos olían a rayos.

—No creo que pueda aceptarlo.

—¿Lo dice por los gatos? Me encargaré de eso.

Medité durante un minuto.

—Bueno..., ¿qué es lo que quiere que corrija?

Le dio otro viaje a la botella.

—Novelas, cuentos, lo que llegue.

Vacilé.

—¿Puedo ver el material?

Su mano cayó sobre una torre de manuscritos.

—Sírvase usted mismo.

Cogí el que había encima. Era un cuento escrito por una tal Jennifer Lovelace; se titulaba «Pasión al amanecer». Di un gruñido.

Du Mont tomó otro trago.

—Es espantoso —dijo—. Todos son espantosos. Yo ya no puedo leer más. Es la peor prosa que he visto en mi vida. Pero da dinero si se tiene estómago. Cuanto peores son, más se cobra.

Yo tenía ya la parte delantera del traje totalmente cubierta de pelo de gato. La nariz me picaba y estaba a punto de estornudar. Me contuve.

—¿Cuánto se cobra?

—Cinco dólares a la semana.

—Joder, eso es sólo un dólar al día.

—Es lo que hay.

Cogí la botella y eché un trago. Me quemó la garganta. Sabía a orina de gato.

—Diez dólares semanales o no hay trato.

Du Mont me alargó la manaza.

—Hecho —dijo—. Comienza el lunes.

El lunes por la mañana me presenté a las nueve en punto. Los gatos habían desaparecido. La ventana estaba cerrada. Había muebles nuevos en el vestíbulo. Me habían puesto una mesa al lado de la ventana. Todo estaba limpio. Cuando pasé el dedo por el alféizar no se me pegó ni un solo pelo de gato. Olfusqué el aire. El olor a orina todavía era recio, aunque estaba camuflado por un fuerte desinfectante. Percibí además otro olor, un repelente para gatos. Me senté a la mesa y acerqué la máquina de escribir. Era una vieja Underwood. Metí un folio por el carro y probé el teclado. Funcionaba como una cortadora de césped oxidada. De repente me sentí incómodo. Había algo en aquel trabajo que me ponía aprensivo. ¿Por qué tenía que trabajar yo con las obras de otros? ¿Por qué no estaba en mi habitación escribiendo mis propias cosas? ¿Qué habría hecho Heinrich Muller en un caso semejante? Yo era un idiota, estaba claro.

Se abrió la puerta y apareció Du Mont. Me llevé una sorpresa al verlo con sombrero hongo, levita, chaleco gris, botines y bastón de paseo. Yo no había estado nunca en París, pero al ver tan peripuesto al hombrecillo pensé en aquella ciudad. ¿Se habría vuelto loco? Evidentemente, sí.

—Buenos días —dijo—. ¿Qué le parecen sus dependencias?

—¿Y los gatos?

—El desinfectante —dijo—. Los ahuyenta. No se preocupe. Conozco a los gatos. No volverán.

Colgó el sombrero y el bastón en los ganchos de detrás de la puerta. Luego acercó una silla y se sentó a mi lado. Cogió el primer manuscrito, «Pasión al amanecer», de Jennifer Lovelace, y empezó a enseñarme el arte de la revisión literaria. Lo hizo brutalmente, porque la verdad es que era un trabajo brutal. Con un lápiz negro en la mano fue señalando, reduciendo, suprimiendo frases, párrafos, páginas enteras. El manuscrito sangraba abiertamente a causa de la mutilación. No tardé en cogerle el tranquillo y hacia el final de la jornada ya daba hachazos solo.

A última hora de la tarde oí un golpe en la ventana. Era un gato, un viejales de cara magullada y triste. Me miró a través del cristal, frotando la nariz contra él y luego lamiéndolo con esperanza. No le hice el menor caso durante un rato y cuando volví a mirar había otros dos animales en el alféizar, mirándome como huérfanos en busca de caridad. Fue superior a mis fuerzas. Bajé en el ascensor al establecimiento de Marx y encontré unas rodajas de pastrami en el cubo de la basura. Las envolví en una servilleta y se las llevé a los gatos. Cuando abrí la ventana, entraron en tromba y comieron vorazmente de mi mano.

Oí reír a Du Mont. Estaba en el umbral de su despacho, con un persa en los brazos.

—Sabía que le gustaban los gatos —dijo—. Lo leí en sus ojos.

Tardé tres días en revisar el cuento de Jennifer Lovelace. La versión original tenía treinta páginas. La mía redujo el manuscrito a la mitad. En realidad no era un mal cuento; lo único que le pasaba era que estaba mal escrito y mal contado. Era la historia de seis maestras de escuela que recorren la pradera en carromato, tienen encuentros con indios y forajidos y finalmente consiguen llegar a Stockton. Estaba satisfecho de mi trabajo y llevé el manuscrito a Du Mont. Lo sopesó y frunció el entrecejo.

—Añádale diez páginas, hombre —dijo.

—Ya es muy largo —insistí—. Yo no añadiría ni una línea. Creo que a Jennifer Lovelace le gustará.

Acercó el teléfono.

—Le diré que el texto está listo.

El día siguiente por la tarde estaba yo dando de comer a los gatos cuando llegó Jennifer. Su belleza era asombrosa. Llevaba un vestido de lino blanco, medias negras, zapatos abiertos negros y un bolso negro colgado del brazo. Su cabello era una cascada de espuma negra, su rostro exquisito, iluminado por unos ojos negros. Había en ella mucho que admirar y mis ojos recorrieron el contorno de su cuerpo, la sensualidad de su cintura y sus tentadoras, seductoras e increíbles caderas. Había visto miles de mujeres hermosas desde que estaba en Los Ángeles, pero la belleza de Jennifer Lovelace me cortó el resuello.

—Hola —dije, y di un traspie.

—Buenas tardes —dijo sonriendo—. Soy Jennifer Lovelace. ¿Está el doctor Du Mont?

—Voy a ver. Siéntese, por favor.

Descendió flotando en una silla como un mullido cojín de raso y observé la mecánica de sus rodillas, sus muslos y sus caderas. Cruzó las delicadas manos en el regazo y sentí un cosquilleo de placer. Llamé a la puerta de Du Mont y me dijo que pasara. Entré, cerrando cuidadosamente la puerta, y susurré:

—¡Está aquí!

—Chitón —dijo apretando los labios—. Que espere. Es rica.

—Y lo parece.

Sacó un reloj de oro del bolsillo y lo miró durante un rato que se me antojó largo. Entonces dijo:

—¡Ya! ¡Tráemela!

Abrí la puerta y la vi sentada con paciente aplomo, como una reina.

—Pase, por favor —dije.

—Gracias —dijo levantándose. Mientras avanzaba hacia el despacho de Du Mont, vi pelos de gato en la parte posterior de su vestido.

—¡Espere! —dije. Se detuvo y me miró sin comprender. Allí estaba mi oportunidad. Me arrodillé tras ella y me puse a limpiar el pelo de gato de sus gloriosas nalgas, palpando los músculos prietos de sus caderas y la redondez del radiante culo. Se apartó de mí.

—¿Qué hace? —preguntó—. ¿Habrase visto?

—Los gatos —dije, enseñándole las manos cubiertas de pelo.

Se volvió de cintura para arriba para mirarse los pelos adheridos y se los sacudió con la mano. Me acerqué a rastras para ayudarla, pero me apartó.

—¡Por favor! —exigió—. ¡Déjeme en paz! —Du Mont estaba ya junto a ella, galante, comedido.

—Venga, querida mía —dijo para tranquilizarla, la condujo a su despacho y cerró la puerta. Yo seguía de rodillas en el suelo, confuso y avergonzado, mientras los gatos daban vueltas a mi alrededor, maullando para que les diera de comer.

El despacho de Du Mont estaba en silencio. Todavía de rodillas, miré por el ojo de la cerradura y vi a Jennifer sentada ante la mesa de Du Mont. La cara se le fue contrayendo conforme leía la nueva versión de su historia.

—¡Mi original! —exclamó con voz ahogada—. ¿Qué le ha pasado? —Se puso a rebuscar en el bolso—. Deme un cigarrillo, por favor. —Du Mont obedeció—. ¿Qué le ha hecho a mi cuento, doctor Du Mont? Lo ha destrozado..., un cuento tan hermoso... ¿Cómo ha podido hacerme esto?

Du Mont levantó las manos en son de paz.

—Yo no he hecho nada, querida mía —mintió—. No sabía lo que ése estaba haciendo.

Jennifer Lovelace se puso rígida.

—¿Ése? ¿Quién es ése?

Du Mont no dijo nada. Se limitó a poner cara de culpa y a señalar con la cabeza la puerta del vestíbulo. Mientras Jennifer Lovelace se ponía en pie de un salto, yo eché a correr, por el pasillo, escaleras abajo, por la tienda, por la puerta trasera, por el callejón. Vi un cajón de embalar y me senté a fumar un cigarrillo con manos temblorosas. Percibí la presencia de gatos a mi

alrededor, la misma pandilla que frecuentaba mi despacho. Me miraban con curiosidad, preguntándose qué estaría haciendo en su territorio.

Levanté los ojos hacia la ventana de mi despacho. No podía volver. No quería volver. Me sentía traicionado, engañado por Du Mont. La despiadada corrección del cuento de Jennifer me llenaba ahora de vergüenza. Si alguien hubiera destrozado así una obra mía le habría dado de puñetazos. ¿Qué opinaría Heinrich Muller de mi integridad? ¡Integridad! Me eché a reír. Un huevo, la integridad. Yo no era nada, un cero. A la porra todo. Decidí comprarme unos pantalones. Todavía tenía cerca de cien dólares. Los malgastaría y olvidaría mis problemas con el despilfarro. Al fin y al cabo, ¿qué era el dinero?

En Goodwill seleccioné y me probé tres pantalones. No me quedaban del todo bien. Me miré en el espejo y vi el número, el cero. Una vergüenza en presencia de Heinrich Muller, el león de la literatura.

Atravesé el cruce de la Tercera con Hill, hacia Angel's Flight, subí al funicular y tomé asiento. Sólo había otra persona, una chica que leía un libro al otro lado del pasillo. Vestía con sencillez y no llevaba medias. Era más bien atractiva, pero no de mi estilo. Cuando el vehículo se puso en marcha, cambió de asiento. No tenía culo. Bueno, culo sí tenía, pero carente del esplendor del de Jennifer Lovelace. Sin nobleza, sin la grandiosidad de un ente de belleza. Sólo un culo, un culo vulgar y corriente. No era mi día.

Bajé del funicular en la cima de Angel's Flight y seguí andando por la Tercera, camino de la pensión donde vivía. Decidí tomar un café y fumarme un cigarrillo en el pequeño restaurante japonés que había unas casas más adelante. El café disolvió el pesimismo y me dirigí a la pensión. La encargada estaba tras el mostrador del vestíbulo. Lo primero en que me fijé fue en *The American Phoenix*. La revista estaba en el mismo sitio donde yo la había dejado tres semanas antes. Enfadado, me acerqué audazmente al mostrador y la cogí.

—No lo ha leído, ¿verdad que no?

Sonrió con hostilidad.

—No, no lo he leído.

—¿Por qué? —dije.

—Me aburrí. Leí el primer párrafo y ya no pude más.

Me puse la revista bajo el brazo.

—Me voy de aquí —dije—. Muy pronto.

—Como guste.

Me alejé por el pasillo. Mientras abría mi puerta con la llave, oí el chasquido de una cerradura al otro lado del pasillo. Se abrió la puerta y salió la chica del tranvía. Todavía llevaba el libro. Era *Nana*, de Zola. Me saludó con una sonrisa.

—Hola —dije—. No sabía que vivieras aquí.

—Acabo de instalarme.

—¿Trabajas cerca?

—Así podría decirse. —Puso cara sensual—. ¿Quieres que nos veamos?

—¿Cuándo?

—¿Qué tal ahora mismo?

Yo no la deseaba. No me atraía nada de ella, pero tenía que comportarme como un hombre. Tales situaciones sólo podían resolverse de una manera.

—Pues claro —dije.

Encendió en sus ojos la leve llama de la sensualidad y abrió la puerta del todo.

—¿A qué esperas? —dijo.

Vacilé. Ayúdame, Señor, me dije mientras cruzaba el pasillo y entraba en su habitación.

Me siguió y cerró la puerta.

—¿Cómo te llamas, cariño?

—Arturo —dije—. Arturo Bandini.

Me quitó la chaqueta.

—¿Cuánto? —añadí.

—Cinco.

Me dio la vuelta para que le diera la cara y empezó a desabrocharme la camisa. La dejó en una silla y se dirigió al cuarto de baño.

—Vuelvo en un minuto.

Entró en el baño y cerró la puerta. Me senté en la cama y me quité el resto de la ropa. Estaba ya desnudo cuando salió. Procuré ocultar mi decepción. Estaba limpia y se había bañado, pero en cierto modo no estaba pura. El culo le colgaba como un niño huérfano. Nunca compartiríamos un polvo. Mi presencia allí era una insensatez. Me asió el miembro y me condujo al cuarto de baño. Me lavó y enjabonó la entrepierna y sus dedos me masajearon con determinación, pero no hubo respuesta. Sólo podía pensar en Jennifer Lovelace y en el garbo de sus ijadas. Me secó, volvimos al dormitorio y nos echamos en la cama. Se estiró desnuda y yo me quedé junto a ella.

—Adelante —dijo.

Recorrí su vello púbico con el dedo.

—¿Te importa si leo? —añadió—. Pásame el libro.

Le di el libro, lo abrió por donde lo había dejado y se puso a leer. Yo me quedé allí, cavilando. Buen Dios, ¿y si mi madre entraba de pronto? ¿O mi padre? ¿O Heinrich Muller? ¿Dónde terminaría la cosa? Me señaló con la cabeza un frutero con manzanas que había en la mesita.

—¿Te apetece una manzana? —preguntó.

—No, gracias.

—Dame una, por favor.

Le di una manzana. Y así, leyó y comió.

—Vamos, cariño —dijo con zalamería—. Disfruta.

Bajé las piernas de la cama y me puse en pie.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz hostil.

—No te preocupes. Te pagaré.

—¿Quieres que te la chupe?

—No —dije.

Cerró el libro de golpe.

—¿Sabes qué te pasa, criatura? Que eres maricón. Eso es lo que te pasa. Que eres una loca. Conozco a los de tu clase.

Cogió mi chaqueta, los pantalones, los calzoncillos, los zapatos, los calcetines, corrió a la puerta y los arrojó al pasillo. Salí y me puse a recoger prendas.

—Te debo cinco dólares —dije.

—No, no me los debes. No me debes nada.

Busqué la llave en el bolsillo de la chaqueta. En mitad del pasillo, mirándome con los brazos cruzados, estaba la señora Brownell, la encargada. Giré la llave y entré corriendo en el cuarto.

Me sentí aliviado, salvado, rescatado. Fui a la ventana para contemplar la gran ciudad que se extendía a mis pies. Era como contemplar la totalidad del mundo. A lo lejos, hacia el suroeste, el sol rayaba el océano con franjas de luz celestial. Un mensaje de Dios. Una señal. El Niño Jesús en el pesebre, la luz de la estrella de Belén. Caí de rodillas.

—¡Oh, bendito Niño Jesús! —recé—. Gracias por haberme salvado en este día. Gracias por la ola de misericordia divina que me alejó de esa habitación de pecado. Yo te juro... que nunca más volveré a pecar. Recordaré tu gloriosa intercesión durante el resto de mi vida. Gracias, pequeño Hijo de Dios. De ahora en adelante seré por siempre tu más devoto servidor.

Hice la señal de la cruz y me puse en pie. Qué bien me sentía. Qué renovado con los sentimientos de la infancia. Tenía que ponerme en contacto

con Jennifer Lovelace. Me vestí y salí al vestíbulo. Llamé a Du Mont por el teléfono público.

—¿Qué te ha pasado? —dijo.

—Estoy en la pensión. ¿Cuál es el número de Jennifer Lovelace?

Me lo dio y lo anoté.

Volví a mi habitación y me senté ante la máquina de escribir. Tecleé durante quince minutos... dos páginas desgarradoras. Doblé las hojas, salí de la pensión, crucé la calle, entré en la cabina y llamé a Jennifer. Desdoblé las notas que había tomado mientras oía los timbrazos del teléfono.

—Diga. —Era ella.

—Jennifer, soy Arturo Bandini. —Silencio. El sudor me corría por la piel. La voz me temblaba—. Jennifer, quiero que me perdone. No sé por qué he destrozado su hermoso original. Ha sido sólo por inexperiencia. Soy un buen escritor, Jennifer. Puedo demostrárselo. Le enseñaré algunas obras mías. Así verá lo buen escritor que soy. No quería arruinar su original. No soy un crítico, Jennifer. Sólo obedecía las instrucciones de Du Mont. He cometido un error lamentable. ¿Me permitiría verla para explicárselo? Me gustaría hablarle de mi extraordinario talento. Por favor, Jennifer. Deme la oportunidad de explicar...

Había mucho más que decir, pero me interrumpió.

—¿Qué tal el domingo?

—Cualquier día, a cualquier hora. Cuando quiera.

Me dio sus señas de Santa Mónica y las anoté.

—Gracias, Jennifer. No lo lamentaré.

Colgó.

El sol me dio en la cara como un potente foco dorado y me despertó. Era domingo por la mañana y prometía ser un día brillante y glorioso. Me levanté de un salto, abrí la ventana de par en par y grité al mundo: ¡Hola a todos! ¡Buena suerte para todos! Un buen día, un nuevo día. Recordé a mi padre en Colorado, ante el fregadero de la cocina, una deslumbrante mañana de primavera, cantando con alegría mientras se afeitaba. «O sole mio». Me puse ante el espejo del lavabo y canté también. ¡Dios mío, qué bien me sentía! ¿Cómo era posible? Me comí dos naranjas para desayunar.

Con el elegante traje de Goodwill y el airoso sombrero, me puse el número de *The American Phoenix* bajo el brazo y partí con paso decidido a la conquista de una mujer. Y bajé por Olive Street aquella despejada mañana de domingo. La ciudad parecía desierta, la calle estaba silenciosa. Me detuve y escuché. Oí algo. Era el rumor de la felicidad. Era mi corazón latiendo suave y rítmicamente. Un reloj, eso era yo, una pequeña máquina de felicidad. Crucé la calle Quinta, hacia el Hotel Biltmore. Por la puerta giratoria entraba y salía gente bien vestida. Personas como yo, ataviadas elegantemente, la clase mejor. En la entrada principal había un portero de uniforme. Me dio la impresión de que medía tres metros cuando se cuadró ante mí para saludarme. Le devolví el saludo.

—¿Tiene usted hora, señor? —pregunté.

—Sí, señor. —Miró su reloj de pulsera—. Son las once en punto, señor.

—Gracias, señor.

Me acerqué al bordillo de la acera y miré la larga fila de taxis con el correspondiente conductor al volante. De repente se me ocurrió una idea. Iría a casa de Jennifer en taxi. Toda mi vida había querido ir en taxi, pero por diversas razones, todas económicas, no lo había hecho hasta entonces. Ahora podía hacerlo. Podía llegar con estilo. Iría volando a su casa, esperarí a que el taxista me abriera la portezuela y saldría como un príncipe. El portero se me acercó.

—¿Taxi, señor?

—Sí, por favor.

Abrió la portezuela del taxi más cercano y subí. El taxista volvió la cabeza para mirarme.

—¿Adónde, señor?

—A Santa Mónica. Al 1724 de la calle Dieciocho.

—Un trayecto muy largo —dijo.

—Eso carece de importancia —repliqué—. Carece totalmente de importancia.

El taxi se alejó de la acera, dobló a la derecha por la Séptima, luego a la derecha por Hope Street, hacia Wilshire Boulevard. Yo miraba la calle y los comercios, y sentía un nudo en la garganta. ¡Qué maravillosa ciudad! Mira cuánta gente guapa pasea con sus mejores galas al salir de las iglesias y se detiene ante los escaparates del esplendoroso bulevar. No cabía duda, era mi día, mi ciudad.

El taxista tenía razón. Un trayecto muy largo..., de siete dólares con veinte centavos. Me fijé en la cantidad cuando subió la bandera. Bajé del taxi y le di un billete de diez dólares. Me devolvió el cambio exacto, y lo conté. Luego se me ocurrió que lo acostumbrado también era dar propina. El taxista me miraba. Le di una moneda de diez centavos.

Torció el labio.

—Vaya, gracias.

Me volví a mirar la casa de Jennifer. Parecía sacada de Mother Goose, una fantasía victoriana amarilla y blanca con linternas en los dos extremos del primer piso. Las paredes de las linternas eran de madera tallada con espirales y volutas. Era una tarta nupcial, con todos los detalles menos los novios. Me senté allí con orgullo, en un recinto formado por altos abetos, extrañamente fuera de lugar, más bien propios del país de Oz. ¡La casa de Jennifer! Vi las cómodas butacas del porche y sonreí ante la idea de que su maravilloso trasero las había bendecido todas.

Salió a la puerta cuando yo subía ya las escaleras del porche.

—¡Hola! —dijo sonriendo—. Me alegro de que haya venido. Pase, por favor.

Abrió la puerta y entré. La habitación era deslumbrante. Piano de cola, sillones de lujo, gigantescos helechos bostonianos, lámparas de Tiffany y un gran retrato al óleo en la campana de la chimenea, una niña de largos tirabuzones. Me dejó observar detenidamente el retrato mientras me explicaba que era ella de pequeña.

—Tome asiento —dijo—. Mis padres están en misa. Volverán enseguida.

—¿Ha ido usted a misa esta mañana? —pregunté.

—Oh, sí. ¿Es usted católico?

—¿Qué, si no? —dije sonriendo—. La iglesia ha sido fundamental en mi familia durante generaciones.

—Entonces ¿ya ha ido a misa esta mañana?

—Naturalmente. Faltar a misa es un pecado mortal. Seguro que usted lo sabe.

—Desde luego —dijo con una sonrisa.

Me senté.

—La verdad es que esta mañana he tenido una especie de discusión teológica con mi confesor.

Antes de sentarse se alisó la parte trasera del conjunto deportivo amarillo. Sus nalgas encajaron en la silla como un bonito huevo en un nido.

—¿Cuál es su parroquia? —preguntó.

Sabía que en alguna parte de Los Ángeles tenía que haber una iglesia de la Virgen y contesté:

—La Virgen de Guadalupe.

—¿Verdad que es preciosa? —exclamó—. Me encanta esa iglesia.

—Suelo ir allí a rezar.

—Ha dicho usted algo sobre una discusión con su confesor. ¿A qué se refería?

—Se lo diré, pero sólo en el más estricto secreto. El sagrado secreto de la confesión.

Ahogó una exclamación y se puso la mano en el pecho.

—¿Puede? —preguntó.

—Debo —dije. Me retorcí las manos sobre los muslos y añadí—: ¿Recuerda usted la carnicería que hice con su original? ¿Ha olvidado que lo hice trizas sin tener en cuenta sus sentimientos? ¿Ha olvidado la ira que sintió al conocer el atropello?

Asintió solemnemente.

—Cuando me acerqué al confesionario —proseguí— y me encaré con el sacerdote, mi única pregunta era: ¿había cometido yo un pecado mortal al echar a perder su obra? ¿Era una ofensa grave contra la ley de Dios? ¿Me perdonaría el Altísimo? El sacerdote me miró a través de la rejilla, meditó un momento y dijo: «Profanar una obra artística, sea cual fuere, es un gravísimo pecado contra la ley de Dios».

Pareció muy impresionada y se puso en pie.

—¿Le apetece una Coca-Cola, señor Bandini?

—Sí, gracias.

Se alejó rápidamente hacia la cocina con el glorioso culo siguiéndola con cadencias de ritual.

Fui tras ella, sacó un par de botellines de la nevera y me dio una. Las abrimos y bebimos. Encima de la mesa había una cesta de merienda. Levanté la tapa y miré el interior.

—Es para nosotros —dijo.

—¿Vamos a algún sitio?

—A la playa.

—¿Al mar?

—Naturalmente.

—¿Nos bañaremos?

—Para eso está.

—No tengo bañador.

—Puede ponerse uno de mi hermano.

Terminamos los refrescos.

—Andando —dijo.

La seguí por la escalera trasera con la cesta de la merienda y llegamos al garaje, donde vi aparcado un Chevy de dos puertas. Dejé la cesta en el asiento posterior y me senté a su lado. Puso el motor en marcha, fuimos por el callejón hasta el cruce y se introdujo en el tráfico.

A kilómetro y medio de los muelles de Santa Mónica por la autopista del Pacífico había un puñado de chalecitos de playa, muy antiguos y castigados por el clima. Nos acercamos a la cuneta y bajamos. Siguiendo un sendero de tablas cruzamos una alta cerca, accedimos a un chalecito y entramos. Perteneecía a su familia. No era pretencioso; cocina, nevera, mesa y sillas. Pegados a la cocina había dos dormitorios. Entró en uno, salió con un traje de baño negro y me arrojó un bañador. Mientras me desnudaba, salió y echó a correr hacia las olas. Me quité la ropa a toda velocidad y fruncí el entrecejo al ver mi cuerpo blanco como un lirio. Tenía el matiz rosa de los cerdos y temía la cara de estupefacción que pondría cuando me presentase ante ella. Pero no puso cara de estupefacción. Estaba tumbada en la cálida arena y leía *The American Phoenix* con unas gafas negras de montura de concha.

El océano era impresionante. Olvidé mi pálido y deslucido cuerpo y lo contemplé extasiado. La playa estaba casi desierta. Unos niños pasaron corriendo, se detuvieron para mirarme, rieron por lo bajo y siguieron corriendo. Avancé con placer, dejando que las olas me alcanzaran poco a poco los dedos de los pies. Entré por etapas en aguas más profundas y empecé a nadar, vigorizado por la penetrante frialdad del oleaje. Colorado parecía

estar a una eternidad de allí. Mi madre habría vuelto ya de la iglesia y estaría preparando la comida. Seguro que pensaba en mí mientras yo pensaba en ella.

No podía apartar los ojos de Jennifer. Estaba absorta en la lectura de la revista y no me prestaba atención. Me puse delante de ella para llamar su atención.

—¡Mira!

Di una voltereta, luego otra, y otra. Sonrió vagamente y volvió a la revista. Sabía hacer más cabriolas, ya que había estado en el equipo de equilibristas de la Universidad de Colorado.

—¡Mira ésta!

Hice varias piruetas laterales. Levantó los ojos para mirarme y me dedicó una sonrisa distraída.

—¡Fíjate en esto!

Hice el pino y avancé cabeza abajo por el agua hasta que me llegó a los hombros. Entonces perdí el equilibrio. Me volví hacia la orilla. Jennifer se había ido. La vi alejándose por la arena y entrar en el chalecito. Fui tras ella.

Estaba sacando cosas de la cesta, lechuga, cebollas, tomates, los lavaba en la pila y los troceaba en un cuenco de madera. Se había puesto un delantal encima del deslumbrante bañador negro. Me quedé boquiabierto. Su figura era voluptuosa, tentadora, irresistible. Las manos me temblaron cuando encendí un cigarrillo y me dije que había llegado el momento. Ahora o nunca. No seas bobo. Muévete. Este momento no volverá a repetirse. Sé valiente. No puedes perder nada y puedes ganarlo todo. Me incorporé y me arrojé sobre ella, cayendo de rodillas y rodeándole la cintura con los brazos.

—Te amo —dije—. Te deseo.

Giró las soberbias caderas para eludir mi presa. Me aferré a ella como un tigre. Cogió el cuenco de la ensalada y me lo volcó encima de la cabeza. Sentí la lluvia de mahonesa, aceite de oliva y hortalizas mientras caía al suelo, arrastrándola conmigo.

—¡Idiota! —gritó—. ¡Suéltame! ¡Idiota chiflado!

Una inexplicable violencia se apoderó de nosotros y forcejamos y resbalamos en una pelea sin sentido. Lanzó un alarido cuando le di un mordisco en el culo. Se puso a gatas, consiguió librarse de mi abrazo, se arrastró hacia el dormitorio y cerró la puerta con el pie.

Me senté jadeando encima del pringoso aderezo de la ensalada. ¿Qué había hecho? En el revuelto suelo estaba el número de *The American Phoenix*, manchado de aceite y mahonesa. ¿Y ahora qué?, me pregunté. Vete, me dije. Huye. Sal de aquí. Me arrastré hasta un sillón y vi que tenía arañazos en el

pecho y en las piernas. El fin del mundo. Mi fin. El fin de mi amor. Se abrió la puerta del dormitorio y salió. Se frotaba con una toalla para limpiarse el aliño. No dijo una palabra.

—Perdona —dije.

—¡Hijoputa! —dijo. Cogió las llaves de la mesa y fue a la puerta—. Y otra cosa —dijo—, no existe ninguna iglesia de la Virgen de Guadalupe.

Salió. La seguí hasta la autopista. Subió al coche y se fue.

Quería llorar, pero mi propia estupidez me tenía aturdido. Volví al chalecito, me quité el bañador y me di una ducha fría. Me sequé, me vestí, cerré todas las puertas y volví a la autopista. Al otro lado de la calzada vi bañistas que bajaban por el empinado sendero del acantilado. Crucé la autopista y tomé aquel sendero. Así llegué a Ocean Avenue y a una parada de tranvías. Subí al primero que pasó y volví a la pensión.

Giraba la llave en la puerta cuando oí una radio al otro lado del pasillo. La canción era «Begin the beguine». Entré en mi cuarto, me quité la ropa y me puse el albornoz. Casi estaba ya oscuro, oscuro, solitario y erótico. Salí del cuarto, crucé el pasillo y llamé a su puerta. La radio dejó de sonar y ella dijo:

—Adelante.

Abrí la puerta.

Estaba estirada en la cama, sin más indumentaria que unas bragas rosas, leyendo *Nana*. Arrugó la frente.

—¿Qué quieres?

—Que follemos —dije.

Los días pasaron lentamente. Llegó agosto, tórrido y pegajoso. Una noche llovió. Los de la pensión salimos en tropel y nos quedamos en la calle recogiendo la lluvia con las manos. Un olor dulce impregnó Bunker Hill. La lluvia nos salpicaba el rostro. Luego cesó. Yo estaba desmochando un cuento y trabajaba con ahínco. Me llevé el trabajo a la oficina de Du Mont. Durante la jornada se acercó varias veces para ver lo que estaba escribiendo. De repente arrancó el folio de la máquina de escribir.

—Estás despedido —dijo. El viejo temblaba—. Coge tu cuento y vete.

Salí a la calle y me fui al teatro. Deambulé por Main Street hasta el Follies, en cuya iluminada marquesina destacaba el nombre de Ginger Britton. Estaba ya medio desnuda, columpiándose en las cortinas, con un culo que era un Rubens perfecto. Encontré un asiento en la primera fila y me la comí con los ojos. Estaba esplendorosa con aquel culo de potranca, castigando el escenario con los zapatos de tacón alto, dando la espalda al público, doblándose por la cintura para mirarnos entre sus piernas. Un indiscutible culicampeón mundial, incomparable, con una piel que resplandecía como la pulpa del melón. El largo cabello rojo le caía hasta las caderas, sus pechos de valquiria trazaban círculos desenfrenados. Los espectadores jaleaban y silbaban. Aquello me irritó. ¿Por qué eran tan vulgares, joder? Miraban una obra de arte con la misma actitud que un combate de boxeo. Era un sacrilegio. Cuando abandonó el escenario, el aplauso fue brutal, impresionante. No pude soportarlo y salí del teatro a toda prisa. Volví a la pensión encolerizado. Me senté a la máquina y escribí una carta a Ginger Britton:

Estimada Ginger Britton:

La amo. La he visto hoy y la amo con locura. La reverencio. Anhele conocerla, hablarle, cogerle la mano, tenerla en mis brazos y cubrirla de besos. Verla hoy bailar ha sido como una llama que me ha inflamado de pies a cabeza. ¡Qué no daría por llevarla a cenar a algún restaurante tranquilo, su rojo cabello en mi cara, sus labios húmedos de vino besando los míos! Sea amable conmigo, apreciada dama del Follies, y permítame visitarla alguna noche después del espectáculo. Tiemblo de amor.

Arturo Bandini

Firmé la carta, la metí en un sobre y la llevé al vestíbulo. La señora Brownell estaba tras el mostrador. Le pedí un sello. Por la puerta de sus dependencias salía un aroma embriagador.

—¿Qué es? —pregunté olisqueando.

—Pastel de carne —dijo—. Acabo de sacarlo del horno.

—Huele a gloria.

—¿Quiere un poco?

Era el primer comentario cordial que oía de sus labios. Miré sus claros ojos azules y me admiró su mutación. Ante mí tenía a una persona realmente hospitalaria y no la bruja a la que me había acostumbrado.

—Gracias, señora Brownell. Será un placer.

Me invitó a entrar. Me quedé mirando lo que había a mi alrededor. Era una habitación de portera, con cocina, nevera, mesa de desayuno, un par de sillas y un sofá cama.

—Siéntese, señor Bandini.

Me senté a la mesa y la miré mientras cortaba un trozo de un gran pastel de carne. No era joven. Tal vez cincuenta y cinco años. Vista de cerca, su figura era graciosa y bien formada. Incluso tenía un culo que prometía. Puso el trozo de pastel en un plato hondo y le echó brandy por encima.

—Es curioso —dijo—. Todo el caluroso día he estado pensando en el pastel de carne. Ahora sé por qué. —Sonrió, enseñando una dentadura perfecta, y me puso el plato delante. Me dio una cuchara y lo probé. Debí de comer muy aprisa, porque pronto me sirvió otro trozo. Era un pastel muy recio, pero me encantó, y sorbí el brandy como si fuera caldo, y sentí un calor fuerte en el estómago. De pronto todo estaba confuso y yo borracho. Oí que la señora Brownell hablaba de Kansas y de una cena de Acción de Gracias en una granja de las afueras de Topeka, la historia de sus hermanos y de cómo su padre se fugó con una mujer de Wichita.

Desperté en la cama. No en la mía, en la de la señora Brownell. Yo estaba boca arriba junto a la pared. A mi lado dormía la señora Brownell. Llevaba un camisón blanco y gorro de dormir. Yacía de costado, de cara a mí, aferrada a mi brazo con ambas manos mientras roncaba musicalmente. El reloj de la mesita señalaba las tres de la madrugada. Cerré los ojos y volví a dormirme.

Helen Brownell y yo nos llevábamos bien. El paso a su habitación resultaba cómodo todas las noches. A veces me sonreía cuando me sentaba y me quitaba los zapatos. Otras no me hacía caso, como si me aguardara. Yo era su

pequeño campeón, decía, porque yo era un individuo bajo y no más robusto que su marido, un contable que había muerto hacía cinco años. Cuando llegaba la hora de cerrar, desaparecía en el cuarto de baño para desnudarse y luego salía con el camisón de muselina y el gorro de dormir. Apagaba la luz del baño y se acostaba a mi lado. Compartíamos la oscuridad, es decir, a veces. A veces la sobaba un poco y ella respondía. Pero casi siempre como otro miembro de la familia, como una tía soltera, como mi tía Cornelia, que vivía con nosotros cuando yo era pequeño y que odiaba a los niños. Por la mañana me despertaba el tocino friéndose y la veía ante la cocina, preparándome el desayuno.

—Buenos días —decía yo.

—Hora de desayunar, pequeño campeón —respondía ella.

A veces venía a darme un beso en la frente. Debía de saber que no tenía un centavo, porque casi todos los días me encontraba un par de dólares en el bolsillo. Yo quería fregar los platos, pero no me dejaba. Comido y descansado, me iba a mi habitación y me enfrentaba con el negro monstruo mecanográfico que me miraba con su blanca dentadura mellada. A veces escribía diez páginas. No me gustaba eso, porque sabía que siempre que era prolífico apestaba. Apestaba la mayoría de las veces. Tenía que tener paciencia. Sabía que llegaría. ¡Paciencia! Era la más humilde de mis virtudes.

Cierto día hubo una sorpresa en el correo. La carta centelleó en mis manos. La reconocí al momento. Era una carta de Ginger Britton, perfumada con esencia de gardenias. Me encerré con ella en mi cuarto, me senté en la cama y la abrí, una carta escrita por una mano señorial con una caligrafía elegante. Ginger Britton me daba las gracias por mi nota. Agradecía todo lo que le había escrito y estaba complacida. Por desgracia no podía cenar conmigo, porque estaba segura de que su marido no lo permitiría, pero me animaba a frecuentar el Follies para ver su espectáculo. Amaba mi carta. La había emocionado profundamente. Siempre la conservaría.

Desplegué la cuartilla y me la puse en la cara para aspirar el perfume de sus gardenias. La apreté contra mis labios y gorjeé de gratitud. Da, da, da, murmuré. ¡Oh, Ginger Britton, cuánto te quiero! Da da da.

Estaba en la primera fila del Teatro Follies cuando se levantó el telón para representar el número de variedades. Salió a escena con todo el reparto y yo me desplomé en la butaca con gratitud. Había ido con un plan en la cabeza: susurrarle, saludarla, enviarle un beso, pero cuando miré a mi alrededor todas las caras se me antojaron la de su marido y no tuve valor. Levanté los ojos para mirarla a la cara. Estaba sonriéndome. Me había reconocido. *Supe* que

me había reconocido y en su sonrisa había una expresión de intimidad que me dio escalofríos, y agité en el aire dos o tres dedos para indicarle cobardemente que me había dado cuenta. Acto seguido acometió su número, dándose la vuelta en mitad del escenario y doblándose para mirar al público entre sus piernas, y en aquella postura volvió la cara hacia mí y me sonrió de modo manifiesto. Miré a mi alrededor con nerviosismo. Ningún espectador me prestaba la menor atención, sólo un hombre sentado dos filas más atrás, un negro de aire tosco, duro y ceñudo que me miraba fijamente. Intuí problemas, me levanté y salí a la calle. O el negro era su marido o era otro admirador que también le había escrito.

Al volver a Bunker Hill pasé por Pershing Square. Era una noche cálida y el parque resplandecía bajo las farolas. La gente estaba sentada en los bancos disfrutando de la fresca calma tras el caluroso día. En el centro de la plaza había un banco ocupado por ajedrecistas. Había cuatro jugadores a ambos lados de la larga mesa, todos con un tablero delante. Jugaban simultáneas rápidas, ocho jugadores midiéndose con un solo hombre, un anciano, un escandaloso, insolente e inteligente individuo en mangas de camisa que bailoteaba de jugador en jugador, movía una pieza, profería una injuria y pasaba al jugador siguiente. En cuestión de minutos dio mate a los ocho adversarios y se embolsó los veinticinco centavos de la apuesta. Mientras los contrariados perdedores se iban, el viejo, que se llamaba Mose Moss, exclamó:

—¿Quién es el siguiente? ¿Quién cree ser un gran jugador de ajedrez? Ganaré a todos los que se presenten, de uno en uno, de dos en dos, de diez en diez. —Se volvió y se quedó mirándome—. ¿Qué haces ahí? —gritó—. ¿Quién coño te crees que eres? ¿Tienes un par de monedas? Siéntate y apuéstalas, niño cagón. ¡Voy a sacarte los higadillos!

Me di la vuelta.

—¡Eso es! —prosiguió—. ¡Cobarde de mierda! ¡Sabía que eras un cagueta en cuanto te eché el ojo encima!

Alrededor de la gran mesa había ya otra tanda de ajedrecistas. Había siete. Hacía dos años que no jugaba al ajedrez, pero había sido un buen jugador en Colorado, incluso había ganado un torneo organizado por el club de ajedrez. Sabía que podía defenderme frente a aquel viejo lenguaraz, indignante y cabrón, pero no sabía si podía derrotar su escatológico ataque. Me dio una palmada en la espalda.

—Siéntate, criatura. Aprende algo sobre ajedrez.

Fue la gota que desbordó el vaso. Saqué un cuarto de dólar del bolsillo, lo puse en la mesa y me senté.

Me ganó, a mí y a los otros, en diez movimientos. Las víctimas nos levantamos de la mesa mientras él recogía las monedas y las hacía tintinear en el bolsillo.

—¿Ya ha terminado? —dijo—. ¿He vuelto a ganar?

Arañé otro cuarto de dólar, pero los otros jugadores ya habían tenido bastante. Mose Moss se sentó frente a mí y empezamos a jugar. Encendió un cigarrillo.

—¿Quién te enseñó, muchacho? ¿Tu madre?

—Tú mueves, hijoputa —dije.

—Ahora pareces un ajedrecista de verdad —dijo moviendo un peón. Me venció en doce movimientos. Encontré otro cuarto. Volvió a derrotarme con rapidez y rotundidad. No había manera de ganar al viejo. Entonces empezó a jugar conmigo. Fue cruel. Fue brutal. Fue sádico. Jugó sin reina y perdí. Luego jugó sin reina, sin alfiles y sin caballos, y volví a perder. Por último jugó sólo con los peones. A nuestro alrededor había ya tres círculos de mirones que se tronchaban de risa mientras sus peones machacaban mis piezas y me hacía otro jaque mate. Me quedaba un cuarto. Lo puse en la mesa. Mose Moss se frotó las manos y sonrió con bondadoso aire triunfal.

—Te diré lo que voy a hacer, muchacho. Voy a dejar que ganes. Vas a hacerme jaque mate.

El público aplaudió, se acercó más. Cuarenta personas apelotonadas a nuestro alrededor. Le bastaron unos veinte movimientos para eliminarme, y eso que movió las piezas de tal manera que me fue imposible no hacerle jaque mate. Estaba cansado, frustrado y con tristeza en el alma. Me dolía el estómago y me ardían los ojos.

—He terminado, Mose —dije—. Era mi último cuarto.

—Tienes crédito —dijo—. Pareces un muchacho honrado. Eres un idiota de mierda, pero pareces honrado.

Aunque aturdido, me puse a jugar, demasiado confuso para irme, demasiado avergonzado para ponerme en pie y abandonar. De repente hubo una conmoción. Los mirones desaparecieron. La policía hizo su entrada en escena. Detuvieron a un par de personas y a Mose y a mí nos metieron a empujones en el furgón. Nos llevaron al calabozo, a seis de nosotros, y nos pusieron en fila ante la mesa del sargento, acusados de vagancia. Después de ficharnos nos condujeron a la celda de los borrachos. Yo seguí a Mose, que parecía conocer la rutina. Nos sentamos en un banco y pregunté a Mose qué pasaría después.

—Diez dólares o cinco días —dijo—. Que les den por culo. Juguemos al ajedrez.

Horrorizado, vi que sacaba del bolsillo trasero un juego en miniatura; pusimos las piezas en su sitio y empezamos la partida. Mose era incombustible. Mis ojos se negaban a abrirse. Me dormía con la barbilla

apoyada en el pecho. Me zarandeaba para despertarme cuando me tocaba mover. Las apuestas eran ya de cantidades astronómicas. Le debía quince mil dólares. Doblamos. Volví a perder y mientras Mose trataba de despertarme, resbalé del banco y me quedé dormido en el suelo. Oí sus últimas palabras:

—Me debes treinta mil dólares, cabrón.

—Ponlos en la cuenta —dije.

Dormía. Percibía vagamente los sonidos nocturnos que se producían a mi alrededor, ronquidos, pedos, gemidos, arcadas, murmullos en sueños. Hacía frío en la celda. La aurora gris se arrastró por la ventana. La luz del día llegó poco a poco. A las seis, el carcelero golpeó las rejas con la porra.

—Todo el mundo a prepararse para los juzgados de Sunrise —gritó—. Tenéis cinco minutos para hacer una llamada.

Seguí a Mose por el pasillo hasta una sala de espera con teléfonos en la pared. Eran teléfonos públicos. Rebusqué en los bolsillos para sacar una moneda de diez centavos. No tenía ninguna en absoluto. Mose estaba delante de mí, hablando por teléfono. Cuando colgó me acerqué a él.

—Préstame diez centavos —dije.

Frunció el entrecejo.

—Joder, criatura —dijo—. Si ya me debes treinta de los grandes.

—Te pagaré, Mose —dije en son de súplica—. Hasta el último centavo. Créeme.

Rebuscó en el bolsillo y sacó un puñado de monedas plateadas.

—Coge una.

Cogí una de diez centavos y fui al teléfono. Marqué el número de la pensión. Contestó la señora Brownell.

—Estoy en los juzgados de Sunrise —le dije—. ¿Puedes pagar la fianza? Son diez dólares.

Hubo un silencio.

—¿Tienes problemas?

—No, pero estoy a cero.

—Voy enseguida. —Y colgó.

Estaba en la sala del tribunal cuando llegamos los detenidos. Dijeron mi nombre y me acerqué al estrado. El juez no me había visto nunca, ni siquiera me miró.

—Está acusado de vagancia. Diez dólares o cinco días. ¿Cómo se declara?

—Culpable —dije.

—Pague al alguacil —dijo—. Siguiente.

Mientras iba a la mesa del alguacil, la señora Brownell se levantó y se puso a mi lado. Abrió el bolso y dio al alguacil un billete de diez dólares. Me incliné sobre el escritorio y firmé un recibo. La señora Brownell se alejó por el pasillo con viveza. Corrí para alcanzarla.

—Gracias —dije.

Eché a correr hacia la puerta principal y bajó por la escalinata hasta la acera, donde tenía el coche aparcado. Subí y el coche dio una sacudida cuando lo puso en marcha.

—Agradezco lo que has hecho —dije. Me miró con resentimiento.

—¡Delincuente! —dijo. Guardamos silencio mientras subimos por Temple Street y doblamos hacia Bunker Hill. Aparcó en un espacio vacío, próximo a la pensión.

—Yo no he cometido ningún delito —le expliqué—. Me han fichado por jugar al ajedrez, eso es todo.

Estaba huraña.

—Y ahora tienes antecedentes penales.

—Mierda —dije.

Bajamos del coche y fuimos a la pensión. Cruzamos su despacho y entramos en sus habitaciones. Se metió en el cuarto de baño y abrió el grifo del agua caliente. Las nubes de vapor entraron en la salita.

—Vas a darte un baño —dijo—. Vas a quitarte de encima toda la mierda, la suciedad y la porquería carcelaria, los piojos, las pulgas y las chinches.

Dejé caer la ropa en el suelo, recogió las prendas como si fueran animales muertos y las metió en la cesta de la colada. El agua estaba caliente y jabonosa, me hundí hasta el cuello y dejé que la bondad del calor me penetrara. La señora Brownell se inclinó sobre mí con una manopla y un trozo de jabón blando. Puso jabón en la manopla y empezó a restregarme. La manopla entró en mis oídos hasta que grité.

—Suciedad —dijo—. ¡Mira la suciedad! ¿No te da vergüenza?

Me hundió la manopla en la entrepierna y volví a gritar.

—Vete —dije—. Déjame en paz.

Me arrojó la manopla a la cara.

—¡Delincuente! —dijo—. ¡Presidiario!

Se dio la vuelta y me dejó en paz. Me sequé, me puse los calzoncillos y fui a la cocina. Estaba ante el fogón, preparándome el desayuno, de espaldas a mí. Hombre versado en culos como soy, advertí inmediatamente la contracción de sus nalgas, síntoma inequívoco de cólera en una mujer. La

experiencia me había enseñado que debía tener mucha precaución cuando se producía un cambio tan espectacular en la retaguardia, y me senté en silencio. Era como estar en presencia de una serpiente enroscada. Llevó el jamón y los huevos a la mesa y me puso el plato delante con un golpe. Sonó el teléfono. La oí contestar.

—Para ti —dijo.

Fui al teléfono. Era Harry Schindler, el director de cine. Era un viejo amigo de H. L. Muller. Había conseguido mi dirección a través de Muller y estaba impaciente por hablar conmigo.

—¿De qué?

—¿Has escrito alguna vez para el cine?

—No.

—Eso está bien —dijo Schindler—. ¿Quieres un empleo?

—¿Para hacer qué?

—Para escribir un guión.

—No sé cómo se hace.

—No importa —dijo Schindler—. Yo te enseñaré. Reúnete conmigo en Columbia Pictures mañana por la mañana, a las diez.

Volví a la salita de la señora Brownell y me senté. Era obvio que había escuchado la conversación.

—Puede que me den un trabajo en el cine.

—Al menos irás limpio —dijo.

Le miré el trasero. Seguía contraído. Comí rápidamente y volví a mi habitación.

La señora Brownell me dio una serie de indicaciones por la mañana y tomé el autobús de Sunset hasta Gower Avenue. Los estudios ocupaban media manzana. Subí en el ascensor al tercer piso y busqué el despacho de Schindler. Su secretaria estaba sentada tras un escritorio, leyendo una novela. Era rubia, peinada con austeridad, con un moño en el cogote. Tenía las cejas doradas y sus ojos eran topacio puro, hostiles, nada cordiales.

—¿Sí? —preguntó.

Le dije mi nombre. Se levantó y fue a la puerta del despacho de Schindler. Llevaba un vestido de terciopelo verde. Inmediatamente vi su sensacional trasero, un auténtico corazón hollywoodense. Se movía como una serpiente, una culebra de las grandes, una lujuriosa boa constrictor. Me gustó mucho. Llamó a la puerta de Schindler y la abrió.

—El señor Bandini —anunció.

Schindler se levantó y nos dimos la mano.

—Siéntate —dijo—. Estás en tu casa.

Era un hombre bajo, con forma de proyectil, pelo cortado al rape y un puro sin encender en la boca.

—He leído todas las historias que has publicado —dijo—. Tienes mucho estilo, chaval. Eres exactamente lo que necesito. ¡H. L. Muller ataca de nuevo! —Se echó a reír—. H. L. Muller y yo somos viejos amigos. Trabajábamos juntos en el *Baltimore Sun*. Hace veinte años que lo conozco.

—Ya le dije que nunca había escrito para el cine. No espere mucho.

—Déjame eso a mí —dijo Schindler.

—¿En qué ha pensado usted exactamente?

—De momento en nada. Primero acostúmbrate al lugar. Aclimátate. Oriéntate. Lee algunos guiones míos, ve algunas películas mías. Conoce a los demás guionistas de este piso: Benchley, Ben Hecht, Dalton Trumbo, Nat West. Estás en buena compañía, muchacho.

—¿Trabaja aquí Sinclair Lewis? —pregunté.

—Ojalá. ¿Por qué? ¿Conoces a Lewis?

—Es mi escritor americano favorito.

—Y un buen amigo de H. L. Muller —dijo sonriendo. Apretó un botón y entró la secretaria.

—Instala al señor Bandini en el otro despacho —le dijo Schindler—. Arréglalo para que vea mis películas, y consíguele algunos guiones míos.

Nos estrechamos la mano.

—Buena suerte, Bandini. Juntos haremos grandes cosas.

—Eso espero.

Me di la vuelta.

—A propósito —dijo—. ¿Se conocen?

Yo dije que no y la chica no dijo nada.

—Arturo —dijo Schindler—, te presento a tu secretaria, Thelma Farber.

Sonreí a Thelma.

—Hola.

No estuve seguro, pero me dio la sensación de que la chica torcía el labio. Dio media vuelta y salió, y yo seguí las ondulaciones de la boa en su vestido de terciopelo verde. Atravesamos el vestíbulo y entramos en un despacho adjunto. Miré a mi alrededor. Un escritorio, un par de sillas, un sofá, una máquina de escribir y unos estantes vacíos.

—Muy bien —dije—. ¿Qué hago ahora?

—Usted sabrá —dijo, saliendo inmediatamente y cerrando la puerta. Me pregunté qué le pasaría. Abrí la puerta. Estaba tras el escritorio, leyendo su novela.

—Eh —dije. Levantó los ojos—. ¿Eres tan simpática con todo el mundo?

Sonrió dulcemente.

—Con todo el mundo no.

Lo que Harry Schindler quería de mí era un misterio insondable. Pasaba los días leyendo sus guiones, una docena, uno por día, y ninguno me interesó. Era un especialista en películas de gánsters, y si uno se fijaba bien, descubría que todos los guiones eran básicamente el mismo, la misma trama, los mismos personajes, la misma moraleja. Los leí y los dejé a un lado. A veces salía del despacho y paseaba por los pasillos. En todas las puertas de los despachos había placas con nombres famosos: Ben Hecht, Tess Slessinger, Dalton Trumbo, Nat West, Horace McCoy, Abem Candel, Frank Edgington. A veces veía a alguno entrando o saliendo. Todos me parecían iguales. Yo no los conocía y ellos no me conocían a mí. Un día, a la hora del almuerzo, subí al comedor privado de la élite, donde se reunían guionistas y directores. Me senté a una larga mesa y me encontré entre John Garfield y Rowland Brown, el director. Para romper el hielo le dije a Garfield:

—Páseme la sal, por favor.

Me la pasó sin abrir la boca. Me volví a Brown y pregunté:

—¿Hace mucho que está aquí?

—Joder, sí —dijo, y eso fue todo. La culpa no la tenía él, me dije. La tenía yo, un inadaptado social, intimidado, falto de confianza. No volví por allí.

Un día que paseaba por el pasillo del tercer piso vi a un hombre sentado tras una máquina de escribir en el despacho de Frank Edgington. Era un inglés alto que fumaba en pipa.

—¿Es usted Frank Edgington? —pregunté.

—El mismo.

Me acerqué al escritorio y le tendí la mano.

—Soy Arturo Bandini. También soy escritor. Trabajo para Harry Schindler.

—Bienvenido al manicomio —dijo Edgington.

—¿En qué está trabajando? —pregunté.

—En una mierda. ¿Sabes jugar a los palillos chinos?

—Claro —dije.

—¿Jugamos?

—Claro.

Sacó de un cajón una caja de palillos chinos y empezamos a jugar. Las grandes y huesudas manos de Edgington no eran las más indicadas para un juego tan delicado. Yo tampoco era bueno. Pasamos la tarde jugando, matando el tiempo. Edgington era de la Costa Este. Había colaborado en el *New Yorker* y en *Scribner's*. Detestaba Hollywood. Hacía cinco años que estaba en el mundo del cine y aborrecía cada segundo que había pasado allí.

—¿Por qué no se va? —pregunté—. Si tanto lo detesta, ¿por qué no vuelve a Nueva York?

—Por el dinero. Me gusta el dinero.

Bajamos al drugstore y pedimos Coca-Cola.

—¿Está usted casado, Edgington?

—Tres veces —dijo.

—Deben de gustarle mucho las mujeres.

—Ya no. ¿Y tú? ¿Estás casado?

—No.

—Eres inteligente. Vamos a seguir jugando.

Volvimos a su despacho y jugamos a los palillos chinos hasta las cinco en punto.

—Vamos a cenar —dijo—. Invito yo.

Edgington tenía un largo Cadillac negro. Fuimos a MussoFrank's. Conocía a mucha gente, sobre todo guionistas. Bebimos mucho, Edgington whisky escocés y yo vino. Después de cenar y de beber durante otras dos horas, estábamos completamente borrachos. Me miró con ojos grises vacilantes.

—Vamos a echar un polvo —dijo.

—No, no lo necesito.

De repente se puso furioso y golpeó la mesa con el aire estupefacto de los borrachos.

—Todo el mundo lo necesita —exclamó, dándose la vuelta para dirigirse a los que estaban en las mesas contiguas—. Venga, todos a echar un polvo.

Tres camareros rodearon inmediatamente nuestra mesa y nos condujeron a empujones a la puerta trasera y al aparcamiento. Edgington se dejó caer con cansancio en el suelo de hormigón, yo me senté a su lado y encendí un cigarrillo. Contrajo la cara con desprecio.

—Dios mío, cuánto detesto esta ciudad —dijo—. Salgamos de aquí. Vámonos a Nueva York.

—No quiero ir a Nueva York, Frank. Lléveme a mi casa.

Se levantó trastabillando y se dirigió al coche dando traspiés. No me gustó el cariz de la situación.

—¿Está bastante sobrio para conducir?

—Sube —dijo—. Confía en mí.

Se puso al volante, rodeé el coche hasta la otra portezuela y me senté a su lado. Se inclinó y apoyó la cara en el volante. Esperé un momento mientras lo observaba. Empezó a roncar. Estaba profundamente dormido. Lo dejé allí, bajé del coche en silencio, fui andando hasta Hollywood Boulevard y allí tomé el tranvía rojo hasta Bunker Hill.

Frank Edgington y yo nos hicimos amigos. A él le gustaba el lado golfo de Hollywood, los bares, los callejones del sur de Hollywood Boulevard. Me gustaba acompañarlo a los locales que jalonaban El Centro: McCadden Place, Wilcox y Las Palmas. Bebíamos cerveza y jugábamos a las máquinas del millón. Edgington era un adicto a estas máquinas, un devoto incansable que no paraba de beber cerveza y de darle a los pulsadores. A veces íbamos al cine. Conocía todos los buenos restaurantes, y comíamos y bebíamos bien. Los fines de semana recorríamos la cuenca de Los Ángeles, los desiertos, las colinas, los municipios periféricos, el puerto. Un sábado fuimos en coche a Terminal Island, una lengua de arena blanca en el puerto. Las fábricas de conservas estaban allí y vimos las estropeadas casas costeras donde vivían filipinos y japoneses. Era un lugar encantado, solitario, decrepito, pintoresco. Me vi en una de aquellas chabolas con la máquina de escribir. Anhelaba la oportunidad de trabajar allí, de escribir en aquel lugar solitario y desolado, donde la arena casi cubría las calles, y los porches y vallas oscilaban a merced del viento. Le dije a Frank que quería vivir y escribir allí.

—Estás loco —dijo—. Esto es un barrio de mala muerte.

—Es maravilloso —dije—. Me inspira calidez.

En los estudios cultivábamos otra obsesión de Frank Edgington: los juegos infantiles. Jugamos a los cuatro cincos, al burro, al parchís y a las damas chinas. Apostábamos bajo, sólo cinco centavos por partida. Cuando Frank estaba solo trabajaba en un cuento para el *New Yorker*. Cuando yo estaba solo me quedaba en el despacho pensando en Thelma Farber. Era impenetrable. A veces incluso me negaba el saludo, y yo me quedaba completamente chafado y resoplando. Harry Schindler pidió sus películas antiguas y Thelma y yo nos sentamos a verlas en la sala de proyección. Quise

sentarme a su lado e inmediatamente se puso dos asientos más allá. Era una zorra, irrazonablemente hostil. Me sentía un gusano.

Al cabo de dos semanas recibí la primera paga, seiscientos dólares. Era una suma impresionante. ¡Trescientos dólares a la semana por no hacer nada! Llamé a la puerta de Schindler y le di las gracias por el cheque.

—Perfecto —dijo con una sonrisa—. Queremos que estés contento. Ésa es la idea.

—Pero no estoy haciendo nada. Me voy a volver loco. Deme algo para escribir.

—Lo estás haciendo bien. Te necesito para las emergencias. Necesito un hombre de repuesto, alguien con talento. No te preocupes por nada más. Estás haciendo un gran trabajo. Conserva la calidad. Cobra el cheque y pásatelo bien.

—Déjeme que le escriba una película del Oeste.

—Todavía no —dijo Schindler—. Limítate a hacer lo que estás haciendo y lo demás déjame a mí.

De repente me atraganté. Tenía ganas de llorar. Di media vuelta y salí, pasé junto a Thelma como una bala y entré en mi despacho. Me senté a la mesa llorando. No quería limosnas. Quería deslumbrar con mi escritura, redondear frases elegantes y encontrar joyas emocionales para que las viera Schindler. Reprimiendo los sollozos, salí al pasillo, entré en el despacho de Edgington y me dejé caer en una silla.

—¿Qué coño te pasa? —preguntó Edgington.

Se lo conté.

—No me dejan escribir —dije—. Schindler no me encarga nada. Me voy a volver loco.

Edgington tiró el lápiz al otro lado de la habitación, con asco.

—Pero ¿qué coño te pasa? En estos estudios hay guionistas que llevan meses sin garabatear una línea. Ganan diez veces más que tú y no paran de reír mientras van al banco. Tu problema es que eres un pueblerino de mierda. Si tan poco te gusta lo que hay en esta ciudad, deja de joder y vuelve a la aldea de donde salisteis todos los macarronis. ¡Me tienes hasta los huevos!

Lo miré con gratitud. Me eché a reír.

—Frank —dije—. Eres una gran persona.

—Vete y no peques más.

Bajé a Gower Street, subí hasta Sunset, crucé la calzada y entré en el Banco de América, donde hice efectivo el cheque. Salí con una sensación desconocida, de júbilo resentido. A media manzana había una tienda de

coches usados. Encontré un Plymouth de segunda mano por trescientos dólares y me lo llevé. Era un hombre nuevo, un guionista de Hollywood que había triunfado sin escribir una sola línea. El futuro no tenía límites.

Edgington me invitó a cenar unas noches después.

—El mejor restaurante de la ciudad —dijo.

Dejamos mi coche en el aparcamiento de los estudios y nos fuimos en el Cadillac de Frank. Seguimos por Beverly Boulevard hasta Doheny y dejamos el coche en el aparcamiento de un restaurante cercano. Era Chasen's. Antes de entrar, Frank me arregló la corbata.

—Es un antro de clase alta —dijo—. No quiero que me pongas en evidencia.

Entramos. Había una pequeña barra en la entrada; detrás estaba el comedor principal. Ocupamos un par de taburetes y pedimos sendas bebidas. Frank conocía a todo el mundo, como siempre. Le dio la mano a Dave Chasen y me presentó.

—Mucho gusto en conocerlo —dijo Chasen con una sonrisa, y se volvió con premura para recibir a un hombre que, acompañado de dos mujeres, entraba en aquel momento. Se quedaron hablando unos segundos.

Frank me dio un codazo.

—Adivina quién está aquí —dijo.

Me volví y observé al hombre y a sus dos acompañantes.

—¿Quién es? —susurré mientras el trío avanzaba y entraba en el comedor.

—Sinclair Lewis —dijo Frank.

La sorpresa me hizo escupir la bebida.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Claro que estoy seguro. —Hizo una seña a Chasen, que volvió a reunirse con nosotros—. ¿Quién era el tipo que iba con las dos mujeres? —le preguntó.

—Sinclair Lewis —dijo Chasen.

—Dios Santo —dije—, ¡el escritor más grande de América! —Bajé del taburete de un salto y me dirigí a las cortinas que nos separaban del comedor. Las aparté y vi al camarero instalando a Lewis y a sus amigas en un reservado.

No podía detenerme. Avancé con decisión entre las mesas hacia el mayor autor de Estados Unidos. Era un impulso ciego y frenético. Cuando me di

cuenta estaba ante el reservado de Lewis. Absorto en la conversación con las mujeres, ni siquiera me vio. Sonreí a su raleante cabello rojo, a su cara más bien pecosa, a sus largas y delicadas manos.

—Sinclair Lewis —dije.

Los tres levantaron los ojos para mirarme.

—Es usted el novelista más grande que ha producido este país en toda su historia —barboté—. Lo único que quiero es estrecharle la mano. Me llamo Arturo Bandini. Escribo para H. L. Muller, su mejor amigo. —Alargué la mano—. Es un placer conocerlo, señor Lewis.

Me miró fijamente y con perplejidad, sus ojos eran azules y fríos. Mi mano seguía allí, estirada por encima de la mesa que nos separaba. No la estrechó. Se limitaba a mirarme, y las mujeres también me miraban. Lentamente retiré la mano.

—Un placer conocerlo, señor Lewis. Lamento haberlo molestado. —Me volví horrorizado, con las tripas fuera, me alejé a buen paso entre las mesas y volví a la barra con Frank Edgington. Me sentía furioso, destrozado, abochornado, humillado. Cogí el whisky con soda de Frank y me lo bebí de un trago. El camarero y Frank cambiaron una mirada.

—Dame papel y lápiz, por favor.

El camarero me puso delante un lápiz y un cuaderno. Respirando hondo, escribí con mano temblorosa:

Estimado Sinclair Lewis:

Antes era usted un dios, pero ahora es un cabrón. Antes lo veneraba, lo admiraba y ahora no es usted nada. Fui a darle la mano porque sentía adoración por usted, Lewis, un gigante entre los escritores americanos, y usted la rechazó. Juro que no volveré a leer ni una sola línea suya. Es usted un grosero y un maleducado. Me ha decepcionado. Le hablaré a H. L. Muller de usted y de cómo me ha dejado en ridículo. Se lo contaré al mundo.

Arturo Bandini

P. D. Espero que se le atragante el filete.

Doblé la nota e hice señas a un camarero. Se acercó. Le di el papel.

—¿Tendría la bondad de entregárselo a Sinclair Lewis?

Lo cogió y le di una propina. Entró en el comedor. Me quedé en las cortinas y lo vi acercarse a la mesa de Lewis. Le dio la nota. Lewis la sostuvo ante sí unos momentos, luego se puso en pie de un salto, miró a su alrededor, llamó al camarero. Salió del reservado y el camarero estiró el brazo hacia mí. Lewis, servilleta en mano, avanzó a zancadas hacia las cortinas. Salí disparado de allí, corrí a la puerta principal y salí a la calle en dirección al aparcamiento, llegué al Cadillac de Frank y salté al asiento trasero. Veía la

calle desde allí y en aquel momento apareció Lewis en la acera, nervioso, empuñando todavía la servilleta. Miró a su alrededor con agitación.

—¡Bandini! —gritó—. ¿Dónde estás? Soy Sinclair Lewis. ¿Dónde estás, Bandini?

Me quedé quieto. Al cabo de unos momentos volvió al restaurante. Me dejé caer en el respaldo, exhausto, desconcertado, sin conocerme a mí mismo ni mis posibilidades. Sentía dudas, vergüenza, resquemor, pesar. Encendí un cigarrillo y aspiré el humo con avidez. Al poco rato salió Frank Edgington del restaurante y vino al coche. Se apoyó en la portezuela y me miró.

—¿Estás bien?

—Bien —dije.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé.

—¿Qué decía esa nota que has escrito?

—No lo sé.

—Estás loco. ¿Quieres comer?

—Aquí no. Vamos a otro sitio.

—Como quieras. —Se puso al volante y arrancó.

Yo nací en un semisótano de una fábrica de macarrones de la parte norte de Denver. Cuando mi padre se enteró de que su tercer hijo también era varón, reaccionó de la misma forma que cuando mis dos hermanos llegaron al mundo: estuvo borracho tres días. Mi madre lo encontró en la parte trasera de un bar de nuestra calle y se lo llevó a rastras. Exceptuando este episodio, mi padre apenas me prestó atención.

Cierto día de mi infancia que me encontraba en el exterior de la casa de mi tía, delante de la ventana del cuarto de baño, vi a mi prima Catherine peinándose el largo cabello rojo delante del espejo. Estaba desnuda y se había puesto los zapatos de tacón de su madre, una mujer hecha y derecha con sus ocho años. No comprendí el éxtasis que empezó a bullir dentro de mí, la electrizante confusión que me producía la belleza de mi prima. Me masturbé allí mismo. Tenía cinco años y el mundo adquirió una dimensión desconocida y pasmosa.

Además era un delincuente. Durante los cuatro años que siguieron me sentí un delincuente, un delincuente furtivo, mocososo, pecoso e inescrutable, hasta que, vencido por el peso de aquella cruz, fui arrastrándome a hacer la primera confesión de mi vida y le conté al sacerdote la verdad sobre mi vida animal. Me dio la absolución, tiré lejos de mí la pesada cruz y salí a la soleada calle, alma libre otra vez.

Cuando tenía siete años nos mudamos a Boulder y mis dos hermanos y yo fuimos a la Escuela del Sagrado Corazón. Durante ocho años saqué buenas notas en béisbol, baloncesto y fútbol, y los libros y el saber ocuparon poco lugar en mi vida.

Mi padre era albañil, le fue bien durante un tiempo en Boulder y me envió a un colegio de jesuitas. En aquel lugar me sentía infeliz casi siempre. Sacaba buenas notas, pero me irritaba la disciplina. Detestaba el internado y anhelaba estar en casa, pero mis notas eran buenas y al cabo de cuatro años me aceptaron en la Universidad de Colorado. En segundo año de carrera me enamoré de una chica que trabajaba en una tienda de ropa. Se llamaba Agnes y quería casarme con ella. Se mudó a North Platte, Nebraska, a causa de un trabajo mejor, y yo dejé la universidad para estar cerca de ella. Hice autostop de Boulder a North Platte y llegué polvoriento, extenuado y triunfante a la

pensión de Agnes. Nos sentamos en el columpio del porche. No estaba contenta de verme.

—No quiero casarme contigo —dijo—. No quiero volver a verte nunca más. Por eso estoy aquí, para no verte.

—Buscaré empleo —insistí—. Tendremos familia.

—Ah, por el amor de Dios.

—¿No quieres tener familia? ¿No te gustan los niños?

Se levantó como un rayo.

—Vete, Arturo. Por favor, vete. No vuelvas a pensar en mí. Vuelve a la facultad. Aprende lo que sea. —Lloraba.

—Sé poner ladrillos —dije acercándome a ella. Me rodeó con los brazos, me estampó un beso húmedo en la mejilla y me apartó.

—Vete, Arturo. Por favor. —Entró en el edificio y cerró la puerta.

Fui andando hasta las vías del tren y me colé en un mercancías que iba a Denver. Allí abordé otro mercancías que me llevó a Boulder y a mi casa. Al día siguiente fui a la obra donde mi padre estaba poniendo ladrillos.

—Quiero hablar contigo —dije. Bajó del andamio y fuimos hasta un montón de maderos.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Dejo la facultad.

—¿Por qué?

—No estoy hecho para eso.

Puso cara de vinagre.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. Todavía no lo he pensado.

—Joder, tú estás loco.

Fui un vagabundo en mi propia ciudad. Iba de un lado a otro. Me contrataron para arrancar hierbajos, pero era muy cansado y lo dejé. Otro trabajo que hice fue limpiar cristales. No llegué a terminar el primero. Busqué trabajo por todo Boulder, pero las calles estaban llenas de jóvenes sin empleo. El único trabajo que había era de repartidor de periódicos. Pagaban cincuenta centavos al día. Lo rechacé. Me apoyaba en las paredes de los billares. Siempre estaba lejos de casa. Me daba vergüenza comer la comida que aportaban mis padres. Siempre esperaba a que mi padre se fuera. Mi madre trataba de consolarme. Me hacía pastel de pacanas y raviolis.

—No te preocupes —decía—. Ten paciencia. Ya ocurrirá algo. Rezo para que así sea.

Iba a la biblioteca. Miraba las revistas, las fotos que traían. Un día me acerqué a los libros y saqué uno del estante. Era *Winesburg, Ohio*. Me senté a una larga mesa de caoba y me puse a leer. De repente se me transformó el mundo. El cielo se me vino encima. El libro me conquistó. Me saltaron las lágrimas. El corazón me latía con fuerza. Leí hasta que me picaron los ojos. Me llevé el libro a casa. Leí más cosas de Anderson. Leí sin parar, y me sentí tocado en lo más hondo, y solo, y prendado de un libro, de muchos libros, hasta que el fenómeno se produjo con naturalidad, y me instalé con lápiz y papel y me puse a escribir, hasta que supe que no podía continuar porque las palabras no fluían como en Anderson, sino que se limitaban a caer como gotas de sangre de mi corazón.

No pasaba una semana sin que llegara carta de mi madre. Escritas en papel rayado de colegial, reflejaban sus temores, sus esperanzas, su angustia y su curioso punto de vista sobre lo que pasaba en el mundo. Aquellas cartas me importunaban. Sus frases revoloteaban en mi cabeza como pájaros enjaulados que trinaban en los momentos más inoportunos. Por lo general me hacían reír, pero a veces me irritaban, y me compadecía de mi pobre e inocente madre:

Sé prudente, Arturo. No te olvides de rezar. Recuerda que con un avemaría a la Virgen conseguirás cualquier cosa. Ponte el escapulario. Lo bendijo el padre Agatha, un hombre muy santo. Gracias a Dios que todos tenéis uno...

Joe Santucci, mi vecino de habitación en el colegio, había hecho la mili en la marina y había regresado a Boulder. Mi madre escribía:

Pobre señora Santucci. Su chico vuelve al cabo de tres años y es comunista. Me pidió que rezara por él. Un muchacho tan simpático. He hablado con él esta mañana y no puedo creer que sea comunista. Parece el mismo de antes...

Envíanos algo de dinero cuando puedas. En la tienda debemos 390 dólares. Pago ya al contado, pero no hay suficiente y tu padre hace dos semanas que no trabaja...

Te echo de menos a todas horas. He encontrado unos calcetines tuyos con agujeros, los he zurcido y me he echado a llorar. No te olvides de rezar. He ido a misa esta mañana y he comulgado para que te dé suerte...

Joe Santucci le ha hablado a papá de Los Ángeles. Dice que allí las mujeres son malas y que hay bares por todas partes. Lleva el escapulario para protegerte. Ve a misa, procura conocer a buenas chicas católicas...

Me alegro de que estés trabajando en el restaurante y del otro empleo con esa escritora. Envíame dinero si puedes. Tu padre se lastimó la mano y no podrá trabajar durante una temporada. Te echamos de menos. Reza una novena. Nadie hasta hoy ha rezado una novena sin recibir ayuda...

Le envié doscientos dólares de la primera paga de los estudios y tiempo después saldé la cuenta de la tienda.

La señora Brownell y yo atravesábamos una pequeña crisis. Tenía dudas sobre mi trabajo en los estudios y evitaba hacerme preguntas al respecto. Guardábamos largos silencios y costaba improvisar temas triviales. Sentados ante la radio, oíamos a Jack Benny, Bob Hope y Fred Allen hasta la hora de acostarse. Nos quedábamos a oscuras y mirábamos el techo hasta que nos dormíamos. Me sentía muy lejos de ella y me alejaba aún más conforme se introducía la indiferencia. Por la mañana se mostraba fría y silenciosa, el vacío se ampliaba. Tenía que llegar, y yo lo sabía, la separación, la ruptura. Me dije que no me importaba. Estaba trabajando, ganaba dinero. No tenía que quedarme en aquella vieja pensión. Ya podía instalarme en Hollywood, en las colinas de Hollywood. Alquilaría una casa para mí solo, incluso tendría señora de la limpieza. Bunker Hill no era para siempre. Un hombre tenía que seguir adelante.

Pensar en ella me deprimía. Me sentaba en el despacho y me moría de vergüenza al pensar en lo vieja que era, cinco años mayor que mi propia madre, y sentía náuseas y me esforzaba por vomitar el asco. Pensaba en su cara, en sus patas de gallo, en las sogas de su cuello, en la apergaminada piel de sus brazos, la senectud de su cuerpo, la estrechez de sus nalgas, la excesiva longitud de sus vestidos, el crujido de sus rodillas cuando se sentaba, el hundimiento de sus mejillas cuando se quitaba la dentadura, la frialdad de sus pies, sus anticuados modales de Kansas. No necesitaba aquello, me dije. Sólo tenía que volverme de espaldas para hacerlo desaparecer. Podía conseguir a cualquier chica de la ciudad, a cualquier aspirante a estrella, incluso a una estrella. Lo único que debía hacer era concentrarme. Era un error perder los mejores años de mi vida con una anciana que sólo me daba a cambio sus recuerdos. Lo que yo necesitaba era una criatura brillante y encantadora, entendida en arte, empapada de literatura, alguien a quien le gustaran Keats, Rupert Brooke y Ernest Dowson. No una mujer que sacaba su inspiración literaria del periódico de su pueblo de Kansas. Me había dado su amistad, sí, había sido amable conmigo, sí, pero yo también lo había sido con ella. Le había dado mi savia, había sido su amigo y compañero. Había llegado el momento de seguir adelante.

Miré mi despacho y suspiré. Me gustaba todo lo que suponía. Había nacido para aquello. Puede que no escribiera una sola línea, pero había encontrado mi lugar. Ganaba un buen dinero y el futuro no tenía límite. Tenía que separarme de aquella mujer.

Toda la mañana anduve cabizbajo y meditabundo, porque así me sucedía siempre, removía rescoldos, buscaba defectos y me hundía en la desesperación. A mediodía me llamó por teléfono, el corazón me dio un brinco y fui feliz.

—¿Todavía enfadado? —preguntó.

—No. ¿Y tú?

—No —dijo—. Lo siento mucho. No sé qué me pasó.

—No fue culpa tuya. Yo soy el único culpable. No sé por qué. Nunca sé por qué. Eres tú quien tiene que perdonarme.

—Te perdono, te perdono. Eres un chico muy dulce. Eres bueno conmigo. No debemos pelearnos.

—Nunca más. Vamos a pasarlo bien. Vamos a celebrarlo.

—Me encantaría. Hagamos alguna locura.

—¿Qué tal una buena cena primero?

—Me pondré el vestido nuevo.

—Yo también tengo un traje nuevo.

—Póntelo.

—Te quiero —dije—. Eres la mujer más adorable del mundo. Celebraremos una fiesta.

No estaba cuando llegué a la pensión a las seis de la tarde. Me había dejado una nota en el mostrador de recepción. Vuelvo enseguida, decía. Fui a mi habitación, me duché y me puse el traje nuevo. Aún no lo había estrenado. Era un elegante traje hecho a medida de doscientos dólares. Me miré en el espejo. La imagen era perfecta: un escritor cotizado. Las hombreras estaban más acolchadas de lo que me habría gustado, pero era cómodo. Estábamos hechos el uno para el otro. Salí al pasillo, llegué al vestíbulo, la vi detrás del mostrador y sonrió cuando la besé. Tenía un pañuelo en la cabeza. Se lo quitó y se peinó con los dedos.

—¿Te gusta? —preguntó—. Es un corte a lo paje.

Llevaba los bordes del cabello gris remetidos en un delicado bucle, y estaba tieso, recién salido de la peluquería. Lo miré, pero fui incapaz de formarme una opinión.

—Extraordinario —dije—. Fantástico.

Vi que se había puesto algo de colorete en las mejillas. Me pareció innecesario.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Primero iremos a René and Jean's.

—Estupendo —dijo—. Tomemos un cóctel.

Entramos en sus habitaciones y vi dos martinis encima de la mesa. Levanté uno y brindé por ella.

—Por la mujer más bondadosa y dulce del mundo.

Sonrió y dio un sorbo a la bebida. Le entró tos y luego risa. Mientras se cambiaba me senté y me tomé un par de martinis. Estuvo un rato muy largo en el cuarto de baño. Cuando salió, con los movimientos artificiales de una modelo, llevaba un vestido a lo Joan Crawford, de falda estrecha y hombreras anchas. Estaba más alta con los zapatos de tacón y tobillera. Sentí un escalofrío de lujuria y la besé. Se había puesto un ligero toque escarlata en la boca. Quizá le sobrara. No lo sabía. Pero me llamó la atención.

Fuimos en mi coche, salimos a Wilshire hasta Vermont y el aparcamiento de René and Jean's. Habíamos ido a menudo al restaurante y fue un placer ver cómo nos recibían la vieja Jean y los camareros. Bebimos vino y comimos demasiado. Cuando llegó la hora de irse, dijo:

—¿Adónde vamos ahora?

Estaba preparado para la pregunta.

—Déjame a mí.

Retrocedimos hasta Wilshire y giramos hacia el Hotel Ambassador. Ella guardaba silencio, sonreía y parecía un poco desaliñada. Recostada en el asiento, las anchas hombreras del traje sastre perdían su elegancia y parecían sepultarla en tela. Al llegar al Ambassador, doblamos por la entrada de vehículos, estacionamos el coche y bajamos. Miró a su alrededor con cara de desconcierto. La cogí del brazo.

—Vamos —dije, llevándola hacia el hotel.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Al Coconut Grove y la música de Anson Weeks.

Dio un gritito y se pegó a mi brazo con placer.

—¡Qué bonito es estar con un escritor famoso!

—Famoso no, pero en activo.

Nos acercamos a la entrada.

—Me duelen los pies —susurró.

La música de Anson Weeks llegaba a rachas de la sala de baile cuando entramos en el vestíbulo. La canción era «Donde el azul de la noche se encuentra con el oro del día». La cogí del brazo y sentí los latidos de su corazón.

—Soy muy feliz —dijo—. Siempre había querido venir al Coconut Grove y aquí estoy.

El jefe de camareros nos recibió con una reverencia.

—Buenas noches.

Asentí con la cabeza.

—Queríamos una mesa.

Nos condujo al resplandeciente salón, con sus luces de colores y cocoteros. Las parejas se deslizaban en la pista al ritmo de la música y los focos barrían paredes y techo con haces de colores. Nuestra mesa estaba en la segunda fila. Nos sentamos.

—¿Los señores querrán tomar algo? —preguntó el camarero.

La señora Brownell estaba tan boquiabierta que sólo pudo asentir con la cabeza.

—Yo tomaré un brandy —dije.

Puso la mano sobre la mía, encima de la mesa.

—Yo tomaré otro —dijo.

El camarero desapareció. Miramos a los bailarines.

—No sé bailar —dije—. Al menos, no muy bien.

Me apretó la mano.

—Yo te enseñaré.

Hice ademán de levantarme.

—Vamos allá.

—Ahora no —susurró—. Esperemos un par de bailes.

El camarero volvió con las bebidas. Puso el brandy ante mí y sonrió mientras servía a la señora Brownell.

—Y la bebida para la madre —dijo.

La traspasó como un cuchillo. Sus ojos asustados estaban fijos en los míos. Parecían desbordantes de culpa, avergonzados, intimidados. Abatió la cabeza y pensé que iba a llorar. Pero no lloró. Se irguió y sonrió con valentía. El avergonzado camarero se fue.

—Tómame el brandy —dije con apremio.

Se lo tomó despacio y volvimos a concentrarnos en los bailarines.

Lo que pasó después fue fruto de mi afán por hacer un chiste, para consolarla, para quitar importancia a la pifia del camarero. La orquesta

empezó a tocar un vals de Strauss. Entonces lo dije.

—¿Bailamos, querida madre?

Pareció aterrorizada, se mordió el labio y me miró con desamparo y con los ojos repentinamente llenos de lágrimas. Llorando a moco tendido, casi tiró la mesa cuando se levantó y echó a correr hacia el vestíbulo. Engullí el brandy de un trago y corrí tras ella. No estaba en el vestíbulo ni en la escalera. Salí a toda velocidad, con tiempo para ver un taxi que salía del aparcamiento con la señora Brownell en el asiento posterior. Corrí tras ella gritando, pero el taxi no se detuvo. Volví al Grove, pagué la cuenta y fui al coche.

Qué desastre. Regresé a la pensión a regañadientes. No quería enfrentarme a ella ni a sus lágrimas, pero tenía que hacerlo. Giré la llave en la puerta de sus dependencias y entré. En el cuarto de baño se oía el rumor de la ducha. Arrugado en el suelo, tirado sin ningún miramiento, estaba el vestido de Joan Crawford, como si se le hubiera desprendido del cuerpo y le hubiera dado un puntapié. La chaqueta colgaba de una silla y los zapatos y las medias estaban tirados de cualquier manera.

Me quedé en calzoncillos y me deslicé entre las mantas del sofá cama, con la cabeza apoyada en las manos, esperando a que apareciera. No tenía nada que decir. Decidí dejarle a ella esa responsabilidad. Finalmente salió, con el camión puesto, y mi inesperada presencia la exasperó. Se había lavado la cabeza y deshecho el peinado, y el cabello le colgaba en mechones húmedos. Tenía la cara refregada, al natural y con arrugas.

—Por favor, vete —dijo.

—Perdóname.

Fue a la ventana y la abrió. El frío de la noche bajó por la ladera de la colina. Sin decir una palabra, recogió toda mi ropa, la chaqueta y los pantalones, la camisa, los zapatos. Al principio pensé que la estaba recogiendo. Pero fue a la ventana y lo arrojó todo a la noche. Salté de la cama y corrí hacia la ventana. Vi mis ropas tiradas entre los hierbajos del suelo. La pendiente de la ladera era muy pronunciada. Mis dispersos enseres parecían cadáveres. Los pantalones colgaban de la rama de un árbol. La miré.

—¿Satisfecha?

—Sólo cuando te vayas.

Empecé a recoger sus cosas, el vestido Crawford, la chaqueta, la combinación. Llegó corriendo para detenerme, forcejeamos, empujando y tirando, pero yo era más fuerte, conseguí que soltara su presa y tiré sus ropas por la ventana. Con una sonrisa, dije:

—Ahora me voy.

—Y no vuelvas —dijo jadeando. Salí al pasillo, entré en mi habitación, me puse el albornoz y las zapatillas y me dirigí a una puerta trasera que daba al patio. Mientras subía por la ladera en busca de mis ropas, vi a la señora Brownell colina abajo. Nos fulminamos con la mirada y empezamos a recoger cosas. Tuve que subirme al árbol para recuperar los pantalones. Cuando bajé, la señora Brownell retrocedía hacia la parte delantera de la pensión. A mis pies vi uno de sus zapatos. Lo recogí y se lo tiré. El zapato le dio en el culo. Se puso furiosa, lo cogió y me lo arrojó. Me pasó rozando la cabeza.

Me sentía muy triste cuando volví a mi habitación. ¡Mujeres! No sabía nada de las mujeres. Era imposible entenderlas. Abrí una maleta y guardé mis cosas. La habitación me hablaba, me imploraba que me quedase..., el cuadro de Maxfield Parrish en la pared, la máquina de escribir en la mesa, la cama, mi maravillosa cama, la ventana que daba a la colina, fuente de tantísimos sueños, de tantísimos pensamientos y palabras, una parte de mí, mi propio eco me rogaba que me quedase. No quería irme, pero era innegable que sin saber cómo había metido el remo y yo solo me había echado a la calle, y no había vuelta de hoja. Adiós a Bunker Hill.

Cuando Frank Edgington se enteró de que estaba sin casa, me invitó a instalarme en la que tenía en las colinas del otro lado de Beechwood Drive. Era una vivienda de dos dormitorios rodeada de eucaliptos. Me enseñó el mío y dejé la maleta en el suelo. No había cama, sólo un colchón de matrimonio pegado a la pared.

Vivir con Edgington fue una experiencia extraña. Su estilo bebía en su infancia, y los juegos que practicábamos en su despacho no eran nada comparados con los que tenía repartidos por la sala. Para sumergirnos en la fastuosa, romántica y fascinante vida de Hollywood empezamos jugando una partida de ping-pong en el garaje. Luego fuimos a la cocina y nos servimos sendos vasos de vino de mesa. De nuevo en la sala, nos tiramos en el parqué y nos engolfamos en el salto de la pulga. Cuanto más bebíamos, con más desenfreno jugábamos. Libramos una batalla infernal con los dardos. A veces nos quedábamos dormidos jugando al bingo. Era puro, era limpio y cuando llovía y el agua tamborileaba en el tejado, encendíamos el gas de la chimenea y era como volver a la primera adolescencia, junto a una hoguera de campamento en las montañas.

A mi jefe, Harry Schindler, apenas lo veía. Cuando me cruzaba con él en el ascensor o en el pasillo, me cogía del brazo afectuosamente y me acompañaba un trecho.

—¿Qué tal va?

—Bien —contestaba—, va bien.

—Lo estás haciendo de miedo. Sigue así.

—No estoy escribiendo, Harry. Quiero escribir.

—Ten paciencia. Tómame tu tiempo. Deja que yo me preocupe por tu obra.

El antedespacho que compartíamos se llenaba todos los días de misteriosos individuos que querían verlo. Debían de ser guionistas, directores, personal de producción. Le preguntaba a mi secretaria quiénes eran, pero no me lo decía. Con el tiempo me sentí como un huérfano, un paria, improductivo, anónimo y desterrado. Seguía allí por el dinero, porque ya no era pobre y tenía miedo de volver a serlo. La idea de volver a ser ayudante de

camarero me daba escalofríos. Saqué la libreta de ahorros y consulté las cifras. El saldo ascendía a 1800 dólares, y eso que mandaba dinero a casa. No tenía motivos para quejarme.

Una mañana Thelma llamó a mi puerta y la abrió.

—Harry quiere verte.

Encontré a Schindler encendiendo un puro.

—Puede que tenga algo para ti muy pronto —dijo.

Me llené de emoción.

—¿Te refieres a un encargo?

—Quizá. Estamos negociando.

—¿Qué es?

—Una novela, *El genio*, de Theodore Dreiser.

—¡Dios mío! ¿Cuándo lo sabrás?

—Dentro de un par de semanas.

Salí del despacho flotando en una nube. Thelma observó mi cara. Me incliné y le di un beso en la boca.

—Tráeme un ejemplar de *El genio* de Theodore Dreiser.

La novela llegó de la biblioteca de los estudios en menos de una hora, y me puse a leer. Era muy larga y al finalizar la semana la había leído dos veces y llenado un cuaderno con ideas sobre su conversión en película.

Dos meses más tarde había leído *El genio* por lo menos diez veces y llenado con observaciones cuatro cuadernos amontonados en mi escritorio. Cada vez que sonaba el teléfono daba un salto pensando que era Schindler. Dejaba la puerta abierta para vigilar el vestíbulo, por si aparecía. Su despacho tenía otra puerta que daba directamente al pasillo. Cada vez que la oía, me ponía en pie de un salto y me acercaba corriendo. Un par de veces me quedé esperándolo en la puerta. Cuando pasó por mi lado fue como si me hubiera vuelto invisible. Volví derrotado a mi despacho y medité.

¿Por qué me hacía aquello? ¿Qué me estaba pasando? ¿Había alguna conspiración contra mí en el mundo? ¿Le había ofendido? ¿No me había ofrecido él aquel trabajo? ¿Estaba yo maldito por Dios Todopoderoso? Puede que mi madre tuviera razón. Quien pierde la fe lo pierde todo. ¿Estaba ella mejor informada que yo sobre los caminos del Señor? ¿Era demasiado tarde para arrepentirme? Bajé al aparcamiento, subí al coche y fui por Sunset hasta la iglesia católica. Me arrodillé en el banco delantero y recé:

—Por favor, Dios mío, haz algo por ese encargo. No te he pedido nada durante años. Haz esto por mí y volveré al seno de la Santa Madre Iglesia hasta el fin de mi vida.

Al cabo de un rato apareció un sacerdote y entró en el confesionario. Había unas viejas arrodilladas cerca. Fui a arrodillarme con ellas. Me acerqué cuando me llegó el turno. Vi la cara blanca del sacerdote por la rejilla de madera. No tenía nada que decirle. La culpa por los pecados pretéritos se había esfumado. Me quedé allí, lleno de confusión. Pasaron los minutos. El sacerdote se removió. Sus ojos buscaron los míos a través de la rejilla.

—¿Sí? —dijo.

—Lo siento —susurré—, no he venido preparado.

Me levanté y anduve por la nave hasta cruzar las macizas puertas que daban a la calle. Estaba más abatido que nunca, ya que en alguna parte de mi corazón había albergado siempre la convicción de que la iglesia era mi mejor baza. Siempre lo había creído sin expresarlo. Pero la convicción ya no estaba allí y me sentía perdido, enfrentado a un mundo hostil. Volví al coche. De repente, movido por la desesperación, bajé del vehículo, entré corriendo en la iglesia, caí de rodillas y traté de rezar.

Murmuré un avemaría y me interrumpió Thelma Farber. Dios te salve María, llena eres de gracia y Thelma Farber desnuda en mis brazos. Santa María, Madre de Dios, besando los pechos de Thelma Farber, magreando su anatomía, recorriéndole los muslos con las manos. Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, y mis labios se perdían en el bajo vientre de Thelma y lo besaban extasiados. Estaba perdido, no sabía dónde meterme. Era consciente de mi cuerpo allí arrodillado, de la hinchazón de mi bajo vientre, de mi erección en toda regla, de la ridiculez de la situación, de la disparatada antinomia. Me levanté y salí a toda prisa, subí al coche y lo puse en marcha, asustado, trémulo, ridículo.

Me alegré de llegar al despacho. Era como un nido que me daba consuelo. Thelma no estaba. Cerré la puerta, me senté al escritorio y encendí un cigarrillo. Estaba viviendo experiencias misteriosas e inquietantes. Me había salido del mundo y era difícil encontrar el camino de vuelta. Pensé en Frank Edgington. Edgington era demasiado sarcástico, demasiado intolerante. Se limitaría a reírse y a echarle la culpa a mi origen pueblerino.

Sonó un golpe en la puerta. Era Thelma. Hacía unos minutos estaba yo arrodillado en la iglesia lamiéndole el bajo vientre y allí estaba ella otra vez. Intuyó algo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Claro.

—Harry quiere verte.

—¿Para qué?

—¿Cómo voy a saberlo?

Fui al antedespacho, me acerqué a la puerta de Schindler y llamé.

—Pasa.

Abrí la puerta y lo vi sentado.

—¿Querías verme?

—Malas noticias.

Me acerqué.

—No podemos comprar el libro de Dreiser —dijo.

—¿Por qué?

—No está en venta.

En cierto modo aquello no parecía tan importante.

—¿Y ahora qué?

—Sigue con lo que estás haciendo.

—Tengo cientos de páginas con notas sobre el libro de Dreiser. ¿Quieres verlas?

—No —dijo—, olvídalo.

—Dame algo para escribir.

—No tengo nada.

Me puse furioso.

—¡Pues piensa en algo, mamón!

Me miró con las mandíbulas apretadas y se puso en pie muy despacio.

—Sal de aquí.

Di media vuelta y volví a mi despacho. Entonces lo sentí, el meollo de mi dolor, el borde del mundo, la soledad de estar lejos y perdido, y me eché a llorar. Me tendí en el sofá cama y me deshice en llanto. Thelma apareció en la puerta.

—¿Qué te pasa, Arturo? —dijo con dulzura.

Me incorporé y le conté lo que me había dicho Schindler, y me eché a llorar otra vez.

—¡Pobre muchacho! —Thelma se sentó junto a mí. Sentí el contrapeso de su cuerpo cuando se hundió en el sofá. Y qué contrapeso. Animado, volví a sollozar. Me pasó el largo y suave brazo por el hombro y me secó las lágrimas con su pañuelo. Olía a su perfume. Me volví hacia ella y apoyé la cabeza en su hombro. Me abrazó con ternura.

—Ayúdame, Thelma —dije—. Soy muy desgraciado.

Me limpió la humedad de los ojos y me atrajo hacia sí, apretando el pecho contra el mío.

—¡Ay, Thelma, ayúdame!

—Vamos, vamos —susurró, acariciándome el pelo.

—¡Ay, Thelma, bésame!

Se levantó, fue a la puerta, la cerró y volvió a sentarse a mi lado.

—¡Ay, Thelma! Si supieras cuánto te he codiciado, cuánto he deseado tenerte entre mis brazos y besarte.

—Ya lo suponía —dijo—. Por tu forma de mirarme, me di cuenta desde el principio.

Me recosté en el sofá y la atraje hacia mí, su boca se posó en la mía, suave, fría y carnosa. Me palpé la bragueta y me bajé la cremallera mientras ella se ponía en pie, se subía la falda y se bajaba las blancas bragas. Se acostó en el suelo, con los brazos abiertos y despatarrada.

—Aprisa —dijo jadeando.

Bajé del sofá y me puse entre sus largas y suaves piernas enfundadas en medias, pero la cremallera todavía me daba problemas, y forcejeé con ella desesperadamente. Me tanteó el cinturón y con una violenta sacudida se me bajaron los pantalones. Me incliné sobre ella, con la lanza lista para ensartarla, pero erré el blanco, volví a errar, y con un gritito de fastidio me la asió para ensartarse ella misma, pero en aquel momento oí el chasquido de la cerradura y el gemido de la puerta al abrirse, y levanté los ojos y vi a Harry Schindler mirándonos. La lanza cayó exánime y lo único que pude hacer fue quedarme allí estupefacto, mientras Thelma, petrificada, seguía con mi mustio apéndice en la mano.

—Muy bien, Thelma —dijo Schindler tranquilamente—. Suelta el champiñón y sal de aquí cagando leches.

Thelma se levantó, se estiró el vestido y lo miró con desprecio y actitud desafiante; pasó por su lado dando zancadas y salió del despacho con las bragas en la mano.

—¡Ya hablaremos después! —dijo Schindler con voz amenazadora.

Thelma sacudió retadoramente la cabeza.

Me levanté y me subí los pantalones.

—Tenemos que hablar —dijo Schindler. Se dio la vuelta y salió.

Le encontré esperándome, con los pies en el escritorio y otro puro en la boca. Me miró y sonrió de lado.

—No me lo puedo creer —dijo—. No es posible.

—Lo siento, Harry.

—¿Por qué? La culpa no es tuya. Nunca lo es.

—Esta vez sí. Yo la seduje.

Bajó los pies y apoyó los antebrazos.

—Mira, chico. Se come a los guionistas vivos. Me refiero a grandes autores, ganadores del Premio Pulitzer, ganadores del Oscar, guionistas de tres mil dólares semanales. Eso es lo que no entiendo. ¡Tú! ¡Tú, que ni siquiera has salido en los créditos de una película!

No sabía si era un cumplido o todo lo contrario.

—Bueno, pasó y ya está —dije—. Yo no lo esperaba. Pero no la tomes con ella. Quiero decir que no la echas.

—A quien voy a echar es a ti —dijo Schindler—. Estás despedido desde este mismo momento.

—¿Y Thelma? ¿También está despedida?

—No puedo hacerlo. Nunca la despediré. Quiero tenerla cerca para no perderla de vista, pero voy a decirte algo: si vuelve a hacérmelo, me divorcio de ella.

—Dios mío, Schindler —exclamé, y salí a la calle hecho un lío.

Hay que tener un agente. Sin agente eres un marginado, un desconocido. Tener agente da profesionalidad, aunque nunca consiga nada. Cuando otro escritor nos pregunta: «¿Con qué agente estás?», y respondemos: «Con ninguno», el primero deduce automáticamente que no tenemos talento. El agente de Edgington era Cyril Korn.

—Te resultará antipático —me advirtió Edgington—, pero es bueno.

Envié tres cuentos de revista a las oficinas de Korn en Beverly Hills y esperé a que me llamara.

No me llamó. Acabó llamándolo Edgington, que concertó una cita en mi nombre. Las oficinas estaban en un edificio de Beverly Drive de construcción reciente. Su secretaria me anunció y me senté a esperar. Al cabo de dos horas me dejaron pasar al despacho del gran hombre.

Estaba en el centro de la enmoquetada habitación, metiendo pelotas de golf en un vaso. Ni siquiera me saludó. Por fin, tras dar un concentrado golpe con el palo, dijo sin mirarme:

—He leído sus cuentos.

—¿Le han gustado?

—Los encuentro abominables. No tiene usted ninguna posibilidad de colocar esa basura en el cine.

—Yo no quiero colocarlos en el cine. Sólo quiero demostrar que sé escribir.

Dejó el palo y me miró por primera vez.

—Yo creo que no sabe.

—¿Quiere decir que no quiere ser mi agente?

—¿Ha escrito guiones?

—No, pero he escrito para Harry Schindler una adaptación de *El genio* de Dreiser.

—Y él lo ha despedido. ¿Ha colaborado alguna vez con alguien?

—No.

—Tengo una clienta que necesita un colaborador, alguien que sea joven, natural y sin estropear. Le estoy hablando de Velda van der Zee. ¿Ha oído hablar de ella?

—No, nunca.

—¿Dónde ha estado todos estos años? Velda van der Zee ha escrito más guiones de los que usted podría escribir en tres vidas.

—¿Cree que trabajaríamos bien juntos?

—Es una gran oportunidad para usted. Quizá consiga salir en los genéricos de alguna película.

—Me gustaría probar.

—Ya le diré algo. —Sonó el teléfono. Descolgó y me hizo una seña con la mano. Significaba: fuera. Salí asqueado. Me había humillado, ofendido y hundido en la desdicha, y no quería nada de él. Durante todo el camino de regreso, cada vez que lo recordaba con el chaleco de terciopelo rojo, golpeando pelotas de golf, me crujían los dientes. Prefería abandonar la profesión a tenerlo por agente. Antes ser camarero en el figón de Abe Marx que permitir que me representara. Cuando le conté a Edgington el resultado de la entrevista, sonrió con tranquilidad.

—Es muy suyo, pero es un buen agente. Espera a ver qué pasa.

—No pienso volver a hablar con ese hijoputa.

A la mañana siguiente llamaron del despacho de Cyril Korn. Era la secretaria.

—El señor Korn desearía verlo hoy a las dos en punto. —Y colgó.

A las dos estaba sentado en la oficina de Korn, esperando. A las cuatro, después de consumir un paquete de tabaco, me hicieron pasar.

Cyril Korn estaba tras el escritorio, con chaleco rojo y todo, hablando con una mujer sentada al otro lado de la mesa. Era una señora robusta y rubicunda, de pechos cucurbitáceos, con un sombrero de gran tamaño y pendientes tintineantes. Llevaba mucho maquillaje y los labios demasiado rojos. Me sonrió.

—Velda —dijo Korn—, quiero que conozcas a Arturo Bandini. Dice que es escritor.

Velda me alargó la enjoyada mano y se la estreché.

—Mucho gusto en conocerla —dije.

—Encantada —respondió.

Korn se puso en pie.

—Os dejo solos un rato —dijo—. Quiero que leáis una cosa. —Cogió un par de manuscritos del escritorio y nos dio uno a cada uno—. Leedlo y decidme qué os parece. Volveré dentro de una hora. —Salió del despacho y cerró la puerta.

—Eres muy joven, ¿verdad? —dijo Velda.

—Puede que sea joven, pero soy un escritor cojonudo.

Se echó a reír. Llevaba dentadura postiza.

—¿Sabes una cosa? —dijo—. Te pareces a Spencer Tracy. He visto a Spence esta mañana, en Musso-Frank's. Hemos desayunado juntos. Me ha contado lo que es trabajar con Loretta Young..., cuánto le ha gustado la colaboración. Es monísima, ¿no te parece? Conozco a Loretta y a Sally, y a la madre de ambas. ¡Qué familia tan encantadora! Estaba contratada por la Metro cuando yo estaba allí. Solíamos comer juntas, Loretta, yo, Carole Lombard y Joan Crawford. Te encantaría Joan. Qué mujer más elegante. ¡Y Robert Taylor! Te juro que es el hombre más atractivo de Hollywood, sin contar a Clark Gable, por supuesto. Clark y yo somos viejos amigos. Lo conocí cuando empezaba a trabajar en este mundo. Lo he visto subir a la cumbre paso a paso, y míralo ahora. Dicen que está enamorado de Claudette Colbert, pero yo no lo creo. Lo vi en el club de tenis el otro día y le pregunté si era cierto. Se rió con esa maravillosa risa varonil que tiene, me dio un beso en la mejilla y dijo: «¿Quieres saber la verdad, Velda? Estoy enamorado de ti.» ¿No es para morirse de risa? John Barrymore también me lo dice siempre. ¡Qué guasón es! No como Lionel o Ethel, desde luego que no, pero es un espíritu libre, un poema romántico de hombre. Algunos dicen que Errol Flynn es más atractivo, pero yo no puedo creerlo. Ronald Coleman, sin embargo, es otra cosa..., tan apuesto, con esos ojos chispeantes y esos modales de príncipe. Dio una fiesta en Santa Bárbara hace un par de semanas. Fue sin duda la velada más maravillosa de la historia de Hollywood. Norma Shearer estaba allí, y Tallulah Bankhead, y Alice Faye, y Jean Harlow, y Wallace Beery, y Richard Barthelmess, y Harold Lloyd, y Douglas Fairbanks júnior. ¡Ah, fue fabulosa, una noche que no olvidaré nunca! —Se detuvo a tomar aliento—. Pero ya estoy hablando de mí misma, como siempre. Y dime, ¿te gusta Hollywood?

—Unas veces sí y otras no —dije.

—¡Qué curioso! —exclamó—. Pat O'Brien me dijo lo mismo la semana pasada en la Warner. Estábamos comiendo en el Salón Verde de la Warner... Pat, Bette Davis, Glenda Farrell y yo. No sé por qué, sacamos a colación el tema de Hollywood, pero Pat estaba meditabunda y dijo exactamente lo que tú acabas de decir.

Se abrió la puerta y entró Cyril Korn.

—¿Qué tal os lleváis? —preguntó.

—Muy bien —dijo Velda van der Zee—. Vamos a formar un gran equipo. Korn se volvió hacia mí.

—¿Le gusta la historia? —preguntó.

—Naturalmente que le gusta —dijo Velda—. Está enamorado de ella, ¿verdad, Arturo?

—Supongo que sí.

Korn batió palmas.

—Entonces está decidido. Llamaré a Jack Arthur y le diré que de acuerdo.

—¿Quién es Jack Arthur? —pregunté.

Antes de que Korn pudiera responder, Velda dijo:

—Da la casualidad de que Jack Arthur es uno de los productores más encantadores de Hollywood. Somos íntimos desde hace diez años. Fui dama de honor en su boda y soy madrina de dos hijos suyos. ¿Necesito decir más?

—No —dije—. Está bien, muy bien.

Una particularidad de Cyril Korn: cuando quiere que uno se vaya, prácticamente lo echa. Volvió a su escritorio y tomó asiento.

—Es todo, criaturas. Estaremos en contacto.

Salí con Velda. Bajamos en el ascensor y fuimos al aparcamiento.

—¿Sabes algo de echar pulsos? —preguntó.

—No mucho —dije.

—Anoche, en casa de Jeanette McDonald, Lewis Stone y Frank Morgan echaron un pulso. Fue muy divertido. Tiraron y empujaron hasta que se les cubrió la cara de sudor. ¿Y sabes quién ganó?

—¿Quién?

—¡Lewis Stone! —exclamó—. El elegante y anciano caballero echó un pulso con Frank Morgan y lo derrotó. Todos se deshicieron en carcajadas y en aplausos.

La miré. Su cara redonda estaba arrebolada por la emoción. Las palabras salían a borbotones de sus incontenibles labios. No había la menor duda: estaba chalada. Vivía en un mundo de nombres, no de cuerpos ni de seres humanos, sino de nombres famosos. Nada de lo que decía era cierto. Se lo inventaba mientras le daba al pico. Era embustera, una embustera simpática, con la cabeza llena de anécdotas absurdas.

Me llevó a su coche, un Bentley de color bronce.

—¡Uau! —exclamé.

Sonrió mirando su elegante vehículo.

—Tiene aspecto de caro —dije. Aquello le gustó.

—Se lo compré a Wallace Beery —dijo—. Wally decidió comprarse un Rolls-Royce y me lo dejó a precio de ganga.

Abrió la portezuela trasera y miré dentro. El asiento era de terciopelo verde. Había una mancha en el centro, una mancha marrón. Sonrió.

—Estás mirando la mancha, ¿verdad? La hizo Claire Dodd. La llevé a casa al salir de la fiesta de Jeanette McDonald y se le derramó el vino. ¡Pobre Claire! ¡Qué arrepentida estaba! Quiso pagar la limpieza, pero no se lo permití. Después de todo, ¿para qué están los amigos?

—¿Quieres que te llame? —pregunté. Me dio su teléfono y nos estrechamos la mano.

—¿Te llevo?

—Tengo coche —dije, señalando el Plymouth con la cabeza.

—¿Es un Ford? —preguntó.

—Casi —dije—. Es un Plymouth.

—Yo tuve uno. Son muy incómodos.

Nos despedimos y eché a andar hacia mi incómodo coche.

El argumento que Cyril Korn nos había dado era de Harry Browne. Era la historia de una guerra rural, la contienda entre los vaqueros y los ovejeros. Los vaqueros eran los malos y los ovejeros los buenos. También salían unos indios hostiles que capturaban a Julia, la heroína, y la tenían prisionera en el poblado de la tribu. Cuando ovejeros y vaqueros se enteran del secuestro, unen sus fuerzas y corren juntos a salvar a Julia. Después de la batalla en la que rescatan a Julia, vaqueros y ovejeros se dan la mano y la guerra rural encuentra una solución pacífica.

Un par de días después, Velda van der Zee y yo íbamos en el Bentley por Ventura hacia los estudios Liberty, para ver al productor Jack Arthur. Yo me sentaba a su lado y ella conducía la magnífica y silenciosa máquina. A Velda le gustaba la historia. Era un clásico, dijo, una nominación segura para el Oscar. Ya imaginaba a Gary Cooper y a Claire Trevor en los papeles principales, y a Jack La Rue interpretando a Magua, el jefe indio.

—Gary Cooper es amigo mío —dijo—. Le daré el guión. Tiene un alto concepto de mis opiniones.

—Estaría bien —dije.

Entramos en el aparcamiento de los estudios Liberty y recorrimos el pasillo en busca del despacho de Jack Arthur. Jack Arthur fumaba en pipa. Besó a Velda en la mejilla y me estrechó la mano.

—Bueno —dijo—, ¿qué os parece la historia?

—Inmensa —dijo Velda—. Nos encanta.

—Tiene posibilidades —dijo Arthur—. ¿Estáis listos para empezar a trabajar?

—Desde luego —dijo Velda—. ¿Qué tal los niños?

—Están bien, bien.

—Tienes que conocer a los hijos de Jack, Arturo. Son las criaturas más maravillosas del mundo.

Jack Arthur sonrió de oreja a oreja.

—Necesitaréis un despacho —dijo, alargando la mano hacia el teléfono.

—No será necesario —se apresuró a decir Velda—. Trabajaremos en mi casa. —Se volvió hacia mí y sonrió—. ¿Te parece bien, Arturo?

—Sí, bien —dije.

—Entonces arreglado —dijo Arthur—. Hablaré con Cyril Korn y redactaremos los contratos. Si necesitáis alguna cosa, lanzad un berrido. —Nos dimos la mano—. Buena suerte, Bandini. Escríbeme un éxito apoteósico.

—Lo intentaré. —Velda y yo nos despedimos de Arthur y salimos.

Mientras volvíamos a la ciudad, le dije:

—No sabía que fuéramos a trabajar en tu casa.

—Siempre trabajo allí.

—¿Dónde vives?

—En Benedict Canyon. Era la casa de William Powell. Te encantará.

Se puso a hablar de Irene Dunne y de Mirna Loy, pero ya me había acostumbrado y casi ni la oí mientras seguía con Lew Ayres, Frederic March, Jean Harlow y Mary Astor. Cuando aparcó delante de la casa de Frank Edgington, estaba inmersa en la evocación de Franchot Tone, y tuve que quedarme pacientemente sentado hasta que terminó de contar la anécdota. Bajé y Velda se alejó con el Bentley.

Al día siguiente fui a Benedict Canyon, a la mansión francesa de Velda van der Zee. Estaba escondida en un bosquecillo de abedules, blanca, majestuosa y aristocrática. Dos torres idénticas con tejado de pizarra protegían la entrada principal y la gran puerta de roble estaba flanqueada por columnas dóricas. El ama de llaves acudió a los golpes de la aldaba de cabeza de león. Era una negra cuarentona con uniforme de doncella.

—Soy Arturo Bandini.

—Ya lo sé —dijo sonriendo—. Pase, por favor.

La seguí por el vestíbulo hasta el salón. El lugar era imponente, impresionante, lleno de muebles Luis XV y grandes arañas. En la campana de la chimenea había un gran retrato al óleo de un anciano con barba y bigote blancos.

—¿Quién es? —pregunté.

—El señor Van der Zee —dijo la criada.

—Creo que no nos han presentado.
—Sería imposible —dijo la criada—. Está muerto.
—Debía de ser muy rico —dije.

Se echó a reír.

—También usted lo sería si poseyera la mitad de Signal Hill.

—Ah.

Velda van der Zee bajó por la escalinata suspendida en un diáfano vestido de recibir. Los accesorios de seda flotaban tras ella como querubines a su servicio y una nube de perfume exótico me envolvió cuando me alargó la mano.

—Buenos días, Arturo. ¿Empezamos a trabajar o te apetece ver el resto de la casa?

—Vamos a trabajar —dije.

Se me colgó del brazo.

—Eso es lo que me gusta de ti, muchacho, tu dedicación.

Me condujo a una habitación delirante.

—Ésta es mi guarida —dijo.

Miré a mi alrededor. Desde luego que era una guarida. Cada palmo de pared estaba atiborrado de fotos dedicadas de estrellas de cine. La gente guapa. Atractivísimos, con sonrisa optimista, dentadura relampagueante, manos delicadas y cutis envidiable. Pero también era una habitación triste, una especie de mausoleo, una exposición de los vivos y los muertos. Velda los miraba con veneración.

—Mis adorados amigos —dijo suspirando.

Quería preguntarle por su marido, pero no me pareció apropiado. Se acercó a un recargado escritorio de estilo regional francés que tenía encima una máquina de escribir.

—Mi mesa favorita —dijo—. Un regalo navideño de Maurice Chevalier.

—Es una joya —dije.

Tiró de un cordón rojo que había al lado de la puerta. Sonó una campanilla y apareció la criada. Velda le dijo que sirviera el café. Me acerqué a la mesa y me senté ante la máquina de escribir.

—¿Has leído el argumento? —pregunté.

—Todavía no. Pensaba hacerlo esta mañana.

Se sentó en un sofá.

—¿Te cuento algo muy interesante relacionado con esta habitación?

—Sí, por favor.

—Aquí es donde firmé mi primer contrato con Louis B. Mayer. Estaba sentado exactamente donde estás tú ahora y ahí firmó los papeles. Eso fue hace diez años. Es un hombre maravilloso. Uno de estos días organizaremos una fiesta y podrás conocerlo. Si le caes simpático, tienes asegurado el futuro.

—Me encantaría conocerlo. —Saqué el manuscrito del bolsillo de la chaqueta—. Empecemos.

La criada entró con la bandeja del café. Velda hablaba mientras lo servía.

—Mucha gente famosa ha honrado esta habitación con el transcurrir de los años. ¿Recuerdas a Vilma Bánky y a Rod La Rocque?

Aquello la puso en marcha. Vilma Bánky, Rod La Rocque, Clara Bow, Lillian Gish, Marian Davies, John Gilbert, Colleen Moore, Clive Brook, Buster Keaton, Harold Lloyd, Wesley Barry, Billie Dove, Corinne Griffith, Claire Windsor. Volaba sin parar entre nubes de fantasía, sorbos de café, cigarrillos encendidos, soñando con lo imposible, evocando el fasto de mentiras cautivadoras y de mundos inverosímiles que se había forjado ella sola.

Yo la escuchaba con silenciosa impaciencia, tramando formas de huir, de salir corriendo, de subir al coche y volver a la realidad de Bunker Hill, de gritar, de brincar y gritar, de suplicarle que se callara, hasta que me di por vencido y, herido de muerte, me hundí en el sillón que una vez había sostenido el culo de Louis B.

No hicimos nada, nada en absoluto, y cuando se sintió agotada y con sueño, y pasó del café a los martinis, no pude resistir más. Sus ojos casi no se tenían abiertos cuando me puse en pie y le cogí la mano.

—Adiós, Velda. Volveremos a intentarlo mañana.

Me fui.

Al día siguiente sucedió exactamente lo mismo, pero con otros personajes y en otro escenario. Estábamos en el cenador de los jardines, al pie del pimentero. Esta vez tampoco había café, sólo la coctelera del martini, y la sonora y monótona voz de Velda hablando de Jean Arthur, Gary Cooper, Tyrone Power, Errol Flynn, Lily Damita, Lupe Vélez, Dolores del Río, Merle Oberon, Claude Rains, Leslie Howard, Basil Rathbone, Nigel Bruce, Cesar Romero, George Arliss, Henry Armetta, Gregory La Cava, Paulette Goddard, Walter Wanger, Norma Talmadge, Constance Talmadge, Janet Gaynor, Frederic March, Nils Asther, Norman Foster, Ann Harding y Kay Francis.

Teníamos que vernos al día siguiente, pero la idea me daba náuseas. Era como si tuviera resaca y sólo viera sus ojos acuosos en aquella cara blanda y sólo oyera el sonido de su voz farfullante. Sabía que nunca podría trabajar con ella, que me sacaría de quicio. A la mañana siguiente la llamé por teléfono a eso de las diez y, como es lógico, comunicaba. A las once seguía comunicando, y a las doce, y toda la tarde, hasta la noche. Finalmente desistí, me senté a la máquina y le escribí una nota:

Querida Velda:

Tengo que ser sincero contigo. Nunca podremos trabajar en equipo. La culpa no es tuya, sino mía. Mañana mismo empezaré a escribir el guión. Cuando lo termine te lo enviaré y podrás corregirlo y mejorarlo de la forma que creas más conveniente. Espero que este plan obtenga tu aprobación.

Atentamente,

Arturo Bandini

Dos días más tarde me llamó.

—¿Estás seguro de que sabes lo que haces, Arturo?

—Totalmente.

—Muy bien. Escribe la primera versión y yo haré la definitiva. Llámame si tienes algún problema.

—Descuida.

Me puse a escribir inmediatamente, pero cuanto más escribía menos me gustaba. Empecé otra versión. Y otra. Entonces se me ocurrió una idea realmente original. Escribiría otra historia. Nada de vaqueros y ovejeros, sino algo más convencional, hecho de fragmentos de películas que recordaba de la infancia. Funcionó enseguida. Las páginas se amontonaron. Era la monda. Estaba inspirado. De una sentada escribí veinte páginas.

Al día siguiente todavía me duraba el impulso. Veinte páginas más. Por la noche estuve escribiendo hasta la una de la madrugada, otras quince páginas. Estaba encantado. Maravillado. ¡Qué rápido era! ¡Qué agudeza! ¡Qué diálogos! Me sentía poseído por algo grande. Aquello no podía fallar. Me veía como un héroe, catapultado a la gloria de la noche a la mañana. Y seguí adelante: cañones arriba y barrancos abajo, caballos al galope, revólveres que vomitaban plomo, indios que caían, sangre en el polvo, gritos de mujeres,

casas ardiendo, la amenaza del mal, el triunfo del bien, la victoria del amor. Bang, bang, bang, una emoción por minuto, el *western* mejor y más acojonante que se había escrito en la historia. Finalmente, crispado de tanto café, con dolor de barriga por culpa del tabaco, picor en los ojos y dolor de espalda, lo terminé. Lleno de orgullo, lo metí en un sobre grande y se lo envié por correo a Velda van der Zee. Luego me armé de paciencia y esperé, sabiendo que apenas podría cambiar una palabra, que Velda tenía ante sí la perfección.

Pasé aquellos días en Hollywood Boulevard, en la librería de Stanley Rose, en los bares de las travesías del bulevar, jugando a la máquina del millón, en el cine. Hasta que no pude esperar más y llamé a Velda van der Zee. Comunicaba. Una hora más tarde seguía comunicando. Estuvo comunicando todo el día. Bien entrada la noche aún comunicaba. Por la mañana perdí la paciencia. Subí al Plymouth y salí disparado hacia Benedict Canyon. El motor hacía un ruidito metálico. Le hacía falta una revisión. Dejé el coche en el camino del garaje y llamé a la puerta. Eran las doce. Me abrió la criada.

—Vengo a ver a Velda.

—Imposible —dijo—. Todavía está durmiendo.

—Esperaré.

Volví al coche y me senté al volante. A la una seguía allí de plantón, y a las dos, y a las tres, y a las cuatro me fui. No pasé del hotel que había en Sunset. Me dirigí al teléfono público del vestíbulo y marqué el número de Velda. Incluso mientras lo marcaba sabía lo que iba a pasar, y no me equivoqué. Comunicaba. Temblaba cuando eché a andar a trompicones. Recorrí dos manzanas antes de darme cuenta de que me había olvidado del coche.

Lo mejor de mi colaboración con Velda fue el dinero. Al cabo de quince semanas, a razón de trescientos dólares por semana, me llamó por teléfono. Había terminado de escribir el guión. Me lo enviaría por correo urgente. Llegaría al día siguiente. Estaba muy orgullosa de su trabajo. Sabía que me gustaría, que habíamos creado una obra maestra.

—¿Has cambiado mucho? —pregunté.

—Alguna cosilla. Retoques menores. Pero la esencia de tu versión, la idea principal, sigue ahí.

—Me alegro, Velda. Francamente, estaba preocupado.

—Ya verás como te gusta, Arturo. Apenas me has dejado margen para intervenir. Yo no tengo ningún mérito.

Al día siguiente estaba sentado en el porche de la casa de Edgington esperando al cartero. A mediodía llegó la furgoneta de correos y el conductor me puso el ancho sobre en las manos. Firmé el recibo, me senté en el escalón del porche y abrí el manuscrito.

En la página del título ponía: *Sin City*, guión cinematográfico de Velda van der Zee y Arturo Bandini, basado en un argumento de Harry Browne. Iba por la mitad de la primera página cuando el pelo se me puso de punta. A mitad de la segunda página tuve que dejar el guión para sujetarme de la barandilla del porche. Mi respiración había dejado de ser regular y sentía las piernas y el estómago acribillados por misteriosos calambres. Me puse en pie con dificultad y entré en la cocina a tomar un vaso de agua. Edgington estaba sentado a la mesa, desayunando. Al verme la cara se levantó.

—Santo Dios, ¿qué pasa?

No podía hablar. Sólo podía alargar el dedo hacia donde estaba el manuscrito. Edgington salió a la puerta y miró a su alrededor.

—¿Qué pasa? —dijo—. ¿Quién está ahí?

Salí al porche y señalé el manuscrito. Edgington lo cogió.

—¿Qué es? —Miró la portadilla—. ¿Qué le pasa?

—Léelo.

Fue al columpio del porche y se sentó.

—Me han engañado —añadí—. Yo no lo he escrito. Mi nombre está ahí, pero yo no lo he escrito.

Empezó a leer. De repente se rió, una carcajada corta.

—Es gracioso —dijo—. Es un guión muy gracioso.

—¿Quieres decir que es una comedia?

—Eso es lo gracioso. Que no es una comedia.

Edgington siguió leyendo en silencio, otras diez páginas. Luego cerró el manuscrito con parsimonia y me miró.

—¿Sigue siendo gracioso?

Hizo un rollo con el guión y lo tiró a un rincón cubierto de hiedra, más allá del porche.

—Es repugnante —dijo.

Recogí el guión de la hiedra. Edgington había leído mi versión hacía más de quince semanas. Le había gustado, la había elogiado.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté.

—¿Y si volvieras a Colorado y aprendieras a poner ladrillos con tu padre?

—Eso no es una solución.

—La única solución es que borres tu nombre del guión. No lo reconozcas como tuyo. No dejes que te relacionen con él.

—Quizá pueda salvarlo.

—¿Salvarlo de qué? Está muerto, chico. Lo han asesinado. Llama a tu agente y dile que quite tu nombre. O eso o te vas de la ciudad. —Se levantó y volvió a la cocina. Abrí el guión y me puse a leerlo otra vez. Lo que leí era como sigue:

Una diligencia recorre las llanuras de Wyoming perseguida por banda de indios. Diligencia se detiene. Indios se arremolinan alrededor. Dos pasajeros: reverendo Ezra Drew y su hija Priscilla. Jefe indio saca a Priscilla a rastras y la monta en su caballo. Priscilla forcejea. Jefe monta, se va con ella. Indios lo siguen.

Poblado indio. Jefe llega a caballo con Priscilla, la mete a empujones en tienda, luego entra. Jefe indio es Magua, enemigo del hombre blanco. Coge chica, la trata con rudeza, la besa mientras ella forcejea.

Por la colina llega partida mandada por sheriff Lawson. Éste desmonta, oye gritos chica, entra en la tienda, lucha con Magua, lo derriba, ayuda chica a salir, la sube a su caballo, monta y se van. La partida los sigue.

Sin City. Llega partida. Sheriff desmonta a Priscilla. Partida lleva reverendo Drew. Priscilla corre a sus brazos. Vecinos se reúnen. Sheriff Lawson lleva a Priscilla al Hotel Sin City.

Por noche lugareños se concentran ante el hotel. Sale sheriff con Priscilla y reverendo Drew. Lugareños les dicen que se queden. Iglesia local recientemente incendiada por indios jefe Magua. Se anima al reverendo Drew a reconstruir la iglesia. Promete pensárselo. Reverendo Drew toca banjo, acompaña a su hija que canta «Te amo, oh Jesús». Ruidosa ovación. Priscilla pasea entre lugareños pandereta en mano y lugareños echan monedas en pandereta. Reverendo Drew sube porche hotel y pronuncia discurso. Padre e hija prometen quedarse a reconstruir iglesia Sin City. Lugareños se retiran al salón. Reverendo vuelve a tocar banjo y Priscilla canta «Señor, recíbeme». Pasa otra vez pandereta, colecta abundante.

Iglesia empieza a reconstruirse. Lugareños cooperan, llevan tablas y materiales de construcción. Sheriff llega en carretón, sube a Priscilla, se van. En un bonito pinar sheriff abraza Priscilla y se besan.

Noche. Salón de Sin City. Priscilla canta «El Señor es mi pastor», clientes del salón escuchan y admiran a la encantadora joven. Priscilla pasa pandereta. Un borracho de la barra quiere besarla. Sheriff Lawson interviene, estalla pelea. Lawson tumba entrometido a puñetazos. Priscilla mira sheriff con gratitud.

En monte que domina la ciudad está el siniestro Magua a caballo, observando. Desmonta y se acerca a ventana salón mientras Priscilla pronuncia breve discurso ante clientes. Quiere que lugareños formen un coro de iglesia, para cantar himnos, y den donativos para la nueva iglesia. Lugareños están de acuerdo y aplauden. Fuera, en la ventana, malvado Magua sonrío de lado mientras escucha.

Todo cambia en Sin City. No más alcohol en el salón. No más juego. Mujeres dirigidas por Priscilla cantan himnos edificantes. Trabajos en iglesia continúan. Llega día en que iglesia se termina y lugareños acuden para el primer servicio. Desde arriba, Magua contempla acontecimientos de abajo y se aleja a caballo.

Noche. Mujeres de Sin City preparan comilona delante de iglesia. Hay baile colectivo, dirigido por reverendo Drew y su banjo. Priscilla gira al ritmo de la música, la acompaña el sheriff. Mientras, en poblado indio, Magua concentra sus fuerzas. Indios pintados montan a caballo y siguen a Magua.

Baile colectivo. Sheriff lleva Priscilla a bosque. Ella levanta cara y él la besa. Sheriff le pide que se case con él. Ella consiente. De repente, mucha trápala y gritos indios. Magua y sus sanguinarios

arapahoes bajan colina. Cabalgan rápido, rodean iglesia y lugareños, con gritos espeluznantes y mucho pataleo de caballos. Lugareños huyen despavoridos a iglesia mientras indios siguen rodeándolos y disparando con rifles. Sheriff y Priscilla corren a refugiarse en iglesia nueva. Indios estrechan el cerco a iglesia. Disparos. Gritos de heridos. Indios tiran antorchas sobre tejado iglesia. Lugareños toman posiciones para disparar desde ventanas iglesia. Batalla recrudece.

Mujeres cargan rifles. Priscilla carga rifle de su padre. En ese momento le dan. Priscilla dispara a indios que han derribado a padre. Se vuelve, abraza padre caído y llora.

Mientras, el traidor Magua ha desmontado y se acerca a hurtadillas a la puerta de la iglesia. Entra sin ser visto y se arroja sobre Priscilla, le tapa la boca con la mano y la saca a rastras. Tras ponerla a lomos de su caballo, monta tras ella y sale al galope en momento en que sheriff Lawson aparece en puerta. Magua apunta rifle, dispara a sheriff y bala le alcanza hombro. Lawson se tambalea pero no cae, sino que corre hacia Magua, que sale a escape con la forcejeante Priscilla.

Herido pero incólume, sheriff busca su caballo, monta y sale en persecución. Por valles y colinas persigue a veloces indios con chica. Llegan a un riachuelo al pie de las montañas y se detienen. Sangrando y debilitado, Lawson sigue cabalgando, entonces cae al suelo. Magua desmonta inmediatamente blandiendo tomahawk. Feroz batalla, hombres rodando y contorsionándose, Priscilla mira horrorizada. Caen en riachuelo. Magua salta sobre debilitado sheriff y quiere ahogarlo, pero sheriff se libera.

Demasiado débil para seguir resistiendo, sheriff cae al agua. Con grito de triunfo, Magua levanta tomahawk para golpear. De repente, un disparo rasga el silencio. Magua cae a riachuelo. Priscilla, rifle humeante en manos, desmonta y se acerca corriendo a sheriff. Lo saca del agua. Debilitado pero lleno de coraje, sheriff la abraza. Se levantan y se alejan tambaleándose. Magua yace muerto en el riachuelo.

En Sin City continúa el sitio. Lentamente, blancos ganan posiciones. Hay contraataque. Combate cuerpo a cuerpo. Muchos indios se retiran. Otros son capturados por lugareños. Llevan a cárcel local a una docena de salvajes. Por el horizonte llegan Priscilla y sheriff Lawson. Transportan cadáver de Magua atado al caballo de través. Efusivas aclamaciones de los lugareños. Priscilla corre a brazos de su padre.

Epílogo. Brillante mañana de domingo. Todos cantan en iglesia. Dentro, Priscilla dirige coro que canta «Oh, dulce Jesús». Iglesia abarrotada de lugareños que escuchan con devoción. En bancos traseros, apartados de los demás, hay una docena de indios cautivos, arrepentidos, con cabeza gacha. Sheriff se acerca Priscilla. Ésta lo mira con adoración. Fundido en negro.

Aquello era todo, todo el cochino trabajo. Mi guión, sin una sola línea mía en él, en realidad una historia completamente diferente, imposible que yo la hubiera ideado. Me reí. Era una broma. Alguien quería tomarme el pelo. Era imposible. Entré en casa y me senté a fumar, consciente de pronto de la lluvia que caía, del dulce sonido que hacía al golpear el tejado de tejas planas, del dulce olor que entraba por la puerta delantera. No había duda, Edgington tenía razón. Lo único que podía hacer era quitar mi nombre de la portadilla. Descolgué el teléfono y llamé a Cyril Korn.

—¿Sí? —ladró.

—Hola, Korn. Soy yo. ¿Ha leído el guión?

—Me ha gustado.

—Está usted loco.

—Es un gran *western*.

—Quite mi nombre.

—¿Qué?

—Quite mi nombre de esa monstruosidad. ¿Me oye? No quiero tener nada que ver.

Se produjo un largo silencio. Hasta que dijo:

—Como quieras, muchacho. Para Velda será una buena noticia. Le atribuirán todo el mérito a ella.

—Que se lo quede —dije, y colgué.

Llovía a cántaros y el agua arrancaba las hojas de los eucaliptos y formaba regueros en el patio que iban a parar al arroyo. Tomé un vaso de vino. Edgington salió de la cocina. Había oído mi conversación con Korn.

—Has hecho bien —dijo—. Ha sido un acto de autoconservación. No podías hacer otra cosa. Si me hubieras hecho caso, no habría pasado esto.

—¿A qué te refieres?

—Tendrías que haberte afiliado al gremio. Te lo llevo diciendo tres meses.

El aire helado y húmedo entraba por la puerta principal, enfriando la habitación. Edgington fue a la chimenea y encendió el gas. Sacó del bolsillo una bolsa de tabaco.

—Toma —dijo arrojándomela.

Era marihuana. Había papel de fumar dentro de la bolsa. Sólo había fumado marihuana una vez, en Boulder, y me había mareado. Era hora de volver a marearse. Lié un cigarrillo. Nos sentamos mirándonos, aspirando la hierba hasta los pulmones. Edgington se echó a reír. Yo me reí también.

—Eres un cabrón de mierda y un hijo de la grandísima puta Inglaterra — dije.

Asintió con la cabeza.

—Y usted, señor, es un despreciable y asqueroso esclavo macarroni.

Guardamos silencio mientras seguíamos fumando. Alcé el manuscrito.

—Vamos a hacer algo con él —dije.

—Quemémoslo.

Lo llevé a la chimenea y lo arrojé a las llamas. La hierba estaba surtiendo efecto. Me quité la camisa.

—Vamos a hacer el indio —dije—. ¡A quemarla en la hoguera!

—Estupendo —dijo Edgington, quitándose la camisa.

—Quitémonos los pantalones —dije. Rompimos a reír y nos quitamos los pantalones. Al poco rato estábamos desnudos, bailando en círculo, dando gritos que nos parecían indios. Fuera retumbó un trueno. Rodamos por el suelo, muertos de risa. Edgington se tomó una cerveza. Yo me tomé un vaso de vino. El aguacero era impresionante. Salí, nos cogimos de la mano y

bailamos en círculo sin dejar de reír. Edgington entró en la casa, tomó un trago de cerveza y volvió a salir. Nos tendimos en el césped, dando vueltas bajo la lluvia, gritando a los truenos. Una voz femenina atravesó la tormenta. Venía de la casa de al lado.

—¡Debería darte vergüenza, Frank Edgington! —gritó la voz—. Vístete si no quieres que llame a la policía.

Frank se puso en pie.

—¡Para ti, Martha!

Y le enseñó el desnudo trasero.

Entramos corriendo en la casa. Inmóviles ante el fuego, vimos subir bailoteando por la chimenea las chispas del guión de Velda. Nos miramos y sonreímos. A continuación representamos el desenlace que mejor iba con todo el delirante ritual. Meamos en el fuego.

Sucedió algo curioso entonces. Miré el pelo mojado de Edgington, y su cuerpo empapado, y no me gustó. No me gustó en absoluto. Había algo obsceno en su desnudez y en el guión quemándose, y en el suelo mojado por la lluvia, y en nuestros cuerpos tiritando de frío, y en la insolente sonrisa de Edgington, y me aparté de él, y le eché la culpa de todo. Al fin y al cabo, ¿no me había enviado él a Cyril Korn, y no me había presentado Cyril Korn a Velda van der Zee, y no había estado Edgington burlándose y recochineándose durante semanas, mientras escribía el guión? Aquel hombre ya no me caía bien. Me daba asco. Por su cabeza debían de circular pensamientos parecidos, porque advertí un brillo de hostilidad en su mirada. No hablamos. Nos quedamos allí odiándonos en silencio. Estábamos a punto de atizarnos. Recogí mis ropas, fui al dormitorio y cerré de un portazo.

A raíz de aquello nos distanciamos. Cuando él estaba trabajando en los estudios, yo hacía el vago, tomaba vino y ponía la radio. Llovía a mares todos los días. Me sentaba a la mesa de mi dormitorio y trataba de escribir. No se me ocurría nada. Era la casa, la casa de Edgington. Tenía que alejarme de él. Cuando volvía de los estudios, yo fingía estar ocupado, aporreando la máquina de escribir. Se quedaba un rato y se iba otra vez. Un día encontré un viejo número del *New Yorker* entre un montón de revistas. Traía un cuento de Edgington. Lo hice trizas. Empecé a salir por ahí, me subía al coche y conducía bajo la lluvia. La lluvia era exasperante. Las calles parecían ríos. Las tapas de las alcantarillas saltaban. Los árboles caían. Wilshire era una barricada de sacos de arena. Las calles estaban vacías. Iba a Hollywood y estaba un rato en un bar de Wilcox, tomando vino y jugando a la máquina del millón. A veces aparcaba en Musso-Frank's y corría hacia el restaurante bajo la lluvia. No conocía a nadie. Comía solo y paladeaba mi aversión a la ciudad. Iba a la librería de Stanley Rose, que estaba al lado mismo. Nadie me conocía. Vagaba de aquí para allá como un pájaro buscando migas de pan. Había perdido a la señora Brownell, a Abe Marx y a Du Mont. El recuerdo de Jennifer Lovelace casi me partía el corazón. Conocer a aquellas pocas personas había sido como conocer a miles. Fui a Bunker Hill y aparqué delante de la pensión, pero no me atreví a entrar. De repente tuve una fantasía, una hermosa fantasía para una novela. Era sobre Helen Brownell y yo. La saboreé, me envolví en ella. De repente desapareció la autocompasión. Todavía quedaba vida, había una máquina de escribir y papel, y ojos para verlos, e ideas para mantenerlos vivos. Estaba en el coche, en lo alto de Bunker Hill, bajo la lluvia, sumergido en la fantasía, y sabía lo que tenía que hacer. Iría a Terminal Island, buscaría una cabaña de pescadores en la playa y me quedaría allí a escribir una novela sobre Helen Brownell y yo. Pasaría meses en aquella cabaña, amontonando páginas, fumando en pipa de espuma de mar, siendo otra vez un escritor para el mundo.

Quería recoger mis pertenencias y salir de allí antes de que volviera Edgington, pero al acercarme a la casa vi su coche en la puerta. Bajé del

Plymouth y corrí bajo la lluvia. Frank estaba tirado en el sofá, leyendo un libro. Dijo «Hola». Pasé de largo, entré en mi habitación y me puse a liar el petate. Al poco rato se levantó y se quedó en la puerta con una revista en la mano.

—Regocijaos porque os traigo una buena nueva —dijo sonriendo y alargándome la revista. Era un ejemplar del *Daily Variety*. Lo desdoblé y vi un círculo rojo alrededor de una noticia de la primera página. Decía:

Velda van der Zee, autora del guión de *Sin City* para Liberty Films, será además la directora de la película, según ha dicho el productor Jack Arthur. La selección de actores terminará esta semana y el rodaje comenzará en Arizona.

Me quedé pasmado, pero no dejé que Edgington se diera cuenta y le arrojé la revista.

—Esto te ha puesto muy contento, ¿verdad? —dije. Sonrió y se encogió de hombros.

—*C'est la vie*.

Seguí recogiendo cosas, llené una maleta y la llevé al coche, en cuyo asiento trasero puse el resto de mis pertenencias (máquina de escribir, libros, ropa). Ya estaba listo para irme definitivamente, pero quedaba un asuntillo pendiente. Me quedé junto al coche, armándome de valor. Probablemente no volvería a encontrarme nunca con Edgington. Quería que se le grabara el recuerdo de mi partida en aquel día lluvioso. Por fin decidí el modo y volví a entrar en la casa. Estaba en el sofá.

—Ya me voy —dije.

Se puso en pie y me tendió la mano.

—Suerte, macarroni.

Le di un puñetazo en la cara y cayó en el sofá. Se quedó allí sentado, tocándose la nariz sangrante. Volví al coche y me fui. No debería haberle golpeado. Había sido hospitalario, cordial, generoso y amable. Pero no soportaba su arrogancia. Tenía demasiado éxito para mi gusto. Él se lo había buscado. No lo lamentaba. Así es la vida. Lo sentía por la hemorragia nasal, pero se lo merecía. En cuanto a Velda van der Zee, que le dieran por el culo. ¿Qué era otro director? La ciudad estaba a rebosar de directores.

Bajé por Avalon Boulevard, hacia el sur, y doblé por Wilmington. Casi se había puesto el sol cuando pasé por el puente y entré en la ancha lengua de arena conocida como Terminal Island. La lluvia había limpiado la arena del camino asfaltado y fui hasta el barrio de pescadores que había a kilómetro y medio de las fábricas de conservas. En la playa, a unos cien metros, había seis cabañas rústicas en fila, orientadas hacia las aguas del canal. Ninguna parecía ocupada. Pasé despacio ante ellas. En todos los porches delanteros había un cartel de «Se alquila». En la última casa vi luz. Al igual que las otras, era de color verde oscuro y estaba empapada por la lluvia. La luz salía por la puerta delantera, que estaba abierta. Me detuve y corrí bajo la lluvia hasta el porche.

En diez minutos alquilé una cabaña y me instalé en ella. Era la que estaba en el centro: un solo ambiente con dormitorio, salita, cocina y baño. Veinticinco dólares al mes. Hice cálculos por encima y me di cuenta de que tenía dinero suficiente para vivir allí diez años. Era mi oportunidad.

El lugar era paradisíaco, una isla del Pacífico, Bora Bora. Se oía el mar. Las olas llegaban susurrando, diciendo shshsh, ya que la isla estaba protegida por un malecón y la marea no subía. Las noches eran maravillosas. Me tiraba en el camastro y sentía cómo se alejaba el recuerdo de Velda van der Zee. Al cabo de unos días se había desvanecido. Escuchaba el rumor del mar y mi corazón se recuperaba. A veces oía ladridos de foca. Me apoyaba en la puerta y las observaba en los bajíos, tres o cuatro animales grandes jugando con la suave corriente, ladrando como si se rieran. La ciudad quedaba muy lejos. No tenía ganas de escribir. Tenía la mente tan infecunda como aquella playa. Era Robinson Crusoe perdido en un mundo lejano, en paz, respirando aire puro, salado, satisfactorio.

Cuando amanecía, paseaba descalzo por el agua, por la arena húmeda, kilómetro y medio hasta el complejo conservero, abarrotado de trabajadores, hombres y mujeres, que vaciaban los barcos de pesca, y preparaban y enlataban el pescado en grandes construcciones de metal corrugado. Casi todos eran japoneses y mexicanos de San Pedro. Había dos restaurantes. La comida era buena y barata. A veces iba hasta el final del puerto, hasta el

muelle del transbordador que cruzaba el canal hasta San Pedro. El billete costaba veinticinco centavos. Me sentía como un millonario cada vez que depositaba el cuarto de dólar y embarcaba hacia San Pedro. Alquilé una bicicleta y recorrí las colinas de Palos Verdes. Busqué la biblioteca pública y me cargué de libros. Al volver encendía la estufa de leña y me sentaba al calor a leer a Dostoievski, a Flaubert, a Dickens y a todos aquellos famosos. No me faltaba nada. Mi vida era una oración, una acción de gracias. Mi soledad era un enriquecimiento. Me encontraba soportable, tolerable, incluso bueno. A veces me preguntaba qué había pasado con el escritor que había llegado allí. ¿Había escrito algo y luego me había ido? Acaricié la máquina de escribir y miré pensativo las teclas. Era otra vida. Nunca había estado allí. Nunca me iría.

Mi casera era una japonesa. Estaba embarazada. Tenía una forma de andar noble, pasos pequeños, muy silenciosos, y llevaba el cabello negro trenzado. De ella aprendí a hacer reverencias. Siempre estábamos haciéndonos reverencias. A veces nos encontrábamos paseando por la playa. Nos deteníamos, juntábamos las manos y nos hacíamos una reverencia. Luego ella se iba por su lado y yo por el mío. Un día encontré una barca flotando en la orilla. Subí y me puse a remar, y lo hice de pena, porque no sabía manejar los remos. Pero aprendí y fui con el bote por todo el canal hasta las rocas del lado de San Pedro. Compré un aparejo de pesca, con cebo y todo, me alejé unos cien metros de mi casa y pesqué corvinas, caballas y un halibut. Me los llevé a casa y los cociné; estaban asquerosos y los tiré a la arena, y las vigilantes gaviotas bajaron como una flecha y se los llevaron. Un día me dije: Tengo que escribir algo. Escribí una carta a mi madre, pero no pude ponerle fecha. No sabía qué día era. Fui a ver a la señora japonesa y le pregunté qué día era.

—Cuatro de enero —dijo.

Sonreí. Llevaba dos meses allí y me habían parecido dos semanas.

Una tarde, mientras dormitaba, oí el motor de un coche. Me acerqué a la puerta y vi detenerse ante la casa contigua un turismo de color rojo, un Marmon. Llevaba una insignia real pintada en el capó, una corona con leones pasantes en rojo y oro. Debajo había una inscripción: Duque de Cerdeña. El conductor apagó el motor y bajó. Era bajo y fuerte, y llevaba el pelo negro cortado al rape. Era tan musculoso que parecía de caucho, con unos brazos como canales de desagüe y unas piernas tan recias que no podían juntarse totalmente. Me vio y sonrió.

—¿Qué cuenta? —dijo.

—Bien, bien. ¿Y usted?

—También. ¿Vive aquí?

—Sí.

—Vecinos, nosotros. —Se me acercó y me estrechó la mano. Señalé el Marmon.

—Duque de Cerdeña. ¿Qué significa?

—Yo hijo del príncipe de Cerdeña. También campeón del mundo.

—¿Es usted levantador de peso?

—Luchador. Campeón del mundo. Vengo a entrenar.

Fue al remolque enganchado al turismo. Era un armazón con dos ruedas de rayos grandes, una especie de carro de mano. Estaba lleno de esterillas de gimnasia, trebejos de halterofilia e indumentaria deportiva. Empezó a descargar el carro.

—¿Quién usted? —preguntó. Se lo dije—. ¿Italiano? —añadió en italiano.

—Desde luego.

Sonrió.

—Muy bien.

Lo observé el rato que estuvo descargando el remolque. Luego volví a casa. Hacía semanas que no me sentaba delante de la máquina de escribir. Empecé una carta para mi madre. Al poco rato sentí un par de ojos taladrándome la nuca. Me volví. El duque estaba en el umbral, mirándome.

—Pase —dije.

Entró e inspeccionó la sala de arriba abajo, las paredes, el fregadero y, finalmente, la máquina de escribir.

—Escriba poco más —dijo gesticulando—. No pare. —Se sentó al otro lado y yo seguí con la carta.

—¿Qué escribir? —preguntó.

—Cuentos. Películas. A veces poesía.

—¿Gana dinero?

Me eché a reír.

—Naturalmente. Estoy forrado.

Esbozó una sonrisa de duda y se puso en pie.

—Me voy. Hora de trabajar.

Media hora después oí un traqueteo de ruedas. El duque de Cerdeña arrastraba el remolque vacío por la playa. Iba con las mallas de practicante de lucha libre y descalzo, y tiraba del remolque con dos correas, una ceñida a la cintura y otra a la frente. Lo arrastraba sin esfuerzo y las grandes ruedas giraban por la blanda arena entre crujidos. Tras recorrer unos metros, cogió una pala del carro y empezó a llenarlo de arena. Salí a verlo. Sudaba por el cuello y por la espalda. Trabajaba con ganas.

—¿Qué hace? —pregunté.

—Ejercicio —dijo jadeando, sin dejar de mover la pala. No tardó en llenar el carro. Tiró la pala encima de la carga, se ajustó la correa de la cintura, se puso la de la frente, dio un resoplido de coloso y empezó a tirar. Las ruedas estaban clavadas en la arena y el carro no se movió. Hizo fuerza, perdió pie, se cayó, hizo fuerza y volvió a intentarlo. Lo compadecí. Corrí a ayudarlo y apoyé el hombro en la parte trasera. El carro empezó a moverse. El duque se volvió confuso y me vio. Lleno de cólera, me asió por las axilas y me tiró a la arena. Aterricé de espaldas y el golpe me dejó sin aliento.

—No —dijo, agitando el puño—. Largo. Yo entreno solo.

Me quedé sentado, jadeando, viéndole ponerse otra vez las correas para volver a intentarlo. ¡Duque de Cerdeña! Tenía que estar loco. Le di la espalda y entré en casa. Una hora más tarde salí al porche y lo vi en la playa, a lo lejos. Apenas parecía moverse, como si fuera una tortuga cruzando el horizonte. Tardó dos horas en arrastrar el carro hasta su casa. Estaba bañado en sudor. Tenía arena pegada al sudor y parecía escarchado, y muy cansado. Lo vi trotar hasta la orilla y tirarse de cabeza. Se movía en el agua como un pez pequeño y macizo. Ya era de noche cuando salió del agua arrastrando los pies, y se dirigió a su porche. Lo vi secarse con una toalla.

—¿Gusta «espaguet»? —preguntó.

—Sí.

—Yo hago.

Al día siguiente oyó el tecleo de la máquina de escribir y volvió a entrar. Se quedó allí, viéndome aporrear las teclas.

—¿Qué escribir ahora?

—Carta.

—¿Escribir poesía?

—Siempre.

—¿Cuánto por una poesía?

Lo miré. La verdad es que no me era simpático. El día anterior me había tratado con grosería. Y con aquella sonrisa insolente, y aquel título ridículo. Era idiota y pensaba sacar partido.

—Diez dólares —dije—. Diez dólares por diez versos. ¿Sobre qué quiere que escriba?

—Tengo mujer en Lompoc. Gusta poesía.

—¿Amor? —dije.

—Sí.

Me volví hacia la máquina de escribir, me puse de humor poético y empecé a teclear:

Oh amante de las Nuevas Hébridas,
no me pidáis que desestime vuestra confianza.
Estrofa es el amor entre esplendores de cielos perdidos.
Traedme los loores y dolores de sueños dispersos.
Mi corazón suspira por un *fin de siècle*,
esa imagen de tiempos de tribulación.
No deseéis, amor. ¡Vigilad los baluartes!
Huid de los granujas, sed clementes sólo con el amor,
y cuando se colme la generosidad retribuidora
creed en lo que hay en mi corazón.

Carraspeé y se la leí al duque.

—Qué bonita —dijo—. Me la quedo. Darne lápiz.

Le di uno. Alisó la página poética y firmó debajo del último verso: Mario, duque de Cerdeña.

—¿Tiene sobre? —preguntó.

Cogí uno del escritorio y lo puse en el carro de la máquina.

—Para Jenny Palladino, Celery Avenue 121, Lompoc.

Lo escribí y se fue.

Volvió a la hora de la cena con una fuente de espaguetis blancos. Hice girar el tenedor entre la pasta y me lo llevé a la boca. Sabía a pólvora; la salsa tenía ajo, cebolla y guindillas. No había manera de tragar aquello. Me lancé sobre una botella de vino. El duque se echó a reír.

—Poner fuerte —dijo—, hacer hombre.

Pero yo no pude comerme aquello. Cogió mi plato y masticó metódicamente, hasta el último espagueti. Serví vino para los dos y encendí un cigarrillo.

—¿Qué tal otro poco de poesía?

Se encogió de hombros.

—Una, bueno.

Fui a la máquina y escribí de corrido diez versos. El duque me miraba con los brazos cruzados.

—¿Quiere oírla? —pregunté.

—Claro, escucho.

Recité:

Oh carretas de la noche allende el lóbrego mar,
aves mudas mueven vuestras ruedas empapadas en sal.
La pesadumbre nubla la tierra
buscando las huellas de las ruedas.
Chillan las gaviotas, saltan los peces, sale la luna.

¿Dónde están los niños?
¿Qué pasó con los niños?
Mi amor está lejos y los niños no están.
Un barco oscuro cruza el horizonte.
¿Qué ha pasado aquí?

Me quitó el poema de la mano y curvó el labio con recelo.

—¿No le gusta? —pregunté.

—Doy siete dólares.

Le arrebaté el poema.

—Ni hablar. Es un buen poema. De los mejores que he escrito. No me discuta el precio. Si no le gusta, dígalo.

Dio un suspiro.

—Echar al correo. —Se refería al sobre.

Sacó un fajo de billetes del bolsillo y apartó uno de diez dólares. Le di las gracias y me lo guardé. Volviendo a la máquina de escribir, dije:

—Voy a darle una pequeña gratificación, duque. Algo que apreciará de verdad.

Me puse a transcribir mi soneto favorito de Rupert Brooke, «La colina»:

Corríamos sin aliento por la ventosa colina,
reíamos al sol y besábamos la bendita hierba.
Dijiste: «Por la gloria y el éxtasis transitamos;
el viento, el sol y la tierra permanecerán, los pájaros seguirán cantando
cuando seamos viejos, seamos viejos...» «Y cuando muramos
todo habrá acabado para nosotros; y la vida seguirá latiendo
en otros amantes, otros labios», dije yo,
«corazón de mi corazón, ¡nuestro paraíso está aquí, ya conquistado!»
«Somos la sal de la tierra que aprende aquí sus enseñanzas.
La vida es nuestro pregón. ¡Hemos tenido fe!», dijimos;
«bajaremos a las tinieblas con paso decidido,
coronados de rosas...» Éramos orgullosos
y nos reímos, por tener que decir verdades tan tremendas.
De súbito te echaste a llorar y te apartaste.

Cuando terminé de leerlo, él tenía la boca torcida de asco, me quitó el papel de la mano y lo miró fijamente, fulminándolo y medio estrujándolo.

—¡Ser mierda! —exclamó, haciendo una pelota con el papel y tirándolo al suelo. Era un hombre muy bajo, pero cuando se puso en pie adquirió las proporciones de una tortuga gigante. Cuando me di cuenta, sus manos estaban en mis axilas y yo volaba hacia el techo mientras me zarandeaba con violencia. Su cara lívida y sus centelleantes ojos negros se alzaron hacia mí.

—Nadie estafa duque de Cerdeña. *Capish?*

Me soltó y caí pesadamente en la silla. Al irse, vio en el suelo la pelota de papel. Le dio una fuerte patada y salió.

Todos los días el duque recorría kilómetro y medio de playa tirando del carro de arena, llegaba a la fábrica de conservas y daba media vuelta. Una tarde lo cronometró. Tardaba dos horas. Siempre volvía igual de agotado y se arrojaba de bruces en la arena. Yo quería que fuéramos amigos. Le sonreía y lo saludaba, pero todavía estaba ofendido, hasta que una tarde me dijo, chorreando sudor:

—Mañana lucho. Olympic Auditorium. Ven. —Me quedé atónito, a punto de decir algo, pero me oprimió las mandíbulas—. ¡Mañana! ¿Entendido?

Asentí con la cabeza.

—¿Contra quién luchas, duque?

—Un animal —dijo—. Ricardo Corazón de León.

—¿Es bueno?

—Es bueno. Pero lo mato igual.

Avanzó hacia el agua arrastrando los pies y se zambulló, contento como una marsopa. No tenía el menor deseo de ir a ver el combate. Cuanto más pensaba en ello, más antipático me caía él, pero había una forma sencilla de solucionarlo. Cuando llegara el momento, subiría al coche y me iría a cualquier cine de Wilmington. Salió goteando del agua y se secó en el porche.

—Mañana ir en mi coche —dijo—. Salimos las seis. Estás preparado.

Entró en su casa.

No quería ver aquel asqueroso combate y me dije que no iría. Durante todo el día estuve repitiéndome que no iba a acompañarlo y a la hora de acostarme me quejaba ya con tanta furia que no pude conciliar el sueño. Toda la noche estuve dando vueltas y más vueltas. A las dos de la madrugada ya no pude más, me levanté y me vestí en silencio. Fui de puntillas a la puerta y salí, procurando no hacer ruido con la cancela de tela metálica. Caminé con sigilo hasta el coche y me deslicé tras el volante. Iba a girar la llave de contacto cuando una mano me asió por el cuello. Era el duque.

—¿Dónde ir? —preguntó.

—A comprar caramelos —improvisé.

—Demasiado tarde para comprar caramelos —dijo—. A dormir.

Bajé del coche y volví a entrar en casa. Me siguió como un policía incansable. Le di con la puerta en las narices y eché el pestillo. Estaba tan

enfadado que quería matarlo. Abrí la puerta de un tirón y le grité:

—¡Que te zurzan, macarroni, destripaterrones, inútil! ¡Me das náuseas! ¡No pienso ir al combate mañana, ni siquiera para ver cómo te rompen el cuello! ¡Eres escoria! ¡Eres un impostor, un farsante, escoria! ¿Quieres saber hasta qué punto eres idiota? Eres tan idiota que ni siquiera te gustan los poemas de Rupert Brooke. Te he tomado el pelo, analfabeto. ¡Un Brooke auténtico y no te gustó!

Cerré de un portazo, eché el pestillo y me fui a la cama.

A la mañana siguiente lo vi sentado en mi porche. Me miró con cara de arrepentimiento.

—¿Cabreado? —preguntó.

—No.

—Eres mi amigo. Me caes bien.

—Tú a mí también me caes bien.

—Iré solo a luchar.

—¿Es tan importante?

—Al público le caigo mal. Necesito alguien en mi rincón.

Suspiré.

—Está bien, duque. Iré contigo.

Se me acercó, me puso la mano en la nuca y me zarandeó con suavidad.

—*Grazie* —dijo sonriendo.

Los periódicos dijeron que a la velada de lucha libre de aquel jueves por la noche acudieron quinientas personas. El duque de Cerdeña tenía razón, todos los presentes menos yo lo detestaban. Desde que bajamos de su vehículo en el aparcamiento hasta que llegamos al Olympic Auditorium, la multitud de enemigos que congregó a su alrededor no hizo más que crecer. Había mexicanos, negros y gringos, le impedían el paso, le tiraban objetos y lo insultaban. Yo iba a su lado y sentía el batir de las olas del desprecio.

Al entrar por una puerta lateral reservada a los luchadores, apareció ante nosotros un negro descomunal que tiró un pastel de limón a la cara del duque. El duque, lejos de sentirse humillado, se lanzó como un perdiguero, se abrazó a las piernas del negro y lo derribó. Se sentó encima de él y empezó a quitarse el pastel de limón de la cara y a untar la del negro. Inmediatamente se congregó una multitud para separar a los dos hombres. Llegó la policía y se llevó rápidamente al duque por el pasillo, hasta los vestuarios. Ahora el duque

estaba animado, con ganas de pelea, preparado para enfrentarse a Ricardo Corazón de León.

A la hora del combate entré en el circo detrás de mi gladiador y recorrimos el pasillo hasta el cuadrilátero. El odio que generaba el duque me caló hasta los huesos. No entendía por qué le caía tan mal al público. Aunque tampoco hacía falta que él mirase a todos con un desprecio tan evidente, ni que devolviera los gestos obscenos. Una mujer saltó de su asiento y le dio una bofetada. El duque la miró con desdén y le lanzó un salivazo. Los acomodadores se concentraron al pie del cuadrilátero y lo protegieron mientras subía. Se paseó por la lona agitando el puño, la multitud rugió encolerizada y el duque recibió otra lluvia de objetos. El árbitro subió al cuadrilátero y le dijo que se sentara. El duque tomó asiento y el público se tranquilizó.

Al cabo de unos momentos el gentío rompió en aclamaciones y manifestaciones de entusiasmo. Sonaron silbidos y vítores, y apareció Ricardo Corazón de León con una bata de seda blanca. Calzaba botas azul claro y tenía un bonito pelo rubio, cuidadosamente peinado, que le llegaba hasta los hombros. Era hermoso y la gente lo adoraba. Se quitó la bata blanca y dejó al descubierto un calzón azul claro. Hizo reverencias exageradas a todos lados. Luego, con patente ostentación, se arrodilló en el centro del cuadrilátero, se santiguó, agachó la cabeza, cerró los ojos y rezó. De repente, el duque saltó de su rincón y le dio con ambos pies, derribando a Ricardo en la lona. La multitud parecía una jauría de lobos. Volaron objetos, objetos como sillas, botellas, fruta, tomates, y entonces supe por qué odiaban todos a aquel hombre. Era el enemigo.

El drama estaba claro. El duque no podía ganar en aquel ring. Podría castigar todo lo que quisiera, porque era el diablo, pero Ricardo Corazón de León, bendecido por la pureza, terminaría venciendo. Era lo que quería ver el público y por lo que pagaba.

El combate empezó con los dos contrincantes enfrentados en el centro del cuadrilátero. El duque medía un metro cincuenta y cinco y pesaba ciento cinco kilos. Ricardo Corazón de León medía uno ochenta y pesaba ciento cinco kilos. Se movieron de lado, tratando de asir al otro. El duque se deslizó como una liebre entre las piernas de Corazón de León y asió por detrás la flotante melena del gigante, que se vino abajo como una tonelada de carbón. El duque saltó sobre él y consiguió hacerle una llave alrededor del cuello. Corazón de León pataleó inútilmente, con la cara cada vez más azul. El público estaba en pie, gritando con furia. Una mujer saltó las cuerdas y golpeó al duque en la cara con el bolso, varias veces. La multitud jaleaba. Otras dos mujeres subieron al ring, se descalzaron y dieron una buena tanda de zapatazos al inquebrantable italiano, obligándolo a aflojar la llave con que atenazaba el cuello de Corazón de León.

El árbitro despejó el cuadrilátero y los dos luchadores volvieron a estar frente a frente. Esta vez golpeó primero Corazón de León, levantó al duque por encima de su cabeza, le dio varias vueltas y lo lanzó violentamente sobre la lona. El público gritaba de júbilo. El duque quedó inmóvil, al parecer inconsciente. Corazón de León lo levantó del suelo, lo transportó hasta el borde del cuadrilátero y lo lanzó, por encima de las cuerdas, al regazo de tres mujeres. El duque seguía inmóvil, como desvanecido. Las mujeres lo dejaron caer a tierra y lo pisotearon. El duque se apartó de ellas rodando por el suelo, se puso en pie y subió trabajosamente al ring, con la cara cubierta de sangre.

El árbitro hizo sonar el silbato y ayudó al duque a llegar a su rincón. Llamaron a un médico, que le limpió la sangre, diagnosticó que el duque estaba en buena forma y ordenó que siguiera la lucha. El duque se puso en pie con cansancio, pero estaba tan aturdido que iba de aquí para allá, sin saber adónde. Corazón de León, al otro lado del cuadrilátero, tomó carrerilla y le dio un cabezazo en el estómago. Y a la lona volvió el duque. Corazón de León se arrojó sobre el caído, le aferró el pie con una llave y se lo dobló hacia atrás. El público, fascinado, parecía canturrear de placer. El árbitro se inclinó para ver si los hombros del duque tocaban la lona. El triunfante Corazón de León, todavía con el pie del duque doblado hasta los riñones, saludó al público con la mano libre y el público le devolvió el saludo. A mí no me

preocupaba la derrota del duque, pero su vida sí, porque estaba inmóvil, con los ojos cerrados y jadeando con fuerza.

Pero entonces le tocó mover a él, y sus cortos y gruesos brazos volaron hacia los flotantes bucles de Corazón de León. El horror transfiguró al público. Un rugido de dolor llenó el recinto cuando las manos del duque asieron dos puñados de cabello rubio y obligaron a Corazón de León a apartarse. Grotescamente, como un cangrejo que se pusiera en posición vertical, el duque se levantó con esfuerzo sin soltar el pelo del otro. Las mujeres chillaban. Algunas se echaron a llorar mientras arrastraba por la lona a Corazón de León, tirándole del pelo.

Cambió de táctica. Daba con el pie a Corazón de León en la mandíbula. O se sentaba sobre su cara y lo hacía botar y rebotar sin compasión, riéndose del público, burlándose de sus protestas. Luego le hizo una puesta de espaldas, acercándole los hombros a la lona. Inesperadamente, el guapo se vino abajo y sus hombros tocaron la lona. El duque se sentó encima de él y le retorció la nariz. Era una ofensa inadmisibles. El árbitro declaró al duque ganador de la primera partida.

El público no pudo soportarlo. Los quinientos espectadores corrieron hacia el cuadrilátero y sobre el duque de Cerdeña cayó una docena de aficionados. Le habrían arrancado la piel a tiras si no hubiera intervenido la policía, que lo escoltó por todo el pasillo, desde el ring hasta los vestuarios.

Los cuidadores de Corazón de León lo llevaron hasta su taburete. Tenía la pierna derecha rígida. Llegó un médico y lo examinó. Corazón de León se deshacía en lágrimas. El médico y el árbitro hablaron en voz baja. Un juez tocó la campana. En medio del silencio que siguió, el árbitro declaró que había habido empate y, como Corazón de León no podía continuar, el combate se daba por finalizado. Se armó la de Dios es Cristo. Los seguidores de Corazón de León subieron al ring y agredieron al árbitro, le rompieron la camisa y lo tiraron a la lona. La policía subió a rescatarlo mientras yo me escabullía por el pasillo, hacia la parte trasera del estadio.

El duque estaba en su vestuario, tendido en una camilla de masajista, y un entrenador le frotaba los músculos. Sonrió cuando entré.

—Bueno, ¿eh? —dijo.

—Ha quedado en empate, duque.

—¿Empate? —Saltó de la camilla—. ¿Quién dice así?

—El árbitro.

El duque salió disparado por la puerta y recorrió el pasillo a toda prisa. Lo vi abrirse paso entre la multitud que abarrotaba el pasillo. La policía lo rodeó

al momento y volvió a conducirlo al vestuario mientras él forcejeaba y gritaba, y cerraron la puerta. Me quedé en el pasillo diez minutos, preguntándome qué hacer. Dentro del vestuario, el duque gritaba y tiraba los muebles.

Volví al ring y vi a dos luchadores peleando entre las cuerdas. Me aburría. Fui al coche y encendí un cigarrillo. Estuve una hora esperando a que apareciera el duque. Terminó la velada y el público se desparramó por el aparcamiento. Los coches fueron saliendo hasta que sólo quedó el Marmon del duque.

Una hora después, a medianoche, apareció dando zancadas hacia el Marmon. Se sentó a mi lado y vi que tenía la cara llena de heridas, la nariz le sangraba y los nudillos y los pantalones estaban manchados de sangre. Abrió la guantera y sacó un paquete de toallitas de papel. Se pasó una por el magullado y ensangrentado rostro. Vi una boca de riego en la esquina del edificio y se lo dije. Bajó del coche, fue a la boca de riego y la abrió. Se frotó las manos en el chorro de agua y luego se lavó la cara. Me dio lástima. Le habían dado una tunda y estaba enfadado, estoico y meditabundo. Volvimos al coche. Cogí los pañuelos de papel. De vez en cuando estiraba la mano y yo le daba uno limpio. Fuimos hasta Avalon y doblamos a la derecha, en dirección al puerto. Exceptuando algún que otro sollozo, condujo en absoluto silencio.

El duque se pasó en la cama todo el día siguiente, de cara a la pared. Yo llamaba a la puerta y entraba, pero no se movía.

—¿Estás bien? —preguntaba.

—Gracias. Vete.

El siguiente fue igual. Fui incapaz de detectar un solo movimiento en su cuerpo.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No. Vete.

—Tienes que comer, duque.

—Por favor. Déjame en paz.

La mañana del tercer día estaba yo durmiendo todavía cuando oí el motor del Marmon. Fui a la puerta y lo vi en el coche, reculando para salir. Me vio y pisó el freno. Me dirigí al coche. Parecía descansado y sonreía.

—¿Bien?

—Estupendo. Voy a Los Ángeles, a un combate.

—¿Contra quién?

—Corazón de León otra vez. Quiero revancha. Esta vez lo mato. — Cambió de marcha, se despidió con la mano y se fue.

Estuvo fuera todo el día y parte de la noche. Alrededor de la medianoche oí el motor del Marmon.

Por la mañana oí el traqueteo y los gruñidos del remolque avanzando por la playa. El duque reanudaba su vida normal. Lo vi uncirse al carro y tirar de él por la suave arena blanca. Salí al porche y grité:

—¿Cuándo peleas?

—Dos semanas. Olympic Auditorium.

—Muy mal, duque. Ese público te odia.

Sonrió como un bendito.

—No, no. Me quiere. Todo el mundo quiere al duque de Cerdeña.

Estaba sentado en el porche leyendo a Melville cuando llegó el coche. Era un Ford A y lo conducía una mujer. Apagó el motor y bajó. Miré hacia la playa. El duque no estaba a la vista. La joven se dirigió a su porche y llamó a la

puerta. Estaba muy bien con aquella falda de lunares azules y el jersey azul. Su culo era celestial. Y la cara destacaba con exquisita elegancia, entre el cabello oscuro y los ojos chispeantes.

—No está en casa —dije—. Está haciendo ejercicio en la playa.

Miró a ambos lados del arenoso paisaje.

—¿Por dónde se ha ido?

Señalé con la cabeza.

—Va tirando de un remolque rojo.

—Gracias —dijo—. ¿Tardará mucho?

—Alrededor de una hora. El duque y yo somos amigos. ¿Por qué no se sienta y lo espera?

Buscó un asiento con la mirada.

—Perdón —dije—. ¿Quiere pasar?

—No, gracias.

Se apoyó en un poste y guardó silencio. Me levanté.

—¿Quiere que le traiga alguna cosa? ¿Qué tal un café? Acabo de prepararlo.

—No, gracias.

—Soy Arturo Bandini.

Sonrió.

—Encantada. Yo, Jenny Palladino.

—De Lompoc —dije sonriendo.

Me miró con sorpresa y preguntó:

—¿Cómo lo sabe?

—El duque lo comentó. —Abrí la contrapuerta de tela metálica—. Por favor, pase. Hago un café fantástico.

—No, gracias.

—No tenga miedo. Si es amiga del duque, está totalmente a salvo. ¿Tengo cara de querer propasarme con la novia del duque de Cerdeña?

Me miró atentamente y con seriedad y luego sonrió.

—Creo que no.

—Pase —insistí—. Sea mi invitada.

—Bueno... —dijo con voz titubeante.

—Por favor, no tiene por qué preocuparse. El duque me da mucho miedo.

Entró. La acompañé hasta la mejor silla y se sentó. De repente me invadió una sensación de frivolidad. Había una especie de reproche en sus ojos y en su labio inferior. No tenía ninguna intención de propasarme con ella. Sólo quería entretenerme, proponerle una especie de juego. Le serví una taza de

café, me dio las gracias y se lo tomó. Era hermosa y sensual, con unas formas maravillosas, pero no sentía ningún deseo, sólo ganas de darme revolcones con ella como suelen hacer los gatos pequeños. Hinqué la rodilla ante ella y encogió las piernas en el acto.

—Oh, la más encantadora de las hijas de Eva —recité—, dulces son vuestros ojos y el asombro de vuestras cejas arqueadas. Bendita seáis, celestial doncella, por la curvatura de vuestro cuello escultural. No me alejéis de vos, pues anhelo refocilarme en el resplandor de vuestros espléndidos ojos.

Frunció los labios.

—¡Conque era usted! —dijo—. Sabía que no era el duque. Era imposible.

No voy a hacerle daño, me dije. No voy a seducirla. Sólo quiero hacerla sonreír.

—Escucha, amor, el vuelo de la perdiz que aletea por el abierto granero y busca a su amor en la paja recién cortada. Traédmela, oh pájaros errantes, no permitáis que huya atemorizada.

Se puso en pie de un salto y me apartó de un empujón.

—Déjeme —dijo. De pronto gritó—: ¡Duque! ¡Duque!

Se quitó los zapatos y al instante salía disparada como un cervatillo aterrorizado. A lo lejos apareció la torpe figura del duque tirando de las riendas del carro rojo. Me quedé petrificado durante un momento. Luego hice lo que había que hacer.

Hice las maletas, recogí la máquina de escribir, corrí a mi coche y tiré los bultos en el asiento trasero. Volví a la casa corriendo a buscar más bultos. Al salir vi a Jenny Palladino delante del duque, gesticulando con ambas manos. El duque se quitó los jaeces y echó a correr hacia mí. Cogí los libros y un impermeable, corrí al coche y puse el motor en marcha. El duque estaba todavía a unos quince metros cuando salí del patio y al camino. Por el espejo retrovisor lo vi agitar el puño y maldecir. Llegué a la autopista y giré por el puente en dirección a Los Ángeles.

Semejante a un ave migratoria, volé hacia Bunker Hill, hacia mi querida pensión, hacia la mujer más amable que había conocido en la vida. Aparqué delante, cogí dos maletas y entré. El vestíbulo estaba vacío. Me detuve un momento, aspirando la fragancia del lugar, el olor tierno y evocador del incienso de Helen Brownell. Miré a mi alrededor con afecto. Qué solidez. Qué perdurabilidad. Era como si aquel vestíbulo fuera para siempre, como si siempre hubiera de estar allí esperándome. Me acerqué al mostrador, dejé las maletas en el suelo y pulsé el timbre. La puerta que había detrás del mostrador se abrió lentamente y vi que me miraba con vacilación, como si no me viera.

—Hola, Helen —dije sonriendo.

Siguió mirándome. Luego cerró la puerta. Esperé un momento. Como no aparecía, volví a tocar el timbre. Se abrió la puerta. Me miró con dureza. Me fijé en su cabello. Estaba blanco como la nieve, blanco como la lana.

—Helen —dije, y fui al otro lado del mostrador—. Ah, Helen, cuánto me alegro de verte. —Le puse las manos en los hombros y me incliné para besarla.

—No —dijo—. No, por favor.

—Te quiero.

Me dio la espalda.

—Vete —suplicó—. No te quiero aquí. Para mí se acabó.

—Por favor, deja que me quede. Dame la habitación que tenía antes.

—Imposible. Está ocupada. Por favor, vete.

—Hablemos un rato —insistí—. Prepárame un café, por favor.

—¿Por qué eres tan terco? ¿No te das cuenta de que no te quiero aquí?

Giró sobre sus talones y corrió hacia la puerta interior.

—Vete, Arturo. Busca a alguien de tu edad. Yo no soy para ti. Nunca lo fui. —Cerró la puerta.

Me dolió mucho. Me senté en un sofá a reflexionar. ¿Habría algún modo de convencerla? ¿Qué podía decirle? De repente me sentí muy cansado. ¿Qué le había hecho? ¿Por qué no podíamos seguir como siempre? Habíamos tenido una pequeña desavenencia, eso era todo. ¿Por qué no podíamos ser amigos, aunque sólo fuera para hablar, para sentarnos en el porche por la noche a mirar las luces de la ciudad y hablar como viejos amigos? ¿Por qué

me excluía? No me importaba que fuera mucho mayor que yo. La amaría siempre. Cuando tuviera noventa años, seguiría queriéndola, como a la mujer del poema de Yeats:

Cuando seas una vieja canosa y modorra,
y cabecees junto al fuego, toma este libro,
léelo despacio y sueña con la tierna expresión
que hubo antaño en tus ojos, y con sus sombras profundas;
muchos amaron tus momentos de gracia radiante,
y amaron tu belleza con amor verdadero o falso,
pero hubo uno que amó tu alma de peregrina
y amó el dolor de tu rostro cambiante.

Encontré una habitación en Temple Street, encima de un restaurante filipino. Costaba dos dólares por semana, sin toallas, sábanas ni fundas de almohada. La tomé, me senté en la cama y medité sobre mi vida en la tierra. ¿Por qué estaba allí? ¿Y qué hacía ahora? ¿A quién conocía? Ni siquiera a mí mismo. Me miré las manos. Eran manos lisas de escritor, manos de escritor pueblerino, no aptas para el trabajo duro, sin igual para componer frases. ¿Qué podía hacer? Miré la habitación, las paredes manchadas de vino, el suelo sin enmoquetar, la pequeña ventana que daba a Figueroa Street. Olí la comida del restaurante filipino de abajo. ¿Sería el final de Arturo Bandini? ¿Sería aquél el lugar en el que moriría, en aquel colchón gris? Pasarían semanas, y yo allí tendido sin que nadie me encontrase. Me puse de rodillas y recé.

—¿Qué te he hecho, Señor? ¿Por qué me castigas? Lo único que pido es una oportunidad para escribir, para tener un par de amigos y que cese esta lucha. Dame paz, Señor. Haz de mí algo que valga la pena. Que la máquina de escribir cante. Encuentra la canción dentro de mí. Sé bueno conmigo, porque estoy solo.

Por lo visto aquello me animó. Fui a la máquina de escribir y me senté delante. Entre ella y yo se alzó un muro gris. Aparté la silla y bajé a la calle. Subí al coche y arranqué.

Aunque pagué por las sábanas y las mantas, dormí en el pequeño cuarto con dificultad. La dificultad era que los padecimientos del día y la inutilidad de mis esfuerzos seguían en la habitación. Por la mañana aún estaban allí y volví a la calle. Entonces recordé uno de los axiomas de Edgington: «Cuando estés atascado, ponte al volante.» Al anochecer salí del aparcamiento y recorrí las calles al volante. Conduje durante horas. La ciudad era como un parque ciclópeo, desde las colinas hasta el mar, hermoso en mitad de la noche, las farolas brillaban como globos blancos, las calles eran anchas, abundantes, y se desparramaban en todas direcciones. Fuera donde fuese, siempre había más calles al otro lado, y así acababa en barriadas y municipios desconocidos, y resultaba reconfortante y refrescante, pero no me inspiraban ideas literarias.

Avanzando entre el tráfico me preguntaba cuántos como yo se pondrían al volante sólo para huir de la ciudad. La ciudad hervía de vehículos día y noche y era imposible creer que todas aquellas personas habían empuñado el volante por una razón práctica.

En febrero, Liberty Films estrenó la película de Velda van der Zee, *Sin City*. La vi en el Wiltern, en Wilshire, en la última sesión de tarde. Fui dispuesto a aborrecerla y me alegré al ver que estaba vacío más de medio cine. Compré una bolsa de palomitas y busqué un asiento en el anfiteatro. Allí me quedé, encantado de que mi nombre se hubiera quitado de la película, y cuando se apagaron las luces, suspiré de alivio y de placer porque mi nombre no iba a estar en los créditos. Reí a carcajadas cuando apareció el de Velda, y cuando empezó la película y apareció la diligencia dando tumbos, volví a reír a mandíbula batiente. Una mano me tocó el hombro. Me volví y vi a una mujer ceñuda.

—Me está molestando —dijo.

—No puedo evitarlo —respondí—. Es una película muy divertida.

En aquel momento apareció la aguerrida tribu de indios y me tronché. Varias personas se levantaron y cambiaron de asiento.

Y lo demás fue por el estilo. La película estaba tan lejos de mi obra y mis ideas que resultaba asombroso, increíble. Sólo dos veces descubrí expresiones que a lo mejor había escrito yo y que el director no había borrado. La primera se pronunciaba en una escena del principio, cuando el sheriff llegaba a Sin City a toda velocidad y detenía el caballo en la puerta del salón gritando: «¡Sooo!» Recordaba bien aquella expresión: «¡Sooo!» Era mía. Poco después el sheriff salía del salón a zancadas, montaba el caballo y gritaba: «¡Arre!» Aquel pasaje también era mío: «Arre.» So y arre..., mi consagración como guionista.

No era una buena película, ni una película emocionante, ni una película madura, y cuando terminó y se encendieron las luces, vi a los aburridos espectadores medio dormidos en los asientos, sin dar muestras de satisfacción. Me alegré. Demostraba mi integridad. Por haberme negado a salir en los créditos me sentía un hombre mejor, era un escritor mejor. El tiempo lo demostraría. Cuando Velda van der Zee fuera un nombre olvidado en la ciudad del oropel, el mundo seguiría valorando a Arturo Bandini. Salí a la noche y oh, Dios mío, me sentí bien, remozado y recuperado. ¡So y arre! A

la carga otra vez. Subí al coche y me metí entre el tráfico de Wilshire Boulevard, deseoso de llegar al hotel.

Entré en la habitación y caí en la cama agotado. Me había estado mintiendo a mí mismo. No había sentido ningún placer viendo *Sin City*. En realidad no me alegraba el fracaso de Velda. La verdad es que sentía lástima por ella, por ella y por todos los guionistas, por la tristeza del oficio. Yacía en aquel cuartucho y me sentía como en una tumba.

Me levanté y bajé a la calle. A media manzana había un bar filipino. Me senté a la barra y pedí un vino de Filipinas. Los filipinos que había por allí reían y jugaban a los dardos. Pedí otro vino. Era dulce, con un ligero sabor a pastilla de menta, cálido en el estómago, cosquilleante. Tomé otros cinco vinos y me levanté para irme. Tenía náuseas y la sensación de que el estómago me flotaba en el pecho. Salí a la acera, me apoyé en la farola y las rodillas me flaquearon.

Todo se desvaneció y luego vi que estaba en una cama desconocida. Era una habitación blanca de grandes ventanas y era de día. Tenía tubos en la nariz y por la garganta, y sentía unas ganas terribles de vomitar. Al lado de la cama había una enfermera que me vio doblarme y dar arcadas hasta que no me quedó nada, sólo el horrible dolor de estómago y de garganta. La enfermera retiró los tubos.

—¿Dónde estoy? —pregunté.

—En el hospital de Georgia Street —dijo.

—¿Qué me ha pasado?

—Matarratas —dijo—. Su amiga está aquí.

Volví los ojos hacia la puerta y vi a Helen Brownell. Se acercó silenciosamente a la cama y se sentó. Le cogí la mano y me eché a llorar.

—Vamos, vamos —dijo con dulzura—. No pasa nada.

—¿Qué me ha pasado? —dije atragantándome—. ¿Qué ha sido?

—¿No te acuerdas?

—Tomé un poco de vino, eso es todo.

—Bebiste demasiado —dijo—. Te desmayaste y el vino te sentó mal.

—¿Quién me trajo?

—La ambulancia de la policía.

—¿Cómo te has enterado?

—Llevabas mi dirección en la cartera.

—¿Desde cuándo estás aquí?

—Desde medianoche —dijo.

—¿Puedo irme ya?

La enfermera se acercó.

—Todavía no —dijo—. Antes tiene que verlo el médico.

La señora Brownell se puso en pie y me apretó la mano.

—Tengo que marcharme.

—Nos veremos en la pensión.

Se mordió el labio.

—Quizá no deberías volver.

—¿Por qué no? Te quiero.

—No digas eso —replicó.

—Es verdad —insistí—. Te quiero más que a nadie en el mundo. Siempre te he querido. Siempre te querré.

Sin decir nada, se dio la vuelta con un asomo de sonrisa y salió de la habitación. El estómago me dio un brinco y la enfermera me sujetó la cabeza mientras vomitaba en una palangana.

Era bien entrada la tarde cuando me vio el médico y me dio el alta. Cuando pregunté por el precio del servicio, respondió que ya estaba pagado.

—¿Quién ha pagado? —dije.

—La señora Brownell.

Me vestí, salí a la calle y tomé un tranvía hasta Hill Street. Me apeé en el cruce con la Tercera y subí a la cima de Bunker Hill en el funicular.

Había un hombre tras el mostrador del vestíbulo de la pensión. Era delgado y alto, con una aureola de cabellos grises. Pregunté por la señora Brownell.

—No está aquí —dijo.

—¿Cuándo cree que volverá?

—No lo sé. Se ha ido a San Francisco.

Había algo en él que me resultaba conocido.

—¿Es usted pariente suyo? —pregunté.

—Soy su hermano —dijo—. ¿Se llama usted Bandini?

—Sí.

Levantó el secante de mesa, sacó un sobre y me lo dio. En el dorso estaba escrito mi nombre. Lo abrí rasgándolo. Dentro había una factura del hospital de Georgia Street, con el sello de pagado, doce dólares. Miré dentro del sobre en busca de una explicación. No había ninguna. El hombre me miraba.

—¿Ha dejado algún otro mensaje?

—Eso es todo.

Saqué la cartera y le di los doce dólares. Sin darme las gracias, los metió en el cajón. Señalé las dependencias de la señora Brownell y lo miré con seriedad.

—¿Está seguro de que no está ahí dentro?

Abrió la puerta y cruzó los brazos.

—Compruébelo usted mismo.

Negué con la cabeza.

—Ella no haría una cosa así.

El viejo sonrió.

—Eso es lo que usted cree, hijo.

Salí a la calle. El sol se ocultaba en el océano a cincuenta kilómetros al oeste. La ciudad era un cúmulo de radiantes colores crepusculares y en el horizonte se concentraban jirones de nube, poniendo una amenaza de lluvia en el aire. Al pie de Bunker Hill oí el estrépito de la ciudad, el tintineo de las campanillas de los tranvías, el rugido de los coches, las entrañas más profundas. Por debajo de mí estaba el túnel de la calle Tercera, el repentino silencio del tráfico que entraba y el rugido del tráfico que salía.

Qué hago aquí, me pregunté. Detesto este lugar, esta ciudad hostil. ¿Por qué siempre me expulsa, como si fuera un huérfano no querido? ¿Es que debía algo a alguien? ¿No había trabajado con tesón, no lo había intentado con todas mis fuerzas? ¿Qué tenía en mi contra? ¿La inmarchitable constancia de mi condición pueblerina, la añeja convicción de que yo no era de allí?

Y si no era en Los Ángeles, entonces, ¿qué? ¿Dónde me acogerían, dónde podría sentarme entre gente que me quisiera y se preocupara por mí, y se sintiera orgullosa de mí? Entonces se me ocurrió. Había un lugar, y en él había gente que me quería, y me iría con ella. Así pues, que te den por el culo, Los Ángeles, que se jodan tus palmeras, tus mujeres culiengreídas y tus calles de fantasía, porque me vuelvo a casa, a Colorado, a la ciudad más cojonuda de Estados Unidos: a Boulder.

Dejé el coche en un garaje y subí al Greyhound con dos maletas. El autobús salió de Los Ángeles a las siete de la tarde de un día muy caluroso. En realidad, era el último día caluroso que iba a soportar en un mes. El interior del autobús estaba aún más tórrido que el día, los asientos de cuero hervían de calor cuando te sentabas y los pasajeros se removían, agotados e incómodos, cuando salimos del área metropolitana. Era como si llevaran varios días de viaje y el aire estaba lleno de humo de tabaco.

Cuando entramos en Nevada, empezaron a caer los primeros copos de nieve. Cruzamos Nevada con una tormenta en ciernes, con la nieve cuajando y el autobús reduciendo la velocidad en la eneguedora ventisca. Cuando llegamos a Utah e hicimos una parada, la nieve llegaba por encima de las ruedas. Corrimos a refugiarnos en la estación, tomamos un café nauseabundo y volvimos al autobús. Las horas pasaban y la nieve seguía cayendo con insidiosa determinación, como si quisiera enterrarnos en la llanura. En Wyoming nos alcanzaron las quitanieves que habían salido de Rock Springs para rescatarnos y la velocidad del viaje se redujo hasta alcanzar la de los cangrejos. Cuando llegamos a la estación de Boulder, tuve que hacer un esfuerzo para no caerme de lado mientras bajaba.

La nevasca era aterradora, los copos, tan grandes como monedas de dólar, caían lentamente y quedaban en tierra sin derretirse. Me quedé en la entrada de la estación de autobuses tiritando bajo el ligero jersey, aguzando la vista para ver mi ciudad natal. ¿Dónde narices estaba? La nieve desdibujaba el paisaje. Sabía que había un puente a media manzana, pero se había vuelto invisible. Sabía que había un almacén de maderas al otro lado de la calle, pero se había desvanecido. Me estremecí, encendí un cigarrillo y di patadas en el suelo para mantener los pies calientes. Una figura apareció inesperadamente ante mí. Pensé que conocía su cara, pero no estuve seguro hasta que dijo:

—¿Qué haces aquí?

Sólo podía ser mi padre.

—Voy a casa.

El vaho le salía a chorros por la boca.

—Estás helado —dijo—. ¿Y tu abrigo?

—Lo llevas tú —dije.

Se desabotonó el pesado abrigo de piel de oveja y se lo quitó.

—Póntelo —dijo tendiéndomelo.

—¿Y tú?

—No te preocupes por mí. Póntelo.

Me ayudó a ponérmelo. Se quedó en mangas de camisa, con los copos de nieve cayéndole encima.

—Vamos —dijo.

Echamos a andar a paso vivo. El abrigo conservaba aún el calor de su cuerpo. Era de una sola pieza, una parte de mi vida, como una silla vieja, un tenedor desgastado, o el chal de mi madre, los objetos de mi vida, los insignificantes objetos preciosos que se atesoran.

—¿Para qué has venido?

—Quería venir. Tenía que venir. Me sentía solo.

—¿Has dejado lo de las pelis?

—Durante un tiempo..., quizá hasta más adelante.

—Aquí no hay trabajo para ti —dijo mi padre vomitando vapor—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Ya pensaré algo —dije.

—No quisiste escucharme —dijo medio gruñendo—. Nunca has escuchado a tu padre.

—Tenía que hacer las cosas a mi manera.

Soltó un taco.

—¿Y qué has conseguido?

La ventisca gemía y suspiraba. Miré hacia Arapahoe Street. Los grandes olmos parecían mucho más grandes bajo la nieve. Las casas se acurrucaban como animales. Un coche pasó traqueteando entre los chasquidos de las cadenas. A kilómetro y medio estaban las primeras estribaciones de las Montañas Rocosas, pero la nieve las ocultaba con su blanco velo. Al otro lado de la calle, en el corral de los Delaney, estaba la vieja Elsie, la vaca de la familia, paciente bajo la tormenta, observando nuestro paso.

¡Calle maravillosa! Cuánto trecho de mi vida había pasado allí, al pie de los tranquilos olmos. Nuestra casa estaba en la otra manzana, navidades, béisbol, primera comunión, Halloween, cometas, carreras de trineos, rugby, Semana Santa, fin de estudios y toda mi vida evocada por aquella fabulosa calle de construcciones viejas, con tenues luces en las ventanas, y mi casa al final de la manzana.

Llegamos y allí estaba, aparcado en la calle, el destartalado Overland de mi hermano, con la capota sin echar y el interior lleno de nieve. No

importaba. Tenía vida propia. Cuando la nieve se derritiera, se pondría en marcha y seguiría tirando alegremente a trancas y barrancas. Subimos las escaleras del porche y pataleamos para quitarnos la nieve de los zapatos antes de entrar. Mi padre exclamó mientras abría la puerta:

—¡Aquí lo tenéis!

Vi a mi madre en la cocina, con un cazo en la mano. Al volverse me vio. Mentando a Dios con un grito, abrió los brazos, tiró el cazo por los aires y corrió hacia mí.

—Estaba segura —dijo—. Vengo diciéndolo todo el día.

Nuestras trayectorias coincidieron en el comedor y allí nos abrazamos y nos besamos, ella sollozando y mojándome la cara con sus lágrimas. Mi hermano Mario se había quedado al margen, sin saber qué hacer. Había crecido mucho desde la última vez que lo había visto, un muchacho de diecinueve años, vergonzoso y de pocas palabras. Mi hermana Stella se coló entre mis brazos. Tenía dieciséis años, era muy guapa y muy tímida, pero no se avergonzaba de sus lágrimas. Por encima de sus hombros vi a mi hermano menor, Tom, que estaba en séptimo curso en la Escuela del Sagrado Corazón. Nos abrazamos y dijo:

—Eres más pequeño de lo que pensaba.

Mi madre me cogió de la mano y me llevó a la cocina.

—¿Crees que no lo sabía? —dijo—. ¿Crees que me habría tomado tantas molestias si no hubiera sabido que ibas a venir? —Señaló la bandeja de hierro del horno—. ¡Mira!

Era lasaña, con la salsa de tomate burbujeando en un mar de pasta.

—¿Cómo supiste que iba a venir? —pregunté—. Ni siquiera lo supe yo hasta el último momento.

—Rezando. ¿Cómo, si no?

Mi hermano Tom me cogió de la mano y me condujo al comedor y luego al dormitorio.

—¿Viste a Hedy Lamarr alguna vez? —preguntó entre susurros.

—Todo el tiempo —dije.

—Embustero. —Y a continuación—: ¿Cómo es?

—Increíble. Cuando entra en una habitación, todo el edificio tiembla.

—Le escribí una carta. Ni siquiera la contestó.

—Antes de irme, escríbele otra vez. Le llevaré la carta a su casa.

Sonrió y dijo:

—Embustero.

Me puse la mano sobre el corazón.

—Lo juro por Dios.

Éramos pobres, pero como siempre comimos muy bien; la mesa estaba a rebosar de ensalada, pan casero, lasaña y el vino de diente de león de mi padre. Cuando termináramos sería el momento de hablar, de hacer preguntas al hijo pródigo. No me miraban como a un fracasado. Era un héroe, un conquistador que volvía de lejanos campos de batalla. Incluso me dieron cierta medida de mi importancia en el mundo.

—Bueno —dijo mi padre, terminando el vaso de vino—, ¿a qué has venido?

—A ver a mi familia, ¿alguna objeción?

Me miró directamente.

—¿Tienes dinero?

—Algo.

—Lo necesitamos. Dáselo a tu madre.

Saqué la cartera y dos billetes de cien dólares que empujé hacia mi madre. Mi madre se echó a llorar.

—Es demasiado —dijo.

—Cállate y cógelos —dijo mi padre con voz colérica.

Mi madre se guardó los billetes en el bolsillo del delantal.

—Arturo —dijo Stella—. ¿Conoces a Clark Gable?

—Claro..., es un buen amigo mío.

—¿Es tan guapo en la realidad? ¿Y tan creído?

—Es tímido como un pajarillo.

Mi padre volvió a llenarse el vaso.

—¿Y a Tom Mix? ¿Lo has visto?

—En los estudios, todos los días. A él y a Tony.

Mi padre sonrió, recordando.

—Tony. Gran caballo.

Mi hermano Tom parecía como avergonzado, y preguntó:

—¿Es muy alta Hedy Lamarr?

—Mucho más que tú.

—Un culo de rechupete —dijo Tom.

Mi padre golpeó la mesa.

—No utilices ese lenguaje en esta casa.

Hubo un silencio respetuoso. Entonces habló Mario:

—¿Te has cruzado alguna vez con James Cagney?

—Con frecuencia.

—¿Qué coche lleva?

—Un Duesenberg.

—Qué personajes —dijo Mario.

Se estaba bien en casa. Dormí bien. Comí bien. Los primeros días me dediqué a no hacer nada y a lucir el guardarropa. El contenido de mis abultadas maletas fascinó a mi madre, los trajes, las americanas, los pantalones informales. Me cosió botones y zurció calcetines, me limpió y planchó los trajes, y los colgó. Cada vez que me cambiaba de ropa, mi madre se sentía sobrecogida. Tocaba las telas, lanzaba exclamaciones de placer. Yo era dos personas. Cuando llevaba pantalón de pana y camiseta, era su chico, pero cuando me ponía los espléndidos trajes a medida era un príncipe.

—Dios ha sido bueno conmigo —me decía suspirando—. Eres muy importante.

Con el paso del tiempo, me cansé de vagar por la casa y empecé a pasar los días en la ciudad, visitando los lugares que había frecuentado: los billares Benny de Pearl Street, la bolera de Walnut. Fui a la biblioteca y volví a ver los libros que habían cambiado mi vida: Sherwood Anderson, Jack London, Knut Hamsun, Dostoievski, D'Annunzio, Pirandello, Flaubert, Maupassant. La acogida que me dispensaron fue mucho más cálida que la fría curiosidad de los viejos amigos que encontré.

Un día me crucé con Joe Kelly, el reportero del *Boulder Times*. Nos dimos la mano y nos alegramos de vernos. Cuando Kelly y yo estudiábamos en el instituto, íbamos a Denver en autostop para ver los partidos de béisbol de la liga del Oeste. Joe me llevó a la redacción del *Times*, ordenó que me hicieran una foto y me entrevistó. No fue una entrevista aduladora y tampoco cruel, pero hubo en ella una especie de cuestionamiento, como si hicieran falta respuestas más amplias para muchas preguntas sobre mí y sobre mi trabajo. Mi padre compró veinticinco ejemplares del número en que se publicó la entrevista, y toda la familia se sentó a la mesa del comedor con su ejemplar en la mano.

Al día siguiente llamó Agnes Lawson. Éramos antiguos socios del Lápiz Rojo, una sociedad literaria patrocinada por la iglesia. Hacía dos años que no la veía. Era una joven altiva y mimada, de padres ricos, y cuando me invitó a

una fiesta que daba en su casa, mi primer impulso fue negarme. Tenía la misma voz gangosa, la misma reserva clasista.

—Vendrán muchos socios del Lápiz Rojo —dijo—. Eres famoso y queremos verte.

—Procuraré ir —dije—. Tengo que ir a otra fiesta, pero puedo pasar por tu casa un rato.

La invitación emocionó a mi madre, ya que Agnes era hija de uno de los ciudadanos más destacados de Boulder, que también era propietario de la tienda de confecciones más conocida de la ciudad.

La noche siguiente me vestí con esmero para ir a la fiesta de Agnes. Traje gris de mezclilla, corbata roja, camisa gris. Mi madre no cabía en sí de gozo.

—¡Qué honor! —dijo—. ¿No es fantástico entrar en esas casas tan maravillosas? Estoy muy orgullosa de ti.

Mi hermano Mario quitó la nieve del Overland, cubrió el asiento delantero con una lona, y me llevó a la casa de los Lawson, un edificio de tres plantas de University Hill. Miré aquella casa de recuerdos desagradables, una casa que antaño me había estado prohibida. Recordé las incontables fiestas estivales que Agnes organizaba y de las que siempre me excluían; tampoco había olvidado la elevada cantidad que mi familia debía en la tienda de los Lawson. El señor Lawson nunca hablaba de la deuda, pero siempre ponía cara de fastidio cuando me veía.

Toqué el timbre y abrió Agnes en persona. A su lado, rodeándole la cintura, estaba Biff Newhouse, el defensa estrella del equipo de rugby de la Universidad de Colorado. Biff llevaba un jersey de estudiante galardonado, con una C dorada en el pecho. Agnes me tendió la mano.

—Hola —dijo.

—Hola, Agnes.

Era baja, con el pelo a lo paje y un vestido negro a la moda.

—Te presento a Biff Newhouse.

Biff y yo nos estrechamos la mano. Su apretón fue innecesariamente fuerte.

—¿Qué cuentas? —dijo sonriendo.

—Hola, Biff —dije.

Había una docena de personas en el salón. Las había conocido a todas mientras estudiaba primaria y bachillerato. Me miraron sin expresión, como negándome hasta la más pequeña muestra de cordialidad o reconocimiento. Sólo Joe Kelly dio un paso adelante y me estrechó la mano.

—Me gustó lo que escribiste sobre mí —dije.

—Estupendo. Temía que sucediera lo contrario.

—¿Quieres beber algo? —dijo Agnes.

—Magnífico. Tomaré un escocés con soda.

Fue a la barra y mezcló la bebida. Se acercó una chica alta con gafas.

—He oído decir que eres guionista de cine —dijo.

—El mejor de Hollywood.

Sonrió con desgana.

—Sabía que dirías algo así. ¿Todavía escribes aquellas poesías tan deprimentes?

—¿Deprimentes, dices? Publiqué una en el *New Yorker*.

Agnes me sirvió la bebida. Me la zampé de un trago. Nos instalamos frente a la chimenea, en los sofás y los sillones. Agnes me preparó otro whisky.

—¿Qué tal las cosas en Oropel City? —preguntó.

—De fábula —dije—. Tendrías que venir alguna vez.

Se echó a reír.

—¿Yo en Hollywood? Tiene gracia.

—¿Cuánta pasta ganáis los guionistas? —preguntó Biff.

—Empecé modestamente —dije—. Trescientos por semana. Mi sueldo actual es de mil dólares semanales.

Biff sonrió con vacilación.

—Caca de la vaca —dijo.

—Puede que sea caca de la vaca para ti, pero para mí es dinero del bueno.

—¿Conoces a Joel McCrea? —preguntó la poetisa alta.

—No es que lo conozca, es que da la casualidad de que es uno de mis mejores amigos.

Agnes me tendió el vaso y tomé un sorbo.

—¿Y Ginger Rogers? —dijo Agnes con zalamería—. Háblanos de Ginger Rogers, Arturo.

Miré sus ojos burlones.

—Ginger Rogers es una entidad superior. Tiene encanto, belleza y talento. Yo la considero una de las grandes artistas de nuestro tiempo. Sin embargo, mi estrella favorita es Norma Shearer. Su belleza quita el aliento. Sus ojos son maravillosos y tiene una figura deslumbrante. Conozco a infinidad de actrices de figura deslumbrante: Bette Davis, Hedy Lamarr, Claudette Colbert, Jean Harlow, Katharine Hepburn, Carole Lombard, Maureen O'Sullivan, Myrna Loy, Janet Gaynor, Alice Faye, Irene Dunne, Mary Astor, Gloria Swanson, Margaret Lindsay, Dolores del Río. Las conozco a todas. Son parte de mi

vida. He cenado con ellas, bailado con ellas, hecho el amor con ellas, y os digo una cosa: que nunca he decepcionado a ninguna. Id donde ellas, hacedles preguntas sobre Arturo Bandini, preguntadles si alguna vez han quedado decepcionadas.

Me detuve y apuré el vaso de escocés. Luego me puse en pie.

—Pero ¿qué os pasa a vosotros? —Fui a la barra y me apoyé en ella—. ¿Cómo podéis vivir de un modo tan aburrido? ¿No queda aventura? ¿No hay ya belleza entre vosotros? —Miré directamente a Biff Newhouse—. ¿Puedes pensar en algo que no sea el rugby? Yo sí, tío. Yo llevo una vida diferente. Y sin esta puta nieve. Yo juego al sol. Juego al golf con Bing Crosby, Warner Baxter y Edmund Lowe. Juego al tenis con Nils Asther, George Brent, William Powell, Pat O'Brien y Paul Muni. Juego de día, follo durante el crepúsculo y trabajo por la noche. Me baño con Johnny Weissmüller, Esther Williams y Buster Crabbe. Todo el mundo me quiere. ¿Entendido? Todo el mundo.

Di media vuelta haciéndome el chulo, me caí y quedé sentado en el suelo, con el vaso hecho añicos. Los oí reírse y traté de ponerme en pie, pero volví a resbalar y a caerme. Biff Newhouse me ayudó a recuperar la vertical. Sentí un odio repentino hacia él y le di un revés que le alcanzó en la mandíbula. Sus ojos echaron chispas y me devolvió el golpe, un puñetazo corto, en toda la nariz, y otra vez estaba tirado en el suelo, con la sangre manándome de la nariz, cayéndome en el pecho, goteándome en los pantalones, en la manga de la chaqueta. En medio del aturdimiento vi moverse a los demás, pasar junto a mí, salir de la casa. Joe Kelly me ayudó a incorporarme, me puso una servilleta de la barra en la nariz y me sostuvo mientras yo me limpiaba la sangre.

—Te llevaré a casa —dijo. Me sujetó mientras salíamos y bajábamos del porche. Los coches arrancaban y se iban. Joe me ayudó a sentarme en su Ford. La sangre todavía manaba. Apreté la servilleta contra la nariz mientras nos alejábamos.

Llegamos a casa y bajé del coche, procurando no dar un portazo al cerrar. Kelly se fue. Cogí un puñado de nieve y me lo puse en la nariz hasta que dejó de sangrar. Atravesé el patio nevado en silencio hasta la ventana de mi hermano. Golpeé el vidrio. Corrió a abrirme la puerta lateral. Se llevó un susto al ver la sangre.

—¿Qué te ha pasado? —dijo.

—Me caí y me casqué la nariz. No digas nada. No quiero que se entere mamá. ¿Está el viejo en casa?

—Acostado.

—Me voy —susurré—. Me largo; esta noche, ahora mismo. No hagas ruido.

Cruzamos la puerta lateral. Abrí las maletas encima de la cama y fui llenándolas en silencio con la ropa que sacaba del armario y el cuarto ropero. Mario se vistió y me miró mientras yo me limpiaba la sangre de la cara y las manos. Me cambié de ropa, doblé las prendas ensangrentadas y las puse en la maleta.

—Andando —susurré. Mi hermano cogió una maleta y yo la otra. Sin hacer el menor ruido salimos a la nieve y fuimos hasta su viejo coche.

—¿Qué le digo a mamá? —preguntó con voz trémula.

—Nada —dije.

—¿Seguro que te has caído? —preguntó—. ¿Seguro que no te han dado una paliza?

—Totalmente.

Metimos el equipaje en el coche y fuimos a la estación de autobuses. El autobús de Denver estaba aparcado delante, jadeando como un animal. Adquirí un billete para Los Ángeles y subí. Mario se quedó al lado de mi ventanilla, mirándome con lágrimas en los ojos. Bajé a toda prisa del autobús y lo abracé.

—Gracias, Mario. Nunca lo olvidaré.

Mario sollozaba y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Ten cuidado —dijo—. No te pelees, Arturo.

—Sé cuidar de mí mismo.

Di media vuelta y subí al autobús. Era miércoles por la noche. Viajamos con nieve casi todo el trayecto y llegamos a Los Ángeles un soleado sábado por la mañana.

Allí estaba otra vez, otra vez en LA, con dos maletas y diecisiete dólares. Me gustaba, la amplitud de los cielos azules, el sol en la cara, las calles atractivas, tentadoras, llamativas, el asfalto y los adoquines, blanda y confortable como unos viejos zapatos. Cargué con las maletas y anduve por la calle Quinta. Caminaba con resolución, preguntándome por qué nunca había llegado a llamarla Helen. Tenía que cambiar aquella costumbre. Llegaría andando a la cima de Bunker Hill, le abriría los brazos y le diría: «Helen, te quiero».

Y volveríamos a empezar. Podríamos comprar una casita en Woodland Hills, tipo Kansas, con un corral de gallinas y un perro. ¡Oh, Helen, cuánto te he añorado, y ahora sé lo que quiero! Quizá a ella no le gustara Woodland Hills. Quizá prefiriese la pensión. Era una casa vieja pero bien conservada, como una aristócrata, como la misma Helen. Tendría una habitación para escribir y terminaríamos nuestros días juntos. ¡Oh, Helen! Perdóname por haberte abandonado. Nunca más volverá a ocurrir.

Subí la cuesta de Bunker Hill en el funicular y vi la pensión a lo lejos. Era mágica, como un castillo de cuento de hadas. Sabía que esta vez me acogería. Sentía la fuerza de mi edad y sabía que era más fuerte que ella, y que se derretiría entre mis brazos. Entré en la pensión y dejé las maletas contra la pared. No estaba en el mostrador. No tuve más remedio que sonreír mientras avanzaba hacia la recepción y pulsaba el timbre de llamada. Como no apareciera nadie, volví a pulsarlo, con más fuerza. La puerta se abrió ligeramente. Vi al hombre que había visto la vez anterior, el que había dicho que era su hermano. Se quedó donde estaba y preguntó susurrando:

—¿Sí?

—Busco a Helen.

—No está —dijo, y cerró la puerta. Rodeé el mostrador y llamé con los nudillos. Abrió y se quedó allí, llorando—. Ha muerto.

—¿Cómo? —dije—. ¿Cuándo?

—Hace una semana. De una apoplejía.

Las fuerzas me fallaron y me acerqué tambaleándome al sillón de la ventana. No quería llorar. Algo profundo y duradero se había derrumbado y me había arrastrado al abismo. Los jadeos me hinchaban y deshinchaban el pecho. El hermano se me acercó y se quedó junto a mí, sin dejar de llorar.

—Lo siento —dijo.

Me levanté, recogí el equipaje y salí. Me senté en un banco de la pequeña estación de Angel's Flight y di rienda suelta a mi dolor. Permanecí allí dos horas, desconsolado y abatido. Había pensado en muchas cosas desde que nos habíamos conocido, pero nunca en su muerte. A pesar de sus años, había hecho palpar el amor en mí. Y ahora se nos había ido. Y ahora que estaba muerta ya no podía pensar en ella. Sollocé, gemí y derramé lágrimas hasta que todo hubo pasado, absolutamente todo, y como siempre, me encontré solo en el mundo.

El encargado del hotel filipino se alegró de verme. No me llevé ninguna sorpresa cuando dijo que mi habitación estaba libre. Era la habitación que me tocaba. Me la merecía..., la habitación más pequeña y menos acogedora de Los Ángeles. Subí las escaleras y abrí la puerta de aquel horrible agujero.

—Ha olvidado algo —dijo el encargado. Estaba al comienzo del pasillo, con mi máquina de escribir en la mano. Me quedé atónito, no porque estuviera allí, sino porque la había olvidado por completo. La dejó encima de la mesa y le di las gracias. Cerré la puerta, abrí una maleta y saqué *Hambre*, de Knut Hamsun. Era otro de mis tesoros y lo llevaba conmigo desde el día en que lo robé en la biblioteca de Boulder. Había leído tantas veces la novela que podía recitarla de memoria. Pero ya no tenía importancia. Nada tenía importancia.

Me estiré en la cama y me quedé dormido. Atardecía cuando me desperté y encendí la luz. Me sentía mejor, ya no estaba cansado. Fui a la máquina de escribir y me senté. Mi idea era escribir una frase, una sola frase perfecta. Si podía escribir una buena frase podría escribir dos, y si podía escribir dos podría escribir tres, y si podía escribir tres, podría escribir eternamente. Pero ¿y si no me salía? ¿Y si había perdido todo mi hermoso talento? ¿Y si se había consumido entre las llamas de Biff Newhouse al golpearme la nariz o de Helen Brownell muerta para siempre? Tenía diecisiete dólares en la cartera. Diecisiete dólares y el miedo a escribir. Me senté muy tieso ante la máquina y me soplé los dedos. Por favor, Dios mío, por favor, Knut Hamsun, no me abandonéis ahora. Me puse a escribir y escribí:

«La hora ha llegado», la Morsa dijo,
«de hablar de muchas cosas:
de zapatos, de barcos, de lacre,

de reyes y de rosas...»

Lo miré y me humedecí los labios. No era mío, pero qué diantre, por algún sitio había que empezar.



JOHN FANTE (1909-1983), hijo de emigrantes italianos de procedencia muy humilde, trabajó como guionista en Hollywood y dedicó su vida a la literatura, aunque sólo alcanzó el pleno reconocimiento de crítica y público después de su muerte. Su nombre ha evocado comparaciones con escritores como Knut Hamsun, Dostoievski, Nathanael West, Raymond Carver y, en especial, Charles Bukowski, cuyo entusiasmo por sus libros fue decisivo para su redescubrimiento. Al igual que éste, su obra alcanzó la gloria en Europa antes que en su propio país, en el que fue reconocido póstumamente y premiado en 1987 con el Lifetime Achievement Award por el PEN.

Índice de contenido

Presentación: ¡Bandinista!

Camino de Los Ángeles

Nota del editor norteamericano (1985)

Nota a la edición española

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Espera a la primavera, Bandini

Prefacio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

Pregúntale al polvo

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

Sueños de Bunker Hill

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12

Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Sobre el autor